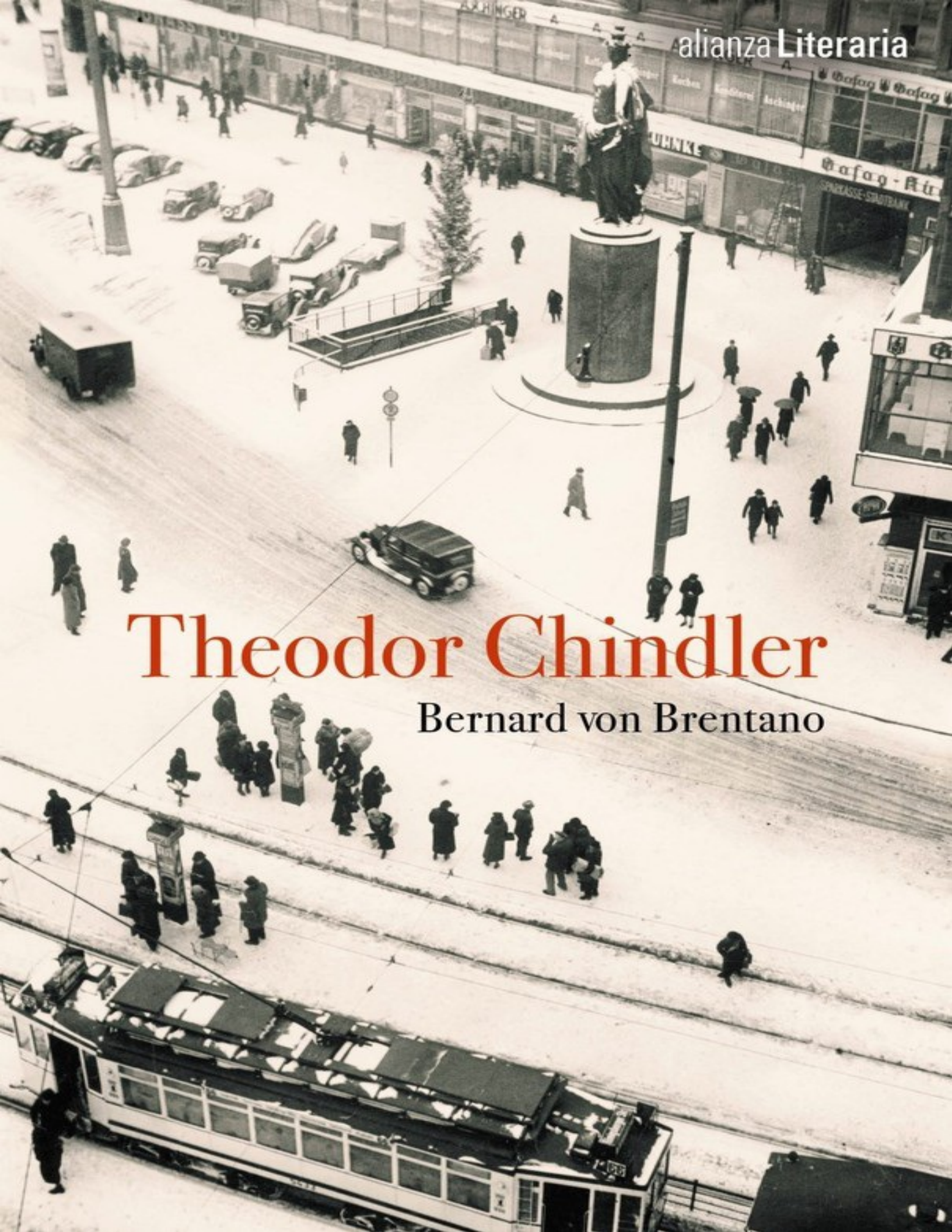


alianza Letteraria

Theodor Chindler

Bernard von Brentano



Bernard von Brentano

Theodor Chindler

Novela de una familia alemana

Traducido del alemán por Jorge Seca

Alianza editorial

Índice

Libro primero

Libro segundo

Libro tercero

Libro cuarto

Libro quinto

Libro sexto

Epílogo de Sven Hanuschek

Créditos

Lo contrario de un error es otro error

LIBRO PRIMERO

EL EDIFICIO DEL *Allgemeiner Anzeiger*, el periódico más grande de aquella pequeña ciudad, estaba ubicado en la plaza de la Victoria. A su izquierda se hallaba la oficina central de Correos, levantada con piedra arenisca de color rojo. Casi enfrente de ella estaba la tienda de harinas Werner o, mejor dicho, la casa en la que vivían los chicos de los Werner, dos jóvenes que por su fuerza y por su increíble descaro eran famosos para una parte de la población, mientras que para la otra gozaban de mala fama. Había más casas en esa plaza, pero las mencionadas eran las más conocidas, y a las gentes que vivían en las demás probablemente solo las conocían en su propia casa, tal como suele decirse.

Ninguna casa tenía más de tres pisos, dicho sea de paso. Todas eran bajas y provincianas, y la plaza entera era más un hueco entre edificios que un conjunto bien planeado. En el centro estaba el monumento a los caídos en 1871, una mujer deforme esculpida en hierro a la que contemplaban los transeúntes o los escolares por sus imponentes pechos tapados solo a medias. Los calendarios marcaban el 1 de agosto de 1914. Hacía calor, casi bochorno, pero una gran cantidad de personas se apretujaba en la plaza junto a los escaparates del edificio del periódico. Todos querían leer con sus propios ojos la edición extra sobre la movilización que había hecho pública la redacción.

—¡Allí! ¡Miren allí! ¡Están sacando algo! —exclamó alguien.

La exclamación originó un nuevo movimiento en la masa de personas apiñadas, y la gente trató de dar algún paso adelante, hacia el edificio de la redacción.

Una persona bajita, cheposa, que era conocida en la ciudad como el repartidor del *Anzeiger*, abrió la puerta del local y ahora, temeroso y enfadado frente a la multitud, se encontraba bloqueado entre la puerta y la gente y sujetando una pila de ejemplares de la edición extra. En ese instante llegó un

oficial acompañado de un tamborilero y de un guardia, provenientes de una calle lateral. El tamborilero hizo un redoble. La multitud enmudeció de inmediato y se puso a escuchar con atención, pero el oficial dio lectura al comunicado en voz tan baja, que solo pudo oírle muy poca gente.

—Es el funcionario Gerber —dijo una mujer que estaba muy atrás.

Cuando el oficial acabó su lectura, se produjo un nuevo redoble, pero la multitud no esperó y empezó a cantar la composición coral *Ahora demos todos gracias a Dios*. Algunos escolares y otros jóvenes se subieron al zócalo del monumento a la Victoria. Cuando estaba terminando la primera estrofa, un auxiliar mercantil, que se había distinguido por una potente voz de bajo profundo, golpeó desde arriba el sombrero de un hombre mayor.

—¿Por qué no canta usted? —preguntó cuando el hombre se giró con furia.

—¿Cómo dice?

—¿Que qué digo? No ha abierto usted la boca.

—Cada cual a su manera —respondió el hombre, que volvió a darse la vuelta.

El mozo no cedió.

—¿Es usted tal vez un serbio o cualquiera otra de esas bestias del extranjero? —preguntó en un tono de voz tan alto que pudo escucharse en un radio extenso.

—Soy de Mannheim —respondió el hombre.

—¡Quítate el sombrero! —exclamó alguien entonces.

El hombre se agachó, se caló el sombrero hasta las orejas y se lo sujetó con ambas manos.

—Padezco una otitis media —explicó a la mujer que estaba a su lado—. Tengo que protegerme del frío.

El reloj de Correos dio la una.

—¡La leche! Ya es la una, ahora sí que voy a llegar demasiado tarde —dijo un chico que se había subido tan alto a la estatua, que podía sostenerse en la espada de aquella Germania. Llegó al suelo en dos saltos, se largó de allí sin despedirse, avanzó con la cabeza hacia delante por entre el gentío y luego echó a correr todo lo rápido que pudo por una calle lateral.

La ciudad estaba construida sin ningún plan. El barrio de las mansiones, en el que vivía la gente acomodada, lindaba sin transición con un barrio en el que

había muchas fábricas. La calle estaba trazada en línea recta, pero de pronto quedaban atrás los edificios, aparecían pequeños jardines delante de las casas y una mansión sucedía a la siguiente. El muchacho que se había marchado a toda prisa de la plaza de la Victoria se detuvo frente a la casa con el número 100 y dirigió la vista hacia arriba con cautela para ver si había alguien mirando por las ventanas. Para sorpresa suya, todas las persianas de la planta baja estaban bajadas. Intentó abrir el pesado portón de hierro del jardín. Estaba cerrado con llave. «¿Qué es lo que pasa aquí hoy?», pensó, y pulsó dos veces con brevedad el timbre, tal como se les había ordenado a los niños de la casa. Salió la cocinera y le abrió.

—¿Dónde estabas? —preguntó al muchacho—. ¡Ya casi es la una y media!

—¿Están comiendo?

—¡Pues claro que sí! Ha venido tu abuela, y también la señorita Chindler de Wiesbaden.

Cuando Leopold Chindler entró en el comedor, la familia estaba sentada alrededor de la mesa. El chico, que todavía estaba sin fuelle, iba a disculparse cuando vio que la mesa estaba ciertamente concurrida pero que en ella no estaban presentes su padre ni su madre. En el sillón en el que solo podía sentarse el catedrático Chindler estaba sentada la señora Von Beaufort, suegra del señor de la casa. Como era habitual en ella, se mantenía muy rígida y erguida en su asiento, con la mano izquierda llena de anillos de colores reposando en el brazo del sillón mientras que con la derecha se llevaba el tenedor a la boca. A su lado estaba sentada tía Friederike, la hermana del señor de la casa. A esta la seguía la institutriz de la hija, mademoiselle Du Pont, que estaba sentada junto a su pupila, Margarethe Chindler. Enfrente estaba la señorita Wendt, la institutriz de los hijos varones, y Leopold se percató enseguida de que Hans, su hermano más pequeño, había aprovechado la ocasión de su retraso para quitarle su sitio al lado de la señorita Wendt.

El salón comedor, con las paredes de papel pintado en rojo, estaba a oscuras y a una temperatura fresca. La angosta puerta de cristal que conducía al jardín a través del porche estaba cerrada y con las cortinas corridas. El perro pastor estaba como de costumbre encima de una silla de la cocina junto a la ventana observando a los comensales con las orejas aguzadas. Nadie decía nada. El muchacho, confuso por el contraste entre el júbilo entusiasta de

la calle y aquel silencio propio de un hospital, se sentó sin decir palabra y comenzó a comerse la sopa.

—No te he visto rezar —dijo la señora Von Beaufort a su nieto, a quien no había quitado ojo desde que entrara en el comedor.

Leopold se levantó, musitó una disculpa y justo acababa de persignarse cuando se abrió la puerta del salón y entró su madre en la estancia. Sostenía en la mano un pañuelito blanco, y todos los comensales pudieron ver que estaba llorando.

—¡Ay, mamá! —exclamó Margarethe al ver a su madre tan fuera de sí, y ya se disponía a ponerse en pie cuando la señora Von Beaufort le hizo una señal a mademoiselle Du Pont y esta retuvo a la chica en su asiento.

—Hay que poner un punto final a esto ya —dijo la señora Von Beaufort a su hija—. Yo haría venir a un médico. Esto me parece enfermizo y fuera de lo normal.

—Él lo echaría de casa. Está completamente loco. Su corazón no lo podrá resistir. Se va a morir así —replicó la señora Chindler.

Se situó frente a la puerta de acceso al porche y al darse la vuelta pareció que se le ocurría algo.

—Que los niños suban —dijo—, y que coman arriba. Tal vez así pueda yo moverlo a que entre aquí y se lleve algo a la boca.

Al instante se levantaron las institutrices y se llevaron a empujones por la puerta a los dos muchachos sorprendidos. Margarethe, una chica de diecinueve años ya, los siguió.

—¿Sabes que estamos en guerra con Rusia? —susurró Leopold al oído a su hermana.

La chica miró con obstinación al frente e hizo como si no hubiera oído nada.

EL HOMBRE QUE ese mediodía había rechazado tomar el habitual almuerzo con la familia era el catedrático Dr. Theodor Chindler, propietario de la mansión de la calle Ludwig n.º 100, un ciudadano conocido de esa ciudad pequeña, incluso «famoso», tal como se oía decir en boca de la gente.

Originaria de Silesia, la familia Chindler emigró a causa de su fe católica a la Alemania meridional bajo Federico el Grande (Federico II, tal como lo llamaban en la familia Chindler enfatizando claramente el numeral ordinal). Chindler nació en 1851 en Karlsruhe, hijo de un consejero privado que trabajaba al servicio del gobierno de Baden. Persona de físico bello, buen escolar y ardiente admirador de Görres (al que se empeñaba en emular), realizó sus exámenes con mención honorífica, y ya se había habilitado para acceder a un puesto como profesor no numerario en la Universidad de Bonn cuando el denominado *Kulturkampf*, el «combate cultural» entre el Estado prusiano protestante y la iglesia católica, revolucionó tremendamente al partido católico. Al principio, tras la declaración del dogma de la infalibilidad del papa, que Pío XI anunció en 1870, Chindler, al igual que muchos otros católicos, se quedó perplejo y sin saber qué pensar. Todavía joven y sin compromisos hacia un cargo ni hacia una casta por causa de su riqueza, reflexionó largamente y debatió el asunto con los amigos. La primera iglesia e incluso la iglesia medieval ¿no habían atribuido acaso la infalibilidad a los Concilios Ecuménicos? ¿Y había que creer ahora en la infalibilidad de un único hombre? Pues sí, las definiciones del papa iban a ser irrevocables por sí mismas y no a través de la aprobación de la Iglesia.

Ese Pío era un hombre decidido. El dogma de la inmaculada concepción de la madre de Jesús, que él había anunciado en los años cincuenta, aún podía pasar, pero ¿y este dogma nuevo, dictatorial? ¿No condenó el Sexto Concilio Ecuménico al papa Honorio por su error? ¿No podía equivocarse Pío como se equivocó Honorio?

Los debates se volvieron cada vez más encarnizados, y Chindler se retiró de esos combates tachándolos de teológicos para no verse obligado a investigar su carácter político. Además todavía era joven y la vida era toda de colores. De un viaje a Ginebra que hizo junto con su hermana Friederike se trajo algunos libros franceses que leyó con una admiración creciente. *Madame Bovary*, de Flaubert, lo cautivó de tal modo, que se pasó días y noches enteras cavilando y dando vueltas por ahí con la cabeza tonta. No dudaba de que en ese libro se describía el amor, pero ¿dónde había visto nadie en su tierra un amor así y unas personas como esas? Leyó *Germinie Lacerteux* de los hermanos Goncourt y finalmente *Los miserables* de Hugo. «Mientras no se solucionen los tres problemas del siglo» —escribió a su hermana—, «la degradación del hombre por su existencia como proletario, la violación de la mujer por el hambre, el descarrío del niño por el oscurantismo intelectual en el que se le mantiene, mientras...». Sin embargo, la señorita Chindler no compartía el cariño de él hacia esos libros. También sus amigos permanecieron mudos. Alemania era todavía demasiado pequeña y demasiado medieval. Chindler comenzó a creer que en Alemania no podía haber proletarios, y a considerar que las mujeres como la señora Bovary eran despreciables mujeres francesas. Así que regresó de nuevo a su adorado Görres.

Por esa misma época se enredó en la cuestión de la declaración de la infalibilidad papal. «Lo decisivo —sentaba cátedra ante sus amigos—, es el sometimiento bajo la autoridad de la Iglesia y la adopción de una única doctrina, la que la Iglesia expone. Ser católico no significa adoptar como correcto este o ese punto de la doctrina. Ser católico significa aceptar la fe entera».

De esta manera ya estaba expedito el paso y trazado de antemano el camino cuando el «combate cultural» cambió su vida. Desde un principio, Chindler luchó del lado de Roma y en contra de Bismarck. En su odio hacia el gobierno de Berlín había muchos más motivos que no solo los religiosos. En el verano de 1866, estando de visita en Darmstadt en la casa de unos parientes, presenció allí la entrada de las tropas prusianas de ocupación. Vio desde la ventana a los húsares extranjeros con los mosquetones cargados y apostados en la esquina de la calle, y justamente estaban comiendo cuando entraron

violentamente en la casa y les exigieron en su dialecto más alojamiento del que tenían disponible. El recuerdo de ese incidente, que la familia mantenía y cultivaba, él no lo olvidaría nunca.

La pugna entre Berlín y Roma iba para largo. Los colegas de Chindler le advirtieron de que en la Universidad de Bonn no mandaba el papa sino el gobierno, y llamaron la atención de Chindler sobre el hecho de que iba a ser toda su vida un profesor no numerario si insistía en su actitud belicosa en relación con Bismarck. Chindler no cedió.

Unos parientes de su madre lo invitaron a ir a Hannover y le presentaron a Windthorst, el líder del Partido de Centro, *Zentrum*, el partido católico. Chindler quedó entusiasmado y desde ese momento combatió en dos campos. Como persona religiosa defendía a la Iglesia y las exigencias que Roma formulaba al gobierno alemán; como político, luchaba por el fortalecimiento del Partido de Centro. En la universidad, boicoteado por todo el cuerpo docente, impartía sus lecciones sobre la definición del alma en Aristóteles ante cuatro estudiantes.

Para huir de ese aislamiento creciente, ingresó en una pequeña asociación dirigida por un cura.

SE CASÓ CON poco más de treinta años. Se encontró con Elisabeth von Beaufort en la casa de un comerciante. En esta creían que le estaba haciendo la corte a la hermana más pequeña de la señora de la casa y lo invitaban casi todos los días, pero Chindler tenía la vista puesta en la señorita Von Beaufort, quien estaba contratada en la casa en calidad de institutriz. Era pobre y no muy guapa, pero Chindler la amaba y no sabía cómo debía proceder.

«¿Me caso con ella?», escribió a su hermana.

La señorita Chindler se vino de viaje y realizó sus pesquisas. La señorita Von Beaufort era hija única de un exoficial y terrateniente. Cuando los padres de ella se casaron, el padre tenía el grado de capitán en un regimiento de caballería en Düsseldorf. Poco después de la boda se licenció para poder dedicarse por completo a sus estudios de griego y de latín, que ya había comenzado siendo oficial, y vivía del dinero de su esposa. Él tenía pensado establecerse como docente universitario cuando de la noche a la mañana se vio hundido en la pobreza. Y es que la señora Von Beaufort no era rica sino tan solo sobrina única de un comerciante de Colonia extraordinariamente rico que, como todo el mundo sabía, había prometido dejarle en herencia sus inmensas propiedades a orillas del Mosela. Así pues, el señor Von Beaufort persuadió a su esposa para que pidiera un crédito a cuenta de esa herencia, enorme y segura a partes iguales. De ese dinero vivía con la esposa y con la hija en una pequeña casa de campo en las proximidades de Coblenza. Entonces murió aquel tío y el señor Von Beaufort viajó a Colonia para enterrar al hombre y abrir el testamento. Su esposa era, en efecto, la única heredera de aquellas gigantescas propiedades a orillas del Mosela, pero las propiedades ya no existían. El comerciante, un anciano de ochenta años, se las había vendido a otro comerciante por 300.000 marcos, es decir, por la décima parte de su precio real. El señor Von Beaufort se quedó en Colonia y solicitó los servicios de un abogado para demandar al comerciante. Expusieron que el anciano no se

hallaba ya en plenitud de sus facultades mentales cuando firmó aquel contrato desnaturalizado, pero no pudieron aportar esa prueba. Una vez perdido el proceso y devuelto el dinero que habían pedido prestado a cuenta de la herencia, a la familia Beaufort no le quedó nada más que la pensión que le correspondía al señor Von Beaufort como capitán de caballería retirado.

—Son extrañas esas circunstancias —dijo la señorita Chindler cuando informó a su hermano de lo que le habían contado a ella.

—¡Bah, qué dices! —respondió Chindler—. En todas las familias hay siempre extrañas circunstancias. Si me acepta, la desposaré.

—Es ambiciosa...

—Porque es culta. Sabe francés e inglés, y desde que me conoce, ha comenzado a estudiar latín.

—¡No me gusta la forma que tiene de comportarse en su posición social!

—Porque su posición social no casa con ella.

—Porque es arrogante. Eso no casa tampoco con nosotros.

—Mejor que si fuera sumisa.

—La considero una persona calculadora.

—Eso no es verdad.

—Estás enamorado —dijo Friederike.

—Sí, por supuesto que sí —replicó Chindler.

Algún tiempo después se casaba con la señorita Von Beaufort.

El «combate cultural» llegaba a su fin. En Roma se había encumbrado a León XIII, y Bismarck llegó a acuerdos con él pasando por encima del líder del partido católico. Fuera de sí por esta traición, Chindler intervino de nuevo en la pugna, salió en defensa de Windthorst y exhortó a la prosecución de la lucha. La Iglesia, sin embargo, estaba cansada y quería la paz. Lo único que consiguió Chindler fue perder la simpatía del clero, y entonces se encontró nadando entre dos aguas. Asqueado y amargado, abandonó sus investigaciones para abrazar otra profesión. Esto llegó a oídos de Windthorst, quien lo hizo venir a su casa, lo convenció para que se dedicara por completo a la política y le procuró un escaño en el parlamento por la circunscripción electoral de Neustadt.

La señora Chindler no le encontraba mucha gracia a la vida en Bonn. La aburría ser la esposa de un profesor no numerario a quien todo el mundo

evitaba y que enseñaba cosas incomprensibles a un puñado de estudiantes. En cambio, la política era algo diferente. Por influencia de su esposa, Chindler siguió la recomendación del anciano político de Hannover. Y puesto que él abandonaba para siempre la universidad, le regalaron el título de catedrático en el acto de su despedida.

FUERA DE SÍ por la indignación causada por la incomprensible orden de su madre, Leopold, en compañía de sus hermanos y de las institutrices, subió las escaleras hasta la segunda planta, en donde se hallaban los cuartos de los niños. La cocinera les llevó algo de carne y de verdura, pero Leopold se limitó a meterse algunos trozos en la boca sin apetito.

—¿Por qué —preguntó con enfado— tenemos que comer aquí arriba? Yo no he hecho nada. Y te castigan por nada. Todo esto es una bobada, estamos en las mismas de siempre.

Mademoiselle Du Pont tampoco tenía ganas de comer. Todo el mundo hablaba de la guerra. Tenía miedo. En Francia ya no quedaba con vida ninguno de sus parientes. ¿Adónde iba a ir? ¿Dónde iba a ganarse el pan? Margarethe la abrazó y trató de consolarla, pero se expresó con tanta torpeza, que no hizo sino que se desbordara la pena de la pobre institutriz. Mademoiselle Du Pont se dio cuenta de repente de lo sola que se encontraba en un mundo que estaba sumido en un movimiento y en una emoción que le eran inexplicables. Ella no poseía nada más que una maleta. El miedo la sobrecogió y, volviendo un poco la cara para que no la vieran, se echó a llorar con llanto quedo.

La señora Chindler entró en la habitación. Seguía sujetando en la mano la servilleta del almuerzo y esa circunstancia producía un efecto cómico. Sin embargo, su cara estaba pálida y con expresión seria, y Leopold vio que mantenía los labios muy prietos, lo cual era una mala señal.

—¿Qué estáis haciendo aquí arriba? Quiero que os vayáis todos ahora mismo al jardín y que pongáis unas caras normales. No tiene usted por qué llorar, mademoiselle, eso no hace sino irritar a mis hijos.

El grupo salió de la habitación con el semblante cariacontecido. Hoy los estaban echando de todas partes. Solo a Leopold lo retuvo su madre.

—Tu padre —dijo ella— quiere saber por qué llegaste tan tarde a casa.

Esa pregunta era insincera. El catedrático Chindler estaba tumbado en su

cuarto de estudio y se había encerrado dentro echando la llave para despotricar a sus anchas con Dios y con el mundo contra la guerra, contra todos los políticos y contra todos los seres humanos. No se había enterado ni por asomo de que Leopold había llegado demasiado tarde a comer, pero a la señora Chindler le encantaba escudarse en su marido frente a los hijos. Había parido a cinco y, en opinión de ella, hasta el momento no había sabido educar correctamente a ninguno de ellos. Ninguno era como debía ser. Ahora trataba de corregir lo que pudiera corregirse, por lo menos en los dos más pequeños.

—Estamos en guerra, mamá —dijo Leopold a su madre.

La señora Chindler estampó un pie en el suelo con fuerza.

—Eso es absurdo. ¿Quién te ha dicho tal cosa?

Un automóvil se detuvo en la calle y acto seguido chirrió el portón del jardín, que volvía a estar sin engrasar. Elisabeth Chindler soltó al chico, que puso pies en polvorosa de inmediato, y corrió a la ventana. Se asomó todo lo que pudo, cosa que no le resultó fácil porque en los últimos tiempos había engordado, y alcanzó a ver que había llegado el repartidor de telegramas. Este había dejado la bicicleta amarilla apoyada en el haya que crecía frente a la casa. El automóvil, un turismo verde, descapotable, se había detenido en la casa de enfrente, perteneciente a Weber, un eminente economista rico.

Elisabeth Chindler agarró la barra de hierro frente a la ventana. Igual que en el teatro se ve al hombre que se dirige al protagonista con el puñal oculto en la espalda, así vio ella al único hijo de los Weber bajarse del automóvil embutido en un uniforme nuevo de color gris, que le quedaba bien, y dirigirse a la mansión arrastrando el sable. Al mismo tiempo se abrió la puerta de la casa de los Weber. La señora Weber, que padecía una parálisis en una pierna y que llevaba puesta una peluca rubia, bajó apresuradamente los escalones cojeando, como a latigazos, y perdió su bastón, pero continuó bajando a trompicones, con las manos alzadas hasta caer en brazos de su hijo.

Así pues, era cierto que había guerra.

Llamaron a la puerta. La cocinera entró en la habitación; traía dos telegramas.

—Lee en voz alta —dijo la señora Chindler—, me he dejado las gafas en el comedor. —Se sentó en un sillón y añadió—: Voy a ser valiente.

La cocinera rasgó el papel y leyó: «Llego a las 4. Karl».

—¿Y el otro?

«Llego para despedirme a las cinco. Ernst».

La señora Chindler se giró y volvió a mirar por la ventana en dirección a la casa de los Weber. El automóvil ya se había marchado. La calle estaba vacía, cálida y amarilla. No había ninguna nube en el cielo.

—Creo que debería ir usted abajo —dijo la cocinera—. El señor catedrático jadea de una manera muy extraña.

—No me deja entrar en su habitación —dijo Elisabeth Chindler—, ¿o es que se ha decidido por fin a abrir?

—No lo sé —dijo la cocinera. Al cabo de unos instantes, dado que la señora Chindler permanecía callada, preguntó—: ¿Hay entonces guerra de verdad?

La señora Chindler no respondió, y la cocinera repitió su propuesta.

—Debería ir usted abajo, se lo digo de verdad. Puede que le ocurra algo al señor y entonces se recriminará usted no haber ido.

Therese Schmelzenbach trabajaba desde hacía veinte años en la casa de los Chindler. En ese largo período había presenciado tantas riñas y disputas entre quienes le daban órdenes, que de un tiempo a esta parte se permitía algunas licencias. Al principio le sorprendió que la gente rica se insultara igual que los campesinos borrachos de su pueblo. Sin embargo, con el tiempo se dio cuenta de que un humano es un humano, y la única diferencia entre ellos es que unos tienen dinero, y otros, no.

—No tengo nada que recriminarme —dijo la señora Chindler—. ¿Qué sería de esta casa si yo también me encerrara con llave y bajara las persianas? ¡Ay, ya me gustaría a mí dejarme ir, abandonarme! Toda mi vida he tenido que controlarme... —dijo, y volvió a apretarse los labios—. A mí nadie me permite dejarme ir... ahora que mis hijos van a venir... tal vez por última vez... el señor Karl y el señor Ernst...

Comenzó a llorar, y como no tenía a mano ningún pañuelo, se enjugó las lágrimas con la servilleta.

Therese contempló a la señora Chindler. La persona que tenía delante era, por un lado, su patrona y, por otro, una mujer infeliz que por lo visto no sabía qué hacer. Dejó los telegramas encima de la mesa y salió de la habitación.

ELISABETH CHINDLER SE casó en 1886. Amaba a Theodor Chindler en los primeros meses de su noviazgo. Luego, por la manera en la que se manejaba en las pugnas políticas y religiosas, se dio cuenta de que él (en opinión de ella) era una persona fluctuante. Se asustó y reflexionó. Deseaba casarse, y ese hombre era no solo un buen partido, sino también la salida de la miseria de la casa de sus padres y del agobiante trabajo que ejercía en Bonn, el cual, a su vez, era una consecuencia de aquella miseria. Pero se dijo a sí misma que iba a tener que cargar con muchas cosas. Al principio de todo retomó los estudios de lenguas que había descuidado en la euforia de las primeras semanas de su amor, pero después de la boda se dio cuenta de que lo importante eran otros asuntos: llevar la casa, la administración de la pequeña fortuna y, principalmente, la carrera de su marido.

Cualquier cosa menos tener un marido que fuera un don nadie.

Cuando sus padres perdieron definitivamente el proceso por la reclamación de la herencia del tío, su padre comenzó a beber. Todas las noches se encerraba en su habitación y bebía sin tino hasta que se ponía a balbucir sin sentido. Al mismo tiempo iba continuamente de una habitación a otra como un lobo enjaulado, y cada vez que salía y entraba de un cuarto cerraba la puerta tras de sí con todas sus fuerzas. Elisabeth, que dormía con su madre en la primera planta, contaba los portazos. Pang... Eso significaba que había ido al salón. Bum... Ahora había cerrado la puerta del salón. Pang... Otra vez de vuelta a su cuarto de estudio. Y así noche tras noche. «¡Tienes la culpa de todo! —le decía a su esposa cuando se levantaba él al mediodía—. ¡Tú y tu maldita prodigalidad!». «Bien que te comías la ensalada cuando estaba bien aliñada», le replicaba la señora Von Beaufort. «Ahí tienes tu dote...», le decía a su hija, y le arrojaba un monedero vacío a la cabeza.

Elisabeth Chindler gimió. Todavía se acordaba perfectamente de aquel pequeño monedero azul que ella había comprado en Colonia y que había

regalado a su padre por Navidad. Ese era el monedero que él le tiraba a la cabellera.

¡No, no, cualquier otra cosa menos tener a un don nadie como marido!

Cuando se fue de Bonn con su marido y dejó atrás la odiosa universidad, respiró profundamente y se hizo entusiasta de Windthorst.

Se mudaron a Neustadt. Ahora bien, ¡vaya lugar más aburrido que era esa localidad! La ciudad tenía 105.000 habitantes; de ellos, 85.000 eran obreros. El resto eran funcionarios que iban a la par con el gobierno, incluso en cuestiones de moda, oficiales que solo a duras penas se dignaban a tener trato con aquel catedrático ultramontano (por cierto, un reservista con quien jamás habría tenido trato alguno un distinguido capitán de caballería como el padre de Elisabeth) y fabricantes ricos, algunos enormemente ricos, todos ellos de un talante tan liberal, que solo tenían trato con los liberales.

Al poco tiempo, Elisabeth se dio cuenta de que no habían mejorado gran cosa con la mudanza. En Bonn habían boicoteado a los Chindler; en Neustadt se les tenía en poca consideración. Solo cuando el matrimonio mejoró su situación económica y pudo celebrar cenas en casa, se relajaron entonces las resistencias. La gente hablaba de ellos y comenzó a ir de visita a su casa.

¡Ah, sí, la pobreza!

También Chindler había perdido dinero en una especulación a la que lo había inducido un banquero de Colonia. Lo que le quedó alcanzaba para vivir, pero solo para llevar una vida muy sencilla en la que había que asignar y pensarse muy bien cada gasto y en la que cada factura imprevista conducía entre los cónyuges a desavenencias, que, si bien podían preverse, eran, no obstante, imposibles de remediar. Cada vez que Chindler viajaba a Berlín para participar en las reuniones del partido, necesitaba más dinero del que habían calculado previamente, y entonces Elisabeth se quejaba con amargura porque todos sus cálculos se habían ido al traste otra vez.

—No tienes ni idea de asuntos de dinero —renegaba Chindler—, porque tú...

Iba a decir algo ofensivo, pero se dominó y calló. Sin embargo, Elisabeth barruntaba lo que él había querido decir, y en tales frases inacabadas intuía alusiones a la situación económica de sus padres.

—Soy una mujer —le decía a su cuñada, de la que se había hecho muy

amiga—, no puedo hacer carrera. Pero Theodor es listo. Tiene que conseguirlo, ¿no te parece?

Friederike Chindler se limitaba a asentir con la cabeza como respuesta.

Theodor Chindler no era ambicioso. Ya al cabo de poco tiempo le aburría su papel de comparsa en la política y se puso a pensar en cómo podía actuar para regresar de nuevo a una universidad.

—Eso es imposible —dijo Elisabeth Chindler cuando le vio las intenciones—. Sabes perfectamente que uno no puede volver a una universidad cuando ha renunciado a una cátedra.

Chindler la escuchó con atención. Sabía que su esposa decía la verdad, pero también percibía en el tono de ella una cierta alegría de que él se hubiera malogrado en esa carrera profesional que a ella no le gustaba nada. Y eso lo llenaba de acritud.

—Si no hay dinero —decía él—, y tengo que vivir como un culi, pues entonces no puedo aspirar nada más que a ser un culi. Una carrera profesional solo puede hacerse con dinero.

—¿Tenía dinero Krupp cuando comenzó? —preguntó la señora Chindler.

—¿Soy yo Krupp acaso?

—¡Podrías ser más si quisieras!

—Entonces no serías la señora Krupp...

—Yo he parido y criado a cinco hijos —replicó Elisabeth Chindler—. He cumplido con mi deber. Y he hecho muchas cosas más. Cuando comenzamos, quiero decir, cuando aquel canalla de Colonia te engatusó con las acciones en México que resultaron ser agua de borrajas, teníamos 150.000 marcos y 6.000 de renta. Eso era poco, pero con mi férreo espíritu ahorrador he conseguido que en el día de hoy tengamos 200.000 y 8.000 de renta...

—¿Y la casa...?

Elisabeth Chindler despertó de sus ensoñaciones y dobló la servilleta que tenía en el regazo.

«¿Quién acababa de preguntar: ¿Y la casa??». La pregunta había sido formulada con la voz de Chindler.

La puerta estaba abierta, y la habitación, vacía. La cocinera hacía rato que había regresado a la cocina. Al levantarse la mujer entró en kilos y dirigirse al centro de la habitación, el suelo se hundió y se abrieron las puertas del gran

armario barnizado en blanco del cuarto de los críos, que no habían sido cerradas con cuidado y que ahora extendían sus hojas en silencio.

Elisabeth Chindler se asustó, pero sus recuerdos eran más intensos que todo lo que ocurría a su alrededor. La guerra que se alzaba ante ella como una montaña que se eleva desde la llanura la devolvió a sí misma por primera vez desde hacía mucho tiempo.

¡Sí, la casa! Poco antes del fin de siglo, Chindler heredó 60.000 marcos de una pariente y decidió de inmediato mandar construir una casa. Quería salir del piso en el que vivían y deseaba una casa con un jardín, árboles y flores. Elisabeth Chindler luchó contra ese propósito, y se produjeron escenas tensas.

—Cuando tienes 180.000 marcos —decía ella—, no te gastas toda una tercera parte de esa suma para construirte una casa. Eso es un derroche que lleva directamente a la ruina.

—Tenemos 240.000 marcos —respondió Chindler—, y así ves que solo empleo una cuarta parte.

—Si gastas 60 —insistió ella—, solo quedan según mis cálculos 180...

Por esos cálculos realmente un poco disparatados, aumentaron las desavenencias entre ambos como pocas veces antes.

—Estoy harto de una vez por todas —estalló Chindler, como si hubiera llegado el día del ajuste de cuentas—, estoy definitivamente hasta las narices —vociferó temblando de la ira y recorriendo la habitación de un lado para otro— de que te preocupes además por un dinero que es mío y de nadie más en este mundo. Basta ya con ese asunto.

—Te olvidas de que tenemos hijos —replicó la señora Chindler—, en los que tengo que pensar cuando nadie más piensa en ellos.

«Sácalo con toda tu alma», pensó Chindler, y eso fue lo que hizo.

—Hijos... Hijos... Hijos desde la mañana hasta la noche. Lo que deseo es tener una mujer y no vivir con la educadora de mis hijos. Verdaderamente la ocasión es buena, y está bien que por fin hayamos llegado a estos extremos. Tienes que decidirte ahora mismo y definitivamente, Elisabeth. Te lo he suplicado cien veces... y ahora exijo que me jures, ¿me oyes?, que me jures solemnemente que de ahora en adelante solo vas a pensar en mí, únicamente en mí.

«Jamás —pensó la señora Chindler—, nada ni nadie me apartará de pensar

en mis hijos». Pero no lo dijo. Para desviar el tema, comenzó a hablar de nuevo acerca de la construcción de la casa, e insistió porfiadamente en su afirmación de que una empresa de ese calibre era una irresponsabilidad y un derroche en la situación en la que se encontraban ellos.

Chindler no se dejó despistar.

—Exijo una respuesta —dijo él.

Elisabeth permaneció en silencio.

—He parido con dolores a mis hijos —dijo finalmente en un tono petulante y algo exagerado cuando Chindler prosiguió quejándose de que desde hacía eternidades ella era menos su mujer que una institutriz de los hijos y la controladora de los víveres de la despensa.

Chindler se dio la vuelta de repente.

—¡Habría preferido muchísimo más! —replicó él—. ¡Me habría gustado que los concibieras con algo más de placer!

Esa frase produjo su efecto. Durante quince años, Elisabeth Chindler no se había entregado a su marido, sino que se había prestado a cumplir con una obligación que ella detestaba. Chindler sabía desde hacía mucho tiempo que ella hablaba acerca de todas las cuestiones de su vida conyugal con su confesor, un cura gordo, rústico, cuya incultura le resultaba repelente. Esta vez le pidió cuentas al respecto.

—Mezclas a la Iglesia en cosas que no le incumben —dijo él—, y en las que le incumben, está de mi parte.

Elisabeth reconoció de inmediato el peligro al que se abocaba.

—El secreto de confesión se extiende incluso entre los cónyuges —dijo ella.

—No quiero conocer tu secreto de confesión —alegó Chindler—, sino que hables conmigo con franqueza y libertad y que después cambies tu conducta. Estás casada conmigo y no con el señor Müller. Eso es lo que yo quiero y como son las cosas.

—¿Te he negado yo algo alguna vez? —preguntó Elisabeth.

Chindler se puso pálido de la rabia por la falsedad y la doblez. Esa mujer sabía perfectamente qué había querido decir él. Trató de buscar las frases adecuadas para expresarse con mesura, y entonces le salió esto:

—Me lo has negado todo —gritó él—. ¡Todo, y... desde... desde el primer

día...!

Elisabeth se rio.

—Entonces me gustaría saber de dónde han salido nuestros hijos.

—Desde luego que no de tu pasión —dijo Chindler—. ¡Ay, lo que me ha costado vivir año tras año con una persona cuyo cuerpo es una piedra y cuya alma...

—... te ha sido fiel año tras año —lo interrumpió Elisabeth.

—Has sido fiel a tu cabeza... Todo lo que dices es falso... Has sido fiel a las circunstancias, a las situaciones. Desde el primer día hiciste lo que quisiste, y lo que yo quería te importaba un pepino, te tenía sin cuidado...

Elisabeth Chindler se asustó y cambió el tono.

—¿Qué es lo que querías? —preguntó—. ¿Qué es lo que quieres?

—Mira —dijo Chindler—. Tú te piensas que estoy bien metidito en la trampa. Te crees que son buenas las rejas de la prisión: los niños, tú, las circunstancias, mi posición, la religión. ¡No andes equivocada!, te digo yo, ¡no andes tan equivocada! Cuando uno desprecia el mundo como hago yo, soporta fácilmente que el mundo lo desprecie a uno. ¡Se me podría pasar por la cabeza algún día echaros a todos del templo! Ya lo creo que sí... a freír espárragos, venga ya...

—Permíteme que me vaya ahora —dijo Elisabeth—. No es normal que un hombre de tu posición se conduzca de esta manera. Miles de mujeres y de hombres, católicos, creyentes, que te han dado su voto a ti como líder se quedarían conmocionados si te oyeran hablar así.

—Pero la única persona que debería conmoverse a la vista de la que lía con tanta arrogancia y tanto andar entre curas permanece igual de fría que una mesa de anticuario.

Elisabeth se levantó, dispuesta a salir de la habitación.

—Quiero que hables conmigo de esto hasta el final —gritó Chindler—. ¿Me has oído, Elisabeth? —Luego volvió a bajar la voz y dijo—: Lo único que no es normal es practicar esa táctica del silencio, el no hablar hasta el final, el creer que todo se solucionará de nuevo, el seguir mintiendo.

—No soy parlamentaria —dijo Elisabeth—, no sé debatir.

—Eres una persona —dijo Chindler—, y tienes lengua.

—Únicamente tienes que hablar un poco más alto para que no solo puedan

oírte los criados sino también los vecinos.

—No me queda más remedio que vociferar porque te tapas los oídos ante mis palabras.

—No debo escuchar lo que no es normal escuchar para una madre de mi posición.

—¿Quién prohíbe tal cosa?

—¿Dios!

—¡Te has creado un Dios a tu medida, que está a tu servicio!

—Sí, Dios ampara mis débiles energías para que yo pueda mantenerme firme. Pero ahora estoy cansada.

Elisabeth Chindler abrió la puerta con la intención de salir de allí.

Entonces se le aproximó Chindler a toda velocidad y la agarró del cuello.

—¿Es que encima vas a pegarme? —preguntó Elisabeth.

—Deja ya a un lado tu arrogancia, Elisabeth —dijo Chindler—. No voy a pegarte, sino a rogarte que no me sigas pegando tú a mí. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Que yo te pego a ti, dices? Te has vuelto loco —dijo Elisabeth. Cuando su marido la soltó, salió por la puerta, corrió escaleras arriba hacia su habitación, se arrojó encima de la cama y se puso a llorar.

CHINDLER SE FUE a su cuarto. Encima del escritorio había una pila de actas que le habían traído desde la sede del partido. Una vez que el diputado hubo cerrado la puerta, de un sillón verde que estaba frente a la biblioteca se levantó el señor Sissmaier, el secretario, quien hacía una hora que estaba esperando la orden para poder irse a casa. Chindler sostuvo sus quevedos contra la ventana y, mientras limpiaba las lentes con el pañuelo para ocultar el temblor de sus manos, preguntó al escribano:

—¿Cómo anda el ambiente para las elecciones entre vosotros?

—No lo sé con absoluta certeza —respondió el secretario, un hombre gordo, cincuentón, con un bigote pelirrojo—, mi esposa no deja de decir que los sociatas van a tener un montón de votos. Y es que ahora tienen todo tipo de libertades.

—¿Me ganarán?

El secretario se sorprendió primero por la pregunta; luego se echó a reír:

—Ni usted mismo se cree eso que acaba de decir, señor catedrático.

—Hoy en día son posibles muchas cosas —dijo Chindler—, las personas son maliciosas. Ayer por la tarde estuvo el jefe de la policía en mi casa y me ofreció apostar a un agente de guardia en mi casa durante el período electoral. Entonces pensé que no debe de andar muy holgada mi popularidad.

—Sí, bueno, usted no es muy popular entre los sociatas, pero no hay nada extraño en eso.

—¿Y entre vosotros?

El secretario miró al diputado a la cara al tiempo que se retorció las puntas del bigote. Esas preguntas extrañas lo estaban desconcertando.

—¿Se refiere usted a la gente católica?

—Sí.

—Ahí goza usted de un respeto elevado, si se me permite esa expresión.

—¿Por qué? ¿A causa de qué? ¿Cuál es la razón?

Chindler se había vuelto a colocar sus quevedos y contemplaba los ojos pequeños del secretario, que no respondió.

—¿Por qué gozo de un respeto elevado?, Sissmaier, dígamelo de una vez.

—Pero eso lo sabe ya usted mismo y lo puede percibir directamente cuando llega usted a la iglesia los domingos en compañía de su señora esposa, y todo el mundo los mira y se hace el silencio y les ceden el asiento, y hasta el señor cura hace una reverencia desde el púlpito cuando alguna vez han llegado ustedes un poquitín tarde. Y tiene usted a su señora esposa, que va a la misma asociación que la mía, y los muchos hijos, todos muy buenos, y su casa bonita pero sin ningún exceso... No sé... ¡Estoy casi sorprendido de que me haga usted esas preguntas!

—¿Y mi política?

—Yo creo que es la correcta. La causa católica está teniendo unos avances considerables. El hecho de que ahora se esté levantando una iglesia en Bickenbach, un lugar de mala muerte, se debe a usted, eso lo sabe todo el mundo.

Chindler se rio. Esa lisonja le resultó agradable. El reloj Imperio de color negro sobre el escritorio dio la hora.

—Son las cinco —dijo—, tengo que ir a ver al obispo; las actas pueden esperar.

—Ah, ¿a casa del reverendísimo? —dijo Sissmaier.

—Sí —respondió Chindler, y se despidió del secretario.

DURANTE SU DISPUTA con Elisabeth, Chindler creía haber tomado la decisión definitiva de separarse de esa mujer. «Es indigna e insoportable —pensó sentado en el tren a M., a la residencia del obispo, que quedaba a media hora de Neustadt en ferrocarril—. Sí, indigna, ese es el calificativo correcto. Es chillona y estúpida, y lo peor es cómo lo retuerce todo. Ha retorcido mi vida entera. Las mujeres y los hombres católicos no se disgustarían en absoluto si se enteraran de que estoy cantándole las cuarenta a esa persona para que se entere de las cosas. Se disgustarían a lo sumo por mi comportamiento, por mi servidumbre, por ese vegetar mío en la vida».

El compartimento de primera clase en el que viajaba el diputado estaba vacío. Chindler observó el polvo sobre el tapizado rojo. Cada vez que pensaba sobre su vida en esos últimos tiempos, se decía a sí mismo que andaba tan hundido en el lodo que ya no había salvación posible para él. ¿Acaso no consistía su vida en un levantarse, limpiarse los dientes, comer, la rutina, y meterse de nuevo en la cama? Sus hijos y la casa consumían sus ingresos. Cuando él, a quien en la ciudad tenían por una persona adinerada, se permitía alguna que otra vez dos o tres botellas de vino durante una cena, al pensar en la cuenta le daban pinchazos porque sabía que tendría que silenciar ese gasto ante su esposa y ahorrar en vino durante las siguientes semanas, o bien exponerse de nuevo a las alusiones a su prodigalidad y a su manirrotismo.

El tren se detuvo. Chindler se caló el sombrero veraniego de paja de color negro, que le confería el aspecto de un clérigo, y abandonó el compartimento. Frente a la estación tomó un taxi. Cuando este se detuvo frente al palacio del obispo, se abrió la puerta del edificio alto y el canónigo Schäfer salió de él. Chindler pagó al chófer y el clérigo se detuvo para ver quién venía a visitar al obispo. Como era miope, no podía reconocer aún al recién llegado desde la altura de la escalinata ondulada. Chindler subió los escalones, reconoció al clérigo y lo saludó. También Schäfer llevaba bien calado su sombrero, y los

dos hombres conversaron un rato sobre las inminentes elecciones. Cuando se hubieron despedido, Chindler entró en el palacio, pero se detuvo al traspasar la puerta. El encuentro con Schäfer lo había despertado de su desesperación. Schäfer no solo pasaba por ser el hombre más inteligente en la administración episcopal, sino que, además, lo era. Ambicioso y muy habilidoso, fue él quien llevó realmente los negocios del predecesor del obispo actual y ahora esperaba ser elegido como su sucesor. Sin embargo, el cabildo, que le tenía miedo, le dio muy pocos votos, y a pesar de que se le compensó con un escaño en el parlamento, aquello le afectó profundamente. Tras superar esa conmoción, estaba ocupado con el obispo nuevo en promover otra vez el antiguo puesto ministerial, que había desempeñado con el anterior obispo. Los iniciados sabían que con ayuda de algunos curas y capellanes mantenía una red de espías que le informaban continuamente acerca de todas las personalidades de la diócesis. El primer pensamiento de Chindler tras ese encuentro fue: «Este hombre se enterará de por qué he venido aquí». Ese pensamiento lo horrorizó. «Pero ¿qué estoy haciendo aquí? —pensó—. Hago un viaje para visitar al obispo en persona con el fin de aliviar mi vida privada? Eso es un disparate. Me echarán, claro, con toda cortesía, por supuesto, pero mañana lo sabrá la parroquia y pasado mañana todo el partido. ¿Qué voy a decirle realmente al obispo? ¿Voy a exigirle un divorcio que él no tiene potestad para conceder? Siempre es lo mismo. Solo puedes salir del paso cuando estás muy arriba. Claro, si tuviera yo algún poder, si pudiera decirle al obispo que le ruego que declare nulo mi matrimonio sin llamar la atención... Pero esas cosas no se dan en la realidad... Aquí hay leyes y no hay excepciones, ni tampoco humanidad».

Chindler pensó si no sería mejor regresar a casa sin que anunciaran su visita al obispo. «Ayúdame que yo te ayudaré, dice Dios», pensó. Un sirviente que lo había visto entrar se acercó a él con paso silencioso y le anunció con cortesía que hiciera el favor de pasar a ver al reverendísimo.

Chindler subió por la escalera confuso y enfadado; a medio camino tomó la desafortunada decisión de hablar con el obispo de persona a persona, como penitente por decirlo de alguna manera; en el último momento se le metió en la cabeza a Chindler que podía hablar de sus dificultades sin exigir nada en concreto.

El obispo era un anciano con la cara huesuda, que en su vida ya había prestado oídos a muchas riñas entre cónyuges. Chindler comenzó a hablar, pero mientras lo hacía se dio cuenta de que aquel hombre que parecía estar prestándole atención en realidad estaba pensando en otras cosas. «Estoy poniendo en peligro mi posición si sigo hablando así dos minutos más —pensó Chindler—. Este zorro viejo hallará todos los medios posibles para hacer saber al grupo parlamentario del partido lo que yo le diga».

¿Y el grupo parlamentario...? Chindler vio en su imaginación las caras de esos caballeros secos, algo encorvados todos, sin excepción, con los puños redondeados, que nunca hablaban de asuntos personales exceptuando las carreras de sus hijos varones.

Con gran astucia y con la experiencia de un viejo parlamentario desvió la conversación de su objeto real y se limitó a preguntar (y esto incluso como de pasada) cuánto tiempo iba a permanecer todavía el señor párroco Müller en Neustadt, pues tenía motivos para suponer que un cierto influjo que Müller ejercía sobre su esposa en el confesionario no era lo más apropiado para el valioso bien de la paz en la familia, y creía que en calidad de hijo fiel de la Iglesia, y como hombre que ostentaba un cargo visible en la opinión pública, se sentía en la obligación de ponderar al menos alguna medida preventiva al respecto.

—Aprecio mucho al señor Müller —dijo Chindler para terminar—, pero la simplicidad de su pensamiento, que por otro lado le procura a su vez una dignidad ejemplar, corre peligro de no estar completamente a la altura de las circunstancias de una situación algo complicada como la mía y la de mi vida.

—La simplicidad, mi querido catedrático —replicó el obispo alzando la mano con el anillo—, la simplicidad que usted ha ilustrado con bellas maneras suele ser la mejor medicina contra lo que nosotros, o, mejor dicho, nuestros habitantes de la gran ciudad están inclinados a considerar complicado.

Entonces se quedó reflexionando unos instantes. Estaba algo confuso por las palabras que había oído, pero se había dado cuenta de que Chindler, a quien conocía desde hacía tiempo, al principio había querido decirle algo distinto de lo que finalmente dijo.

Chindler vio que el obispo estaba pensando en lugar de hablar, y entonces comenzó a hablar acerca de la situación política. En el período electoral que

había expirado, el Partido de Centro había formado la mayoría en el parlamento en coalición con los conservadores, y Chindler pertenecía a aquel sector (débil, todo hay que decirlo) de su grupo parlamentario que defendía la tesis de que por una parte podía exigirse del gobierno mucho más de lo que se estaba haciendo, pero que, por otra, la socialdemocracia iba a cosechar en el sembrado de esa coalición antinatural.

Pero el obispo, que seguía sin entender con claridad la finalidad de aquella visita sorpresa, no entró al trapo de la política. Ese Chindler era ciertamente un orador parlamentario talentoso, pero una persona impenetrable. Declinó la conversación y prometió hacer venir a consultas al párroco Müller. Chindler sonrió entonces, como si eso hubiera sido todo lo que había venido a pedir; besó el anillo del obispo y se fue. «No me ha servido de nada esta visita — pensó en el tren de vuelta a casa—. Ojalá no se haya dado cuenta de lo que yo quería realmente».

ENTRETANTO, ELISABETH CHINDLER se había enterado por el señor Sissmaier de que su marido estaba de camino a la residencia del obispo. Asustada, se vistió con toda celeridad y se fue a hablar con su confesor.

El cura, un hombre de cuarenta años pero que parecía mayor porque estaba bastante gordo y tenía la cara roja, se quedó horrorizado cuando Elisabeth Chindler le narró con todo detalle la escena que se había desarrollado entre ella y su marido.

—Tiene que hacer usted también ese sacrificio, mi venerada penitente —dijo él finalmente—, y no es, como quizá pudiera pensar usted, porque lo diga o se lo exija yo, pobre de mí con mi escasa experiencia, sino porque es la voluntad expresa de la misma Santa Madre Iglesia.

Elisabeth Chindler se enfadó. Lo sintió por dentro y decidió confesar también ese enfado pecaminoso, pero antes quería aclarar del todo el otro asunto. Dijo al cura que ella no era capaz de entregarse a su marido con placer, nunca había podido, y ahora ya era una mujer mayor, no tanto por los años sino por las vivencias, y después de todo ella ya había tenido muchos hijos; no podía, bueno, tampoco quería.

El confesionario del párroco estaba situado al lado del portal de la iglesia, apoyado en una estructura de madera que se había montado como cancel. En ese rincón, la oscuridad era aún mayor que en el resto de la iglesia. A pesar de ello, la señora Chindler estaba recostada en la pequeña celosía detrás de la cual estaba sentado el clérigo. Ella acababa de replicarle cuando oyó un ruido y se calló en seco. También el cura parecía haberlo oído, pues retiró la cortina verde que lo ocultaba y se asomó. Había entrado una niña de aproximadamente ocho años de edad, acompañada de una mujer joven y delgada. El cura se puso los quevedos y reconoció a Margarethe Chindler y a mademoiselle Du Pont.

—Ha venido su hija —dijo a la señora Chindler recostándose de nuevo.

Ahora se asomó también la señora Chindler y contempló a su hija, que se

había arrodillado junto al confesionario del capellán Kozelka. «No debe llevar el cabello tan suelto cuando va a la iglesia —pensó—, no es lo correcto».

A continuación volvió a inclinarse hacia el clérigo para dejarse asesorar, pero el confesor permaneció en silencio. Él reconocía que estaba desconcertado y pensaba en si habría alguna posibilidad de interrumpir la confesión.

—¿No me ha oído usted? —susurró Elisabeth Chindler en la oscuridad.

«¿Qué digo yo ahora?», pensó el cura, y se apercibió de que tenía las manos sudorosas por los nervios. Luego se dominó y comenzó a hablar también entre susurros y en un tono cantarín:

—Mulieres viris suis subditae sunt, sicut Domino...

«Anda ya, eso ya me lo sé yo», pensó Elisabeth Chindler, que quería saber otra cosa completamente distinta.

—... quoniam vir caput est mulieris sicut Christus caput ecclesiae... — prosiguió el clérigo.

—Eso no es lo importante —susurró Elisabeth. Entretanto, también ella se había puesto nerviosa y le dio por pensar si hacía bien en ir con preguntas tan complejas a una persona sencilla como ese cura. ¿No resultaría más apropiado, en un caso así, recabar el consejo de un jesuita con experiencia?

Pero se contuvo por despecho y comenzó a hablar de nuevo de su odio hacia su cuerpo.

Esa frase liberó al cura.

—¿No es acaso el cuerpo el recipiente de nuestra alma? —preguntó él—. Por tanto, no debemos odiar el recipiente...

De pronto se le ocurrió algo. Bajando aún más la voz, le dijo a Elisabeth que ya que la conocía a ella y conocía su fe, tomaría la responsabilidad de prestarle un libro en el que ella podría obtener una respuesta a las preguntas que la afligían. Y con ello dio por finalizada la confesión.

Una vez en casa, Elisabeth se fue inmediatamente a su dormitorio. Llamó al timbre para que subiera la cocinera.

—Ven, ayúdame a quitarme la ropa, quiero echarme —dijo.

—¿Está usted enferma? —preguntó la chica.

—No. Quiero comer en la cama. Hazme dos huevos revueltos con mucho

jamón y además algo de té y de pan y de mantequilla.

Mientras se desvestía, Elisabeth iba de un lado al otro de la habitación sin parar. Justo acababa de quitarse los anillos cuando pareció que se le pasaba algo por la cabeza. Se acercó de nuevo a su tocador y volvió a ponerse en los dedos aquellas piedras preciosas que eran bonitas, sí, pero no especialmente valiosas.

Se contempló en el espejo. Había dejado caer al suelo el vestido y ahora estaba en corsé. De los bellos hombros redondos colgaban unos brazos blancos, desnudos. También era blanca la blusa, el corsé de color rosa y las calzas eran asimismo blancas. Estaban adornadas por debajo de las rodillas con unos volantes de encaje algo toscos, de manera que las piernas de Elisabeth, embutidas en medias negras, daban la impresión de ser cortas. En cambio, los pies eran pequeños y especialmente bien formados.

—¡Abre el corsé! —le dijo a Therese, y encogió la barriga de modo que el busto sobresalió algo más. Sin embargo, cuando Therese le desató el corsé, los pechos cayeron, y la blusa arrugada se hinchó.

Elisabeth contempló su figura. «Bajita y gorda», pensó, y se enfadó de tal manera que se desgarró la blusa con un movimiento súbito. La agarró con las dos manos y la desgarró del todo, de modo que ahora, para sorpresa de Therese, estaba desnuda exceptuando zapatos y medias ante el espejo, que reproducía, impasible como un eco, cada movimiento que realizaba Elisabeth.

—¡Rápido! Dame un camisón —dijo Elisabeth—. Uno nuevo, uno con encajes, están ahí en el armario abajo, a la izquierda...

Therese fue a buscar el camisón, y Elisabeth volvió a contemplar su figura, los robustos muslos y el vientre, que todavía estaba cubierto de pequeñas marcas rojas, y el escueto mechón de pelo negro en el bajo vientre. Cuando Therese llegó con el camisón, Elisabeth seguía todavía ante el espejo, despreocupada, como si fuera una costumbre suya andar así de desnuda por la habitación, y se estaba observando los ojos. Se había esforzado por reflexionar acerca de los cuerpos, del amor, de los hombres y de la belleza, pero no lo había conseguido. Reflexionar era una operación que fatigaba a Elisabeth porque no lograba retener sus pensamientos. Cuando le llegaba uno, se le superponían de inmediato otra docena más. Elisabeth se olvidó de su cuerpo y se puso a pensar en el color de sus ojos y en por qué Leopold tenía

tan mala cara en los últimos tiempos. ¿Estaría enfermo?

—¡Bien! Muchas gracias —dijo cuando Therese acabó de quitarle los zapatos y las medias—. Quitá ahora la colcha de la cama del señor y tráeme la comida.

Después de comer volvió a levantarse, se fue a por un frasquito del palanganero y se roció con agua de colonia. Después abrió el libro que le había dado el cura y comenzó a leer.

Theodor Chindler regresó a casa muy de noche. Durante el día habían tenido bochorno, pero al atardecer se encapotó el cielo y un viento intenso bramaba ahora entre las copas de los árboles. Era el anuncio de una tormenta. Theodor Chindler siguió su camino con pasos cortos y acelerados.

Cuando llegó a ver su casa, se quedó sorprendido porque la luz del dormitorio estaba todavía prendida. Colocó su bastón en el perchero y entró en el dormitorio. Elisabeth estaba medio sentada en la cama con la espalda apoyada en las almohadas. Estaba peinada como durante el día y olía fuertemente a perfume. Como estaba cansado, Theodor se limitó a pronunciar un saludo breve y comenzó a desnudarse en silencio.

—¿Ha habido correo hoy? —preguntó al cabo de un rato.

—Sí —dijo Elisabeth—, buenas noticias. ¿Me permites que te las lea?

—No. Dime solo lo que pone.

—Los de la compañía Phönix te han elegido para su consejo de administración. Eso serán unos 3.000 al año, que bien nos hacen falta.

«¡Nos! Siempre está con el *nos!*», pensó Chindler, pero no lo dijo.

—Además hay una carta del partido. Te piden que vayas mañana a Berlín... La carta es muy cortés... en realidad diferente a todas las restantes.

«¡Qué bien! —pensó Chindler—. Así saldré de este agujero por lo menos. Me quedaré en Berlín... Tal vez ya no regrese de allí... Ir a Berlín... ¡Qué bien, de verdad!»

Chindler se había puesto el pijama y se dejó caer en la cama.

—Deberíamos apagar la luz ahora. Es tarde.

—¿Sigues enfadado conmigo?

Chindler expulsó el aire por la nariz.

—«Estar enfadado» no es la expresión para las dificultades entre los cónyuges.

—¿Cómo habría que decirlo entonces?

—¿De verdad que no hay nada dentro de tu cabeza o incluso dentro de tu corazón que no te sugiera cómo hay que expresarse en un caso semejante?

—¡Vaya! Hay mucho «dentro», como dices tú, pero creo que se han cometido y tal vez se han expresado también muchos errores, de modo que prefiero preguntarte.

—¿Por qué hablas de pronto de esa manera tan humilde?

—¡Porque te amo!

—¡Anda! Así, de repente.

—¿Estaría equivocado decir que es un poco maliciosa tu manera de hablar?

—Sí, equivocado de cabo a rabo. El matrimonio es una máquina que se pone en movimiento la noche de bodas. Con la claridad del día siguiente comienza a rodar... a rodar... sí, ¿qué es lo que quería decir yo? ¡Ah, sí! La dificultad es que esa máquina se va construyendo mientras está ya en funcionamiento. Cuando aparecen las averías, está claro que no se las puede reparar con palabras como «malicioso». Eso es una estupidez, con ello solo se consigue aumentar el daño. Lo que yo siempre exijo de ti es que reflexiones. Cuando te pones tozuda, y eso es algo que haces siempre, detienes una rueda en la marcha de la máquina, pero la consecuencia es que queda dañada la otra rueda, que pierde su ritmo al instante. ¡Hay que detenerse! Hay que reflexionar dónde puede estar el error, y no solo hay que eliminarlo... eso no basta de ninguna de las maneras, sino que hay que remediar las causas para que no vuelva a molestar a ser posible nunca más. En el fondo está muy claro, ya lo creo que sí, pero tú no quieres entenderlo.

—Quiero entenderlo, pero ya es un poco extraño que tenga que ser precisamente una máquina, como dices tú.

—Todo es extraño. ¡Las personas somos extrañas y queremos seguir siéndolo!

—¿Se puede ser feliz cuando la máquina...

—... se estropea con tanta frecuencia? ¡Se puede vivir así o asá! Con resignación o a todo tren... con pobreza o con riqueza, felices y desdichados... Todo eso son tonterías... No dejas de respirar por eso. Lo importante es lo que sale de ahí. De mí, por ejemplo, podría salir mucho más si no tuviera que

emplear todas mis fuerzas en aguantarte.

Chindler calló y Elisabeth no replicó tampoco. «Le hace bien expresarse —pensó ella—, y como le hace bien tengo que aguantarme, aunque duela».

—Tú opinas —dijo Chindler al cabo de un rato— que es bueno que yo me exprese mientras tú permaneces en silencio. Pero te equivocas. Yo solo no puedo encontrar el error, y si tú te callas, me dejas solo en esa búsqueda. Eso es una equivocación, todo es una equivocación.

—¿No quieres venirte aquí a mi cama?

Esa petición, que hacía mucho tiempo que él no oía, conmovió a Chindler. En ese instante llameó un relámpago que iluminó el cielo y el dormitorio. Le siguió de inmediato un trueno imponente. Se produjo un segundo relámpago que duró varios segundos, con muchas ramificaciones hacia todos los lados, pero esta vez el trueno tardó unos instantes en dejarse oír. La tormenta debió de pasar a gran velocidad por encima de la ciudad. A continuación se oyó el goteo de la lluvia. Chindler había contenido la respiración durante los relámpagos. Ahora tenía el oído puesto en el sonido del chaparrón. La temperatura había descendido bruscamente.

«Qué agradable es el frescor —pensó Chindler, y se acurrucó debajo de la manta—. Ya puede llover lo que quiera. Mi casa es segura. Qué agradable es la sensación de sentirse protegido. ¿Cuánto ha dicho que será lo del consejo de administración? ¿3.000? Bueno, no es mucho, pero tampoco es poco. Además, cuando uno está en un consejo de administración, enseguida le llueven otros 3.000 por aquí y otros 3.000 por acá, y quizá otros 3.000 por allá... El montoncito va a ir subiendo de lo lindo. ¡Hay que aguantar! Que eduque ella a los hijos. Yo... —Chindler oyó respirar profundamente al lado—. ¿Qué está haciendo? —Se incorporó—. Está soñando. Duerme. Es verdad, ella también se mata a trabajar».

Si el comentario de Chindler era correcto y el matrimonio es comparable a una máquina, debe añadirse entonces que el aceite con el que hay que engrasarlo es el dinero. En el caso de la familia Chindler, esa comparación era, en gran parte, cierta. Con los años fue mejorando la situación económica de los Chindlers constantemente, y cuanto más mejoraban, tantos menos roces se producían entre los cónyuges. Los hijos crecieron. Pudieron darles una educación sin pillarse los dedos, y vivieron la alegría de presenciar los

inicios de sus caminos y de sus carreras desde el puerto seguro de una existencia propia y muy bien fundada.

EL JARDÍN DE la mansión de los Chindler era bastante grande. En la parte trasera de la casa dejaron al principio una pista libre en la que la familia jugaba al croquet los domingos, o cuando venía alguna visita. Por detrás de esa pista había un césped rodeado por árboles y, en el centro, una hermosa rosaleda con caminos en círculo. Separado de este, y con acceso a través de un atajo, seguía un segundo césped, del que la señora Chindler se había hecho con un trozo de tierra donde cultivar tomates. Al final del jardín había un tercer césped que era el territorio de los niños propiamente dicho. A derecha e izquierda de los céspedes, junto a las vallas que delimitaban el jardín de los terrenos de los vecinos, había muchos matorrales y arbustos donde los muchachos jugaban a los indios y al escondite. Aquel día de agosto de 1914 en el que la señora Chindler envió a los niños al jardín, Leopold Chindler caminaba con su hermano, con su hermana y con la institutriz francesa por los céspedes en dirección al «jardín de los niños» (tal como denominaban a este último césped). Al cabo de un rato se giró, se metió entre los matorrales y a hurtadillas, tal como estaba acostumbrado a hacer en sus juegos, regresó a la casa rodeando la valla. Cuando vio que todo estaba en silencio, echó a correr por la pista de croquet y entró en la casa por la cocina. En el rellano de la primera planta, apoyado directamente en la baranda de la escalera, había un antiguo tocador, rodeado por una cretona estampada en azul. Se escondió debajo del tocador para observar lo que estaba sucediendo en la casa.

Sin embargo, todo permanecía en calma. Las criadas hacían ruido con la vajilla lavada en la cocina; en una ocasión se oyó un crujido procedente del armario de madera maciza estilo Fráncfort que estaba al lado del escondrijo del chico, pero no se oía ningún otro sonido. Al cabo de cinco minutos que a él le parecieron media hora, el espía salió de su escondite y se dirigió de hurtadillas escaleras arriba, al cuarto de los niños. La puerta estaba entornada, y Leopold vio que su madre estaba completamente sola, sentada en el bajo

sillón rojo. Pálida, con la cabeza hacia atrás, estaba allí sentada como si estuviera enferma o tal vez muerta. Se apoderaron del chico el miedo, el dolor y la compasión hacia esa madre extraña, tan difícil de entender; era un remolino de sentimentalidad y de sentimientos sublimes y conmovedores, un repentino amor ardiente hacia su madre que le sobrevino y lo arrolló con tanta intensidad, que no pudo menos que romper a llorar y, olvidando toda la inteligente cautela con la que había procedido hasta ese instante, entró corriendo en la habitación y se echó a los pies de su madre.

Elisabeth Chindler, arrancada súbitamente de sus sueños, se sobresaltó asustada.

—¿Cómo se te ocurre subir aquí? ¿No os ordené que fuerais al jardín? —dijo ella.

Leopold se dio cuenta de que al actuar con tanta precipitación había asustado a su madre, y se quedó de rodillas, arrepentido. «Que me castigue por haberla asustado —pensó—, pero luego tiene que amarme porque yo la amo, y porque ella está muy triste, porque todo, absolutamente todo es muy triste».

Sin embargo, es amplia la brecha que separa a los niños de los adultos, y es el doble de ancha en estos tiempos nuestros de descontrol, de falta de reglas y de ignorancia. Cuando reina un cierto orden y hay algo a lo que te puedes aferrar, toda persona se mostrará dispuesta a comportarse de manera observadora y, segura de sus propios sentimientos, concederá un sitio a los sentimientos de los demás. Pero en estos tiempos nuestros, toda persona va corriendo de una situación a otra, y la consecuencia es que le pasa lo mismo que a un caminante que tiene que pasar de noche por un bosque, que solo piensa en sí mismo y se esfuerza por persistir con todos sus pensamientos y sentimientos.

—Primero no has obedecido mi orden, luego me has asustado y ahora, encima, te quieres mostrar testarudo —dijo la señora Chindler.

—No soy testarudo —dijo Leopold.

—Todo el día has estado de un impertinente subido. Primero llegas demasiado tarde a comer...

«Vaya, qué tontería que se ponga a hablar de ese asunto ya pasado», pensó el chico. Entonces se levantó, muy despacito y con mucho teatro, como hacen

los chavales, pero un poco también con la esperanza de que en ese tiempo que le estaba concediendo a su madre ella diera un giro a sus sentimientos.

—¿Durante cuánto tiempo más vas a seguir mortificándome con tu testarudez? —preguntó la señora Chindler—. Voy a esperar medio minuto más. Si para entonces no estás en el jardín, ¡te quedarás encerrado en el cuarto oscuro hasta la cena!

«Encerrado en el cuarto oscuro... habiendo guerra... sí, y qué más... — pensó el chico, y se dirigió despacio hacia la puerta. En la primera planta volvió a esconderse debajo del tocador—. Al jardín no voy a ir», pensó, y se pellizó con las uñas en la piel para sentir dolor y distraerse. Y es que se le habían pasado por la cabeza algunos pensamientos atroces contra su madre.

Media hora después sonó con brío el timbre de la puerta de la casa. Abrió una chica de la cocina, y pocos instantes después Leopold oyó tintinear unas espuelas y el sonido de sables arrojados sobre las baldosas de piedra. Se abrió una puerta, y oyó la voz de su abuela saludando a su hermano Karl.

También debía de haber llegado Ernst porque Leopold lo oyó preguntar por su madre.

Entretanto, Therese había subido corriendo hasta la segunda planta para llamar a la señora Chindler, que ahora bajaba por las escaleras todo lo rápido que podía.

—¡Ernst! ¡Karl! ¿Estáis aquí? ¿Habéis venido a ver a vuestra madre? — exclamó todavía desde la escalera—. ¡Hijos míos! ¿Habéis venido a ver a vuestra mamacita? ¿De verdad que os queréis ir a la guerra? ¡Ay, Ernst! ¡Qué pinta tienes con tu uniforme gris! Y tú, Karl, te has dejado crecer la barba... No puedo menos que reírme... Y Lilli... ¿también has venido tú? ¿Vas a acompañar a tu marido? Venid todos, entremos en el comedor. ¡Anna! ¡Therese! Rápido, preparad algo de comer. Los caballeros querrán comer bien otra vez en casa de su madre antes de irse a la guerra. Venid. Imaginaos, sabía que ibais a venir y me quedé dormida en el cuarto de los niños en lugar de esperaros aquí. Entrad. Ernst, Karl...

...

La puerta del comedor se cerró y todo volvió a estar en silencio en la casa, como antes.

«Ahora voy a ir yo también con ellos», pensó Leopold; se levantó de

debajo del tocador y bajó las escaleras a hurtadillas. En la planta baja se detuvo. Encima de la mesita frente al espejo del guardarropa había dos cascos envueltos en un pañuelo de color gris. Un sable estaba apoyado en la pared. En el suelo había una correa con una pistola.

La puerta se abrió de repente. Leopold se asustó. Un soldado salió de la cocina. Al ver a Leopold, se cuadró. A continuación depositó con cuidado en el suelo, debajo de la mesa, dos grandes alforjas de piel de color castaño claro y regresó a la cocina haciendo resonar sus botas claveteadas en el suelo de piedra. Leopold contempló las alforjas. Estaba pensando lo que podían contener cuando volvió a abrirse una puerta (pero esta vez sin hacer ruido apenas). El muchacho se alzó y distinguió en el espejo la cabeza de su padre. El catedrático había abierto la puerta de su habitación y asomaba la cabeza en actitud de acecho. Algunos mechones de pelo le caían en la cara, tenía los ojos completamente vidriosos, y clavó la vista en su hijo durante algunos instantes. Luego volvió a cerrar la puerta.

LEOPOLD SE TEMIÓ que su madre lo echaría del comedor, pero cuando entró, nadie se fijó en él. Los hermanos le dieron los buenos días de una manera escueta y ausente. Karl, el mayor, recorría la habitación de un lado a otro a grandes pasos y había empezado justo en ese instante a pronunciar un discurso. Leopold se sorprendió de verlo con la barba rubia, que no encajaba con el cabello corto de un hombre alto y flaco. Ernst estaba sentado en el sofá, entre su madre y su guapa esposa. Llevaba la raya del pelo cuidadosamente trazada, como siempre, y varios anillos en sus manos largas y hermosas, y una pulsera fina de oro. Margarethe se había sentado a sus pies en el suelo. La señora Von Beaufort estaba sentada con tía Friederike y mademoiselle Du Pont en el otro rincón del salón.

—¿Qué puede haber más para preguntar? —dijo Karl Chindler—. Yo no tengo pelos en la lengua y declaro que esa conducta me parece indignante. Cuando uno viene hacia acá para despedirse antes de ir a la muerte...

—Disculpa que te interrumpa, querido amigo —dijo Ernst—, pero realmente creo que sería mejor que primero nos dijeran lo que ha sucedido de verdad. Si eso altera en exceso a mamá, nos podría informar brevemente tía Friederike.

Acto seguido, la señorita Chindler se dirigió al centro del salón. Era tan bajita, que el larguirucho de Karl tuvo que mirarla inclinando la cabeza hacia abajo. La familia se había acostumbrado al vestido de rayas grises y negras que ella solía ponerse.

—¿Qué más puede haber para chismorrear? —dijo—. Está irritado y ya está. Vuestro padre, queridos sobrinos míos, ha sido toda su vida un hombre sensato, y ahora sabe muy bien que esto no es ninguna guerra sino una catástrofe para el mundo entero.

—Queríamos hablar de nuestro padre —la interrumpió Ernst Chindler, que percibió los comentarios políticos de tía Friederike como una ofensa al

ejército.

—Y eso es lo que estoy haciendo yo, querido Ernst —dijo la señorita Chindler—. Los prusianos han comenzado esta guerra y toda Alemania va a ir a pique con ella. Han vuelto loca a la gente, y en las calles andan gritando todos a la vez como si estuvieran en la feria. Vuestro padre sabe lo que va a venir, y vosotros no lo sabéis. Pero un día pensaréis en él, eso es lo que os digo yo hoy aquí.

—Si en estos tiempos que corren nos ponemos a pensar en nosotros y en nuestros allegados —dijo Ernst—, nos volveremos insignificantes y débiles. Si pensamos en nuestra nación, en nuestra gente, en la patria, en Dios, en todo aquello que es amplio, entonces nos volveremos valientes y fuertes. Puedo entender que os agitéis, pero yo casi que lamento haber venido aquí en lugar de pasar estas horas de la despedida con mi esposa valiente, que a todas luces tiene mayor talante que... un político habilidoso.

La señorita Chindler arrojó una mirada airada a Lilli Chindler, que estaba sentada inmóvil junto a su marido, con un vestido de seda de color marrón a la última moda y un collar fino de perlas. Jamás había podido soportar a esa persona que en su opinión era muy superficial.

—¡Ay Karl! —exclamó ahora Elisabeth Chindler—, ¿no puedes decirle a tu hermano que no hable de esa manera? ¿Es que vamos a tener que pelearnos también en esta despedida? Por la misericordia de Dios, no soporto esto. Mi corazón no lo aguanta más. Tened compasión conmigo si no vais a tener ninguna con vuestro padre, que no ha hecho sino cosas buenas por vosotros. Entendeos al menos en estos momentos, con esta guerra terrible que viene.

—Esta guerra era necesaria, mamá... —dijo Ernst.

Se disponía a seguir hablando cuando se abrió la puerta del salón y entró el catedrático Chindler. Leopold, que se había sentado en un hueco entre dos armarios, vio que su padre tenía el mismo aspecto de antes cuando lo contempló a través del espejo. Llevaba un chaqué gris que volvía más delgada su robusta figura. De su cabellera oscura, casi negra, le colgaba un mechón en la frente, y los puños blancos y redondos de la camisa se le habían corrido por encima de las manos pequeñas. Todos callaron cuando el diputado se detuvo bajo la puerta.

—¿Están los señores hijos listos para partir? —dijo al cabo de unos

instantes, y se adentró en la estancia arrastrando los pies, sin apenas levantarlos del suelo—. ¡Y lo llaman el siglo veinte! Cultura... (enfaticó las dos úes, de modo que sonó como un aullido)—. Van a abatir a tiros a una familia. ¡Van a abatir a tiros a todas las familias! Para eso se las hizo... así es, se las hizo, mis señores hijos varones...

A Karl la escena le pareció penosa a pesar de no compartir el entusiasmo bélico de su hermano. Se dio la vuelta, agarró una botella de vino del bufé, se llenó una copa y la apuró de un trago.

—Bebe, sí, bebe —dijo Theodor Chindler, enfatizando cada palabra de manera poco natural—, el vino de Nierstein de tu padre tiene mejor sabor que los pepinazos... ¿o ya no se les llama «pepinazos» en la guerra moderna?

«Esto se está pasando de la raya», pensó Karl Chindler, y golpeó la copa contra el tablero de la mesa con tanta fuerza que la copa se hizo añicos.

Ernst Chindler se levantó. Su esposa se levantó también.

—Bueno, entonces no —dijo el joven oficial—. Entonces nos vamos al frente sin despedida. Adiós, mamá...

De nuevo fue mademoiselle Du Pont la primera en no poder contener las lágrimas. Sacudida por un llanto convulsivo, salió corriendo del salón, con la cabeza gacha. El diputado la siguió con la mirada hasta que atravesó la puerta. A continuación se echó a reír a carcajadas.

—Por ahí va el enemigo corriendo —gritó—. ¿Por qué no se le pega un tiro, eh?

—Eso es una infamia —le dijo Ernst Chindler a su esposa sin dirigir la vista a su padre—. Vámonos.

Pero Elisabeth Chindler le obstaculizó el camino.

—Theodor —gritó agarrando a su hijo del cuello—, si dejas a tus hijos que se marchen en este momento con el odio en sus corazones, entonces también yo me iré de esta casa con ellos.

Después de ese grito, toda la familia permaneció en silencio. Nadie se movía ni sabía qué decir. Entonces Ernst Chindler hizo un movimiento de manera involuntaria, y la señora Chindler creyó que iba a irse de verdad. En su desesperación corrió hasta donde estaba su madre, la señora Von Beaufort, que estaba sentada en su sillón, inmóvil, contemplando las perlas de su nieta.

—¡Mamá! —exclamó Elisabeth—, ¿no puedes ayudarme tú? Ay, ahora soy

una mujer mayor y, sin embargo, desamparada y sin derechos. ¿Es que no veis que me estáis rompiendo todos el corazón? Os juro, de verdad, que no me volveréis a ver si no os reconciliáis.

Theodor Chindler se desplomó en una silla. Las manchas amarillentas de sus manos envejecidas eran ahora visibles con una claridad mayor de la acostumbrada.

—¿Qué hago entonces? —preguntó hablando de pronto en voz baja—. No sé lo que quieren de mí. Nadie me lo ha preguntado. Antes ha dicho alguien algo sobre Alemania. Yo también hablo de lo mismo. Realmente, ¿sigo siendo diputado o no? Hace semanas que vengo haciéndome esa pregunta todos los días. ¿Ha convocado el káiser al parlamento acaso? Yo no tengo noticia de tal cosa. Eso significa que ya no existe el pueblo. La familia... tampoco... ¿Por qué no nos pregunta nadie? ¿Es que ya no hay ninguna constitución?

Estas observaciones de carácter político sorprendieron a la familia de tal manera, que todo lo que se había dicho anteriormente parecía que quedaba borrado. Todos contemplaron al político anciano, y hasta un chaval como Leopold era capaz de observar con claridad la preocupación en todos y cada uno de ellos. Tan solo la señora Von Beaufort se había desacostumbrado a prestar atención a las riñas familiares ya desde los primeros años de su matrimonio. Sabía por experiencia que esas peleas vienen y vuelven a irse tal como vinieron. Así que no dirigió la vista a su yerno hasta que todas las miradas estuvieron clavadas en él, pero tampoco pensó nada al respecto.

Elisabeth Chindler, que de pronto fue consciente de lo que le ocurría a su marido desde por la mañana, estaba conmovida y dispuesta a reprocharse su conducta hacia él. Karl Chindler asintió varias veces con la cabeza; estaba pensando qué decir. Solo Ernst tenía la intención de replicar. Así ocurría que Lilli, a quien en la familia se tenía en general por una persona superficial, sentía la mayor simpatía y admiración por el diputado. Hija de un general de Wurtemberg, se había casado con el guapo Ernst Chindler, quien, en una velada con debate, le había gustado mucho por su mente vivaz. Sin embargo, Ernst Chindler era con frecuencia demasiado listo como para ser listo. Quiso salir del entorno de la casa de sus padres e ingresar por completo en el círculo de los oficiales a los que admiraba. Ahora bien, como en Alemania no valía nada ser el hijo de un parlamentario, ante su esposa calificó a su padre de

«tipo raro», que ciertamente era una persona sensata pero que sentía el apremio de obrar de manera diferente a otras personas. «Tipo raro», opinaba él, suena mejor que «agitadores del pueblo», como se denominaba a los diputados en el círculo de sus compañeros.

Lilli deseó poder decir algo, darle la razón a su suegro, manifestar su conformidad, pero le faltaban las palabras. Sabía cabalgar bien, pescar con perseverancia, cocinar un poco, vestirse de maravilla y sonreír con encanto. Pero para poder decir algo ahora se sentía demasiado inculta. No le valieron de nada las novelas de segunda clase y la cantidad de devocionarios que había leído desde que salió de la escuela. No obstante, pese a su incapacidad para expresarse, su carácter no le impedía manifestarse. Sonrió a su suegro; tan solo tenía ojos para él y estaba despreocupada de todos los demás, que seguían estando en el salón, y del motivo que los había reunido allí. La primera en ver aquella sonrisa fue Friederike Chindler, y ascendió por ella un odio brutal, plebeyo, contra esa persona a la que tenía por imbécil. Le habría podido sacar los ojos. También Chindler vio la sonrisa de aquella mujer hermosa, elegante, a la que él adoraba, esa hija de la que estaba orgulloso, y le devolvió la sonrisa desfigurando su cara en una sonrisa horripilante, desamparada, desconcertada, ya semivencida por la violencia de los acontecimientos contra la cual él se había rebelado hasta ahora de una manera colérica y desesperada, todavía amargado por la miserable política del gobierno, y conmovido ya por la bella energía de los hombres que estaban frente a él y que eran sus hijos.

Después de sonreír, Lilli contempló al diputado y lo encontró importante y con un aspecto inteligente, con una cabeza bien proporcionada, unos agradables ojos claros. En la casa de sus padres, donde todo funcionaba sobre suelas de goma, una escena como aquella habría sido sencillamente imposible, pero en esta familia de aquí, opinaba ella, había más sinceridad y fuerza. Educada en una obediencia incesante hacia la autoridad dispuesta por Dios, autoridad que ella había contemplado una única vez en la figura de un anciano rey, mal afeitado y con un poco de olor, apenas había sido consciente hasta ahora de que su marido se disponía a ir a una guerra, y de que eso significaba tal vez ir a la muerte. De pronto se giró a un lado y contempló a Ernst.

El oficial puso cara de satisfacción. Acababa de ocurrírsele una respuesta

bien meditada pero contundente a su padre. Lilli vio esa satisfacción arrogante que ella ya le conocía y de pronto encontró desagradable a su marido. Pero al mismo tiempo vio su boca hermosa, su nariz sólida y robusta, la piel morena de sus mejillas que ella había recorrido tantas veces con sus labios, y la sobrecogió un miedo repentino a que una bala pudiera desgarrar esa cara que le pertenecía a ella, hacer pedazos su barbilla... o perforarle los ojos... Entonces se puso a pensar de golpe en algo diferente, en muchas cosas a la vez, y volvió a dirigir de nuevo la vista al diputado. Solo ese hombre tenía razón. Habría que ir a la calle y gritarles a las gentes que se dejaran de guerras e hicieran de nuevo la paz, agarrar a los que se opusieran y zarandearlos, arremolinarse en torno a los bien dispuestos... volver a casa... hacer algo completamente diferente... no estar ahí sentados de esa manera tan ridícula y plañidera como su suegra... Fue a levantarse, pero la mano de su marido, que reposaba en el brazo de ella, la retuvo.

YA HABÍAN LLAMADO dos veces pero nadie pronunció ninguna frase invitando a entrar. Entonces se abrió la puerta y, antes de que la criada pudiera llegar a recibirlos, entraron tres caballeros en el vestíbulo.

—¿Se nos permite la molestia, venerada familia? —dijo el cura Müller, que fue el primero en entrar—. Vengo aquí con estos colegas para darle a usted, modelo y líder nuestro, una muestra de nuestra fidelidad en estas horas, señor catedrático.

Pronunciadas estas palabras, hicieron una reverencia los otros dos recién llegados, el abogado Dr. Laue, presidente local del Partido de Centro, y el señor Pfeiffer, su vicepresidente.

Nadie se alegró por aquella interrupción. Elisabeth Chindler se levantó, saludó al cura con cierto exceso de deferencia, y tras él a los otros caballeros, quienes acto seguido hicieron la ronda en el salón estrechando las manos de todos los presentes. El cura, conforme a su rango, iba a sentarse al lado del señor de la casa y ya se había levantado los faldones de la sotana, pero Karl Chindler, a quien encantaba tratar a las personas con desdén y despotismo, lo agarró del brazo, se lo llevó a un rincón y comenzó una conversación con él sobre la situación del país. Los otros dos caballeros estuvieron de pie un ratito charlando entre sí hasta que tía Friederike comenzó una conversación a la que también se unió la señora Chindler.

—Oiga usted esto, señor catedrático —exclamó de pronto el cura Müller dando algunos pasos en dirección al diputado—, oiga usted qué opiniones sorprendentes y razonables me ha contado su señor hijo. ¡Seguro que no hay muchos oficiales con un carácter tan reflexivo como el suyo en nuestro orgulloso ejército!

—¿Y qué es lo que dice? —preguntó Chindler, que no se había implicado en ninguna conversación.

Karl Chindler iba a responder, pero el cura se le adelantó.

—Dice que el gobierno ha cometido un error al no convocar al parlamento. Para hacer la guerra no se precisa únicamente de un ejército sino, por encima de todo, se necesita un pueblo unido e ilustrado que sepa de qué van las cosas.

—¿Opina usted acaso de otra manera? —preguntó Chindler de nuevo en un tono tan mordaz como el que había empleado hacía media hora.

Al clérigo le resultaba desagradable dar explicaciones en público, y sonrió mientras trataba de buscar una respuesta.

—Por supuesto —dijo finalmente, y creyó estar diciendo algo muy acertado—, no en vano estamos en la casa de un gran parlamentario...

Chindler se enfureció.

—Grande o pequeño... casa o cabaña... ¿Qué importa? ¿Qué tiene eso que ver con nuestros deberes políticos? ¿Es que acaso se ha dado usted de baja del partido, señor cura?

El cura alzó las dos manos asustado ante ese tono irritado y ante la terrible pregunta de si él, el pastor espiritual de su parroquia, podía haberse dado de baja del partido católico. Pero Chindler volvió a la carga con la misma ira de antes:

—¿A qué se dedica usted realmente desde hace cincuenta años en la política (esta datación era una exageración provocada por la ira) cuando en un momento político como el de una guerra no sabe usted qué decir ni qué preguntar?

—Estoy completamente de acuerdo con la opinión de su hijo —dijo el cura, pero, enfadado por esa manera de increparle, quiso afirmar ahora su autonomía y añadir algo de su propia cosecha—. Su hijo ve en esa omisión del gobierno, vamos a denominarlo así por el momento, un peligro para la unidad del pueblo, pero yo creo que estamos más unidos que nunca.

Estas últimas palabras, que él consideraba culminantes, las pronunció despacio y en tono triunfal.

—¿Unidos? —preguntó Chindler con desdén.

—¿Es que no ha leído el *Volksblatt*?

Chindler permaneció en silencio a pesar de que lo había leído. El señor Laue se echó entonces la mano al bolsillo algo deformado de su chaqueta verde, extrajo un periódico y se lo alcanzó al párroco. El cura se puso los quevedos y leyó en voz alta al tiempo que todos los presentes se callaban y le

prestaban atención con un interés evidente. El diputado se limitó a jugar con las patas de su perro.

—En esta hora terriblemente seria —leyó el cura—, deben silenciarse todas las pasiones de los partidos. La socialdemocracia ha hecho todo lo que estaba en su poder para impedir esta guerra. Pero ahora nos domina a todos únicamente la siguiente cuestión (el lector alzó la voz): ¿Vamos a vencer? Cuando nuestro país se está viendo amenazado por el zarismo sangriento de Rusia, no vamos a permitir que nadie en este país nos supere en el cumplimiento del deber y en la firme disposición al sacrificio.

—¡Bravo! —exclamó Ernst Chindler cuando calló el cura. Los demás también estaban conmovidos. El cura miró al diputado con gesto interrogativo mientras tamborileaba con los dedos en el lomo de la publicación por los nervios. Sin embargo, Chindler se dirigió a su hijo Ernst:

—Nunca fue costumbre en mi casa —dijo carraspeando para poder contenerse mejor— prestar atención alguna a las opiniones de esas señorías corruptoras del pueblo y negadoras de Dios. ¡No veo ningún motivo para prestársela ahora que esa gente no solo ha cambiado sus miserables principios sino que simple y llanamente los ha traicionado!

Por las ventanas abiertas del salón, tapadas solo con cortinas, llegó de la calle el ritmo de columnas desfilando. Debían de ser tropas que, en ese instante, se pusieron a cantar. Leopold corrió a la ventana y miró afuera.

—Ya se van —dijo el cura.

Ernst Chindler echó un vistazo a su reloj.

—¿Tienes que irte, hijo mío? —preguntó Elisabeth Chindler.

—Ya es la hora —dijo el oficial, y miró a su esposa.

Al señor Pfeiffer le pareció que lo adecuado era dejar a la familia a solas y tiró de la manga a su colega Laue, quien se levantó al instante. Embutido en su traje de color verde claro que no le quedaba muy bien que digamos, el abogado adoptó una postura militar tensa, y lanzó algunas frases en el salón, dirigidas especialmente a los dos oficiales, que aproximadamente venían a decir que si le llegara también a él el llamamiento a filas, sabría cómo luchar por la patria. A continuación se despidieron los señores.

Lilli se había levantado y mantenía sujetas las dos manos de su marido. El soldado entró en el salón y anunció que ya había llegado el automóvil.

—Dale la bendición a tus hijos —dijo la señora Chindler.

Todo el mundo se levantó, mientras que primero Karl, y luego Ernst, este con algo de desgana, se arrodillaron frente al padre.

—Os bendigo —dijo Chindler con una voz tan baja que apenas pudieron oírse sus palabras—, haced lo correcto... regresad... ahora iros... dadle un beso a vuestra madre... yo os bendigo...

Theodor Chindler se dio la vuelta, se dirigió al porche y descendió los escalones hasta el jardín, despacio, agarrándose a la barandilla, con la cabeza echada hacia atrás. Estaba llorando, pero se avergonzaba de sus lágrimas y las ocultó a su familia.

Cuando el automóvil se hubo marchado, Lilli se quedó sola en el portón. Nadie se preocupaba por ella porque toda la familia estaba al tanto de la señora Chindler, que se había desmayado ante la puerta de casa. Lentamente, alzándose la larga falda, la joven se dirigió al jardín. Frente a la rosaleda, en el centro del césped, estaba su suegro. Se había puesto las gafas y contemplaba una flor que mantenía doblada con cuidado ante él.

De pronto apareció Leopold al lado de Lilli.

—Ven —dijo Lilli al chico que tenía un aspecto pálido y aturdido—, te voy a enseñar una cosa. Se sentó en un banco y sacó de su bolso algunas fotografías que había hecho en la primavera durante un viaje a Egipto. Una foto la mostraba a ella frente a las pirámides, sentada a lomos de un camello.

—Vaya —dijo Leopold con admiración después de contemplar un buen rato la fotografía—, ¿eres tan rica que tienes un camello?

Lilli estaba contemplando una buena foto de su marido, pero no pudo menos que echarse a reír ante ese comentario.

LIBRO SEGUNDO

LA SEÑORA VON Beaufort regresó con su marido; la señorita Chindler, a Wiesbaden. Mademoiselle Du Pont, que había sido despedida, también había dejado la casa para ir a Suiza. Solo Lilli Chindler cedió a la insistencia de su suegro y decidió permanecer unas semanas más en Neustadt. Ahora había sitio en la casa. A Leopold le dieron permiso para instalarse en la habitación de mademoiselle Du Pont, a la que llamaban la «habitación de las acacias». Margarethe la bautizó así porque las ramas de una acacia vieja y alta llegaban hasta sus ventanas.

Ya en la primera noche, Leopold intentó asentar una tabla desde el antepecho hasta la acacia para dormir entre el ramaje del árbol, pero el puente cayó con gran estruendo en el jardín. La siguiente noche lo probó con una cuerda para tender la ropa. Tampoco lo consiguió. Ese árbol, alto, imponente, llevaba seduciéndolo mucho tiempo. Por si fuera poco, él había constatado que una vez alcanzadas las ramas de la acacia se podía llegar con facilidad a un plátano que crecía directamente frente a la habitación de los invitados en la que estaba Lilli. De noche y de día pensaba solamente en Lilli.

Cuando tras la partida de sus hermanos, ella se había reído por su comentario sobre el camello, primero se quedó medio airado, medio confuso. Luego se rio también él, y como Lilli no podía parar de reír, vio de pronto sus bonitos dientes blancos, los labios gruesos y, al estar él de pie frente a ella, mientras esta estaba sentada, le vio el surco de los pechos por debajo de los encajes de la blusa.

Desde entonces adoraba a su cuñada y andaba a paso lento, como un gato, por las inmediaciones de su habitación. Ella se había hecho enviar tres maletas grandes y él habría dado la vida por saber lo que guardaban. Pero no se atrevía a entrar en su habitación.

Lilli se dio cuenta de esa veneración y se puso contenta. El chico era quien más le gustaba entre todos los parientes de su marido. Una mañana se levantó

temprano. Cuando Leopold hubo tomado el desayuno y ya se marchaba atravesando el jardín, ella estaba esperándolo en el portón y lo acompañó a la escuela. Sus sentimientos estaban de nuevo mezclados. Por un lado caminaba con orgullo al lado de ella; pero por otro lado iba enfadado por ser todavía tan pequeño, un escolar, y por último se temió que sus compañeros consideraran a Lilli su nueva institutriz y se burlaran de él como de un renacuajo al que no permitían ir por la calle solo ni siquiera de buena mañana.

Lilli caminaba despacio a pesar de que eran ya las ocho menos diez. Se ató un pañuelo a la cabeza y tenía el aspecto de una campesina. Leopold la admiró con arrobo.

—¿Te gusta ir a la escuela? —preguntó Lilli.

El chico se pensó qué contestar. La escuela era algo especial. En general se despreciaba a los profesores, tanto por parte de los adultos, que los llamaban «maestruchos», como de los escolares, que no mostraban nada de respeto por profesor alguno de la institución.

Los alumnos procedían de todas las clases sociales y mantenían poca camaradería entre ellos. A los adinerados nadie les había dicho que debían tener en consideración a los compañeros con menos recursos; a estos nadie les había indicado que en ese lugar podían exigir los mismos derechos. De esta manera, los más ricos eran arrogantes, lo mostraban especialmente en la elegancia provinciana de sus trajes de la pubertad; los más pobres eran humildes (por temor a los maestros) y con frecuencia insidiosos. A esto se añadía una lucha de religiones de un tipo especial: la mayoría evangélica le tomaba el pelo a los católicos, y ambos grupos, unidos, se burlaban de los judíos.

En cierto sentido, no podía contemplarse sin un ligero sentimiento de grandeza cómo los adolescentes estudiaban aquí matemáticas y leían a César, mientras que a tan solo unos pocos cientos de kilómetros de la escuela, las batallas más terribles causaban estragos. Sin embargo, en otro sentido esto tenía algo de espeluznante en sí porque nadie advertía lo particular de ese estado que todos percibían muy bien y que ninguno citaba por su nombre. A causa de esto, esa actividad adquiría algo de obstinación, como obstinada es la conducta de las ovejas que son transportadas en un vagón de mercancías.

Leopold no supo cómo responder a la pregunta de su cuñada. Cuando la

miraba para decir algo, se ponía rojo. Lilli se rio y aclaró que a ella no le gustaba ir a la escuela, a ninguna persona sensata le gusta ir a la escuela. Leopold no compartía esa opinión, pues a él le gustaba más ir a la escuela que estar en casa. Pero se calló porque no quiso aclarar ese asunto.

—Tal vez venga a por ti a mediodía —dijo Lilli cuando llegaron frente al edificio de la escuela—. Este paseo es lo más bonito en vuestra ciudad.

Leopold se quitó la gorra, pero Lilli dio un beso al chico simpático, a la ligera, a su manera inofensiva del sur de Alemania, como pariente, y siguió caminando.

Leopold corrió al edificio. «Me ha besado —pensó, excitado sobremanera—. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Es que me ama? ¿Cómo le digo yo que la amo? ¿Le escribo una carta? Dios mío, ojalá hubiera acabado ya esta mañana tonta».

LILLI CONTINUÓ CAMINANDO. Al cabo de un rato fueron haciéndose cada vez más escasos los edificios. A los lados de la calle había campos. Lilli vio que habían plantado tabaco y descubrió pequeños bosquecillos de castaños que llevaban frutos. En los campos trabajaban mujeres.

«Esto se va a poner muy soso cuando pronto no pueda verse ya a ningún hombre. —Pensó en su marido—. ¿Dónde estará ahora? ¿En Francia? En una batalla? Ay, qué innecesario es todo esto. Los árboles crecen también sin una guerra. Qué extraño lo mudos que son los árboles aunque beban agua y lleven tal cantidad enorme de manzanas, como ese de ahí».

De pronto volvieron a aparecer edificios y Lilli pisaba un barrio que nunca había visto. «Qué raro es esto, primero casas, luego campos, luego de pronto otra vez ciudad. ¿Quién ha decidido esto así? ¿Por qué es así? En realidad una no sabe nada de nada».

La calle estaba pavimentada miserablemente, y un carro traqueteaba sobre los adoquines. Lilli siguió al vehículo en el que dormitaba un campesino. «Si se le dieran un par de fustazos al caballo, acabaría volando en el suelo».

Tuvo que esperar frente a un paso a nivel con las barreras bajadas. Poco a poco fue reuniéndose cada vez más gente, pero las barreras permanecían bajadas a pesar de no venir ningún tren.

—Abre ya, Hannes —exclamó una mujer dirigiéndose al guardavías—, no viene ninguno. La gente estamos pensando que nos quieres tomar el pelo.

—Pero ha sonado el aviso —exclamó el guardavías.

—Sí, en tu cabeza... —exclamó alguien, y entonces apareció el tren por la curva.

Era uno de esos trenes militares interminables que rodaban por el país desde hacía semanas. Lilli contempló a los soldados, que miraban asomados a las ventanillas de los vagones, y se sorprendió de que nadie exclamara. Los que pasaban miraban mudos e indiferentes a los que esperaban; los que

esperaban tenían la vista fija en los soldados. Tan solo algunos niños corrieron en paralelo al tren y gritaron alguna frase.

Cuando Lilli regresó a la casa de sus suegros, la esperaban ya con la comida en la mesa.

A FINALES DE SEPTIEMBRE Theodor Chindler viajó a Berlín para las sesiones parlamentarias. Elisabeth iba afligida de un lado a otro de la casa. Desde hacía doce días no tenían noticias de Ernst, que estaba en el frente occidental. El correo llegaba tres veces al día, pero la señora Chindler estaba tan nerviosa, que no esperaba al cartero sino que le salía al encuentro. Solo Lilli parecía indiferente, como siempre, elegante y más guapa que nunca.

Daba largos paseos casi todos los días, acompañada siempre por Leopold. Una tarde preguntó si era posible conseguir un caballo porque quería enseñar a Leopold a cabalgar. La señora Chindler se asustó al pensar en un animal tan costoso y protestó tímidamente.

Le desagradaba la amistad creciente entre Lilli y su hijo. Le parecía que no era lo debido para una mujer joven, especialmente en estos tiempos difíciles. Pero ¿qué podía hacerse? Su marido estaba encariñado de Lilli, la esposa de su hijo que estaba en el campo de batalla; ella se temió que tan solo una insinuación bastaría para poner de mal humor a Lilli y que eso tendría como consecuencia alguna terrible escena de familia. Así que, por el momento, prefirió callarse una vez más. Su nuera no le caía muy simpática. Lilli era hija de un oficial de Wurtemberg que a pesar de su pobreza (no poseía ni un céntimo de fortuna) había hecho una brillante carrera y había criado a una gran familia. La madre murió cuando Lilli tenía catorce años. Cuatro años después, un comandante muy mayor, primo del padre de Lilli, un soltero rico y pelirrojo, se enamoró de la chica guapa, le hizo la corte como un jovencito y finalmente le hizo una propuesta de matrimonio. Lilli la rechazó horrorizada, pero el comandante persistió en sus trece hasta que tuvo que intervenir el padre de Lilli. Poco tiempo después moría el comandante (algunos hicieron correr el rumor de que se había pegado un tiro en su puesto de cacería; oficialmente se dijo que había tenido un accidente) y Lilli se vio como única heredera de su fortuna, que ascendía a 350.000 marcos. Le abonaron el dinero

de inmediato. Un año después, Lilli se casaba con el guapo teniente Chindler.

Cuando su marido hubo partido para Berlín, Elisabeth invitó a Friederike Chindler a que fuera a su casa desde Wiesbaden. La señorita Chindler viajó de inmediato para allá. Cuando llegó, estaba completamente agotada.

—Cinco horas enteras me he pasado sentada en ese sucio tren —dijo entre jadeos—. Ha parado en todos los poblachos, como si fueran a inaugurar una estación en cada uno de ellos. Y también en mitad de los campos, donde no había nada de nada porque los campesinos han matado el ganado. No, ya os lo digo yo, la guerra ha destrozado todo, y lo que aún está por llegar... bueno, sobre eso mejor no digo nada.

Elisabeth contó a su cuñada que no tenían noticias de Ernst.

—Eso tiene muy mala pinta —dijo la señorita Chindler—. Hay que ponerle enseguida una velita consagrada a san José.

Finalmente, Elisabeth habló de la amistad de Lilli con Leopold. La anciana señorita entró de inmediato en cólera.

—Los de Wurtemberg no son trigo limpio —dijo—. Eso es lo que decía siempre mi padre.

—¿Qué tiene esto que ver con Wurtemberg? —preguntó Elisabeth.

—Porque los de Wurtemberg son todos así... irresponsables, los franceses los han corrompido a todos. Pero no te entiendo, ¿por qué andas preocupada? Dile que se marche. Quiero decir, ya lleva bastante tiempo en vuestra casa. Ella tiene su hogar... que se preocupe de sus cosas... Yo cortaré por lo sano... ¡Adiós, querida hija, vuelve el año que viene por acá!

—¿Qué dirá Theodor?

—¡Se quedará sorprendido encima con esa víbora!

—No... —dijo Elisabeth—. No me atrevo a eso. Prefiero enviar a Leopold un tiempo a tu casa.

—Pues venga —dijo Friederike—. En mi casa le pondré conservas para comer, a él le gustan.

EN BERLÍN THEODOR Chindler fue de una reunión a otra. En el Reichstag hizo que el ascensor lo subiera al vestíbulo. Al lado del restaurante, frente a un mapa grande y rodeado por algunos miembros del Partido de Centro, estaba el diputado Erzberger. Cuando divisó a Chindler, su colega del grupo parlamentario, exclamó de inmediato:

—Señor, preste usted atención unos instantes. Puedo darle algunas informaciones, y por ahí dicen que anda usted necesitado de un poco de buen ambiente. Así que mire usted: los serbios... aquí... han sido arrollados por completo. Todavía no ha salido en la prensa, pero el embajador austríaco me lo ha dicho y en el Ministerio de Asuntos Exteriores lo han confirmado...

Chindler saludó con cortesía, se detuvo algunos instantes y contempló el mapa. Cuando Erzberger comenzó a hablar de «la superioridad de nuestros cañones», siguió su camino. En el pasillo de la izquierda se encontró con el diputado Bassermann, a quien conocía como alemán sureño.

—¿Ha leído usted el discurso de Salandra? —preguntó Bassermann—. Aún se darán por vencidos los italianos. Vaya, no me queda más remedio que decir que nuestra diplomacia no podría haber conseguido menos alianzas... Vaya cómo están las cosas.

Chindler le dio la razón y siguió caminando. Estaba buscando a su amigo Helmberger y se fue poniendo cada vez más nervioso al no encontrarlo por ninguna parte. Durante el desayuno había hablado por teléfono con su esposa y se enteró de que no había llegado todavía ninguna noticia de su hijo Ernst, razón por la cual había decidido hablar con Helmberger, quien, gracias a su trabajo en una comisión, mantenía buenos contactos en el Ministerio de Guerra. Tal vez fuera posible preguntar desde el ministerio al IVº Ejército en el que se encontraba Ernst Chindler.

Un ujier, a quien Chindler abordó, le dijo que acababa de ver al señor Helmberger en conversación con el señor Stein del diario *Frankfurter*

Zeitung. Chindler mandó que lo condujeran hasta Stein. El viejo periodista estaba sentado en un sillón en medio de un pequeño mar de periódicos que iba esparciendo por el suelo a su alrededor conforme los iba hojeando. Chindler lo saludó. Stein se levantó de su asiento y dijo que Helmberger acababa de irse, pero que en media hora se lo podría localizar sin falta en el restaurante del hotel Kaiserhof. Chindler le dio las gracias y ya iba a despedirse cuando Stein le preguntó que cuánto tiempo creía él que iba a durar la guerra.

—Eso no lo sabe ni Dios —dijo Chindler—. Por el momento tengo la cabeza como un bombo, aquí cada cual dice una cosa distinta. En mi tierra el ambiente es pesimista, no se lo voy a ocultar a usted.

—Yo calculo algunos meses —dijo Stein.

Chindler miró con asombro al periodista.

La puerta del grupo parlamentario socialdemócrata se abrió de golpe. El diputado Südekum y el redactor Fischer del *Vorwärts* pisaron el pasillo.

Stein los observó con atención y dio algunos pasos llevándose a Chindler consigo para cerrarles el paso a los dos.

—¿Qué tal? —preguntó cuando los caballeros iban a pasar por su lado.

Fischer siguió caminando. Südekum dijo:

—Bien, gracias. ¿Y usted? —Y siguió también su camino. Los dos tenían las caras enrojecidas.

—Ahí ha habido bronca —dijo Stein acariciándose la barbilla—. Dicen que Liebknecht ha vuelto a pronunciarse en contra de los bonos de guerra.

—Anda, ahí tienen al menos a una persona decente entre ellos —dijo Chindler, para quien ese suceso le era, por cierto, completamente indiferente.

—¿Qué acaba de decir? —preguntó Stein, y se le vio en la cara que se había quedado consternado por la sorpresa.

—¿A eso lo llama usted ser decente?

Chindler, que no tenía adoración por los periodistas y que apreciaba en poco las conversaciones largas con desconocidos, cayó en una ira súbita cuando oyó esa pregunta. ¿Le era preciso a ese condenado alborotador del *Frankfurter Zeitung* formular preguntas aquí como si fuera un terrateniente de la Pomerania?

—«Decente» llamo yo a una persona que durante veinte años predica una cosa y que en el año veintiuno no se da por vencido.

—Pero es alta traición lo que ese tipo se lleva entre manos.

—Voy a decirle una cosa, señor Stein —respondió Chindler—, cuando incluso un hombre de su periódico se cuadra en estos tiempos y denomina «decente» a esa acción más de lo que sería necesario, entonces no veo sino muy turbio nuestro futuro.

Y diciendo esto, se fue.

En el hotel Kaiserhof, Helmberger se levantó de una mesa cuando Chindler entró en el gran comedor, que estaba muy concurrido.

—¿Has tenido bronca con Stein? —preguntó saludando a Chindler.

—Qué buenos oídos tienes —respondió el diputado.

—Me ha telefoneado él que venías para acá. Pero no me queda sino advertirte de verdad, caro amigo. La gente anda contando por ahí todo tipo de cosas sobre tu mal humor. Si ahora encima te pones a favor de Liebknecht...

—Helmberger —lo interrumpió Chindler, clavándose las uñas en las manos por la agitación—, ¿quieres arruinar nuestra vieja amistad con chismorreos como esos?

En algunas mesas se alzaron algunas cabezas, que se pusieron a contemplar a los dos diputados del Partido de Centro que estaban conversando de pie en medio del salón. Helmberger se dio cuenta y creyó incluso que había enmudecido el ligero zumbido de las conversaciones que llenaba el salón.

—Ven un momento afuera —le susurró a Chindler—, junto a mi mesa hay alguien. Ahí no podremos hablar.

Chindler preguntó en el vestíbulo:

—¿Qué te ha dicho ese Stein?

Helmberger le informó sobre lo que le había dicho Stein por teléfono.

—¿Llamas a eso ponerse a favor de Liebknecht? —preguntó Chindler.

—Pero caro amigo mío —dijo Helmberger en tono conciliador—. No me convierto en juez sobre tus actos porque te aprecio. Solo quería ponerte sobre aviso.

—Muchas gracias —dijo Chindler, que había vuelto a tranquilizarse—, pero quiero ver si encima tengo que ponerme un hocico de cerdo para no llamar la atención en esta pocilga. Todos saben que estoy a favor de los bonos de guerra ahora que ha estallado esta mierda, pero ese no es motivo ninguno para perder la cabeza y empezar a llamar de repente blanco a lo negro.

¡Habláis todos como si os pagara el Estado Mayor! Si yo fuera ministro en este país (pero tan solo somos los invitados rabiosos del señor Bethmann-Hollweg), probablemente mandaría encerrar a ese Liebknecht. Sin embargo, lo respetaría en el mismo grado en que desprecio a sus amigos del partido, que no son sino unos tráfugas. Esa es mi opinión y cualquiera puede oírla... incluso el *Frankfurter Zeitung*.

Helmberger estrechó la mano de Chindler. Chindler meneó la cabeza, como hacía siempre que quería mostrarse bueno otra vez.

—Por favor, en el futuro no vuelvas a decir que estoy a favor del ganado vacuno cuando elogio un asado de buey.

A continuación le expuso su petición. Helmberger, un bávaro que se contaba entre las amistades más antiguas de Chindler, le prometió que iría al ministerio justo después del almuerzo.

Chindler iba a despedirse, pero Helmberger lo retuvo.

—¿Qué vas a hacer por ahí solo en Berlín a las dos del mediodía? Vente al comedor. Almorzaremos juntos. ¿Conoces a Rathenau? Desayuna conmigo. Vas a conocer a un hombre interesante.

«¿Rathenau? —pensó Chindler—, ah sí, un industrial rico... de la AEG... o algo por el estilo».

LA COMIDA FUE excelente. Helmberger mandó descorchar un borgoña, y Chindler se dio cuenta de pronto de que estaba a punto de beber demasiado. Apartó la copa que ya había levantado y se recostó en su asiento. Le gustaba esa atmósfera de riqueza y de elegancia que lo rodeaba. Cuando estaba solo, comía, para ahorrar, en pequeñas cervecerías, de las que abundan en Berlín. Pero si se daba la ocasión de comer en el Kaiserhof o en el Hiller, entonces se desmelenaba y rendía un copioso homenaje a la costumbre alemana de permanecer sentado a la mesa hasta bien entrada la tarde, tomando café y licores.

Rathenau, a quien Chindler observaba con gran interés, hablaba de una forma extraña, dirigiéndose ciertamente a Helmberger aunque parecía que solo tenía a Chindler por oyente. Citó a Goethe, las cartas de Beethoven y se explayó en su opinión de que todo era mental, la mesa, la copa, el plato que alzaba al mismo tiempo con las dos manos y con ademán bello, enérgico. Chindler prestaba atención, pero sin esforzarse por entenderlo todo.

Cuando Helmberger se levantó para ir al ministerio, la conversación dio un giro hacia la política.

—¿Puede decirme usted, señor Chindler —preguntó Rathenau—, por qué estamos haciendo esta guerra? Es que yo no lo sé.

—Yo tampoco —dijo Chindler—. La única persona que parece saberlo es mi hijo, que está en el frente.

Metió la mano en la cartera, sacó un fajo de cartas que en parte tenían los bordes redoblados, se puso los quevedos, estuvo leyendo un ratito y entonces recitó: «Aunque estoy convencido de que en la paz puedo hacer más por la patria y por el pueblo que en la guerra, sin embargo me parece erróneo e inadmisibles realizar tales consideraciones ponderativas, casi calculadoras, pues lo decisivo siempre es la disposición al sacrificio, no aquello por lo que se efectúa el sacrificio...».

—¿Entiende usted esto? —preguntó Chindler después de estar esperando durante algunos instantes una réplica—. Yo no lo entiendo. ¿Qué clase de personas son esas, nuestros hijos? ¿Tiene usted hijos también?

Rathenau negó con la cabeza. No estaba casado ni tenía hijos.

—¿De quién habrá aprendido esas frases? —prosiguió Theodor Chindler—. De mí no..., pero a veces pienso que de mí no ha aprendido absolutamente nada... no le he podido enseñar nada. Con esta juventud, la gente sin escrúpulos hace lo que le da la gana.

—¿Sabe usted cuánto nos está costando esta guerra? —preguntó Rathenau al cabo de un rato.

—Supongo que todo —respondió Chindler.

—Según mis cálculos, 150.000 millones —dijo Rathenau.

—Dentro de unos pocos días aprobaré algunos miles de millones más —dijo Chindler.

—Ahora hay que aprobarlo —replicó Rathenau—. Sin duda. Pero habría que saber para qué se emplea el dinero, y a quién va a parar. No tenemos estrategias, ni hombres de Estado. Alemania rinde excelentes resultados en todos los campos, en la técnica, en la industria, en las ciencias aplicadas. En esos ámbitos avanzan los que están cualificados. Esto es diferente en la administración política, desgraciadamente...

—Que administre Dios —dijo Chindler.

—Las clases trabajadoras se ocupan muy poco de la política en nuestro país.

—¿Desea usted tal vez convertirse en diputado en el parlamento, abrazar la única profesión que no tiene remuneración en Alemania?

—¿Se debe a la falta de dietas?

—No solo, pero eso muestra lo que somos. No somos los representantes de la nación, sino los oyentes del gobierno. No tenemos ninguna función. Por este motivo, muchos de nosotros nos comportamos como escolares. Ahora bien, cualquier persona acaba comportándose como un escolar cuando se la obliga a parecer algo que no es. Bismarck ha hecho grande a Alemania y pequeños a los alemanes. Ahora somos pequeños cuando debíamos ser grandes, enérgicos, inteligentes, valientes, despiadados...

—En el frente —dijo Rathenau—, los hombres poseen todas esas virtudes.

—Y se desangran al mismo tiempo. Un general listo enseñó en esta ciudad que la guerra es una continuación de la política con otros medios. ¡Por esta razón fueron eliminados de inmediato los pocos restos de política que quedaban cuando estalló la guerra!

—No considero importante esta forma de Estado. ¿Quién es el káiser? Lo importante no es la persona del monarca. Las mujeres regentes en Inglaterra, Rusia y Austria fueron las mejores. Francisco José de Austria todavía no ha ganado una batalla, todavía no ha alcanzado nada, ha llevado abajo a su país, escalón tras escalón, y es un monarca idolatrado. Tal vez un idiota sería el mejor rey.

—Si solo fuera rey, pero es que además hace de dictador como profesión secundaria...

—Es un dictador porque se lo consentimos...

—Y se lo consentimos porque es precisamente un dictador.

—Usted al menos se pronuncia tal como piensa —dijo Rathenau y se recostó en su asiento.

«¿Habré hablado demasiado? —pensó Chindler—. ¡Pero él se ha ido aún más de la lengua!».

—Sabe usted —prosiguió en voz alta—, en mi tierra no tenemos conversaciones como esta. Allí se procede con más moderación.

Rathenau sonrió.

—¿Qué es lo que hay que hacer en su opinión? —preguntó.

—Acordar la paz —dijo Chindler.

Rathenau permaneció en silencio. Chindler quiso pagar. El camarero se acercó a la mesa y explicó al diputado entre susurros que ya lo había pagado todo el señor Helmberger.

«¿Qué tipo de persona es este hombre?», pensó Rathenau mirando de reojo a Chindler. Él no había oído nunca el apellido Chindler, pero ¿quién conocía a todos los diputados del Partido de Centro?

—Ahora no podemos hacer la paz ni aunque quisiéramos —dijo en voz baja.

—¿Por qué no? —preguntó Chindler—. Bismarck dijo que en una nueva guerra ofrecería a los franceses la paz después de la primera victoria. Así que hay que ofrecérsela.

Rathenau miró a su alrededor.

—Todavía no hemos vencido.

Esta vez quien mostró asombro fue Chindler.

—Parece ser usted una persona condenadamente pesimista, señor Rathenau.
¡Se me alcanza que hemos conquistado ya media Francia!

Rathenau extrajo su cartera del bolsillo, hojeó en los papeles y dijo al cabo de unos instantes:

—¿Me permite que le lea algo?

—Se lo ruego —dijo Chindler.

—Nuestras tropas están a cincuenta kilómetros de París, pero en el ejército no tenemos apenas un caballo que pueda avanzar a otra velocidad que al paso. No vamos a engañarnos. Hemos tenido nuestros éxitos, pero todavía no hemos vencido. Victoria significa la aniquilación de las fuerzas de resistencia del enemigo. Cuando los ejércitos se batan con millones de soldados, el vencedor hace entonces prisioneros. ¿Dónde están nuestros prisioneros? Unos 20.000 en la batalla de Lorena, y aquí y allá otros 10.000 o 20.000. Hemos tomado Amberes y Ostende, pero en Ypres no tuvimos éxito. El número proporcionalmente escaso de cañones capturados me indica también que los franceses se han retirado de la manera prevista y con completo orden. Lo más difícil lo tenemos todavía por delante...

Chindler se quedó muy asustado.

—¿Quién lo dice? —preguntó—. ¿Quién ha escrito eso?

—El jefe de todo —dijo Rathenau en berlinés—, el general Von Moltke.

Chindler arrojó encima de la mesa una caja de fósforos que había aplastado y respiró aliviado.

—Gracias a Dios lo han echado porque no conseguía nada; el nuevo, Falkenhayn, es un hombre de mayor clase.

—Pero entretanto ya no estamos siquiera a cincuenta kilómetros de París, sino a doscientos cincuenta.

—Uno no entiende de esas cosas —replicó Chindler—. Habrá motivos para eso. Yo no soy general, ¡pero sí creo en Falkenhayn!... Creo en ese hombre, así, tal cual. Por otra parte, tal vez tenga usted razón. La cosa va a empeorar todavía más.

Rathenau se dio cuenta de que estaba a punto de cometer un error, pero

estaba irritado y tiró para adelante.

—Los señores diputados son todos demasiado modestos —dijo—. La estrategia de la guerra no tiene ningún misterio. Cualquiera persona puede entender los movimientos militares, y una batalla es más fácil de comprender que un balance de cuentas. ¿No podría exigir usted en el parlamento alguna información sobre nuestra situación...? Una información clara, detallada, franca, para que el pueblo se entere de una vez de que estamos en guerra y no en una victoria... Todavía no en una victoria.

—El parlamento no tiene sesión.

—Pero sí las comisiones.

—Me dirán lo que pone en los periódicos.

—Cite usted los periódicos ingleses...

—Esos mienten aún peor que los nuestros.

—¿Está usted seguro?

—Sí. Además tampoco puedo hablar de un asunto sobre el que no entiendo nada. Mi partido no toleraría que yo me inmiscuyera de pronto en lo que compete a los militares. Eso no es de mi incumbencia. No, no, todo tiene su orden. Ahí no tiene nada que hacer un individuo solo. Y está bien que sea así. Sería un lío sin solución si cada cual quisiera hacerlo todo. No puedo imaginarme que sea diferente entre ustedes, en la industria.

—Un poco diferente sí que es en nuestro ramo —dijo Rathenau.

—Por supuesto —replicó Chindler—. Se trata de ámbitos completamente diferentes.

«Ahora ya está diciendo bobadas —pensó Rathenau con resignación—, y es un burro igual que todos los demás».

Chindler se levantó, dio las gracias por las interesantes explicaciones y se fue.

«Ahí tenemos a un diputado del Reichstag —pensó Rathenau—, pero en cuanto se le requiere para que se entere de cómo andan realmente las cosas en el reino, se pone igual de nervioso que una chiquilla... Este pueblo no tiene remedio... Si le hubiera dicho a ese gentil que habíamos perdido aplastantemente la batalla del Marne, me habría puesto una denuncia en la comisaría de policía —seguía pensando cuando se subió a su automóvil para ir a su despacho del Ministerio de Guerra—. En este país solo sirven de algo

los generales; hay que obligarlos a ganar la guerra, pero eso no será fácil».

«Estos judíos son unos derrotistas —pensaba Chindler cuando salió del hotel—. ¿Qué ha dicho en definitiva ese hombre? Está a favor de la paz, pero las victorias no le bastan. Sus señorías millonarias están insatisfechas».

A LAS SEIS SE había convocado una reunión de parlamentarios de confianza en el Reichstag que debía preparar la sesión del 2 de diciembre. Cuando Chindler entró en el edificio, lo llamaron.

—Qué bien que haya venido. El gobierno está muy nervioso, necesitamos a hombres sosegados como usted, estimado colega.

Era Gröber, el portavoz del Partido de Centro y antiguo consejero de la Audiencia Territorial, quien saludó a Chindler mientras este dejaba que un ujier le ayudara a quitarse el abrigo.

—¿Por qué esos nervios? —preguntó Chindler.

—Porque sus señorías siguen sin saber que los tiempos han cambiado. Si luchamos en el frente como todos los demás, exigimos también los mismos derechos. Van a presentarse ahora.

Chindler asintió con la cabeza y entró en la sala cediendo el paso al anciano Gröber. El secretario de Estado para Asuntos Internos, el señor Von Delbrück, dio comienzo a la reunión y leyó en voz alta las peticiones de cada uno de los grupos parlamentarios. Por último dio lectura a la petición del Partido de Centro.

—El señor Gröber —dijo—, en nombre de su grupo parlamentario, exige del gobierno, tal como está aquí escrito, la anulación inmediata de las leyes de excepción contra la orden de los jesuitas. ¡Señorías! Para esto solo tengo una respuesta: ¡ahora no es el momento!

—¿Por qué no ahora? —exclamó Gröber—. ¡Precisamente ahora! ¿O quiere el gobierno tergiversar las palabras del káiser y malinterpretar a Su Majestad cuando dice que solo reconoce a alemanes? Exigimos ver reconocidos como alemanes a los jesuitas alemanes.

El secretario de Estado se quitó los quevedos y dirigió la vista a los hombres sentados en círculo.

—No puedo opinar al respecto. Si ustedes, señorías del Partido de Centro,

sientan semejantes precedentes, mañana vendrán los socialdemócratas y...

—¡Caramba! —interrumpió Gröber de nuevo—. ¿No querrá usted decir, Excelencia, que en el gobierno sitúan a un mismo nivel al Partido de Centro y a los socialdemócratas?

—Solo he comentado —respondió Delbrück— que el grupo parlamentario del Partido de Centro exige en estos tiempos leyes de excepción contra las denominadas leyes de excepción.

—Eso es demasiado ingenioso para mí —exclamó Gröber—. Pero no se esfuerce en hacerme cambiar de opinión. Se trata de una decisión del partido. Sostendremos nuestra solicitud hasta que alcancemos nuestra meta.

Chindler no estaba muy al tanto. No se le iba de la cabeza la conversación mantenida en el Kaiserhof, y se dio cuenta de que Rathenau le había causado una impresión mayor de aquella de la que había sido consciente durante la comida. Escribió algunas líneas en un trozo de papel y le pasó la nota a Gröber con cautela. Gröber la leyó, negó con la cabeza y escribió en el dorso: «Por amor de Dios. No, solo nos faltaba esto. Si pregunta usted ahora sobre la situación en el frente, echaremos a perder todo el asunto de los jesuitas. Además, Delb. no es la persona responsable y la situación en el frente es excelente. ¡Saludos!».

El secretario de Estado había seguido el intercambio de notas de los dos diputados.

—Señorías —dijo al cabo de una breve pausa—, el señor canciller del Reich está convencido de que necesitamos una reorientación en la política interior...

Al instante se levantó Scheidemann, diputado socialdemócrata.

—¿Se me permite hacer uso de esa declaración? —preguntó.

—No los entiendo hoy a ustedes en absoluto, señorías —respondió Delbrück—, estamos aquí entre nosotros. Esto está que echa humo. Esto no es ningún pleno. Tengo que aclarar categóricamente que no puede hacerse ningún uso de las declaraciones de hoy. Ante todo tiene que bastar que el gobierno pronuncie una frase así.

La derecha aplaudió aparatosamente, y se dio por finalizada la reunión.

En el cuarto del grupo parlamentario del partido, Gröber se llevó a Chindler a un rincón.

—¿Por qué motivo quería interpelar usted antes al miserable de Delbrück sobre la situación militar?

Chindler contó algunas cosas de la conversación con Rathenau pero sin dar nombres. Gröber escuchó atentamente con la cabeza gacha e inclinado hacia delante.

—¡Ah, qué va! —dijo después de pasarse los dedos de la mano derecha de abajo arriba por la barba durante algunos instantes y en silencio—, la situación es excelente. Pero incluso si no lo fuera, no nos lo diría nadie, y si lo dijeran los señores de arriba, nosotros, dos hombres mayores ya, no podríamos cambiar nada. Todo eso sigue ahora su curso, pero a los jesuitas vamos a librarlos, confíe usted en ello. Así que todo tiene también su lado bueno. ¿Quiere usted cenar conmigo?

—Gracias, pero viajo a casa —dijo Chindler.

EL TREN EXPRESO para Alemania del sur esperaba cuando Chindler entró en la estación de Anhalt. Por debajo del reloj iluminado que destellaba en la niebla como una luna pequeña, había un montón de personas hablando a voces y gesticulando. Chindler se aproximó.

—Y ahora me viene además el señor catedrático, ahora que ya no tengo ninguna litera libre —dijo el revisor del coche cama, que estaba en el centro de aquel grupo.

—Pero esto no está bien por su parte —dijo Chindler—, ¿dónde quiere usted que duerma entonces?

—En Berlín, señor diputado —exclamó un hombre, que saludó a Chindler quitándose ostensiblemente el sombrero—. La administración ferroviaria solo permite que circule un único coche cama cuando media Alemania del sur quiere regresar a casa.

—Es que no hay más vagones —lo interrumpió el revisor—. Los vagones se necesitan en el frente, señores míos.

—En mi empresa pueden comprar ustedes vagones nuevos, querido —dijo un pasajero que vestía un magnífico abrigo de visón.

—¡Anda, lo que usted diga! —exclamó el revisor—. ¡Podría habernos traído uno entonces!

Todo el mundo se rio, y comenzaron a repartir de nuevo las plazas existentes. Chindler fue a parar a un compartimento con el fabricante de vagones, a quien conocía bien.

—¿Qué ha estado haciendo usted en Berlín? —preguntó Chindler cuando el tren echó a rodar desde la nave de la estación.

—La guerra —dijo el empresario. Chindler se rio—. ¡De verdad, por Dios! Una guerra contra la supremacía de los generales. Era lo que nos temíamos, pero bueno, vamos a dejar las bromas a un lado. Si prescindimos del hecho de que las personas como nosotros también tenemos que vivir, el

gobierno también desea que cuidemos la exportación con los países neutrales. Claro como el agua. Salchicha por salchicha. Ellos solo suministran si nosotros les suministramos también. Así que me toca suministrar una partida de mercancías para Suecia, pero así como llega la mercancía a Saßnitz, la divisa un general y este deniega la exportación con la nota: «bien de importancia para la guerra».

—Tal vez sea así —dijo Chindler.

—No se trata de eso. Si me esforzara por hacer llegar esa mercancía por Rostock, todo iría sobre ruedas porque allá son más sensatos. Ahora bien, ¿cuánto cuesta el desvío de un transporte como ese? Exactamente todas mis ganancias. ¿Quieren que se las dé regaladas? Eso no se me ocurre ni en sueños.

—¿Y por eso estaba usted en Berlín?

—Sí. Junto con otros perjudicados firmé una carta larga, inciso: no era la primera, dirigida al presidente del Reichsbank, y el señor Havenstein nos reunió ayer con los generales, pero no los correctos, digámoslo así, sino con los suplentes, una especie horrorosa de diabéticos que quieren tener razón todos, cuando somos nosotros quienes la tenemos. El señor Von Delbrück, un hombre excelente por cierto, todo sea dicho, pronunció un largo discurso e intentó aclarar a esos pachás que los planteamientos económicos eran significativamente tan importantes como los militares para el transcurso de la guerra. Tendría que haber visto usted a esos militares. Yo estaba sentado al lado de la puerta porque no me gusta estar presente cuando va a darle un patatús a un hombre mayor.

—¿Qué salió en claro de la reunión?

—Absolutamente nada, excepto mucha baba. El señor Havenstein propuso crear una oficina central en la que deberían presentarse los litigios para su examen y resolución. Fue rechazada rotundamente. Ahora tiene que ocuparse de este asunto el señor Von Bethmann.

—¿Y qué va a hacer usted con su suministro en Saßnitz?

—Lo llevarán a Rostock, y yo pleitearé con el Reich. Así de simple o, mejor dicho, así de complicado.

Llamaron a la puerta.

—Entre, siempre que no sea usted sastre —exclamó el fabricante sin

preocuparse por Chindler, quien, algo cohibido, se echó el abrigo por encima de sus pies desnudos.

—Pero lo soy —dijo quien entró, un fabricante de mochilas militares de Neustadt a quien Chindler conocía también—. Cuando agita usted su corazón, señor Waßmann, el mío no puede colmarse. ¿Ve usted, señor catedrático, qué nuevo orden es este? A mí me gusta hacer negocios...

—Ya lo creo —dijo Chindler.

—... y prefiero precios altos antes que precios bajos. Todo lo que uno quiera, pero ahora cualquier mando del ejército tiene sus compradores, unos abejorros alocados que van zumbando de poblacho en poblacho y compran a más no poder. ¡Qué disparate! La semana pasada estuvieron en mi empresa tres tipos diferentes de esta especie en menos de una hora, y como al tercero, por más que quisiera, no le pude proporcionar ningún suministro más, me ofreció un 50 por ciento por encima del precio establecido. Ahora bien, ¿quién paga todo esto?

—Yo —dijo Chindler, y se acostó en la litera más baja—, mis hijos, mis nietos, ¡y los nietos de los nietos de usted!

El tren había dejado atrás Leipzig y rechinaba sobre los raíles de una estación pequeña.

—Tampoco puede dormir, ¿verdad, señor catedrático? —preguntó el fabricante hablando al techo.

—No —respondió Chindler. Estaba pensando en la cara apática de Gröber, el que había hablado de los jesuitas igual que un campesino habla de sus gallinas. Pero estas eran las consecuencias. Habían mantenido alejada a la gente de la política general, y ahora hacían justamente esta política.

—Mire usted —dijo el fabricante—, ahora hay guerra... es decir, en cualquier poblacho como Bitterfeld, solo que pronunciado en francés, hay gente cuerpo en tierra disparando a otra gente... pero esto no es lo que iba a decir... sino... pero disculpe usted, ¿lo estoy molestando con mi cháchara?

—No —dijo Chindler hacia el colchón que estaba sobre su cara—. Siga hablando, lo estoy escuchando con gusto.

—Es que... bueno, quería decir que no quería molestarlo en ningún caso porque siento una gran veneración por usted, si se me permite decirlo así...

«Cómo es eso de que siente veneración por mí —pensó Chindler—, si

apenas me conoce...».

—... bueno, esto es lo que iba a decir: aquí viaja un tren expreso como el nuestro a ochenta kilómetros por hora a través de la noche, y nosotros estamos tumbados en él, a pesar de que en todo el mundo no hay ninguna persona que tenga la suficiente fuerza para detenerlo.

—No entiendo —dijo Chindler—. El maquinista solo tiene que accionar los frenos, y el tren se para entonces... ¿Qué está usted diciendo?

—Eso es cierto... no había acabado de hablar. Los hombres más fuertes que hay en el mundo son los porteadores turcos. Estuve observando con detenimiento a esos tipos en Constantinopla... en primer lugar eran horriblemente estúpidos, como caballos, y en lo que se refiere a su famosa fuerza, comparados con la fuerza de este tren, son igual de débiles que mi hija Henriette que tiene siete años.

—Pare —exclamó Chindler—. Ojalá no pase usted por alto en su meditación que su hija Henriette...

—... que incluso la fuerza de esa niña es suficiente para accionar los frenos de este tren. No, no lo paso por alto, sino que es justamente eso lo que quiero decir. Ahí tenemos a las personas haciendo cosas que accionan mediante cosas y que detienen mediante otras cosas. ¿Y si falla una cosa de esas? Un general en la guerra es también una cosa. Se ha puesto en marcha la guerra y esta va a todo tren, tal como sabemos todos. ¿Qué sucederá si se van al traste los frenos de la guerra?

—¡Entonces, estimadísimo amigo, ganará usted más dinero de lo que puedan absorber tres bancos juntos!

—Correcto, pero lo que yo quería decir era que... ciertamente los frenos dependen de las personas, pero la persona depende también de los frenos... y eso me horroriza a veces. Este estado de cosas no puede perdurar.

Chindler ya no replicó. Se había quedado dormido.

LILLI CHINDLER SE despertó. La ventana estaba abierta, pero las cortinas estaban completamente corridas, y la habitación, a oscuras.

Alguien presionó suavemente hacia abajo el pomo de la puerta y luego lo soltó. Entonces llamaron a la puerta. Fue en ese momento cuando la durmiente fue consciente de que habían picado varias veces en la puerta y de que estaba despierta por esa razón.

—¿Qué pasa? —exclamó ella.

—Tengo el desayuno, señora —respondió una voz por detrás de la puerta.

Lilli se bajó de la cama de un salto, pero cuando fue a abrir la puerta, se le pasó algo por la cabeza. Se giró, contempló su cama y se detuvo indecisa.

—Un momento, Luise —dijo a través de la puerta cerrada—. No... escúcheme, deje usted el café en el comedor... Todavía estoy cansada.

Se colocó delante del espejo, encendió la luz, se peinó la melena por delante, se aplicó unos polvos en la piel, se puso la bata negra, volvió a meditar unos instantes, salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado.

—Pero ¿qué hora es? —preguntó al ver a Luise en la cocina pelando patatas.

—Las diez y media.

—¡Oh, Dios Santo, vaya lo mucho que he dormido!

Luise sonrió sin levantar la vista de su trabajo. Lilli se la quedó mirando. De pronto se le ocurrió algo. Salió al pasillo y contempló el guardarropa. De un gancho colgaba un sable de oficial junto a su gabardina blanca y en las puntas de la cornamenta de un macho cabrío al que su marido había disparado una vez había una gorra militar. «¡Qué burro es este!», pensó, y regresó a la cocina.

—Tiene que hacerme usted un favor, Luise. ¿Tiene por ahí un trozo de papel?

Luise sacó de la libreta de las cuentas de la casa un pliego de papel de

carta y Lilli escribió recostada en el aparador: «Queridísima Anna: Haz que Luise se quede una hora larga en tu casa y dale luego una novela para mí. Un beso, L.». Dobló la hoja y dijo:

—Voy a por un sobre.

Sin apartar los ojos de la cocina, se deslizó rápidamente a la sala de estar, agarró un sobre y regresó a toda prisa a la cocina.

—Bueno, aquí tiene —dijo, y entregó a la criada la carta que había cerrado cuidadosamente con saliva—. Ya conoce usted a la señora Hey. Tiene que ir usted inmediatamente allí y traer algo que le darán para mí.

—¿Y la comida? —preguntó la criada.

—Comeremos más tarde. De todas formas ya estoy comiendo demasiado. Vaya usted ahora mismo.

Mientras Luise se ponía el sombrero frente a un espejo pequeño, Lilli miró en todas las ollas que estaban encima de la mesa. A continuación regresó a su dormitorio, abrió de golpe las cortinas y se dio la vuelta.

—Buenos días —dijo un hombre que yacía en la cama de ella.

—Chist —susurró Lilli, y se llevó un dedo a los labios. Apoyada en la pared, estuvo acechando al lado de la puerta hasta que oyó que Luise se había ido de la vivienda.

—Ahora puede usted hablar —dijo al hombre yacente—, pero estaría mejor que se levantara.

—¿Usted? Hábleme usted de tú... digo, tutéame.

—A usted no lo enviaría yo a patrullar —dijo Lilli—. ¿Pero qué se ha pensado realmente usted dejando su sable en mi guardarropa como si fuera suyo?

—Absolutamente nada —respondió el yacente.

—Mi criada se habrá pensado un montón de cosas.

—¿Por qué quieres que piense cuando estoy amando?

—¿Por qué quieres que ame cuando estoy pensando? —respondió Lilli.

El yacente se puso en pie de un salto, se ruborizó cuando estuvo de pie y se apercibió de que estaba desnudo; agarró una manta de la cama, envolvió en ella el cuerpo y dio la vuelta a la cama para llegar donde estaba Lilli.

—Buenos días, mujer maravillosa —dijo cuando estuvo frente a Lilli.

—Cuando sea de día, tendrá usted que irse —replicó Lilli. Se giró y volvió

a correr las cortinas—. Hagamos que sea de noche una hora más. Bien, ahora podemos hablar. Pero solo durante una hora. Entonces haré que se haga de día y volveré a estar sola... como ayer y anteayer. ¿De acuerdo...? ¡Bien! ¡Eso es lo que me acaba de prometer usted ahora!

«¿Cómo comportarse con esta mujer tan especial?», pensó Hey, que se hallaba bastante desconcertado por ese extraño despertar.

EL TENIENTE KONRAD Hey, que se hallaba tan sorprendido frente a Lilli Chindler, había recibido diez días de permiso hacía dos días y de inmediato abandonó su regimiento, que se encontraba en la primera línea del frente. En la estación de Charleroi se encontró a su compañero Ernst Chindler.

—¡Qué suerte! —exclamó Chindler—. ¿Viajas a Múnich a ver a tu esposa?

—¡Por supuesto!

—Mi esposa vive ahora también en Múnich, justo al lado del Jardín Inglés, en la calle Königin. ¿Podrías hacerle una visita y contarle que estoy bien?

—Con mucho gusto —respondió Hey.

En el tren se acordó de una conversación sobre la esposa de Ernst Chindler, a quien él no conocía personalmente. «Podría ser una de las mujeres más bellas —había dicho alguien— si no fuera tan estúpida». En aquella ocasión, Konrad Hey se quedó meditando largamente sobre esa frase. ¿Acaso tenía que ser inteligente una mujer para ser completamente bella? Él no opinaba así, y llegó a la conclusión de que bastaba que una mujer fuera bella; la suya era más bien demasiado sensata, con lo cual producía en realidad una impresión poco femenina.

«¿Cómo voy a hacerle una visita? —pensó—. «¿Solo? ¿Con Anna? ¿Cuál es la mejor manera de entrar en contacto con una mujer así?».

El tren se detuvo. Hey, que era rico y viajaba en primera clase, abrió la ventanilla y se asomó. A sus espaldas abrieron de golpe la puerta del compartimento. Hey se giró y vio que un soldado entrado en años introducía a un oficial jovencísimo que debía de estar gravemente herido o enfermo (en realidad no llevaba ninguna venda en ninguna parte del cuerpo) porque tenía una palidez cadavérica, y cuando el soldado lo soltó unos instantes, él se desplomó de espaldas sobre el banco tapizado y cerró de inmediato los ojos. El soldado contempló un rato al hombre tumbado, luego profirió un suspiro desde lo más hondo y se sentó con cautela junto a Hey.

La gente tomó el tren al asalto. A cada instante se abría de golpe la puerta, cuya cortina había corrido el soldado con cuidado. Cuando las personas que andaban buscando asiento veían el tapizado rojo de la primera clase, seguían adelante. En el pasillo se agolpaban los turistas.

El tren había vuelto a ponerse en movimiento cuando se abrió la puerta de golpe una vez más. Un capitán médico entrado en años, cuyo imponente cuerpo estaba embutido en un uniforme demasiado estrecho, entró en el compartimento, pasó la vista por todos los rincones y arrojó la gorra en la rejilla portaequipajes. El teniente, que contemplaba a los que entraban con los ojos semicerrados, alzó una pierna sobre el tapizado con gran esfuerzo, como todos pudieron ver, de modo que ahora se encontraba medio tumbado, y dijo con voz cortante:

—En este compartimento está todo ocupado.

El médico, sorprendido, contempló al yacente, contó en voz alta «uno, dos, tres» a los presentes y se dejó caer al lado del teniente de modo que crujieron los muelles al tiempo que exclamaba:

—¡Bueno, para un hombre mayor hay suficiente sitio aquí!

A continuación extrajo un puro de su estuche, mordió una punta y encendió un fósforo.

—Le prohíbo fumar —dijo el teniente, que había estado observando todo con detalle. El médico se giró con cara de enfado, pero el oficial cerró los ojos y señaló, sin levantar la mano sino extendiendo tan solo el dedo índice, un letrero blanco que estaba fijado junto a un espejo entre Hey y el soldado, por encima del banco tapizado. El médico se levantó y leyó que en la primera clase solo estaba permitido fumar en el compartimento con el consentimiento de todos los presentes.

Ese incidente, la arrogancia casi increíble de un hombre joven frente a otro considerablemente más mayor, le resultó desagradable a Hey. También él cerró los ojos para no verse involucrado en una posible pelea. De inmediato volvió a acordarse de Lilli Chindler y, ya fuera porque la conducta petulante de su vecino de enfrente lo incitara a una decisión tan concreta, ya fuera por otros motivos, el caso es que decidió ir a ver primero a la señora Chindler nada más llegar a Múnich, antes que a su propia esposa. «Esto no está del todo bien frente a Anna, por supuesto —pensó—, pero también es caballeroso

efectuar el encargo de un compañero lo antes posible... bueno, caballeroso es un término muy grandilocuente para un asunto que le procura diversión a uno... Bah, basta ya de pensar... primero voy donde ella y luego a casa, y punto. Anna no tiene por qué enterarse —siguió reflexionando al cabo de un rato—. Es verdad, me parece que ella conoce a Lilli Chindler... Tanto mejor... Por todos los diablos... este estúpido pensar y repensar que hago siempre... ¡Voy a ir y se acabó! En la guerra son válidas otras leyes».

El vagón en el que viajaba Hey tenía prevista su llegada a Múnich a eso de las cinco de la tarde. Cuando Hey se despertó, había oscuridad al otro lado de la ventanilla. En el compartimento estaba prendida una bombilla de color azul que expandía una luz imprecisa. Hey se incorporó en su asiento y miró a su alrededor. Todos parecían dormir. El médico mantenía la boca muy abierta y roncaba. El soldado estaba inclinado hacia delante, tan solo el oficial joven estaba rígidamente sentado en su rincón. Hey lo contempló. En su vida había visto nunca unas manos tan blancas en una persona. «¡Ese hombre está muerto! —pensó de repente—, «no le queda una sola gota de sangre en la cara». Se levantó y accionó la luz general. El uniforme del sedente estaba rebosante de sangre.

—¡Por amor de Dios! —exclamó Hey en voz alta—, señor doctor...

El médico se puso en pie de inmediato. Hey señaló con el dedo al durmiente.

—¡Una navaja! —exclamó el médico mirando al moribundo a la cara. El soldado, que se había levantado, sacó su puñal del bolsillo y lo abrió, pero el médico no le prestó atención. Con gran habilidad desabotonó el uniforme, desgarró la camisa sanguinolenta y contempló una venda completamente empapada que rodeaba el pecho del herido como una coraza—. ¿Pero cómo permiten que viaje alguien así? —exclamó al cabo de unos instantes.

El oficial abrió los ojos.

—¿Dónde está usted herido, señor teniente? —preguntó el médico.

El teniente abrió los ojos como platos y contempló a los hombres que lo rodeaban, primero al médico, luego a Hey, por último al soldado.

—Me han matado —dijo con gran esfuerzo. Intentó ponerse en pie pero no lo logró.

—Dios santo —susurró con la voz estremecida—, solo veintitrés años...

Entonces se desplomó hacia atrás.

—¿Quiere que accione el freno de emergencia? —preguntó Hey.

El médico negó con la cabeza. Cuando el tren entraba en Múnich, el herido había fallecido. Hey permaneció frente al vagón hasta que sacaron al muerto. A continuación fue a ver a la mujer desconocida y se puso contento de no tener que ir a su propia casa.

YO VOY AHORA al baño y me visto —dijo Lilli Chindler—. Cuando esté lista, podrá usted lavarse y... todo lo demás...

«¡Dios santo! —pensó Hey cuando se quedó solo en la habitación—, habla igual que una puta. —Se había quedado tan perplejo que obedeció sin rechistar—. ¿Se lleva así, simplemente, a los hombres a su casa porque su marido está ausente? ¡No me lo puedo creer! ¡Anoche estaba verdaderamente encantadora! Como una chavala... como una chica... un torrente desbordado de ternura... Es otra persona diferente la que acaba de salir de la habitación. También podría ser que yo esté loco. La guerra no lo vuelve a uno más normal. ¿O acaso la he molestado o la he ofendido...? Ella estaba ya despierta cuando me desperté yo. Yo no he pronunciado ninguna frase... nada más dije buenos días...».

La luz del mediodía penetraba a través de las cortinas iluminando la habitación. Hey se puso los calcetines y los pantalones y contempló el cuarto. Sobre una mesita baja, situada al lado de la amplia cama, también baja, colgaba un pliego de papel fijado en la pared con un alfiler. Hey se inclinó y leyó:

¡Oh! Lo moderno, amigos, no es
que las máquinas nos suplanten las manos.
No os dejéis engañar por las transmisiones,
pronto enmudecerá quien alabe lo «moderno».
Y es que el todo es infinitamente más moderno
que un cable y que un rascacielos.
Mirad, las estrellas son un viejo fuego,
y los fuegos modernos se apagan.

No creáis que las transmisiones más largas

vayan a dar la vuelta al futuro,
pues los eones hablan con eones.
Ha ocurrido algo más de lo que sabíamos.
Y el futuro une lo más lejano de todo
con nuestra gravedad más interna.

Rainer M. Rilke

«No entiendo —pensó Hey—. ¿Por qué todo es moderno? Pero el verso sobre las estrellas está bien».

Sobre el poema estaba colgada, sujeta también con un alfiler, una reproducción muy buena de un dibujo de Durero a la que prestó ahora suma atención. Entonces se abrió la puerta de golpe y Lilli Chindler, que llevaba puesto un encantador vestido de lana de color azul marino, apareció en el umbral con una sonrisa.

—Vaya usted ahora rápidamente al baño para que podamos desayunar enseguida —dijo ella.

Un cuarto de hora más tarde, Hey entraba en el saloncito en el que iba a desayunar. Lilli se levantó e inclinándose sobre la mesa le sirvió el café en una taza.

—Me gustaría que pudiera usted comer con calma después de un ayuno tan prolongado, pero me temo que tendrá que darse un poco de prisa porque he cometido una estupidez.

Hey, que de nuevo volvía a no entender una sola sílaba de las palabras de Lilli, la miró con cara de asombro. Lilli sonrió, luego introdujo la uña del pulgar de la mano derecha entre los dientes y dijo:

—Es que puede ocurrir que su... que Anna Hey se pase por acá.

—¿Quién? —preguntó Hey.

—Ese estúpido sable tiene la culpa —dijo Lilli en voz baja—. Tuve que sacar de aquí a la criada, y mientras me estaba rompiendo la cabeza para elegir un lugar en toda Múnich donde poder enviarla, solo se me pasó Anna por la cabeza, porque vive muy lejos, en Geiseltal.

—¿Le ha escrito usted a mi esposa que venga hacia aquí?

—No estoy loca —dijo Lilli—. Le he escrito que hiciera esperar a Luise y

que le diera luego una novela para mí, pero ahora pienso que tal vez venga ella misma si le resulta extraña la carta.

—¿Desea usted que espere aquí a mi esposa? —preguntó Hey.

—¡Pero qué cosas se le ocurren! Desayune con tranquilidad y luego váyase como ya he dicho. Solo quería aclararle por qué me veo en la obligación tan descortés de meterle prisa. Nada más.

—No puedo ingerir nada —dijo Hey, y apartó su taza.

—Me he disculpado diciéndole que he cometido una estupidez...

—No se trata solo de eso...

—Lo sé. Ya lo he importunado a usted antes en el... dormitorio.

—Ya que lo dice usted misma... ¡pues sí!

—¿Cómo están las cosas en el frente?

—No puedo hablar de eso ahora —dijo Hey. Sintió que esta vez había hablado él en un tono demasiado rudo, y añadió en voz baja—: Tal vez no pueda hablar de ese asunto absolutamente nada. —Luego se calló.

Lilli se lo quedó mirando unos instantes. A continuación dijo ella:

—No hay que callarse.

Hey respondió a la mirada de ella y se acordó de que le habían contado que Lilli Chindler era estúpida. ¿Era estúpida esa mujer? ¡Qué pensamiento absurdo! A Hey le parecía que Lilli era mucho más que inteligente, la encontró astuta.

—¿Por qué me tortura de esta manera? —preguntó él.

—Anoche se esforzó usted en alegrarme, en gustarme. ¿Por qué no se esfuerza ahora?

—Anoche me amaste, Lilli —dijo Hey.

—Ayer era 11 de diciembre. Hoy es 12 de diciembre. Esto no tiene nada que ver con el amor. A pesar de todo, hoy es un día nuevo, otro día.

—No puedo decir lo que acabo de pensar.

—Dígalo.

—No puedo.

—No es muy difícil adivinar lo que acaba de pensar usted.

—No lo pronuncie...

—Claro que sí. Acaba de pensar que el amor de una noche solo lo hacen...

—Se lo ruego...

—... las fulanas. Se equivoca. La noche de ayer lo ha hecho a usted tan feliz, que desde ese momento hasta ahora está pensando y deseando que siempre fuera como anoche. Pero el día no es la continuación de la noche. ¿No sabe usted eso?

Hey negó con la cabeza.

—Pues es así como se lo digo. El día no es la continuación de la noche y la noche no lo es del día. El día es una cosa, y la noche, otra, y un día es una cosa, y otro, un día diferente. ¿Sigue usted sin entender? ¿No? Entonces se lo voy a aclarar con detalle, aunque no deseo, oiga usted bien, *no* deseo que usted haga lo que yo le digo únicamente a título aclaratorio: comience de nuevo a amarme y a volverme amorosa, si está usted tan encariñado con lo que ocurrió ayer.

—¡Pero si yo te amo, Lilli!

—Ha dicho usted algunas palabras, de las cuales una es la palabra «amor». ¡Así no hacemos nada... nada de nada... es espantoso! —Lilli golpeó con el pie en el suelo—. Tiene que comer usted algo ahora y marcharse —dijo ella—, ¿o quiere usted fumar?

—No puedo separarme de ti. Te amo.

—¡Usted tiene una esposa y yo un marido!

—Eso lo sabíamos también ayer.

—Yo no.

Lilli se levantó y se sentó en un sillón junto a la ventana.

—¿Le parece bonita esta habitación? —preguntó ella.

Hey se encendió un cigarrillo y se puso a fumar.

—¿Por qué se ha mudado usted a Múnich si su marido está en un regimiento de Núremberg? —preguntó al cabo de unos minutos.

—Cuando una está sola, puede vivir en cualquier lugar. Además, creí que en Múnich iba a estarlo menos.

Lilli vio en su reloj que ya eran más de la una. «Tiene que irse —pensó—, pero si se lo vuelvo a decir otra vez, probablemente no se irá».

—¿No vivió usted en casa de sus suegros los primeros meses? —preguntó Hey—. ¿Por qué se fue de allí?

Lilli entrecruzó las manos y se puso a contemplar los dedos.

—Allí me trataron... mal. Bien. Ahora tiene que irse usted sin falta.

Se levantó y Hey siguió su ejemplo.

—¿Cuándo volveré a verla? —preguntó él.

—Venga a verme... Abróchese bien el abrigo, hace mucho frío afuera...
Venga a verme, ¡pero piense bien antes lo que podría decirme!

A ESO DE LAS dos regresó Luise a casa y trajo consigo un libro y una carta en la que Anna Hey comunicaba que iría a ver a Lilli al día siguiente si le quedaba tiempo para ello. Lilli arrojó el libro encima de la mesa sin mirarlo y se quedó tumbada en el sofá. Oscurecía, pero ella no se movió de su sitio y estaba contenta de que nadie viniera y de que Luise estuviera trabajando en la cocina. A las cinco llegó el correo.

—Encienda usted la luz —dijo Lilli cuando Luise le trajo dos cartas. Primero leyó la carta de su marido. «Queridísima Lilli: Estamos de muy mal humor —escribía él—, porque de pronto todo el mundo se ha puesto a decir que la guerra va a durar todavía mucho tiempo. Qué le vamos a hacer si no hay más remedio, pero sigue siendo muy dudoso que los franceses puedan soportar mucho tiempo más sus tremendas pérdidas. Por cierto, vas a conocer ahora al marido de tu amiga Anna, Konrad Hey. Le han dado permiso y yo le pedí que fuera a verte. En general pasa por ser un oficial valeroso, pero sé muy poco de él, quizá se deba a que es una persona introvertida. Ayer me escribió mi madre que mi padre te echa mucho de menos. En realidad me apena que no puedas emprender muchas más cosas con mi parentela.

»PD. Ahora nos hemos acomodado bajo tierra, por decirlo así, y confiamos en nuestra artillería, que es la que tiene que trabajar».

«Así que tampoco hacen nada —pensó Lilli—. Yo aquí tumbada en el sofá y ellos allí tumbados en el suelo. ¿Qué significa todo esto?».

La segunda carta era del pequeño cuñado de Lilli, Leopold Chindler. «Querida Lilli: ¡Todos te echan mucho de menos! Mamá dice de tanto en tanto que no comprende por qué te marchaste tan de repente, y Margarethe la secunda por desgracia. Pero papá refunfuña entonces, y yo pienso lo mío en silencio. Es una enorme pena que estés sola allí en Múnich con lo bien que podríamos estar aquí juntos. Te contaría muchas cosas porque tengo un nuevo amigo que es muy interesante. En realidad no es tanto un nuevo amigo, sino el

primer amigo de mi vida. Nos conocemos desde hace poco y nos entendemos a la perfección. Me ha regalado los poemas de Hofmannsthal. ¿Los conoces? Corre la brisa de primavera / por las avenidas deshojadas... Lo encuentro mejor que Goethe. Escríbeme, anda. Yo voy a escribir ahora a mi amigo. Sí, nos escribimos.

»PD. ¡¡Mamá, como es natural, está en contra de mi amigo!!».

«¿Qué hago? ¿Voy en Navidades a su casa?», pensó Lilli. Pero se contestó a sí misma con un movimiento negativo de la cabeza y arrojó la carta encima de la mesa.

Luise entró en la sala y preguntó qué debía cocinar para la cena. Lilli, con gesto meditabundo, contempló a la criada y vio de pronto que tenía los ojos enrojecidos de haber llorado.

—¿Por qué ha llorado usted, Luise? —preguntó. Luise se dio la vuelta y no pudo menos que echarse a llorar violentamente, con convulsiones. Lilli se puso en pie de un salto y agarró a la criada por los hombros.

—¿Qué pasa, mi pequeña Luise? —dijo en voz baja—. Me lo puede contar todo usted. Eso es mejor que llorar.

—No habla usted conmigo —dijo la criada entre sollozos.

—Siéntese por favor aquí, en el sofá. Tenga... tenga usted mi pañuelo... Y ahora voy a sentarme a su lado y me lo va a contar todo, ¿de acuerdo?

Con dos movimientos breves, Lilli se quitó los zapatos y se sentó de cuclillas en el otro extremo del sofá. Luise siguió llorando un rato. Como es natural, se había dado cuenta de que Hey no se había ido de la vivienda cuando a la mañana siguiente vio colgados su sable y su gorra y adivinó la intención en la maniobra de Lilli con la carta. Fue justamente el hecho de que Lilli la despachara de esa manera lo que la ofendió amargamente.

—¿Soy acaso una de esas que van cotilleando todo por ahí? —preguntó ella.

—Solo la conozco a usted desde hace unas pocas semanas —dijo Lilli, pero habría sido mejor que no hubiera dicho eso porque Luise volvió a encolerizarse súbitamente:

—¡Ahí lo tiene usted! Desconfía de mí... Me tiene por una mala persona... y yo... yo... —Se interrumpió de pronto en mitad de la frase y se levantó—. No me encuentro bien —dijo—. ¡Oh Dios... me encuentro muy mal.

Y antes de que Lilli pudiera ponerse en pie, se desmoronó en el suelo como un castillo de naipes. Lilli trató de acomodar a la criada en el sofá con todas sus fuerzas, pero no pudo. La criada pesaba demasiado. Corrió a la cocina y roció de agua la cara de la inanimada. Luise no se movió.

«¡Tal vez está muerta! —pensó Lilli, y se asustó de tal modo que le entraron palpitations fuertes. Los pies de la desmayada, demasiado grandes y desabridamente calzados, estaban cruzados por la parte interior, como si estuvieran rotos—. Hay que procurarle aire», pensó Lilli, y como con las prisas no supo encontrar los botones del vestido de lino de rayas blancas y azules, agarró por el escote y desgarró el vestido de arriba abajo con un crujido. Para desatar el corsé empapado de sudor, tuvo que girar de un lado a la inanimada y sujetarla con una mano. Cuando estuvo lista y la soltó, el cuerpo cayó de nuevo sobre las espaldas. «Nada de esto tiene efecto», pensó Lilli desesperada, y desgarró ahora la camisa. En ese momento, la criada suspiró y comenzó a recuperar poco a poco la conciencia. Sin embargo, Lilli ya no estaba al tanto. Arrodillada y con las manos apoyadas en los muslos, contemplaba la belleza de los pechos y del vientre que se le ofrecían a la vista. Sorprendida y hechizada, se inclinó lentamente hacia delante y, una vez saciada la vista, apoyó la oreja en aquel cuerpo cálido, y no para acechar si el corazón seguía palpitando, sino para acercar la mejilla a aquella piel perfectamente blanca y suave que la había hechizado por completo. «Dios santo —pensó—, si esto que hago es malo, no lo sé, ¡pero sí es hermoso y dulce!».

La criada abrió los ojos de golpe y se movió. Lilli alzó la cabeza y pasó la mano por la frente a la yacente.

—Tranquila —le susurró—. Yo te cuido. Se levantó de un salto y fue a buscar alcohol para practicar unas fricciones a la yacente. Cuando regresó, la criada había reunido con una mano las prendas desgarradas y mantenía cubierto el pecho con ellas. Lilli se fijó en aquella mano desgastada, agrietada y roja que sujetaba las prendas y se estremeció, pero inmediatamente después le vino de nuevo el recuerdo de lo que había visto antes. Se arrodilló, le retiró con cautela la mano para hacerla reposar en el suelo y frotó la tintura por el cuerpo de la chica, quien opuso una mansa resistencia con una mueca de asombro debilitada por su estado.

EL PORTERO ESTABA atizando la caldera de la calefacción central y Lilli se despertó. Se sentía fresca, satisfecha y llena de una energía que no sentía desde hacía mucho tiempo. En contra de su costumbre de quedarse en casa durmiendo en las mañanas sin actividades, saltó inmediatamente de la cama, se sentó frente al espejo y se silbó a sí misma. Luise llamó a la puerta y le trajo el desayuno. Lilli la contempló por el espejo con un poco de temor. Pero Luise tenía el aspecto alegre y despreocupado de siempre. Lilli acababa de decidir que no volvería a mencionar la noche de ayer o, en el caso de que Luise llevara la conversación por ese camino, hacer pasar ese incidente como la cosa más natural del mundo. Sin embargo, cuando Luise entró, no pudo menos que decir de repente:

—Ha sucedido una desgracia —dijo—, me han despertado de nuevo hacia la vida, pero no hay ninguna vida aquí. ¿Qué puede hacerse, Luise? Telefonee usted a la modista. Quiero ver ahora a muchas personas, quiero invitar a alguien todos los días.

Se recostó y comenzó a desayunar mientras balanceaba su pantufla con el dedo gordo del pie derecho.

—Quería usted ir hoy a casa de mi hermana —dijo Luise.

—Casi se me olvida. Por supuesto. Vístase, nos vamos ahora mismo.

Durante el desayuno, Lilli pensó en Hey. La celeridad con la que ese muchacho guapo, robusto, había pasado de ser un teniente rígido, cuando entró por la puerta, a un amante que se echa a sus pies, dócil, como una marioneta, la había entusiasmado y sorprendido a partes iguales. Durante esa hora, ella lo amó, por amor, por agradecimiento, por admiración y por orgullo de sí misma. ¿Y después? «¿Siempre es así esto? —pensó—, ¿siempre es así cuando se... cuando una... cómo se le llama a esto? Ligar es poco... Tener una relación es más. Dios mío, qué abominable que fue después. No... estuvo bien hasta la mañana... pero el despertar... qué ojos de buey puso entonces... rezumando

unas penas que no sentía en absoluto él. No, no, durante la noche se comportó también como un estúpido, todo lo que dijo eran bobadas, como si estuviera acostado con una negra. ¿Me seguirá queriendo?».

Cuanto más tiempo pensaba Lilli en Hey, más intenso se fue haciendo su deseo de volver a verlo. Él tenía que enterarse todavía, con una claridad mayor de lo que ella le había podido mostrar hasta el momento, que ella lo había tomado y desechado. Al mismo tiempo sentía temor por un reencuentro. ¿Podía dar origen eso a un escándalo? Su marido no debía enterarse de ese asunto bajo ningún concepto. ¿Debía divorciarse por lo de Hey? ¿Perderlo todo para no ganar nada más que un hombre con el que jamás en la vida se casaría? «Mi fortuna no pueden quitármela», pensó, y al acordarse del elegante y pequeño banco privado en el que tenía su dinero, y del amable director que siempre la recibía con un poco de servilismo cuando ella se dirigía a la ventanilla, se sintió muy aliviada.

Hacia mediodía salió de la vivienda con Luise.

—Voy a ver ahora a muchas personas —dijo de camino—. Ya he hecho mucho el ganso durante bastante tiempo. ¿Por qué tengo que ser triste como esta época que no es en absoluto triste? No se me ocurre nada. Los demás tampoco lo están, lo dicen por decir, pero se sabe tan poco, es fácil cometer alguna estupidez. No se sabe nunca cómo continúan las cosas.

Dejó la cháchara y se puso a contemplar la calle Ludwig, esa radiante avenida de piedra del clasicismo que no tiene parangón en Alemania. Pasada la Logia de los Mariscales, las dos mujeres doblaron por la calle Theatiner, en donde Lilli se fue deteniendo en una de cada dos tiendas, mientras que Luise ya se encontraba en mente en la vivienda de su hermana.

Therese, la hermana mayor de Luise, se había casado hacía dos años con un mecánico y tenía cinco hijos. El 2 de agosto, Oberholzer fue al frente en calidad de reservista con el regimiento de la Guardia de Corps. Como el salario de un hombre no alcanzaba para una persona, y no digamos ya para seis, Therese Oberholzer tomó un trabajo en una fábrica. Desde entonces los hijos estaban solos durante el día, y hacía poco Therese le había escrito a su hermana que hiciera el favor de pasarse a ver a los niños porque el más pequeño estaba enfermo y no había manera de que sanara, que ella no sabía qué hacer porque trabajaba el día entero en la fábrica.

Los Oberholzer vivían en una calle al lado de la estación del Este. Lilli, que todavía no había estado en esa zona, se acordó de sus paseos por Neustadt, de cuando acompañaba a Leopold a la escuela, y sintió curiosidad. Entró en una casa pequeña de alquiler, pintada de color gris. Tres pisos a la derecha ponía en un letrero de latón cuidadosamente lustrado: «Oberholzer», y debajo «Mecánico».

Luise llamó al timbre. Enseguida se abrió una puerta en el piso y la voz de un niño gritó a través de la pared de vidrio del pasillo:

—¿Quién es?

—Soy yo —respondió Luise—. Tía Luise, ¡da la vuelta a la llave y ábrenos!

—Ha venido tía Luise —exclamó el niño. A continuación volvió a apostarse en la pared de vidrio y dijo—: No puedo abrir. Mami se ha llevado la llave.

Las dos mujeres se pusieron a deliberar sobre cómo entrar en la vivienda cuando la puerta del piso vecino se abrió y en el resquicio apareció una cabeza de mujer, de cabellos canos, cuidadosamente rizados.

—Es usted, señorita Luise. Tengo la llave. Espere un momento.

Las mujeres entraron en el piso, y Lilli quiso ir recto a una habitación, pero también esta puerta estaba cerrada con llave.

—Esta habitación la ha cerrado mami —dijo la chica, a la que Lilli solo pudo reconocer borrosamente en el pasillo oscuro. Las mujeres fueron a la cocina. Luise colgó el abrigo y el sombrero de un gancho mientras que Lilli se sentó en una silla y contempló el mobiliario. Anna, la hija mayor de los Oberholzer, una chica pelirroja de doce años, estaba junto al palanganero mirando a la mujer desconocida con un dedo en la boca.

—Esta es Anna, la mayor —dijo Luise señalando a la chica—. Estos son Marie y Franzerl, los mellizos —prosiguió, señalando con el dedo a dos niños de seis años que se encogieron en el suelo por la vergüenza—. ¿Pero dónde está Ludwig? —preguntó entonces.

Los niños se echaron a reír. Cuando Luise repitió su pregunta, Anna señaló una mesa con la punta del pie. Luise se agachó y vio a un chiquillo detrás, sentado junto a la pared.

—¿Quién está enfermo? —preguntó Lilli.

—Karl —respondió Anna.

—¿Dónde está?

—En la cama —respondió la niña con un tono de reproche.

El enfermo, un crío de tres años, yacía en la cama del dormitorio.

Cuando Lilli abrió la puerta, salió de la habitación una nube de aire frío y viciado. La vivienda constaba de dos cuartos y una cocina. La habitación buena la había cerrado con llave la señora Oberholzer; en el dormitorio dormía ella con los cuatro más pequeños; Anna dormía en la cocina.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lilli, y contempló la cama grande en la que el niño estaba tapado hasta las orejas. Tenía la cara roja y muy caliente, con la frente cubierta de sudor. Anna, que había entrado con ellas, se encogió de hombros.

—¿Tenéis un médico? —preguntó Lilli. Anna negó con la cabeza.

—Vaya a buscar a un médico ahora mismo —dijo Lilli a Luise.

Cuando estuvo sola con los niños en la vivienda, intentó hablar con Anna, pero la chica se le quedó mirando fijamente y no daba ninguna respuesta.

—¿Habéis comido ya? —preguntó Lilli. Anna se puso completamente roja, y cuando Lilli se colocó a su lado y la acarició, ella se apartó con una mueca de enfado en la boca.

—¿Dónde está vuestra comida? —preguntó Lilli.

—Ahí está —exclamó ahora Marie, que se había levantado del suelo y señalaba con su mano gordezuela hacia un armario.

Lilli miró en esa dirección y vio por encima de la moldura del armario, a una altura a la que los niños no podían llegar, una botella grande de leche, otra más pequeña y tres paquetes. Agarró un paquete y vio que contenía tres bocadillos, todos ellos ya mordisqueados. Al darse la vuelta con el paquetito en la mano, vio que Marie reptaba de nuevo por debajo de la mesa y que Anna seguía sus movimientos con unos ojos que echaban chispas y enseñando literalmente los dientes. Aún le sorprendió más la enigmática transformación de la niña cuando Anna de repente se le echó encima, le quitó el paquete de la mano, lo arrojó encima del armario y dijo:

—¡Esto no es cosa suya!

Los mellizos habían seguido también la escena con atención. Cuando el paquete aterrizó en el armario, los dos prorrumpieron en un griterío alocado, y

Lilli se puso furiosa.

—¡A callar! —exclamó ella.

Los niños se callaron asustados. A continuación se sentó ella sin vacilar en el suelo, al lado de los mellizos, y a través de numerosas preguntas se enteró de que los paquetitos con los bocadillos que estaban encima del armario eran la comida de los niños que la madre les preparaba por las mañanas antes de irse a trabajar. Anna, la mayor, era la encargada de repartirlos entre los hermanos, pero la niña, en parte por glotonería, en parte por hambre, iba de tanto en tanto al armario y mordisqueaba en los bocadillos o se bebía un trago de leche de la botella para los pequeños. Los demás hermanos contemplaban la escena temerosos, hambrientos e impotentes.

El médico llegó y diagnosticó una faringitis con fiebres medianas, nada peligroso. Cuando se hubo ido, enviaron a Anna abajo con dinero para que comprara carbón para la calefacción, y Luise se puso a hacer la comida. A todo esto se hizo de noche, y de pronto entró en la vivienda la señora Oberholzer, a quien nadie oyó llegar.

LUISE ASALTÓ A su hermana con un torrente de frases, le contó todo lo que había sucedido (con excepción de la historia de la comida mordisqueada que Lilli se reservó para ella), hasta que la señora Oberholzer se levantó conmovida y le dio las gracias a Lilli. Lilli rehusó el agradecimiento con un gesto de las manos y preguntó si no habría alguna manera de cambiar las cosas para que los niños no se quedaran solos todo el santo día en la vivienda cerrada con llave.

—¡Ay, si solo fuera eso! —dijo la señora Oberholzer—. Eso sería lo menos grave. El tío malvado ese, el casero, nos quiere echar de esta vivienda. Eso es mucho peor ahora que no dispongo de tiempo para ocuparme de esa tarea, y mi marido le tiene mucho cariño a estos cuartos de aquí.

—¿Por qué quiere echarlos? —preguntó Lilli—. ¿Es que no pueden pagar ustedes el alquiler?

—Está todo pagado hasta el último céntimo —dijo la señora Oberholzer—, pero el problema es que esa persona no soporta a los niños. Cuando mi marido estaba en casa, ya refunfuñaba, pero mi marido es un hombre fornido, Luise lo conoce, ¿no es verdad, Luise?, y tenía miedo de él. Pero desde que estoy sola y andan por ahí haciendo la guerra, ese tipo se ha vuelto indeciblemente grosero. En las primeras semanas me llevaba a los niños conmigo todas las mañanas a las cinco de la madrugada y los dejaba en un cobertizo situado al lado de la fábrica. Pero ahora que se hielan hasta las piedras, se morirían de frío como pajaritos. Así que tengo que dejarlos aquí con la estufa encendida. No, sabe usted, lo más grave que pueden hacernos a las personas como nosotros es mostrarse de esa manera tan odiosa con los niños, ¡y eso que todos hemos sido niños una vez! Ahora dice que va a echarnos en enero.

Lilli se quedó atónita por la sorpresa. ¿Cómo era posible proceder de esa manera contra una mujer trabajadora cuyo marido, además, estaba en el frente?

—A ese vamos a llevarlo a juicio —dijo ella.

—¿Y quién paga los costes? —preguntó la señora Oberholzer, sonriendo con incredulidad.

—Yo —dijo Lilli.

—Bueno, si hace usted una cosa así, tal vez gane, pero con el dinero que cuesta eso... se puede vivir un año entero en otra parte.

—No, no —dijo Lilli—, a ese tipo hay que denunciarlo públicamente.

—Y el siguiente será exactamente igual, como un huevo a otro —dijo la señora Oberholzer.

—Entonces lo llevaremos también a juicio —dijo Lilli.

—Hay que tener pero que mucho dinero —dijo la señora Oberholzer— si se quiere cambiar a los caseros de Múnich.

Lilli no podía sosegar.

—¿No tiene amigos su marido? —preguntó.

—Y claro que tiene amigos. Es una persona muy especial. En el club de skat se les veía muy unidos, daba alegría verlos.

—¿No podría hacer que algunos de los amigos de su marido le hicieran una visita a este casero?

La señora Oberholzer no entendió a Lilli.

—Quiero decir que si vinieran algunos hombres forzudos...

—A darle una paliza, quiere decir usted —dijo la señora Oberholzer, que comprendió en ese momento.

—Si no funciona por otros medios —dijo Lilli.

La señora Oberholzer miró asustada a su alrededor y se llevó la mano a la boca.

—Oh, por amor de Dios, qué cosas dice usted, señora baronesa, solo de pensarlo incurre uno ya en el delito. Nosotros no somos alborotadores.

—Pero el casero sí —dijo Lilli.

—No, no —dijo la señora Oberholzer—. Usted no lo conoce. Es una persona muy silenciosa. No dice absolutamente nada, todo lo hace por escrito...

Lilli se enfadó e interrumpió la conversación. Luise tuvo que escribir el apellido y la dirección del casero, y a continuación se despidieron. Anna se apretujó junto a su madre en la puerta del pasillo y le hizo una reverencia. Lilli le dirigió una sonrisa y fue entonces cuando vio lo guapa que era la chica.

—Tiene usted una sobrinita guapísima —le dijo a Luise en la calle.

—Llevaba todo el tiempo queriéndolo decir —replicó Luise—, de aquí a poco ya es casadera.

KONRAD HEY LLEGÓ de mal humor a casa. Había pedido que estuviera lista la cena para las siete porque a las ocho y media tenía una invitación a una velada junto con su esposa en casa del primer ministro, con quien estaba emparentado por parte de su madre. A pesar del miserable tiempo que hacía, pues nevaba y llovía alternándose a ratos, él había estado dando vueltas durante dos horas por el Jardín Inglés, con un ojo clavado en la calle Königin con la esperanza de ver a Lilli Chindler. No podía acabar de decidirse a ir a la casa de ella ni tampoco podía renunciar a volver a verla. La despedida que le dedicó ella lo dejó herido, asqueado, tal como él se decía a sí mismo de vez en cuando en voz alta. Sin embargo, cada vez que le venía el recuerdo furibundo de la Lilli de aquella mañana inexplicable, sus pensamientos regresaban a la Lilli de la víspera. Recordaba su belleza, su voz suave, sus locas ocurrencias, la suavidad hechizadora de sus caricias, y admitía entonces que tenía que verla y hablar con ella de nuevo.

En casa no le esperaba nada bueno. Por casualidad, Anna Hey se había enterado de que su marido había estado en casa de Lilli Chindler, a solas y a espaldas de ella. Es decir, ella no se había enterado realmente con tanta claridad; un conocido había visto a Hey en los escalones frente a la vivienda de Lilli, este se lo contó a un segundo, este a un tercero y así fue como llegó hasta Anna Hey. Múnich es una ciudad pequeña, y había mucha gente con la vista puesta en la bella Lilli Chindler.

Por fortuna, a Anna Hey no le pareció nada extraña la carta. Estaba tumbada en el sofá cuando Hey entró en la habitación.

—¿Todavía no te has vestido? —preguntó Hey—. Van a dar las siete.

—Ve tú solo —dijo Anna sin levantar la vista de un libro que estaba leyendo.

—¿No te encuentras bien?

—¿Te interesa acaso cómo me encuentro?

Hey, que detestaba mortalmente las escenas matrimoniales, iba a darse la vuelta y a salir de la habitación, pero se dominó y preguntó:

—Ya ves que sí me intereso, de lo contrario no te preguntaría. ¿Estás enferma?

Anna Hey arrojó el libro al suelo.

—Hablas con tanta ternura como si estuvieras de cháchara con... con la señora Chindler. Pero estás equivocado, amigo mío. Tan solo soy tu esposa.

Hey se sentó despacito en un sillón, se sacó un cigarrillo del bolsillo, lo encendió y se puso a fumar. A continuación dijo:

—¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

—¡Ah, vaya! ¿Así que eso es lo único que te interesa de ese asunto, quién me informa, eh? ¿Te preocupa únicamente que me haya enterado de tus infidelidades?

Hey se levantó.

—Tengo que cambiarme de ropa porque estamos invitados a las ocho y media, y te ruego que hagas lo mismo. En lo que concierne a nuestra conversación, te pido por favor que me preguntes a mí lo que hago y con quién tengo trato, pero no permitas que cualquier espía envenene nuestras relaciones.

A continuación salió de la habitación. Mientras se estaba cambiando de ropa, se puso a acechar si Anna se dirigía a su dormitorio. Pero no se movía nada. «¡Vaya estupidez!», pensó. De repente se le pasó algo por la cabeza que hizo que se le detuviera el corazón. ¿Habría hablado Lilli misma... Lilli... con Anna? Se confesó a sí mismo que consideraba capaz de todo a esa mujer. Pero ¿qué motivo podía tener Lilli para una locura así?

Se calzó los zapatos de charol, que le apretaban, y regresó donde Anna. Esta se había tapado con una colcha de piel que él le había regalado en algún momento y estaba llorando.

—Anna —dijo Hey—, ¿te parece sensato estar llorando con tus pensamientos en lugar de hablarlos con tu marido?

—Ya no tengo marido —sollozó Anna—. Tan solo me quedan mis pensamientos. Ni siquiera tengo hijos. Nada. Absolutamente nada. Solo engaño y traición.

—Si abres los ojos verás que tienes a un marido, pues lo tienes frente a ti.

Anna se incorporó. Tenía la cabellera revuelta, los ojos enrojecidos por el

llanto, y Hey dirigió la mirada a sus gordos brazos desnudos, que a él siempre le habían parecido feos.

—¿Por qué fuiste a casa de esa persona pérfida?

—Su marido me había pedido que le transmitiera sus saludos, respondió Hey.

—¿Así que estuviste de verdad allí? —gritó Anna. Hasta ese momento seguía creyendo que toda esa historia era tan solo una habladuría. Ahora se enteraba por su propio marido de aquello que ella no había querido creer.

«Dios santo —pensó Hey yendo de un lado a otro de la habitación—, no hay que decir nunca la verdad. Hay que mentir, engañar, dejar a las personas como son, pero qué estúpido y aburrido es todo esto, y qué pocas fuerzas me quedan todavía para hablar con esta mujer».

—¿Así que estuviste de verdad allí? —repitió Anna—. Bien, entonces ya puedo ir haciendo las maletas.

—¿Por qué quieres hacer las maletas?

—¡Porque voy a divorciarme!

—¿Por qué vas a divorciarte?

—¡Porque me has engañado!

—¿Estás segura de tal cosa?

—¡Lo acabas de decir tú hace un minuto!

—Yo te he dicho que fui a darle a la señora Chindler los saludos de su marido.

—¿Por qué fuiste a su casa a mis espaldas?

—Porque eres muy celosa.

—Así que tengo yo la culpa... yo... yo... pero esto es una chifladura. ¡No he sido yo quien se ha acostado con esa tía! ¡Es increíble esto!

—En cierto sentido sí tienes tú un poco la culpa.

—Vale —dijo Anna—, así que tú vas a casa de esa bicha y soy yo la que ha roto el matrimonio. ¡Y te atreves a decirme eso!

—Me habías preguntado por qué fui a casa de la señora Chindler sin decirte nada.

—¿Y por qué fuiste allí sin decirme nada, tal como has confesado tú mismo?

—Porque tú, como ya te he dicho, eres muy celosa.

—Eso es una mentira cochina. Lilli es... era amiga mía. Habríamos podido ir perfectamente los dos juntos a su casa.

—Eso es cierto.

—Pues claro.

—Pero ¿es motivo para divorciarte el que yo cometa un error? ¡Te he dicho una y mil veces que no deberías vigilarme como una institutriz, sino entenderme como una mujer!

—Siempre tengo miedo —dijo Anna en voz baja—, ¡siempre, siempre, siempre! Antes iban todas las mujeres detrás de ti. Ahora estás en el frente, muy lejos, donde te disparan sin que yo pueda protegerte. Apenas regresas de las fauces de la muerte, y en una semana, en una única semana, ya están de nuevo las mujeres siguiéndote la pista. ¿Es que no puedes entender que tengo miedo?

Hey, que tenía siempre presente a Lilli en todas partes, recordó lo que Lilli le había dicho acerca de que no hay que hablarlo todo hasta el final.

—Ahora vístete, Anna —dijo él—, la compañía nos llevará a tener otros pensamientos, nos iremos de allí temprano y beberemos champán en algún lugar. ¡Eso nos divertirá otra vez!

Anna agarró un espejo de la mesa y se contempló la cara.

—Tienes que ir sin mí. Llevo tres horas llorando. Ahora tengo la pinta de una mujer de cincuenta.

Hey dijo que entonces se quedaría él también en casa, pero Anna se puso en pie como un muelle y lo convenció a besos de que fuera sin ella. De pronto se dio ella la vuelta y, mientras mantenía la mano izquierda en la nuca de Hey, apagó la luz con la derecha, de modo que la habitación solo quedó iluminada por un rayo fino procedente de una de las farolas de la calle.

—No tienes que verme así de fea por haber llorado tanto, es que soy... soy tan estúpida. Todo está bien. Vete ya... regresa pronto... no, no, quédate todo el tiempo que te encuentres a gusto... ya regresarás... vete ya.

Cuando la puerta de casa quedó cerrada y Hey se hubo ido realmente, ella se acuclilló en la habitación oscura y se llenó de reproches por haber dejado que se fuera solo. «Es tan guapo y rico, y yo soy pobre y fea. Y esa maldita Chindler también es rica... pero guapa no lo es, con esa careta esculpida en la cara que parece que se la hubiera pintado el aburrido ese de Stieler...».

LAS ESTANCIAS DEL palacio del primer ministro Von Hertling se llenaron de gente. El señor de la casa, un hombre bajito y robusto, con unas gafas con montura fija en las orejas, se encontraba en la primera sala, que daba directamente a la escalera, y saludaba a los invitados, que iban subiendo en pequeños grupos desde el guardarropa. Solo cuando apareció el representante del papa en la casa del rey de Baviera, el nuncio Aversa, el primer ministro dejó su puesto por breve tiempo para acompañar a ese prestigioso invitado, importante para la política, al interior de los salones de la fiesta. Cuando regresó al cabo de cinco minutos, su representante, el señor Von Sennefeldt, funcionario del Ministerio bávaro de Asuntos Exteriores, se echó de nuevo a un lado con todos los respetos. Sin embargo, el primer ministro se estaba aburriendo, y como por el momento no se veía a ningún nuevo invitado, dirigió la palabra a Sennefeldt:

—¿Se ha fijado usted en el semblante burlón que puso el nuncio al subir las escaleras?

—Múnich le resulta demasiado pequeña —respondió Sennefeldt—, él quiere tener a Berlín a su alrededor.

—En mi larga vida he conocido a muchos prelados —replicó Hertling—, devotos, listos, ascetas, astutos, también a algunos poco talentosos, pero no me había encontrado nunca con un hombre como este Aversa. No hay manera de saber nunca si es listo, astuto o ingenuo.

Sennefeldt iba a responder cuando el enviado prusiano empezó a subir la escalera acompañado de su esposa.

—Según mi lista es el último invitado, señor conde —se apresuró a decir.

—¡Gracias a Dios!

Hertling saludó al enviado, tomó del brazo a la esposa del enviado y desapareció por las estancias.

Era lo que llamaban una «velada cervecera», y por orden del señor de la

casa los criados solo podían servir cerveza, algo de té para las señoras y pequeños canapés sencillos. Como esto era algo nuevo, todos lo encontraron muy interesante y acorde con los tiempos tan serios que corrían, y todo el mundo conversaba de lo lindo.

—¿Qué tal? —preguntó el poeta Hollmann integrándose en un grupo de señores y de señoras—. ¿Solo hay cháchara esta noche o habrá algo divertido también?

—¿Desea usted ir al frente? —preguntó un diputado.

—Quiero y debo —respondió Hollmann.

—¿Cómo es que debe usted siendo...? —preguntó una señora.

—... un anciano, iba usted a decir, señora mía —dijo Hollmann.

—No... no...

—Claro que sí, pero voy a decirle una cosa... Mire usted, en mi pueblo, en Rottach, la semana pasada tuvo que ir al frente uno que tiene ocho hijos, y que para más inri no sabe disparar. ¡Con cosas como esta no puedes quedarte en tu casa!

Se pusieron a hablar sobre ese caso cuando entró en la sala Lilli Chindler del brazo de su suegro. Hollmann, que siempre se comportaba como le venía en gana, se dio la vuelta, contempló a Lilli con unos ojos desorbitados y la frente fruncida y dijo finalmente en voz alta:

—¡Qué persona más hermosa! ¿Quién es?

Las señoras que estaban al lado de Hollmann sonrieron con algo de enfado abochornado. Chindler pasó despacio al lado del grupo en dirección a otra estancia. No conocía a Hollmann, pero oyó la exclamación de admiración de ese hombre por Lilli y se alegró.

—No conozco a ningún pájaro de aquí, excepto al señor de la casa —le dijo a Lilli—. Tendrás que prestarme ayuda con tus conocidos.

Lilli llevaba un vestido gris cerrado arriba con un amplio cuello de chinchilla. Se había peinado hacia atrás el cabello oscuro, lo cual hacía parecer aún más alargada su cara alargada.

Helmberger, que estaba junto a Hollmann, se dirigió hacia Chindler, lo saludó y dejó que le presentaran a Lilli.

—Este es Helmberger —dijo Chindler—, mi viejo amigo Helmberger, que en su momento mandó telefonar al IV^o Ejército, cuando nosotros no teníamos

ninguna noticia de Ernst.

Lilli, que tras el saludo había vuelto a dirigir la mirada hacia la sala y contemplaba medio curiosa, medio buscando entre aquel gentío, giró de pronto la cara hacia Helmberger, y lo contempló con la mirada compacta de sus ojos castaños. La sosegada serenidad de sus movimientos entusiasmaba incluso a aquellos que encontraban demasiado estandarizada su belleza.

«¡Rayos y centellas! —pensó Helmberger—, esa sí que sabe mirarlo a uno!». Luego se dirigió a Chindler y dijo que por desgracia se veía obligado a separarlo de su muy venerable nuera, pues en el salón de fumar estaban teniendo lugar algunas conversaciones que Chindler no podía perderse. Chindler soltó el brazo de Lilli y se puso de camino como un obediente jamelgo de carroza. Lilli se enfadó y siguió a los dos. En el salón de fumar colgaban ya en el aire algunas nubes tan densas de humo azulado procedentes de gruesos puros que apenas podía distinguirse a los presentes. Chindler atravesó el salón y dio las gracias a un hombre joven que le cedió su asiento. Iba a sentarse en ese momento cuando la conversación enmudeció y todas las miradas permanecían clavadas en la puerta por la que Lilli había aparecido. Chindler se dio la vuelta, pero Lilli se había apercebido ya de que la entrada allí estaba prohibida para ella; sonrió a su suegro y siguió caminando. Al instante se reanudó la conversación.

—**E**N BERLÍN NO se nos informa —dijo el conde Arco, que estaba de pie frente a la chimenea con las piernas cruzadas—. El consejero privado Brentano, que regresó la semana pasada de Florencia, cuenta que allí todo el mundo habla de una tremenda derrota de los alemanes en el frente occidental. En nuestro país, en nuestra tierra, nadie sabe nada al respecto.

—La fuente citada —dijo el señor de la casa— no es la más clara en ocasiones.

El hombre de la chimenea se calló. Había olvidado (y ahora volvía a pasársele por la cabeza) que Brentano era un pariente próximo del primer ministro, pero los dos caballeros no se llevaban especialmente bien.

—En Viena —prosiguió— dicen que ya tienen preparado el coche de la mudanza para transportar los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores a Salzburgo...

—Que los austríacos han sido derrotados en Galitzia Oriental lo sabemos todos —dijo Helmberger—. Pero esa derrota ha quedado arreglada de nuevo con la batalla de Limanowa. El avance ruso ha quedado detenido, eso es lo principal.

El hombre de la chimenea negó, indignado, con la cabeza.

—No estamos hablando aquí de las victorias de nuestras tropas, que apenas pueden numerarse, sino de que en Berlín se callan y no nos informa nadie. Eso es un error, eso hay que cambiarlo ya.

—No se puede afirmar precisamente que en Berlín se callen —dijo ahora un joven calvo, que llevaba al cuello una elevada condecoración turca—. Estuve la semana pasada en Berlín y me asusté de los pensamientos desmesurados a los que se entregaban no solo el gobierno, sino también sensatos fabricantes de Renania y de Westfalia. Un desembarco de nuestro ejército en Inglaterra lo ven como algo natural. No necesitamos discutir más sobre la toma de las mejores colonias inglesas. Hace mucho ya que se decidió

que mantuviéramos Calais, Boulogne, Amberes y Ostende. La flota inglesa tiene que ajustarse a la escala de la nuestra, y la reparación de guerra oscila entre los treinta y los cuarenta mil millones.

Estas declaraciones pronunciadas en un tono algo cortante fueron acogidas con un silencio general. Cuando se calló el calvo, se originó una pausa hasta que un anciano de cabello cano como el hielo se levantó de su sillón.

Chindler se fijó en él y se dio cuenta de que era inminente un discurso, pues el general se comportaba como si quisiera dar unos golpecitos en la copa.

—En lo que respecta a las declaraciones que acabamos de escuchar —dijo el general, después de haberse preparado—, tan solo quiero permitirme la pregunta de si los presentes son de la opinión de que nuestro bravo ejército está metido en esta guerra para que Múnich... siga siendo bávara.

Al parecer, el general consideraba divertida su pregunta, que era bastante mordaz, pues, al no reírse nadie, se rio él mismo con sorna.

El hombre de la chimenea se disponía a responder, pero el señor de la casa se le adelantó.

—Tengo que dar la razón en un punto —dijo a pesar de que no daba la razón a nadie—, pero no me parece que haya llegado todavía el momento de los comentarios sobre los objetivos de guerra. Sin embargo, algo diferente es la sabia previsión, y por ello me habría gustado oír lo que en Viena piensan sobre Rumanía.

Un periodista, que se sintió aludido, se sentó todo tieso en su silla y respondió:

—También en este asunto parece que en Berlín quieren repetir los viejos errores. La semana pasada habríamos podido comprar uno de los periódicos más grandes e influyentes de Rumanía. Me enteré del asunto en Viena, fui de inmediato a la plaza Ballhaus, pero los austríacos dijeron que Berlín era tan rica como ellos pobres, que Berlín se hiciera cargo del asunto. Así que viajé a Berlín, donde me dieron calabazas, pues los sabihondos de allí habían comprado ya un diario que solo tiene una tirada de 2.000 ejemplares y con un viejo asno de redactor que ya ha contado a todo el mundo la venta.

—Esa es la manita habilidosa que tienen nuestros diplomáticos en tales asuntos —dijo alguien.

El periodista percibió que su informe encontraba una aprobación general,

se envalentonó y se levantó de su asiento.

—Ahora se creen que han ahorrado porque mi periódico habría costado diez millones de lei, mientras que los berlineses solo han pagado tres millones por su perioduccho. En realidad han tirado esos tres bonitos millones por la ventana, pues en dos meses ese diario no tendrá un solo abonado. Entonces llega una orden de arriba de que tiene que estar en todas las cantinas militares, y en lugar de ilustrar a los rumanos, se ilustran a sí mismos. Por tres millones.

Hertling, quien ya había oído dos veces la historia de ese periódico rumano, se estaba aburriendo. Las conversaciones le parecieron excesivamente mordaces y habría preferido levantarse e irse a su despacho, en donde tenía todavía un montón de actas por despachar.

Entonces entró el nuncio en el salón. Tal como tenía por costumbre, permaneció unos instantes en el umbral para contemplar a los presentes y dejar que estos lo contemplaran a él. Estaba tan acostumbrado a que los alemanes lo admiraran que no desaprovechaba ninguna oportunidad para darles motivos de admiración. Helmberger, que lo conocía, dio unos pasos hacia él y preguntó:

—Díganos usted, Excelencia, ¿qué ha dicho el papa acerca del memorando de los católicos alemanes sobre la guerra presente?

Aversa tuvo que reflexionar un momento para comprender a qué aludía la pregunta. Entonces se acordó de que un número de católicos alemanes con prestigio había hecho llegar al papa y a los cardenales a través de un prelado establecido en Roma un memorando en el que se aseguraba la inocencia de Alemania en la guerra.

—Su Santidad —respondió Aversa con una sonrisa— me ha dicho que hacía años que no leía un latín tan perfecto.

Chindler se había esperado una evasiva, pero ese comentario le pareció muy arrogante. El mencionado memorando era casi por completo obra suya y una acción política de la que se había esperado algunos efectos. Ahora lo veía como una crítica a una redacción escolar. Estuvo pensando una réplica, pero no se le ocurrió nada. El respeto que tenía inculcado ante un alto prelado de la Iglesia era demasiado grande. Dirigió la vista hacia Hertling, que estaba sentado y no se movió de su silla.

EN LA SALA contigua, alguien comenzó a tocar el piano. Chindler prestó atención en aquella dirección. Entonces se puso en pie el primer ministro.

—En honor de nuestros amigos e invitados austríacos, un trío de artistas nos interpretarán algunas piezas de Mozart —dijo.

—Podemos reunirnos más tarde otra vez aquí.

Chindler fue uno de los primeros en salir rápidamente del salón. En la enorme sala colindante, los invitados se habían sentado en semicírculo alrededor del piano, delante del cual se hallaban una cantante y una violinista de pie. Chindler se puso a buscar por entre los asientos y descubrió a Lilli, que estaba sentada en la última fila. También ella lo había visto a él y le señaló una silla libre a su lado. Chindler se dirigió de puntillas donde ella.

Cuando se hubo sentado, miró en torno suyo y volvió a maravillarse de la actitud verdaderamente absorta con la que muchos oyentes dejaban que la música fluyera en ellos. Él no sabía nunca lo que debía pensar de las notas que iban saltando en sus oídos, y en realidad solo le parecían bellas algunas melodías, o percibía resonancias chillonas que lo irritaban. Una larga ovación fue el agradecimiento a los intérpretes. La violinista, que llevaba un hermoso vestido de seda de color amarillo, se sentó en una silla, y la cantante se puso a cantar otra canción, esta vez acompañada únicamente por el piano. Lilli fijó la mirada en ella y escuchó con atención. «Las chicas adoran siempre las golosinas cuando se las deja a solas... las chicas se dejan pillar con gusto si se las sabe sorprender...». En ese instante, alguien corrió una silla por detrás de Chindler. Lilli se giró y vio a Konrad Hey, que había entrado y acababa de sentarse. Ella lo saludó con los ojos, mientras que él le dedicó una reverencia. «Por ello cierran las confiterías y encierran a las chicas guapas, a las chicas jovencitas...», cantó la cantante. Lilli percibía las miradas de Hey dirigidas a su cuello y no pudo menos que sonreír.

A la cantante le entregaron un ramo de rosas amarillas, y todos

comprendieron que se trataba de una pausa. Theodor Chindler se levantó de su asiento. Lilli iba a decirle algo cuando Hey apareció ante ella y le besó la mano haciendo una profunda reverencia.

—¿Cómo está usted? —preguntó él—. Me considero afortunado por encontrarla a usted aquí. Esta tarde...

Lilli lo interrumpió.

—¿Me permite presentarle a mi suegro? —preguntó ella.

Hey puso cara de asombro, como si no hubiera entendido a Lilli, y miró con intensidad a su derecha, en donde había un hombrecito de pie, con el pelo gris como el hielo, que se estaba encendiendo un puro largo con mano temblorosa. Theodor Chindler tendió la mano a Hey, de modo que Lilli tuvo que tomar a Hey del brazo y girar a la izquierda.

—El teniente Hey es un compañero de mi marido —dijo ella al diputado.

El saludo entre el oficial espigado y el catedrático ya algo jorobado fue gracioso. Chindler contempló con ingenua complacencia a aquella persona joven y guapa, que ya solo por el hecho de ser compañero de su hijo Ernst le había caído bien, mientras que el patricio de Núremberg, protestante devoto, pensaba que era la primera vez que estaba a punto de dar la mano a un diputado del Partido de Centro. Después de inclinarse ante Chindler con un gesto rígido en la cara, volvió a erguirse y permaneció en silencio, entre Lilli y el catedrático, con la mirada en la sala.

—Pero sentémonos —dijo Lilli.

Hey le acercó un sillón a ella, y mientras Chindler se sentaba al lado de su nuera, Hey se dejó caer en una silla frente a ambos.

La breve conversación quedó extinguida al cabo de unas pocas frases lentas; los tres sedentes estaban ensimismados en sus respectivos pensamientos. Nada en el mundo habría podido sorprender más a Hey que la presencia de Lilli en la fiesta del primer ministro. En el regimiento se hablaba de vez en cuando de la guapa, pero tonta, Lilli Chindler, y él había ido a la casa de ella con esa idea. Su vivienda, sencilla y pequeña, lo había dejado sorprendido, pero al cabo de diez minutos estaba más prendado de esa mujer que de cualquier otra que había conocido en su vida. Entonces llegó aquella enigmática mañana en la que Lilli en realidad lo echó de su casa, su comportamiento incomprensible, sus comentarios burlones.

Durante el concierto, mientras estaba sentado detrás de ella, Hey se había propuesto lanzarle a Lilli serios reproches por su comportamiento, jugar a hacerse el ofendido en toda regla. Pero cuanto más tiempo tuvo que esperar a hablar con Lilli, tanto más vacilante fue haciéndose su resolución primera. Y es que aquí, ante él, estaba sentada una tercera Lilli, completamente diferente, una perfecta desconocida.

Un caballero se dirigió a Chindler y se puso a conversar con el diputado y con Lilli.

Hey miró de reojo a aquella mujer bella. Lo asustó la mirada con la que ella contemplaba al hombre que estaba hablando con su suegro. Lilli examinaba al hablante con una mirada tan penetrante y fría y a su vez, sin embargo, tan sosegada y segura, que de golpe fue consciente de aquello que había poseído durante una noche y que probablemente había perdido para siempre. «Estoy loco —pensó— si creo que una persona como yo podría hacerle reproche alguno a esta mujer».

Volvió a mirar a Lilli y se encontró con la mirada de ella, que tan solo le pasó rozando para abandonarlo de inmediato. ¿Se estaba riendo ella de él?

Parecía solamente que Lilli estaba muy pendiente de la conversación que mantenía su suegro con un historiador de la universidad. Lilli pensaba en Hey del mismo modo que él en ella. Su cólera se había desvanecido igual que su cariño. Hey era guapo, se lo seguía pareciendo todavía hoy, pero era estúpido, un lacayo en pintura, una persona de lindos cabellos, sin ojos y sin boca, y un cuerpo bien desarrollado. ¿O lo que le pasaba es que sencillamente era demasiado joven? Quiso preguntarle la edad que tenía, pero lo dejó estar. Era mejor no preguntarle nada ahora.

Dirigió la mirada al salón y observó a los hombres que pasaban. Todos eran mozalbetes o ancianos. Bueno, sí, había guerra, y los hombres estaban fuera, pero incluso los treintañeros y los cuarentones que vio Lilli le parecieron sosos, inmaduros, poco varoniles, depresivos cuando tenían una pinta seria, o actores cuando ponían una cara alegre.

Entraba una corriente de aire frío a través de la puerta abierta, y Lilli tenía heladas las articulaciones de los pies. Esa sensación le despertó el recuerdo de la familia Oberholzer.

—Imagínese lo que viví ayer —dijo ella de pronto dirigiéndose a Hey, y le

contó la historia de la hermana de Luise. Cuando le informó acerca del casero duro de corazón, vio que Hey sonreía con la mirada. Ella se interrumpió y contempló la cara de él. Cómo lo desfiguraba esa sonrisa, volvía de nuevo a ser tan bobo, tan cabrito como la mañana después de aquella noche—. ¿Es que acaso encuentra usted pueril lo que hice? —dijo ella.

Hey se sobresaltó igual que un inspector a quien un superior le recita la cartilla, e incluso Chindler, que no estaba prestando ninguna atención, se sorprendió por el enfado repentino de su nuera.

El primer ministro venía solo por el salón. Cuando divisó a Chindler, se sentó a su lado.

—¿Sabe usted tal vez —preguntó— lo que se trae entre manos nuestro colega Erzberger?

—Dicen que está en Roma —dijo Chindler con cautela, pues ciertamente no pertenecía al círculo de los amigos de Erzberger, pero tampoco al de sus enemigos como Hertling.

—Vaya, vaya —dijo el primer ministro—. Así que usted también ha oído hablar de tal cosa. Bueno, eso significa que recibiremos pronto la declaración de guerra de Italia.

Chindler permaneció en silencio. Hertling se apercibió de que se había expresado con excesiva dureza.

—Entiéndame bien —dijo—, tal como conozco a nuestro amigo, seguramente les ofrecerá media Austria a los italianos para mantenerlos en calma. Pero luego, cuando los hombres serios tengan que explicar que las cosas no funcionan así, pues el señor Erzberger no es el propietario de Austria, se montará un buen embrollo.

—Es un error —replicó Chindler— que en nuestro país no se le dé ningún cargo a una persona con el talento y con la energía de Erzberger.

—¿Para que ocasione, no me gusta decirlo, aún más desgracias?

—Menos, menos —dijo Chindler—. Un intelectual necesita un cargo, un Estado tiene que alimentar a sus cerebros...

Chindler se levantó para dominar un ataque de ira que le sobrevino. Ese Erzberger era un tío descarado, pero ¿qué estaban haciendo los imbéciles del tipo Hertling para impedir que Italia declarara la guerra a Alemania? Absolutamente nada, estar sentados en sus sillones como aquí. Chindler sintió

el odio de la jerarquía (también aplicable a él) contra todo aquel que no pertenecía a la camarilla que tenía el privilegio de arruinarlo todo, ¡pero, eso sí, consolidándose a sí mismos!

—Un país que solo se compone de costas no puede oponerse a la flota inglesa —dijo Hertling encogiéndose de hombros—. La ruptura con Inglaterra fue el error.

«La política se compone desgraciadamente de errores», iba a replicar Chindler, pero se mantuvo en silencio. En su manera de ver las cosas, desde los tiempos de Alejandro Magno la misión era la misma siempre: ver cómo se sale del paso estrecho en el que uno se encuentra todos los días.

Entretanto, Lilli se había citado con Hey para el día siguiente. «Tengo que volver a verla», pensó Hey, y solamente sentía un deseo, el de volver a besar de nuevo esa boca maravillosa y ser abrazado de nuevo por esos brazos.

«Le diré —pensó Lilli—, que es estúpido y lo mandaré a su casa. Guapo y tonto. Pero tonto».

Cuando Chindler se fue a casa con Lilli, seguía todavía por completo fuera de sí por su conversación con Hertling.

—¿Es que Italia tenía tal vez menos costas cuando se renovó el tratado de la Triple Alianza? —dijo él golpeando el suelo con el bastón—. ¡De pronto descubren estos políticos las costas! Y en lugar de sacar el carro del lodo, se ponen las gafas y analizan la composición política del lodo en la que estamos metidos. Un asno bastaría para sacarlo de ahí, pero es que en nuestro país los asnos están montados en el carro. ¡Así no se puede hacer nada! ¡Así solo se pueden fumar puros! ¡O cantar canciones populares!

Cuando llegaron frente a su hotel, Chindler quiso despedirse, pero Lilli dijo que quería ver primero si todo estaba en orden.

—¿Ves? —dijo ella cuando echó un vistazo a la pequeña habitación de él—. No has sacado nada de las maletas. Dame tu llave.

Puso el jabón y la esponja en el palanganero, extendió sobre la cama un gigantesco pijama con el dobladillo de color azul y recorrió la habitación en todas direcciones mientras Chindler permanecía sentado en una silla, feliz y algo abochornado.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Lilli mientras hojeaba un libro.

—Estoy aprendiendo idiomas —dijo Chindler.

—¿Polaco?

—Sí, una lengua hermosa, por cierto.

—¿Ah, sí? ¿Son estas tus pantuflas? Te regalaré unas nuevas para Navidad.

—¿Pasarás las Navidades con nosotros?

—Todavía no lo sé, papá.

—Con mi esposa hay que tener siempre en cuenta que la mayoría de las cosas que dice no las dice porque las piense así.

—Sí, eso también lo he pensado yo —dijo Lilli.

—Ahora me ha venido la ilusión de las próximas Navidades —dijo Chindler.

—Si no puedo ir yo, ¿te vendrás tú tal vez a mi casa en Múnich?

Cuando Luise llevó a la mañana siguiente el desayuno, dijo:

—El señor Hey ha telefoneado y ha dicho que el regimiento le ha enviado por telégrafo una orden de regreso. Le envía muchos saludos.

Lilli se recostó en las almohadas. Le producía inquietud la aburrida cuadrangularidad de la habitación, resaltada por las dos ventanas como recortadas a tijera. ¿No era una persona tonta mejor que ninguna persona, mejor que nadie, mejor que ese silencioso estar sola? ¿Cuánto podía durar esta guerra? Ayer dijo alguien que podía durar varios años; así pues, ¿estar sola varios años? Pero ¿y si se terminaba mañana y Ernst regresaba a casa? Entonces él estaría junto a ella en esta habitación, o en otra habitación, continuamente, noche y día. ¿Sobre qué podría hablarse... al cabo de tres años por ejemplo? ¿Tienen todos los ministros la misma pinta que ese bajito profesor de dibujo de Hertling? ¿Puede gobernarse un país por completo sin gente inteligente? ¿Dónde están en realidad los hombres inteligentes?

—¿Ha venido el correo? —preguntó Lilli de repente. No respondió nadie. Hacía rato que Luise había vuelto a la cocina. Lilli se enderezó y descubrió una carta encima de la bandeja del desayuno.

«Querida Lilli: Papá está en Múnich. Puede ser que lo veas. Apenas se marchó, mamá volvió a ponerse insoportable. Cuando vino mi amigo a casa por la tarde, ella se comportó de manera tan descortés hacia él, que estuve en ascuas todo el rato. Cada vez entiendo menos a esa mujer. Detesta a todas las personas que yo amo. Por cierto, esperamos que vengas en Navidades. Maggie cuida ahora a heridos, pero todos los días hay discusiones porque ella quiere

estar todo el tiempo en el hospital, cosa que mamá no permite, claro. Eso no mejora el ambiente en la casa. Solamente tú podrías ayudar, y además tengo un montón de cosas que contar. Tu Leopold».

Lilli se enfadó. «Si no deja de enviarme estas cartas lastimeras, la próxima se la envío rota de vuelta», pensó. A continuación llamó a Luise y le pidió que trabajara en el dormitorio junto a ella porque no quería estar sola.

LIBRO TERCERO

PASÓ LA NAVIDAD. Ninguno de los hijos de Chindler obtuvo permiso para abandonar el frente; también Lilli se excusó por carta poco antes de las fiestas diciendo que estaba demasiado resfriada como para poder viajar. Así que como únicas invitadas acudieron la señorita Chindler desde Wiesbaden y la señora Von Beaufort. Leopold contempló con desagrado aquella «asamblea de momias», tal como la denominó él. Cuando, además, Elisabeth Chindler se echó a llorar bajo el árbol de Navidad, el chico reprochó mentalmente a su madre por discriminar con exceso a los hijos más pequeños en favor de los más mayores. Opinaba que tenían un cierto derecho al amor y a la ternura, o como mínimo al respeto, hubiera o no guerra. A finales de enero hubo unos cuantos días cálidos y el jardinero vino a podar los árboles frutales. Theodor Chindler había salido al jardín después de la comida para controlar el trabajo. Cuando el jardinero regresó de comer, lo recibió con indignación porque el hombre se había olvidado de cortar por abajo una rama que había que quitar. Ahora, esa pesada rama se había quebrado produciendo un desgarró profundo en el buen árbol.

—Vaya chapuza, querido mío —dijo Chindler metiendo sus dedos gordos en la herida.

—También me ha dado pena el árbol apenas ha sucedido —dijo el jardinero—, pero no sé cómo ocurre que hoy en día uno anda demasiado ocupado con sus pensamientos, y eso estorba cualquier tarea.

—¡Ah, qué cosas dice! —refunfuñó Chindler, que se quedó junto al árbol mientras el jardinero se subía más arriba en la escalera para recortar los brotes más altos.

También él estaba demasiado ocupado con sus pensamientos cuando de repente un viento frío le cortó la cara; regresó a toda prisa a la casa y siguió haciendo cálculos en su escritorio, junto a la calefacción. La guerra había mejorado su situación financiera; los dos hijos no precisaban ahora de ninguna

ayuda, lo cual incrementaba los ingresos de Chindler en unos 5.000 marcos. Sin embargo, su fortuna era demasiado pequeña para poder darle a su hija una dote decente. Este pensamiento lo tenía preocupado. ¿Con quién iba a casarse la chica? En toda esa zona no había un solo católico adinerado, y entregársela a un protestante quedaba del todo excluido.

Unos días atrás le había escrito un editor. Le pedía a Chindler que escribiera un libro para él, no importaba sobre qué tema. De esa manera podía ganarse algún dinero, pero Chindler no sabía sobre qué escribir, y al mismo tiempo temía la reacción del partido. Tenía *un* tema en mente que era crucial para él: ¡La misión del parlamento en la guerra! ¿Tolelaría la censura un libro así? A Chindler no le quedaba otro remedio que dudar de tal cosa y se decía a sí mismo que a un hombre de su posición le resultaba imposible entrar en conflicto con la censura, es decir, con las autoridades. El partido lo dejaría caer así, sin más.

Se levantó y se dirigió a su biblioteca. En el último número de los anuarios prusianos, el editor, el catedrático Delbrück, había escrito un artículo que había hecho enfadar mucho a Chindler. El diputado agarró el cuaderno y leyó: «La pugna de los partidos debe producirse una vez concluida la guerra con un respeto caballeresco mutuo. En este sentido se ha fundado ya la gran Asociación Patriótica Libre bajo la presidencia del catedrático Kahl para iniciar su actividad inmediatamente después de cerrarse el *tratado de paz*.

—¡Después del tratado de paz! ¡En cien años! —exclamó Chindler con rabia en dirección a los estantes, y arrojó el cuaderno encima de la mesa—. ¡Pero de negociar ahora, nada de nada! ¡Esos idiotas! ¡Como si fuera posible prepararse para un estado de cosas del que nadie tiene ni idea de cómo será!

Regresó a su escritorio y escribió: «En el primer capítulo tiene que quedar demostrado de una vez por todas que un político que piensa más allá de pasado mañana es un estúpido y un peligroso fantaseador...». Entonces tiró la pluma, se levantó y prosiguió su conversación consigo mismo yendo y viniendo por la habitación. «La guerra, esta guerra, el mayor acontecimiento político de la humanidad, ¡se la dejan estos imbéciles a los generales! ¿Qué es lo que quieren realmente? ¿Volver a gobernar en una paz que no han hecho ellos...?». Regresó corriendo a su escritorio y escribió: «En el segundo libro tiene que aparecer lo siguiente: El canciller del Reich en persona ha declarado

que en la política interior necesitamos una reorientación (¡vaya palabrita, dicho sea de paso! ¡Ya la puede ir pronunciando todo el mundo en su propia boca!). Pero Bethmann ha reconocido correctamente que esto es necesario, y, por consiguiente tiene que suceder de inmediato. Una guerra popular (ejércitos de millones de soldados) no puede llevarse a cabo sin el pueblo, sin la gente, pero esos carneros bobos que son conducidos al matadero no son gente. Si se gobierna (ahora y en adelante) de arriba abajo, un pueblo se convierte en carneros bobos; por tanto, hay que comenzar de inmediato a gobernar de abajo arriba para convertir a los carneros bobos en seres humanos. Esto último, por cierto, hay que decirlo todavía con mayor claridad, pues las masas se comportan por el momento como masas, ¡pero están compuestas por seres humanos que piensan!».

—Esto está bien —se dijo Chindler a sí mismo—. Así tiene que ser el libro. ¡Lo puedo escribir rápidamente! Ahora hay guerra, señor Delbrück, se lo digo por si no lo sabe todavía. Es ahora cuando hay que negociar.

Therese llamó a la puerta y gritó que la cena estaba lista. Durante la cena, Chindler permaneció callado. Después de comer aceleradamente algo de carne y de verduras, se cortó un pedazo de pan y pidió el periódico vespertino. Echó un vistazo a los titulares, dejó el diario pero lo mantuvo en la mano, se recostó en el sillón y se puso a contemplar a su familia. Hans, el hijo más pequeño, se sintió incomodado por la mirada escrutadora del padre, no pudo menos que echarse a reír por la vergüenza, se atragantó al hacerlo y se puso rojo como un tomate. Chindler no se dio cuenta. Estaba completamente ensimismado en su libro. Cuando la criada trajo una fuente con fruta, se inclinó sobre la fuente, negó con la cabeza, se levantó, agarró el periódico y regresó a su habitación.

Igual que hacen muchas personas indecisas, trató de estimularse fijándose una fecha de entrega. «Tengo que comenzar el libro hoy —se dijo a sí mismo—, hoy mismo». Fue a sentarse a su escritorio cuando sintió el periódico en la mano. «Anda, vamos a ver qué escriben esos individuos», se dijo, y extendió el diario sobre el escritorio. Era el *Frankfurter Zeitung*, al que estaba abonado desde el comienzo de la guerra, pero que, debido a su orientación librepensadora, lo ocultaba a los niños.

Chindler comenzó a leer: «Ya a finales de diciembre podía reconocerse que los ejércitos enemigos ya no poseían la fuerza para una ofensiva. Este

hecho ha sido confirmado de nuevo en las últimas semanas; por contra, nuestras tropas han pasado a la ofensiva y han conseguido ganancias nada insignificantes. La región comprendida entre Laons y Soissons, donde en su momento, en el año 1814, tuvo lugar la batalla decisiva, ha vuelto a hacerse famosa otra vez, y los nombres de Berry-au-Bac, Craonne, etcétera, que resultarán familiares al conocedor de la campaña militar de 1814, han vuelto a aparecer en los periódicos... En el frente oriental vuelven a ganar terreno los austríacos, van tomando un puerto de montaña tras otro y parecen querer descender a la llanura de Galitzia...».

Chindler interrumpió la lectura. «Pero están venciendo, están venciendo... —se dijo varias veces para sus adentros. Luego siguió leyendo—. El *Times* trae la noticia desde Petersburgo de que no solo son austríacos, sino que también los alemanes se han unido en una nueva ofensiva en Galitzia, y los periódicos rusos anuncian los preparativos para la evacuación de Leópolis a la espera de una gran batalla en Galitzia, es decir, encima ya del ejército sitiador ruso, que por el momento domina la plaza fuerte de Przemysl... Están venciendo —repitió Chindler—, están venciendo». Si un desconocido lo hubiera visto así, tal como estaba él sentado, habría tenido que creer por fuerza que Chindler acababa de recibir una noticia terrible, así de desesperada era la expresión de su cara. ¿Es que este hombre no deseaba la victoria de su propia nación sobre los ejércitos enemigos? Por supuesto que Chindler no deseaba nada con tanta vehemencia como eso. Sin embargo, al igual que miles de los mejores hombres de por aquel entonces, le sobrevino con esa perspectiva al mismo tiempo un temor estrangulador. Una victoria del ejército alemán significaba una estabilización de la economía alemana de generales y militares por una duración ilimitada. Eso no debía suceder. En ocasiones, Chindler deseaba antes bien una derrota de los suyos, pero también de esto sentía un pavor comprensible, pues todo el mundo decía que una derrota significaría la completa bancarrota del país vencido, y Chindler lo creía también. ¿Iba a tener que mendigar en los años de la vejez? ¿Entonces es preferible que venzan los Ludendorff y compañía!

«¿Pero qué es lo que quieres en realidad, querido mío? —volvió a hablarse Chindler a sí mismo—. ¿Qué quieres? ¡Dítelo a ti mismo de una vez por todas con absoluta claridad! Quiero el dominio parlamentario... Ah, bueno, ¿es eso

lo que quieres...? Sí. ¿Por qué, pues? ¿Que por qué? ¿Por qué...?». Para esta pregunta se quedó Chindler de repente sin ninguna respuesta. Su formación política no bastaba para reconocer que esta guerra no podía ganarla Alemania militarmente, sino que solo podía concluirse desde la política. Por este motivo, igual que a miles de personas más, lo azoraban esas victorias de tal modo que ya no se le reconocía. También en su mente habían causado una considerable devastación eslóganes como este: «no debe ponerse ningún palo en las ruedas del carro de las tropas en lucha». Sin duda la tarea de los políticos no consistía en poner un palo en la rueda del ejército, pero su deber habría sido impedirle batallar hasta la victoria y la muerte, como estaba sucediendo al fin y al cabo, en una palabra, convertir al ejército de nuevo en lo que es conforme a su naturaleza: un instrumento de la política.

Chindler se levantó, se dirigió al escritorio, leyó lo que había escrito antes de ir a comer y quiso destruirlo en un ataque de rabia cansina; pero se lo pensó mejor, dobló el pliego y lo metió en el cajón. «No se puede hacer nada —volvió a decirse a sí mismo—, las cosas tienen que seguir su curso».

Semejantes esfuerzos de abstracción en los cuales un entendimiento normal intenta comprender relaciones confusas sin la ayuda de experiencias prácticas y de libros importantes cansan a cualquiera. «Vamos a dormir —dijo Chindler, y se dirigió a la puerta. También la reacción posterior fue la usual en estos casos—: ¿Qué me importa a mí todo esto? —se preguntó—: mi deber primero es preocuparme por la familia».

Pronto iba a tocarle ocuparse de esa tarea.

FUE CATORCE DÍAS después. La familia se había sentado para la cena a pesar de que Margarethe no había regresado todavía del hospital.

—Son las ocho y media —dijo la señora Chindler—, comencemos.

Cuando la criada trajo la sopa, entró Margarethe en el comedor, se disculpó con algunas frases pronunciadas en un susurro y se sentó.

—A mi entender —dijo Elisabeth Chindler—, en la organización de un hospital ¡tiene que haber la mayor puntualidad posible!

—Pero estamos en guerra, mamá —respondió Maggie.

La señora Chindler contempló entre los comensales si todo estaba como era debido, y su mirada se detuvo en su hija. La chica había cambiado mucho en las últimas semanas. Había adelgazado, estaba pálida, tenía ojeras y una mueca resolutiva que antes no tenía.

—¿Por qué tienes las manos tan rojas? —preguntó la señora Chindler—. ¿No te las secas después de mojártelas? Te daré una crema... Tienes que pensar que no vas a estar toda tu vida en ese hospital...

Maggie respondió algo cuando un estruendo hizo temblar la casa. En la habitación colindante se oyó ruido de cristales rotos de las ventanas al caer al suelo, una corriente helada recorrió el comedor con rapidez, también aquí se quebraron las ventanas y la corriente de aire gélida se precipitó hacia el jardín. Al mismo tiempo se apagó la luz. La familia estaba todavía paralizada por el susto en torno a la mesa, en la sala a oscuras, cuando una segunda detonación estremeció el aire, al que siguió una tercera, que ya fue algo más débil, y finalmente una cuarta. Theodor Chindler se levantó de un salto y preguntó en la oscuridad si había velas en la casa. Las criadas salieron corriendo de la cocina.

—Pero ¿qué es esto? —gritó Elisabeth de pronto—. ¡Un animal, un animal! Temblando de miedo, el perro había saltado a su regazo.

—Que traigan velas de una vez —exclamó Chindler, pero nadie parecía

moverse. En ese instante, una persona comenzó en la calle a dar unos alaridos y unos gritos tan horribles que apenas podían aguantarse los presentes los nervios, y Hans, el menor de los hijos, se echó de pronto a llorar a pleno pulmón.

—Una explosión —dijo Margarethe—. ¡Tengo que ir inmediatamente al hospital!

—Tú te quedas aquí —exclamó la señora Chindler.

—Déjame, mamá —dijo la chica, a pesar de que nadie la retenía, pues la sala seguía estando tan a oscuras que nadie podía ver a los demás. La persona de la calle volvió a exhalar varios alaridos más; ahora se escuchaban también voces de hombres, y finalmente una voz que exclamó en voz alta y arrastrando las palabras a través de la noche:

—¡Abrid, abrid vuestras casas!

Chindler estaba dirigiéndose a tientas por el pasillo hacia la puerta de la casa cuando la cocinera bajó las escaleras con una vela prendida. Chindler le ordenó que le alumbrara y abrió la puerta de la casa. Aunque había nieve, en la calle reinaba una noche oscura como la pez.

—¡Aquí estamos! —exclamó Chindler.

—¡Bien! ¡Abran! —replicó una voz, y se oyó a alguien dando sacudidas al portón del jardín.

—Ya voy —exclamó Chindler a modo de respuesta.

Entretanto, Therese había colocado algunas velas en la cocina, y la familia se apiñó en torno al fogón mientras varias personas cargaban a un hombre empapado en sangre, y al cabo de un rato a otro más.

—¡Margarethe! ¡Margarethe! —exclamó la señora Chindler—, que sea ella quien ponga las vendas a los heridos. Sin embargo, no había manera de encontrar a Maggie por ningún lado. Había regresado a toda prisa al hospital, sin sombrero ni abrigo, tal como estaba. Finalmente, la señora Chindler misma se arrodilló y comenzó a vendar a los heridos auxiliado por las criadas.

—Este debería estar con un médico —dijo ella.

—¿De dónde sacamos un médico —dijo un desconocido de los que habían traído a los heridos— ahora que media ciudad está en ruinas?

—¿Qué ha sucedido realmente? —preguntó Chindler.

—Dicen que la fábrica de Waßmann ha saltado por los aires.

—La guerra se nos acerca cada vez más —dijo Chindler.

—Ahí ha dicho usted la verdad —dijo una mujer que estaba sentada en una de las sillas de la cocina.

Leopold arrastró dos colchones hasta la cocina. Una vez acostados los heridos con precaución, la mujer contó que estaban circulando por la calle en su automóvil ella, su marido y su cuñado cuando de repente sonó un estampido y acto seguido una tremenda onda expansiva arrojó su vehículo contra el muro. Cuando hubo dicho esto, puso los ojos en blanco y se cayó desmayada de la silla.

—¡Ahora ya son tres! —dijo la señora Chindler. A continuación envió con una orden enérgica a la cama a los niños, quienes obedecieron a regañadientes, acostó a la mujer en un sofá del despacho de su marido y regresó a la cocina para estar al tanto de los heridos. Al amanecer, cuando ya había vuelto la luz, llegó también un médico. Chindler, que se había ido a dormir, bajó para preguntar qué había sucedido en realidad, pero el médico le explicó que estaba obligado a guardar silencio. Tampoco apareció ni una sola palabra en el diario matutino, y no fue hasta la noche cuando Chindler pudo decirle a su esposa que, efectivamente, la fábrica de Waßmann había saltado por los aires. Fuera de los recintos de la fábrica, los daños no habían sido especialmente grandes; pero dentro de la fábrica había habido muchos muertos y heridos.

Margarethe no vino a casa a la hora del almuerzo; en su lugar vino un soldado por la tarde con una carta de ella para sus padres en la que explicaba que no podía actuar de otra manera, que tenía que quedarse todo el tiempo en el hospital porque había mucha necesidad y mucho sufrimiento y una enorme carencia de personal cualificado.

—Déjala ir —dijo Chindler, y Elisabeth se resignó, pero decidió preocuparse ahora con mayor energía por los dos varones más pequeños para educarlos como cristianos católicos, devotos y obedientes.

LA PRIMERA TAREA que se propuso la señora Chindler fue la de cortar la que para ella era más que sospechosa amistad de su hijo Leopold con Balthasar Vierling, un año mayor que él. Ya en el primer encuentro encontró desagradable a esa persona. Su traje de color azul marino era excesivamente elegante para un escolar; su cara era arrogante; su boca, falsa; y el hecho de que llevara incluso un clavel blanco en el ojal le pareció a Elisabeth Chindler tan pueril que con gusto le habría arrancado la flor.

Vierling se apercibió de que la madre de su amigo lo miraba con desconfianza; volvió a colocar juntas las piernas que tenía colocadas una sobre la otra, se enderezó todo tieso en la silla, elogió el estilo sencillo y, sin embargo, ejemplar de la casa Chindler y finalmente llegó tan lejos como para atreverse a piroppear a la misma señora Chindler. «Cuando alguien como yo — dijo él —, llega a un colegio nuevo y contempla por primera vez en el recreo el enjambre de los compañeros, enseguida ve de una manera casi física la presencia de una madre junto a cada uno de esos muchachos. Algunas de esas mujeres son un poco descuidadas, y se ve en los muchachos por los dientes mal cepillados y por los comentarios impertinentes que hacen, que son el resultado de una vida disipada. Otras son demasiado severas y entonces se ve a los muchachos tímidos, demasiado mayores para su edad y demasiado jóvenes para su palidez. Así me sucedió la primera vez que vi a mi amigo Leopold. ¿Quién habrá educado a este chico?, pensé yo cuando vi esa cara apasionada y, sin embargo, tan pura... pero prefiero parar aquí, pues Leopold todavía es demasiado joven para poder soportar las verdades agradables».

La señora Chindler se quedó estupefacta. En su vida había oído hablar a ningún escolar de esa manera. Su primera reacción fue considerar lo dicho una bobada y una pesadez. Pero le había sonado agradable a los oídos, y como le pareció que había tanta verdad en esas palabras, acabó por sonreír. La frase: «la cara de Leopold era apasionada y, sin embargo, pura» no la pudo olvidar

en mucho tiempo. Se la escribió a su hijo Karl, en el frente, y añadió el comentario de que le había gustado mucho.

La respuesta de Karl iba a cambiar algunas cosas. «Llevo viendo con estupor desde hace bastante tiempo —escribió él—, que en casa estáis comenzando a perder el sentido de la realidad. Me parece que estos tiempos son demasiado serios como para disfrutar de semejantes comentarios de un soñador ampuloso (por tal tengo a ese V. por su comentario). Además, frases como esa poseen siempre la característica común de que no resisten una primera reflexión seria. Una cara, o bien es apasionada, o bien es pura; esos dos atributos no van juntos (¡¡compara aquí la vida de san Agustín, quien en la época de sus yerros era apasionado, pero que después de su transformación fue puro!!). En lo que se refiere a Leopold, espero que su cara no sea ni a. ni p., sino infantil (y pueril), tal como corresponde a su edad». Esta carta dejó consternada a la señora Chindler. «Cuánto necesito yo, pobre mujer, la experiencia de mis hijos mayores —se dijo a sí misma—. Si esta guerra me los quita, me lo quitará todo entonces, todo».

Apenas fue capaz de aguantar la espera del próximo sábado para hablar con su confesor.

—Mi opinión es ésta —dijo el clérigo cuando ella le hubo puesto al tanto del caso—: en la edad adolescente de su hijo Leopold, una cara puede ser apasionada y pura; la escisión no se produce sino más tarde, cuando la persona se hace adulta. Pero de todas formas, ¿sobre qué estamos debatiendo? Según tengo entendido, el escolar Vierling no es católico. ¿Para qué mantener ningún trato con él?

Elisabeth susurró que Leopold no tenía un solo compañero católico en su curso. El cura replicó que incluso el trato con su hermano podía ser suficiente para un hermano.

Elisabeth abandonó el confesionario tan confusa como cuando llegó. Sabía que su marido deseaba que sus hijos se relacionaran con sus compañeros de clase. Así pues, no había nada que hacer en ese sentido. Después de rezar durante un buen rato, salió de nuevo a la calle y, por consiguiente, a aquel mundo maligno que ella trataba de cambiar en vano.

La calle de enfrente de la iglesia era ancha, con árboles plantados y mal iluminada. La población católica lo tenía por una cortapisa del alcalde

socialdemócrata; en realidad, todas las calles estaban mal iluminadas porque los concejales burgueses se oponían testarudamente a cualquier mejora de la iluminación en los barrios proletarios, razón por la cual los socialdemócratas rechazaban cualquier mejora en otros barrios. La señora Chindler volvía a suspirar una vez más sobre aquella peligrosa oscuridad cuando, de repente, a unos cien pasos delante de ella divisó a su hija del brazo de un hombre a la luz de un escaparate iluminado. Tuvo un susto tan violento que se vio obligada a detenerse. Margarethe llevaba un abrigo gris por encima de su uniforme de enfermera, y ya fuera porque el abrigo le quedaba demasiado grande o porque había engordado de verdad, el caso es que la señora Chindler vio por primera vez que su hija tenía de pronto la espalda, las caderas plenas y el paso de una mujer, no ya el de una muchacha.

LA PAREJA SE detuvo también, y el hombre, una persona flaca, huesuda, que iba con uniforme y se apoyaba en un bastón, soltó el brazo de Margarethe. Pareció haber dicho algo, pues Margarethe se echó a reír con ganas, «con mucha alegría», pensó la señora Chindler, de modo que una mujer mayor que pasaba tuvo que describir una curva al tiempo que los miraba con sorpresa; luego ella volvió a agarrar el brazo del desconocido y los dos se dirigieron por el terraplén a una calesa que estaba parada en la esquina. Ahora echó a correr también la señora Chindler todo lo rápido que podía, pero cuando llegó al cruce de la calle la pareja ya se había montado en la calesa y se había marchado de allí.

«Ya sabía yo —pensó la señora Chindler—, que eso de los cuidados era algo que tenía que ver con hombres, ¡eso ya lo sabía yo!».

Todas las familias llegan a un punto en el que se disuelven. Las hijas se casan, los hijos van por su propio camino y los padres se quedan atrás solos. También la familia Chindler estaba acercándose a ese punto.

Elisabeth temía esa disolución, pues su familia no solo era su propiedad, sino también su obra. Ella lo había levantado todo y vigilaba que lo comenzado siguiera discurriendo por la vía correcta. Su marido (y esto era algo seguro para Elisabeth Chindler) era una persona excepcional, que debido a su actividad política estaba fuera mucho tiempo y que necesitaba de cuidados. Además, ella medio le tenía miedo y medio lo admiraba porque era devoto, intachable en su forma de vida y con prestigio, y todo eso era lo que ella esperaba. Pero ¿y los hijos? Karl, el mayor, el más cercano a ella, escribía en sus cartas comentarios tan cínicos sobre la guerra y en ocasiones tan henchidos de odio hacia las irregularidades en el ejército, concretamente en los círculos de los oficiales de mayor graduación, que ella se temía lo peor. A ella la guerra le daba en el fondo lo mismo, pero sentía miedo por la carrera profesional de su hijo. Con tales opiniones, ¿podría seguir haciendo carrera?

«Tiemblo a veces, querido hijo —le escribió ella—, cuando leo tus cartas. El hecho de que el príncipe heredero tenga un mono, tal como me escribes, y, además, un sirviente con galones dedicado a ese animal no es una cosa que esté bien, seguro que no. ¡Pero piensa en las consecuencias que podría tener para ti y para tu vida que una carta como esa fuera a parar a manos equivocadas! No sé lo que se hace en un caso así con un oficial, solo me imagino que estarías perdido y, contigo, mi alegría de vivir».

«Me alegra poco —escribió Karl de vuelta—, que tengas miedo al leer mis cartas. Mi cabeza, que alberga semejantes pensamientos, ahora es la diana de los francotiradores ingleses, y me permito lo que me viene en gana».

«Se exige demasiado de las personas —pensó Elisabeth—, ¡eso las hace rebeldes!». Ernst se había vuelto más introvertido y callado desde el comienzo de la guerra. En este caso, Elisabeth echaba toda la culpa a Lilli, a la que detestaba. Pero como no podía hablar con nadie acerca de ello, excepto con su cuñada, quien siempre, como un loro, opinaba igual que ella, se comía sola y para sus adentros esa preocupación. Y ahora, ¿iba a perder también a su única hija? Ella se había metido en la cabeza entregar a la chica solo a un hombre que ella conociera a la perfección. Y Maggie iba ahora del brazo, en plena calle, de una persona a la que ella no había visto nunca.

Elisabeth Chindler caminó despacio hasta casa, se sentó en su habitación y esperó el regreso de Maggie del hospital para hablar con ella. Pero justo esa noche tuvo lugar aquella explosión, y Margarethe ya no regresó luego a casa.

En cambio, a la mañana siguiente llegó una carta de Karl en la que se quejaba de que no había recibido respuesta a su comentario sobre el escolar Vierling. «Quiero llamar la atención sobre el hecho de que esa persona —escribió él— «¡podría tener algunas tendencias no naturales, y solicito tu opinión al respecto!». Cuando Theodor Chindler leyó la carta de su hijo, se enojó mucho.

—¿Quién es el padre? —gritó—. ¿Karl o yo? ¡Él que haga su guerra! ¡A mis hijos los educo yo!

Pero esa espina quedó ahí clavada, y Elisabeth comenzó a recabar informaciones sobre Balthasar Vierling.

HABÍA VUELTO EL frío otra vez, y Leopold Chindler se dirigía a la pista de hielo con sus patines bajo el brazo. En la esquina de la calle había un anciano intentando encender la farola con una vara larga. Sus movimientos eran tan torpes que fracasaba una y otra vez en sus intentos. Leopold lo contempló y pasó de largo. Al subir por un pequeño terraplén, oyó jirones de música y el griterío que llena todas las pistas de hielo. Satisfecho con ese ruido que él adoraba, y con la esperanza feliz de volver a ver a la chica en la que pensaba, dio un salto en el aire y se echó a correr hacia la pista. Se calzó los patines mientras acechaba entre el gentío que se movía incesantemente. No tuvo más remedio que reírse de un niño que se cayó de bruces, se encendió un cigarrillo después de cerciorarse de que no había ningún profesor cerca y se levantó. Los patines estaban bien asegurados. Trazó dos triples en el borde de la pista y a continuación se abalanzó al centro, en donde sonaba la música.

En una ciudad pequeña se conoce todo el mundo.

—Ese es el jovencito Chindler —dijo la hija de un maestro a su amiga.

—¡Ese mono no mira ni a la derecha ni a la izquierda!

—Se ha hecho amigo de ese tal Vierling. Hace poco los vi a los dos por el parque, imagínate, ¡iban abrazados como si estuvieran flirteando!

—¡Pero qué dices!, ¿cómo van a andar dos chicos flirteando!

—Por eso me reí también cuando vi que ese Vierling rodeaba con su brazo los hombros de Chindler, ¡como si llevara a una chica de paseo!

Leopold se deslizó patinando por el lado de la orquesta hasta el final de la pista, en donde había un bosque oscuro bajo la luz amarillenta del cielo crepuscular. Desde cerca se veía que entre el hielo y el bosque había una franja de hierba; desde lejos, el bosque parecía ascender desde el hielo, lo cual producía un efecto imponente.

El punto de encuentro estaba vacío, solo había algunos niños arrojándose bolas de nieve. El muchacho miró a su alrededor. La música había comenzado

a sonar de nuevo, y una gruesa hilera de patinadores daba vueltas en torno a la glorieta en la que estaban sentados los músicos de la banda soplando en sus instrumentos de viento. Una pareja venía acercándose lentamente hacia él. Leopold hizo una visera con las manos y reconoció a Else, a quien él había estado esperando. Patinó a su encuentro y la saludó.

—Te he visto llegar —dijo la chica—, pero hoy no dispongo de tiempo porque tengo que darle una clase a mi hermano.

Leopold contempló al chico torpe que estaba junto a su guapa hermana con un traje pobretón. Sus patines, piezas oxidadas heredadas de algún miembro de la familia, le venían demasiado grandes y estaban mal atornillados.

—¡Qué pena! He venido aquí por ti.

—Tu hermana está patinando —dijo la chica.

Leopold no sabía que Maggie patinara.

—Acompaña a un herido sentado en un trineo —dijo el hermano de la chica.

Molesto por la excusa tonta de su amiga, Leopold se despidió y, avanzando despacio adrede, se deslizó al centro de la plaza para mostrarle sus artes a ese pesado principiante, que lo admiró con la boca abierta.

A Maggie no se la veía por ninguna parte; en su lugar se encontró con Vierling, que estaba sentado en el pabellón de madera hablando con los músicos. Tenía completamente roja la nariz larga, sobre la cual se hacía todo tipo de burlas en la escuela, y también tenía muy enrojecida toda la parte central de la cara. Leopold se dio cuenta enseguida, pero también vio algo más. Vierling se había hecho confeccionar un chaleco de piel. Además llevaba unos guantes de piel y en la cabeza una gorra grande de piel, de modo que en realidad tenía el aspecto de una mujer, al menos por arriba, mientras que por abajo tenía embutidas sus piernas largas en unos pantalones finos de color azul. Con cualquier otra persona, Leopold habría hecho algún comentario sobre esas pintas, en su opinión, ridículas, pero Vierling llevaba esa indumentaria con tanta seguridad y naturalidad que resultaba difícil burlarse de él porque no quedaba otro remedio que admirar su impasibilidad.

—Este es mi amigo —dijo Vierling al músico al tiempo que se quitaba el guante derecho para darle la mano a Chindler—, el alumno más guapo y talentoso del triste acuartelamiento en el que el cuñado de usted ejerce el

fatigoso oficio de bedel...

Leopold se enfadó, mientras que el músico prorrumpió en una carcajada sonora.

—Todavía no he acabado, señor Schloßmann —prosiguió Vierling—. El señor Chindler acaba de recibir calabazas de su chica porque tiene que llevar por encima del hielo a un enano feo del que dice que es su hermano. Ahora ya lo sabe usted todo.

—¿Has visto a mi hermana? —preguntó Chindler, mientras el músico seguía partiéndose de la risa con las manos en la barriga.

—He visto a todos mis enemigos —respondió Vierling—. Me has dejado dos horas esperándote y he aprovechado esas largas horas para admirar a la señorita Else, que hoy no puede utilizarte, y para observar a la señorita Chindler, que te me arrebatará en breve.

—¿Dónde está?

Vierling saltó de la tarima, se cayó y se quedó sentado sobre el hielo cubierto de nieve.

—Exiges demasiado de mí —dijo con una entonación completamente desfigurada—. Sé hacer muchas cosas, ¡pero no sé apartarte de mí! —Chindler se agachó y ayudó a levantarse al pesado joven—. ¡Ay! —dijo Vierling—, el roce de tus brazos ha vuelto a dejarme ahora sin voluntad. ¿Me dejas ir a tu lado donde está tu hermana, o me ordenas que vaya detrás de ti para señalarte el camino con algún que otro comentario pronunciado entre susurros?

—¿Sabes —dijo Chindler en voz baja— cómo se le dice en nuestra ciudad a una persona que habla como tú?

—Me temo lo peor —respondió Vierling—. Y es que sé que esta ciudad es una de las poblaciones más vulgares que hay.

—Se le dice: «Ese le da al pico de lo lindo».

—Si supieras qué fea se te ha puesto la boca cuando has pronunciado esa frase. ¡Qué poco has aprendido en este triste acuartelamiento! Lessing, Herder, Schiller, Goethe, todos vivieron en vano en pro de una estirpe que ahora crece y siente vergüenza de diferenciarse de los animales por el lenguaje.

—¡Tú no hablas, dices bobadas! —dijo Leopold airado.

—¡Ven acá! ¡Ve allí! ¡Buen día! ¿Qué tal?... Así ladran los perros. Perdóname que no sea yo ningún perro. Perdóname que no ladre. ¡Ay, ojalá se

podiera enseñar a hablar a nuestros adolescentes! Hölderlin se volvió loco por ese motivo.

Leopold oyó una voz, se dio la vuelta y divisó a una enfermera. Estaba junto a un trineo, en el que estaba sentado un hombre de quien resultaba difícil adivinarle la edad. Llevaba una barba que le hacía parecer más mayor de lo que era, pero tenía unos ojos de un azul tan claro que se le habría tenido por un zagal de no haber tenido barba.

—Este es mi hermano Leopold —hizo Maggie las presentaciones—, y este es el señor Koch.

El hombre del trineo sacó con gran esfuerzo una mano de debajo de la manta en la que estaba envuelto y se la tendió a Leopold mientras lo miraba fijamente, con unos ojos especiales y una mirada breve y punzante. A continuación giró la cabeza y le dijo a Vierling:

—He oído por casualidad lo que ha dicho antes. ¡Tiene usted toda la razón! Si nuestro pueblo supiera hablar, comenzaría también a pensar, pues no se aprende a hablar pensando, sino a pensar hablando. ¿Y qué creen ustedes, jóvenes? ¿Qué sucedería si los que están en las trincheras comenzaran a pensar?

—Cosas terribles... —dijo Vierling, y se le veía en la cara que creía en lo que acababa de decir.

—¡Ah! ¿Es usted uno de esos? —dijo Koch—. Desea que anden a tiros allá para que aquí pueda patinarse sobre el hielo sin molestias, ¿no? ¡Pero no se os hará ese favor, se comenzará a pensar! Se comenzará...

El abrupto acceso de ira de aquel hombre tenía algo de aterrador. Koch se había vuelto tan pálido por la agitación que Maggie se olvidó por un instante de toda cautela, se inclinó sobre el herido y le susurró que hiciera el favor de no turbarse, pues qué importancia podía tener la cháchara de un escolar. Koch le apretó la mano en señal de agradecimiento, se recostó en el trineo y le rogó que lo condujera a casa porque se estaba muriendo de frío.

—No puedo soportar a esas personas —dijo Vierling cuando los dos escolares se quedaron atrás solos—, apestan a tierra, y su cerebro está vacío de sangre pero lleno de exasperación. Las personas exasperadas son débiles, pero odiosas. Hay que releer lo que dice Nietzsche acerca de las personas débiles.

Leopold permaneció callado. Meditó sobre el incidente y se enfadó con Vierling.

—Has ofendido a un herido, eso es indecente.

—No, no, te he ofendido a ti, y eso es mil veces peor. Ven, te lo ruego, ven, ¡vámonos de este espantoso ajeteo! Te he estado esperando durante demasiado tiempo, eso me pone siempre enfermo, me irrita. ¡Perdóname! Sé que te he ofendido.

Leopold le dio la razón. En la calle oscura, Vierling pasó su brazo por los hombros de Chindler, pero Leopold lo rechazó.

—Deja eso —dijo sucintamente.

—Me haces esperar —dijo Vierling—, aunque sabes que yo no cuento las horas ni los minutos, sino los segundos de un segundo. Entonces llegas tú, pero no eres tú quien llegas sino tu mundo viene por fin, la bola de cristal en la que vives. Estás ante mí, pero mientras yo, loco de mí, espero que tú te alegres de verme, tu cara de enfado delata que estás pensando en una chica desconocida. Por fin se ilumina tu cara con un poco de alegría, voy a dar un salto en el aire por haber conseguido alegrarte, y entonces ¡es la llegada de tu hermana la que te pone contento!

Leopold sonrió; Vierling lo había caracterizado bien.

—Eres un patriota, lo sé —prosiguió Vierling—. Amas a Alemania, estás orgulloso de tus hermanos en el frente, y de tu padre, que participa en el gobierno de una manera que me resulta enigmática. (Leopold asintió con la cabeza.) Dejemos a un lado mis sentimientos, que esta tarde andaban un poco congelados, y cuando comenzaban a derretirse bajo tus ojos, los destrozó el hacha de la cólera de esa persona... ¿Qué es Alemania? ¡Ojalá pudieras decírmelo!

Chindler permaneció callado, y Vierling se detuvo ante una acacia cubierta de nieve.

—¿Es esto Alemania? ¿Este árbol? —preguntó—. Tengo la sensación de que las ramas se ríen cuando me oyen preguntar así. —Vierling abrazó el tronco del árbol—. Lo abrazo —prosiguió—, pero el árbol responde que él crece también en cualquier otra parte. ¿Es esto Alemania? ¿O es Alemania ese káiser que pronuncia discursos tan ridículos y que se acuesta con esa Auguste pechugona?

—El ejército es Alemania —dijo Leopold.

—¿Quién es, pues, el ejército? ¿Esos oficiales estúpidos que todo lo desprecian y que no saben nada? ¿Esos suboficiales para quienes una persona se compone únicamente de un trasero en el que penetrar? ¿O esos trabajadores que en la actualidad son soldados, que parecen conejos destripados cuando se cuadran?

—Todo eso podría verse también de otra manera —dijo Leopold.

—Pero sería decir igual de poco —respondió Vierling.

Pasó al lado un soldado entrado en años al que se le veía con claridad que en su vida civil tenía la profesión de contable o de funcionario de Correos.

—Si a este hombre se le pregunta: «Díganos, por favor, ¿qué es Alemania?», o bien te sacude una en los morros o no toleraría tal perturbación del orden público. ¡Eso es Alemania!

—¡Reaccionaría así porque tú le formulas una pregunta para la que él querría tener una respuesta!...

LOS DOS ESCOLARES habían llegado frente a la casa de Vierling. Leopold iba a despedirse, pero Vierling lo retuvo.

—No te vayas todavía. Acabas de llegar hace muy poco.

Pero Leopold quería irse a casa. Vierling estaba al borde de la desesperación cuando se le pasó por la cabeza algo que podría retener al chico al menos durante un rato.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo, y enseguida se dio cuenta de que su especulación sobre la curiosidad de Chindler había sido acertada.

El cuarto del escolar Vierling en el que entraron ambos estaba muy caldeado. Vierling se quitó el chaleco de piel y Leopold vio que debajo llevaba un jersey azul de una lana muy fina.

Vierling había estado observando a Leopold.

—¿Te gusta el jubón? —preguntó—. Toca la lana. —Agarró la mano de Leopold y la puso sobre el jersey, justo por encima de su corazón—. ¿Sientes mi corazón? —preguntó.

Leopold retiró la mano. Le resultaba desagradable todo contacto físico, ni siquiera le gustaba que le tocara su madre, y las únicas personas a las que él abrazaría con gusto eran las chicas de las que estaba enamorado en ese momento. En los últimos tiempos ya no le agradaba estar a solas con Vierling en una habitación.

Vierling se quitó los zapatos y se calzó otros de tacón. Leopold, que no podía soportar la visión de los pies en medias, se giró y se puso a contemplar la estantería de libros de su amigo. «Se quiere marchar —pensó Vierling—. ¿Cómo puedo retenerle? ¿Me echo encima de él? ¿Le quito la ropa? ¿Me lo juego todo a una carta? No, no, entonces seguro que lo pierdo».

Leopold había sacado un libro del anaquel.

—¿Está bien este? —preguntó—, *La alfombra de la vida* de George.

Vierling no quería hablar ahora de libros.

—¿Continúas amando a tu cuñada? —preguntó él—. ¿Os escribís a menudo?

Leopold no respondió. Vierling tenía la desconcertante costumbre de llamar a las cosas por su nombre, sin rodeos, cosas que Leopold ni siquiera osaría confesarse a sí mismo. La educación de su madre lo había convertido en una persona tan prudente que incluso repudiaba sus propios pensamientos cuando le parecían peligrosos.

—¿Y qué me dices de tu cuñado? —prosiguió Vierling.

—¿De quién hablas? —preguntó Leopold desconcertado.

—¿No has visto que tu hermana ama a esa persona que me ha abroncado tan estúpidamente?

—Ese no es ningún oficial —dijo Leopold.

Vierling se desternilló de la risa en su sillón.

—Mientras una persona contempla los ojos de otra, tú te dedicas a mirar la charretera del desconocido...

Leopold permaneció imperturbable. Le daba lo mismo si Vierling se estaba burlando de él o no. Sin embargo, el asunto con su hermana le interesaba.

—¿Crees de verdad que ella lo ama? —preguntó.

—Todo el mundo ama —respondió Vierling—. Tú eres el único que no.

—¿De dónde sacas la conclusión de que ella lo ama?

—¿Por qué te interesas tanto por lo que se dice y tan poco por quien lo dice?

Leopold estampó el pie contra el suelo.

—¡Dime de una vez por qué se te ha ocurrido que Maggie ama a ese soldado!

—Si no fueras tan jovencito sabrías que no puedo describir el amor de una mujer. ¿No lo entiendes?

—¡No!

Vierling se levantó.

—Si te creyera ese «no», tendría que extraer la conclusión de que todos mis esfuerzos en mis relaciones hacia ti han sido en vano. ¡De verdad! ¡A veces podría creer eso! Tú... Leopold... dime... ¿por qué vienes aquí conmigo? ¿Qué es lo que buscas realmente?

Leopold se asustó por la aspereza con la que había hablado Vierling, pero

al mismo tiempo se indignó y se volvió arrogante.

—Hablas de un montón de cosas que no entiende nadie —dijo él—. ¡Ahora voy a irme y tal vez ya no regrese nunca más aquí!

Vierling se encorvó de pie y se llevó ambos puños a los oídos mientras su boca se desfiguraba y sus ojos se cerraban. Leopold ya se había aproximado a la puerta cuando vio al amigo en esa extraña postura. No sabía si lo que estaba contemplando era puro teatro o auténtico dolor, y se detuvo indeciso. Vierling volvió a erguirse, se precipitó sobre el muchacho, lo abrazó (era una persona muy fuerte y Leopold se vio en sus brazos como un pez en el puño de un pescador) y le cubrió la cara de besos.

—¡Deja eso! —repitió Leopold, pero Vierling no estaba al tanto.

—Yo soy quien tiene la culpa —dijo Vierling con su voz ronca—. Pero es que he sufrido mucho. Esos idiotas se creen que no se puede sufrir con diecisiete años. Me destroza el sufrimiento, pero a veces no quiero destrozarme, todavía no, todavía es demasiado pronto para que una persona arruine su vida ahora ya. Solo tú puedes salvarme, pero sé que no puedo decir eso, sé que tú no tienes que enterarte de ningún modo. A ti te han creado para tareas completamente distintas a la de salvarme. Solo quiero que estés aquí. Cuando estás conmigo, yo sano, y entonces ese vislumbre de felicidad que solo se me concede a mí comienza a sanarme. Piensa que hoy estoy enfermo, y vuelve a olvidarlo. Eres tan bello, y yo estoy loco al mostrarme a ti cuando la desesperación me ha desfigurado. Cuando vuelvas mañana...

—... mañana no podré —dijo Leopold, que había prestado una atención sobria.

Vierling apretó los dientes. Durante unos instantes habría querido desmembrar esa cara que tenía enfrente con una mueca imperturbable. Pero se contuvo.

—No importa nada, casi nada —dijo en voz baja—. Entonces te vienes pasado mañana.

Leopold se alegró de que su amigo fuera tan comprensivo y le tendió ambas manos como despedida. Mientras regresaba a casa al trote, estaba orgulloso y contento de su amistad con Vierling, de la que nadie en el mundo tenía la menor idea de lo especial y misteriosa que era.

Vierling se quedó de pie, junto a la ventana, con la frente pegada en el

cristal frío, y siguió con la vista al muchacho hasta que este desapareció.

ES EL MOMENTO de decirle al lector algunas palabras sobre las relaciones de los dos adolescentes, que ya ha tenido ocasión de observar durante un tiempo.

Cuando irrumpió la guerra, la escuela a la que iba Leopold tuvo que dejar ir al frente a algunos maestros. Para las sustituciones se volvieron a contratar a maestros que ya estaban jubilados, entre ellos el matemático Vierling, el padre de Balthasar Vierling. Esta persona, tan excelente en las matemáticas y tan desvalido como pedagogo, no sabía cómo mantener la disciplina en sus clases. Solitario y evitado por sus colegas por su ciencia incomprensible, Vierling vivía del mal sueldo que un maestro recibe en nuestro país, hasta que un buen día se casa con una jovencita, hija de un pastelero rico. Entonces se construye una casa, la amuebla con gusto y cree poder atraer así a sus colegas con las agradables veladas que ofrecía su esposa. Craso error. Al desprecio se le añadió la envidia. Se hablaba de su esposa, y sus vestidos causaban un enojo tal que las esposas de los otros maestros explicaban que ya no tendrían trato con esa persona porque la señora Vierling se ponía adrede vestidos caros para hacer parecer raídos sus viejos trapitos. Vierling se siguió arrastrando durante algunos años más en su puesto, al cual estaba apegado con obstinación, hasta que el ministerio intervino y el hombre se jubiló. Vierling se mudó a una aldea y se encerró en sus estudios, mientras que su esposa educaba a Balthasar, hijo único. En septiembre de 1914 Balthasar se trasladó al centro en el que su padre había trabajado en otro tiempo. Ya su primera aparición causó revuelo. La clase en la que colocaron al adolescente de dieciséis años tenía que escribir durante dos horas una redacción en alemán. Vierling entregó su cuaderno transcurrida una hora y se fue a pasear el resto del tiempo. Cuando el profesor devolvió los cuadernos y dio lectura a las notas, explicó que la redacción de Vierling era tan sobresaliente que no la había calificado. Exhortó a Vierling a que la leyera a sus compañeros de clase. Vierling se levantó de su asiento y leyó su trabajo en voz alta. Todos se sorprendieron de que empleara

largas citas de Nietzsche, Fichte y Hölderlin, a quienes no conocía nadie en la clase. Se había colocado la primera piedra de su fama; el primero de la clase tuvo que cederle su sitio.

Leopold pasaba por una inflamación de la garganta en esa época. Cuando regresó a la escuela, todo el mundo hablaba de ese tal Vierling, de su redacción, de sus elegantes trajes y de su conducta arrogante. A Leopold le preocupó poco aquello. Unos días después se encontraba él una tarde en la piscina municipal, y estaba a punto de secarse cuando se corrió la cortina de su cabina, volvió a cerrarse con toda rapidez y entró Vierling. Chindler se asustó y se tapó con su corta toalla, pero Vierling se la retiró, se sentó en la pequeña banqueta, contempló al muchacho y lo piropeó de tal manera que Leopold se quedó medio atónito y medio encandilado. Luego se fueron a casa en sus bicicletas y antes de separarse quedaron en dar un paseo con las bicis por el bosque al día siguiente.

Hasta ese día, el bosque que se iniciaba por detrás de la pista de hielo cercana a la ciudad era para Leopold un montón de árboles por los que pasaba una senda por la que iban a caminar de vez en cuando los miembros de la familia Chindler; a veces llegaban hasta un pequeño local, «La bodega de Rudoli en las rocas», donde comían pasteles, pero a veces se daban también la vuelta antes y recorrían el mismo camino hasta casa por el que habían venido.

Aquel día esto cambió. Vierling conocía cada árbol y cada arbusto. Recogía las florecitas que Leopold hasta entonces aplastaba con el pie sin prestar atención, se las enseñaba al amigo y le explicaba su belleza concreta. Leopold estaba sorprendido y entusiasmado. En casa hablaban a lo sumo de rosas y de claveles, pero nadie hablaba de estas otras flores.

Pero no solo eso. El contradictorio estado en el que vivía afligía a Leopold. La zanja entre la escuela y la vida que había que saltar cada día se fue haciendo cada vez más ancha y más profunda. En casa se hablaba de la guerra, ya en un tono deprimente cuando alguien traía malas noticias, como por ejemplo cuando se mencionaba los nuevos e imponentes ejércitos que los rusos estaban a punto de formar por detrás de sus líneas, ya en un tono entusiasta cuando el oficial adjunto del Estado Mayor comunicaba una nueva victoria. En la escuela aprendían cosas rancias a las que los escolares prestaban cada vez menos atención y que ya por este motivo entendían cada

vez menos. Ahora bien, Vierling transformaba con unas pocas frases esas materias rancias en lecturas vivas.

—Nos están engañando —dijo una vez—. Los germanos no eran todos como los describe Tácito, ni mucho menos. No debes olvidar que los libros que nos dan ahora para leer fueron escritos en su momento por escritores. Ese Tácito pretendía avisar a los militares romanos del peligro que suponían los germanos, ¡igual que ahora se nos describe en los libros acerca del peligro que suponen los ingleses!

Leopold escuchó boquiabierto y comprendió con rapidez.

—¿Y Cicerón? —preguntó.

—Cicerón —respondió Vierling— fue un abogado, viejo, mentiroso, pero con mucho talento. Nos hacen creer que Catilina fue un hijo de puta, pero este asunto podría verse de otra manera también si los profes quisieran aplicar la frase que emplean ellos: *audiatur et altera pars!*

—¿De dónde sabes eso? —preguntó Leopold.

—Reflexiono, leo en la enciclopedia o pregunto a mi padre, que, aunque viejo, es muy útil para ciertas cosas.

Leopold no tenía a nadie a quien poder preguntar. De su padre corría el rumor de que estaba tan ocupado en la política que no había que molestarlo para nada. En verdad, la cosa era que Theodor Chindler se había preocupado un poco por la educación de sus hijos mayores y que ahora ya no tenía ese interés por los más pequeños. Había días, y no eran precisamente pocos, en los que iba a su biblioteca, sacaba las obras de los clásicos y comenzaba a leer. Sin embargo, si se le hubiera dicho que podría hablar con su hijo sobre sus lecturas, él habría respondido: «Que aprenda, todavía no puede entender esto». La señora Chindler entendía algo meramente mecánico en el término «aprender», pero esto no en el sentido de los chinos que se entrenan mediante la repetición de ejercicios hasta que el cerebro flexibilizado se vuelve él mismo activo, sino en el sentido anticuado de aquel que hace los ejercicios a causa del profesor con el objetivo de sacar una buena nota e ir abriéndose camino de nota en nota en su carrera, igual que un mono va saltando de rama en rama. Estar arriba lo es todo.

Así pues, Leopold Chindler era lo que se denomina un «buen escolar», un muchacho con un entendimiento claro, pero un cerebro en el que no se

procesaban las diferentes impresiones. Balthasar Vierling fue su primer maestro. Sin embargo, no sería correcto decir que Vierling fue un maestro intachable en todo sentido (si bien hay que preguntarse si eso existe realmente). Vierling tenía que lisonjear a Leopold más de lo debido para retener a ese chico terco y para atraerlo lentamente hacia él. Y es que Chindler entrevió pronto que ese tipo de amistad como la que mantenía con Vierling era algo prohibido.

Cuando los dos habían caminado lo suficiente por el bosque, Vierling persuadía a su amigo para tumbarse un poco en la hierba, y cuando estaban los dos tumbados uno al lado del otro, él le ponía el brazo encima y le daba besos. A Leopold eso le parecía desagradable y superfluo. Pero si se resistía con demasiada energía, se daba cuenta de que Vierling se molestaba, y entonces temía, mucho más de lo que se imaginaba Vierling, perder a ese amigo interesante. Eso no era lo que él quería, y por ello soportaba toda esa «besuconería», como lo llamaba él, e intentaba evitarlo según se terciara. Lo estimulaba tener un amigo que era tan peculiar. Lo halagaba lo especial de esa relación, que él ocultaba prudentemente a todo el mundo. Los cumplidos de Vierling eran una bendición. Le gustaban. Vierling quería más, quería, tal como se decía en su lenguaje, poseer por completo a su amigo, es decir, seducirlo, pero no se atrevía. Leopold era todavía muy ignorante en esa materia, y tenía miedo de que el chico pudiera organizar un escándalo.

Al principio intentó separar a Chindler por lo menos de las chicas de las que él iba detrás. Pero tampoco consiguió esto. Leopold no entendía en absoluto lo que Vierling quería realmente de él. En la creencia de que Vierling no sabía reconocer el valor de la chica que Leopold adoraba en ese momento, le describía los encantos de la chica en cuestión con unos colores tan cálidos que Vierling pugnaba con desesperación con la decisión de romper su amistad con Chindler, pero finalmente, atrapado por las descripciones, cerraba los ojos al tiempo que se convencía a sí mismo de que Leopold, al hablar de ese amor, estaba hablando en realidad de su amor hacia él.

SOBREPASABA SUS FUERZAS. Después de tales paseos regresaba en ocasiones tan agotado a casa, pálido, con la mirada enfebrecida, y tan sobreexcitado que su padre se lo quedaba mirando asustado. El viejo presentía lo que estaba sucediendo con su único hijo, pero se callaba, desmoralizado por las fatigas de su vida, y demasiado enamorado de su ciencia, en la que se evadía tapándose las orejas con las manos. La señora Vierling sabía que su hijo sufría, pero lo idolatraba. Para ella él era un genio que poseía unas leyes propias que todo el mundo estaba obligado a respetar, y también significaba para ella su propia venganza hacia la sociedad. En un país como Alemania, el espíritu de castas corrompe a más personas de las que se supone. Esta hija de un pastelero, que había sido tratada irreverentemente por la «chusma de los profes», tal como ella denominaba a los colegas de su marido, y a quien no prestaban atención los ricos y distinguidos de la ciudad, que ni siquiera en sueños se relacionarían con un maestro de escuela, se quedó sola con su decepción y su sed de venganza. La boda con el profesor resultó vana para sus ambiciones; perdió a sus viejos conocidos y solo ganó enemigos. Entonces el destino le dio un hijo, un único hijo, que era más inteligente que todos los demás escolares juntos, un poeta como Hölderlin, pero más feliz que este, así lo creía ella, porque un día sería rico, una persona de la que todo el mundo hablaría en un futuro. Aunque ella se comportaba ante él con una amabilidad impostada, detestaba a Leopold porque él, a sus ojos, le parecía demasiado estúpido para el amor de su hijo. Sin embargo, ella tenía que callárselo, pues, conforme a sus ideas, Balthasar Vierling solo debía obedecer sus propias leyes.

Cuando iba a las tiendas de la ciudad a hacer las compras, moviendo con la mano su paraguas, cuyo asidero era un pico de pato, de plata, y daba la casualidad de que alguna vendedora no se le mostraba especialmente cortés en el trato, entonces fruncía los labios y pensaba: «si esta cretina supiera que soy

la madre del poeta...»).

Cuando regresaba a casa, subía sin hacer ruido a la habitación de su hijo. Si estaba, se ponía contenta, y todas las veces que lo encontraba solo, lo veía leyendo, la mayoría de las veces echado en el sofá que ella le había regalado.

Una vez lo encontró con un pincel largo y tinta china de color rojo pintando un poema en la puerta de madera barnizada en blanco. La hija del pastelero, que había amasado una fortuna gracias a su espíritu ahorrador, se asustó porque habían pintado la habitación hacía poco, cuando se mudaron a esa casa. Sin embargo, no dijo nada y se limitó a leer lo que estaba escrito:

El sol se fue, todo placer se fue;
la iglesia ha vencido, nos cubre la noche.
El leve aroma de la brisa de oriente ha desaparecido,
contaminado corre el aire, mi corazón late con miedo.
El ruiseñor gime posado en las ramas,
las rosas se han quedado sin hojas, ¡todo está roto!
El amor ha sido expulsado. El odio despierta.
En un campo de sepulturas se ha convertido nuestra pobre tierra,
los cuervos negros recorren en bandadas el país.
La iglesia ha vencido, nos cubre la noche.

—¿Esto no va contra la religión? —preguntó ella temerosa, y miró a su hijo, que estaba frente a la puerta, feliz como un pintor ante un cuadro propio.

—Los versos son de un poeta persa —respondió Vierling—, y fueron escritos en el siglo XIV.

La señora Vierling se quedó asombrada. Quiso preguntar a Balthasar si sabía persa, pero esa pregunta le pareció ridícula. Permaneció callada, regresó abajo y se sentó en su habitación junto a la ventana donde se sentaba siempre, medio ensimismada o intentando leer un libro, un arte complicado que nadie le había enseñado.

El invierno pasó, y un buen día se enteró ella de que en la ciudad hablaban de su hijo y de sus «relaciones extrañas» con compañeros más chicos de la escuela. Los chicos de los Werner, que vivían en la plaza de la Victoria, le pusieron a Vierling el apodo de «la niñera» porque sacaba a pasear a muchachos pequeños. Una angustia terrible le apretó la garganta a la señora

Vierling, un presentimiento incierto de que todo podía ser también muy diferente de lo que habían bosquejado sus sueños; el peligro los amenazaba a su niño y a ella, un peligro imparabile contra el cual no se le ocurrió ningún remedio salvador. En todos los sitios a los que podía ir la perseguían esos rumores; sin embargo, ella chocaba contra un muro de silencio.

También Balthasar Vierling oía esos rumores, pero su amor por Leopold lo atormentaba tan violentamente que tomó la decisión de comportarse como un jugador y apostar todo a una carta. No obstante, cuando no tuvo más remedio que deducir del comportamiento de algunos de sus compañeros de clase que esta vez le amenazaba un peligro real, este adquirió de inmediato en su imaginación unas dimensiones exageradas. «Los dioses están sedientos...», se decía repetidamente a sí mismo de manera completamente disparatada, y empezó a jugar con el pensamiento de la muerte. Para sorpresa de su madre, se volvió más sosegado a partir de entonces. Y un buen día circuló de nuevo por la ciudad el rumor de que Vierling se había enamorado de una chica.

LA ÚLTIMA EN enterarse de los rumores que circulaban a espaldas de Leopold fue Elisabeth Chindler. Al principio no entendía para nada a lo que apuntaba el mote de «la niñera». Entonces se le encendió la bombilla. «El niño es mi niño... —se dijo ella—, ¡mi hijo, al que tal vez ese canalla ya haya corrompido del todo! Eso es espantoso. ¡Karl tenía razón! Aquí hay que actuar de inmediato».

Cuando lo tuvo todo bien meditado, salió de su habitación, bajó las escaleras y entró en el cuarto de Leopold para hablar con él. Para sorpresa suya vio a su hija Maggie, a la que no veía desde hacía semanas, sentada en el alféizar. Leopold estaba sentado frente a su escritorio con las piernas extendidas sobre el tablero tal como solía hacer en los últimos tiempos. Si hubiera entrado una hora antes, habría podido oír una conversación que seguramente le habría interesado mucho.

Maggie se había introducido en la casa a hurtadillas a eso de las nueve, a través de la entrada de la cocina, ordenó a la criada que guardara silencio y se fue enseguida a la habitación de su hermano.

—Es un detalle de tu parte venir a verme —dijo Leopold, con alegría sincera por esa visita inesperada, por sorpresa—. ¿Cómo va tu trabajo en el hospital, te gusta? Yo querría tener también un trabajo. La escuela se está volviendo cada día más aburrida.

Maggie quería hablar de algo diferente. Se sentó en el alféizar y Leopold observó con placer que se encendía un cigarrillo. Mientras fumaba, él la contempló unos instantes. De pronto preguntó él (lo que ella quería que le preguntaran):

—¿Amas a ese Koch con quien te vi hace poco en la pista de hielo?

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó Maggie.

—¡Vierling!

—Bueno, no puedo decir sino que ese nuevo amigo tuyo metió la pata hasta

el fondo aquel día.

—Sí, yo también se lo dije —respondió Leopold.

—Eso es muy amable de tu parte —dijo Maggie—. ¿Sabes? Koch ve... ¿cómo te diría yo...? Koch ve algunas cosas de manera diferente... quiero decir, tiene ideas, ideas sobre la guerra, por ejemplo, que son diferentes... ¿Sabes en realidad a cuánto ascienden nuestras pérdidas hasta enero?

Leopold negó con la cabeza. Maggie se levantó la falda y sacó de un bolsillo de sus enaguas una pequeña nota que ella desplegó con cuidado.

—¡142.500 muertos —leyó ella en voz baja—, 540.000 heridos y 154.000 prisioneros!

—¿De dónde sabes tú eso? —preguntó Leopold asustado. Lo inquietó en concreto la cifra de prisioneros, porque hasta ese día no había oído nunca que los alemanes se dejaran tomar como prisioneros. En su opinión, solo los rusos se dejaban caer prisioneros.

—Koch ha obtenido esas cifras de un amigo —dijo Maggie, a quien se le había puesto colorada la cara por el orgullo y la agitación—. Pero no le digas a nadie nada de esto, ¿me oyes?, de lo contrario iremos todos a la cárcel. ¡Dame tu palabra de honor!

—¡Las personas como nosotros no van a la cárcel!

—Eso te lo crees tú porque no sabes nada —dijo Maggie enfadada—. Por cierto, yo quería hablar de otra cosa. Me gustaría traer a Koch algún día a casa, pero me da miedo, dicho con franqueza, por los padres.

—No conozco de nada a ese hombre —dijo Leopold en tono sabihondo. Se sintió halagado de que su hermana mayor le pidiera consejo en un asunto de tanta importancia.

—Que lo conozca yo —respondió Maggie en un tono mordaz— debería bastar.

—Bien, así pues, ¿lo amas? ¿Vas a casarte con él?

Maggie se giró y miró en dirección al jardín en la oscuridad.

—No sé cómo lo haces siempre: das a entender que eres una persona muy especial, pero cuando se habla en serio contigo, haces las mismas preguntas bobas que hacen todos.

Leopold no entendió a su hermana. ¿Por qué se había enfurecido de pronto de tal manera? Se quedó callado. Maggie volvió a girarse.

—Me gustaría saber si... si puedo confiar en ti. ¿Puedo?

Ahora le quedó claro al muchacho que había algo que no estaba del todo bien con ese Koch. Lo normal y lo que iba acorde con su carácter habría sido tenderle la mano a su hermana y asegurarle que podía confiar en él siempre, a las duras y a las maduras; pero esa noche estaba bobo y no se veía capaz de ayudar a Maggie.

—En principio nunca estoy de parte de nuestra madre —dijo él—, pero eso no significa que ahora esté en principio de tu parte.

Maggie lo miró con frialdad. Leopold le aguantó la mirada a pesar de que ya estaba enfadado consigo mismo por la respuesta que le había dado a ella. Sin embargo, la conversación se había embrollado ahora; a través de formulaciones que le venían a él a la boca así, sin más, se había metido en un callejón del que por el momento, al menos él, no encontraba la salida.

LOS HERMANOS SE quedaron mirándose fijamente el uno al otro en silencio cuando se abrió la puerta y entró Elisabeth Chindler en la habitación. Se detuvo, sorprendida de encontrar aquí a su hija, a la que hacía ya tiempo que no veía. Maggie saltó de su asiento en el alféizar, corrió hacia su madre, la abrazó y dijo:

—Ahora voy a venir a veros a cada uno por separado, para que sea más intensa cada visita. Hoy estuve con Leopold; mañana vendré a verte a ti. Y ahora tengo que irme corriendo, de lo contrario me encontraré con la puerta del hospital cerrada. La enfermera jefe tiene órdenes expresas de cerrar. ¡Hasta mañana, mamá!

La señora Chindler cerró la puerta que Maggie había dejado abierta y se sentó en la silla que estaba delante de la cama de Leopold. Estaba tan furiosa de que su hija viniera a casa a escondidas, a sus espaldas, y de que se citara con sus hermanos, que de entrada no prestó ninguna atención a la presencia de Leopold.

Leopold miró a su madre de reojo e intentó reunir con la mano y sin llamar la atención algunas hojas que estaban dispersas encima de su escritorio. De pronto se levantó su madre, se acercó al escritorio, agarró los papeles y comenzó a leer. «Querido Moro...».

—¿Quién es Moro? —preguntó ella.

Moro era el mote que Leopold había dado a su amigo Balthasar, pero no dijo nada.

—Deseo saber a quién le escribes cartas por la noche.

—¿Te parece correcto, mamá, que entres en mi habitación y te pongas a leer mis cartas?

La señora Chindler dobló el pliego de papel y se lo guardó en el cinturón. Seguía tan agitada por el comportamiento de su hija que no le venía a la mente el largo discurso que quería a pronunciar delante de Leopold.

—Hablaré con tu padre de esta afición tuya por las cartas —dijo—. Solo venía a comunicarte que desde hoy te prohíbo cualquier contacto con tu amigo Vierling. ¡He dicho que te lo «prohíbo»! ¿Me oyes? Si se te ocurriera intentar encontrarte de nuevo con esa persona a escondidas, has de saber que ya he escrito al profesor Schmidt y le he pedido que preste atención en los recreos para que Vierling no coincida contigo.

Leopold se quedó paralizado.

—Todavía eres demasiado joven para conocer los motivos que impulsan a tus padres a arrancarte de un peligro ante el cual has ido a caer. Más adelante nos agradecerás nuestra preocupación...

—No haré eso jamás —dijo Leopold.

—¡Es asunto tuyo si vas a recompensar a tus padres con ingratitud. En todo caso ya has oído mi orden, y sabes que tienes que guiarte por nuestras normas mientras vivas en nuestra casa!

Un adolescente educado de esta manera se siente perdido, abandonado. Cuando la señora Chindler salió del cuarto, Leopold permaneció sentado un buen rato delante de su escritorio, mirando fijamente al frente, sin pensar. Finalmente divisó los papeles que su madre había desordenado cuando dio con la carta dirigida a Vierling. Revolvió a toda prisa entre las hojas. Gracias a Dios no se había llevado la carta de Balthasar. Leopold se levantó, agarró esa carta, miró en dirección a la puerta y se puso al acecho. Cuando todo quedó en silencio absoluto, se arrodilló, sacó una caja de debajo del armario ropero, colocó la carta con otras que guardaba él allí, volvió a poner la caja en su escondrijo y se levantó. Pero con eso no había suficiente. Esta vez habían pensado en todo. Si solo le hubieran prohibido el trato con Vierling, él habría encontrado mil y una maneras de ver al amigo y de hablar con él. Pero ahora iban a vigilarlo incluso en la escuela, el único lugar en el que hasta entonces él había estado a salvo de la familia.

«Toda su educación consiste en quitarme lo que tengo —pensó—, y en prohibirme todo lo que me alegra».

La señora Chindler no habría entendido esa frase. En opinión de ella, a Leopold le iban muy bien las cosas; para ser exactos, demasiado bien antes que demasiado poco bien. Ella solía decirle con frecuencia que él tenía un cuarto bonito y bueno, su comida caliente todos los días, unos padres

responsables, unos hermanos ejemplares, y que si trabajaba con aplicación tendría un futuro asegurado. «No le das ninguna importancia a todo eso —decía Elisabeth cuando Leopold encajaba ese popular listado de las comodidades de su vida en silencio o incluso con un encogimiento de hombros—, ¡pero puede que llegue un día en que pienses con profunda pena en esas cosas que hoy preparan para ti otras personas!».

Es cierto que Leopold no le daba ninguna importancia a esas cosas, es más, cuantas más veces le enumeraban el listado, más propendía él a despreciarlas. «Me gustaría que me educaran —escribió él una vez a Lilli, quien, por cierto, tampoco entendió esa frase y sencillamente la pasó por alto—, es decir, querría que me respondieran a todas las preguntas que tengo en la cabeza».

En lugar de ser la educadora de su hijo, la señora Chindler era su jefa en todas y cada una de las horas que estaba con él.

—La vida es bella... —le dijo Leopold una vez a su madre, mientras circulaban por entre los campos en una calesa para ir a ver a una amiga de la familia. Tal como les ocurre a las personas que pertenecen a una secta, a la señora Chindler le encantó esa frase.

—¡Tu vida es bella —respondió ella— porque tienes unos padres que se ocupan de ti noche y día!

—Pero yo sí te amo, mamá, ¿no es bello eso?

—¡Si me amas como dices, demuéstrame tu amor y dale unas horas de repaso de latín a tu hermano, que las necesita para que lo aprueben en los exámenes de Pascua!

—Tal vez tengas razón —dijo Leopold después de haber estado reflexionando un rato en silencio, mientras los caballos de la calesa subían una cuesta al paso—, ¡no te amo!

La señora Chindler se irguió toda tiesa en su asiento y golpeó al cochero con la empuñadura de su paraguas con tal energía que el hombre tiró hacia atrás las riendas y los caballos se detuvieron.

—Si no pides perdón ahora mismo —le chilló a Leopold—, te bajas ipso facto y regresas a pie a casa.

El chico se asustó y se avergonzó por la presencia del cochero desconocido. No era del todo consciente de lo que había dicho. Más bien había hablado en voz alta lo que andaba rumiando en la cabeza y no se había

dirigido expresamente a su madre.

—Pero yo sí te amo, mamá —dijo en un tono de desesperación.

—¡Pide perdón!

—Perdóname —susurró Leopold.

La señora Chindler volvió a recostarse en el asiento tapizado, y el cochero, que presenció la escena perplejo, siguió conduciendo la calesa...

Cuando Leopold llegó a la escuela corriendo a la mañana siguiente, su único pensamiento era el de hablar de inmediato con Vierling para informarle de la orden de su madre. Pero Vierling faltó a clase. Se dijo que estaba en cama, bastante enfermo. Así transcurrió una semana cuando tuvo lugar un nuevo acontecimiento que distrajo a Leopold un poco del suplicio de su alma.

ERNST CHINDLER DEJÓ dicho por teléfono desde Aquisgrán que iría a la casa familiar para una corta visita. Cuando la cocinera subió e informó a la señora Chindler sobre la llamada telefónica, Elisabeth lo dejó estar todo y bajó corriendo a la cocina completamente fuera de sí por la alegría.

—¡Viene mi hijo, el señor teniente viene! —exclamó desde lejos ya a la criada encargada de las habitaciones que estaba de pie junto a la mesa fregadero—, imaginaos qué alegría para una madre.

En la cocina vio al viejo Mehnert sentado en una silla. Era un campesino que desde hacía una eternidad se pasaba una vez al mes por la ciudad y vendía huevos frescos y mantequilla a una clientela fija.

—Vaya, es una suerte que haya venido usted precisamente hoy, señor Mehnert, imagínese, mi hijo, usted ya lo conoce, viene por primera vez del frente. ¡Déjenos aquí la mejor mantequilla que tenga! Tiene que haber de todo en cantidad —dijo dirigiéndose a las dos criadas—, ¡tiene que haber de todo en la casa!

Mehnert revolvió por entre su mochila, sacó un ganso, lo mantuvo en alto y preguntó si eso no era el mejor asado para una fiesta. La señora Chindler palpó la grasa del animal.

—¿Le gusta también el asado de ganso al señor Ernst? —preguntó ella a la cocinera.

—Oh, santo cielo —dijo la cocinera—, a todos los caballeros les gusta un asado de ganso recién hecho.

—Entonces, cómpralo —dijo la señora Chindler, y se fue a toda prisa al último piso para acondicionar ella personalmente la habitación en la que iba a dormir su hijo.

Mientras estaba sentada en una silla dando indicaciones a la criada, se le pasó por la cabeza que era realmente extraño que Ernst quisiera pasar su primer permiso con ella en lugar de con su esposa. Le dio vueltas al asunto

una y otra vez, pero no logró llegar a ninguna conclusión y acabó pensando que al final se quedaría un día con ella y que luego se marcharía a casa de su esposa. En cualquier caso, ella estaba feliz por su venida.

Leopold fue el primero que divisó a su hermano. Había salido a la calle para dar una vuelta en bicicleta cuando desde muy abajo de la calle vio llegar a un oficial que caminaba igual que Ernst. Era Ernst Chindler, y Leopold, yendo al lado de su hermano, solo tenía ojos para admirar su figura. El oficial llevaba un abrigo largo y una gorra algo ladeada hacia atrás. Ambas prendas no estaban sucias, pero sí eran anticuadas y ya muy desgastadas. Del cinturón colgaba un puñal corto y una pistolera de color amarillo claro, desproporcionadamente grande. «Se parece al príncipe heredero», pensó el chico, que iba dando saltos como un potro al lado de las amplias zancadas del hermano.

La señora Chindler estaba esperando a su hijo en el salón.

—Es un héroe —dijo a la cocinera—, hay que recibirlo con honores.

Tenía todo el cuerpo temblando por la emoción, y las lágrimas le corrían por ambas mejillas.

Ernst Chindler sonrió al ver cómo habían dispuesto todo con tanta solemnidad para él. Besó a su madre, se sentó en un sillón, estiró las piernas y dijo:

—¡Ah, qué agradable es estar otra vez en casa y sentarse en un sillón blando!

Media hora después llegó a toda prisa Theodor Chindler, a quien habían hecho venir de la ciudad. Acudió con montones de preguntas a las que su hijo debía responder, pero Ernst se disculpó y pidió permiso para cambiarse de ropa y descansar un poco.

Elisabeth lo acompañó a su habitación. Lo encontró muy cambiado, más silencioso que antes, incluso arrogante, pero se lo calló, y solo con mirarlo ella ya era feliz. Trajeron dos maletas pesadas y Ernst comenzó a desempacar pieza tras pieza, fumando un puro.

—¿Cómo son las cosas en la guerra? —preguntó la señora Chindler—. ¿Es horrible? ¿No te han herido nunca? ¿Se acabará pronto?

—Perdóname que te interrumpa —respondió Ernst—, me gustaría tomar un baño.

La señora Chindler se precipitó a la primera planta y dejó correr el agua para llenar la bañera. Mientras su hijo se bañaba, ella se quedó sentada y lo esperó en silencio en la habitación de él. Quería hablar a solas con él; y esto solo podía hacerlo en esa habitación. Abajo estaría siempre presente toda la familia.

Ernst estaba tomando su baño y contemplaba aquel cuarto que no había cambiado. En un lado de la bañera había saltado el esmalte y era visible el cinc gris. Se puso a pensar si ya estaba así por aquel entonces, cuando era todavía un chico y se bañaba allí. Entonces se dejó arrastrar por otros pensamientos y reflexionó sobre su padre y sobre su madre.

Él había cambiado mucho. A comienzos de año, un amigo de su suegro lo sacó de su regimiento, el Primer Cuerpo Bávaro de Reserva, que estaba atrincherado en Champaña, y tras una breve estancia en el Alto Estado Mayor del Ejército fue trasladado por un azar al cuartel general con el jefe del Estado Mayor, el general Von Falkenhayn. En el frente no se decían cosas buenas de todo aquello que se hacía en retaguardia, y los compañeros felicitaron a Chindler con comentarios mordaces acerca de sus «vacaciones», tal como denominaron a su permiso. Sin embargo, no podía hablarse de ningún modo de vacaciones. Falkenhayn, a quien el káiser, de la noche a la mañana, había nombrado comandante en jefe del ejército alemán tras la caída del general Von Moltke después de la derrota a orillas del Marne, era ciertamente un hombre que exteriormente se dominaba pero por dentro era muy nervioso y azuzaba continuamente a sus subordinados como el hurón a los conejos. No era raro el día que se levantaba a las cuatro de la madrugada y a las cuatro y media exigía informes que tenían que estar listos a las diez. Entonces se veía por las callejuelas todavía a oscuras de la pequeña ciudad de Mézières a capitanes, coroneles y generales que corrían, y renegaban, y escupían, con carpetas bajo el brazo en dirección a la mansión en la que estaba alojado Falkenhayn. Chindler admiraba a Falkenhayn en un modo tal que pronto degeneró en entusiasmo desmedido. Observaba como aquel hombre alto, elegante, vigoroso, de cuyas decisiones dependían las operaciones de todos los ejércitos en los frentes oriental y occidental, hablaba con personas, comenzaba e interrumpía conversaciones, se acercaba a algunas personas y las volvía a dejar plantadas, se informaba y se hacía informar, y no salía de su asombro

sobre la serena seguridad de aquel comandante estratega.

Sin embargo, muy pronto se dio cuenta de que ahí arriba, en la jefatura del ejército, reinaba poca unidad y de que la enemistad de los generales entre ellos acostumbraba a no tener límites. Comenzó a informarse, cosa que no le resultó difícil porque justamente aquel amigo de su suegro que lo había cambiado de destino iba a buscarlo muchas tardes para que le hiciera compañía en su habitación y poder desahogar así su corazón. Este hombre, un antiguo general de Wurtemberg, de apellido Hörn, veía el futuro con enorme preocupación. «Esta maldita economía cortesana —decía él—, este sistema bizantino de liderazgo va a arruinarlo todo. ¡El káiser no tiene ni idea de lo que está sucediendo! ¡Ya me gustaría a mí también leer los periódicos! Hojear cada mañana en una carpeta en la que se han puesto un montón de caramelitos dulces... ¡Bueno, tal vez sea incluso una suerte que no se entere de nada! Pero ¿y el jefe? ¿Falkenhayn? ¿Es una táctica de guerra lo que está haciendo? ¡Ni avanzamos ni retrocedemos! ¡La tropa se está echando a perder en las trincheras! ¡Y nadie puede decir nada! ¡Todos tienen que obedecer! Créame, joven amigo. ¡Esta obediencia de cadáver es el principio del fin!».

Chindler se salía hábilmente de tales comentarios. El poco tiempo que llevaba en Mézières le había bastado para poder ver que la actividad principal del mando superior del ejército consistía en prevenir las derrotas y movilizar aquí y allá las escasas reservas que estaban a disposición en los amplísimos frentes occidental y oriental, para tener siempre algunos hombres en el lugar en el que el enemigo atacaba. Chindler respondió una vez al general en este sentido, pero entonces salió mal parado. «Eso es, justamente eso —gritó el anciano— es lo que digo yo. Falkenhayn sabe exactamente que no podemos vencer frente a la supremacía de la Entente, y que tiene que salvar lo que se pueda salvar. Pero ¿a quién quiere salvar él? ¿Al pueblo? ¿A la patria? ¡Ese no sabe en absoluto lo que es eso! ¡Él quiere salvarse y afirmarse a sí mismo, asegurarse el puesto! ¡A su camarilla! ¡A sus acólitos! Ahora son las dos de la madrugada. ¿Qué cree usted que pasaría si fuéramos ahora ahí enfrente, despertáramos a Falkenhayn en su camita y le preguntáramos: Díganos, Excelencia, ¿qué es Alemania en realidad? ¿Qué respondería él? Yo soy Alemania, respondería, porque yo la lidero. Sí, eso es lo que respondería él».

A Ernst le pareció que esa respuesta era realmente correcta y ponderada. Pero el general prosiguió: «Tal vez logren ganar la guerra los hombres de las trincheras, a pesar de ser liderados por ese clan. Sin embargo, me corroe la duda a veces, y entonces me quedo muy triste».

No obstante, de tales conversaciones aprendió Ernst Chindler algo completamente distinto de lo que pretendía enseñarle el artillero de la barba cana. Se dio cuenta de que no tenía ningún sentido insultar porque con ello no se lograba nada. Ninguna de las personas que conocía pensaba ni en sueños arriesgar su puesto por una convicción. Todos miraban hacia arriba para llegar allí en la medida de lo posible, o afirmarse allí una vez llegados.

Así pues, también Ernst Chindler se acostumbró a dirigir la vista en esa dirección y utilizaba al viejo Hörn para saber lo máximo posible de él. Y es que saber algo de otro proporcionaba poder ahí.

Tenía arrugada la piel de las yemas de los dedos, y Ernst se apercibió de que era ya hora de salir de la bañera y vestirse de nuevo.

CUANDO ENTRÓ EN la habitación, su madre se lo quedó mirando sorprendida. Llevaba una bata de franela gris, se había atado un pañuelo de seda azul alrededor del cuello y se había calzado unos zapatos de tacón.

—Me siento como recién nacido —dijo en tono de satisfacción, y se contempló las uñas blancas.

Elisabeth Chindler no pudo reprimir por más tiempo su pregunta.

—¿No vas a ir a ver a tu esposa para nada durante tu permiso?

Ernst Chindler miró a su madre con gesto ausente. Al cabo de un rato respondió:

—Me ha teleografiado que no puede venir. La llamaré por teléfono a las cinco.

—Pero si ya son las cinco —dijo la señora Chindler asustada.

Ernst no se dio ninguna prisa, y pasó un cuarto de hora hasta que bajó con su madre a la planta baja y mandó a la centralita que le pusieran una conferencia con Múnich. Cuando llegó la llamada de Múnich, la señora Chindler corrió al vestíbulo donde colgaba el aparato, pero Theodor Chindler abrió de repente la puerta y le gritó que lo esperara en la habitación de él.

Cuando Ernst llegó a la habitación al cabo de un rato, vio que su madre lo miraba inquisitivamente. Sabía exactamente lo que ella quería saber de él. Sin embargo no dijo nada porque no quería que le leyeran la cartilla con las reglas de comportamiento para él ni para Lilli. Elisabeth permaneció obstinada.

—¿Cómo está Lilli? —preguntó—. ¿Cuándo irás a verla?

Como Ernst no respondió de inmediato, intervino el padre.

—Ten —dijo—, toma un puro, y hablemos de la situación. Vas a estar muy poco por aquí, así que me gustaría hacer valer mis derechos.

Ernst tomó el puro y lo encendió con mucha ceremonia mientras pensaba qué debía contarle a su padre. El permiso le había puesto contento y había entrado en la casa familiar con placer. Ahora se sentía de pronto un

desconocido y acechado por su madre, a la izquierda, y por su padre, a la derecha. «Tengo que actuar con cautela —pensó contemplando al hombre ya envejecido que se había incorporado en un sillón—; de lo contrario mañana le cuenta al partido todo lo que yo le diga».

—¿Por qué —prosiguió Theodor Chindler— te llamaron de repente para que fueras al cuartel general?

Ernst informó acerca de su amigo Hörn, que lo había llamado para que acudiera por orden de su suegro.

—Entonces ¿conoces a ese Falkenhayn que es ahora nuestro jefe?

—Por supuesto —respondió Ernst.

—¿Y qué opinión tienes de él?

—¡Es el mejor hombre que Su Majestad podría haber designado para ese puesto!

—¿Ah, sí? En Berlín tienen últimamente otra opinión al respecto...

—¿Quién tiene otra opinión allí?

—El general Von Moltke, por ejemplo, de quien dicen que fue depuesto de una manera extraña.

El ataque a su admirado Falkenhayn puso furioso a Ernst.

—Déjate de cuentos —dijo en tono tajante—. Nadie ha depuesto a Moltke...

—¿Entonces por qué ya no está al mando del ejército?

—¡Porque se derrumbó después de aquella putada a orillas del Marne. Cuando fueron a preguntarle qué pensaba hacer ahora, lo encontraron sentado a su mesa, inclinado sobre el mapa con ojos vidriosos, la boca abierta y babeando, incapaz de decir una palabra! Esa es la verdad.

—Ah... —dijo Chindler, y contempló por encima de los cristales de sus gafas a su hijo, que parecía saber algunas cosas.

—Pero si las cosas ocurrieron como tú dices, entonces podrían haber llamado a los hombres de la dirección que tienen más prestigio en el pueblo...

—¿A quién?

—A Tirpitz... o a Hindenburg —dijo Chindler.

Ernst Chindler se levantó y comenzó a dar sus largas zancadas de un lado a otro de la sala.

—Has nombrado a Tirpitz —dijo al cabo de un rato—. Te voy a contar una

cosa. ¿Sabes que el káiser dijo de Tirpitz que era un hijo de puta? ¿Que se vieron obligados a través de una orden directa del káiser a conminar a la obediencia al Cuerpo de Oficiales de la Marina en tanto estuviera bajo la influencia del señor Von Tirpitz? ¿Sabes que le exhortaron a que fuera discreto en sus habladurías y en sus calumnias sobre la estrategia empleada en la guerra marítima?

—Eso no lo sabía yo —dijo el diputado—. Al principio yo también estaba a favor de Falkenhayn...

—Pero tengo que pedirte que olvides de inmediato lo que acabo de contarte.

—Lástima. Una noticia como esa le habría venido bien a más de uno en el parlamento...

—¡Si comentas algo de eso —replicó Ernst Chindler—, me pueden fusilar en aplicación de la ley marcial!

Elisabeth Chindler, que había escuchado la conversación de los dos hombres en silencio, profirió un grito cuando Ernst dijo la última frase.

—No quiero que continuéis esta conversación —exclamó ella—. No cuentes esas cosas terribles —dijo dirigiéndose a su hijo—. Te lo suplico, cállate. Tu hermano ya me escribe cartas que me dejan congelada la sangre en las venas. Y ahora vienes tú a casa y dices cosas por las que podrían fusilarte. ¡Pensad en vuestra madre, que ya sufre lo suyo!

Theodor Chindler, afectado profundamente por los relatos de su hijo, se disgustó cuando su esposa interrumpió de ese modo la conversación que le había sobrecogido.

—Déjanos un poco a solas, Elisabeth —dijo—. Te agitas por cosas a las que nosotros estamos acostumbrados.

Elisabeth Chindler agarró con ambas manos los brazos de su silla.

—¡No! —dijo con una voz muy profunda—. No, Theodor, no puedo. Tenéis que interrumpir esta conversación. Mañana vas a ir a Berlín y te conozco... No sabes mantener la boca cerrada...

—¿Ves, querido mío? —dijo el diputado en tono cansino a su hijo—. ¡Así es como respetan a tu padre después de veintiséis años de matrimonio!

La señora Chindler apretó los labios y calló.

—¿Qué ocurre con Hindenburg? —preguntó Theodor Chindler, después de

permanecer un rato en silencio los tres.

Ernst dirigió la mirada a su madre, que le suplicaba con la mirada que no diera respuesta a esa pregunta.

—Bueno, eso significa que estoy de más aquí —dijo el diputado al comprobar que la sala permanecía en silencio—. ¡Entonces ya puedo irme!

Elisabeth se volvió a su marido.

—¿Es que no podéis conversar sobre otros temas? —preguntó ella—. ¡Hay un millón de cosas de las que hablar cuando solo nos vemos una vez al año por esta guerra terrible! Dejad que sean los generales quienes hagan la guerra. Ellos han aprendido y saben de qué va, y nosotros no entendemos nada de eso. Si ese Tirpitz se comporta así, que lo mande encerrar el káiser...

—No puede atreverse a tal cosa —dijo Ernst Chindler para sí mismo.

—Ya lo veis —prosiguió Elisabeth—. Todo es mucho más complicado de lo que sabemos. ¡Venid ahora a cenar y alegrémonos de que todavía nos tenemos unos a otros!

—Ahí tienes a una alemana —dijo Theodor Chindler señalando a su esposa con el brazo extendido—. Para ella el país está dividido en los de arriba y los de abajo. Piensa que los de arriba deben hacer y los de abajo deben dejar hacer. ¿Le importa si se cometen o no errores? ¡En absoluto! Cuando son miles y miles los que son arrojados a las fauces podridas de la muerte, y está su propia prole entre ellos, entonces lo denomina «guerra», y una vez que esa cosa tiene un nombre que su lengua puede pronunciar, ya ha quedado resignada a ese hecho. Y vive viviendo, y como los pájaros que cuando llueve se ponen debajo de las ramas de los árboles, así se esconde debajo de su propia apatía. El gato es un animal más elevado, al menos se encorva cuando truena.

Ernst contempló a su madre allí de pie, inmóvil, soportando la ira familiar de su marido. «Cómo se odia todo el mundo y cómo combaten entre ellos», pensó con calma, y ese pensamiento le resultó agradable porque se imaginó a sí mismo como un hombre al que su sabiduría lo hace destacar por encima de los demás seres humanos.

Al mismo tiempo se le pasó por la mente de nuevo la pregunta de su padre por Hindenburg, y no le quedó más remedio que sonreír al pensar en las cartas de este general dirigidas a Falkenhayn y rebosantes de ira, de las que tenía conocimiento a través de Hörn. Todos los generales de los diferentes sectores

del frente reclamaban continuamente más tropas, más cañones, más munición al comandante en jefe. Cada uno consideraba su frente el más importante de todos. Falkenhayn los rechazaba a todos, con frialdad pero con cortesía; él quería hacer su guerra en el frente occidental, batir a los franceses, a quienes consideraba el enemigo por antonomasia, y arrojar a sus detestados ingleses al mar. Despreciaba a los demás rivales, como despreciaba en general a todas las personas.

—No puedo entender este carácter nuestro —dijo Theodor Chindler. Se había acercado a la ventana y hablaba al cristal, que se iba empañando con sus palabras—. Nos llaman «valientes», y no puede negarse que nuestro pueblo soporta la guerra y todo lo que esta trae consigo, con una... ¿cómo diría yo?, con una asombrosa pertinacia. Pero ¿qué clase de valentía especial, enigmática es esa? Me refiero a esa que puedes observar con toda claridad en tu madre... Ella lo soporta todo, todo, menos pensar. Es verdad... es así... todo, absolutamente todo, ¡menos eso! Quiere obedecer... A veces creo que quiere sufrir. ¡Yo no quiero obedecer! Si digo eso en alto, algún imbécil me tomará por un revolucionario. ¡Qué ridículo...! Lo soy todo, excepto eso, aunque un revolucionario... Bueno, ya conocéis la historia de Prometeo... o quizá tampoco la conozcáis... ¡No, no quiero obedecer porque eso es una cobardía, sí señor, es una cobardía hacer algo que uno no entiende, igual que es una cobardía entender algo y no hacerlo!

Ernst Chindler oyó a su padre sin atención. Toda clase de apasionamiento le resultaba desagradable, y encontraba a su padre demasiado sincero y por ello provincianamente aburrido.

Fueron a comer. Elisabeth Chindler había ordenado asar el ganso y hacer el relleno con castañas, lo cual les supo a todos divino. Además hubo col lombarda, compota de manzana y, de postre, flan. El diputado mandó descorchar un borgoña que reposaba en la bodega desde una época que parecía haber pasado ya para siempre. Leopold alzó su copa (por aquella ocasión festiva le permitieron beber un cuarto de la copa) y declamó:

—¡Ningún alemán amaré a un franchute, pero beberé con gusto sus vinos!

Ernst se rio y el ambiente mejoró hasta el punto de que llamaron a la cocinera para alabar sus artes culinarias, más o menos como se le da una palmadita en el cuello a un caballo que acaba de realizar un buen salto.

Después de comer llegó Margarethe del hospital. Ernst se alegró de volver a ver a su hermana.

—¡Te has puesto mucho más guapa —dijo él—, y ese uniforme te va de maravilla! ¡Las mujeres deberían vestirse todas igual, entonces parecerían más distintas!

Maggie estaba resplandeciente con el cumplido que le había hecho nada menos que el marido de la hermosa Lilli. Ella no había sido nunca guapa, pero Ernst Chindler tenía razón, en los últimos tiempos se había puesto más guapa. Sus ojos castaños destellaban, y como se había puesto más flaca, había perdido los mofletes y ahora tenía unos rasgos agradables, regulares. Lo más hermoso de ella eran su boca plena y su frente pensativa.

—¿Cómo está tu esposa? —preguntó a su hermano.

Cuando Theodor Chindler oyó hablar de su nuera, puso una cara triste.

—Lilli es la más inteligente de todos vosotros —dijo casi en un tono tajante—, ¡esa mujer entiende más de política que el canciller alemán!

A continuación contó pormenorizadamente lo guapa e inteligente que había estado Lilli en la fiesta en la casa del conde Hertling en Múnich, cómo la había admirado todo el mundo, y se extasió en su propio relato. Todos estaban escuchando con atención cuando de pronto el hijo más pequeño se levantó, se alejó de la mesa dando unos extraños tumbos, regresó de nuevo y vomitó sobre el bello mantel nuevo de color blanco. Por la rabia de no haber recibido nada durante la comida porque todavía era demasiado pequeño, él se sirvió a escondidas una copa entera de vino tinto y se la bebió de un trago. Eso le sentó mal.

Elisabeth Chindler se inquietó sobremanera, mientras que Ernst prorrumpió en una carcajada y encontró la conclusión de la cena muy acorde con la guerra.

En el tumulto general que siguió al incidente, Maggie estaba al acecho de una oportunidad de apartar un momento a su hermano y poder hablar a solas con él sin testigos. El cumplido de él la había fascinado de tal modo que decidió contarle su propósito de casarse con Kaspar Koch. Sin embargo, Ernst le hizo una reverencia como si fuera un hombre desconocido y pidió permiso para poder irse a dormir pronto porque estaba cansado.

Una vez en su habitación, abrió la ventana y dirigió la vista abajo, al jardín. La brisa fresca le sentaba bien después de aquella cena pesada, y aquel

desacostumbrado silencio tranquilizaba al oficial. Aquí no se oía el constante resonar de las ruedas de los largos convoyes militares sobre las vías del ferrocarril, nadie atronaba aquí con cañones, la noche era blanda y silenciosa, y no desgarrada por las balas luminosas.

Lilli le había recriminado al teléfono que hubiera viajado vía Neustadt en lugar de hacerlo vía Múnich. Él replicó que se había estudiado bien los horarios, que así como lo había hecho él era la única manera de aprovechar el escaso tiempo del que disponía. «Entonces no vamos a vernos esta vez», respondió Lilli escuetamente.

¡Qué aburridas eran esas disputas! ¿Había que aclarar, demostrar y justificar en un matrimonio todo paso que se daba? ¿Qué le daba derecho a Lilli a buscar detrás de las acciones de él otros motivos que los que él aducía? ¿Es que la guerra no liberaba a un hombre de semejantes batallitas mezquinas?

«Tal vez la guerra hace al menos eso», pensó Ernst, y se fue a dormir.

ELISABETH CHINDLER DURMIÓ con desasosiego y se levantó ya a eso de las siete. Apenas había llegado a la planta baja cuando sonó el timbre y entregaron un telegrama para Ernst. Subió a hurtadillas y se puso a la escucha en la habitación de él. En la habitación estaba todo en silencio. «Para una vez que está en casa de sus padres, que duerma a gusto», pensó, y regresó abajo. Pero a las nueve no aguantó más y decidió despertar al destinatario. Ernst Chindler estaba echado en la cama mordisqueando una manzana y leyendo un libro.

—Ha llegado un telegrama para ti —dijo su madre para disculpar su irrupción.

Ernst abrió el papel con calma.

—¿Tienes que volver al frente? —preguntó la señora Chindler temerosa.

—No, me dicen que tengo que viajar a Berlín y entregar al canciller del Reich un escrito que llevo conmigo.

La señora Chindler se alegró y se asustó a la vez por la respuesta de su hijo.

—Cuando envían a un oficial tan joven como tú a ver en persona al canciller del Reich —dijo—, hay que tenerte en mucha consideración. Lo celebro, pero te aconsejo que seas diligente.

Se dejó caer en un sillón para poder aprovechar por entero la ocasión de hablar con su hijo. Ernst buscó un recipiente en donde poder tirar el corazón de la manzana.

—¿Quieres que mande que te suban el desayuno aquí arriba? —prosiguió Elisabeth.

Como Ernst asintió, ella se fue corriendo a la puerta, gritó el encargo por la escalera y volvió a sentarse junto a la cama de su hijo.

—¿Ves? —dijo ella—. Cuando vienes a casa de tu madre, se te nota cada deseo en los ojos. ¿Estás contigo conmigo?

—¡Muy contento! —dijo Ernst sonriendo.

—No —replicó Elisabeth de prisa—, no me parece que estés contento. Si lo estuvieras de verdad, no estarías así de cerrado con tu madre, sino que me contarías algunas cosas de ti...

—¿Qué quieres saber?

—No sé siquiera qué habéis hablado los dos al teléfono, pero te confieso que me intranquiliza que tu esposa no haya venido aquí a verte, ni que tú tampoco viajes a verla, que ni siquiera hables de ella.

Therese trajo el desayuno en una bandeja, y Ernst se incorporó y se recostó en las almohadas. Mientras daba golpecitos a la cáscara de su huevo pasado por agua, dijo:

—A ti no te gusta Lilli para nada. ¿Por qué quieres tenerla aquí?

Elisabeth se levantó, cosa que hacía siempre que estaba agitada.

—Amo a todos mis hijos —dijo ella—, y amo a todas las personas que aman a mis hijos.

—Yo amo también a mi esposa —dijo Ernst—. Así que todo está bien. ¡Me parece —añadió al cabo de unos instantes— que piensas con excesiva frecuencia en cosas innecesarias y luego tienes preocupaciones, que son el resultado de esos pensamientos!

—Solo pienso en mis hijos... —dijo Elisabeth. Ernst quiso interrumpirla, pero su madre no le dejó que tomara la palabra—. El amor a mis hijos es el contenido de mi vida. Tú eres ya un hombre independiente, pero tus hermanos más pequeños me dan muchas preocupaciones. Maggie se comporta últimamente de una manera tan extraña que no sé en absoluto lo que sucede con ella. Y tu hermano Leopold va por mal camino.

Ernst interrumpió a su madre. No quería tener que prestar atención a las largas historias sobre sus hermanos, historias que le interesaban más bien poco.

—Deberías pensar más en ti —dijo él—, eso sería lo mejor para todos y también para ti.

Elisabeth miró asustada a su hijo.

—Una madre no puede pensar en sí misma —dijo—, no tiene tiempo para eso.

—Es un error...

—Dices cosas terribles...

—Ningún ser humano es solamente padre o madre, sino que cada cual es padre o madre y además un ser humano... quiero decir, un ser independiente que también tiene que recorrer su propio camino.

Elisabeth enmudeció ante esas frases que no entendía ni quería entender.

—Vistas las cosas desde tu perspectiva —prosiguió Ernst—, eres una persona fiel al deber, pero otras personas te ven... a veces de otra manera. A Lilli, por ejemplo, la espantaste. Ella no soporta que la corrijan, pero tomaría nota de algunas cosas si en lugar de aleccionarla le dieras un ejemplo.

—¿Acaso tengo que guardar para mí las grandes experiencias que he tenido? Soy vieja; lo que le dije a Lilli de la forma más prudente posible ¡se lo dije únicamente por amor a ella y a ti!

—Siempre andas queriendo aleccionar o mejorar a otras personas. Eso irrita.

—¿Cómo puede irritarse un hijo cuando su madre le dice algo? ¿Te irrita también a ti cuando yo te digo algo?

—Yo no toleraría que mi esposa destruyera una conversación de la manera en que interrumpiste ayer la conversación entre mi padre y yo.

—No lo conoces —exclamó Elisabeth—. Le dices cosas por las que tú mismo sabes que te pueden fusilar. Él va a Berlín y sé que se lo cuenta a los amigos del partido, y es que está poseído por su política y siempre anda pensando en Alemania y en la guerra y en los errores que se cometen. ¿Quieres que sea la asesina de mi propio hijo?

—Yo le habría conducido a guardar silencio. En lugar de eso interrumpiste la conversación, de modo que a los dos se nos quedó ese bocado a medias en la garganta.

—Ya no me quiere nadie —dijo Elisabeth con un hondo suspiro—. ¡Pero yo no dejaré de cumplir con mi deber!

«Ahora se ha puesto terca», pensó Ernst.

Elisabeth le retiró la bandeja con la vajilla y se puso a jugar con una cuchara que hacía girar con nervios en sus hermosas manos. Ernst la contempló, y le dio lástima. «No debo cometer el mismo error —pensó él—, no debo tratar de cambiar a las personas».

—¿Por qué mal camino anda Leopold? —preguntó finalmente para poner

en marcha una nueva conversación.

Elisabeth dejó la cuchara en la bandeja y contó a su hijo lo que había sucedido, en opinión de ella, entre Leopold y Balthasar Vierling. Ernst escuchó en silencio. Cuando Elisabeth hubo acabado, él pidió permiso para vestirse. Se había hecho tarde, y su tren partía al mediodía.

Elisabeth Chindler salió de la habitación un poco aliviada. Había podido desahogar con palabras su preocupación por Leopold; eso le hizo bien. La conversación precedente la desbancaba, igual que todo lo que obstaculizaba sus intenciones.

En lugar de viajar directamente a Pleß, en Silesia, en donde Falkenhayn había trasladado provisionalmente el gran cuartel general, Ernst se dirigió en primer lugar a Berlín. En la Cancillería del Reich le comunicaron que el señor Von Bethmann deseaba verlo personalmente, y le dieron cita para esa misma noche a las nueve. El canciller, a quien la dirección del ejército no informaba precisamente con detalle (una consecuencia del desprecio tradicional de la política y de los políticos por parte de los militares alemanes), no dejaba pasar ninguna oportunidad para conversar con oficiales que venían de los puestos más altos. A pesar de que el pueblo, en especial las clases adineradas, todo hay que decirlo, iban cantando victoria tras victoria, la situación de Alemania en ese mes de mayo de 1915 volvía a ser muy seria. De Roma habían llegado varios telegramas del delegado especial, el príncipe Von Bülow, que describían como inminente la declaración de guerra de la hasta entonces aliada Italia. Un submarino había hundido el buque estadounidense *Lusitania*, y Gerard, el enviado norteamericano, había entregado una nota de su gobierno que exigía debidamente una satisfacción. El frente se había inmovilizado también en el este.

Cuando le anunciaron la visita del teniente Chindler, el canciller del Reich mandó que le pidieran que esperara. Este preceptor, que se esforzaba de la manera más escrupulosa por ocultar al pueblo la verdad para mantenerlo animado (de este modo, su orden del cambio en el Mando Supremo del Ejército, la sustitución del general Von Moltke por el ministro de la Guerra Von Falkenhayn, había permanecido oculta a todo aquel que no leía o no sabía leer la prensa extranjera), acababa de escribir una carta a su amigo, el jefe de gabinete del káiser, el señor Von Valentini. Antes de recibir a Chindler, quiso

reparar una vez más su escrito. La carta decía:

«Mi muy distinguida Excelencia:

»Una visión general tan buena de la situación militar como la que he recibido hace poco de Hindenburg en seis horas no la obtengo de Falkenhayn ni en seis meses. Sin embargo, ahora tengo que recibir pronto una imagen clara de las posibilidades militares en el frente occidental, tal como creo tener para el oriental. En Rusia no hay por el momento ni señal de cansancio por la guerra y en Francia no para de crecer la seguridad absoluta de la victoria. Aquí el ambiente es realmente inexplicable. Incluso en la mayoría de los políticos es no solo de seguridad en la victoria, sino un clima verdaderamente presuntuoso. Necesitamos lo primero; lo segundo me parece dañino. No puedo contrarrestar eso. Durante los últimos cincuenta años la psique de nuestro pueblo ha quedado tan intoxicada por la jactancia y la fanfarronería que se volvería probablemente vacilante si se prohibieran las fanfarronadas. Solo sería útil una correcta redacción de los boletines diarios del Estado Mayor del Ejército. Entre las mujeres del pueblo llano, que comienzan a impacientarse, nos topamos una y otra vez con la misma pregunta: ¿por qué no hacemos la paz? Desde hace siete meses no hacemos otra cosa que vencer con brillantez (pues nadie sabe lo del Marne). Los de la Liga Pangermana y sus consortes, a quienes Hindenburg juzgó muy duramente por cierto, tienen ahí un fundamento para sus soflamas diarias. Las pocas personas reflexivas que hay comparan Wolff con Havas, mueven negativamente las cabezas y se están volviendo más pesimistas de lo que es razonablemente bueno.

»Solo podemos conducir la guerra a un final dichoso si a nuestros enemigos, a no ser que los derrotemos en el campo de batalla, les llevamos incluso en el terreno moral a renunciar a la victoria. Sin embargo, en una nación tan segura del triunfo como la francesa, no puede incrementarse el sentimiento de inferioridad entre el adversario cuando este adversario tilda de victoria inmensa una ofensiva felizmente rechazada, y con pérdida de mucho terreno además, y anuncia el término de la batalla en un momento en el que se está desarrollando. ¡Eso no lo hicieron los franceses después de la batalla de Ypres! Un suizo que trabaja enteramente para nosotros y que conoce la psique francesa a la perfección se puso muy triste cuando habló conmigo al respecto...

»Hindenburg y sus hombres juzgan con optimismo la situación en oriente, pero la ven también grave y sin ilusiones. Se mantendrían en Prusia Oriental, pero sin provocar ninguna gran decisión más...

»Con mis mejores y más sinceros saludos.

»Suyo,

»Bethmann-Hollweg.

»Salude de mi parte a todos los caballeros que lo merezcan».

El canciller repasó su carta y estuvo reflexionando unos instantes; luego tachó con cuidado el pasaje en el que mencionaba la batalla del Marne. Ahora estaba contento e hizo entrar a Chindler.

El señor Von Bethmann llevaba el uniforme desde el comienzo de la guerra. Chindler se vio obligado a saludar militarmente cuando entró en la sala. El canciller se levantó, le tomó los papeles lacrados y le exhortó a tomar asiento. Mientras leía los escritos entregados, Chindler fijó en él la mirada. Así que este era el canciller del Reich. Esa cabeza, esa barba, esas manos largas, ese cuello arrugado que se distinguía un poco por llevar la casaca abierta. «¿Qué hace un hombre así en realidad?», pensó Chindler. Se le pasó por la cabeza que no tenía ni idea de qué obligaciones ni qué derechos tenía ese funcionario, cómo era su puesto conforme a la Constitución (Chindler tampoco la había leído nunca) y por qué se contaba con ese hombre para la jefatura del ejército. Decidió comprarse una edición de la Constitución y leérsela entera y al detalle.

Anunciaron la llegada de Helfferich, el secretario de Estado. Bethmann levantó la vista de sus papeles con nerviosismo, miró el reloj y se fijó en Chindler. «Esta persona es demasiado joven —pensó—, no sabe nada, no se le puede preguntar nada». Asintió con la cabeza e hizo entrar a Helfferich. Al mismo tiempo se despidió de Chindler.

Helfferich apareció en un estado de gran agitación.

—¿Ha oído usted? —dijo—. Falkenhayn quiere atacar de repente a los rusos...

—Acabo de recibir una carta —replicó Bethmann.

—¿Qué táctica de guerra es esta? Hasta ayer ha declarado siempre que quiere que se resuelva el frente occidental, y ahora, de pronto, hace la guerra

en oriente. ¿Es que están en las últimas los austríacos?

—Dice por escrito que quiere machacar a los rusos...

—Y en los Balcanes no piensa nadie —dijo Helfferich—. Cualquiera que haya estado alguna vez en Turquía, como yo, sabe que los turcos no pueden mantener los Dardanelos con sus propias fuerzas, eso lo sabe cualquiera, ¡menos los generales!

Bethmann se asomó a la terraza y miró en dirección al jardín que quedaba en la parte trasera de la cancillería del Reich.

—También pienso de un modo notablemente menos confiado que Falkenhayn —dijo—, pero debe usted admitir que me resulta imposible ponerle trabas a ese estratega victorioso.

Helfferich, que era un hombre limitado pero cínico, no pudo menos que sonreír al volver a escuchar de Bethmann esa bien traída expresión de «estratega victorioso». Era absolutamente incapaz de designar como «estratega» a ese viejo fumador de puros. Además era demasiado ambicioso y soberbio para admitir que alguien podía entender de un asunto más que él. Pero mientras que Bethmann, perseverando en un extremo, consideraba que la estrategia militar era algo completamente violento que solo podían entender los generales en este mundo, Helfferich se situaba en el otro extremo y estaba convencido en lo más hondo que los generales no entendían absolutamente nada y que deberían recibir las órdenes desde la Cancillería del Reich.

Hay que admitir que, en este punto, Helfferich se hallaba considerablemente más cerca de la verdad que el miedoso de Bethmann. Pero los ánimos que le proporcionaba esa conclusión no le servían de nada porque al mismo tiempo lo estremecía un temor creciente. El gobierno comenzó a volverse impotente mientras que los generales se volvían cada día más poderosos. Helfferich no veía ningún remedio en contra. Aborrecía con toda su alma lo único que habría habido para acercar al parlamento, para hacer interesante la política a los representantes de los votantes, pues, en su opinión, el parlamento estaba compuesto exclusivamente por los socialdemócratas, y eso significaba por personas a quienes el iracundo secretario de Estado preferiría ver colgadas. Los demás partidos no contaban. A los conservadores, de quienes se sentía más cercano, los conocía demasiado bien para no saber que con sus sueños de conquista de medio mundo eran unos bobos pueriles que

únicamente podían ser utilizados en la política interior como un baluarte para el káiser y... para Helfferich, contra las masas. La guerra comenzaba a hacersele horrible. Estaba en peligro la corona y todo lo que tenía poder en su nombre y que gobernaba en efecto. Eso no lo sabía nadie mejor que Helfferich, que era un arribista, y los peligros que amenazaban por abajo los veía con mucha mayor claridad que aquellos generales a quienes el pueblo solo conocía en forma de reclutas. Y es que lo que esos generales nunca veían, pero de lo cual Helfferich se daba cuenta con un horror creciente en algún que otro paseo nocturno por Berlín, era que esos reclutas que los generales enviaban tan generosamente a la primera línea de fuego tenían esposas, hijos, padres.

—No se le pueden poner trabas al señor Von Falkenhayn —dijo Helfferich, después de haber permanecido un buen rato en silencio—, pero habría que aclararle bien lo que Turquía nos importa desde un punto de vista político.

—¿Quiere ir usted y decírselo? —preguntó Bethmann—. No le prestará ninguna atención, ninguna... ¡No, no, mi muy distinguido secretario, aquí lo único que vale es que cada cual cumpla con su deber en su puesto hasta las últimas consecuencias!

«Cada cual en su puesto... —pensó Helfferich—, ese es el lema de *laissez faire, laissez aller...*, es decir, tampoco yo puedo cambiarlo...

ERNST CHINDLER CAMINÓ despacio desde la Cancillería del Reich, bajó por la calle Wilhelm y siguió todo recto hasta llegar a la plaza Belle Alliance; luego continuó andando hasta que dejó de saber dónde se encontraba en aquella gigantesca ciudad desconocida para él. Tomó un taxi y se dejó llevar a su hotel al lado de la estación Anhalter. La breve despedida ofrecida por Bethmann lo había dejado destemplado y hacía superflua la bonita carta que había querido escribirle a Hörn. Una vez en el hotel, percibió que tenía hambre y volvió a salir otra vez para comer algo. En una cervecería de la plaza de Potsdam se tragó un pedazo de carne dura y regresó de nuevo a su hotel con un humor de perros, harto de todo el mundo y de sí mismo. Le aburrió incluso el saludo constante de los soldados que al parecer iban dando vueltas por las calles de Berlín a centenares. Apenas sentía ganas de llevarse la mano a la gorra para saludar. Le pareció absurdo y desagradable el trajín afanoso de las personas. Aceleró el paso para huir lo más rápidamente posible de esa ciudad, y lo inundó una oleada de nostalgia por el frente, por los chistes chillones de los compañeros, por los relinchos de los caballos, por los pueblitos franceses, por la vida desordenada.

Chindler era de aquellas personas que con mayor claridad se había dado cuenta de que aquella guerra que se estaba llevando a cabo era vacua, similar a un negocio y realizada en despachos. Las montañas de actas tenían como consecuencia que en algún lugar se abandonara una trinchera y, en el mejor de los casos, se conquistara otra situada a doscientos metros de distancia. A pesar de ello, Chindler, igual que otras miles y miles de personas por cierto, huía de las ciudades que le eran desconocidas, que no entendía, huía de una vida con la que no sabía qué hacer si faltaban las órdenes pertinentes. Él no era un héroe, de ninguna de las maneras, y en los combates en los que había participado solo mantuvo la compostura no pensando en nada, incluso expulsando todo pensamiento, y únicamente se guio por dos cosas: dominarse

lo más perfectamente posible para no dejar adivinar a nadie sus emociones y ejecutar las órdenes que le habían sido dadas con el esfuerzo más extraordinario posible de su voluntad.

Sin embargo tenía miedo de eso que él llamaba «la lucha por la existencia». Puesto ante la elección de entrar en un banco e ir ascendiendo con aplicación y perspicacia o ir a las trincheras, probablemente habría elegido las trincheras.

Se disponía a entrar en su hotel cuando alguien lo llamó por detrás. Se giró y reconoció a un capitán de artillería que había conocido en el frente. El capitán, que al parecer estaba muy contento por el reencuentro, preguntó a Chindler cómo le iba y qué hacía en Berlín, y a pesar de que Chindler al principio solo respondía con monosílabos, el capitán no aflojó.

—Todavía queda mucho día, como decimos los berlineses —dijo—, ¿no tendría usted ganas de pasar una horita conmigo? Le llevo a casa de mi hermana, a la que le he hablado de usted. ¡Ella se pone contenta cuando le llevo compañeros!

Ernst Chindler se dejó persuadir, tomaron un taxi, fueron hasta el Barrio Bávaro, en donde Chindler no había estado todavía, y en una casa subieron las escaleras, que estaban barnizadas de color blanco para asombro de Ernst. Mientras se quitaba el abrigo, oyó que tras una puerta de cristal de la que venía luz estaban cantando.

La señora Keller, la hermana del capitán, una mujer alta, rubia, rolliza, de unos cuarenta años, saludó con cordialidad a Chindler como si se conocieran desde hacía muchos años. A continuación le presentó a su cuñada, con el pelo de color negro azabache muy corto, y con una vestimenta compuesta principalmente por chales, que estaba sentada en un sofá con las piernas cruzadas.

Finalmente se levantó en un rincón de la sala un hombre muy joven, de aspecto pálido, cuyo nombre no entendió bien Chindler cuando se lo presentaron.

La habitación, que a Ernst le pareció que estaba amueblada de manera descuidada, estaba ocupada casi en su totalidad por un piano grande que estaba abierto.

El capitán se frotó las manos muy animadamente, se dejó caer en un sillón

haciendo crujir las correas y pidió unos puros.

—Ay, no fume usted todavía —dijo la del pelo negro, que hasta ese momento había estado mirando solamente a Chindler—, estamos cantando.

Luego se dirigió a Chindler y le preguntó si también él cantaba.

Ernst se quedó sorprendido por esa pregunta que nadie le había hecho nunca y no supo qué contestar, pero la del cabello negro no esperó su respuesta sino que rogó a su cuñada que siguiera tocando. El capitán no pareció sorprendido pues preguntó a su hermana qué se iba a cantar.

—Unas canciones magníficas —dijo la morena—. Las conoces y tienes que cantar también. Venga, Annuschka, vamos a cantar otra vez la canción de la boda de la luna... Es una canción muy sencilla —añadió, dirigiéndose a los hombres—. Ustedes sabrán cantar enseguida los estribillos.

La señora Keller se sentó al piano, tocó algunos compases y la del cabello negro comenzó a cantar con una maravillosa voz de contralto:

«La luna desposó al sol».

Cuando hubo cantado este verso, intervino el joven pálido que había permanecido callado hasta entonces y juntos cantaron el segundo verso:

«Fue la primera primavera».

Ahora comenzó también la pianista a cantar y los tres cantaron juntos los siguientes versos:

«El sol se levantó temprano.
La luna se ocultó separándose.
La luna caminaba solitaria.
Le tomó cariño al lucero del alba.
Por eso se enfureció el Dios del Trueno,
lo despedazó con la espada.
¿Por qué dejaste al sol?
¿Por qué le tomaste cariño al lucero del alba?
¿Por qué caminas solitaria en la noche?»

Los últimos versos se repetían y ahora intervino también el capitán y se unió al canto. Chindler contempló a los cantantes con gran admiración. Al

principio le había parecido todo muy cándido y pueril. No había oído nunca que las personas adultas se reunieran a cantar, pero ya al cabo de los primeros compases se sintió encantado; admiraba la magnífica voz de la mujer del pelo negro y se enfadó consigo mismo por no haber aprendido nunca a cantar.

La canción había terminado y el capitán dijo que había que cantar ahora algo más sencillo para que el señor Chindler pudiera participar.

—No hay nada más sencillo que esta canción —dijo la morena.

—Eso lo dices tú porque eres rusa y esta es una canción rusa —dijo el capitán.

—Las canciones rusas son completamente distintas —dijo la aludida—, esta era una canción lituana.

Se pusieron de acuerdo en la canción: *Junto a la fuente, frente al portón*, y comenzaron a cantar de nuevo. Solo Ernst se quedó sin abrir la boca. A su entender, canciones como esa solo las cantaban los niños que van a la escuela y los soldados rasos. Le estaba pareciendo ridículo que los adultos cantaran cuando el cántico volvió a embelesarlo de tal modo que dejó de pensar y se puso a escuchar con atención. En la segunda estrofa intentó cantar también él. Funcionó un poco, y vio que la morena, que había estado observándolo, le sonreía. Se puso rojo como un chiquillo, pero no se dio por vencido y siguió cantando hasta que todo, aquella vivienda desconocida, aquellas personas a las que no había visto nunca, la música y el texto de las canciones acabaron gustándole muchísimo, como hacía años que no le había gustado nada de esa forma. Era absolutamente feliz.

—Vuestras canciones son también bonitas —dijo la morena cuando acabaron.

El capitán parecía tener bastante ya con el cántico, pero como estaba de muy buen humor y sentimental, como todas las personas que cantan con el pecho, sin pensar, se dejó ir y se puso a cantar chillando:

—¡Cerveza, cerveza, o se me va la cabeza!

La del pelo negro se levantó de un salto.

—Cállate, borrego —exclamó ella, y le dio unos golpecitos en el pecho con su puño pequeño—. Si tienes sed, dilo. ¡Pero no lo cantes de esa manera! Dadle agua para que se ponga sobrio.

El capitán, que parecía estar acostumbrado a tales ataques, sonrió y se

calló. La señora Keller trajo cerveza, bebieron y fumaron. Pero como la morena no decía nada y estaba sentada en el sofá, completamente ensimismada, los demás fueron callando poco a poco también, y Ernst vio que el capitán echaba un vistazo a su reloj. Reunió valor y le pidió a la morena que cantara otra canción más. Ella lo miró, pareció reflexionar durante unos instantes y saltó del sofá.

—Os voy a cantar algo más, para que vosotros... No... Primero cantar y luego hablar. Y cantó:

«Un poco de amor, y yo quise caminar,
caminé destocada y descalza,
caminé por el hielo, envuelta en suspiros de primavera,
caminé por la tormenta y escuché saludar a los mirlos,
por la arena del desierto... y fluían perlas del rocío.
Un poco de amor, y yo quise caminar,
cantar a las puertas, ¡feliz y desgarrada!».

—Esta es una canción eslava —dijo ella después de cantar—, y la he cantado para que no matéis a demasiados rusos, que son mis hermanos. ¡Buenas noches!

Abandonó la habitación por una puerta corredera de la que solo abrió una parte y enseguida volvió a cerrarla tras de sí.

Ahora se dispusieron los demás a irse. No parecían estar para nada sorprendidos de esa manera extraña que había tenido la chica de despedirse. Cuando Chindler bajó a la calle en compañía del capitán, dijo este:

—Una mujerzuela chiflada... bueno, como son los rusos, ¿no le parece a usted?

Ernst se enfadó por el tono despectivo con el que se había expresado el artillero cervecero acerca de la mujer del pelo negro y se despidió. Todavía tenía algunos fragmentos de melodías en el oído y decidió escribir a su esposa para que tomara de inmediato clases de canto.

* No existe capítulo 14. Así se publicó el libro desde sus primeras ediciones y así se ha reeditado en Alemania desde entonces.

Por lógica, el capítulo 14 debería haber empezado en la página 204, antes del último párrafo. (N. del E.)

LA BATALLA SOBRE la que Falkenhayn había informado por escrito al canciller estaba en pleno curso cuando Ernst llegó a Pleß. Ya en el mes de septiembre de 1914 los austríacos habían tenido que emprender la retirada de su provincia de Galitzia Oriental. Unas pérdidas tremendas, la disentería y el cólera diezmaron sus ejércitos, al tiempo que los rusos avanzaban y los serbios se mantenían en sus posiciones. En esa situación servían de bien poco todas las victorias en las batallas libradas por los ejércitos alemanes en Prusia Oriental y posteriormente en las proximidades de Varsovia. Austria estaba tan amenazada que se hablaba ya de una retirada a la denominada «línea del Danubio», Budapest-Viena.

El año 1915 no comenzó mejor. Hindenburg había batido por segunda vez a los rusos en la batalla de invierno en Masuria, pero cuanto mayores eran las pérdidas en los sectores alemanes de aquel frente larguísimo, infinito, con tanta mayor obstinación lanzaba el alto mando ruso todas sus fuerzas disponibles contra las líneas austríacas para desmembrar al enemigo más débil y poder acosar a los alemanes por el flanco.

En el mes de marzo capituló la fortaleza de Przemyśl, asediada por los ejércitos rusos. Entonces Falkenhayn se decidió a dejar durante un tiempo en una mera actividad defensiva el frente occidental y a atacar a los rusos en Galitzia con fuerzas alemanas. Para este cometido se seleccionaron tropas especialmente probadas en combate y se las equipó con tanta artillería como jamás se había empleado hasta entonces en campo abierto. Para sorprender a los rusos, se puso en marcha todo con gran secreto y sigilo y no se informó al alto mando austríaco hasta que ya rodaban por las vías los primeros trenes con munición hacia Galitzia. El ataque que había planeado el coronel Von Seeckt comenzó el 2 de mayo y fue un éxito a pesar de que las tropas inglesas cerca de Loos y las francesas en la región de Arrás procedieron a realizar una ofensiva para aliviar a los rusos, quienes enviaron desesperados mensajes a

sus aliados.

Joffre ordenó instalar aguadas por detrás del frente y de construir carreteras y vías de ferrocarril que pudieran conducir la munición y las tropas de reserva lo más cerca posible del frente.

El frente ruso quedó roto. Durante días avanzaron las tropas atacantes, y cuando Falkenhayn mandó trasladar allí a tres divisiones y media más procedentes del frente occidental, fueron reconquistadas, primero Przemyśl y, a finales de junio, Leópolis. Hungría quedaba liberada del peligro de una irrupción rusa; los importantes yacimientos petrolíferos en las cercanías de Drogóbych pasaron de nuevo a manos austríacas. El alto mando ruso tuvo que enviar a Galitzia a un ejército que estaba estacionado en Odesa para un ataque a los turcos con el fin de detener de una vez el avance alemán.

La batalla de Leópolis, una pieza maestra de la estrategia militar, fue estudiada en todos los Estados Mayores. Cuando se fue acercando el verano, Joffre, jefe del Estado Mayor francés, decidió copiarla y, empleando los mismos medios y el mismo método, quiso volar por los aires el frente alemán, ese cinturón de alambre, y de barro, y de seres humanos, que tenía oprimido el cuerpo desnudo de Francia, y pretendía hacerlo igual que el ejército de Mackensen había despejado el cerco ruso. Joffre era un hombre de sesenta y tres años y un cerebro matemático. «Francia —decía él en su entorno— lleva defendiéndose ya diez meses. Las cosas no pueden continuar así. ¡Tenemos que atacar!». Al mismo tiempo estaba agobiado por grandes preocupaciones. Varsovia parecía que iba a caer en manos de los alemanes. Los serbios no acababan de decidirse a atacar. Italia, en la que se habían depositado algunas esperanzas, falló. Los turcos, soldados valerosos, resistían todos los ataques en los Dardanelos.

A finales de junio Joffre creó cuarenta divisiones de infantería nuevas, reduciendo la composición de sus compañías de infantería de 220 a 200 hombres. A continuación se dirigió al cuartel general inglés para persuadir a los ingleses de efectuar un gran ataque conjunto contra los alemanes en las regiones de Artois y de Champaña. French, jefe del Estado Mayor inglés, fuertemente impresionado por la magnitud de la derrota rusa, se declaró dispuesto. Joffre regresó a casa y prosiguió con los preparativos. A primeros de agosto se enteró de que French había cambiado de parecer y que ya no

deseaba volver a oír nada de un ataque. Joffre avisó al gobierno de París. A mediados de agosto apareció lord Kitchener en suelo francés. Joffre viajó a su encuentro y lo acompañó al frente. Desde la torre de una iglesia, Kitchener estuvo contemplando durante mucho rato el entramado de trincheras de ambos ejércitos. «No sé qué puede hacerse aquí —dijo finalmente—, ¡esto no es una guerra!». Joffre escuchó en silencio, como se escucha a un extranjero que habla de cosas que no entiende.

Al día siguiente consiguió que French y el ejército inglés estuvieran prácticamente subordinados al mando francés. Tras esta victoria diplomática, Joffre se dirigió rápidamente donde los belgas, quienes le prometieron realizar durante su gran ofensiva pequeños ataques contra los alemanes, y de los belgas se fue directamente al jefe del Estado Mayor italiano, el general Cadorna, que se comprometió a atacar de nuevo con todas sus fuerzas a finales de septiembre a orillas del río Isonzo.

En opinión de Joffre, los alemanes debían su victoria en Galitzia a dos factores: la intervención copiosa de la artillería más pesada en campo abierto y el empleo de granadas que, rellenas de gas, habían asfixiado a miles de rusos en sus trincheras. Decidió aplicar ambos medios pero con una potencia diez veces mayor.

La parte de la región de Champaña en la que los franceses querían atacar es un territorio despoblado, improductivo, que en el lenguaje popular se denomina la «Champaña piojosa». Incluso en la actualidad, cuando se va a Châlons, uno puede viajar a toda velocidad durante horas sobre una carretera recta sin divisar ninguna población humana a lo largo y ancho del recorrido.

Las trincheras de ambos enemigos se encontraban en este frente separadas en parte a una distancia de entre 300 y 500 metros. Recorrer esa distancia tan grande para un asalto resultaba peligroso. Joffre ordenó a los telares franceses que tejieran gigantescas lonas de color marrón grisáceo. Cuando llegaron estas, las tropas francesas, amparadas por la oscuridad de las noches y por el camuflaje de las lonas solicitadas, se internaron en la tierra de nadie por delante de sus trincheras y volvieron a atrincherarse frente a las alemanas a una distancia de ellas que oscilaba entre los 100 y los 50 metros.

Acto seguido, Joffre mandó construir desde las nuevas posiciones unas trincheras de aproximación que llegaron a alcanzar hasta cinco kilómetros de

longitud. Estas galerías ocultas tenían que conducir a las tropas de reserva hasta el lugar del ataque sin exponerse al peligro del fuego de barrera enemigo.

En el plan de ataque intervenía también la caballería para, una vez dispersado el frente alemán, penetrar de inmediato en las principales estaciones situadas en la retaguardia alemana. Con esta finalidad se habilitaron en el interior unos amplios emplazamientos tapados, desde los cuales unas rampas conducían a las trincheras de aproximación excavadas con holgada anchura y profundidad. Igual que un chorro de agua irrumpe desde la tierra, el cuerpo de caballería francés debía aparecer frente a la posición alemana y derrotar por completo al enemigo tomado por sorpresa.

Los tremendos preparativos de Joffre acabaron con una orden del comandante en jefe que fue enviada a todos los oficiales para su conocimiento.

«El soldado francés —se decía en ella— se desempeña con tanta mayor valentía cuanto mejor comprende la importancia de la acción ofensiva en la que participa, y cuanto mayor confianza tiene en las medidas adoptadas por sus superiores. Por ello es necesario que los oficiales de todas las graduaciones expliquen desde hoy mismo a sus subordinados las mejores condiciones en las que se desarrollará el próximo ataque de nuestras tropas. Se ha hecho todo lo posible para que este ataque pueda emprenderse con un número considerable de efectivos y con enormes medios materiales. Se ha doblado ampliamente el número de ametralladoras. Los cañones de la artillería de campaña disponen de una importante reserva de munición. Una considerable cantidad de piezas de artillería pesada están preparadas, y el acopio de munición prevista para cada cañón supera el mayor consumo consignado nunca hasta la fecha.

»El ataque tiene que ser general. Se compondrá de varios grandes ataques simultáneos que se desarrollarán en frentes muy amplios. Participarán las tropas belgas e inglesas. El momento es favorable, ya que los alemanes, durante este último mes, han retirado a tropas de nuestro frente para utilizarlas en el frente ruso.

En cuanto el enemigo quede conmocionado, atacarán por su parte las tropas de los frentes hasta entonces inactivos para completar la confusión y conducir a la eliminación del enemigo. No se tratará de ocupar las primeras trincheras enemigas, sino de avanzar día y noche sin descanso a través de la segunda y

tercera líneas hasta campo abierto. La caballería al completo participará en estos ataques. La simultaneidad de los ataques, su ímpetu y su extensión impedirán al enemigo reunir a sus fuerzas de reserva de infantería y de artillería en un punto, tal como ocurrió en el norte de Arrás. Estas circunstancias aseguran el éxito».

Poco antes del ataque, esta orden fue completada con una segunda en la que se decía: «35 divisiones al mando del general de Castelnau, 13 divisiones al mando del general Foch, 13 divisiones inglesas y 15 divisiones de caballería (entre ellas, 5 inglesas) están preparadas para el ataque. Tendrán la cobertura de 2.000 piezas de artillería pesada y 3.000 cañones de campaña. Se han reunido todos los requisitos para un éxito seguro, sobre todo si recordamos que nuestros últimos ataques tuvieron la cobertura de tan solo 300 cañones. ¡Va a dar comienzo la mayor batalla de todos los tiempos!».

POR EL LADO alemán, al principio no se tenía ni idea de esos inminentes ataques. A finales de julio Falkenhayn se trasladó durante unos días a Metz. Casi la totalidad de los comandantes de los ejércitos del frente occidental opinaba que no se esperaban ataques de los franceses e ingleses a corto plazo. A continuación decidió granjearse un éxito especial ante su jefe supremo, el káiser, y limpiar los territorios de la Alta Alsacia que seguían ocupados por las tropas francesas. Sin embargo, el general Von Knobelsdorf, informado de aquellos preparativos, lo indujo a renunciar a ese plan, y Falkenhayn regresó a Pleß con una decepción más.

Allí recibió a mediados de agosto los informes de espías que hablaban de una ofensiva en el frente occidental que iba a producirse con una probabilidad elevada, pero no fueron capaces de aducir ni el lugar ni las fechas. Falkenhayn los despachó malhumorado. Él estaba ocupado con los preparativos de una nueva campaña militar en Serbia, y no creyó lo que no quería creer. «El número de víctimas francesas es ya demasiado elevado —decía en su entorno—, de modo que el gobierno no puede asumir la responsabilidad de nuevas víctimas. No atacarán. ¿Quieren enviar a la muerte también a esa gente que ya no está haciendo hijos, a los últimos que les quedan?»

Algunos días después, un desertor, aportado por el VIIº Cuerpo de Reserva alemán, anunció grandes ofensivas para mediados de septiembre. Entonces el comandante del IIIº ejército, el general Von Einem, se dirigió en persona al frente. El terreno albarizo recubierto por tan solo una fina capa de humus de la región de Champaña hizo visibles en gran medida para el telescopio los trabajos que los franceses estaban realizando en tierra. De vuelta a su cuartel, Von Einem comunicó al Alto Estado Mayor del Ejército que las excelentes fotografías aéreas que siguieron, recibidas por mensajería, demostraban que el enemigo estaba realizando trabajos. La ejecución de las obras era llamativamente buena, se llevaba a cabo sin ninguna consideración a las

pérdidas y estaba cubierta por intenso fuego artillero. Si a esto se añadían los movimientos de tropas y de convoyes observados recientemente, las declaraciones de prisioneros, el hallazgo de muertos que apuntaban con seguridad a relevos, traslados y refuerzos, no había que contar entonces únicamente con la posibilidad sino más bien con la elevada probabilidad de un ataque. Y pidió artillería.

El Alto Estado Mayor del Ejército le telegrafió de vuelta que el deseado equipamiento de las divisiones con artillería no era posible por el momento. A comienzos de septiembre las llamadas a Pleß desde el frente occidental se volvieron cada vez más apremiantes. Irritado, Falkenhayn mandó venir al comandante en jefe del Cuerpo de Artillería al cuartel general. Con un inventario de 1.021 piezas de artillería, entre ellas 265 piezas de artillería pesada, el general calificó de urgente la asignación de algunas piezas de artillería pesada de campaña.

Cuando el general regresó al frente occidental, Falkenhayn le asignó a tres oficiales de su entorno, uno de los cuales era Ernst Chindler.

A MEDIADOS DE SEPTIEMBRE Ernst Chindler llegó a Vouziers, el cuartel general del IIIº Ejército. Cuando al día siguiente prosiguió su viaje al cuartel general de división, le pareció que la batalla en la que no se quería creer en Pleß estaba ya en plena marcha. Todo el territorio estaba sometido a intenso fuego de artillería pesada francesa, excelentemente combinado con la aviación. Por todas partes había bosques, estaciones y poblaciones que Ernst había llegado a conocer, convertidas en escombros con humaredas negras. Los reservistas trabajaban para llevar a retaguardia el material para las trincheras, unas cantidades ingentes de madera, alambrada, postes de hierro y estacas, tablas, cemento y grava, lámparas de carburo, velas, azadas, palas, layas, taladradoras, aparatos de escucha, tuberías, aparatos bombeadores, chapa ondulada, tela asfáltica, tela metálica y vidrio. Se evacuaron los hospitales militares y se llevó a los heridos a lo que quedaba de los bosques.

El 17, escuadrillas de la aviación francesa bombardeaban las estaciones de Douai, Somain y Cambrai, imprescindibles para el desplazamiento de las tropas alemanas. El 18, el enemigo disparó proyectiles de fósforo blanco que incendiaban todo lo que fuera inflamable y que envolvió la zona en impenetrables nubes de humo. El 19 se incrementó el fuego contra las líneas alemanas más avanzadas de tal modo que el muro levantado con las masas de barro catapultadas hacía imposible toda visión desde atrás. Ahora que ya no se veía nada, falló también la transmisión de noticias. A pesar de que las redes telefónicas separadas de infantería y artillería habían sido trasladadas desde las trincheras delanteras hasta posiciones más resguardadas de detrás, todas parecían estar destrozadas. El fuego defensivo de la artillería alemana se volvió escaso e inseguro. Las balas luminosas, con las cuales las guarniciones atrincheradas reclamaban un fuego de barrera cada vez más intenso y de mejor calidad, alcanzaban una altura demasiado escasa y con frecuencia eran incapaces de sobrepasar las nubes de polvo y de humo, altas como montañas y

desencadenadas por los proyectiles enemigos.

El 21 se convocó un consejo de guerra para deliberar sobre la situación. El general Von François no esperaba ningún ataque y consideró que la actividad francesa era tan solo de demostración de fuerza. El general Von Armin esperaba un ataque al sur del canal de La Bassée. El general Von Pritzelwitz contaba con un ataque, y el general bávaro Von Fasbender creía que se produciría un ataque contra su ala derecha. Acto seguido, Chindler recibió la orden de dirigirse a la primera línea y de transmitir las órdenes pormenorizadas.

Cuando a eso de las diez de la noche abandonó su vehículo para hacer a pie el resto del camino, que estaba sometido al fuego de la artillería, se encontró para su sorpresa con un viejo campesino con la barba cana, que estaba sentado al lado de su casa derruida por los proyectiles.

—C'est ça votre maison? —le preguntó.

—Eh, oui, mon bon monsieur —respondió el anciano—, c'est ma maison là, on n'a pas voulu partir, on tient à sa terre!

—Même sous les obus et la mitraille? —preguntó Chindler, y siguió su camino meditabundo sin esperar una respuesta del campesino, que volvió a ensimismarse en su silencio y que ni siquiera miró al oficial al alejarse de él.

El correo que acompañaba a Chindler le preguntó lo que había hablado con el campesino. Chindler se lo contó, y el soldado movió su bigote rojizo.

—¿No haría usted eso? —preguntó Chindler.

—No —dijo el hombre—, yo no me quedaría voluntariamente en esta zona.

Los dos hombres siguieron caminando en silencio. Había llovido al inicio de la noche, y sus pesadas botas chapoteaban en el suelo convertido en una papilla de lodo. Al cabo de una hora de marcha llegaron a una hondonada en la que se había estancado el olor nauseabundo de cuerpos en descomposición.

—¿Cree usted que llegaremos con vida? —preguntó Chindler cuando volvieron a estar de nuevo en campo abierto.

El correo se detuvo y olfateó en la oscuridad.

—A la derecha —dijo en voz baja—, tenemos que mantenernos por la derecha. Van a disparar inmediatamente en esta dirección.

—¿Cree usted que se nos ve?

—Eso es imposible —dijo el hombre—, pero cubren el terreno

alternativamente... propongo echar a correr, mi teniente.

Chindler corrió todo lo rápido que pudo. Al cabo de un rato lo detuvo el correo.

—Bueno —dijo este—, ahora deberíamos poder seguir caminando otra vez... ¿Ve usted...? ¡Dese la vuelta, ahora están batiendo la zona que queda detrás de nosotros!

—¿Cómo lo sabía usted? —preguntó Chindler asombrado.

—Todo funciona en modo fábrica —dijo el correo—. Esos de ahí no tienen muchas ganas tampoco de tomarse tiempo para reflexionar. Disparan siguiendo un patrón, y cuando lo descubres, te puedes atener a él con cierta seguridad.

«Es un tío listo, sí señor», pensó Chindler.

«Si hacen lo que se les dice —pensó el correo—, puede sacarse mucho provecho de los oficiales».

—Sus prismáticos hacen ruido —dijo a Ernst Chindler—. Pronto estaremos al alcance de los oídos enemigos...

Ernst agarró los gemelos y los guardó en el bolsillo del abrigo.

—Maldición... —dijo el hombre de repente, y se arrojó de bruces al suelo. Chindler cayó de rodillas cuando el soldado lo agarró de la bota y tiró de él con tanta energía que aterrizó en el barrizal. Ascendió una bala luminosa y el terreno se iluminó como si fuera de día, luego siguió una segunda, de color rojo, y una tercera, de color verde.

—Si van a encender el árbol de Navidad, llegaremos muertos —dijo el hombre—. ¿Qué hora tiene usted, mi teniente?

—La una y cuarto —dijo Chindler, que volvió a guardarse el reloj con cautela.

—No suelen disparar tan temprano —dijo el soldado—. No sé, pero este terreno se me está volviendo inquietante. Esos andan preparando algo.

Las balas luminosas se apagaron. Los dos se levantaron y siguieron caminando a buen ritmo. Chindler se limpió la cara con las mangas. El corazón le latía a tal velocidad que apenas podía respirar. A la una y media llegaron a la primera línea de fuego y los condujeron a un refugio subterráneo.

Era el 22 de septiembre. Joffre había finalizado sus preparativos. A las cinco dio por teléfono la orden de comenzar a las siete en punto con fuego nutrido. Era el primer fuego de este tipo, y las guarniciones de las trincheras,

apiñadas en los refugios subterráneos, esperaban hora tras hora a que disminuyera aquella descarga de la artillería, demencial, ininterrumpida. El aire en aquellos agujeros se consumía, y apenas se podía seguir respirando. Ernst estaba tumbado en el suelo pisoteado y dormitaba. El capitán, que estaba sentado a la mesa leyendo *Las afinidades electivas*, se iba poniendo cada vez más nervioso. «Esto va a acabar en un ataque —decía de tanto en tanto—, ¡en un ataque asesino!». Luego seguía leyendo pero con un oído puesto en los disparos, para salir a las trincheras en el mismo instante en que acabaran estos. Las trincheras francesas se hallaban en ese punto a escasos ochenta metros de distancia. Dos minutos podían ser decisivos. Si el enemigo efectuaba una ofensiva antes de que se situaran en las trincheras, podían verse arrollados antes del tiempo que se tarda en contar hasta tres.

Llegó el día y el enemigo seguía disparando sin pausa. El 23, a primera hora, quedó sepultada la entrada a la galería.

—A trabajar ahora mismo —gritó el capitán—, de lo contrario nos vamos a asfixiar vivos aquí.

Los soldados trabajaron hasta que la entrada quedó de nuevo expedita.

—Por lo general no pensamos para nada en lo bueno que es un poco de aire fresco —dijo el correo, que estaba sentado al lado de Chindler. Hacia mediodía estalló una bomba arrojada desde un avión y volvió a sepultar la entrada por segunda vez. Chindler vio que los movimientos de los hombres se ralentizaban cada vez más. Todos tenían dolor de cabeza, hambre, sed, ahogo, náuseas.

El 24 pareció que cedía el fuego; a eso de las ocho paró.

—A las armas —dijo el capitán, pero mientras ayer todavía gritaba, esta vez lo dijo casi como un susurro, como si estuviera ronco. Todo el mundo corrió a los hoyos que quedaban todavía de las trincheras bien construidas. En ese mismo momento comenzó de nuevo el fuego, como si en realidad no hubiera acabado en ningún momento. La primera salva descuartizó a la mitad de la guarnición; los que quedaron se apresuraron a regresar a los refugios.

—A esto lo llaman hoy en día «ardid de guerra» —dijo el capitán.

Volvió a pasar otro día y una interminable noche que siguió lentamente al día. El 25 por la mañana, hacia las seis y media, el fuego se intensificó en una potencia que hasta entonces se había creído inimaginable. «Santo cielo —

pensó Chindler—, ¿pero cuántos cañones tienen? ¡Esto es una locura!». Luego comenzó a limpiarse las uñas por décima vez.

EN LA TARDE del día 24 el general De Castelnau ordenó el asalto para la mañana siguiente a las diez y cuarto. Cuando llamó por teléfono a la mañana de ese día, le comunicaron que llevaba lloviendo desde medianoche. Eso era una mala noticia. Si el suelo estaba blando, los asaltantes podían quedarse atascados. Pero los preparativos ya estaban hechos. Si esperaban y continuaba lloviendo, la situación no podía sino empeorar.

A las diez y catorce minutos se avanzó el fuego desde las primeras líneas alemanas hacia las líneas traseras. En las trincheras francesas los abanderados desprendieron las fundas. Con la cabeza echada hacia atrás, los trompetas dieron la señal. Diecinueve divisiones francesas abandonaron sus posiciones para romper el frente del enemigo, que estaba mantenido por ocho divisiones.

Los regimientos franceses se estructuraron en tres oleadas de ataque por batallón que avanzaban una detrás de la otra separadas por una distancia de cincuenta metros. En la primera oleada iban los granaderos, los veteranos con experiencia. Curiosamente se asemejaban a campesinos porque llevaban sacos colgados del cuello de los cuales agarraban con amplia brazada las granadas de mano, que lanzaban después con gran impulso y velocidad. Pegados a ellos seguía una sección de zapadores, encargada de despejar los restos de la guarnición enemiga en las trincheras conquistadas, matar a los defensores reacios a entregarse y conducir a retaguardia a los prisioneros. A las tres oleadas asaltantes les seguían en formación cerrada las tropas de reserva, que en algunos puntos estaban encabezadas por oficiales a caballo, visibles desde lejos.

Por delante de las tropas de reserva iban pequeñas secciones de comunicaciones a quienes se había ordenado establecer de inmediato conexiones para que la comandancia francesa no perdiera en ningún instante el contacto con las tropas asaltantes. Las tropas de choque propiamente dichas no debían detenerse a realizar ningún tipo de tareas secundarias, sino avanzar

constantemente.

El frente en el que atacaron los franceses tenía una extensión de diecisiete kilómetros. En muchos puntos las guarniciones alemanas fueron tomadas por sorpresa. Antes incluso de que la tropa hubiera abandonado los refugios, los franceses ya se les habían echado encima. En otros puntos no quedaba ningún soldado con vida. Casi todas las galerías con una profundidad menor de seis metros recibieron el impacto del fuego enemigo y sus ocupantes fueron aniquilados.

En la diminuta sección de aquel gigantesco frente que Chindler podía abarcar con la vista el nerviosismo del capitán se había visto recompensado. Cuando Chindler salió corriendo del refugio con los demás, vio acercarse a miles de figuras, las cuales, envueltas en largos abrigos de color azul claro, con cascos de hierro en la cabeza, se aproximaban como una visión aterradora. Entonces cayeron los primeros. El fuego enemigo había destrozado en jirones la alambrada de espino artificial frente a la posición alemana, pero esos jirones estaban en el suelo con sus pinchos formando un nuevo obstáculo, solo que modificado. Volvieron a caer algunos de los asaltantes, y Chindler se sorprendió de que al caer levantaran los brazos hacia el cielo igual que en los cuadros y en las fotografías. El correo, que estaba cuerpo a tierra junto a él utilizando un cráter del terreno como parapeto, gritó algo así como «en el punto de mira», que Chindler no entendió. Entonces dijo apuntando:

—¡Bueno, ahora toca enviar algunos saludos de despedida!

Ernst apuntó también cuando recibió un impacto tremendo en la cabeza y en el estómago, y se desplomó sin conocimiento.

FALKENHAYN SE HABÍA marchado de Pleß el día 21, acompañando al káiser. De camino en su tren, le fueron entregados de forma reiterada avisos de peligro extremo de ataques enemigos, pero el estratega se los guardó para sí. No creía en un ataque y se propuso enseñar a los generales de los ejércitos del frente occidental algo de la serenidad prusiana. El 23 llegó a Estrasburgo, donde pasó revista a las tropas. El 24 apareció en Metz. Cuando estaba a punto de subirse a su automóvil para proseguir su viaje, lo llamaron porque alguien esperaba al teléfono con urgencia. El jefe del IIIº Ejército, el general Von Einem, le comunicó que el fuego nutrido había alcanzado en su sector del frente tales dimensiones que contaba con un ataque en cualquier momento. Falkenhayn se puso furioso.

—Le ruego, Excelencia —dijo en tono mordaz—, que no se altere. Los franceses no atacarán. ¡No tienen agallas!

—El general Von Falkenhayn opina que los franceses no tienen agallas —dijo Von Einem a su oficial adjunto cuando hubo colgado el auricular—. ¿Puedo pedirle fuego, por favor? Mi puro tampoco tiene agallas.

Y se dejó caer en un sillón con la cara roja como un tomate por la indignación.

El 25, cuando ya estaban en plena marcha los tremendos ataques de los ingleses en la región de Artois y de los franceses en Champaña, el jefe del Alto Estado Mayor había llegado al mediodía, vía Montmédy, a Stenay, el cuartel general del Vº Ejército. Llovía a cántaros. En el patio de la prefectura salió un coronel al encuentro del general. Este hombre tenía la cara blanca como la nieve. Falkenhayn se detuvo debajo del tejado de cristal de la escalera y escuchó las novedades en silencio. «Desde el cuartel general del IIIº Ejército —leyó el coronel—, ha llegado un mensaje de radio dirigido al Vº Ejército: el enemigo ha roto el frente en la zona de Souain Somme-Py. Se solicitan refuerzos. Al mismo tiempo, el VIº Ejército ha comunicado lo

siguiente: las tropas inglesas han irrumpido en las posiciones del VIIº Cuerpo, por el oeste de Aubers, mediante un ataque con gas. Refuerzos son absolutamente necesarios. Esto es todo».

Falkenhayn se aflojó el cuello de la guerrera con el dedo índice de la mano izquierda. A continuación se dirigió a la primera sala que encontró. La imagen de la situación que él había mantenido hasta entonces con tenacidad había cambiado de golpe.

—¿Qué significa eso —dijo arrojando el telegrama encima de la mesa— de que han irrumpido mediante un ataque con gas? ¿Desde cuándo se telegrafían semejantes poemas líricos? ¡Han irrumpido y ya está!

Contempló el mapa y mandó que le pusieran en comunicación con el VIº Ejército, en donde le habían descrito la situación como extremadamente grave. Todavía estando en Stenay ordenó el transporte inmediato de la 56.ª División de Infantería estacionada cerca de Sarreburgo, en la Lorena, en dirección al IIIº Ejército. A continuación mandó que lo llevaran a toda velocidad a Mézières, al cuartel general.

De camino echó un vistazo al reloj. «Ahora es la una y cuarenta y dos minutos —pensó—. Si a las once treinta ya han roto el frente, ¡puede que estén ya detrás de las posiciones de las tropas de reserva! —De nuevo volvió a aflojarse el cuello de la guerrera con el dedo índice de la mano izquierda—. El káiser —continuó pensando—, será el primero en derrumbarse». Se acordó de una escena después de la batalla de Langemark en la que el káiser lo trató como si no existiera mientras hablaba a su entorno en voz alta de ciertas personas que eran, a su entender, una retahíla de decepciones, y recordó también otra escena en la que el káiser lo había abrazado entre lágrimas y lo había besado en ambas mejillas.

Volvió a echar un vistazo al reloj. Era la una y cincuenta y dos minutos. En media hora iba a llegar a Mézières y a enterarse de todo. ¿Qué podía hacerse en realidad? ¿De dónde podían retirarse tropas? En el fondo, Falkenhayn sabía tan poco como cualquier otro general de cómo había que emplearse en esa guerra. De tanto en tanto probaban en una batalla y confiaban, mientras se estaba produciendo, en Dios y en la valentía de las tropas, es decir, de las masas, de las cuales no se hablaba por lo general.

El káiser ya había viajado la tarde anterior a Mézières. «¿Quién está en

Mézières —pensó Falkenhayn—, que pudiera informarle?». Hizo un repaso mental de todos los apellidos, especialmente los de sus enemigos personales, y respiró hondo cuando pudo decirse que por sentido común no había nadie en el cuartel general que pudiera atreverse a informar al káiser por encima del jefe del Estado Mayor.

Sin embargo, ya en la curva siguiente volvió a recaer en su pesimismo. No había manera de ganar la guerra. Había que emplear toda la fuerza, defenderse e indagar cómo podía llegarse a una paz. La corona no presentía en absoluto el peligro en el que se hallaba. Gentes del tipo de Ludendorff, a las que el káiser comenzaba a tomar aprecio últimamente, y que trataban de desprestigiarlo a él, a Falkenhayn, eran pequeñoburgueses venidos a más, a quienes no atormentaban para nada semejantes consideraciones. «Se está cavando su propia tumba —pensó Falkenhayn acerca del káiser—, si se mezcla con esos tipos».

—¡Por los sacramentos del Señor, conduzca usted más rápido, soldado! —le gritó al chófer, pero el acelerador hacía ya mucho rato que estaba al límite, y el motor no daba para más revoluciones.

Cuando Falkenhayn entró en Mézières, había sucedido el milagro. En la zona de Artois los ingleses solo habían sido capaces de apoderarse de la posición más avanzada. Cuando intentaron seguir avanzando, no solo fueron detenidos por los contraataques alemanes sino que en algunos puntos incluso se vieron obligados a retroceder. A propuesta del jefe de operaciones, Falkenhayn desplazó de Alsacia a una de las últimas divisiones de reserva al Xº Cuerpo de Ejército a Champaña y al Cuerpo Armado de la Guardia, recién llegado a Bélgica procedente del frente oriental, al VIº Ejército.

Entonces se dirigió al káiser y le informó del rechazo victorioso de los ataques ingleses en la zona de Artois y que con respecto a los avances de los franceses en Champaña había que confiar con buena conciencia en la valentía inigualable de la tropa. El káiser escuchó en silencio. Como había escuchado lo que quería escuchar, acabó sonriendo. Cuando Falkenhayn salió de la sala bañado en sudor, había cosechado dos victorias; una, sobre los ingleses, y otra, personal, con el káiser. Ahora bien, todo dependía de que las tropas que estaban luchando en Champaña cumplieran con las expectativas puestas.

ERNST CHINDLER VOLVIÓ en sí al entrarle la lluvia por la boca abierta. Se incorporó tosiendo y escupiendo. No estaba herido; un enorme terrón de tierra había volado contra su estómago y lo había dejado aturdido.

—Pero si sigue usted con vida —lo saludó el correo.

—¿Qué está sucediendo realmente? —preguntó Ernst Chindler.

—Yo tampoco lo sé —dijo el soldado—. ¡Aquí están todos muertos!

Chindler contempló el campo de batalla y no pudo explicarse aquel extraño brillo azulado que se extendía por el paisaje. De repente vio que eran franceses caídos, que en algunos puntos yacían como si estuvieran segados, literalmente, a veces uno al lado de otro.

—¿Dónde está el enemigo? —preguntó.

El correo señaló con el pulgar hacia las posiciones alemanas de retaguardia.

—¿Han roto el frente? —preguntó Chindler.

—Por aquí, seguro.

—¿Y dónde está ahora?

El correo se encogió de hombros. Al cabo de un rato dijo:

—Si siguen corriendo de la manera como nos han pasado por encima, pronto llegarán al Rin.

—¿Dónde está el capitán?

—Al lado de usted.

Chindler se giró a un lado y vio lo que quedaba del capitán, un tronco sin cabeza. La mano derecha del muerto, metida en un guante nuevo de piel marrón, estaba alzada. Los dedos abiertos tensaban la piel de cabra, y ese movimiento congelado parecía el brazo de una muñeca de trapo en el escaparate de una tienda de confección para caballeros. Esa visión repentina convulsionó el estómago de Chindler, que no pudo sino vomitar antes de poder ponerse en pie. Al mismo tiempo, un sudor frío le recorrió la frente. Al cabo

de cinco minutos se encontraba bastante mejor.

—¿Cuántos quedamos? —preguntó a los soldados que lo habían estado mirando con atención.

—Diecisiete con usted, mi teniente —dijo alguien.

—Entonces somos demasiados para quedarnos aquí —dijo Chindler—. La cuestión es únicamente qué dirección hay que tomar.

—En el sur está el enemigo —dijo el correo—, y ahora está también en el norte. Yo diría que lo mejor es ir hacia el noreste. Tal vez encontremos por allí a algunos de los nuestros.

Chindler iba a dar la orden de marcha cuando un soldado exclamó:

—¡Por allí vienen de nuevo!

El correo miró en la dirección señalada. A continuación, con un lanzamiento imponente, arrojó lejos una ametralladora que tenía a su lado.

—Cuando el franchute ha recibido una paliza, se enfada mucho —dijo, y Chindler vio que aquel hombre parecía tener miedo en ese instante por primera vez—. Pero no tiene por qué tomarse la venganza conmigo —prosiguió diciendo el correo.

Chindler se levantó para poder seguir observando la situación. A bastante distancia divisó a secciones francesas que no podían ser muy grandes. Se acercaban, es decir, venían desde las posiciones de las tropas de reserva en la retaguardia. Sin embargo, no iban encaminados hacia el pequeño grupo de Chindler, sino que se desviaron más a la derecha.

—No disparen —dijo en voz baja—. Todavía están demasiado lejos.

Las columnas avistadas se disiparon de nuevo.

—¿Cómo se llama usted realmente? —preguntó Chindler al correo.

—Urbschat —dijo el soldado—, de nombre de pila Georg.

Cuando el capitán cayó y Chindler yacía aparentemente muerto, ensangrentado y embarrado, Urbschat se tumbó en tierra junto a los demás, permaneciendo inactivo o, mejor dicho, al acecho únicamente de los peligros amenazadores. Cuando Chindler volvió en sí, también él se movió despabilado como una trucha que uno arroja de vuelta al agua. Pertenecía a esa clase de trabajadores inteligentes y formados que de inmediato se hacen cargo de la dirección cuando hay una dirección ahí a la que se puede enseñar de un modo definido y objetivo lo que tiene que hacerse.

Pero mientras que el correo volvía a estar ahora completamente tranquilo sentado en un cráter, Ernst estaba nervioso e inquieto. En cualquier momento podían aparecer tropas francesas y disparar o capturar a su grupo. Él tenía pánico a caer prisionero; por otro lado, no sabía cómo actuar si de pronto aparecían tropas enemigas en superioridad numérica. «De una u otra manera pueden vernos», pensó, y se encendió un puro para tranquilizarse y hacer desaparecer el gusto intenso y repugnante de los ácidos gástricos. Al correo le dio también un puro. Urbschat se lo colocó debajo del casco.

—¿Qué hacemos si aterrizamos de pronto donde los franceses? —preguntó Chindler.

—Lo que usted diga —dijo el soldado al acecho.

Chindler se calló. Esas gentes harían probablemente lo que él les ordenara, pero tal vez se dejarían tomar como prisioneros.

—¡Preparados para partir! —ordenó.

Igual que en el patio del cuartel, los dieciséis hombres se pusieron en pie de golpe. Chindler estaba tan emocionado con esa valentía callada que habría sido capaz de besar el suelo sobre el cual se acababan de poner en marcha las torpes botas de aquellos hombres.

El terreno discurría entre colinas. Como había llovido durante horas, el suelo estaba blando como una ciénaga y sembrado de charcos grandes y pequeños que se habían formado en los cráteres producidos por la artillería, y rellenos con un agua lodosa, de color amarillento. El estruendo de los cañones se había intensificado de nuevo y parecía proceder de todos los lados. Al cabo de un cuarto de hora de marcha, el pequeño grupo abandonó la pendiente de una colina que los había mantenido a cubierto hasta entonces y todo el destacamento se detuvo sin esperar a recibir la orden. A mano derecha disparaban a campo abierto dos baterías que había que considerar alemanas porque desde la izquierda avanzaban hacia ellas nuevos destacamentos franceses bien nutridos.

Ahora bien, en aquel punto confluían dos caminos en ángulo agudo. Como ambos estaban ocupados por completo por columnas en marcha, se originó en la confluencia un tremendo caos. Los que avanzaban por delante en ambos caminos, presionados por los que venían detrás, se echaban mutuamente fuera de la senda al llegar al vértice del ángulo, los empujados empujaban a su vez

para regresar hasta que finalmente se formó una especie de pelea multitudinaria. «¡Nosotros llegamos primero!», gritaban los que venían por la izquierda, soldados jóvenes a quienes se había dicho que las posiciones alemanas estaban conquistadas y que esta vez lo habían logrado. «¡Dejaos de tonterías! —gritaban los que venían por la derecha—. ¡Pero esperad, que enseguida habremos pasado! ¡Moriréis pronto, ya veréis!». «Os comportáis igual que los ingleses», gritaban los de la izquierda.

Los oficiales, que intentaban llegar adelante desde posiciones atrasadas para desenredar el ovillo cuya causa no eran capaces de reconocer, quedaban detenidos en aquel terreno cenagoso o se hundían hasta el cuello en las charcas originadas por las bombas.

Las dos baterías alemanas estaban afinando el tiro y hacían mella, disparo tras disparo, en las torpes columnas francesas bien nutridas, que no podían avanzar ni retroceder. Las pérdidas fueron terribles. Durante unos instantes pareció que los muertos iban a despejar el camino para poder repeler los demás el ataque, pero entonces se acumularon tantos cadáveres, apilados como colinas, que llegaron a formar un nuevo obstáculo. El ataque tan meticulosamente preparado de Joffre se ahogaba también en este punto por la desorbitada masa humana empleada.

El correo armó su ametralladora en el suelo y comenzó a disparar en dirección a aquella muchedumbre apretujada. Los franceses se apercibieron de que ahora estaban recibiendo también disparos de ametralladora, y comenzaron a gritar. Algunos grupos abandonaron sus columnas, se apartaron del camino y trataron de avanzar campo a través para atacar al asalto a Chindler y a su gente.

Pero el lodo era insuperable. Los soldados, cada uno de los cuales cargaba con treinta kilos a la espalda, se hundían en el lodazal o tropezaban de agujero en agujero, y cada uno era una diana en movimiento. Algunos se arrojaron al suelo y disparaban, pero muchos fusiles se habían cubierto de barro y estaban atascados.

Con los ojos como platos, Ernst Chindler vio cómo eran aniquiladas miles de vidas en ese punto.

—¡Disparen! ¡Fuego! —vociferaba todo lo alto que podía. La derrota visible que la mala suerte deparaba al enemigo ante sus ojos lo embriagaba—.

¡Disparen! —volvió a vociferar, y no pudo evitar vomitar por segunda vez. Sin embargo, esta vez ni se dio cuenta apenas.

De pronto la batería alemana comenzó a recibir fuego artillero. Chindler lo vio, pero en ese mismo instante vio también que era demasiado tarde. El intento de trepar por encima de los montículos todavía calientes de los hombres caídos de delante parecía llenar de gran espanto a los que venían por detrás. Algunos dieron la media vuelta, otros los siguieron, hasta que todo el mundo dio la media vuelta y retrocedió. Desde aquella distancia no podían distinguirse las personas por separado, y aún menos las caras. Solo las banderas finalmente en retirada, que unas veces se detenían y otras se movían vacilantes, indicaban la confusión terrible que reinaba entre el enemigo.

—¡Vamos! ¡Vamos! —vociferaba Chindler como loco, y se puso a disparar en dirección al camino que se hallaba demasiado lejos. Sin embargo, el correo ya no disparaba, y los restantes soldados dejaron de hacerlo también.

—Ahora, hacia el norte —dijo Chindler enjugándose el sudor de la cara. Eran las 9 y ya de noche cuando el pequeño grupo alcanzó la posición de las tropas alemanas de reserva. Fue llegar, tumbarse todos y cada uno de ellos, y quedarse dormidos.

Las columnas francesas en retirada y anegadas se detuvieron, pero las tropas estaban tan desconcertadas y exhaustas que no pudieron ser movilizadas para nuevos ataques sino al día siguiente.

LA BATALLA DURÓ todavía hasta el 14 de octubre. El enemigo emprendía una y otra vez nuevos ataques, que eran repelidos, hasta que Joffre se vio obligado a ordenar el alto el fuego. Las baterías francesas se habían quedado sin ninguna munición.

No obstante, aquella batalla ya estaba perdida en la tarde del primer día. No se logró romper el frente por ningún punto. Después de arrollar los atacantes las primeras trincheras alemanas, fueron frenados por las posiciones de las tropas de reserva.

Joffre se había equivocado. Allí donde el fuego nutrido había dejado con vida a los soldados, estos ni se rindieron, ni el fuego incesante consiguió tampoco destrozarles los nervios hasta dejarlos fuera de combate. Solo se entregaron como prisioneros algunos destacamentos que se habían quedado sin balas. Si bien los campesinos rusos sucumbieron al horror inimaginable del primer fuego nutrido cerca de la localidad de Gorlice, el ruido de las ciudades, el estruendo de las fábricas y el sonido de las máquinas parecían haber preparado a los hijos del capitalismo.

A mediados de octubre ambos bandos volvieron a poner en orden sus respectivas trincheras y examinaron sus pérdidas. Ingleses y franceses habían perdido 250.000 hombres en la doble batalla de Artois-Champaña, y los alemanes, 150.000. Solo en Champaña habían caído por parte alemana 80.000 soldados y 17.000 oficiales, algunos miles fueron tomados como prisioneros y se perdieron 200 piezas de artillería.

El malestar reinaba en todas partes y donde más libremente se reflexionaba, en Londres. French, el jefe del Estado Mayor inglés, fue cesado de su cargo. «Dentro de poco sabrán incluso los niños que estos generales son unos chapuceros», explicó Lloyd George, ministro de la Guerra.

ERNST CHINDLER TUVO que permanecer en trincheras hasta el 4 de octubre; entonces lo relevaron. El primer conocido con el que se encontró en la retaguardia fue Konrad Hey.

Elegante, bien alimentado y con buen humor por las gratas noticias que llegaban del frente, saludó con cordialidad a Chindler. Ernst padecía una erupción cutánea por causas nerviosas, había pillado un nicotínismo por el constante fumar y estaba gruñón. Hey lo contempló y enmudeció. ¿Se habría enterado Chindler de su aventura con Lilli? Él se había olvidado completamente de ese lance ocurrido casi un año atrás. Ahora que tenía sentado delante al marido de Lilli, lo volvió a recordar. Cuando Chindler se quedó callado con obstinación en la mesa, haciendo bolitas con las migas del pan, se levantó con un pretexto cualquiera y abandonó el comedor de oficiales.

Para sorpresa suya, Chindler volvió por la noche a su mesa a pesar de que había aún muchas mesas libres.

—¿Sabe usted que Hörn está muerto? —preguntó Hey para mantener una conversación. Ernst se quedó aterrorizado y tuvo que controlarse con un supremo esfuerzo para no prorrumpir en sollozos y lágrimas. Tenía los nervios en un estado lamentable. A petición suya, Hey narró el suceso. El viejo artillero había viajado a Pont à Vendin para supervisar en persona la descarga de los trenes de munición en la estación de esa localidad. El primer tren había sido ya descargado a medias cuando la estación fue atacada por aviones. Una bomba alcanzó el tren y de la estación, de los vagones de mercancías y de todas las personas que estaban en las inmediaciones no quedó nada.

Chindler se levantó y se fue caminando hasta la cercana localidad de Pont à Vendin. Entre los montones de escombros de lo que una vez fue Pont à Vendin y entre los cráteres que en su día fueron calles y callejas, intentó recordar a Hörn. No había manera de lograrlo. Lo único que le venía a la imaginación era una barba blanca, algo hirsuta, que se movía en una barbilla. Todo estaba

oscuro y en silencio; Ernst se sentó sobre un arado abandonado y estuvo llorando un buen rato.

Hacia la medianoche regresó al comedor de oficiales. Hey seguía sentado a la mesa, rodeado por algunos compañeros. Todos bebían vino tinto.

—¿Le ha puesto usted una flor a su amigo Horn sobre la tumba al soldado desconocido? —preguntó un teniente que al parecer estaba informado de las buenas relaciones de Chindler con el general muerto. Chindler sonrió, y Hey lo contempló con admiración al tiempo que se corría a un lado para hacerle sitio. El hombre parecía completamente transformado, tenía un aspecto lozano con la cara distendida y sana.

—Piense usted lo que he hecho... —dijo Ernst.

—¡Ha llorado usted! —lo interrumpió el teniente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Chindler asombrado—. Pero es igual. Parece ser usted un buen conocedor de las personas. Sí, he llorado, cierto. — Los tertulianos lo contemplaron como se mira a una persona que de pronto dice algo del todo incomprensible. Chindler prosiguió—: Aunque no soy Aquiles, sin embargo he llorado como nuestro compañero de la escuela junto al cadáver de Patroclo. E imagínense, caballeros míos, siento que he actuado correctamente...

—Bueno, bueno —dijo un hombre mayor que también tenía la graduación de teniente—. ¿Adónde iríamos a parar si de repente todo el ejército quisiera llorar?

—¡A París! —dijo Ernst Chindler en tono cortante.

—Eso tiene que explicarlo usted —dijo Hey—. No lo entiendo.

Ernst Chindler narró con algo de detalle la historia de las dos columnas francesas que habían chocado la una con la otra en la confluencia de los dos caminos y la derrota surgida de ese hecho. Luego prosiguió:

—Eran demasiados. Por ello no tuvo éxito el ataque. Si hubieran sido menos, habrían arrollado a nuestras dos baterías en diez minutos. ¿Qué conclusión se extrae de ello? Una persona solo tiene algo de valor en la masa cuando dispone de espacio suficiente para seguir siendo un individuo.

De todos los lados le gritaron a Chindler que no lo entendían.

—Ni sé por qué se está haciendo esta guerra —prosiguió Chindler.

—¿Eh, cómo dice? —exclamó alguien. Ernst lo contempló y vio en aquella

cara hostil que él mismo no tardaría mucho en realizar alguna manifestación peligrosa. Sin embargo, pensó en la destrozada Pont à Vendin y decidió continuar hablando aun a riesgo de irse de la lengua.

—Déjenme que termine de hablar, aún me quedan cosas que explicar —dijo.

—Por supuesto, termine usted de hablar —exclamó el teniente entrado en años, que se puso contento de tener la última palabra. Quería enseñarle a ese extraño filósofo de una vez algo sobre el amor patriótico sin lágrimas. Mientras Chindler hablaba, él escuchaba solo a medias y se preparaba el colofón final.

—Voy a ser breve —dijo Chindler—. Cuando regresé aquí procedente de la batalla, me encontraba (y me sigo encontrando aún ahora) muy afectado, fatal, enfermo, por las imágenes terribles que tuve que presenciar, deprimido, atormentado por las pesadillas, yo diría que abofeteado, si no abatido ya, por la mano huesuda de la muerte. Me encontré con compañeros y traté de contarles algunas cosas, y no voy a silenciarles a ustedes que también les hablé de mí, resumiendo, hablé como me vino en gana. Para sorpresa mía me di cuenta de que ninguno quería escuchar. En cambio, esos que hacía un momento estaban desganados se convertían en oyentes complacientes en el momento en que yo dejaba estar el pasado y empezaba a hablar por los codos sobre el futuro o me ponía a cotorrear sobre nada, por ejemplo sobre mujeres.

—Sobre mujeres... claro... a eso lo llama nada... ja... ja —dijo un capitán. A continuación se recostó en su sillón y se quedó dormido, pues estaba completamente borracho.

—¿Por qué nos comportamos así? —prosiguió Chindler—. ¿Por qué jugamos a la guerra con nosotros mismos? ¿Por qué nos tratamos a nosotros mismos como a los hombres que van por delante de nuestros hombres de atrás?

Entró un ordenanza, puso dos velas encima de la mesa, apagó la luz del comedor y se marchó de nuevo.

—No entiendo esto —continuó diciendo Chindler—, y no se lo digo... a ustedes, señores míos, sino que me lo digo abiertamente a mí mismo: ¡yo tampoco quiero esto! ¿Por qué pensamos todos en lo que ocurrirá mañana o dentro de cuatro semanas mientras que para nosotros ya no existe el día de

ayer?

—Ya que hay que hacer y ganar esta guerra, pensamos solamente en la guerra —dijo Hey, que estaba escuchando atentamente a Chindler con la mano en el oído.

—Bien dicho —replicó Chindler—, la guerra existe, ¡pero también yo existo! Los dos existimos, los dos, sí. Por eso he decidido...

El teniente entrado en años, un abogado de Magdeburgo, no pudo aguantarse más.

—Usted no existe para nada —exclamó él—, si es que se me permite por fin tomar la palabra, ¡en absoluto existe usted! Si mañana lo matan a usted de un disparo, la guerra continuará tranquilamente su curso. ¡Eso es! Alguien tenía que decirlo.

—Por eso he decidido sacar de nuevo a mi persona de la mochila a la que fue a parar al comienzo de la guerra. Ahora me río cuando estoy feliz, lloro cuando estoy triste, me quejo cuando siento dolores... sí, esto es especialmente importante... me doy permiso a mí mismo para quejarme, en una palabra, me comporto como un ser humano. Esto es lo que quería decir.

—Bueno, ¿y qué? —dijo el abogado al tiempo que miraba en círculo a los congregados—. Solo hay que esperar que la filosofía de usted no forme escuela en el ejército.

—¿Por qué, si me permite la pregunta? —dijo Chindler.

—Eso debería estar muy claro, ¿no?, ¿o se cree alguien que podríamos conquistar París con... con mujeres plañideras?

El borracho, que se había despertado, se rio.

—¿Está queriendo decir tal vez que duda de mi valentía personal?

Chindler tenía fuertemente agarrado su vaso de vino con la mano derecha, y el abogado lo contempló igual que uno mira un proyectil. A continuación miró a su alrededor en círculo. Entre los presentes, que estaban todos en activo, él era el único oficial que estaba en la reserva. Todas las miradas estaban dirigidas a él, pero en ninguna cara podía leer si la respectiva persona estaba a favor de él o de Chindler.

—Repito mi pregunta... —dijo Ernst.

—Supongo —dijo el de Magdeburgo— que usted, por la vivencia personal de la batalla de la que viene, se encuentra por el momento muy condicionado

para realizar comentarios anímicos de ese tipo.

—¡Esa no es una respuesta a mi pregunta! Responda de una vez ya — exclamó Chindler.

Ahora se encolerizó también el abogado.

—¡Claro que sí —dijo—, pues no puedo emplear en mi compañía a nadie que se queje cuando hay disparos!

—¿He dicho yo que me quejo cuando hay disparos?

—Usted ha explicado que se tomaría el derecho a quejarse. Eso es lo que hemos oído todos aquí.

Esta última frase sonó como una pregunta dirigida a los demás, pero nadie respondió.

Chindler se levantó y se puso a caminar en torno a la mesa.

—Ahora voy a exponerle a usted una respuesta como es debido —dijo frotándose las manos—, ¡a exponérsela como es debido! Mire, usted es de esa clase de gente que no oye frases, sino solo palabras sueltas. Casualmente sé de usted que anda todo el santo día refunfuñando... desde la mañana hasta la noche... ¡sí señor, eso lo sé yo! A usted no le sabe bien ninguna comida, todos los vinos están para usted demasiado avinagrados, va diciendo que si una batalla empezó demasiado pronto o que la otra se interrumpió demasiado tarde... ahora bien, cuando usted oye la palabra «quejarse», se sube por las paredes. Todo el día anda usted haciendo eso que no tolera que hagan los demás. Sí, puede decirse que cuando usted oye la palabra «quejarse», estalla usted en quejas sobre las personas que se atreven a quejarse. Siempre contempla a los demás, nunca a usted mismo. Yo podría decir que me quejo mientras que usted refunfuña, pero no quiero expresarme de esa manera. ¡Yo hago eso que usted también hace! ¡Yo me quejo igual que lo hace usted! Pero reconozco que lo hago en lugar de negarlo. Sin embargo, como en este único punto parezco ser una persona de mayor calidad que usted, pongo de manifiesto que no me quejo sobre las patatas que se han quemado al asarlas, sino sobre la muerte de un amigo... Bien, he dicho —añadió dirigiéndose de nuevo a Hey—. Si se me permite poner el punto final a esta conversación, me gustaría decir lo siguiente: cuando lloré, me volví más tranquilo; cuando me volví más tranquilo, vi las cosas con mayor claridad; al ver las cosas con mayor claridad, pude pensar de nuevo. Es mejor pensar que no pensar. ¡Esto

es lo que quería decir!

Hey contempló al abogado, que estaba sentado con la cara de color pardo rojizo. Le pareció llegado el momento de concluir la conversación.

—Reflexionemos con la almohada si es mejor pensar que no pensar —dijo en un tono un poco demasiado alto y se levantó. Los demás caballeros se levantaron también. Ninguno de ellos compartía la opinión de Chindler. La disciplina, tal como la concebían ellos, prohibía a un oficial quejarse, pero como la forma de hablar de Chindler les había gustado más que la de su rival, permanecieron callados.

Durante mucho tiempo Ernst había pensado que una persona por separado tenía poco valor. Ahora, a su nuevo conocimiento sobre el valor del ser humano se le añadía la experiencia. Como había perdido a Horn, su amigo y valedor, fue destinado de nuevo al frente y recibió la orden de incorporarse a su regimiento en la ciudad de Vilna, que había sido conquistada a finales de septiembre. Antes de partir, Hey fue a verlo otra vez a su alojamiento. Chindler estaba sentado en el sofá al lado de un ulano que se dio a conocer con el apellido de Von der Mahritz.

—Lo que dijo usted recientemente sonaba muy bien, pero resulta demasiado civil —dijo Hey después de contemplar al desconocido durante unos instantes—. En el terruño, cada cual tiene una opinión, lo admito, pero nosotros, los del ejército, somos un grupo cerrado.

—¿Hace usted distingos entre el ejército y el terruño?

—Yo diría —respondió Hey— que nosotros somos el terruño, y lo que vive detrás, dejando aparte a nuestras esposas... —(Hey no pudo evitar arrebolarse cuando dijo esto, pero Chindler no se dio cuenta)—, ...lo que vive detrás, es todo un apéndice.

—¡Lea usted lo que me acaba de leer el señor Von der Mahritz! —dijo Chindler.

Hey agarró un volumen ya muy manoseado, encuadernado en piel, una traducción del *Agamenón* de Esquilo, y leyó los siguientes versos que estaban subrayados en rojo: «En cada morada se advierte un duelo / que el alma laceró por los que partieron de la tierra de Helena. / Muchas son las desdichas que hieren el corazón».

—Mire usted —dijo Chindler cuando Hey levantó la mirada del libro—, sé

que todavía no lo soy, pero mi meta sería ser un ciudadano luchador. ¡Pues también son muchas las desdichas que hieren mi corazón. ¿Le parece esto raro a usted?

—Dicho con franqueza, y pese a Esquilo, sí —respondió Hey.

A continuación se despidió y se fue caminando despacio hacia el comedor de oficiales, sorprendido por aquella pareja de lectores.

LEOPOLD CHINDLER ESTABA sentado en su habitación leyendo *Los Buddenbrook* cuando entró su madre.

—Ha escrito tu hermano Ernst y te invita a ir con él a Vilna. No sé si podemos darte el permiso para viajar. Queda muy cerca del frente, pero como te has portado bien y has interrumpido realmente el trato con Vierling...

—Ya no lo veo nunca —se apresuró a decir Leopold.

—... que decida tu padre.

A la mañana siguiente, toda la escuela hablaba del inminente viaje de Leopold Chindler al frente oriental. Leopold caminaba orgulloso como un gallo. Durante el segundo recreo se hallaba en el patio cuando Balthasar Vierling, con su parsimonioso y melancólico estilo, descendió despacio los escalones de la amplia escalinata, miró a todos lados y se encaminó hacia Leopold. Hacía muchos meses que no lo hacía. Leopold lo vio venir y no supo cómo debía comportarse.

—Buenos días —dijo Vierling—. He oído que vas a hacer un viaje.

—Un pequeño viaje —respondió Leopold para no mostrar su entusiasmo.

—¿Podríamos vernos antes una vez más? —preguntó Vierling.

Leopold vio que las manos de Vierling estaban amoratadas y temblaban ligeramente.

—Tal vez... —dijo en un tono indeciso.

Schmidt, el maestro cheposo, se abrió camino entre los escolares que estaban de pie en todos lados y se interpuso entre Vierling y Chindler.

—Permítanme pedirles, caballeros, que se separen —dijo igual que un policía.

Leopold dio media vuelta, se encogió de hombros y se fue caminando despacio a otra parte del patio. Vierling se quedó parado en el mismo sitio y lo vio alejarse. El maestro se apoyó en un árbol, se cruzó de brazos y observó a Balthasar. Cuando Leopold desapareció entre la multitud de los escolares,

Vierling se giró y vio la mirada del profesor dirigida a él.

—Cumple usted con su deber hasta lo más extremo —dijo él.

—Un escolar no tiene derecho a hacer cumplidos a un profesor —dijo Schmidt.

—Ese viaje va a ser muy perjudicial para Chindler —prosiguió Vierling.

—Eso no es de su incumbencia.

Sonó la campana del final de recreo. Vierling fue uno de los últimos en dejar el patio, acompañado siempre a una cierta distancia por el profesor, que no lo perdía de vista un solo instante.

Al principio, Leopold no quiso obedecer la orden de sus padres de no volver a tener ningún trato con Vierling. Escribió una carta a Vierling y, al no recibir ninguna respuesta, una segunda.

Vierling leyó las dos cartas con ojos ardientes. «Así que me amaba de verdad», pensó. Decidió conquistar esta vez por completo a Leopold. No respondió, sino que hizo que alguien le dijera a Leopold que la vigilancia en el patio de la escuela mantenida por el profesor Schmidt le resultaba tan humillante que renunciaba a relacionarse con él. Para horror suyo, no volvió a tener noticias de Leopold. Entonces respondió: «Me temo —escribió—, mi querido niño, que te han transmitido, tergiversados, mis recados dirigidos a ti. Quiero verte enseguida, pero no a la vista de ese monstruo cuya joroba por sí sola ya me resulta insoportable».

Leopold respondió que verse de nuevo le resultaba demasiado peligroso por el momento, que tenían que escribirse durante un tiempo y que luego ya verían cómo estaban las cosas.

Entonces Vierling dejó de corresponder con él. Había conocido a un muchacho de la edad de Leopold, pero que iba a otro instituto. Decidió olvidar a Leopold. Un buen día le hizo llegar una nota en la que estaban escritos los siguientes versos:

«¡Son tan dulces los besos en los labios del segundo,
cuando apenas se han besado los labios del primero!».

La palabra «apenas» estaba subrayada dos veces. Leopold leyó la nota y la rompió en pedazos. Al día siguiente le llegó una nueva carta de amor, que Leopold rompió también en pedazos.

De tanto en tanto, el maestro Schmidt informaba de que Leopold se estaba comportando intachablemente y que parecía que evitaba encontrarse con Vierling. Elisabeth estaba muy contenta. Leopold se dio cuenta, y comenzó un tiempo en el que él habría podido ser feliz. Lo dejaron en paz, leía mucho, en verano aprendió a jugar al tenis y en la cancha se encontraba con una chica a la que adoraba. Sin embargo, no era feliz. El trato con Vierling lo había distanciado de sus compañeros de clase. Cuando regresó a ellos (en la época de Vierling solo se juntaba con Balthasar), lo recibieron con burlas, incluso con hostilidad. Cuando obligó a algunos a relacionarse con él, se dio cuenta de que lo aburrían. Ninguno de ellos había leído los libros que él conocía ahora, ninguno quería dar con él los paseos por el bosque que daba con Vierling, ninguno hablaba como él sobre la guerra o sobre Alemania. Extrañaba a Vierling, pero el camino estaba cerrado con obstáculos. El mayor de ellos era la vigilancia por parte del profesor.

Al principio, Leopold apenas se atrevía a ir a la escuela por la rabia y la vergüenza que le producía esa vigilancia; pero un día decidió humillarse y hacer superfluo ese control mediante una obediencia ejemplar, tal como se dijo él a sí mismo. Su prueba fue un éxito demasiado fácil. Cuando el maestro se dio cuenta de que Leopold, por propia iniciativa, evitaba cualquier contacto con Vierling, se preocupó menos por ambos. Leopold se enfadó por aquel triunfo fácil, y ya estaba dispuesto a volver a cambiar su comportamiento y volver al lugar en el patio en donde acostumbraba a estar Vierling cuando detectó un cambio en el carácter de su madre. Los informes favorables del jorobado sobre la conducta de su hijo hicieron que mostrara hacia Leopold una ternura como nunca hasta entonces le había mostrado. Le deparaba pequeñas atenciones, incluso una vez le trajo dos libros de la ciudad, y el muchacho se encariñó tremendamente con ella.

Todo esto se produjo sin mediar palabra, conforme a la costumbre alemana; ninguna de las dos partes pronunció una sola sílaba al respecto.

Entonces llegó la confesión. Leopold no había podido ir a confesarse en Semana Santa porque estuvo enfermo; en Pentecostés se olvidaron; ahora su madre le exigió que cumpliera con su obligación pascual. El cura, que había estado esperándolo durante mucho tiempo, lo interrogó para conocer al detalle su relación con Vierling con tantas preguntas que el chico inteligente se enteró

de golpe de lo que habría podido acaecer entre Vierling y él sin haber sucedido en realidad. La primera reacción fue que Leopold se lamentó de la timidez de Vierling. Por las noches intentaba imaginarse cómo era algo así. Luego se daba por vencido y se sentía un jovencito puro e inmaculado, tal como le habían dicho. Este papel le gustó mucho durante bastante tiempo. Decidió hacerse cura, y apenas podía esperar a que llegaran los domingos para hacer la visita familiar a la iglesia. Theodor Chindler tenía la costumbre de permanecer de pie en lugar de arrodillarse durante la misa. Leopold lo imitó y ahora estaba de pie mirando por encima del gentío arrodillado, compuesto fundamentalmente por mujeres. Así, de pie, con las manos entrecruzadas y la cabeza ligeramente inclinada, se imaginaba escenas de su vida futura; su favorita era la escena de la ordenación como sacerdote. Se veía acompañado a izquierda y derecha por su padre y por su madre, entrando en la iglesia y dirigiéndose al altar. Tenía la cara pálida, de enfermo, y los creyentes estaban tan conmovidos por su aspecto que bajaban la vista. Sin embargo, él seguía avanzando despacio.

Estas imágenes fantásticas, que él se imaginaba perfectamente con todo detalle, lo agitaban en ocasiones de tal manera que apenas podía dominar su emoción. Su madre, que lo miraba de reojo con cautela, consideraba la expresión algo distendida y extática de su cara una prueba de devoción, y se alegraba.

Un azar le puso en las manos la novela *Resurrección* de Tolstói.

Esta lectura volvió a transformarlo una vez más, y olvidó sus sueños religiosos. «Habrá entre nosotros gente como ese Nejliúdv?», pensó. Sacó un pliego de papel y escribió en él: «Campesinos, no conozco a ninguno. No sé cómo piensan. En nuestro país son libres, pero desconocidos. Padre: no habla nunca seriamente conmigo. Hace política, pero ni siquiera mi madre sabe de qué tipo. A menudo está triste; yo podría consolarlo si no me levantara la voz. Mamá: es probablemente interesante, pero demasiado cobarde para serlo. Quiere cambiar a todas las personas. Karl: en la guerra, un desconocido para mí. Ernst: tiene algo inquietante en su carácter introvertido. Maggie: no se sabe qué va a ser de ella. Es tan insincera como todos los demás. Esta es sin duda la característica general de todos: cada cual se esconde frente a los demás. Ninguno dice lo que piensa. Mamá, por ejemplo, solo dice siempre lo que le

dicen que hay que pensar. Por ello nadie puede creer en lo que dice; todos la temen. Nadie ama. Por eso no puede haber entre nosotros ningún Nejliúdob, porque nadie ama. ¡Yo amé! (¡a B. Vlg!), pero lo he traicionado. Cuando lo traicioné, yo era obediente. Tal vez fue bueno para mí dejarlo, siempre y cuando pueda decirse que es bueno para una persona comportarse de una manera infame hacia otra. Esta es la cuestión».

LEOPOLD EMPRENDIÓ SU viaje a comienzos de diciembre. En Varsovia lo esperaba el ordenanza de su hermano, que lo acompañó hasta Vilna. Frente a la estación, que quedaba un poco en las afueras de la ciudad, Ernst estaba sentado al volante de un automóvil.

—Te he tenido que alojar en un hotel pequeño —dijo después de darle un beso a su hermano—, los hoteles grandes están todos al completo.

Leopold se limitó a asentir; a él le habría importado lo mismo dormir en un establo. En el hotel entregaron la maleta, y luego se pusieron los dos en marcha a visitar la ciudad.

—Vilna es una de las ciudades más hermosas del mundo —dijo Ernst Chindler a su hermano—. Tienes que verla entera. Leopold asintió por segunda vez; él se había esperado más ambiente de guerra—. Esta es la catedral —dijo Ernst—, clasicismo del siglo XVIII, pero muy bonito, muy noble. Leopold contempló la construcción, cuyo vestíbulo estaba soportado por seis columnas—. Ven, sigamos —dijo Ernst al cabo de un rato. Caminaba con seguridad por algunas callejuelas, como si viviera en esa ciudad desde hacía años, contemplando en ocasiones una casa, otras un bello portón, o leyendo una inscripción de las que estaban bien surtidas las casas del casco antiguo. Finalmente se detuvo frente a una ermita—. Esta es la iglesia de Santa Ana. ¿Reconoces el estilo?

—Gótico —dijo Leopold.

—¡Correcto! Pero es un gótico tardío, del siglo XVI —dijo Ernst.

—Esta ciudad es como Múnich —dijo Leopold.

—Algo más sucia —dijo Ernst en tono burlón, pero acto seguido prosiguió de nuevo con neutralidad y entusiasmo—: Aquí todo queda mucho más cerca, se pueden comparar los ritmos de vida, como si aquí pudieras tenerlo todo a mano. En Múnich hay muchas cosas, ¡pero aquí hay de todo! ¡Fíjate en esas torres para que sepas lo que es el rococó! ¡Qué ingeniosa criatura es el ser

humano, ese animal aburrido!

Se detuvieron frente a la iglesia de santa Catalina. Leopold contempló las dos hermosas torres y al mismo tiempo seguía sorprendido por la frase extraña que su hermano acababa de pronunciar. Poco después ya estaba harto de los edificios y se puso a mirar a las personas que llenaban las calles. Además de los soldados alemanes que paseaban a sus anchas y con gesto serio, con el paso meditabundo que los caracteriza, las calles estaban llenas de personajes que Leopold no había visto jamás. Popes de barbas y cabellos largos se movían como patos sobre el adoquinado, deteniéndose a cada momento. A su lado pasaban sacerdotes católicos, altos, flacos y ataviados de una manera completamente diferente que en Alemania. Ya su aspecto era sorprendente; sin embargo, lo que sumió a Leopold en un asombro atónito fue la miseria que veía él aquí por primera vez en su vida. A pesar del frío y de la nieve, muchas mujeres y hombres iban cubiertos de harapos a través de los cuales se distinguía la carne desnuda.

—¿Qué personas son estas? —preguntó Leopold.

—Rusos, judíos, polacos, lituanos, tártaros, bielorrusos, gitanos, una mezcla de todo —respondió Ernst.

Esa enumeración desconcertó a Leopold aún más. Alemania es un país habitado casi exclusivamente por alemanes. Tal vez se deba a esto la nostalgia del extraño, el rápido entusiasmo por otras razas, otras caras, otros gestos, que es inherente a nosotros.

—¿Dónde viven estas personas? —preguntó Leopold—, ¿por qué son tan espantosamente pobres?

En ese mismo instante se detuvo y, todo hay que decirlo, se le quedó la vista clavada en un callejón que daba acceso al portal de una casa. En ese portal, que la protegía del fuerte viento frío siberiano, estaba sentada una mujer amamantando a un bebé. Por encima de la falda larga que le cubría las piernas y los pies, tenía extendido un paño con forma de saco, pero tenía tantos agujeros que más bien era la puerta de entrada de los vientos que una protección contra ellos. Al lado de la mujer había un hombre de pie, apoyado en la puerta cerrada y mirando en la lejanía. Leopold no había visto nunca cómo se amamanta a un niño. Su educación le decía que era indecente lo que estaba haciendo él, pero era incapaz de continuar caminando y contemplaba,

con avidez y fascinación a partes iguales, el pecho pálido con venitas azules y los dedos alargados, con una forma bonita y sucios, que lo sujetaban. De pronto, la mujer levantó la vista. Buscó un extremo de sus ropas para taparse, pero al no dar con él, dejó caer de nuevo la mano y lanzó una mirada fulminante y furiosa a Leopold. El chico no se movió. La mujer entrecerró los ojos. Aunque el niño le estaba haciendo daño por lo visto en ese momento, ella hizo un gesto con la boca que expresaba con absoluta claridad su desprecio por el mirón. Para apartar la vista al menos durante un instante, Leopold dirigió la mirada al hombre y vio que este había estado todo el tiempo mirándolo a él, pero con una mirada extraña que Leopold no había visto nunca. Todavía de pie e inmóvil, el hombre había bajado la vista, por decirlo así, desde la lejanía hasta alcanzar a Leopold. Ahora los ojos reposaban en él como el cielo sobre la tierra. Leopold, al mirar ahora al hombre, vio que ningún movimiento delataba que lo molestara esa contramirada.

Leopold volvió a contemplar a la mujer, al niño y el pecho.

La mujer sonrió de pronto. ¿Se había dado cuenta tal vez de que Leopold estaba movido más por la maravilla de lo que veía que por la curiosidad? Ernst, que se había adelantado para fotografiar una casa, lo llamó y Leopold echó a andar.

Los días pasaban con rapidez. La llegada del pequeño civil había circulado por todas partes, y muchos oficiales se alegraban de enseñarle al chico todo tipo de cosas y procurarse al mismo tiempo alguna que otra conversación.

Antes de que Leopold regresara a casa, iba a tener una vivencia que lo impresionó de la manera más persistente y durante mucho tiempo.

Una tarde, Ernst no pudo estar con él, y Leopold se fue temprano a su hotel. El dueño se levantó y lo acompañó hasta su habitación.

—¿Desea el señor siempre dormir solo? —preguntó permaneciendo de pie junto a la puerta. Leopold, que a duras penas entendía el alemán chapurreado de aquel hombre, no sabía a qué venía la pregunta—. Voy a ver —dijo el dueño—. Si el señor no quiere, puede hacer siempre lo que guste. —Y diciendo esto se fue.

Leopold se sentó junto a la ventana y miró abajo, a la callejuela angosta. Estaba feliz, y su único deseo era que esa estancia no se acabara nunca. En la

ciudad y en los alrededores reinaba la hambruna. Para mitigar aquella miseria, la administración militar había instalado unos comedores populares que repartían un plato de comida caliente al día a la población. Enfrente del hotel se encontraba un punto de distribución, y Leopold vio a través de su ventana una hilera de personas de caras grises, que en silencio, como el frío que las rodeaba, esperaban a que se abriera la puerta del comedor.

El chico estaba conmovido, pero al mismo tiempo sentía curiosidad y estaba tan atraído por lo inusitado y se mostraba tan interesado por aquel fenómeno desacostumbrado que se puso a contemplar aquella imagen igual que nuestros importantes científicos contemplan el cadáver de una mujer joven que ha fallecido por una enfermedad desconocida.

Llamaron a la puerta, que se abrió y volvió a cerrarse de nuevo. Entró una chica, que se acercó a la ventana. Cuando la desconocida se colocó en el círculo de la luz de la bombilla, Leopold vio que llevaba un extraño sombrero pasado de moda, un cuello barato de piel y un vestido negro consistente en una chaqueta y una falda. Su figura le trajo el recuerdo de una modista de su madre de la que él había estado muy enamorado.

Él se levantó. La desconocida pensó tal vez que él estaba amedrentado, y sonrió. A continuación levantó los dos brazos, se quitó con una mano una aguja de sombrero, con la otra dejó el sombrero encima de una silla, luego la piel y finalmente la chaqueta.

—¿Quieres que me quede? —preguntó ella en ese extraño alemán que sabe hablar la población judía. Leopold no supo qué responder ni cómo debía comportarse. Por primera vez en su vida estaba a solas con una mujer en una habitación, muy lejos de toda vigilancia, libre y sin trabas para hacer lo que quisiera. La chica tenía la cara maquillada y el movimiento con el que alzó los brazos lo había dejado sorprendido y pasmado. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Se acordó de que su hermano le había advertido sobre aquella gente diciéndole que estaban en tierras del enemigo y que él no debía pasear bajo ninguna circunstancia por calles en las que no hubiera ningún militar. ¿Le habían enviado a una espía?

La chica se le acercó y lo contemplaba ahora sin inhibiciones.

—Ah, eres joven —dijo sorprendida—. Pero gustas tú ser joven. ¡Me parece bien! —dijo riendo—. Ven si quieres. No tengo largo tiempo.

—¿Por qué no? —preguntó Leopold de manera mecánica.

—Si tus señores cerrar la calle antes de que yo en casa, me encierran. ¡Pero yo quiero ser libre!! ¡Como tú!

La pequeña vendedora de amor agarró entonces la chaqueta de Leopold con la intención de quitársela, y sus dedos se quedaron parados en el tejido.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Qué cuesta esta mercancía en Alemania? ¡Oh! —añadió frotando la tela entre los dedos, como un sastre—. ¡Me gustaría tener esto!

—¿Cómo te llamas? —preguntó Leopold, que ahora sabía a quién tenía delante.

La chica dio un paso atrás.

—No eres joven para nada —dijo ella asustada, y entrecerró los ojos como la madre joven a la que Leopold había estado mirando fijamente en aquel portal.

—¿Por qué no soy joven?

—Sí, ahora vuelves a serlo —dijo la pequeña acercándose de nuevo—. Vuestras voces son siempre chirriantes, así... rrrr...

—¿Quieres que hable de otra manera?

La chica se acercó a la ventana, rodeó el cuello de Leopold con el brazo y se puso a mirar abajo, a la callejuela—. Haz lo que quieras, tú pagas. Ahí... —dijo luego— ... eso es comer como animales... ¡Puaj! ¿Querías comer así?

—Mejor que nada —respondió Leopold, aunque habría querido responder algo muy distinto.

—Nada es mejor —dijo la desconocida—, mucho mejor.

—¿Qué harías tú si tuvieras hambre y nada para comer?

—Morderte tu mejilla de leche —dijo la chica—, y escupirla de nuevo. No, la tuya, no. La tuya solo así...

Se puso de puntillas y le dio un beso a Leopold.

Al despertarse Leopold en la noche, se acordó de dos ojos. La chica se había arrodillado encima de él y con los dedos le estiraba la piel en torno a los ojos haciéndole daño. «¡Los tuyos son demasiado pequeños, tendrían que ser así!», le había dicho ella mientras tanto. Luego recordó un cuerpo blando, blancuzco, dos pechos diminutos que lo decepcionaron, y lo demás. «¿Dónde está? —pensó, y palpó con los brazos a su lado. En la cama no había nadie

más—. Se ha ido —pensó—. «¿Se lo habrá llevado todo?».

Se sentía despejado y vivo, magníficamente vivo, y se levantó.

La habitación estaba fría como un sótano. En la estufa todavía había algunas brasas, pero la caja de la leña estaba vacía. Leopold se rio de una ocurrencia que tuvo en ese instante, agarró una silla, la rompió y metió los pedazos en el fuego.

El dueño debió de despertarse por el ruido.

—¡Por Dios bendito! —dijo cuando entró en la habitación—. ¿Qué está haciendo usted?

—¡Hago lo que usted se ha abstenido de hacer! ¡Estoy encendiendo la estufa! —dijo Leopold.

—¡De noche —exclamó el dueño—, de noche!

Luego bajó a la planta baja, se fue a buscar leña y la metió en la caldera. Ernst llegó después del desayuno.

—Toma —dijo poniendo unos pantalones de montar y un par de botas encima de la mesa—. Ponte esto. Te voy a dejar ir a lomos de un caballo.

Leopold había contado tres veces los botones de su chaqueta para decidir si debía informar o no a su hermano de la experiencia de la noche pasada. Esa nueva sorpresa lo volvió exuberantemente alegre y agradecido.

—¿Por qué me invitaste en realidad? —preguntó.

—¿Te gusta? —preguntó a su vez Ernst sorprendido.

—Es magnífico —dijo Leopold. Quiso decir algo más, pero le faltaban las palabras para expresar sus sentimientos. Siempre le faltaban las palabras, y se acordó de Vierling, que le había dicho que nosotros, los alemanes, no teníamos el don de decir lo que sentimos.

—Nosotros, los alemanes —dijo Leopold en un tono un tanto patético—, no solemos tener el don de expresar lo que sentimos. —Ernst Chindler levantó la vista sorprendido—. En concreto, nosotros, los Chindler, solo sabemos formular nuestras antipatías —prosiguió Leopold con mayor naturalidad—. Creo que eso se debe a que no se puede hablar con nuestra madre. A mí me gustaría mucho decirte qué me parece todo esto... este viaje divino... quiero decir... por Dios, incluso entre nosotros, hermanos, resultaría tan extraño... si yo te dijera ahora lo que me gustaría decirte, me daría miedo a que te burlaras de mí. ¿No es así?

—Nunca me he burlado de ti sin tener un motivo...

—Porque no te he dado ocasión —se apresuró a decir Leopold.

—No seas complicado, sé sencillo —dijo Ernst—, y ahora ponte mis pantalones... ¿Qué es esto? —preguntó de repente, y del dobladillo de su pantalón sacó un cinturón cuya hebilla le había apretado—. ¿Es tuyo esto?

—Esta noche... he tenido a una mujer aquí —dijo Leopold.

—¡Ah, bien!... Bueno... esperemos que estuviera sana... ¿Estás ya listo? ¡Ven!

Leopold lo siguió y por segunda vez se quedó decepcionado de que su hermano le dedicara tan pocas palabras. Habría preferido quedarse en el hotel y explicarle a Ernst todo detalladamente.

La maniobra militar a la que lo llevó Ernst duró hasta la una. Al final formaron las tropas y regresaron a la ciudad. Cuando la cabeza de la sección alcanzó las primeras casas, los músicos interpretaron una marcha militar. Leopold iba a caballo al lado de su hermano, por detrás de la tercera compañía. Las espaldas de los soldados que desfilaban delante del morro de su caballo se tensaron, y las pesadas botas se pusieron a pisar con ruido sobre el adoquinado.

De todos los lados salían personas que se colocaban a lo largo del camino para observar aquella entrada solemne. El poderío del movimiento ordenado de tantos hombres, el ritmo de la música y, sobre todo, la desacostumbrada sensación de que Leopold mirara por primera vez en la vida de arriba abajo a una multitud, curiosa y medrosa a partes iguales, a un gentío que la cabeza del desfile partía en dos como la proa de un barco, generaron en él un sentimiento de satisfacción y de soberbia, de felicidad y de indiferencia. Con aire desenvuelto, como si llevara haciendo aquello desde hacía años, sujetó las riendas con los dedos de la mano izquierda y se puso la derecha encima del muslo. «Esto está bien —pensó—. «Aquí no se necesita pensar. Todo funciona por sí solo... ¡Ay, ojalá fuera así siempre y no acabara nunca...!».

Por la tarde de ese día regresó a Alemania.

TRAS LA PARTIDA de Leopold a Vilna, Balthasar Vierling puso en marcha un plan que llevaba rumiando ya mucho tiempo. Tenía el propósito de ir a la casa de Caspar Koch por mediación de un conocido común para encontrarse en ella con Margarethe Chindler. Tenía la esperanza de reencontrar a través de la hermana el camino hacia el hermano, a quien él no podía olvidar. El plan pareció tener éxito. Ya la primera vez, Koch estuvo hablando largo y tendido con Vierling y en la despedida lo exhortó a volver a venir si tenía tiempo.

Vierling dejó pasar tres días antes de volver a ir a la casa de Koch. El camino era largo. Koch vivía en una habitación amueblada en el casco antiguo de la ciudad. Cuando Vierling llamó al timbre, apareció una anciana en la puerta que le dijo que no se podía hablar hoy con el señor Koch, pero al cabo de algunos minutos regresó e hizo entrar a Vierling. Koch estaba tumbado en el sofá y tenía un aspecto enfermizo.

—Me están enseñando a andar de nuevo —dijo él—, y la consecuencia es que ahora no puedo estar de pie, ni sentado, ni tumbado.

Justo al comienzo de la guerra le dispararon en ambas rodillas. Ahora tenía que hacer ejercicios todos los días y le administraban corrientes eléctricas para volver a poner en movimiento las articulaciones. Este procedimiento era extremadamente doloroso y extenuante.

—Si molesto —dijo Vierling—, prefiero venir en otra ocasión.

—Siéntese y háblele usted a mi cabeza para hacer que me olvide de mis huesos —respondió Koch—. ¿Qué anda haciendo nuestro amigo Leopold?

Vierling se quedó sorprendido. Koch le había pedido a Margarethe que le contara la historia de esa amistad y desde entonces sabía por qué Vierling iba a verlo.

—¿No tiene usted realmente ninguna otra preocupación que ese muchacho? —prosiguió.

Vierling se retorció entero.

—Disculpe usted que pregunte a bocajarro, pero es que los tiempos que corren son así. ¿Cuántos años tiene usted en realidad?

—Nací en el 99 —respondió Vierling—. En febrero cumpliré diecisiete.

—Entonces tendrá que ir pronto a la guerra. ¿Se alegra?

—¡No!

—Ajá, parece ser usted una persona lista.

—Pero yo no me ocupo de la política —dijo Vierling.

—Eso reduce de inmediato el elogio que acabo de hacerle.

—No me gusta jugar al escondite con un hombre como usted. Usted ya sabe que quiero hablar de Leopold.

—Hablar de Leopold significa hablar de política —dijo Koch—. Claro que sí, no tiene usted por qué mover la cabeza así, joven. ¡He oído algunas cosas turbias al respecto! Usted da comienzo en público a una relación con un muchachito cuyo padre es diputado del Partido de Centro y un fiel y devoto practicante que va a la iglesia. Eso no funciona y usted se hace el sorprendido. ¿Es que no tiene usted ojos en la cara?

—No he tenido nunca una relación con Leopold —dijo Vierling.

—Primero —dijo Koch—, eso no lo sabe nadie; segundo: una cosa a medias no es mejor que una entera; tercero: alguno que otro pensará que lo que no es todavía puede llegar a serlo. Como ve, se ha equivocado usted en sus cálculos.

Vierling percibió que estaba perdiendo su seguridad ante ese hombre. Se veía a sí mismo como una bola de tenis que es golpeada en cada salto que da. Esa entrevista no tenía ninguna finalidad para él, pero no quería irse de allí como un niño bobo.

—Yerra usted —dijo mirando por la ventana— si cree que en mi amor por ese muchacho he hecho alguna vez mis cálculos, como acaba usted de decir.

—Entonces es aún peor la cosa si cabe —dijo Koch—. Como usted no ha realizado ningún cálculo —por cierto, parece que tiene en muy poca estima esa palabra—, lo dicho, como ha descuidado los cálculos, se ha caído usted igual que una persona que camina con los ojos cerrados y se cae al agua. ¡Qué generación más rara forman ustedes! —prosiguió mientras Vierling seguía mirando por la ventana en silencio—. Ahí tenemos a un joven como usted que tiene un gran amor... en... no sé dónde, y ahora se echa a correr hacia su meta.

Míster Chindler, el amado, vive en una casa cuyos muros son de piedra y cuyas puertas están cerradas a cal y canto; la casa está vigilada por una madre que alimenta en su pecho a los seis diablos de la moral, por un padre que como todos los políticos de nuestro país se ve obligado a esquivar la luz de la opinión pública, y por si fuera poco, y como remate, por un maestro de escuela que se gana veinticinco marcos al mes por sus servicios policiales. ¡Pero usted exhibe su amor a la vista de todos y se pone en marcha! Eso no es muy inteligente, pero es que ni siquiera es nada bonito, como puede que suponga usted...

—¿Encuentra más bonito hacer cálculos? —preguntó Vierling.

—Piénselo, joven amigo, a mí sí me parece realmente más bonito. Es más humano. ¡No puedo decantarme por considerar estúpida la inteligencia! Ahora bien, si usted posee tan poco carácter como para tener que volverse infame cuando pretende ser listo, ¡entonces no hay que sentir pena por usted!

Vierling apoyó la cabeza en las dos manos.

—No tiene ningún sentido hablar de este modo —dijo en voz baja—. Dígame usted solo una cosa —prosiguió—, ¿se cree en todas partes por la ciudad que he tenido un lío con Leopold?

—La ciudad es grande —respondió Koch—. Pero las gentes que se interesan por estos temas lo creen, sí.

—Entonces está todo perdido —dijo Vierling.

Se abrió la puerta y entró Margarethe. Como llevaba los tacones de goma por su ocupación de enfermera, no la habían oído llegar. Vierling se puso en pie de golpe y la saludó con una reverencia. Margarethe respondió al saludo del escolar sin mirarlo a la cara, dejó dos paquetes encima de la silla en la que había estado sentado Vierling y se dirigió a Koch.

—¿Cómo estás? —preguntó. Al instante se corrigió—: ¿Ha hecho usted sus ejercicios, Koch?

El yacente sonrió:

—Acabo de decirle a nuestro amigo Vierling que he estado practicando hasta la extenuación —respondió él.

—Después tenía que haber descansado en lugar de ponerse a conversar —dijo Margarethe en un tono enérgico.

Vierling se apercibió de que el reproche iba en realidad dirigido a él y se

despidió.

—Vuelva usted pronto —exclamó Koch cuando se iba—, nuestra conversación no ha hecho más que comenzar.

Vierling sonrió con el gesto un tanto descompuesto. Margarethe lo acompañó a la puerta. «Tendría que pronunciar una frase, es ahora o nunca», pensó Vierling. Sin embargo, la cara de la chica era fría, y su expresión, ausente; en los ojos de Margarethe parecía anidar una cólera tan mal reprimida que Vierling se retiró en silencio con una segunda reverencia.

Nevaba. Se alzó el cuello del abrigo y se rio de las precauciones innecesarias. Si las cosas habían llegado hasta el punto de que lo tenían por alguien que en lugar de con chicas va con chicos... Profirió un suspiro muy hondo.

—¿QUIERES QUE HAGA algo de cenar? —preguntó Maggie cuando se quedó a solas con Koch.

—No, gracias —dijo Koch—, primero quiero contarte la experiencia que acabo de tener. Estos jóvenes son un misterio. Viene aquí ese Vierling, y cuando le digo que se comporte con mayor inteligencia, estalla y me aclara como un tenor que rechaza hacer cálculos. Ahora bien, ¿qué otra cosa le conduce a él hasta mí sino el cálculo de encontrarte aquí o de moverme a mí para que hable contigo en su favor? ¿Cómo se explica eso?

—Quiero que no lo recibas más —dijo Maggie.

—Me da pena —dijo Koch—. Se le podría reunir aquí con tu hermano bajo vigilancia. ¿Qué opinas?

—No, de ninguna de las maneras —se apresuró a decir Maggie—. Ya es bastante con que venga yo a tu casa a espaldas de mis padres. Tú eres mi hombre, pero nuestra vivienda no puede convertirse en un nido en el que se encuentre todo el mundo que... que... que sé yo qué... no quiero a esa persona aquí... todo eso me parece asqueroso... no quiero aliados en la lucha contra mamá... en concreto no de ese tipo... —Se sentó en el sofá al lado de Koch, le tomó la mano y lo miró. Koch había echado la cabeza hacia atrás y tenía los ojos cerrados—. Ahora estás cansado y tal vez en exceso, y yo me había hecho tantas ilusiones para esta tarde —dijo Maggie con tristeza.

Koch abrió los ojos de inmediato.

—Te equivocas —dijo él—, ¡me siento despejado y fortalecido!

Maggie sonrió. A continuación se levantó y fue a la cocina a preparar la comida.

Koch permaneció echado. «Por todos los diablos —pensó—, tal vez son esas personas diferentes a las personas como nosotros». Con «personas diferentes» se refería a la burguesía. Él, Caspar Koch, doctor en filosofía, era hijo ilegítimo de una ama de llaves. Cuando su madre estaba embarazada de él, la abandonó el padre, un inspector, para casarse con una campesina

adinerada. El conde K., un tipo raro que vivía en sus tierras de la región de Antepomerania y que estaba separado de su esposa, lo echó de la casa al tiempo que convertía a Anna, que por aquel entonces hacía de cocinera, en su ama de llaves.

El joven Caspar estudió la carrera de Historia del Arte y se doctoró en Múnich con una tesis titulada *Sobre las causas de la decadencia de la gran pintura alemana en la Edad Media*. Ese escrito no gustó. El gremio echó en cara a Koch que sus investigaciones sociales no tenían nada que ver con el arte, los historiadores se declararon incompetentes. Koch sostenía la afirmación, y la demostraba con explicaciones de una gran altura intelectual, que el auge del arte de los Durero, Holbein, Grünewald y todos los demás había sido una consecuencia del auge de la burguesía alemana de aquel entonces; con el fracaso de la Reforma y con la decadencia de la burguesía que siguió a ese fracaso, el arte decayó también.

El rechazo de su escrito destruyó la esperanza de Koch de capacitarse para acceder a una cátedra. De los cincuenta marcos de salario que recibía su madre, ella le enviaba cada mes cuarenta; con ese dinero había conseguido vivir cuatro años y medio de estudios en la universidad. ¿Qué iba a poder emprender ahora? Entonces le llegó una carta de una tal Rosa Luxemburg —él no había oído ese nombre nunca hasta ese momento— en la que lo felicitaba por su trabajo. Koch viajó a Berlín, conoció a Rosa Luxemburg y se introdujo en el movimiento obrero. A través de Luxemburg llegó hasta Franz Mehring, quien por aquel entonces trabajaba en un texto sobre Gustavo II Adolfo de Suecia. Koch se quedó maravillado con ese texto breve y también con su autor y encontró en Mehring por primera vez a un maestro. Decidió cambiar de carrera y convertirse en historiador. Enseguida se puso a redactar un trabajo de mayor calado que iba a titularse: *El asedio a La Rochelle y Stralsund o lo que significaron la victoria de Richelieu para Francia y la derrota de Wallenstein para Alemania*. Justo cuando este escrito estuvo listo, estalló la guerra.

Koch, que había servido en el Regimiento de Ulanos de Antepomerania (a este regimiento había estado vinculado en su momento el anciano conde K.), tuvo que marchar de inmediato al frente y resultó gravemente herido en diciembre del 14, pero fue ascendido a sargento mayor por su valentía frente

al enemigo. Tras recibir la baja del hospital, se quedó a vivir por el momento en Neustadt por diversos motivos.

La señora Sorge, la patrona de Koch, abrió la puerta, y Maggie llevó la bandeja con la cena a la habitación. Había té y dos huevos, mantequilla, pan y algo de queso. Koch se puso a comer con un hambre canina. Mientras untaba de mantequilla un segundo panecillo, vio que Margarethe tenía en la mano tan solo medio pedazo de pan seco.

—¿Eso es todo lo que te piensas comer? —preguntó.

Maggie sonrió y dirigió la vista a la frente de él. Koch siguió comiendo. A pesar de que le resultó extraño el comportamiento de Maggie, no dijo nada. No le gustaba mantener conversaciones demasiado privadas. «Una persona —pensó—, también puede no tener hambre alguna vez». Cuando hubo comido, se apoyó en la pared.

—¿Qué hora tienes? —preguntó Maggie.

—Las ocho y media —dijo Koch—. ¿Tienes que irte otra vez?

Maggie negó con la cabeza.

—Tengo tiempo —dijo al cabo de un rato.

—¿Qué te pasa? —preguntó Koch. Se inclinó hacia delante y vio que Maggie tenía lágrimas en los ojos a pesar de que exteriormente estaba tranquila—. ¿Qué tienes? —repitió asustado—. ¿Estás enferma? ¿Te han hecho algo? ¿Te ha vuelto a refunfuñar la cabra loca de la enfermera jefe?

Maggie sonrió y negó con la cabeza al tiempo que una lágrima le resbalaba en la mejilla.

—Soy tonta —dijo—, muy tonta, demasiado tonta para ti... Mira...

Se levantó y arrojó un paquetito al sofá, al lado de Koch. Koch lo desenvolvió y sostuvo con la mano un camisón de chica, fino y pequeño.

Maggie se acercó a la ventana y apretó la cara contra el cristal.

—Me quedaré contigo, si... tú quieres —dijo en voz baja.

Koch prorrumpió en una sonora carcajada de alegría.

—¿Por eso llorabas? —exclamó—. ¡Ah, eres lista, eres un ser humano! Hay que llorar primero para poder reír después. —Se incorporó con los movimientos torpes de un paralítico y se fue cojeando hasta ella—. Son las ocho y media, hasta las nueve y media te estaré dando besos, ¡y luego nos iremos a acostar! ¿Dónde están esas lágrimas? Aquí... dámelas...

La señora Sorge entró en la habitación para retirar la vajilla. Maggie intentó soltarse del abrazo de Koch, pero él la sujetó.

—¿De qué oído es usted sorda, señora Sorge? —preguntó él.

—Del derecho —dijo la mujer, que evitó con claridad mirar a Maggie.

—Entonces vaya usted a dormir enseguida, y ponga el oído izquierdo en la almohada. ¡Estamos de nupcias, mi esposa y yo!

Maggie se despertó. La habitación estaba iluminada. «Nos hemos quedado dormidos con la luz encendida», pensó, y le entró un poco de vergüenza. Koch dormía como un tronco. Maggie lo contempló con ternura, y con cuidado le quitó de la frente un mechón de cabello castaño. A continuación sacó una pierna tras otra de la cama, se levantó y comenzó a vestirse. Ni siquiera alguien que estuviera despierto habría podido oír sus movimientos. De pronto se le cayó al suelo el cinturón, y Koch se despertó.

—¿Te vas?

—¡Son las cuatro y media! ¡Tengo que irme!

—Te acompañaré.

Maggie trató de inducir a Koch a que se quedara echado, pero Koch se levantó.

—Te llevaré hasta la estación, en donde podrás tomar una calesa —dijo él.

El tiempo andaba revuelto, y se estaba derritiendo la nieve.

—Me gustaría mucho oírte decir que eres feliz —dijo Koch mientras caminaba al lado de Maggie.

—Lo soy y no lo soy —respondió la chica—. Al poco tiempo de empezar a trabajar en el hospital, mamá me preguntó si había llegado a estar también en presencia de hombres desnudos. Yo me eché a reír pues por aquel entonces ya había visto a muchos. Hoy me parece que no andaba desencaminada. Endurece tener un carácter tan duro... Todos nosotros solemos tratar a mamá injustamente.

Koch permaneció en silencio. Cuando ambos doblaron por la calle de la estación, venían de frente montones de hombres y de mujeres, trabajadores y trabajadoras que acudían en masa a las fábricas de la ciudad.

—Esta es la munición que produce la munición —dijo Koch.

Un hombre joven, que llevaba una gorra negra por encima de dos

descarados ojos castaños, se detuvo ante Koch.

—¡Hombre, Caspar! —dijo mirando con desenfado a Maggie—, ¿has estado de parranda?

—¡No —respondió Koch—, me he levantado temprano!

—¡Ah, vale! —dijo el joven—. ¡No te enfades!

—Hasta esta tarde —dijo Koch, y siguió caminando.

En la estación dejó sentada a Maggie en una calesa.

—Por favor, no dejes que ese Vierling vuelva a tu casa —dijo Maggie.

—No puedo hacer eso —dijo Koch quitándose el sombrero—. Si viene, no puedo cerrarle mi puerta a un desesperado, pero te prometo que no sucederá nada a tus espaldas, absolutamente nada.

Maggie le pasó la mano por el pelo. La respuesta de Koch la había avergonzado y alegrado a la vez. El caballo echó a andar. Koch se dio la vuelta y se fue cojeando a toda prisa detrás de un grupo de trabajadores que acababan de salir del edificio de la estación.

Maggie no lo siguió con la mirada. Cerró los ojos y se dejó anegar por su amor.

LA EXPRESIÓN «EL rey de la fiesta» es demasiado débil para describir la posición que adquirió Leopold al regresar a la escuela después de su viaje al frente oriental. En los recreos no solo se apiñaban a su alrededor los alumnos de todos los cursos, sino que también los maestros iban al patio y se ponían a escuchar sus descripciones. El director exhortó a Leopold a dar una charla en el salón de actos sobre sus experiencias. Leopold estaba orgulloso y feliz.

Balthasar Vierling faltaba a clase desde el regreso de Leopold, pero no estaba enfermo. Igual que todos los días, salía del hogar por la mañana, pero en lugar de ir al centro, se iba a las instalaciones que quedaban enfrente, se escondía allí y observaba a través de los pinos jóvenes bajos cómo los escolares se apiñaban alrededor de Leopold. Su chico era ahora guapo y famoso, tal como lo había soñado... Ser ahora el amigo de ese muchacho... ahora... ahora... pero desde la conversación que había mantenido con Koch consideraba que estaba todo perdido. Desde aquella tarde comprendió lo que significaba que lo evitaran y que las familias que antes frecuentaban el trato con sus padres ahora habían roto esas relaciones.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Hablar con su padre, que nunca tenía tiempo? ¿Confesarle a su madre el peligro en el que estaba flotando él? ¿Confesar el amor que lo estaba consumiendo con el ímpetu de una recaída? Pero ¿en qué peligro andaba él flotando? «No pueden hacerme nada porque no he hecho nada —pensó—, pero me echarán de la escuela, me quitarán todos mis libros, nunca más volveré a ver a Leopold...».

«Leopold tiene que ayudarme —pensó—. El chico tiene que apretarse los dientes en la lucha, conmigo... Si logro reconquistarlo, lo poseeré para siempre...».

El segundo día, Vierling no aguantó más su destierro voluntario. En el tercer recreo dejó su escondite y se acercó con serenidad al patio de la escuela desde la calle, como si fuera la cosa más natural del mundo llegar a

clase tres horas más tarde. Dos maestros, de los cuales uno era, además, el tutor de su curso, lo vieron llegar, respondieron al saludo de él y prosiguieron su charla.

Vierling se quedó asustado. ¿Lo habían echado ya de la escuela? ¿Ya no pertenecía a ese centro? ¿Estaba todo ya concertado? Decidió solicitar una sanción por haber llegado tarde.

El profesor lo escuchó ladeando un poco la cabeza. Ya fuera porque no oía a Vierling, que siempre hablaba entre susurros y con la voz ronca cuando estaba agitado, o porque no quería oírle, el caso es que respondió a Vierling con cortesía pero con indiferencia que si se encontraba mal, podía irse tranquilamente otra vez a casa.

«No me abofetean, eso es un gancho de boxeo», pensó Vierling mientras se alejaba el maestro.

En su clase lo recibieron con un sonoro «¡hola!».

—¿Faltas tú —exclamó un alumno algo mayor, una persona forzada y odiosa a quien Vierling no podía soportar—, faltas tú a clase cuando Leopoldito se está haciendo cada vez más famoso?

La expresión «Leopoldito» era nueva. Vierling se puso pálido y colorado. Se sentó en su asiento y permaneció callado. Para sorpresa suya, entró su padre en el aula a dar una clase de matemáticas.

—¿No tenemos alemán ahora? —susurró a su compañero de pupitre.

Este, uno de los pocos que mantenían relación con Vierling, se inclinó hacia delante y escribió una nota que pasó a continuación a Vierling. Vierling leyó: «1) Hoy es jueves y no viernes. 2) Tienes que parar ¡¡enseguida!! a ese Seppl, el que antes ha dicho lo de Leopoldito. Ya lo dijo ayer; el director le preguntó qué quería decir con eso y se lo llevó a la sala de reuniones. Allí parece que S. estuvo cotorreando cosas malas. ¡Estás en peligro!».

Cuando sonó la campana, el profesor Vierling interrumpió la clase y dijo en un tono un poco abochornado:

—Nuestra clase de mañana queda suspendida porque el alumno Chindler va a informarnos sobre su aventura viajera.

«¿Por qué dice eso? —pensó Vierling—. «¿Por qué habla del alumno Chindler dirigiéndose a mí? ¿Por qué ese odio hacia Leopold? ¿Qué significa todo esto?».

Fue el último en salir del aula. Tenía las manos frías y las palmas cubiertas de sudor. Por la escalera ancha que descendía al patio vio la imagen ya usual. Leopold se encontraba en medio de un montón de alumnos y narraba mientras los chicos estaban pendientes de lo que decían sus labios con esa expresión de curiosidad y admiración que solo poseen los niños.

—Bajaré despacio, le diré «buenos días» y obligaré a todos a que me traten como a una persona. Eso es lo que voy a hacer...

De pronto tenía al jorobado a su lado mirándolo con expresión cortante.

Vierling se llevó la mano al bolsillo trasero. El jorobado lo vio, apoyó las dos manos en las caderas con las palmas hacia fuera, y se dirigió lentamente hacia Vierling.

«¡Oh, no! —pensó Vierling—, este ahora, no...», y corrió escaleras abajo mientras el jorobado se echaba a reír sonoramente detrás de él y se detenía con la expresión alegre por aquella veloz huida del caballero del penúltimo curso de la secundaria. No se fijó siquiera en que Vierling había echado mano de su revólver.

En el patio, Vierling se abrió paso con violencia a través del grupo que rodeaba a Leopold. Algunos protestaron con un «¡eh!» por sus empujones, pero, al ver que se trataba de Vierling, lo dejaron pasar. Leopold estaba hablando de un museo que habían instalado en los bosques cercanos a Vilna. Vio a Vierling y continuó hablando tranquilamente.

Entonces volvió a sonar la campana. Los alumnos se dieron la vuelta de manera automática y comenzaron a acudir en masa al edificio. Vierling se acercó a Leopold.

—Buenos días —dijo él—. ¿No podrías contarme un poco a mí también acerca de tu viaje?

—No hago otra cosa desde la mañana hasta la tarde —dijo Leopold.

—¡Ah, vale...! Disculpa la molestia... ¡Bueno, además tengo que hablar contigo con urgencia!

Leopold dirigió a Vierling una mirada escrutadora.

—Estoy en peligro —dijo Vierling con la voz ronca.

—¿En qué peligro? —preguntó Leopold con sonsonete. Le pareció que Vierling estaba raro, y la cara enrojecida y el gesto agitado no le resultaban agradables. Se acordó de la chica de Vilna (en la que pensaba un poco más de

lo que era bueno para él) y se sintió como un hombre. Vierling, en cambio, le pareció un escolar ridículo.

—Tienes que salvarme —dijo Vierling despacio y dominándose de tal forma que se expresó con completa calma—. Me quieren destruir porque te he amado a ti, al hijo de un diputado del Partido de Centro. Solo te pido un gesto...

—No lo entiendo —lo interrumpió Leopold.

—No puedo explicarlo aquí. Te espero esta tarde a las...

—Imposible —lo interrumpió Leopold por segunda vez—. ¡Tengo que preparar mi exposición!

—¡Tu exposición se interpone como un obstáculo en mi vida!

Sonó un silbido penetrante. Leopold se estremeció y miró hacia arriba. En el último escalón de la escalera estaba el maestro Schmidt, todavía con dos dedos dentro de la boca con los que acababa de producir el silbido. Como, a pesar de esa señal, Leopold continuaba parado al lado de Vierling, el jorobado volvió a silbar una segunda vez con un sonido penetrante, como una locomotora. Por las ventanas aparecieron las cabezas de alumnos curiosos.

—Ya ves que no puede ser —dijo Leopold, que echó a andar lentamente hacia la escalera.

—Tiene que poder ser —le mendigó Vierling que iba por detrás de él.

La debilidad de Vierling irritaba al chico. Este pensó en lo que podría replicarle a Vierling. De pronto se le pasó por la mente la frase de su hermano que tan sorprendido lo había dejado a él en Vilna. Sonriendo de antemano por esa buena ocurrencia, dijo:

—¡No seas complicado, Vierling, sé sencillo!

El efecto de esa frase banal, reforzado por la sonrisa de Leopold, fue terrible. Vierling se detuvo con una cara desfigurada por la desesperación.

Leopold había llegado a la escalera y la subió de dos en dos escalones.

—Han asesinado su alma —dijo Vierling jadeando, y acto seguido echó a correr detrás de Leopold. Pudo correr más rápido y alcanzó al chico, que había vuelto a ralentizar su paso y que se encontraba en compañía de los últimos alumnos que habían subido la escalera del edificio de la escuela.

—¡Leopold! —exclamó Vierling con tanta fuerza que resonó en el edificio. El chico no se dio la vuelta. «¡Ya basta con este teatro!», pensó. Vierling echó

a un lado con un empujón a un alumno flacucho del primer curso de la secundaria que se le puso delante. Entonces vio que Leopold rodeaba con el brazo los hombros de un alumno que iba a su lado para tomar impulso para saltar tres escalones a la vez, algo que Vierling no llegó a ver.

«¡Os vais a arrepentir todos de esto!», pensó Vierling; se quedó parado y se sacó la pistola del bolsillo. Cerró los ojos, abrió la boca, y cuando el contacto de su lengua con el hierro frío lo hizo estremecer, apretó el gatillo. ¡¡¡Qué beso terrible!!!

El disparo resonó por todo el edificio con una potencia diez veces mayor que el estampido de un trueno. Vierling se enarcó, se desplomó y cayó rodando peldaño tras peldaño por la escalera hasta quedarse detenido en el descansillo. Solo siguió rodando un hilillo de sangre que manaba de sus labios quemados.

Leopold no se atrevió a darse la vuelta y se quedó inmóvil hasta que un profesor vino en su ayuda y condujo con suavidad a un aula al muchacho, que estaba temblando como una hoja. Se suspendieron las clases, todos los alumnos tuvieron que permanecer en sus aulas. Otra vez más volvió a resonar en el edificio un grito; la señora Vierling, a quien habían llamado para que acudiera a auxiliar a su marido, a ese pobre y viejo científico que estaba sentado en el suelo de la sala de reuniones completamente ido, se arrojó con un grito terrible sobre el cadáver de su único hijo.

Tuvieron que hacer venir a dos automóviles para llevar a casa en uno el cadáver del escolar y en el otro a los dos padres completamente rotos.

Cuando Leopold llegó pálido y alterado a casa, su madre le dijo:

—¿Ves ahora que tus padres tenían razón cuando te apartaron de la cercanía de una persona así?

Leopold no respondió, pero por primera vez en su vida le habría gustado golpear en la boca a su madre.

LIBRO CUARTO

LEOPOLD SE PUSO enfermo.

Elisabeth Chindler entró en su habitación y se quedó mirándolo. Parecía dormir. «Eso es bueno», pensó la señora Chindler.

El médico había prescrito descanso, descanso y nada más que descanso. Ella tiró de la manta para tapar los hombros del durmiente y volvió a salir de puntillas de la habitación.

En el salón estaba sentada Friederike Chindler, que había venido de Wiesbaden a ayudar a su cuñada en los cuidados.

—Duerme —dijo Elisabeth.

—Es lo mejor —respondió la señorita Chindler.

Elisabeth se recostó en el sillón y dejó vagar la mirada por la estancia.

—El correo de la tarde debería haber llegado ya —dijo ella. De pronto vio que el vestido de Friederike estaba zurcido en la manga—. Necesitas un vestido nuevo...

—Necesito muchas cosas —dijo Friederike—, pero a ver, ¿cómo pago yo entonces las compras? No tengo nada más que esos títulos mexicanos y rusos. Esos valores ya no valen ni un céntimo. Me han embaucado los bancos la mar de bien. ¡Si se les pudiera hacer la guerra, me alistaba al instante de todo corazón!

Therese trajo el correo. Elisabeth abrió una carta mientras que Friederike se quedó con el periódico.

—Con esta luz que tenéis en casa no puede leer nadie —dijo Friederike.

—Tendrás que comprarte unas gafas —dijo Elisabeth.

—En vuestra casa todo se arregla comprando y comprando... —gruñó Friederike. A continuación siguieron leyendo las dos mujeres.

—Ernst y Lilli vienen a casa —dijo Elisabeth cuando hubo leído la carta—. ¡Qué feliz me hace eso...!

Friederike se quedó mirando extrañada a su cuñada. Ayer por la tarde

Elisabeth había vuelto a renegar una vez más de su nuera, y ahora estaba ahí sentada, radiante de felicidad porque Lilli se dignaba a ir a su casa.

Elisabeth se levantó.

—Tengo que ir otra vez a echar un vistazo a Leopold —dijo ella.

La señorita Chindler asintió con la cabeza y continuó leyendo.

—Eso es lo que les pasa a las personas —dijo Elisabeth cuando regresó de nuevo al salón al cabo de un rato—, eso es lo que le pasa a una mujer que quiso tener solo un hijo...

—¿De quién estás hablando? —preguntó la señorita Chindler.

—No tengo más remedio que pensar en la señora Vierling, que ya no posee nada en este mundo.

—Caen tantos en esta guerra...

—Pero si he cometido un error, si yo... si yo..., ¿cómo lo diría para no extenderme demasiado...? Si yo tengo una parte de culpa en esa muerte terrible, entonces Dios me castigará. En cualquier momento puede arrebatarme dos hijos que están en el frente... puede hacerlo en cualquier momento...

—Fíjate en lo que pone aquí —dijo Friederike—, ¡han detenido a Liebknecht porque habló en contra de la guerra en Berlín, en la plaza de Potsdam! ¡Esta guerra se va a acabar mucho más rápidamente de lo que suponíamos!

—Tengo que hablar con Therese sobre la cena —dijo Elisabeth, que no había prestado atención, y salió del salón.

Friederike profirió un suspiro al ver los nervios de su cuñada y comenzó a leer los anuncios de familia en la sección de anuncios. «¡Oh, Dios Santo! —pensó—, en el campo del honor... mi amado esposo, el abogado Dr. Hamburger... pero si este era el único hijo de Anna Roßbach... tengo que escribirle... y aquí, Hermann Hauser... este era aquel joven guapo que en Wiesbaden siempre...».

Elisabeth entró por tercera vez en el salón.

—¿Puedes entender tú esto? —dijo sin aliento porque había subido las escaleras con demasiada rapidez—. ¿Puedes entender tú esto que me acaba de contar Therese? Al entierro de Vierling no asistió prácticamente nadie, tan solo la madre, sin el padre. ¡Cuando estaban descendiendo el ataúd en la tierra, ella se adelantó, le tomó la cuerda de la mano a uno de los enterradores

y ayudó ella misma a depositar el ataúd en la tumba! Esa pobre mujer... qué terrible es todo esto... si solo hubiera alguien que pudiera decirme que yo no tengo ninguna culpa... Pero yo no podía dejar a mi hijo con esa persona. ¿Debería haberlo hecho? ¿Habría sido mejor? ¿No puedes dejar ese periódico bobo a un lado y darme una respuesta? Estoy sufriendo mucho... estoy sufriendo igual que esa madre... Yo tengo cinco hijos y un marido, y sin embargo no tengo a nadie en este mundo que se tome tan solo cinco minutos para hablar conmigo una vez...

Friederike se levantó, dejó el periódico encima de la mesa y se inclinó sobre Elisabeth, que estaba sentada completamente derrumbada en su silla.

—Está claro que no he venido desde Wiesbaden para comer vuestra poquita carne, Lisita —dijo ella—. ¡He venido a tu casa, claro que sí! ¡Y por supuesto que has actuado correctamente! Cualquier madre habría hecho lo mismo en tu situación. ¡Era un tonto ese Vierling!

—No era ningún tonto —dijo Elisabeth—, ¡era una persona lista!

—¡También hay tontos listos, más de los que nos pensamos!

—No pronuncies ahora frases que no puedo entender —le rogó Elisabeth—. Ya verás como dentro de poco ya no voy a entenderos a ninguno de vosotros... Ya ahora no puedo soportar más esta vida entre un correo y otro... este andar en la niebla con la vara intentando presentir si mis hijos siguen con vida... o si les han metido una bala en el cuello, como a ese Vierling... ya no puedo soportarlo más... tal vez no puedes comprenderlo porque no tienes marido ni hijos...

—Algún provecho hay que sacar al menos de no tener nada —dijo Friederike.

Elisabeth miró a su cuñada a la cara y volvió a divisar la manga con el zurcido mal hecho.

—Sí, no tienes nada —dijo al cabo de un rato sin pensar.

—Y tú tienes todo lo que deseabas cuando estabas prometida, marido y niños y casa y dinero.

—Sí, tengo todo eso —dijo Elisabeth—. Tengo todo eso —repitió al cabo de unos instantes. Se había agotado su energía para protestar y había comenzado ya a pensar en algo diferente.

Friederike volvió a por el periódico. El comentario de Elisabeth de que

ella no poseía nada la había ofendido. En realidad hacía mucho tiempo que se había propuesto no tolerar más ese tipo de comentarios irreflexivos tan corrientes en la casa de su hermano. Pero se calló. Desde que se había empobrecido (a causa de la guerra), se había vuelto más temerosa, y aunque se dio cuenta de ese cambio en su carácter, no encontró las energías para oponerle resistencia.

THEODOR CHINDLER RECIBIÓ la noticia de la muerte de Vierling en Múnich. «Esta es una historia estúpida», pensó. Se puso a pensar de nuevo en todas las medidas que se habían adoptado para separar a Leopold de Vierling, pero no tuvo más remedio que confesarse que apenas podía acordarse de cada uno de los pasos dados. ¿Quién había otorgado semejante importancia a esa amistad entre escolares? Además, a Chindler no le quedó otro remedio que decirse que también en este asunto todo había quedado dispuesto por su esposa. «Lo que uno no hace por sí mismo, está mal hecho», pensó. Finalmente se tranquilizó con el mismo argumento que Elisabeth había dicho anteriormente en casa, al opinar que justo el suicidio de Vierling demostraba qué razón tenían aquellos que no permitían a sus hijos tener relación con un sujeto así.

«Justamente ese suicidio demuestra que tenemos razón nosotros», se dijo varias veces para sus adentros.

Además, él tenía otras preocupaciones. Debía prepararse para una entrevista que debía tener lugar al día siguiente; se trataba, por cierto, de una entrevista que le resultaba extremadamente desagradable. Sus amigos lo habían llamado para que acudiera a Múnich porque el gobierno de Hertling, el único católico que había por entonces, corría el peligro de ser derrocado.

EL GOLPE QUE amenazaba con derribar este edificio venía de muy atrás. En el año 1915 no había mejorado la situación militar de Alemania. El tiempo resultó ser un aliado más de los aliados. Los víveres escaseaban. En los frentes no se avanzaba. En esa situación amenazadora comenzaron ciertos individuos a recomendar la denominada guerra submarina como medio para derrotar a Inglaterra. Una propaganda con un origen desconocido generó una enorme aceptación en la población.

Incluso el clero, tanto evangélico como católico, participó en esa campaña. Por ese lado le amenazaba el peligro al gobierno de Hertling. Hertling era amigo y adepto del canciller. Intentó frenar aquella propaganda que no solo era indeseada para el káiser sino también para el canciller y el Mando Supremo del Ejército. Por esta razón debía ser eliminado.

Algunos hombres que vieron venir el peligro rogaron a Chindler que se dirigiera al arzobispo de Múnich, le explicara la situación y le sugiriera que el clero debía abstenerse de la propaganda en esta cuestión puramente militar. Chindler acometió esta misión con desgana. Sabía por experiencia que los altos dignatarios de la Iglesia, en contra de la opinión generalizada en amplios círculos, no eran propensos en absoluto a recibir consejos de su partido católico. Además, el mismo Chindler tenía dudas sobre el valor de los submarinos. Los unos decían una cosa, los otros, otra. Unos opinaban que con esa arma se podía derrotar a Inglaterra en breve tiempo; otros afirmaban que los Estados Unidos de América responderían con una inmediata declaración de guerra si se utilizaba esa arma.

Este argumento fue el que principalmente decidió a Chindler a compartir el punto de vista del canciller en la cuestión de los submarinos. Además deseaba hacerle ese favor a Hertling.

El arzobispo se había ido a descansar al campo. Chindler salió de Múnich en un tren temprano y llegó a las montañas a eso de las once. Hacía bastante

calor. Chindler caminó por una aldea solitaria en cuyos campos se veía a mujeres y a prisioneros de guerra rusos, y llegó finalmente frente al monasterio en el que vivía el obispo. A su llamada apareció por detrás del portón cerrado una monja que le permitió entrar después de inspeccionar minuciosamente su tarjeta de visita.

En la sala de espera le sirvieron un desayuno muy bueno. Media hora después lo condujeron al jardín, en donde lo esperaba el obispo. Chindler besó el anillo en la mano del clérigo y se quedó agradablemente sorprendido cuando la conversación encaró pronto el motivo de su visita.

—Mi opinión —dijo este—, y la opinión de muchos de mis amigos en este asunto, es la siguiente: nosotros no estamos especialmente en contra de esta arma, de ninguna manera, pero creemos todos que es tarea de la Jefatura del Reich y del Alto Mando militar decidir si hay que emplear esas armas y cuándo hacerlo.

—Yo también opino así —dijo el arzobispo.

«Ajá —pensó Chindler—, dar la razón primero para poder contradecir mejor después...». A continuación dijo:

—Sin embargo, en el momento presente no se trata de los submarinos, sino de la propaganda que se está haciendo en contra del gobierno...

—¿Ha dicho usted «en contra del gobierno»? —lo interrumpió el arzobispo.

—Sí —respondió Chindler—, en concreto contra el gobierno de Baviera. El gobierno de Hertling se ha posicionado con lealtad tras las filas del gobierno del Reich. Si la propaganda consigue derribar a Hertling y formar en Múnich un gobierno partidario de los submarinos, entonces a las ya numerosas situaciones tristes existentes habrá que añadir otra más. Y es que a nuestro pueblo le tocará vivir además que los territorios se peleen mutuamente en cuestiones puramente militares. Baviera se opondrá al Reich. El Reich no dudará en buscar aliados entre los demás estados federados, y entonces tenemos liada de nuevo la antigua disputa.

—Habla usted —respondió el obispo— como si viviéramos en la más hermosa de las paces.

Chindler permaneció callado. Por principio no solía replicar nunca a ese tipo de frases generales que enmarañan cualquier conversación.

Al no recibir el obispo ninguna réplica, se enfadó y prosiguió:

—Cuanto más dure esta guerra, peor será nuestra situación. Por este motivo hay que combatir a Inglaterra, el principal enemigo, con todas las armas disponibles. Pero ¿qué es lo que sucede en lugar de eso? Se es benévolo nada menos que con Inglaterra. Nuestros submarinos y nuestros zepelines, en contra del juicio y en contra de la voluntad de la marina de guerra y para el hondo pesar del conde Zeppelin, no se están utilizando en la forma en la que son únicamente efectivos. ¡Se está intentando actuar de forma caballerosa con un enemigo que emplea esa benevolencia para nuestra ruina!

El obispo se calló. Chindler tampoco replicó nada ahora. ¿Estaba realmente toda la Marina a favor de la guerra submarina? En Berlín se decía que la Marina estaba dividida en dos facciones, pero como no sabía nada más con exactitud, Chindler no podía decir nada y se enfadó de que hubieran vuelto a enviarlo otra vez a él de avanzadilla sin haberle informado previamente al detalle.

—Hindenburg, Tirpitz y Zeppelin, esos hombres por quienes nos envidia medio mundo, están a favor de la guerra submarina —dijo el obispo.

—¿Y si Estados Unidos nos declara la guerra? —preguntó Chindler.

—¡Ah, qué dice usted! Piense con calma si los Estados Unidos de América pueden perjudicarnos más de lo que ya están haciendo en la actualidad.

—No me ha llegado ninguna noticia —replicó Chindler— de que los Estados Unidos hayan desembarcado tropas contra nosotros.

—Los Estados Unidos no tienen tropas —dijo el obispo—. Tienen granadas y obuses, y esas granadas y esos obuses seguirán suministrándolos a la Entente, como ya lo están haciendo en la actualidad independientemente de si hacemos una guerra submarina o no... siempre y cuando, querido amigo, ¡les quede posteriormente un solo barco sobre las aguas!

—Me parece —dijo Chindler— que nos hemos desviado de nuestro asunto. Yo quería hablar sobre el gobierno de Hertling.

—Yo no soy el rey —replicó el obispo— y, por consiguiente, no puedo ni poner ni quitar el gabinete de gobierno de Hertling.

—Vuestra Eminencia se digna a empequeñecer el poder que posee. Si el clero prosigue predicando desde todos los púlpitos en favor de la guerra submarina, ya no podrá mantenerse por mucho tiempo la posición neutral de

Hertling, ni tampoco a ese hombre.

—¡El clero es patriota, señor diputado, y yo deseo que lo siga siendo! Cuando el káiser y el canciller atienden a la opinión de los adversarios de esta arma en la cuestión de la guerra submarina, al pueblo no le queda entonces otro remedio que elevar su voz para llevar una opinión discrepante ante los oídos de los responsables del destino del Estado.

—Cuando el pueblo es guiado en esta cuestión en contra del káiser, también es guiado entonces en contra del rey, quien comparte el punto de vista del káiser. De ahí que yo esté llamando la atención sobre el hecho de que en este punto el clero (no de una forma directa, naturalmente) está siendo guiado en contra de la monarquía.

—Hasta este momento usted solo había hablado del conde Hertling —dijo el obispo, que se sintió entre la espada y la pared.

—El pueblo sabe que Hertling, el presidente del gobierno de Baviera, es persona de confianza del rey. Si se ataca al primer ministro bávaro, se ataca por consiguiente al rey.

—El rey está por encima de los partidos. Si el monarca se separa de Hertling y nombra a otro consejero, el pueblo, tal como creo saber, lo aclamará con entusiasmo.

—El siguiente consejero difícilmente podría ser un hombre del Partido de Centro.

—Eso tal vez no resulte del agrado para el partido de usted —dijo el obispo, deteniéndose bajo un manzano—, pero es que no todas las cosas van a ser agradables para su partido.

Esta era la frase que Chindler había estado esperando. «¡El partido de usted!» Ya había tenido que tragarse esta formulación con demasiada frecuencia. Sólo el pueblo (y aquellos diputados del Partido de Centro que a causa de su inferior posición social nunca llegaban a entrar en contacto con las altas instancias del clero) consideraba que la Iglesia y el Partido de Centro eran una cosa. En realidad, las altas instancias del clero eran un poder en sí, y uno de un tipo especial.

Los arzobispos, que se reunían con los príncipes y los cancilleres, despreciaban a los parlamentarios exactamente igual que los dignatarios seculares despreciaban el parlamento. Como la tarea del Partido de Centro era

luchar por los intereses católicos, el clero adoraba la táctica de no comprometerse muy estrechamente con el partido para, en el caso de una derrota, no salir perjudicada por ella. No obstante, si el partido salía ganador en alguna cuestión, el fruto de la victoria lo cosechaba el pueblo católico y por ende, y sobre todo, aquellos que los dirigían.

Chindler se detuvo también. «No tiene mucho sentido seguir hablando aquí», pensó al ver que el arzobispo traía a colación todos los argumentos de los partidarios de la guerra submarina, pero que no prestaba oídos a las objeciones. Sin embargo, Chindler (ya era mayor y no había conseguido alcanzar nada en la vida) no era un hombre a quien se pudiera hacer ceder para que renunciara a sus ideas.

—Nuestras visiones sobre el patriotismo son notablemente distintas —dijo esforzándose por expresar esa formulación en un tono científico.

—¿Y eso? —preguntó el obispo con expresión algo más tajante de lo que realmente era admisible frente a un político de edad avanzada.

—Hasta la fecha he tenido por patriótico en una cuestión tan seria como esta, que además es de naturaleza militar, no poner en dificultades a la Jefatura del Reich, del Ejército y del Estado...

El obispo, airado por esa reprimenda, pensó en una respuesta.

—Me sorprende —dijo finalmente con una sonrisa— escuchar por boca de un diputado una admiración tan poco crítica hacia el gobierno. Recuerdo alguna que otra queja del canciller Bethmann, a quien usted tanto admira, sobre... ¿cómo lo dijo él?... Ah, sí, dijo que le parecía percibir una obstrucción del parlamento en estos tiempos difíciles.

Ahora era el turno de respuesta de Chindler, y aunque sabía que la réplica que estaba a punto de dar tendría consecuencias desagradables para él, no pudo dominarse y dijo:

—Puede ser. Sin embargo existe una diferencia si los representantes elegidos por el pueblo debaten sobre una medida del gobierno, o si esto lo hacen los curas de pueblo inexpertos que cuentan a los campesinos lo que han leído en los periódicos.

Pero Chindler estaba de suerte. El arzobispo se enfadó por esta respuesta de tal modo que cometió un error. Cuando el diputado acabó de hablar, se acercó una monja mayor al arzobispo y preguntó que para cuántas personas

había que hacer la mesa. El sacerdote pasó por alto su pregunta.

—Ay, querida hermana Plácida —dijo a la monja que esperaba de pie—, cuénteles usted a este señor lo que la gente piensa en el país acerca de por qué están inactivos en el puerto nuestros valientes submarinos.

La monja se puso roja, pero como el obispo se lo volvió a rogar, dijo ella:

—Los campesinos creen en general que el káiser quiere ser benévolo con Inglaterra porque tiene invertida su fortuna allí.

Chindler sonrió, y el obispo se dio cuenta de que había cometido un error. Con semejantes argumentos no podía obrar contra el gobierno de Hertling.

—Voy a repasar mentalmente de nuevo las opiniones de usted —dijo cuando se hubo ido la hermana—. Si eso que usted ha denominado la agitación del clero amenazara tan solo al gobierno de mi venerado conde Hertling, yo no podría posicionarme en esa cuestión de ninguna de las maneras, pues yo no soy político y, como ya le dije antes, no puedo ni poner ni quitar gobiernos. Si se diera el caso más que improbable de que la dinastía resultara afectada, me encargaría de dar al clero indicaciones para contener su admiración por nuestros héroes Tirpitz y Zeppelin.

Asintió con la cabeza. La audiencia había concluido.

ERAN LAS DOCE y media. El tren a Múnich no salía hasta las dos. Chindler fue caminando de vuelta al pueblito y se fue a tomar algo a un mesón sobre el que colgaba un letrero con los siguientes versos:

«Entrad, comed y bebed,
mientras el barril esté fresco.
¡Quién sabe si veremos el otro mundo!
¡Quién sabe si hay cerveza en el más allá!».

«¡Estos bávaros son unos paganos!», pensó Chindler, y se puso contento. Una mujer viejísima vino arrastrando los pies y preguntó qué quería tomar el señor. Chindler respondió que tenía hambre y quería comer algo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la anciana, y entrechocó sus manos huesudas—. Nosotros mismos no tenemos nada que llevarnos a la boca.

Tras muchos dimes y diretes, Chindler consiguió que le trajeran un pedazo de pan y una rodaja de salchichón. Mientras comía, fue recordando y tomando nota de su conversación con el obispo.

La anciana había puesto una silla frente a la puerta y obsevaba en silencio, con sus pequeños ojos inflamados, aquel paisaje silencioso.

—¿De quién es el mesón? —preguntó Chindler.

La mujer no respondió durante un buen rato. Luego dijo:

—¡Es mío!

—¿No había ningún hijo aquí?

—Sí.

—¿Ha caído él también?

—Sí. Ya en el catorce.

—¿No tenía hijos?

—No, solamente una esposa.

—Vaya —dijo Chindler.

—También está muerta —dijo la anciana.

—¿Quién?

—¡La esposa! ¡Estaba chiflada!

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? ¡Con usted no se puede hablar! Ya le he dicho dos veces que la hija.

—Claro, la hija —dijo Chindler.

—Claro —repitió la anciana—. Iba a tener un hijo, pero como el padre era un rusito, la gente comenzó a... bueno... ella se lo quitó de encima y a ella misma con él. ¡Ahí está!

Una persona gigantesca entró en el mesón y se sentó en una banqueta.

—¿Ha leído usted lo que pone en la puerta? —preguntó la mujer.

—¿Los versos? —dijo Chindler.

—No, no los versos. Me refiero al poema.

—¡Sí, el poema!

—El cura dice que por eso están todos muertos, porque mi marido mandó inscribirlo.

Chindler no supo qué decir. La anciana lo contempló con sus ojos hundidos.

—Pensé que usted era uno de esos que sabe de estas cosas. Pero usted tampoco lo sabe, ¿verdad? —Se echó a reír de repente—. Nadie sabe si ahora están bebiendo cerveza juntos, pero lo único cierto es que están muertos. Eso es lo que digo yo... Ven, rusito —dijo ella en voz baja, y el gigante se levantó como un espíritu del bosque al que ha hechizado una bruja.

Cuando Chindler llegó a Múnich se enteró de que Falkenhayn había dimitido y de que Hindenburg y Ludendorff se habían hecho cargo de la dirección del ejército. «Esto es casi un consumo parlamentario de generales», pensó. También sus amigos estaban tan impresionados por esta noticia que acogieron con escaso interés su informe sobre la postura del arzobispo. Chindler habló a solas con Helmberger.

—¿Qué es lo que pasa de verdad? —preguntó airado—. Ayer me pedisteis todos de rodillas que fuera a ver al arzobispo y hoy ya no queréis saber nada acerca del resultado de la entrevista.

—Sí, querido amigo —respondió Helmberger examinando el puro que

Chindler le había dado—, ahora es todo diferente. Las cosas ya no iban bien con ese Falkenhayn. ¡Ese hombre ha fracasado en todas partes!

—¿Estáis ahora *a favor de* la guerra submarina?

—No, no —respondió Helmberger—. Pero primero habrá que oír lo que esos hombres pretenden hacer. Son generales de primera clase. ¿Cómo fue con Su Eminencia en lo personal? ¿Muy inclemente?

La palabra «inclemente» irritó a Chindler, que ya estaba más que incomodado. En todo alemán, independientemente de la confesión a la que pertenezca, se oculta un trozo de Lutero, y el famoso encuentro entre el gran reformador y el embajador del papa en Augsburgo nunca llegó a concluir. «No quiero seguir negociando con ese animal», se atrevió a decir por aquel entonces el legado cuando se hubo marchado Lutero sin retractarse, y esta tosca expresión describe bien la situación. Y es que incluso los más devotos de entre los alemanes católico-romanos viven una y otra vez momentos en los que, hasta cuando obedecen, solo obedecen a regañadientes la autoridad de los romanos, que son unos desconocidos y viven muy lejos, y se muestran tozudos como esos toros grandes y hermosos que a veces se detienen en el camino y no siguen su marcha hasta que de repente y de manera imprevista parecen meditar y siguen luego trotando.

—¡Ya sabes cómo se las gastan esos señores —dijo Chindler—, cuando no se les aprueba y admira a priori lo que dicen! ¡Pero yo soy también como soy y me permití darle una lección privada sobre patriotismo que restableció el equilibrio en la balanza del enfado por *ambas* partes!

Helmberger se echó a reír de tal modo que acabaron deslizándosele algunas lágrimas por las mejillas.

—No se te puede cambiar —dijo vociferando—, le enseñas patriotismo a ese hombre... ¡oh Dios mío!, ¿puedes apuntarme la escena para mi diario?

—¿Qué va a suceder ahora? —preguntó Chindler, a quien estaban aburriendo las carcajadas de Helmberger.

—¡Esta noche viajo a Berlín!

—Yo también —dijo Chindler con resolución.

Antes de partir, Chindler fue recibido brevemente por Hertling. Habló con franqueza, conforme a su antigua receta: *dixi et salvavi animam meam*. El presidente del gobierno bávaro lo escuchó en silencio.

—Sea cual sea el resultado, le doy a usted las gracias —dijo como colofón—. ¡Ahora podré informar al rey mejor de lo que podría haberlo hecho sin sus aclaraciones!

LOS ESTADOS CON gobiernos democráticos y parlamentarios de Francia e Inglaterra fueron capaces de unir sus fuerzas en aquella situación crítica a la que los había abocado la guerra. En Francia se formó la *union sacrée*; en Inglaterra, el presidente del gobierno, Lloyd George, acogió a la oposición en su gabinete.

¿Qué había de suceder en un Estado con un gobierno semiautoritario como Alemania, el cual, ya en tiempos de paz, vivía, como todas las dictaduras, en un estado de apelotonamiento innatural de sus fuerzas? Según la ley de la dialéctica, su gobierno tenía que desintegrarse. Mientras que los Estados occidentales pudieron coartar las libertades otorgadas en tiempos de paz, el absolutismo alemán se vio obligado a prometer esas mismas libertades como mínimo, y mientras que las democracias ataron el hatillo inquebrantable con los bastones de sus ciudadanos, en Alemania los súbditos maniatados ya desde hacía demasiado tiempo exigían libertad. Allí donde la gente cumplía con los deberes de manera tan universal se acabó queriendo tener también derechos, y por todas partes se fueron consiguiendo derechos. En lugar de que fuera el gobierno quien recibiera concesiones, debería ser este quien las otorgara.

Esta situación de gobierno fue aprovechada por muchos.

Cuando Chindler se bajó del tren en Berlín, vio por primera vez en su vida el efecto de la propaganda política, la manera sistemática de influir en las masas que aparecía por aquel entonces y que iría desarrollándose más y más.

La capital entera, embriagada por la demanda generalizada de una guerra submarina irrestricta, parecía estar en oposición al gobierno. El pueblo, con las personas cultas a la cabeza, reaccionó exactamente conforme a la ley en la que fue educado; como había sido educado de una manera militar (y no política), reaccionó según las categorías militares de obediencia y desobediencia, en lugar de hacerlo de acuerdo con las categorías políticas de correcto o falso, bueno o malo. La burguesía se creyó de repente adulta,

comenzó a burlarse de su vieja institutriz, el gobierno de Bethmann, y reclamaba su guerra submarina.

Chindler contempló asustado ese estado de cosas. También en su partido había dos bandos que se combatían mutuamente en la cuestión de los submarinos. Ambos bandos argumentaban exclusivamente con eslóganes.

—Las cosas no son así —dijo Chindler a Helmberger, que se había bajado con él en un hotel de la plaza Potsdam—, ¿dónde está aquí lo falso o lo correcto? ¡Tengo que indagar hasta el fondo en este asunto!

Helmberger asintió con la cabeza. Era escasa su simpatía por los problemas enmarañados.

Al cabo de una semana de trabajo intenso, de numerosas visitas, de preguntas tercas y de lecturas sistemáticas (pues en Alemania se escribe ciertamente poco, pero se fija todo por escrito), Chindler creyó haberse hecho una idea. Se colocó bajo el brazo todo el material reunido y se fue a ver a Helmberger, quien ciertamente se estaba volviendo cada día más precavido, pero también se estaba volviendo cada vez más apegado a Chindler.

— Toda esta campaña parte de Tirpitz —dijo Chindler.

—Un momento, venerado cascarrabias —dijo Helmberger.

Chindler se calló. Helmberger se calló también y se puso al acecho. A continuación se dirigió a la puerta, la abrió rápidamente, comprobó si había alguien detrás, la volvió a cerrar, dio dos vueltas a la llave y regresó donde estaba Chindler. Chindler sonrió, pero Helmberger puso una cara seria y susurró:

—Por favor, habla bajo; el cuarto de al lado está habitado y no sé por quién. ¡Vamos, ahora sí se puede hablar!

—Toda esta campaña parte de Tirpitz —repitió Chindler.

—Eso ya es conocido... —dijo Helmberger, que chupó la hoja externa de su puro que estaba desgarrada.

—Pero ¿quién es ese Tirpitz...? El adversario de los submarinos. Sí... querido mío, te veo negar con la cabeza... pero es como te digo. Hasta el comienzo de la guerra estaba en contra de los submarinos, que él consideraba que no tenían valor y a los cuales denominaba los «siempre ciegos». ¡Y ahora, de repente, está a favor de la guerra submarina irrestricta! Ahora bien, ¿cuántos submarinos crees que tenemos?

—Me han dicho que quinientos.

Chindler dio un manotazo en el tablero de la mesa.

—En 1914 teníamos veintiocho, de los cuales veinticuatro tenían capacidad para navegar por alta mar. Como por orden de Tirpitz se ha proseguido construyendo grandes embarcaciones, ¿poseemos a día de hoy nada más y nada menos que... cuarenta y siete!

—¡Pero qué dices...!

—Digo la verdad, algo muy poco frecuente, querido mío, y con ese insignificante montoncito pretenden arruinar a Inglaterra y poner en jaque a los Estados Unidos de América! ¡Nuestras gentes de la Marina se han vuelto locos!

—¡Alto! —dijo Helmberger—. ¿Conoces esto?

Sacó de su cartera una memoria que había sido redactada por orden del almirantazgo y que en frases dinámicas se explayaba sobre la victoria segura que conseguirían esforzadamente los submarinos.

—Por supuesto que lo conozco —respondió Chindler—, pero espero que mi viejo amigo Helmberger no opine que los banqueros de provincias y los señoritos palurdos que han firmado esa chapuza entienden algo sobre estrategia moderna de guerra marítima.

—Bueno... —dijo Helmberger.

—Además hay que preguntarse por qué no ha suscrito ese chisme Ballin, la persona que más sabe en nuestro país sobre este asunto. Pero te voy a dar la respuesta ahora mismo: porque ni siquiera se lo pidieron. No se atrevieron a tanto, y así te voy a decir, tal como el mismo Ballin me lo ha dicho a mí, que en la actualidad zarpan cada día de los puertos ingleses por lo menos doscientos transatlánticos y atracan otros tantos. ¿Qué quieren hacer con cincuenta submarinos contra esos cuatrocientos barcos? ¡No... no... esa campaña es infame, y si el gobierno no tiene energía para poner en razón a ese montón de oficiales rebeldes de la Marina, el final va a ser terrible!

—¿Y qué quieres hacer con tu verdad? —preguntó Helmberger.

—¡El Partido de Centro tiene que cerrar filas en este asunto y colocarse detrás del canciller! ¡Tenemos que obligar al gobierno a proceder contra los autores de esta campaña demencial mientras todavía quede tiempo!

—No te hagas ninguna ilusión, Chindler. El señor Von Tirpitz puede

publicar en su prensa lo que él quiera porque sus bulos refuerzan el espíritu de resistencia del pueblo. Ahora bien, si publicas tú una sola línea de lo que acabas de leerme, te encierran por falsedad y calumnia y puedes estar en la cárcel hasta que se te caigan el pelo y los dientes. ¡No... no, querido mío, después de la guerra seremos una democracia, hoy en día todavía no hemos llegado tan lejos, hoy en día tenemos que cerrar el pico y obedecer!

Chindler se olvidó de que Helmberger le había pedido hablar en voz baja.

—Hace ya mucho que nos convertimos en una democracia, aunque no lo veáis todos vosotros así. ¡Pero es una democracia de generales! El señor Von Tirpitz presenta cada semana tres dimisiones. ¿Qué Estado es este en el que los políticos obedecen en silencio como los soldados, mientras que los oficiales (¡y en una guerra!) presentan su dimisión como los ministros en el parlamento?

—¿Vas a exponer tu documentación al grupo parlamentario?

—Mañana a primera hora —dijo Chindler—, esta tarde me van a entregar algunas informaciones más...

—Voy a apoyarte —dijo Helmberger—, ¡pero vas a ver como se tapan los oídos! Entre nuestra gente no reina la costumbre humana de escucharse con atención unos a otros.

A LAS OCHO SE encontraba Chindler en Dahlem, en la casa del banquero Schlappert, a quien conocía desde hacía tiempo y que lo había invitado a visitarlo. Allí debía encontrarse con un perito comercial de Hamburgo que era experto en cuestiones relativas a la navegación marítima. Cuando dejó a Helmberger y regresó a su habitación eran las cuatro y media. Estuvo pensando qué podía hacer y acabó tumbándose en el sofá para descansar un poco, pero no pudo conciliar el sueño y se puso en pie de repente. Se le había ocurrido que lo mejor era hablar él mismo de nuevo con el gobierno.

El secretario de Estado, Dr. Helfferich, lo recibió de inmediato.

Chindler le soltó el mismo discurso, aunque con diferentes palabras, que le había pronunciado a Helmberger. Helfferich le prestó atención en silencio.

—Algunas cosas de las que acaba de exponerme eran nuevas, se lo digo con franqueza —dijo cuando Chindler hubo acabado—. De todas formas quiero decirle que todo este asunto puede verse naturalmente con otros ojos...

—¿Ha cambiado el gobierno su punto de vista? —preguntó Chindler.

—Eso no —dijo Helfferich—, eso no... pero debe usted pensar que... quiero decir que un hombre como usted que, si estoy bien informado, tiene a un hijo en el frente...

—A dos hijos —lo interrumpió Chindler.

El secretario de Estado contempló a su visita durante unos instantes. A continuación prosiguió:

—Resumiendo... ¡el gobierno no puede quitarle al pueblo la valentía de seguir luchando!

—Dejemos de jugar al escondite. Ya está suficientemente mal que cierta gente de la flota pueda escribir en contra del gobierno, y que el gobierno no pueda contestar siquiera. Pero yo no he venido a verlo a usted para reunir materiales con los que hacer discursos dirigidos a la nación. Ni una palabra sobre eso. Yo he venido a verlo a usted porque mañana a primera hora me

gustaría informar de manera confidencial a mi grupo parlamentario...

—Eso es algo diferente —dijo el secretario de Estado—. En esas circunstancias, yo le recomendaría mencionar también las cosechas extraordinariamente buenas, puede hablarse incluso de cosechas de récord, que han tenido este año Inglaterra y los territorios que en primera instancia la abastecen.

Chindler fue tomando nota.

—Lamentablemente, esas cosechas insólitamente favorables reducen de forma considerable, de por sí, nuestras perspectivas de poder matar de hambre a Inglaterra.

Chindler se despidió y se fue. Hablando en privado y a solas con ellos, estos funcionarios eran personas capaces, cultas y reflexivas. Solo cuando aparecían en público adquirían sus voces algo de cacareo, y se comportaban como gallos que cierran los ojos, elevan la cabeza al cielo y consideran grandiosa la maravilla de su plumaje.

PARA UN FORASTERO, las distancias en Berlín resultan difíciles de calcular. Chindler, a quien no le gustaba para nada llegar tarde, tomó un taxi.

—A la plaza Wilhelm, número 4 —dijo al conductor.

—Ya estamos en ella —respondió el chófer.

—¡Ah, bueno, quería decir Dahlem!

—Dahlem no es Pankow —dijo el chófer y aceleró el motor.

La mansión del banquero Schlappert era un edificio con forma de palacio que estaba en el centro de un jardín grande. El portón de hierro forjado estaba abierto y el chófer condujo por el interior del jardín.

Un criado de pelo blanco le abrió, contempló con sorpresa al diputado y le hizo pasar a una sala una vez despojado del abrigo y del sombrero. La estancia estaba vacía. Chindler miró su reloj y constató que eran las ocho menos diez. Así pues, había llegado demasiado temprano. Se acercó a una de las ventanas abiertas, del tamaño de una puerta, y dirigió la vista al jardín, que era extenso y con colinas, como un paisaje. Detrás de un bosquecito de abetos había una cancha de tenis. El diputado vio a dos mujeres vestidas de blanco, que corrían de un lado a otro. Una se rio muy fuerte en una ocasión. Su voz le recordó a Chindler la voz de Lilli. «Todas esas cosas no las he hecho nunca en mi vida —pensó—, nunca he jugado al tenis, nunca he conocido a otra mujer que la mía propia... siempre pensando solamente en la política... bueno, es un decir... y cinco hijos...». Se apartó de la ventana y contempló la sala, cuyas paredes estaban llenas de cuadros colgados como en una galería de arte. En los marcos había unos letreros de latón con tornillos y Chindler se puso a leer caminando despacio de un cuadro a otro: Ingres, Tintoretto, Renoir, Cézanne, Liebermann, Seckendorff, Marées, otro Renoir. Regresó al cuadro firmado por Seckendorff y lo contempló un buen rato. Era un retrato, un autorretrato al parecer, y mostraba la cabeza de un hombre joven que observaba al espectador con la mirada fija. Esos ojos, una frente alta, extrañamente

abovedada, dos cejas imponentes, una nariz algo puntiaguda, un bigotito... Todos esos detalles dejaron fascinado a Chindler hasta tal punto que no podía apartarse del cuadro. Se inclinó hacia delante y leyó lo que ponía en el letrerito de latón: Götz von Seckendorff, nacido en 1889, caído el 25 de agosto de 1914. Autorretrato de 1913.

«¡Qué terrible! —pensó Chindler—, de la misma edad que Karl... y ya lleva dos años muerto, ya completamente descompuesto de modo que su propia madre no podría reconocer ni un fragmento de esta cara inteligente...». Se dio la vuelta y se encendió un cigarrillo.

«También caerán ellos, tienen que caer por fuerza —pensó—, ¿por qué iban a quedar mis hijos con vida?».

Oyó de nuevo la voz de antes reír fuerte y dar gritos de júbilo en el jardín.

En el centro de la sala había una imponente mesa de roble de color castaño oscuro con las patas hermosamente talladas, cuyo tablero se asemejaba a una cordillera. En diferentes pilas ordenadas regularmente, pero de alturas desiguales, había un gran número de revistas y de periódicos. *Kreuzzeitung*, *Berliner Tageblatt*, *Times*, *Temps*, *Corriere della Sera*, *Neue Zürcher Zeitung*, *Neue Rundschau*, *Nouvelle Revue Française*, *Economist*, las voces del mundo reposaban en orden y en paz unas al lado de las otras a pesar de diferenciarse claramente por el formato y la impresión. Chindler se inclinó por encima de la mesa y leyó de aquí y de allá los títulos de los artículos.

—Bienvenido —dijo una voz profunda. Chindler se dio la vuelta. El señor de la casa había entrado por la habitación contigua.

—¡Qué agradable es su puntualidad sureña! —prosiguió el banquero—. ¡Aquí en Berlín se llega por principio demasiado tarde a las recepciones!

—Me estaba maravillando ahora —dijo Chindler después de devolver el saludo al señor de la casa— con lo callados que son estos periódicos.

—Sí —respondió el banquero—, ese es el error de todo lo escrito, que tienes que esforzarte cuando quieres oír... y ¿quién quiere esforzarse en estos tiempos...? ¿Cómo se conducirá su grupo parlamentario en el asunto de los submarinos? —preguntó al cabo de unos instantes.

—No lo sé —dijo Chindler con sinceridad.

El banquero movió la cabeza. Como muchos hombres ricos y poderosos, no era propenso a creer lo que se le decía. Ahora bien, como no se veía capaz de

interpretar la respuesta simple de Chindler, pensó en formular otra pregunta con mayor claridad.

Una chica joven —¿sería la que se reía antes en el jardín?— entró en la sala sosteniendo una raqueta de tenis y una red con pelotas, saludó a Chindler de una manera algo respondona, dio un beso a su padre y volvió a marcharse por la puerta con pasos largos, dejando atrás un aroma de perfume que iba dispersándose rápidamente por los aires y un pequeño rastro blanco de sus zapatillas sobre la alfombra roja.

Eran veinticinco las personas invitadas, y la sala se llenó de huéspedes. Chindler había vuelto a retirarse junto a la ventana y observaba a los que entraban. La mayoría de los invitados tenía una expresión malhumorada o reservada en sus caras. Nadie parecía alegrarse. Especialmente las mujeres se miraban con mucho desenfado y gesto controlador, como si hubieran entrado en una tienda para comprar algo que en realidad no querían comprar para nada y que no necesitaban. El señor de la casa iba y venía haciendo las presentaciones. Al hacerlo murmuraba los apellidos con una voz tan baja que casi nunca se entendía a quién se tenía delante y los presentados seguían siendo unos desconocidos igual que al principio.

Los asistentes componían un grupo algo abigarrado. En el centro de la sala se había instalado el duque Von M., un señor anciano, de unos setenta años. Llevaba uniforme y muchísimas condecoraciones. A una cierta distancia de él, el príncipe Von S. charlaba con algunas señoras que lo rodeaban con evidente admiración. El príncipe se hacía el inglés, se las daba de campechano, reía mucho y parecía ser el único al que le gustaba todo tal como era.

Al rincón donde estaba Chindler se habían retirado algunos industriales que proseguían aquí su sesión de negocios de la tarde y que no se preocupaban de nadie más. Finalmente, algunos jóvenes, los agregados diplomáticos del Ministerio del Exterior que no podían faltar nunca, y algunos oficiales, estaban de pie algo perdidos en la sala, lo mismo que algunas chicas jóvenes; eran comparsas que ya se encuentran en el escenario, maquillados y disfrazados, pero esperan todavía al director de escena.

Poco después de las ocho llegó el embajador estadounidense, Mr. G.

Cuando entró en la sala este último pilar del desde antaño tan orgulloso y extenso edificio del cuerpo diplomático de la capital del Reich, la mayoría de

las conversaciones enmudecieron durante algunos instantes.

Chindler salió de su rincón para darle los buenos días al embajador, a quien ya conocía. Entonces vio hacer un gesto al anciano duque, como si no deseara saludar al embajador hasta que finalmente, visiblemente obligado, tuvo que resignarse a lo inevitable.

La mesa estaba muy bien presentada, pero la comida era mala y escasa.

—¿Qué piensa usted? —le preguntó a Chindler la persona que tenía al lado—. ¿Se está haciendo el patriota nuestro anfitrión, que vive de las cartillas del racionamiento de la carne, o es que el monedero de los Schlappert ya no puede comprar nada que sea comestible?

El vecino que le formulaba esta pregunta algo indiscreta era aquel comerciante de Hamburgo de quien Chindler se había esperado alguna documentación más para su investigación sobre la cuestión de los submarinos. Sin embargo, el resultado fue igual de magro que la carne que se estaba sirviendo. El de Hamburgo hablaba por los codos, como si le hubieran dado cuerda, y ya hacía comentarios cada vez más exagerados.

—Los americanos no me dan miedo —dijo—, los conozco. Esos no saben hacer absolutamente nada...

Chindler dejó finalmente de prestar atención y contempló la mesa. Enfrente de él estaba sentada la esposa de un banquero a la que ya se había encontrado varias veces en diferentes reuniones sociales. Chindler la miró y se apercibió de que estaba a la escucha de los comentarios del hamburgués. Tenía una mueca burlona en la boca, y Chindler recordó que era oriunda de los Estados Unidos. «Ojalá se callara de una vez este tipo», pensó Chindler, y deseó mandar al carajo a toda aquella reunión.

La americana apartó de pronto la mirada. Chindler se giró a un lado y oyó que su vecino había comenzado a hablar de los submarinos.

—... ese es el verdadero motivo por el que no se construyen más submarinos —dijo el hamburgués.

—¿Cuál? —preguntó Chindler.

—Le acabo de decir que, para los oficiales, las posibilidades de transporte en los grandes buques de guerra son considerablemente mejores. ¿Quién se va a hacer almirante si no se construyen más acorazados?

—Es interesante esto que dice usted...

El hamburgués estalló en una carcajada.

—Yo creo que todo lo que digo es interesante...

El señor de la casa levantó la mesa. Chindler buscó a la estadounidense para comenzar una conversación con ella. Cuando entró en la sala de estar, ella ya estaba en un círculo de hombres de los cuales Chindler no conocía a casi ninguno.

El café fue lo mejor. El diputado mandó que le sirvieran una segunda taza y se recostó en la pared. Los invitados se habían repartido en diferentes estancias. En todas partes hablaban alto; el zumbido de las voces resultaba agradable. El anciano duque se había apostado casi enfrente de Chindler y conversaba con varios oficiales. Chindler observó el grupo y vio que el duque estaba hablando en un tono docente mientras los oficiales le prestaban atención. De repente entró el embajador en la sala. Se detuvo en el umbral y miró a un lado y a otro como si estuviera buscando a alguien.

El duque, que lo vio, interrumpió su conversación, se dio la vuelta y dijo súbitamente con un volumen de voz tan alto que lo oyeron en toda la sala:

—¡Usted, señor mío, es el embajador americano, y yo quiero decirle que la actitud de los Estados Unidos de América con sus suministros de armas y de munición a los enemigos de Alemania ha quedado grabada muy profundamente en el corazón de los alemanes, y eso no lo olvidaremos nunca!

El embajador miró sorprendido al hombre que lo había interpelado de una manera tan poco habitual. El diputado dejó su sitio y se aproximó. Sin embargo, el embajador permaneció tranquilo.

—Los Estados Unidos de América —dijo con un volumen de voz igual de alto que el duque— no pueden modificar el derecho internacional público de tanto en tanto según sea la situación en la guerra. Puede que se haya olvidado usted, señor mío, de que también su país suministró armas y munición a México durante nuestros embrollos con el general Huertas...

El duque se dio la vuelta y retomó su conversación con los oficiales, de modo que el embajador se quedó ahora solo. Finalmente llegó a toda prisa el señor de la casa, a quien al parecer alguien lo había puesto al corriente del incidente, y condujo al embajador a una sala contigua.

Fue como resguardarse de la lluvia debajo de un canalón. En esa sala (por cierto, justo debajo del autorretrato de Seckendorff) se encontraba el príncipe

Von S., que parecía haber estado aguardando únicamente la llegada del embajador. Cuando el americano pasó a su lado, dijo a su entorno alzando también el volumen de voz, de modo que incluso Chindler lo oyó con claridad:

—No puede pasarnos nada mejor sino que los Estados Unidos nos declaren la guerra. ¡Entonces recuperaremos nuestra libertad de acción a la que por desgracia hemos renunciado hasta el momento!

«Esto es pasarse de la raya —pensó Chindler—. Ahora solo queda o empezar una pelea o irse de esta casa...».

Sin embargo no sucedió nada de eso. En todas partes siguieron conversando los grupitos por separado, y cuanto más vino acababa parando en los estómagos poco llenos, más animadas se volvían las conversaciones.

Chindler estaba cansado y se fue a casa. En el hotel mandó que lo subieran de inmediato en el ascensor a su habitación. Cuando pasó por el bufé de su planta, vio a una joven encargada de la limpieza ocupada en limpiar una aspiradora.

—¿Pero qué está haciendo usted ahí? —preguntó sorprendido. La joven le respondió que estaba limpiando el aparato.

Siempre le sucedía lo mismo a Chindler: cuando en algún lado había acumulado suficiente rabia y cólera dentro, tenían que salir de él como el fuego de la chimenea.

—Qué gente más boba son ustedes —dijo encolerizado—. Después de haber estado todo el día haciendo de esclavos de las personas, por las noches aún hacen de criados de las máquinas. —La joven lo miró sorprendida, pero a Chindler no había manera de pararle ahora la indignación—. ¡Esa máquina está hecha para que el ser humano limpie con ella y no para que el ser humano la limpie! ¿No lo entiende usted?

—El chisme este está estropeado... atascado —dijo la joven.

—Entonces tírelo por la ventana y mande que compren otro nuevo...

La limpiadora, que consideró que Chindler estaba borracho como algunos de los clientes que regresaban tarde por la noche al hotel, volvió a poner la atención en su trabajo, y Chindler se marchó, aún más indignado que antes, a su habitación. La suntuosidad algo deslucida que envolvió al diputado al encender la luz aumentó su desolación y la hizo oscilar como la luz a la sombra que arrojaba su cuerpo.

Es cierto, en la situación en la que se encontraba Chindler, ningún individuo podía hacer política. Para hacer política hay que tener justo a mano algunas cosas, igual que un carpintero necesita herramientas. Para hacer política se necesitan amigos, una plataforma y una meta. Pero Chindler solo tenía a su partido, un montón de hombres que dejaban que su presidente pensara por todos, el parlamento, que no tenía nada que decir, y ninguna meta.

Chindler arrojó el sombrero y el abrigo sobre un sillón. Al día siguiente, ¿debía dar él realmente a su partido una serie de consejos que nadie deseaba y que nadie esperaba de él?

—Quiero motivar a esos funcionarios subalternos a hacer política —se dijo Chindler—, y eso significa que quiero... cambiar a esas personas... A esas gentes que no desean nada con mayor ansiedad que hacer lo que se les dice, ¿a esas gentes quiero motivarlas a decir a otros lo que deben hacer...? Soy un idiota...

RESULTÓ SER PEOR de lo que Chindler se había temido en un arrebatado de lucidez.

Mientras desayunaba, el diputado volvió a repasar su documentación una vez más. Era excelente; podía estar satisfecho.

De camino al Reichstag fue reflexionando sobre lo que iba a decir. Su intención era presentar a su grupo parlamentario dos alternativas para elegir una. O bien negar rigurosamente al gobierno el permiso para una guerra submarina irrestricta apoyándose en el hecho probado por él de que el país todavía no poseía ni siquiera la décima parte de los submarinos necesarios, o bien tomar las riendas del asunto, exigir el control de la construcción de las unidades necesarias y, en lugar de involucrarse en las ridículas trifulcas del almirantazgo, perseguir una táctica de ataque potente, inequívoca, con esa arma. Para este último caso era necesario proceder a algunos cambios sustanciales en el personal del Ministerio de la Marina del Reich.

Helmberger se encontraba en el vestíbulo del Reichstag esperando a Chindler. Cuando Chindler subía la escalinata, él fue a su encuentro y le puso un papel en la mano. Chindler se detuvo, se puso los quevedos y leyó: «En nombre de todos los miembros del grupo parlamentario de Centro en la Comisión para los Presupuestos del Reich se entrega la siguiente aclaración: el único responsable de la decisión política sobre las tácticas de guerra es, por delante del parlamento, el canciller del Reich. La decisión del canciller del Reich tendrá que apoyarse esencialmente en la decisión del Mando Supremo del Ejército. En el caso de suspenderse la decisión *sobre* la estrategia de la guerra submarina irrestricta, el canciller puede estar seguro de la conformidad del parlamento».

Chindler se quedó atónito. Helmberger lo miró y se rio.

—¡Yo soy un perro bobo —dijo él—, pero para estos tiempos que corren parezco ser más apto que tú!

—El Partido de Centro... nosotros... tú y yo... ¿así que ahora subordinamos incluso al canciller del Reich a la dictadura de los militares? ¿La guerra submarina va a decidirse simplemente así? —preguntó Chindler.

Pero Helmberger ya se había puesto en marcha y Chindler lo siguió.

El secretario de Estado Helfferich estaba hablando en voz baja cuando Chindler entró en la sala con Helmberger. Chindler se sentó en su asiento y oyó para sorpresa suya que Helfferich había cambiado de opinión con respecto a la situación alimentaria en Inglaterra. Parecía ver ahora de manera menos favorable la cosecha obtenida en Inglaterra. Además, esta parte de su discurso era monótona y carecía de dinamismo. En cambio, la segunda parte se volvió más vehemente. Helfferich advirtió del peligro amenazador de una declaración de guerra por parte de los Estados Unidos. Al producirse algunas exclamaciones, él elevó la voz.

—Parece defenderse aquí la opinión de que justamente la guerra submarina irrestricta hará imposible que los Estados Unidos fleten tropas y munición hacia Europa. Les llamo la atención, señores míos, sobre el hecho de que en Salónica están estacionados más de 400.000 hombres de las tropas de la Entente. Todo ese ejército ha sido transportado y se le siguen suministrando refuerzos, munición y víveres, ¡y eso *a pesar de que* nuestros submarinos están ejerciendo su actividad en el Mediterráneo! ¡Les advierto ante falsas ilusiones y les ruego que reflexionen que justamente los barcos de vapor dedicados al transporte de tropas están notablemente mejor protegidos en sus rutas que otros buques!

Helfferich se sentó y se levantó entonces el secretario de Estado en el Ministerio de la Marina del Reich, el señor Von Capelle.

—¡Yo, señores míos, valoro —dijo nada más comenzar su discurso, que pronunció aceleradamente y con un entusiasmo impostado—, valoro con un cero patatero el peligro de que los Estados Unidos de América puedan enviar tropas a Europa! Con un cero patatero —repitió mirando alrededor de la sala. En la bancada de la derecha aplaudieron. El secretario de Estado miró sonriendo a la bancada de la derecha y prosiguió—: Ahora bien, si los americanos fueran a venir realmente, mis submarinos se alegrarán anticipadamente del botín que harán...

En la bancada de la derecha aplaudieron a rabiar, mientras que los

socialdemócratas desahogaban sus sentimientos con comentarios del tipo «vaya, vaya» o «¡madre mía!».

Chindler se levantó y se fue de la sala.

—«*Mis* submarinos» ha dicho ese tipo —dijo a Helmberger, que lo siguió—, «¡mis submarinos!», como si fueran suyos... Y ese modo de replicar a las explicaciones de Helfferich. ¡Helfferich ha presentado pruebas de lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo en Salónica! Y el señor Capelle valora ese peligro simplemente con un cero patatero... Todo esto es infame, Helmberger, es indecente... Ese Capelle es nuestra capilla fúnebre... y nosotros nos sentamos y la inauguramos...

Los grupos parlamentarios se retiraron a deliberar.

Chindler, que fue el primero en tener la palabra, habló con gran apasionamiento.

—Pienso que los colegas podrán hacerse por sí mismos una idea de la situación a partir de la documentación que he mandado copiar para ellos. La situación es confusa, pero esa confusión ha sido introducida adrede. El autor de la confusión es el señor Von Tirpitz...

—Eso se sabe... —exclamó alguien.

—Espero que finalmente se sepa de verdad, pero no veo que nuestro partido haya extraído las conclusiones a partir de ese conocimiento. La declaración *a favor de* la guerra submarina que nos piden que entreguemos es una reverencia a la calle. Tirpitz, que es el mayor adversario del empleo del arma submarina, ha agitado a las masas para predisponerlas en favor de la guerra submarina a través de las artimañas publicitarias...

—¿Qué tiene usted contra la calle? —exclamó un diputado que afirmaba de sí mismo que se situaba en el ala izquierda del partido.

—La calle, señores míos, es el pueblo. Yo protesto en contra de comportarse de una manera irreverente hacia el pueblo haciendo comulgar con ruedas de molino a las trabajadoras y a los trabajadores con argumentos falsos, y no quiero decir falseados. Todos los expertos serios admiten que necesitamos por lo menos trescientos submarinos. Los que tenemos no llegan a cincuenta. ¡Pero esto, señores míos, se le silencia intencionadamente al pueblo!

—¡Lo que no está puede construirse! —exclamó Weber, un diputado bajito

y gordo.

—Muy bien —respondió Chindler visiblemente regocijado con esta interrupción—, muy cierto. Podrían construirse, pero la cuestión es si se desean construir...

—Nuestra declaración exhorta al gobierno a construir, una vez se tenga por correcta esta opción —exclamó el del ala izquierda del partido.

—Esta interrupción, la cuarta ya, por cierto, nos conduce a lo esencial. La documentación, señores míos, que tienen ustedes a la vista demuestra que el Ministerio de la Marina del Reich ha desatendido de una manera censurable la construcción de submarinos en favor de los grandes buques de guerra. Esa misma documentación demuestra que los caballeros de ese mismo ministerio son los maquinadores de la campaña *a favor de* la guerra submarina. ¿Qué es esto, señores míos? Aquí se está jugando de una manera deshonesta. ¡Con los submarinos no se está procediendo contra los ingleses... sino contra el canciller del Reich porque hay alguien que quiere alcanzar ese cargo! Ahora bien, nuestra declaración exhorta al canciller del Reich a hacer lo que desee el Mando Supremo del Ejército... ¿Es realmente nuestro propósito subordinar el gobierno, incluso en este asunto relativo a quien ostenta el poder de mando, a una autoridad que 1) en lugar de hacer la guerra teje intrigas en la política interior; 2) que en lugar de construir submarinos construye barcos que estarán listos en cuatro o cinco años; 3) que en lugar de ofrecer datos objetivos responde a las explicaciones del señor Helfferich con argumentos tan ridículos y sentimentales como los que acaba de ofrecer el señor Von Capelle?

—¿Qué quiere usted en realidad? —exclamó alguien—. ¿Quiere llegar a almirante?

Esta interrupción desató sonoras carcajadas en todas las banquetas. Chindler esperó tranquilamente hasta que reinó de nuevo el silencio.

—¡Ustedes se ríen, señores míos! Se me ha preguntado si deseo ser almirante. Mi respuesta es: sí...

De nuevo volvió a reírse a carcajadas una parte de los diputados, mientras los restantes se quedaron mirando a Chindler con una evidente expresión de desconcierto en sus caras.

—Señores míos —dijo ahora Chindler con gran agitación—, si nos atrevemos, y es nuestro deber ante el pueblo atrevernos, si nos atrevemos a

decidir o no sobre la cuestión de la guerra submarina, entonces tenemos que comportarnos nosotros también como almirantes. Sin embargo, yo les reprocho que se comporten ustedes como tenientes que en lugar de reflexionar por sí mismos hacen que el Mando Supremo del Ejército piense por todos nosotros. ¿Por qué nos sentamos aquí si no queremos pensar? ¿Por qué se ríen ustedes cuando se les pregunta si desean ser almirantes? La cuestión acerca de emprender o no una guerra submarina no es una cuestión militar, de ninguna de las maneras, sino que es una cuestión doble de política y de política interior, que se dirige contra una de las mayores potencias del planeta, contra los Estados Unidos de América. ¡Pero cuando aquí, en este círculo, nos planteamos exponer una pregunta política, nos declaramos no competentes y nos ocultamos detrás de las amplias espaldas de hombres a quienes se les toma por expertos porque llevan uniforme! ¿Cuándo dejará de encontrar lectores por fin ese viejo cuento de que un uniforme despolitiza? Por ello, reitero que la declaración que nos piden que entreguemos es una cobardía porque pone al gobierno en manos del Mando Supremo del Ejército y de las intrigas del Ministerio de la Marina del Reich. ¡Además se trata de una declaración nada digna de hombres alemanes que deberían haber leído a Clausewitz cuando dice que es justamente en la guerra cuando el ejército debe estar al servicio de la política, si no se quiere que ambos, ejército y gobierno, se vayan al traste! Solicito aplazar la votación sobre esa declaración y volver a examinar seria y concienzudamente toda la cuestión sobre si emprender o no una guerra submarina. Me remito, señores míos, al triste ejemplo de la clase obrera. No crean que las cosas pueden hacerse unas veces así y otras veces asá. Si ustedes renuncian a manifestarse hoy en una cuestión eminentemente política, se habrán dado por vencidos. Actuando de esa manera recorren ustedes la misma senda que los obreros que se han puesto en manos de sus líderes y que en la actualidad hacen y tienen que hacer lo que se les ordena...

—Pero eso es una suerte —exclamó alguien.

Chindler pateó contra el suelo.

—Una suerte para nosotros —dijo—, pero...

—¡Pues ahí está! —exclamaron.

—Pero, señores míos, ¿no son capaces ustedes de contemplar políticamente una cuestión política? Si se comportan así, incluso los militares

constatarán que nuestra actitud es una suerte para ellos...

El presidente dio por finalizado el debate. La solicitud de Chindler fue rechazada por todos menos dos votos. A continuación se llevó a votación la declaración del grupo parlamentario y esta vez fue aceptada por todos, con dos votos en contra, los votos de Chindler y Helmberger.

Chindler viajó, cansado y derrotado, a casa.

CATORCE DÍAS DESPUÉS, la familia Chindler estaba reunida para cenar cuando la criada entró en el salón y anunció que dos caballeros deseaban hablar urgentemente con el señor catedrático.

—Ahora no puedo recibir a nadie, estoy comiendo —dijo el diputado.

La criada salió afuera. Al cabo de dos minutos llamaron a la puerta. Toda la familia se giró a mirar. Entonces se abrió la puerta y, antes de que nadie dijera «adelante», aparecieron dos hombres en el umbral.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó Chindler.

—¡Brigada criminal!

—¿Cómo dice?! ¿Quién? —preguntó Elisabeth Chindler, a quien se le puso la cara blanca del susto. Theodor Chindler se puso en pie de golpe y se dirigió a su habitación con esos hombres, que lo siguieron solícitos.

Elisabeth Chindler, los niños y la institutriz se quedaron de piedra en sus sillas. Nadie decía una palabra, solo el perro gruñó, se levantó y se sentó con las orejas en punta frente a la puerta del salón. Al cabo de un rato se abrió la puerta corredera que conducía del comedor al salón, y Theodor Chindler regresó al comedor. Tenía la cara descompuesta, el bigote le colgaba como si lo tuviera arrancado.

—Han detenido a Margarethe —le dijo a su esposa—. La han detenido por actividades de alta traición...

—Lo sabía... lo vi venir... ese hospital... —exclamó Elisabeth poniéndose en pie.

—Cálmate y dame las llaves de los armarios de Maggie —dijo Chindler.

—Las llaves... las llaves... —dijo Elisabeth sin entonar—, no tengo yo esas llaves.

—Tal vez podamos echar un vistazo en la habitación —dijo el funcionario de más edad, una persona gorda con la cabeza tonsurada que había entrado al lado de Chindler.

Leopold sintió un odio galopante contra los dos funcionarios que daban vueltas por las habitaciones de la casa de sus padres como si fueran suyas. Cuando su padre subió con los dos hombres a la primera planta, en la que se encontraba la habitación de Maggie, se levantó y siguió a su padre. Su intención era proteger al anciano y a su hermana.

Los funcionarios registraron los armarios y el escritorio de Maggie que no estaba cerrado. Leopold se detuvo en el umbral. De pronto su padre se giró y lo vio.

—¡Vete a paseo! —dijo.

Leopold regresó despacio al descansillo y volvió a bajar la escalera. «No tendría que haber gritado así a su hijo, sino a esos tipos», pensó.

De nuevo tocaron al timbre. El jefe superior de la policía había aparcado delante y saludó a la señora Chindler, que se esperaba ya cualquier cosa, con una cortesía selecta. Cuando divisó al diputado, fue a su encuentro escalera arriba y murmuró, visiblemente abochornado, que esperaba que se tratara de un malentendido.

—¡Mi hija —dijo Elisabeth, trezando las manos—, mi única hija!

Ella se volvió al jefe superior de la policía y le rogó poder ver a su hija de inmediato. El director de la policía, que se comportaba igual que un cirujano, lo desestimó diciendo que para hoy ya no era posible, mañana en cambio lo podría organizar para cualquier hora. Theodor Chindler, que seguía tirándose del pelo con las manos de modo que se le habían quedado ya algunos mechones de punta, preguntó qué había hecho en realidad su hija. De nuevo volvió a hablar el jefe superior de la policía más con las manos que con la boca. Dijo que no podía decir nada más sino que había recibido una llamada de Berlín con la orden de proceder, por desgracia, a la detención de la señorita Chindler, que quizá en esos momentos estaba el juez instructor interrogando ya a los detenidos y en ese caso se sabría todo mañana.

—¡Y todo eso en el hospital, en donde nos conoce todo el mundo! —dijo la señora Chindler.

—¿En qué hospital? —preguntó el jefe de la policía.

Después de algunos dimes y diretes resultó que Maggie no había sido detenida en el hospital, sino en la vivienda de una trabajadora mayor, mejor dicho, en la habitación de un subinquilino de ella, y junto a este, un tal Koch.

Esa era otra noticia funesta más.

—¿Cree usted que tiene sentido que llame al gobierno? —preguntó Chindler.

El jefe de la policía, que en ningún instante se olvidaba de que se hallaba en la casa de un hombre de contactos que llegaban muy lejos, respondió con la evasiva de que pensaba que el gobierno podía preguntar a Chindler más que Chindler a él, pero en esta ocasión reveló que la detención procedía de una orden de las autoridades militares. «En ese caso solo puede ayudarme Helmberger», pensó Chindler.

—¿Me permite pedirles que se dirijan mañana a mí cuando vayan a visitar a su hija? —dijo el jefe de la policía en el umbral. A continuación se marchó.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Elisabeth.

—Martes.

—Martes... —repitió Elisabeth—, ¡y el jueves vienen todos los hijos! Es como si vinieran a un entierro, eso es lo que me parece. ¡Sostenme un poco, Leopold! —dijo ella, y el muchacho condujo con cautela escaleras arriba a la pesada mujer.

LA CÁRCEL SE hallaba en el centro de la ciudad. Chindler no deseaba ver a su hija antes de saber qué cargos había contra ella en realidad. Decidió no informar a Helmberger por el momento. Tal vez la detención era verdaderamente un malentendido. Entonces solo empeorarían las cosas si se exponían al comentario de todos. Incluso Elisabeth no fue a la cárcel hasta el atardecer del día siguiente. Sencillamente recordó que su médico de cabecera vivía frente a la entrada, y le daba vergüenza que la viera. A eso de las seis entraba en el edificio de cuya existencia solo sabía hasta entonces por el periódico.

Le indicaron una sala y la dejaron esperando. Chindler le estuvo inculcando que no tolerara nada y que se comportara en todos los sentidos como correspondía a la esposa de un hombre de su posición. Sin embargo, Elisabeth no se apercibió de que la dejaban esperando. «¿Y qué le voy a decir a Maggie? —pensó—, ¿qué voy a decir? ¿Cómo debo tratarla? ¿Como a una prisionera? Esto no puede estar pasando...». Estaba tan agitada que de pronto no recordaba la cara de su hija, y continuamente se le aparecía por la mente el rostro de Friederike, arrugado como una pasa.

Por fin llegó alguien y se detuvo delante de ella. Elisabeth se levantó y vio que tenía enfrente a su hija.

—Buenos días, mamá —dijo Maggie con una sonrisa.

Esa sonrisa mató los restos de serenidad en Elisabeth.

—¡Sabiedo lo que sufro! ¡Sabiedo que tengo en el frente a dos hijos, tus hermanos, a quienes pueden matar en cualquier momento... sabiedo todo eso, vas y me haces esto...

Maggie dejó de sonreír. Se llevó las manos atrás y contempló a su madre en silencio, sorprendida, triste.

Elisabeth no se dio cuenta de que Maggie estaba callada o, mejor dicho, no prestó atención a ese detalle.

—¡Solo vienen aquí los delincuentes! —continuó ella con su cháchara, como si estuviera sentada al lado de su cuñada—, ¡solo los delincuentes! Dime por lo menos qué has hecho para que yo sepa a qué debo atenerme... para que también pueda decírselo a tu padre, que es una persona decente que sabe de estas cosas... ¡Habla de una vez... a mí me lo puedes decir todo! ¡Ahora podrás ver tal vez adónde te han llevado los secretos que has guardado sin decírselos a tu madre!

»¿Por qué te ríes de esa manera horrible? —prosiguió Elisabeth—. ¿Cómo puede reírse nadie en un edificio como este? ¡Siéntante, hazme el favor! No puedo aguantarme de pie. Estoy rota. Siéntate para que pueda verte bien...

Maggie miró hacia el rincón de la sala.

—Primero has hablado como un policía —dijo ella en voz baja—, luego como un juez instructor y, por último como... qué sé yo cómo..., sí, como una vieja institutriz. ¡Y tú eres mi madre!

Dio una vuelta a la mesa, el único mueble en aquella sala angosta, enrejada, y se sentó frente a su madre. Elisabeth se vio obligada a dejar su bolso encima de la mesa por el temblor intenso de sus manos.

—¿Cómo acabas de llamarme? —preguntó haciendo un gran esfuerzo por dominarse—. ¿Qué acabas de decirle a tu madre...?

Se interrumpió. Sus ojos habían contemplado suficientemente a su hija... ¿A quién tenía enfrente? A pesar de ser todavía muy joven, Maggie había cambiado mucho por segunda vez en su vida. Los labios de su boca hermosa y fresca se habían vuelto más finos y con los extremos marcados como muescas. Bajo los ojos tenía unas ojeras marrones, profundas. Sus mejillas estaban pálidas, y en sus manos destrozadas por el trabajo sobresalían con claridad las venas.

—¡Oh, santo Dios, cómo has cambiado! —dijo Elisabeth.

—Sí, he vivido muchas experiencias, he cambiado mucho, mamá...

Las dos mujeres se callaron.

—¿Ya no quieres hablar con tu madre? —preguntó Elisabeth, y su voz sonó temblorosa y suplicante. Recordó que la maldición de su vida era suplicar a todas las personas, a su marido, a sus hijos, que hicieran el favor de hablar con ella. ¿Acaso no estaba ella con todos? ¿Acaso no se sacrificaba por todos? Ay, ella no veía ni rastro de amor recíproco ni de gratitud, pero su

corazón estaba sediento de tales sentimientos, igual que está sediento un árbol al sol. Y aquí... aquí en la cárcel... No... ¡El mundo estaba al revés, ella había venido aquí, ella, la intachable, a ver a esta chica a la que habían tenido que encerrar, y ahora ella debía mendigarle amor en lugar de que se le arrojara a sus pies por haber venido a verla! Eso pasaba ya de castaño oscuro. Elisabeth quería levantarse y salir de la sala, pero no se veía capaz de ponerse en pie.

—En estos últimos tiempos he estado meditando con frecuencia —dijo Maggie contemplando la cara de su madre con todo detalle—, he estado rumiando a menudo preguntándome a qué se debe que seamos tan diferentes, nosotros, los hijos, y vosotros, los padres...

—No somos diferentes —se apresuró a decir Elisabeth—. Tú te has desviado del camino recto. —Pero entonces miró a la cara a su hija con temor—. ¿Crees de verdad que ya no eres como nosotros? —preguntó al ver que Maggie permanecía en silencio.

Maggie tomó la mano de su madre entre las suyas.

—Hace veinte años que soy como soy, pero tú no te has dado cuenta.

—¡No, no —dijo Elisabeth—, antes no eras así! ¡Antes eras completamente diferente!

Abrieron la puerta. Un vigilante hizo entrar a un joven funcionario asesor. Mirando a Maggie con enorme curiosidad, se acercó a la señora Chindler y le comunicó que lamentaba ser el portador de una mala noticia, pero la hora de visita había expirado ya. Además, el señor juez instructor había fijado otro interrogatorio. Elisabeth miró al asesor. ¿No acababa de llegar hacía apenas unos instantes? ¿Acaso no habían empezado a conversar hacía nada? Maggie no había dicho absolutamente nada... ¿Por qué estaba ella en la cárcel? ¿De qué iba a informarle Elisabeth a su marido?

El funcionario asesor contempló a la enfermera, que le pareció muy guapa, una huésped poco común en aquellos lares.

Elisabeth se puso en pie; no se podía hacer esperar al juez instructor. También Maggie se levantó.

—Espero de vosotros —dijo—, especialmente de papá, que me saquéis de aquí lo más rápidamente posible...

—Todavía no me has dicho qué has hecho —dijo la señora Chindler en voz baja. Se sentía avergonzada por la presencia del funcionario asesor.

—Yo no he hecho nada —respondió Maggie en voz alta—, soy vuestra hija... ¡Que venga papá! ¡Quiero hablar con él!

A continuación siguió a una guardiana que acababa de entrar.

—Volveré mañana —exclamó Elisabeth.

Maggie se despidió con la mano, y la puerta se cerró de golpe.

—¿Me permite acompañarla a la salida? —preguntó el asesor—. Este edificio nuestro se ha quedado ya muy viejo y tiene tantos pasillos que uno de fuera puede perderse con facilidad.

—Muchas gracias —dijo Elisabeth.

La interrupción de su conversación la había confundido aún más que la conversación misma, de la que ahora volvía a ser consciente paulatinamente. Qué soberbia era esta chica, qué indeciblemente soberbia estando detenida como está...

El asesor hizo una breve reverencia y se despidió. Elisabeth se detuvo en el vestíbulo con bóveda gótica para concentrarse. ¿Qué iba a decirle a su marido? Decidió informarle de toda la entrevista tal y como había sido. A continuación salió del edificio de la cárcel.

Había anochecido y en las calles estaban encendidas las farolas. Una llovizna fina golpeaba a los viandantes en la cara. Elisabeth abrió su paraguas.

—¿Qué tal le ha ido en esa casita bonita? —preguntó de pronto una voz directamente en su oreja, una voz sibilante que sonó tan terrible que Elisabeth estuvo a punto de gritar pidiendo auxilio—. ¿Estuvo bien? Bueno, seguro que no habrá estado bien... pero habrá sido al menos algo para un corazón de madre...

Elisabeth se dio la vuelta y vio a la señora Vierling, que la miraba fijamente con unos ojos destellantes, como los de los locos.

—¿Qué quiere usted de mí! —dijo Elisabeth—. Suélteme... voy a llamar a la policía...

—¿Es que no tiene suficiente policía en la casa? —preguntó esa voz que permanecía al lado de su oído—, no corra de esta manera, eso hará que la gente se fije en nosotras.

Elisabeth se puso a caminar más lentamente. Había vuelto a cobrar ánimos.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó bajando el paraguas.

—Pronunciar mi pésame, mi pésame más cordial. Usted no lo hizo cuando

yo perdí a mi único hijo, a mi único hijo, piénselo bien, pero ¿por qué pagar algo con la misma moneda? No me mire con esa cara de enfado. La he estado esperando. Estoy aquí desde que su hija se alojó en la calle Bisdorf 74. Se ha tomado usted tiempo, corazón de madre, tengo que decirlo, mucho mucho tiempo... Ha durado casi tanto como el entierro de mi hijo... Se acordará usted de mi hijo, que fue amigo del suyo, ¿verdad? ¿O una se olvida de esas cosas? Bien, ahora ya puedo irme.

Hizo un gesto como si se dispusiera a irse.

—Sí, váyase —dijo Elisabeth.

La señora Vierling se detuvo de inmediato.

—¿Por qué razón quiere usted librarse de mí? —preguntó—. ¡Siempre quiere librarse usted de las personas! ¡También quiso librarse de mi hijo! ¡Ahora se ha librado usted de su hija! ¿A qué sabe eso? ¡Bueno, de todas formas a usted le quedan otros cuatro hijos...! A mí me quedó... ¡Sí, ojalá supiera lo que me quedó realmente a mí!

—Lo mucho que sufrí por la muerte de su hijo, no puedo contárselo con palabras —susurró Elisabeth.

—¿Ah, sí...? ¿Sufrió usted? Ay...

La señora Vierling movió la cabeza de tal modo que se menearon sus largos pendientes. Fue en ese momento cuando Elisabeth se fijó en lo extrañamente emperejilada que iba, vestida con una elegancia de mascarada.

—Tal vez cometí un error por no hablar con usted antes, cuando todavía había tiempo...

—Un error... un... —dijo la señora Vierling con voz estridente—. ¡Usted ha cometido muchos errores, querida señora, un saco lleno, un bosque lleno, una pizarra llena de logaritmos!

«Está loca», pensó Elisabeth de pronto.

La señora Vierling la observó con detalle.

—Está usted pensando que estoy loca... Se equivoca, yo soy normal como una vieja solterona... porque soy una vieja solterona casada y usted me ha convertido en eso... ¿o puede repararme usted tal vez mi regazo y de paso también a mi marido? Eso no lo puede hacer usted, dígallo. Sí, si eso fuera tan fácil como disparar... pum... se acabó... muerto. Ahora tengo que ir donde mi hijo... mire usted... yo también tengo mis visitas, como usted... Buenos días,

señora Chindler, no... no me dé usted su guante... ¡Oh Hölderlin, mi mayor deseo sería no volver a verla a usted nunca más! Pero esta ciudad es pequeña, y las calles son tan estrechas... siempre andas chocando con la gente, y esta vez fue usted... ¿Qué dirá mi hijo cuando le cuente lo que le ha sucedido a usted? ¿Se reirá? ¿Así...?

Abrió su mano enguantada en negro y dejó ver una pequeña calavera tallada en marfil, de esas que se encuentran a veces en los crucifijos.

Elisabeth se asustó con tanta violencia que se estremeció.

—¡Por Dios, lo asustada que está usted! —se rio la señora Vierling—. En esto se nota que no tiene usted todavía a ningún muerto en casa... Ya vendrá... Todo vendrá...

Giró sobre el tacón igual que una bailarina y se marchó. Elisabeth la estuvo mirando alejarse durante un buen rato.

MAGGIE CAMINABA DE un lado a otro de su celda. Ahora se había hecho realidad lo que Caspar Koch le había predicho muchas veces: que cuando le ocurriera algo, su familia sería la última en preocuparse por ella. Maggie no lo quiso creer, ella era la única hija, sus hermanos estaban también ahí, su madre tenía ciertamente una piel dura alrededor del corazón, pero era un corazón de todas formas.

Finalmente dejó de hablar con Koch sobre ese asunto. A ella no le gustaba en absoluto que él aprovechara tales discusiones para verter sobre su familia cubos llenos de comentarios mordaces (para los cuales él era una fuente inagotable). Ella se veía como su esposa, le respondió de una vez por todas, y actuaba con él y por él, tanto por amor como por convicción, sí, él la había convencido, por supuesto, y ella compartía las opiniones de él, y no tenía por qué volver a asegurar este hecho. Si la senda de él era peligrosa, también lo sería para ella entonces; los miles de personas que la transitaban tampoco tenían a unos padres que les cubrieran las espaldas en todos los casos. Ella iba a confiar en Koch, en nadie más.

Koch se había callado siguiendo su costumbre de interrumpir en un punto determinado los comentarios infructuosos, pero Maggie sabía que él no aprobaba eso que ella llamaba «orgullo» y él «testarudez» de ella; según el modo de ver de él, lo pertinente era utilizar los recursos que estuvieran al alcance, o por lo menos intentar utilizarlos.

Maggie se sentó sobre el catre. Habían apagado la luz, pero sus pensamientos ahuyentaban el sueño. Ahora, cuando ya era demasiado tarde, reconocía que ella se había comportado aún más equivocadamente que su madre. ¡Que no haya ningún teléfono en esta pu... celda! Con cinco frases se habría podido subsanar todo eso que ahora habría que cargar encima hasta el próximo encuentro, y eso era un equipaje tóxico para los nervios.

Por supuesto que los lamentos de su madre eran provocadores. *¡Yo sufro,*

yo estoy rota, *yo* soy, yo que sé qué, *yo*, yo, yo, yo, yo...! ¡Hasta el hartazgo ese continuo yo, y otra vez yo!

Pero ella era consciente de eso de todas maneras... En el trato con Koch se le había vuelto muy claro que ese... bueno, sí... que ese tipo de personas reaccionaba de ese modo, una manera no especialmente valiente a decir verdad.

¡Qué estúpido, qué desagradable, qué humillante que Koch tuviera razón al haber predicho esa conducta!

«Ay, no estoy exigiendo ninguna ayuda —pensó Maggie—, aunque ahora me agarraría a cualquier mano que pudiera sacarme de este agujero apestoso...».

Pero qué aburrido era todo aquello. Sintió las ganas, unas ganas punzantes que le anegaban la cabeza de sangre, de decirle antes del comienzo de la próxima entrevista, a su madre o a quien fuera que viniera: «Hay dos bandos en ese asunto: el mío y el otro, en el que está la policía. Decídate por uno de los dos. Cuando te hayas decidido, ponte en el bando elegido ¡pero del todo, sin resquicios!».

«¡Qué estúpido era el juez instructor. Esa persona no tenía ni idea de lo que se estaba cociendo en la clase obrera. Qué silencio había allí... Mucho más silencio que en el hospital. ¿Acaso estaba allí? —pensó—. Ay, eso era del todo indiferente. ¡De todas formas, todos sus heridos le estarían deseando suerte! Sí, qué estúpido había estado el juez, descarado y deconcertado a partes iguales. Hasta el momento no había podido probar en ella lo más mínimo. Koch debió de comportarse maravillosamente. ¡Inteligente, astuto, ay, cuánto lo amo! Su cara tensa, sus ojos nítidos, sus manos fuertes... Si mamá viene mañana, seré amable con ella y la consolaré», siguió pensando Maggie, y asintió varias veces con la cabeza para confirmar su decisión.

A continuación tomó un somnífero que había mantenido bien guardado y se quedó dormida.

DESPUÉS DE DOS años, Karl Chindler regresaba por primera vez a la casa de sus padres. Se había dejado el cabello largo, estaba pálido y callado. La detención de su hermana le preocupaba. Hizo que le contaran todos los detalles y lo escuchó todo sin decir nada.

—¡Qué rabia! —dijo finalmente.

Su padre se quedó sorprendido por la exclamación.

—¡Qué rabia...! —repitió Karl al cabo de unos instantes—. Es que tengo el propósito de celebrar mi compromiso matrimonial...

Esta noticia que habría sido alegre en otras circunstancias fue acogida con un silencio opresivo.

—¿Con quién, si se me permite la pregunta? —dijo Theodor Chindler al cabo de un rato.

—Con la señorita Viegabel...

Como nadie había escuchado hasta el momento ese apellido, continuaron en silencio.

—Ese apellido no es muy bonito... ¿eh...? Se escribe sin hache después de la «e»... pero es muy rica... Muy adinerada —repitió Karl poco después—. Por lo demás, también es muy simpática... pero ahora... ¿no se puede hacer algo? Si Maggie tiene que ir a juicio, eso será muy desagradable para nuestro apellido...

Después de la comida llegó Ernst Chindler, y volvió a comentarse desde el principio la detención de Maggie.

—¡Vaya! —dijo Ernst—. En la guerra detienen a mucha gente. Me gustaría saber qué ha hecho Maggie, y os digo francamente que no entiendo que andéis por aquí dando vueltas como si se hubiera muerto alguien en lugar de hacer venir al mejor abogado de Berlín.

Este modo de ver las cosas sorprendió a Elisabeth. Hasta el momento no se le había pasado por la mente que pudiera encerrarse a inocentes en la cárcel.

Theodor Chindler lo contradijo.

—Se ha averiguado que ese Koch, en casa del cual se ha detenido a vuestra encantadora hermana, es un revolucionario de cuidado. ¡Si mis hijos tienen ganas de posicionarse detrás de una socialista, que hagan lo que quieran, pero yo no pienso ni por asomo en tal cosa!

—Contratar a un abogado no significa estar de acuerdo con Maggie —dijo Elisabeth con miedo.

—En mi casa no se defiende ningún socialismo —dijo Chindler.

Y diciendo esto, abandonó el salón.

—Querría estar muerta —dijo Elisabeth echándose a llorar.

Cuando fue a la cárcel a ver a su hija, la acompañó Ernst un tramo. Luego dobló por una esquina y se dirigió a la estación, adonde debía llegar su esposa a eso de las seis. Elisabeth caminaba todo lo rápido que podía. Temblaba ante la posibilidad de que volviera a dirigirse a ella la señora Vierling.

La calesa que se detuvo frente a la mansión de los Chindler crujía bajo la carga de las innumerables maletas de Lilli. Luise tuvo que sentarse al lado del cochero, mientras que Ernst estaba ladeado con medio cuerpo fuera.

—¡Uf! —exclamó el cochero cuando la calesa se detuvo—, habríamos tenido que repartir la carga en dos tandas.

Lilli se salió a la calzada y contó los bultos por si faltaba alguno. A continuación se dio la vuelta y contempló la casa.

—¡Qué torre más disparatada es vuestra casa! —dijo ella—. ¿Por qué la construyeron así, tan alta y suspendida en los aires? ¿Qué locura...! ¿Cuántos escalones tengo que subir hasta llegar al cuarto de los huéspedes? ¡No, esto es de idiotas! En cada descansillo de la escalera habrá un pariente mirándome fijamente... Si hubiera pensado en esto, no habría venido... ¿Sabes, Ernst...? ¡Ernst...! ¿Dónde estás? Ah, estás ahí, sí, ¿sabes?, mandaré que nos construyan en Berlín una casa de solo una planta, todas las habitaciones tienen que estar a ras de tierra... ya he hablado con un arquitecto... un arquitecto encantador... le dispararon en el brazo derecho, pero dibuja los planos con la mano zurda... y lo hace divinamente... tengo los planos conmigo... ¡Vaya! ¿Tengo que escalar de verdad esta torre? ¿No hay una escalera en la parte de atrás? Seguramente estará toda la familia reunida en semicírculo... Ernst... te lo ruego, ve delante y di que tengo jaqueca y no puedo ver a nadie... por favor, ve tú delante...

Luisse... ¡Quédese usted conmigo...! Bien... ¡Así, vamos arriba, donde viven los cuervos y las águilas!

Ernst estaba acostumbrado a esos estallidos de su esposa y solo se sorprendió por la intención de Lilli de mandar construir una casa en Berlín. ¿Qué iba a hacer él, un militar bávaro, en Berlín?

—¿Cómo se te ha ocurrido que nos mudemos a Berlín? —preguntó.

—¡Ah!, es verdad, no te lo había contado por escrito todavía. Cuando se acabe la guerra, nos iremos a vivir a Berlín. Entonces solo tendrás que ir de civil, porque no quiero ver un uniforme nunca más. Ya hablaremos sobre eso... Ve ahora y saluda a tu familia. Ven, Luisita...

«Ya lo creo que hablaremos sobre eso», pensó Ernst, y entró en la casa.

Esa segunda vez, Elisabeth salió de la cárcel mucho más desconcertada que el día anterior. Ayer pudo quejarse y eso la calmó; hoy, Maggie, que había estado callada y cariñosa, le había comentado algunas cosas sobre Koch, ese terrible Koch, a quien ella amaba de verdad, y le había hablado también de sus ideas socialistas, de las cuales estaba, por lo visto, completamente convencida. Esas doctrinas erróneas en la cabeza de Maggie (y, sobre todo, el lío amoroso con un agitador) agobiaron a la señora Chindler mucho más que la detención de Maggie. De camino a la cárcel había decidido seguir el consejo de su hijo Ernst y consultar a un buen abogado. Ahora, después de las explicaciones de Maggie, no le quedaba otro remedio que darle la razón a su marido; ¡como católico creyente y hombre del Partido de Centro no podía posicionarse detrás de una socialista! ¡Y lo descarada que se había vuelto Maggie! Cuando le contó el propósito de Karl de celebrar el compromiso matrimonial, ella contestó literalmente: «Koch no choca tampoco con Karl, así que la señorita Viegabel no tiene tampoco por qué chocar con Koch».

La sopa llevaba ya mucho rato fría, y seguramente la carne, la deliciosa carne, se había ajado ya cuando Lilli bajó por fin las escaleras. Elisabeth, que se estaba volviendo cada vez más nerviosa, miraba unas veces al reloj, otras a su marido; sin embargo, Chindler esperó a Lilli en silencio, sin pronunciar ni una sola palabra de reproche.

Radiante, sonriente y más guapa que nunca, sí, incluso más joven que nunca, tal como la vio Elisabeth llena de admiración, Lilli entró por fin en el salón y saludó a su suegro con una cordialidad tal, que el catedrático no

encontró palabras que decir por la felicidad y la emoción.

Por unos instantes pareció que con Lilli se ponían de mejor humor los presentes; pero una vez en la mesa, volvió a extinguirse esa llamarada. Nadie sabía de qué hablar. La «desconocida», tal como llamaba Karl a su cuñada cuando hablaba a solas con su madre, incomodaba. Se recostó en su silla y contempló a Lilli. Era más guapa que Anna Viegabel, eso no le quedaba más remedio que admitirlo, pero no era ni con mucho tan rica, y en opinión de él, tampoco era tan afectada, siendo Anna más natural. Estas consideraciones mejoraron su humor.

—¿Cómo le va a Maggie? —preguntó Lilli de pronto y despreocupadamente cuando todos estaban metiendo sus cucharas en silencio en la sopa.

—¿No te ha contado Ernst lo que ha sucedido? —preguntó Elisabeth temerosa.

—Sí, claro que sí, está en la cárcel, lo sé. ¿Cómo le va a allí? ¿La tratan bien?

Leopold radiaba de satisfacción. Ese valiente modo de hablar de Lilli sobre Maggie le gustó mucho.

—La estarán tratando como a todos los demás presos —dijo Karl.

—¿Y permitís eso? —preguntó Lilli.

Elisabeth miró en dirección a su marido a ver si iba a decir algo o no. Como permaneció callado, respondió ella:

—¿Qué íbamos a hacer?

Después de comer, Lilli se puso a caminar en silencio de un lado al otro del salón. Ernst había enredado a su hermano en una conversación sobre la situación en la sección del frente en la que estaba él. Elisabeth hacía punto; el catedrático fumaba.

—¿Se puede ir a ver a Maggie? —preguntó Lilli de repente sin dirigirse a nadie en concreto.

—No puede ser —dijo el catedrático mientras Elisabeth respiraba hondo porque no tenía que responder ella—. Con excepción de su madre y de mí, nadie tiene permiso para verla.

—Se lo pediré al jefe de la policía —dijo Lilli.

—Eso no lo vas a hacer —dijo el catedrático. Sorprendida, pero también

asustada, Elisabeth oía por primera en su vida a su marido dirigirse con tanta acritud hacia Lilli.

—Pues entonces me voy —dijo Lilli.

Un silencio general, repentino.

—Ven, Ernst —dijo Lilli en medio de ese silencio—, quiero marcharme de inmediato.

—Mi niña querida —dijo Elisabeth—, ponte un poco en nuestra situación... quiero decir, entiéndelo... —No encontraba las palabras.

—No —dijo Lilli con frialdad—. Ya estoy harta de dejarme tratar por vosotros como a una cualquiera. Eso podéis hacerlo con vuestra hija, que no se puede defender, pero conmigo, no.

Elisabeth se retorció las manos.

—¿Quién te está tratando mal? Si supieras lo que te quiere mi marido...

—Yo pregunto, pero no me responden. Las cosas... no funcionan así, pero me da igual todo. O bien soy de los vuestros y entonces tenéis que hablar conmigo sobre Maggie, o bien no soy de los vuestros y entonces no quiero molestar sino montarme en el tren, y ahora mismo.

—Nadie habla de Maggie —dijo Elisabeth—. ¿Qué habría que hablar? ¡Pero si está presa! Está en contra del gobierno...

—Papá está también en contra del gobierno —dijo Lilli—. Entonces tendrían que llevarlo preso a él también..

—Pronuncias palabras muy atrevidas —dijo el catedrático.

—Me han contado lo que hablaste con el arzobispo la última vez que estuviste en Baviera —dijo Lilli porfiada y en un tono triunfal—. Hablaste en contra de Tirpitz y de Ludendorff..

—El señor Von Tirpitz no es el gobierno —dijo Karl.

—Eso da lo mismo —dijo Lilli—. Vuestra hermana está haciendo exactamente lo mismo que todos vosotros. Está haciendo política, como todos vosotros. No tienes por qué encoger te de hombros, querido Karl, he leído las cartas que le has escrito a Ernst. ¿Es verdad o no que la guerra te parece vomitiva?

—Un hombre que lleva luchando desde hace dos años en la trinchera tiene derecho a una opinión.

—Vuestra hermana no puede luchar en la trinchera porque es una mujer. De

ahí no se deduce que no tenga derechos.

—Por supuesto que Maggie tiene derechos —dijo Elisabeth—, pero no estos...

Lilli miró a su marido.

Este estaba sentado en el sillón y acariciaba al perro. Ella se dirigió de nuevo a su suegra.

—Puede ser que no me conozcáis todos. En ese caso hay que conocerse... Yo no soy ninguna socialista —prosiguió Lilli—, no sé exactamente qué es eso siquiera, pero yo...

La criada entró en la sala diciendo que había una llamada para el señor catedrático. Chindler salió. Lilli, que se había interrumpido en mitad de la frase, se detuvo con gesto reflexivo. Luego echó a andar despacio por la sala y se sentó en el saledizo que estaba construido hacia la calle. Leopold la estaba observando y le pareció que el vestido elegante que llevaba de pronto ya no encajaba con ella. No estaba hecho para cubrir a una mujer en actitud reflexiva.

Lilli estaba sentada con las piernas cruzadas, medio contemplativa y medio pensativa. Sobre el papel pintado de color amarillo de la sala colgaban algunos cuadros. Sobre el sofá en el que estaba sentada Elisabeth Chindler colgaban varios retratos de hombres y de mujeres, caras gordas y flacas, algunos con pelucas blancas, otros en uniformes de épocas desaparecidas. No estaban muertos; la casa en la que estaban llenándose de polvo los había extinguido. En la pared de enfrente había marinas y paisajes de estilo holandés, pero pintados por pintores mediocres. Barcos, árboles, jinetes. Nada viajaba, nada florecía, nada se movía. ¿En qué época vivían las personas que habitaban esta sala? Cómo se había burlado su familia, recordaba ahora Lilli, cuando se casó con Ernst Chindler. Le dijeron que el teniencito era guapito y elegante, pero la familia... un catedrático fracasado, un intrigante parlamentario. En primer lugar, una no se casa con una familia, sino con un hombre, había contestado Lilli, en segundo lugar... Contempló la cara marchita de Elisabeth, no vieja sino ajada, no madura sino reseca, no moldeada por la experiencia sino cansina, no feliz, pero tampoco infeliz, no contenta pero tampoco triste, no orgullosa, no, verdaderamente nada orgullosa, ni tan siquiera consciente de sí misma, pero codiciosa, enérgica, sentada sobre

el arca en la que guardaba ella las propiedades.

Contempló a Karl. Una cara pálida, pero inteligente, muy inteligente. Se acordaba de los comentarios duros en las cartas dirigidas a su hermano sobre la guerra, la estrategia de la guerra, la estupidez de los políticos que no se las arreglaban con los generales, sobre el desequilibrio entre la pobreza y la riqueza en una guerra en la que los pobres formaban los ejércitos. Anna Hey le había contado que ya le habían condecorado públicamente dos veces por acciones de valentía extrema. Él no hablaba de ello. Lilli no sabía nada de la intención de Karl de celebrar su compromiso matrimonial y de que se había enfadado por la detención de Maggie porque eso estorbaba sus planes. Así le pasó desapercibido ese rasgo de su carácter, pero ella sí sabía que era una persona calculadora como todas las personas que estaban ahora allí reunidas.

Theodor Chindler regresó a la sala.

—Han puesto en libertad a Maggie —dijo él—. No han podido probarle nada, parece que en realidad solo ha mantenido una relación inofensiva con ese Koch.

TODO EL MUNDO se fue a su habitación.

—Si pusieron en libertad a Maggie a las diez, ya tendría que estar aquí —dijo Elisabeth a su marido, que se estaba quitando los zapatos, lo cual no resultaba nada fácil por el tamaño de su barriga.

—¡Déjame en paz! —dijo Chindler, y extendió los dedos liberados de los pies—. Seguramente habrá regresado al hospital.

Leopold estaba tumbado en la cama y leía las cartas de Büchner dirigidas a su familia.

Karl fue a buscar a Ernst a su habitación para contarle más detalles sobre la familia de su novia.

—Esos industriales —dijo— son de otra raza. Si quisiera darte una idea de cómo es mi suegro, tendría que estar hablando hasta mañana. Es gordo y rico, no tiene nada de cultura, pero es inteligente, está en contra de Lehmann, ese ultranacionalista, pero es de un chovinista disparatado, un pagano sobrio pero estrictamente luterano, lo cual me resulta muy desagradable a causa de mi boda católica.

—¿Cuándo vas a casarte? —preguntó Ernst.

—Ojalá lo supiera. No puedo llevarme a la esposa al frente... ¿Para qué casarse? Estoy completamente indeciso... Podría comprarme un palacio, por supuesto, si... pero después de todo no te casas con un casa... Pareces cansado —dijo al ver que Ernst no decía nada.

—Es tarde —respondió Ernst—. Tengo una esposa que me está esperando. ¡Buenas noches y hasta mañana!

Lilli estaba sentada en un sillón bajo mientras que Luise se encontraba detrás de ella cepillándole el pelo. La visión de aquella hermosa cabellera puso contento a Ernst. Cuando Luise hubo salido de la habitación, se sentó en una silla y comenzó a desnudarse. Lilli se lo quedó mirando.

—¿Qué estás haciendo realmente? —preguntó ella de repente.

—Voy a dormir —respondió Ernst—. ¿Es que quieres quedarte levantada?

—¡Sí! —Lilli se acercó a la ventana, abrió ambas hojas y miró abajo, al jardín—. Esta torre —dijo—, que no se pueda salir de aquí a ninguna parte... en cada habitación duerme alguien... no debería haber venido...

—¿Qué tienes?

—¡Nada!

Ernst sabía por sus experiencias en el matrimonio que ese «nada» significaba un montón de cosas. Se puso las pantuflas y se dirigió a la ventana. Lilli lo apartó con un empujón suave pero firme. Tenía los ojos muy abiertos, pero miraban fijamente al vacío.

—¡Déjame! —dijo ella, y algo más suavemente—: Te ruego que me dejes.

—¿Tanto te ha agitado la detención de Maggie? —preguntó Ernst—. Ya está otra vez libre... Todo vuelve a estar en su sitio.

Lilli no respondió. Maggie le era indiferente; no obstante, la sorprendente noticia del catedrático de que Maggie estaba otra vez libre la había conmocionado. La actitud de sus parientes, que le había dado ocasión a ella para derramar esa marea de odio e ira que llevaba dentro desde hacía mucho tiempo y que dominaba todos sus pensamientos, había sido depuesta de repente y de una manera demasiado sencilla, y lo que era significativamente peor, ahora que la débil resistencia que habían contrapuesto al apasionamiento de ella era el vacío que ahora volvía a callar, y el viejo orden que volvía a imperar de nuevo.

Ernst se había apartado y estaba ahora vaciando cigarrillos de una cajetilla en su pitillera. Lilli lo contemplaba hacer. Como él ya había empezado a desnudarse, estaba con los tirantes puestos y con unos calcetines azules frente a ella.

Ernst cerró la pitillera y se agachó sobre su maleta pequeña colocada encima de una silla. Al hacerlo se tensó la trabilla de su pantalón y Lilli se fijó en que era parecido a Hey. «Voy a decírselo...», pensó, y antes de que pudiera reflexionar sobre cómo había llegado a esa sorprendente conclusión y sobre si era buena o no, se sintió profundamente aliviada y liberada de una carga.

Hasta ese momento, Lilli no había hablado con nadie sobre la cosa con Hey. Había callado incluso ante su mejor amiga, en parte porque era demasiado desconfiada, pero en parte también porque le pareció que guardar

el secreto era lo mejor en un caso así. Tenerlo y saber guardarlo le proporcionaba una seguridad interior cuando pensaba ocasionalmente en ello. Así pues, podía actuar de manera independiente, o, tal como ella solía decirse a sí misma en esos casos, «ir sola». Saber que eso era así la hacía valiente y la ayudaba a olvidar los restantes fragmentos de aquel lance que ella había llevado mucho tiempo amargamente con ella.

Lilli agarró una silla y se sentó. Ernst seguía hurgando en su maleta.

—¿Has visto mi colonia de lavanda? —preguntó él sin mirar a Lilli.

Lilli no respondió. Sí, ella deseaba vulnerarlo, se confesó a sí misma. Quería herirlo, despertarlo de esa pose insoportable, autocomplaciente, desprevenida, tan estúpidamente autosuficiente que mostraba durante el día. Sí, quería jugárselo el todo por el todo y poner a prueba su matrimonio y también sus energías, a su marido, y también a sí misma... todo. En diez minutos iba a ser todo diferente en esa habitación, todo quedaría roto o nuevo. Por un instante se le pasó por la cabeza decirle la verdad a su marido, porque desde un punto de vista moral eso era lo correcto... (El pensamiento que se le pasó por la mente, igual que a uno le viene a la memoria la cita de un clásico, decía: no debe tolerarse ninguna mentira entre dos personas.) Sin embargo, ella era demasiado orgullosa y demasiado crítica hacia sí misma para engañarse con esa ocurrencia. ¡No! Ella quería romper en pedazos su secreto porque la vida parada, inmóvil, que había a su alrededor le resultaba odiosa como un estanque muerto en el jardín de su padre en el que de niña había arrojado las piedras más pesadas que podía lanzar para removerlo (para regalarle olas) y para afligirlo porque el estanque la afligía a ella.

Ernst se dio la vuelta, se apoyó en la mesa, y Lilli vio los ojos de él dirigidos a ella, pensativos, un poco tristes, pidiéndole que se acercara a él. ¿Debía hacer ella un último intento para mostrarle lo mucho que se equivocaba al tenerla por una Penélope que lo esperaba fielmente?

—Ya no soy —dijo— la mujer que dejaste cuando te fuiste a la guerra.

Pero Ernst estaba cansado. Le había hecho ilusión su permiso, exigía ahora descansar, no batallar con nadie, disfrutar de la vida («¡de la vida en casa!», se decía en las trincheras). Las tensiones a causa de su hermana ya le habían parecido excesivas. Ahora quería dormir, y no a solas, y allí estaba la cama. ¡Y punto!

—Ya no aguanto oír nada más acerca de Maggie —dijo él haciendo un movimiento con la mano como si desplazara algo a un lado—. Además —añadió—, no puede ayudarse a nadie que no se deja aconsejar.

Lilli se levantó.

—¡Tengo que decirte algo de mí!

Ernst fijó la mirada en su vestido claro y prestó atención. Lilli le habló de la visita de Hey y de lo que resultó de esa visita; brevemente, pero sin timidez. Para acabar añadió conforme a la verdad que no había vuelto a ver a Hey y que tampoco había tenido deseos de volver a verlo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Ernst.

—Porque me aburría.

Ernst se encendió un cigarrillo y no replicó nada. Siguió un largo silencio en el que Lilli jugueteó con su cinturón por los nervios.

—¿Por qué no dices que fue injusto por mi parte engañarte?

Ernst permaneció en silencio con la mirada fijada al frente.

—Todo está roto —dijo ella—, ¿ves?, todo está roto... ¡Esto me pone frenética! Creo que sois todos valientes cuando disparáis, terriblemente valientes, pero cuando no hay que disparar, sois unos cobardes, unos insoportables cobardes... Cuando me hablan de ti, veo a un hombre, pero cuando te veo, no veo nada. Si cierro los ojos y me meto un dedo en cada oído, te amo... ¡de otra manera, no! Desearía que no volvieras a ponerte el uniforme. Pues cuando estás desnudo, eres solo un... un... objeto que no lleva nada encima. Eso es insoportable. No... deja... no te muevas... escúchame bien...

—Soy una persona sencilla —dijo Ernst—, lo sé.

—Si yo pudiera —dijo Lilli señalando con el dedo a las dos camas juntas—, no volvería a subirme más a esos barcos blancos. Cuando me acuesto sola, y siempre me he acostado sola, excepto una única noche, se pone en marcha y no sé de dónde viene ni adónde va. Soy menos que la anguila que sabe nadar contra la corriente, soy como un mosquito. Tú tienes la apariencia de un hombre, pero haz algo para que yo pueda hacer algo también... ¡No me digas que estás luchando! ¡No me refiero a esa parte de ti que va matando franceses! Esta noche os he estado observando a todos, también a ti, y he visto cómo sois. Vuestra hermana, que no me importa nada porque no la conozco, estaba metida

en un edificio con rejas. Vosotros estabais enfrente, a bastante distancia por cierto, y mirabais de vez en cuando un poco de reojo hacia allí con la cabeza vuelta. Ninguno de vosotros se acercó ni tan solo un paso al edificio. Oh... no tienes por qué decir nada, estabais todos ocupados un poco con una ventana de ese edificio, eso sí lo vi, pero ¡estabais muchísimo más ocupados cada uno consigo mismo! Fue humillante para mí tener que soportar esa visión... Pero así son todos también en Múnich. Cuando vienen a mi casa y la habitación está vacía, cambian por completo su alma, llena de descontento hasta los bordes. Pero apenas están en la calle, vuelven a sonreír, y si en algún lugar suena una trompeta, esas caras se meten en una sonrisa y las piernas correspondientes comienzan a moverse al compás... ¿Qué debe hacer una mujer con algo así? ¿Qué debo hacer contigo? Ni tan siquiera soy tu colchón. Verte cuando estás aquí es peor que formar tu imagen a partir de recuerdos y de esperanzas cuando estás lejos.

Ernst, que hasta ese momento había estado sentado erguido, apoyó la cabeza en las manos. Esa era la desesperación que él había percibido en todas las cartas de Lilli, incluso en las divertidas. Ahora resultaba que la guerra había destrozado también su matrimonio. ¡Ese Hey... ese maldito y remaldito Hey! Estaba claro que había que aplastarlo, pero el culpable no era él. Culpable era únicamente esta mujer, este carácter increíble que no se podía dejar a solas consigo mismo ni diez minutos. ¿Qué hacer?

—Di algo —dijo Lilli.

Ernst levantó la vista y vio que ella tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué hora es? —preguntó Lilli.

—Las tres menos diez...

—Ven —dijo Lilli, y tomó a Ernst la mano que tenía como apoyo de la cabeza vuelta—, ven, vamos a ir a dormir para no estar cansados. Esta noche ya no se puede uno divorciar. ¿O es que quieres dejarme ahora mismo?

Ernst Chindler yacía en la cama sin dormir. Del cielo de color claro llegaba una luz clara, vidriosa, a la habitación. Sin moverse miró hacia el techo, en cuyos rincones se ocultaba la oscuridad. Estaba completamente desvelado, y algunos jirones de pensamientos anegaban su cerebro. Se acordó de la mujer del pelo negro con la que había cantado algunas canciones en Berlín, vio su cara en la imaginación, pero solo los ojos, de la boca ya no era

capaz de acordarse. Luego recordó al capitán gordo sobre el sofá profundamente mullido. ¿Qué habría sido de él...? La voz de su padre decía algo en su cabeza, que él no entendía, y de pronto le sobrevino exactamente la misma sensación que había sentido en Berlín antes de dejarse arrastrar al barrio de Wilmersdorf: el deseo de levantarse y de huir al frente, ir detrás de un batallón en marcha y de colocarse en la formación entre los hombres que le hacían gustosamente sitio. Derecha... izquierda... derecha... izquierda... uno ríe... uno dice algo... otro responde... muchos se ríen... luego otra vez la calma... derecha... izquierda. El aire es frío, pero en el batallón se está caliente... ¡el batallón es incluso más fuerte que el frío!

Ernst se movió para ahuyentar la visión de los soldados en formación y vio que también Lilli estaba en vela. Sin decir una palabra, la abrazó y presionó su cara contra el cuello de ella. «No debería hacerlo —pensó al mismo tiempo—, seguramente es un error comportarme ahora como un muchacho cansado». Pero al verla sonreír, dejó de pensar y la tomó. Se despertó a eso de las ocho. Lilli estaba de pie delante del espejo con un camisón azul y lo saludó a través del reflejo del cristal. Luego se puso el albornoz y salió de la habitación.

El sol que entraba por la ventana abierta de par en par iluminó un desorden centelleante. Por todas partes había maletas abiertas, en todas las sillas había vestidos, de cada gancho colgaba un sombrero. Una colección de frascos que habría enriquecido a cualquier boticario rebosaba en todos los colores encima del palanganero. El oficial contempló todo aquello y se desesperó en la cama caliente. Al cabo de un rato extendió la mano para alcanzar su cartera, sacó una fotografía de Lilli y la contempló. «La amo —pensó—. Esa cara es lo único que me gusta en el mundo. En otro tiempo se batía la gente en duelos...». Se dio la vuelta al otro lado para ahuyentar esa estúpida sucesión de pensamientos, pues con la palabra «duelo» se imaginó a dos lanzallamas que se arrojaban fuego mutuamente mientras permanecían derechos y tranquilos como bomberos.

«Quiere construirse una casa... que lo haga... seguramente será bonito vivir en ella... más bonito que no vivir en ninguna parte... yo no vivo en ningún lado... que se construya una casa. Lo principal es que ella tenga ocupaciones.

Se levantó. Lilli regresó a la alcoba. Se colocó detrás de él, le pasó la mano por el pelo y dijo:

—En el baño lo he visto del todo claro. Cuando tú estás aquí, te amo, solo que cuando te vas... Ah no, probablemente te amo siempre. Solo que... ¿sabes...? Tal vez podría amar a tres hombres a la vez... No te enfades... no me mires así. No conozco a nadie además de ti.

Ernst se quedó mirando en línea recta a las copas de los árboles del jardín. «Cuando regrese a casa —pensó—, la amansaré».

MAGGIE HABÍA DESAPARECIDO. Ya no se encontraba en las dependencias de la policía ni tampoco había regresado al hospital. ¿Dónde podía estar?

Elisabeth estaba fuera de sí. Ya había telefoneado dos veces a la policía, pero los funcionarios no sabían nada tampoco. Por la tarde decidió ir a la vivienda en la que habían detenido a Maggie. Lilli le pidió que la dejara acompañarla. Elisabeth se quedó desconcertada, pero no supo cómo rechazar esa amable oferta y se llevó a Lilli consigo. La señora Sorge abrió y se quedó mirando de arriba abajo a las dos mujeres. Les dijo que no, que la señorita Grete no estaba allí. No había regresado desde que la fueron a buscar. El señor Koch tampoco estaba allí, seguía preso, a él no lo habían puesto en libertad.

Elisabeth le pidió que las dejara entrar. La anciana iba por delante y condujo a las mujeres a la cocina. Elisabeth quiso ver la habitación en la que había vivido Maggie.

—Ella no ha vivido nunca en mi casa —dijo la anciana con indignación.

—¡Pero si la detuvieron aquí!

—Bueno, eso fue porque estaba aquí casualmente de visita.

Lilli levantó una patata que había caído al suelo. La anciana le dio las gracias y la miró fijamente de reojo.

—¿Es usted su hermana?

—No, su cuñada.

—No hay ningún parecido.

—Escuche —dijo Lilli—, le dejo aquí nuestra dirección. Si viniera la señorita Chindler, dígame que dé noticias de ella a su madre, que estamos todos muy preocupados.

La anciana puso la nota con la dirección en el armario de la cocina, y las dos mujeres se marcharon.

—¿Qué va a pensar tu familia de nosotros? —dijo Elisabeth. Lilli pensó:

«mi gente no piensa nada bueno de vosotros», pero en voz alta dijo—: Lo que piense mi familia es completamente indiferente.

Elisabeth suspiró. Las dos mujeres habían doblado por la calle Kaiser, y Elisabeth se detuvo frente a una pastelería. En el escaparate había dos tartas de las que se hacían en otro tiempo, figuras fluctuantes sobre una base fina similar a una tapa de cartón de merengue coloreado.

—Ven —dijo Elisabeth—, te invito a un café porque fuiste tan amable de acompañar a una vieja y triste madrecita.

Lilli lo rechazó diciendo que Elisabeth parecía cansada y tenía mal aspecto, lo mejor era que fuera a casa y se echara un poco.

—Quería darte una alegría —dijo Elisabeth.

—Ya me la has dado con tu cariñosa intención —respondió Lilli apretando la mano de su suegra. Elisabeth se quedó agradecida y emocionada y se reprochó haber hablado tantas veces en contra de Lilli. «No volveré a hacerlo nunca más —pensó—, nunca más».

Cuando las mujeres habían caminado ya unos veinte pasos, salió Maggie por la puerta de una tienda. Miró a ambos lados y vio a su madre caminar despacio calle abajo, con el sombrero redondo con velo en la cabeza, con la falda larga y amplia de color negro ondeando a un lado y a otro. Durante unos instantes pareció querer ir tras ella, pero entonces se dio la vuelta y caminó a buen paso en la dirección contraria. En la primera bocacalle dobló a la derecha y caminó por varias callejuelas hacia la parte oriental del barrio. No quería encontrarse con ningún conocido.

Se detuvo frente a la entrada lateral de unos grandes almacenes. Ya llevaba esperando un cuarto de hora cuando dos soldados se le acercaron.

—Anda, señorita —dijo uno—, ¿qué haces aquí tan sola?

—Estoy esperando a alguien —dijo Maggie. En su claro acento altoalemán, los hombres notaron que alguien de los barrios de poniente se había perdido por esta zona y que aquel no era sitio para ella.

—Bueno, disculpe usted —dijo el hombre que se había dirigido antes a ella. Sin embargo, el otro se enfadó:

—Lo mejor sería que se buscara usted otra zona —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Maggie.

—¡Porque a una como usted no se le ha perdido nada por acá! ¡Por eso!

—Ciertamente no se me ha perdido nada por aquí, pero he encontrado muchas cosas.

El colérico no entendió la respuesta.

—Oye, nena —dijo en tono amenazante—, si quieres ponerte descarada...

—Si está usted harto de la guerra, querido —dijo Maggie a pesar de estar temblando—, no tiene por qué desahogar su rabia conmigo. Hay mejores rivales que una chica que también está muy harta.

El hombre ocultó su desconcierto con una carcajada sonora.

—¿Una cosita así está harta? —dijo golpeándose con ambas manos en los muslos. Su acompañante, que estaba prestando atención con la boca abierta, lo agarró del brazo.

—Adiós, señorita —dijo, y dirigiéndose a su compañero ordenó a lo militar—: ¡Y ahora, en marcha!

Por fin se abrió una puerta lateral, y algunas dependientas salieron a la calle. Una se dirigió a Maggie.

—Seguro que has estado esperando mucho rato —dijo—, pero es que el jefe se ha vuelto loco otra vez.

Al salir libre de la cárcel, Maggie se encontró en su bolso una nota secreta en la que Koch había escrito que no regresara al hospital, sino que se alojara provisionalmente en casa de Gerda Riemer y que esperara a recibir más noticias de él. Al día siguiente, un niño le llevó otra nota de Koch, en la que ponía que lo mejor era que se trasladara por el momento a Berlín, que él ya había puesto al corriente a su amigo Granowski; ella podía vivir en la casa de su madre hasta que llegara él; hasta el momento no le habían podido probar nada tampoco a él y esperaba también que lo pusieran pronto en libertad.

Gerda Riemer, dependienta y conocida de Koch, vivía a cinco minutos de los grandes almacenes, en casa de su madre. Mientras la señora Riemer preparaba la cena, las dos chicas se pusieron a deliberar. Gerda no compartía los planes de Koch.

—¿Qué vas a hacer sin dinero? —decía ella—. En tu lugar yo iría a casa y al menos les pediría dinero a mis padres. Con dinero sí puedes viajar a Berlín.

Maggie le prestó atención.

—Mis padres no me darán ni un céntimo —dijo.

Gerda no pudo entenderlo.

—Una gente tan rica no va a dejar a su única hija mendigar por ahí.

«Eso es lo que hace la gente rica», pensó Maggie.

Gerda se quitó los zapatos y les limpió el polvo con un trapo. A continuación se puso las zapatillas de andar por casa.

—Si continúo medio año más en ese tenducho, se me van a poner los pies planos —dijo—. Me duele mucho la barriga... —Se soltó el suéter y la camisa de la falda y contempló su cuerpo, una pequeña barriga blanca a la que por fuera no podía vérsese nada extraño—. Mira —prosiguió, y condujo la mano de Maggie sobre su piel—, aquí me duele todo cuando se presiona y aquí también.

—Tienes que ir al médico —dijo Maggie.

La chica negó con la cabeza.

—Ése te raja la barriga y luego se te queda fea.

También la señora Riemer, una mujer silenciosa, pálida, persuadió a Maggie para que al menos lo intentara en casa de sus padres. Maggie le dio la razón. Mientras la señora Riemer hablaba, ella se dio cuenta de que le resultaría imposible irse de la ciudad sin despedirse primero de su madre. Sintiéndolo en el alma, tomó camino de nuevo hacia el barrio de poniente. Gerda la acompañó un trecho.

ERNST CHINDLER ESTABA sentado al lado de su esposa mirando los planos del arquitecto del que había hablado Lilli.

—Son solo planos —dijo Lilli—, si no te gustan, pueden hacerse otros. Ernst replicó que le gustaba mucho la mayor parte de lo que había visto. Le resultaba extraño mirar los planos en compañía de Lilli, pero se esforzó por ocultar sus pensamientos. También Lilli parecía más feliz de lo que era. Su confesión de la víspera la fastidiaba. Y qué extraño era el comportamiento de su marido. ¿Por qué no había dicho nada, ni una sola palabra, qué significaba aquello? ¿Acaso le daba a él igual lo que ella hiciera? ¿O estaba meditando alguna venganza? A pesar de que ella no podía menos que pensar en esa situación, no se atrevía a llevar la conversación de nuevo hacia ese asunto.

Karl Chindler iba de un lado a otro de la habitación con la cara colorada y con una mueca de rabia en la boca. Le había pedido 7.000 marcos al diputado para pagar deudas. Decía que le resultaba imposible pedirle a una mujer adinerada como primera dote el pago de antiguas deudas. Theodor Chindler se negó. Le dijo que él vivía de los intereses bancarios; además, ahora había que mirar cómo volver a poner a Maggie en el camino recto, y no estaba en condiciones de ofrecer un importe así. Karl, que siempre sentía que los demás lo dejaban de lado, aclaró que en esas circunstancias no le quedaba más remedio que aplazar la celebración de su compromiso matrimonial. Al catedrático tampoco lo ablandó esa amenaza. A él no le habían pagado jamás las deudas y por consiguiente él no se había endeudado jamás. Elisabeth, que ya se había pasado dos veces por el cuarto para, en caso necesario, echar agua al fuego, entró por tercera vez y llamó a Karl con un pretexto cualquiera para que saliera al pasillo.

—Deja de hablar con él. He estado pensando en este asunto. Tendrás el dinero, pero no hables más de eso ahora. Ya lo arreglaré yo. Mi madre me lo adelantará de mi parte de la herencia.

Karl le dio un beso a su madre, pero en el fondo no estaba contento por ese medio triunfo. Habría preferido domeñar a su padre.

—Entra ahora de nuevo y habla de algo distinto —dijo Elisabeth. Entonces se abrió la puerta de la cocina con el crujido que conocían bien todos los moradores de la casa y apareció Maggie en el umbral—. Ha venido Maggie —dijo la señora Chindler—, qué contenta estoy.

Abrazó a su hija. Luego le gritó a la cocinera que preparara un té, y condujo a Maggie al salón. Lilli se retiró al saledizo y observó a la familia, que se había agrupado en torno a Maggie. Todos le hacían preguntas, y la chica respondía con cautela. Incluso la cocinera, que llevó ella misma el té al salón, saludó a la señorita Chindler con un apretón de manos mientras en su cara franca se pintaba el gesto de una sorpresa indisimulada. Maggie se recostó en su asiento. Cuando se llevó la taza a la boca, se dio cuenta de lo ligera y fina que era la porcelana, qué hermoso su color azul, qué perfecto acabado tenían las formas de la tetera, del azucarero y de los platillos. El viejo salón en el que había estado ya mil veces le pareció tan grande como una sala de baile. El color claro del papel pintado, los cuadros, los muebles, todo le gustaba como si lo viera por primera vez.

Elisabeth había acercado su silla lo más cerca posible de Maggie y mantenía sujeta la mano de su hija, que acariciaba de tanto en tanto con un leve movimiento de los dedos. Maggie estaba muy emocionada con el recibimiento que le había dispensado la familia.

Así pasó una hora cuando Theodor Chindler preguntó a su hija qué pensaba hacer ahora, si quería regresar al hospital o si prefería quedarse en casa. Maggie se inclinó un poco hacia delante y respondió que tenía el propósito de ir a Berlín.

—¿Qué vas a hacer en Berlín pues? —preguntó Elisabeth, que enseguida se temió lo peor.

—Como ya habéis visto —respondió Maggie—, he necesitado veinticuatro horas hasta poder decidirme a venir a vuestra casa después de todo lo que ha sucedido.

—Eso, más que visto, lo hemos sentido tu madre y yo —dijo el diputado con sequedad.

Maggie soltó la mano de su madre y se encendió un cigarrillo para

calmarse. Entonces explicó que al hospital no podía regresar ya porque le ponían dificultades para aceptarla de nuevo. En casa no quería quedarse y tampoco podía porque... —se interrumpió titubeando—. No sé —dijo al cabo de un rato—, estáis todos sentados aquí alrededor de mí como un tribunal alrededor de una acusada. Pero a mí ya no se me acusa de nada... Me han puesto en libertad, he salido de la cárcel —añadió sonriendo, pero nadie respondió a su sonrisa—. Mi propósito es ir a Berlín. Más no puedo decir.

—Eso es algo nuevo —dijo Theodor Chindler—. ¿Puedo preguntar con qué dinero piensas sufragar tu viaje? Espero que ciertas ideas no te hayan enturbiado el sentido de la realidad como para suponer que *yo* pagaría tales excursiones.

—No comprendo por qué me niegas a mí lo que concediste a mis hermanos cuando les diste dinero para su formación.

La palabra «formación» desencadenó una tormenta de enojo, en la que también participó esta vez Karl Chindler. Como Maggie permaneció callada ante todas las protestas, Elisabeth no pudo reprimirse por más tiempo de formular una pregunta que la había estado oprimiendo desde el primer momento.

—¿Estará ese Koch también en Berlín? —preguntó ella.

Maggie aplastó su cigarrillo en el platillo. ¿Qué iba a responder? ¡Qué disparatado y desfigurado estaba todo en esa estancia! Ella, que estaba en contra de la vida bohemia y a favor del matrimonio, algo que ya había dicho a Koch cientos de veces, y a favor también de las relaciones ordenadas, estaba allí ahora sentada como la representante de la depravación moral. Miró en torno suyo y vio la misma insensibilidad en todos aquellos ojos.

—En la cárcel me dieron un libro —dijo al cabo de un rato— en el que volví a encontrar una hermosa frase: «¡Donde tú vayas, yo iré también; donde tú estés, yo estaré también. Tu pueblo es mi pueblo y tu Dios es mi Dios!». Yo quiero actuar conforme a esa frase, y aunque mi manera de conducirme resulte un poco difícil de entender, os ruego encarecidamente que lo intentéis.

Mientras citaba en voz alta esas palabras de la Biblia, Maggie volvió a percibir lo bonitas y correctas que eran. Sí, allí donde fuera Koch, allí quería ir ella también, y allí donde estuviera él, allí quería estar ella también. Fue en ese momento cuando estuvo completamente decidida a ir a Berlín, y eso tenía

que ser de inmediato.

Sin embargo, Elisabeth estaba ahora verdaderamente enfadada. No hay adepto de un solo sistema que soporte que alguien se atreva a remitirse a las fuentes que formaron en su momento, hace tiempo, la doctrina actual.

—Ya veo que estás poseída por el diablo —dijo ella—, de lo contrario no osarías hacer un mal uso de las Sagradas Escrituras en la casa de tus padres.

Ernst Chindler iba a intervenir. A él le había gustado mucho la cita pronunciada por Maggie, que él había olvidado hacía mucho tiempo. Entonces entró Leopold en el salón. Cuando le dio la mano a su hermana, se la estrechó con tanta firmeza, que Maggie retiró la suya asustada. Estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos como para notar la admiración y la veneración que su hermano deseaba mostrar en ese apretón de manos. Le sonrió y se levantó.

—Voy a irme —dijo sin mirar a ninguno de sus familiares—. Solo habrá mal rollo si continuamos hablando, ¡y yo no quiero pelearme con vosotros!

Elisabeth se echó a llorar.

—No puedo permitir que corras hacia tu perdición —dijo.

—Siempre has adorado pronunciar esas grandes palabras, mamá —dijo Maggie en tono burlón. Pero la palabra «perdición» la había irritado demasiado. No pudo dominarse por más tiempo—. Tu perdición no es ni por asomo mi perdición. ¡Qué asco! No, no quiero seguir más. Insultadme cuando esté fuera, pero respetadme mientras esté aquí. Mi corazón late sin vuestro permiso, mis pulmones respiran sin vuestra orden... Vosotros sois así y yo soy así...

Se le saltaron las lágrimas, y en parte porque se avergonzaba de las lágrimas, en parte también porque esas conversaciones eternas no llevaban a ningún lado, se echó a correr, y ya había cerrado tras de sí la puerta de la casa cuando la familia se apercibió de lo sucedido.

Theodor Chinder se fue hasta la puerta y se detuvo allí. Se vio a sí mismo como un necio porque no se le había ocurrido absolutamente nada sobre lo que hacer en esa situación. También los hermanos estaban desconcertados.

—Pero si solo estábamos al comienzo de la conversación —dijo Karl.

Elisabeth lo interrumpió.

—No —dijo yendo de un lado para el otro con las manos cerradas—, una

madre también debe tener su orgullo. Quien me desprecia no es digno de mí. A quien no quiere tener mi amor no se lo voy a regalar... Hay que amar a Dios más que a las personas... Relaciones inmorales... Entonces ya no podría ir más a confesarme. No, no, Dios nos pone a prueba, pero está en su derecho. Que se vaya a esa maldita ciudad de Berlín.

Lilli descendió del saledizo.

—Que tuvieras que venir justamente ahora... —le dijo Elisabeth.

Lilli dirigió la vista a la bandeja que estaba encima de la estufa y arrugó el entrecejo.

—Maggie es la mejor de todos vosotros... de todos nosotros...

Theodor Chindler, que seguía de pie junto a la puerta, se dio la vuelta de repente.

—Ruego que no se hagan comentarios —dijo él.

Ernst, que con gesto asustado miraba alternativamente a su esposa y a su padre, vio que el anciano estaba temblando. Lilli se rio.

—Soy rica —dijo ella—, ¡sí, rica para permitirme ser independiente! ¡Vosotros no me podéis ordenar nada, absolutamente nada, ni me podéis negar ningún dinero! Si os digo que me voy a Berlín, no tenéis más remedio que reír de alegría.

Theodor Chindler se movió. Por unos instantes pareció que quería acercarse a Lilli, pero entonces se dio la vuelta y salió del salón. Ernst se acercó a su esposa, pero Lilli lo empujó hacia atrás.

—Ocurre siempre que quien tiene poco dinero tiene que irse —dijo ella gritando—. Primero Maggie, luego él, yo soy la que tiene más dinero, me quedo.

Elisabeth miró a Lilli. Su antiguo odio hacia esa persona maquillada volvía a llamear en su interior, pero el miedo llameante que había en ella a que toda su familia fuera a descomponerse en esa noche terrible luchaba contra esas llamaradas como un humo espeso. Sin decir palabra, dirigió sus pasos a Karl, le tendió el brazo y dejó que la sacara del salón.

—Tienes razón, pero has actuado incorrectamente —dijo Ernst.

—Ah, me siento tan bien —dijo Lilli—, muy bien, estoy liberada, podría volar.

—Maggie no debería haberse marchado con tanta precipitación.

—Ella se ha comportado magníficamente.

Theodor Chindler regresó al salón. Leopold vio que estaba fumando un cigarrillo, algo que nunca hacía.

—Mi sombrero y mi abrigo —dijo a Leopold. A continuación se dirigió a Lilli—. Tengo que irme de mi propia casa, pero es que no puedo permanecer en ella. No solo me has ofendido. Me has insultado.

—Vosotros pegáis puñetazos a mi amiga Maggie —replicó Lilli— y os sorprendéis de que yo os muestre los dientes.

—Yo pondría a los pies de mi única hija todo el dinero que poseo —dijo el diputado—, pero no puedo responder ante mi conciencia para apoyarla incluso en su senda de inmoralidad y de instigación popular.

—Subestimas mi entendimiento, papá —dijo Lilli—, al citarme a viejos escritores de tu adolescencia. No se trata aquí de apoyar a Maggie sino de no subyugarla. Nadie espera de ti, y ella probablemente quien menos, que apruebes lo que hace ella, pero yo pensaba que como mínimo entenderías que ella tiene que recorrer su propio camino.

—Cada marco que le doy significa un marco de aprobación de su ceguera.

—¡Por esto os desprecian los generales, porque pensáis así! Pero no podemos seguir hablando de esta manera. Por favor, quítate el sombrero. Soy yo quien tiene que irse de tu casa, no tú. Me voy yo.

—¿Puedes decirme cómo habrías actuado tú en mi lugar? —preguntó el catedrático al tiempo que intentaba en vano encenderse otro cigarrillo con mano temblorosa.

Lilli le quitó el fósforo de la mano y le dio fuego.

—Soltar, hay que soltar siempre —respondió ella—. Lo sé por mí misma. Quien me obliga me destroza. —Se quedó meditando unos instantes, y luego prosiguió—: Tu error es muy hondo. ¿Por qué sabías que tu hija se interesaba por las cosas públicas? ¿Por qué no le ofreciste sitio a tu lado? ¿Por qué no la conocías?

—No conocemos a las personas. ¿Quién me habría dicho que tú me insultarías...?

De nuevo se abrió la puerta y entró Elisabeth. Estaba en camisón, sobre el cual se había echado una chaqueta de piel de zorro, y su cabello colgaba hacia atrás en una coleta fina.

—No está bien conversar aquí abajo a estas horas y dejarme sola arriba —
dijo sin mirar a Lilli—. ¡Ven, Theodor!

Lilli salió a toda prisa del salón.

—Quedaos hasta mañana, retenla —dijo el catedrático a Ernst. A
continuación condujo a Elisabeth arriba.

—**E**S LA GUERRA —dijo Ernst, cuando estuvo en la habitación con su esposa—. ¡Nos altera a todos!

Lilli iba de un lado a otro haciendo las maletas.

—En mi compañía había un hombre que era más listo que todas las personas juntas que conozco. Una pequeña bala lo mató. Pero ¿qué estoy diciendo? Al principio pensé yo también que lo mejor que podía hacer Maggie era obedecer a sus padres. Luego me dejaste hecho un lío.

—¿Sigues pensando de esa manera? —preguntó Lilli levantando la vista desde una maleta.

—Yo también tengo que obedecer —dijo Ernst.

Lilli se levantó, se plantó justo delante de su marido y lo miró a la cara.

—¿Tú obedeces? ¿Tú, miserable oveja? Entonces te voy a engañar con todos los hombres que me encuentre.

Ernst la agarró de los brazos desnudos.

—No te mataré sino que te daré una paliza tremenda, ¿me oyes?

—¡Ay! —dijo Lilli liberándose del agarrón—. No tienes por qué demostrarme que tus manos son más fuertes que tu cerebro. ¡Eso ya lo sé!

—Ahora ya basta —dijo Ernst. Agarró la maleta y le dio la vuelta de modo que la ropa interior, los zapatos, los vestidos y los frascos volaron al rincón formando un desorden tremendo.

»¡Ya vale! Ahora vas a ir a dormir hasta que recuperes el juicio. Andando a la cama, ¡vamos!

—¡Estás gritando! ¡Gritas como tu madre! —dijo Lilli—. Estás loco, ¿verdad? Quiso salir corriendo por la puerta, pero Ernst se le adelantó, dio una vuelta a la llave y se la guardó en el bolsillo—. ¡Ya vale! —repitió—, ahora a dormir. Tenía la cara colorada, y los ojos le resplandecían maliciosamente. Lilli seguía ante él y trataba de mirarlo con burla y desprecio. No lo consiguió. Él le gustaba. Él tenía razón y su cólera tenía verdaderamente

un montón de motivos. Quería decírselo, pero como lo tenía delante en silencio en lugar de seguir gritando, ella guardó silencio también. Al cabo de un rato se dio la vuelta y se metió en la cama.

Ernst la contempló. Ahí, delante de él, a apenas dos metros de distancia, yacía una persona, vivía, respiraba, reflexionaba... Pero ¿qué vivía, qué pensaba esa mujer que no había manera de domeñar? No obedecía a sus palabras, su amor no la domaba, ¿qué debía hacer él?

Lilli dormía. Ernst se acercó a la cama de ella y se arrodilló para verla con más claridad. La durmiente había puesto los brazos debajo de la cabeza, y su cara reposaba inclinada a un lado sobre la almohada. Uno de los pendientes largos que ella solía llevar por las noches estaba en su cuello como una mariposa posada. Los ojos firmemente cerrados y los labios levemente abiertos formaban un extraño contraste. Pero su contrajuego era el sueño, la reorganización de las energías agotadas. ¡Qué apartados estaban del mundo esos ojos! Sin embargo, ¡cómo no paraba esa boca de aspirar la dulce brisa de la noche!

Sobre la cama estaba colgado un cuadro, y Ernst recordó que en otro tiempo no estuvo colgado ahí. Ah, sí, esta fue su habitación, en la que habitó, jugó, durmió e hizo los deberes de la escuela durante quince años, en ella le habían enseñado a hablar, a lavarse los dientes y a hacer una reverencia cuando venían visitas. Pensó en la batalla y vio las dos columnas francesas en la confluencia de los dos caminos y las dos baterías que con tanta calma y constancia habían disparado a miles de personas destrozándolas en pedazos. Por aquel entonces pensó que un solo individuo era mucho, de un individuo dependía todo. De pronto ese pensamiento le pareció ridículo. «¡Qué tontería atormentarse por una persona cuando había millones. Que haga lo que quiera —pensó—, yo no puedo cambiarla. Nadie es capaz de hacer dos cosas a la vez, hacer la guerra... y... no se puede parar a una mujer con palabras... con discusiones no se logra nada... hay que demostrarle que no se la necesita... así que, ¿voy a luchar por ella?».

Ernst se levantó, se dirigió a la mesa y escribió en un trozo de papel: «Mañana por la tarde se habría acabado mi permiso de todas maneras. Es mejor que me vaya ahora. Te escribiré, y te ruego que me escribas también. Dime lo que quieres. Tu pasión me parece que no obedece a ningún plan. Por

supuesto que sería mucho más fácil si pudiéramos vivir otra vez juntos durante un tiempo. Pero no puede ser. Adiós. E.».

Agarró su gorra, pero cuando ya estaba en la puerta, se dio otra vez la vuelta y escribió: «PD. La marca de los tiempos que corren es su aburrimiento, nada tiene sentido. Somos como pájaros a los que han arrojado al agua, pequeños, pataleando, animales nerviosos con razón. Adiós. Te amo».

En la estación esperó a que llegara un tren, y viajó de regreso al frente.

LIBRO QUINTO

SIGUIENDO EL CONSEJO de Koch, Maggie viajó a Berlín después de la disputa con sus padres. Emil Granowski, amigo de Koch, la fue a buscar a la estación de Anhalt y la llevó a Lichtenberg, a la vivienda suya y de sus padres. Allí llevaba viviendo Maggie ya dos meses. La vivienda constaba de tres habitaciones y la cocina. En la primera habitación vivía la señora Ritter, hermana de Emil, con sus tres hijos. Su marido llevaba en el frente desde 1914; ella trabajaba en una fábrica. En la segunda habitación dormían los ancianos Granowski, Johann y Marie. La tercera habitación se la dejó Emil a Maggie; él dormía desde entonces en la cocina. Como Maggie disponía todavía de un poco de dinero, las cuestiones exteriores de su existencia estaban arregladas, no así las interiores. La bronca con sus padres la había turbado menos de lo que se había temido. Ella lo habría entendido, y habría tratado de sanar la herida con cariño, si sus padres hubieran estado tristes; la separación le había hecho daño. Sin embargo, la manera pedante con que habían querido doblegarla, la enorme incomprensión (Maggie no encontraba ninguna otra palabra para designarlo) con que la habían exhortado a aniquilar sus ideas, a olvidar sus experiencias, a destruir su amor, resumiendo, a volver a ser la niña que fue en otro tiempo, le había producido asco.

Cuanto más tiempo reflexionaba Maggie sobre este asunto, más claro se le iba haciendo que el ser humano tiene ciertamente el deber de educar a los hijos, pero no el derecho a cambiar a las personas adultas; ¡no hay nadie que tenga el derecho a decirle a otra persona: oye, deja de ser como eres y sé de otra manera, es decir, sé de la manera que yo quiero que seas!

Para horror suyo, Maggie se dio cuenta en Berlín de que el tipo de personas como sus padres estaba muy extendido. Sí, con una desesperación creciente creyó ver que justamente en aquellos círculos en los que ella encajaba como novia de Koch (o como señora Koch, como decía ella) una extensísima mayoría se dedicaba mucho menos a luchar contra la situación política para

cambiarla que a enseñarse, a corregirse, a subyugarse, a cambiarse los unos a los otros. Esta observación la volvía insegura y nerviosa, y en ocasiones hacía que interviniera de una manera más agitada de lo que era conveniente.

Para no dejarse confundir por la abundancia de las impresiones nuevas, Maggie leía mucho e iba a reuniones con la frecuencia que podía. Una impresión profunda le causó el escrito breve de Rosa Luxemburg *La crisis de la socialdemocracia*, el denominado «Folleto Junius». La entusiasmó el programa en el sentido de Engels de una defensa del país, activa y revolucionaria, con el objetivo de la toma del poder por parte del proletariado. Sin embargo, su entorno pensaba de una manera distinta. En él se rechazaba la guerra, y Maggie, que no podía comprender esa actitud, había mantenido unos debates enconados. «No podéis rechazar algo que ya está ahí —decía ella—, vuestra desesperación, vuestra exasperación, el hambre, la miseria, la dictadura, todo eso es comprensible, pero si os abandonáis a la desesperación en lugar de hacer una política inteligente que evalúe correctamente las realidades políticas, jamás alcanzaréis la meta».

Emil Granowski, en concreto, negaba con la cabeza ante tales declaraciones de Maggie. Con veintiocho años fue en 1914 al frente. En el 15 tuvieron que extirparle el riñón derecho a consecuencia de una herida grave. Desde que le dieron la baja en el hospital militar, trabajaba de nuevo como tornero en Berlín. Como había perdido una parte considerable de su cabellera rubia, su frente producía la impresión de ser elevada. Por debajo, dos ojos no muy grandes de color verdoso que podían centellear intensamente, una nariz bonita, una boca amplia y dos filas de dientes blancos como la nieve, impecables. Maggie lo apreciaba mucho, y hay que decir que seis hermanos no habrían podido cuidar mejor a Maggie que esta persona atenta, que reflexionaba en silencio, que siempre estaba presente en el momento adecuado y que cumplía cada deseo de Maggie.

UN DÍA PILLÓ una septicemia en la mano izquierda y no pudo ir a trabajar.

—¿Te vienes? —preguntó Maggie—, tengo que procurarme dinero. Emil agarró su gorra y los dos se fueron a la avenida Unter den Linden, en donde Maggie pretendía vender un anillo. Llevaba puesto un pequeño sombrero de paja sujeto por dos alfileres, una blusa blanca, cerrada hasta el cuello, y un traje de chaqueta cuya falda larga ella se iba levantando ligeramente con la mano izquierda. Emil la contempló con placer.

El joyero, que tenía dos anillos en cada dedo meñique, inspeccionó la piedra engastada y ofreció cincuenta marcos. Maggie se había esperado mucho más y miró la piedra azul que había recibido de su abuela. Su mirada vagó después por las interminables vitrinas pegadas a la pared. El anillo era lo último que poseía. ¿Debía entregarla por aquel precio tan bajo?

—¿Quiere o no quiere? —dijo el vendedor en un tono tan rudo que incluso Emil levantó la vista sorprendido—. ¡No tengo tiempo para negociar!

Maggie le dio el anillo. Una vez en la calle, preguntó ella:

—¿Por qué no tiene tiempo para negociar siendo como es un negociante? Lo peor de cuando eres pobre es que te tratan como a un perro.

Emil se rio a carcajadas. Ya había hablado con frecuencia con Maggie sobre estos temas y estaba firmemente convencido de que el comportamiento desvergonzado, la grosería, la arrogancia, el grito, el habla chirriante, todo eso eran señas de identidad del capitalismo, como la cáscara lo era del huevo. Maggie tenía otra opinión al respecto.

—La grosería —dijo ella— es una forma de pereza. La mayoría de las personas son perezosas. Como vosotros, trabajadores, permitís que os hagan de todo, esa gente se lo toma con comodidad y os trata como les resulta cómodo a ellos. Además —añadió—, también vosotros sois perezosos... —Granowski se detuvo y se desplazó la gorra hasta la nuca.

—Chica —dijo—, estás en lo cierto. Tienes una lengua como una broca.

En la plaza Alexander le entraron el hambre y el cansancio a Maggie.

—Cuando se tiene dinero —dijo ella—, hay que comer.

Emil dijo que su madre ya tendría preparado algo. Maggie lo agarró del brazo y entraron en un mesón que por fuera parecía acogedor.

—Si eligen el menú de carne, pueden pedir rosbif —dijo la camarera. Maggie pidió dos raciones.

—Chica —dijo Granowski—, el día está mejorando. A tu Caspar vamos a sacarlo ya.

La camarera trajo dos bandejas, en cada una de las cuales había dos piezas de carne marrón, completamente fritas, dos patatas blancas como la cal y una papilla verde que la carta de menú tildaba de «espinacas». Maggie contempló las bandejas.

—No —dijo de repente—, no vale la pena. Se levantó, salió a la calle y regresó dos minutos después con dos niños, para sorpresa de Granowski, que se quedó sin habla.

—¡Diles en auténtico berlinés que pueden comerse eso!

Pero los niños, en quienes se distinguían por igual la pobreza y el hambre, no se hicieron de rogar para nada y los platos quedaron como fregados cinco minutos después. Maggie pagó a la camarera, que puso cara de indignación.

—Mi madre —dijo Maggie cuando salió del local con Granowski— decía siempre que para la gente sencilla era más que suficiente la comida sencilla. Pero que esa chica grosera sea de la misma opinión me sorprenderá incluso cuando cumpla yo ochenta años.

Maggie habló de la comida.

—El ser humano no es un animal —dijo ella.

—Engels —contradijo Emil— nos ha enseñado que procedemos del mono.

—¿Y qué demuestra eso? —preguntó Maggie—. Tal como Koch me ha explicado vuestra doctrina, esta sirve para reconocer que las circunstancias actuales no son ni eternas ni buenas. Sin embargo, desde que vivo entre vosotros, reconozco para sorpresa mía que utilizáis vuestra doctrina principalmente para reconocer a vosotros mismos como pobres y miserables. Nadie en todo el mundo sabe tan bien como vosotros lo que es la explotación, pero nadie es tan explotado como vosotros. Este es el motivo por el cual fui a comer contigo. ¿Por qué consentís que un mesonero de la plaza

Alexander, que solo vive de vosotros, os ase la carne tan a lo bestia, os ponga delante tales patatas y os dé un aguachirle verdosa por espinacas? ¿Por qué? ¿Por qué?

Con tales conversaciones llegaron a Lichtenberg. El bosque de generales de los que se compone Berlín en lo que se refiere a su callejero en la zona por la que vivía Maggie era más bien una mezcla de maleza y de matojos, y el general que da nombre a la calle Blumenthal no podía ser excelente y ni siquiera de buen ver a juzgar por el aspecto de su calle. Ya desde el tranvía, Maggie vio una aglomeración de gente frente a una casa. Emil quiso pasar de largo, pero Maggie lo detuvo.

—Tengo curiosidad, tengo que ver eso —dijo ella.

Hombres, ancianos, mujeres mayores y niños que apenas podían levantar del adoquinado las bolsas del mercado se apiñaban delante de la puerta de una tienda vigilada por dos policías.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Maggie.

La tienda era una casquería del matadero, en la que se vendían depojos baratos. Muchos compradores llevaban allí desde la medianoche guardando sitio; algunas mujeres se habían traído taburetes y objetos para sentarse y esperaban haciendo punto o ganchillo a que las dejaran entrar. Cada vez que se abría la puerta y entraba un nuevo grupo de gente en la tienda, se originaban corrimientos y empujones entre la masa; todo el mundo gritaba, empujaba, gesticulaba hasta que los dos policías conseguían cerrar aquella decrepita puerta.

—Eh, abuela —dijo Emil a una anciana que estaba sentada en una caja—, ¿puedes dejarme pasar un momento? No quiero comprar nada, solo mirar.

—Vete de aquí, golfo —dijo la anciana—. Hace una hora vino uno diciendo que su novia estaba en la tienda y cuando salió ya se había comprado un cabo de salchicha.

—¿Ves, abuela? ¡Ahora ya sabes que los seres humanos son malos!

—Tan malos como tú —respondió la anciana, que le sacó la lengua y siguió haciendo punto.

Maggie admiró la trepidante velocidad con la que aquellos dedos duros, de color rojo azulado, completamente encorvados, movían las agujas. En ese instante aparcó un automóvil del que descendieron tres caballeros. Maggie

reconoció al alcalde de Berlín, el Dr. Wermuth, que tan pronto miraba en silencio hacia la tienda como a la multitud, mientras uno de sus acompañantes le susurraba algo al oído. Nadie parecía conocer a la primera autoridad de la ciudad, o al menos ninguno de los que hacían cola se fijó en él, más bien se dejaron contemplar indiferentemente como los patos en un estanque.

—El de la barba es el alcalde —dijo Maggie a Emil señalando con la cabeza en la dirección del hombre vestido de negro.

—No me creo eso —dijo Emil mirando el automóvil.

—Ya estamos con otra réplica —dijo Maggie—. Como siempre ando mintiendo, ¿verdad?

Emil se quedó confundido.

—Pero ¿qué va a hacer un hombre así en este sitio? —dijo él—, no irás a decirme que ese viene aquí a comprar la carne, ¿eh?

—Os está mirando simplemente.

—¿Y qué saca de eso?

—¡Una impresión más!

La multitud iba creciendo. Cuando el alcalde se hubo ido, puede que llegara al millar el número de personas que esperaban frente a aquella tienda pequeña. Se permitió la entrada a un nuevo grupo de compradores. Entonces apareció una mujer en la puerta, le dijo algo a los policías y volvió a desaparecer. El policía que estaba a la derecha agarró del brazo a su colega y anunció que la tienda se había vaciado por hoy y que la gente hiciera el favor de irse a casa. Se formó un tremendo tumulto. Todo el mundo gritaba confusamente, y los que estaban delante chillaban que era una mentira cochina, que en los sótanos tenían todavía montones de carne. Un hombre mayor, que estaba temblando por la agitación, exclamaba que había que elegir una comisión y enviarla a la tienda. Pero los que estaban a su alrededor no le prestaban atención. Maggie, a quien le pareció sensata la propuesta del anciano, vio por primera vez que la expresión «rabia impotente» se basa en una buena observación. La ira de cada una de las personas de aquella multitud hambrienta y desesperada era tan grande que cada cual solo se veía y se sentía a sí mismo, y el único objeto de aquel odio generalizado finalmente era la puerta de la tienda, unos cuantos tablones de madera de abeto, pintados de color marrón.

Cuando el hombre mayor, que seguía reclamando a gritos su comisión, se dio cuenta de que ninguna persona le escuchaba, arrojó su bolsa al suelo con rabia y se marchó de allí. Una niña vio aquel objeto negro tirado, se coló entre las piernas de los presentes, levantó la pieza de hule cosido, lo contempló e hizo el ademán de guardar el hallazgo. Sin embargo, una mujer que había observado el lance se acercó, le propinó un bofetón sonoro y se fue detrás del anciano. Cuando el hombre se dio la vuelta y recuperó su bolsa, Maggie vio que estaba temblando por los sollozos.

—¡Qué tremendo, qué horrible! —dijo ella—. ¿Por qué aguanta tantas cosas el ser humano?

Un hombre pelirrojo, de cara pálida, se giró:

—Eso voy a decírselo yo, se... se... señorita —tartamudeó con mueca burlona—, voy a decirle exac... exactamente lo mismo que ha dicho nuestro Hin... Hin... Hindenburg: ¡porque el ser humano vi... vive para el futuro!

Maggie se asustó y siguió caminando a buen paso. Pero ya nunca olvidaría esas palabras, y cuando en tiempos posteriores oía hablar a alguien acerca del futuro en el que todo sería mejor y diferente, no tenía otro remedio que pensar en aquellos a quienes semejantes oradores y semejantes frases roban el presente, es decir, su vida.

MAGGIE ACABABA DE tumbarse en su habitación para descansar, pues las calles interminables de las grandes ciudades cansan mucho a las personas, cuando se abrió la puerta y entró Emil. Cuando vio a Maggie tumbada encima de la cama, atravesó rápidamente la habitación, se colocó muy cerca de ella, la miró a la cara y se quedó callado.

Emil contempló la cama de arriba abajo y de abajo arriba.

—Chica —dijo al cabo de un rato—, yo... venía a decirte... ah, qué digo... tampoco sé... no tengo la lengua que tienes tú... ¿No puedes dejarme un poquito contigo...? Tú... tú...

Se inclinó sobre la yacente, pero Maggie se puso en pie de un salto y lo apartó con cuidado.

—No puedo —dijo en voz baja—, Emil, tienes que entenderlo.

El hombre se giró con un movimiento súbito, pero Maggie lo sujetó.

—A un hombre como tú no tengo que darle muchas explicaciones... Emil... también he pensado mucho sobre lo que se llama fidelidad...

—Tonterías viejas... —dijo Emil.

—... pero esto es diferente... Koch está preso... está indefenso... solo me tiene a mí... ¿Quieres que le haga eso mientras está sentado, preso, entre muros llenos de garabatos?

—Vale, entonces no —dijo Emil—, pues se acabó... pero se acabó del todo.

Maggie le agarró la mano, que estaba helada, pero el hombre se soltó y se fue de la habitación hecho una furia por la derrota.

Pasaron tres días sin que Emil regresara a casa. Maggie no se atrevía a salir de su habitación.

Marie Granowski no necesitaba ser madre para no darse cuenta de por qué su hijo no había vuelto a casa. Desde el principio había tratado a Maggie como a una intrusa. Defendía en concreto el espacio de su cocina utilizando su

delgada espalda cheposa como escudo y colocándose delante de todo lo que era su única propiedad, sus grifos, sus ollas, sus latas, en las que guardaba una compota de ingredientes muy curiosos, y el cajón de la mesa de la cocina. Desde que Emil se había ido del piso, no había dirigido a Maggie una sola palabra.

«Me tengo que marchar de aquí —pensó Maggie—. Pero ¿adónde voy?». Un pájaro enfermo no está tan solo como una persona que reside sola, sin conocidos, en una gran ciudad. Pensó en sus hermanos, pero en primer lugar estaban en el frente y, en segundo lugar... Pensó en Lilli y negó con la cabeza. «Ah, qué cosas pienso. Estoy aquí y aquí me quedo». Se sentó a su mesa, tomó un libro y se puso a leer. Era *Guerra y paz* de Tolstói. «Cuanto peor se iba volviendo la situación general de las cosas y en concreto sus circunstancias personales, más alegre estaba Pierre...».

Maggie se detuvo. A continuación cerró el libro de golpe. «Así es como hay que hacer las cosas», pensó, y agarró un trozo de papel y escribió con su vertiginosa letra de chica: «Cada situación (¡decía Koch!) tiene sus dos caras. ¡Mi error consiste en ver siempre demasiado grande la cara desagradable! ¿Qué es lo que quiero? ¿Hijos? ¿Marido? ¡Sí! ¡Koch y quizá otros más, si eso me ayuda a ser más inteligente, más sensata, más resistente, más segura! ¿Emil? ¡No! ¡No! ¿Revolución? ¿Paz? Sí, las dos cosas, pero eso no depende de mí, o tal vez sí depende un poco de mí si no me quedo vagabundeando como la mujercita que ahora soy, sino que me cultivo de algún modo y a partir de ahí hago algo, voy mejorando y tal vez entonces mejoren también mis circunstancias personales».

Cuando leyó lo que había escrito, le gustó. Pero al leerlo una segunda vez, profirió un hondo suspiro y se dio cuenta de que sola, sin Koch, no era nada, era demasiado pequeña en ese país grande, demasiado débil, demasiado pobre, demasiado ignorante...

Abrió el libro y siguió leyendo.

—SEÑORITA —DIJO UNA VOZ—, iba usted a pagarme el alquiler, ¿verdad?

Maggie levantó la vista y vio frente a ella al estrábico Johann Granowski. Emil le había descrito de una manera tan gráfica la antipatía que sentía hacia su padre, que Maggie no se esforzó por encontrarlo simpático. Era un obrero no cualificado, gruñón, con frecuencia enfermo, de pocas palabras, caviloso, poseído por las ideas de una secta religiosa a la que había pertenecido en otro tiempo, y, sobre todo, un bebedor. Hacía medio año habían vuelto a despedirlo en la fábrica, y entonces juró no trabajar nunca más «bajo el mando de uno de esos malditos maestros de taller». Con las ruedas de un cochecito para bebés, una caja vieja y una barra se había fabricado una carretilla con la que ahora hacía de traperero. Al poco tiempo se cansó de ir de aquí para allá. Una noche abrió el sótano del empresario para el que reunía los trapos, se llenó dos sacos hasta arriba y los vendió al día siguiente a otro comerciante. De esta «actividad» vivía actualmente.

—¿No tiene dinero? —volvió a preguntar él.

Maggie fue a buscar su monedero. Todavía le quedaban veintiocho marcos, de los cuales dio veinte a Granowski.

—Está bien así —dijo el anciano sorprendido—. Es suficiente.

Una vez fuera de la habitación, miró a todos lados, agarró la gorra y se fue del piso con rapidez. En la calle se irguió. A continuación pateó con los zapatos sobre el adoquinado por la alegría. En la esquina estaba la tasca a través de cuya puerta pensaba volver a abandonar por un rato ese miserable mundo que llevaba maltratándolo desde hacía cincuenta y un años. La ocurrencia de pedir el dinero por el alquiler, algo que Emil le había prohibido terminantemente, le ponía casi más alegre que el dinero que llevaba en el bolsillo.

—¡Seis vasos! —dijo cuando se hubo sentado a una mesa.

El mesonero, que lo conocía, estaba ese día de buen humor y colocó seis

vasos delante de Granowski. El anciano se puso enseguida hecho una furia.

—¿Estás loco? —gritó—. Tú, viejo químico. ¡Quítame esto de aquí!

El mesonero repartió los cinco vasos entre los demás clientes. Granowski vació su vaso de un trago, suspiró por su sabor insípido y exclamó:

—¡Número dos!

Por aquel tiempo, una persona tenía todavía la posibilidad de huir de las personas: podía trabajar, ganar dinero y vivir para sí misma. Maggie decidió buscarse un puesto de trabajo y dejar el piso de la calle Blumenthal. Acto seguido se quedó dormida.

Tuvo un sueño en el que veía a Koch. Este estaba tumbado en un catre y hablaba con ella. De pronto la cárcel giró sobre sí misma y todo se derrumbó al suelo. Tan solo Koch quedó colgando de las cadenas, flotando bajo su camastro, como un caballo que es izado a bordo de un barco. Un guardián miró por la ventana y dijo: «Os vamos a hacer rodar los pensamientos de esas cabezas». Al decirlo, se reía a carcajadas.

Maggie se despertó. Ahí estaban las risas de nuevo. Se incorporó en la oscuridad. En la habitación contigua sonaban cristales, un hombre vociferaba, una mujer lloraba. Maggie se maldijo por haberse olvidado de pedirle a Emil la llave de su habitación. El llanto en la habitación de al lado se convirtió en un gimoteo insoportable. Maggie se levantó, se puso el abrigo por encima y llamó con los nudillos en la puerta de la señora Ritter. No respondió nadie. Incluso los niños parecían haberse escondido debajo de sus edredones. La cocina estaba vacía. De nuevo gritó Marie Granowski. Maggie reunió valor tal como había aprendido a hacer en el hospital cuando tenía que ir por las noches a ver a heridos que deliraban a gritos, y entró en el dormitorio de los Granowski.

Johann estaba en mangas de camisa frente al armario ropero y contemplaba las esquirlas de una fuente, que yacían en el suelo. Marie Granowski estaba apoyada en la pared, en un rincón de la habitación, y lloraba ocultando la cara con ambas manos.

—¿No querrá venir usted a mi habitación? —preguntó Maggie. Marie agarró la mano de Maggie.

—¡Jamás había enloquecido de esta manera! —dijo ella.

Al borracho no le importó lo más mínimo la aparición de Maggie. Después

de estar mirando fijamente las esquiras durante un rato, se dio la vuelta y profirió otro grito de rabia.

—¿Qué miras con esa cara tan boba, eh? —gritó señalando con la mano un tiesto que estaba sobre el alféizar—. ¡Me gustaría saber por qué me tienes clavada la mirada!

A continuación se dirigió de puntillas hacia el tiesto con la lengua colgándole de la boca igual que a un demente.

—¡Mi plantita! —gritó Marie Granowski, y se puso en pie para salvar a su pequeña esparmania a la que tanto adoraba. Agarró a su marido del brazo e intentó apartarlo de la ventana. Maggie la ayudó y agarró el otro brazo del hombre, pero Granowski se soltó de golpe con su enorme fuerza, dio un salto hasta el tiesto y lanzó aquel pobre objeto contra la pared no llegando a tocar por los pelos la cabeza de su esposa.

—¡Bien! —dijo él—, ya has mirado de sobra.

A continuación se subió a la cama, pero no como una persona normal sino como un sonámbulo que sube una escalera. Tampoco se tumbó una vez que se subió a la cama, sino que permaneció de pie y miró hacia abajo a las dos mujeres.

—Gentuza pequeña —dijo él, y no pudo evitar reírse de esa expresión con tal fuerza que acabó cayéndose. La caída generó otro ataque de ira.

—¡A vosotras os voy a dar bien para el pelo! —gritó—. ¡Si no hacéis ahora mismo todo lo que yo quiera, voy a destrozar el piso hasta dejarlo hecho añicos, ¡añicos!

Después de repetir diez veces esa palabra, volvió a caerse y se quedó dormido. Con la ayuda de Maggie, Frau Granowski lo agarró y lo metió en la cama.

—¡Ojalá vinieran y se lo llevaran de una vez —dijo la anciana—, eso sería una liberación!

A la siguiente tarde apareció Emil por la vivienda. Cuando se enteró del suceso, se lo echó en cara a su padre. El viejo escuchó a su hijo en silencio. De pronto se levantó, se dirigió al armario, sacó un viejo sable de oficial que él guardaba allí e hizo el ademán de querer arrojarse sobre el arma, al tiempo que exclamaba a su esposa con una voz llorosa:

—¡Adié, Marie! ¡Mi madre se llama María!

Emil, que era el triple de fuerte que su padre, le quitó el arma. El anciano negó varias veces con la cabeza, luego se dirigió a su esposa y la acarició con todo el cuerpo temblándole.

En ese instante apareció por la cocina Maggie, que no se había enterado de nada, en busca de un vaso de agua. Al ver a Emil, se detuvo sorprendida, pero Emil la tomó del brazo y la condujo a su cuarto.

—¿Quieres venir conmigo el viernes por la tarde a una asamblea importante?

—Con mucho gusto —dijo Maggie.

—¡Trato hecho! —dijo Emil, y quiso marcharse de nuevo.

—¿Vuelves a estar bien conmigo? —preguntó Maggie.

—Uno tiene sus defectos —dijo Emil.

—Venga, tú —dijo Maggie—, quédate un poco más. En estos días terribles se me han pasado muchas cosas disparatadas por la cabeza. Esta ciudad es como un mar, y yo sé nadar muy mal. Estoy contenta de que vuelvas a estar aquí. No se puede vivir si no tienes amigos y estás solo... e incluso si uno quisiera... no, sin otras personas no podría vivir... ¡sin cariño todo me da lo mismo!

—No, no —dijo Emil para contener su emoción—. El partido es más importante.

Sin embargo, él estaba feliz de estar de nuevo cerca de Maggie y dejó que le leyera en voz alta una carta de Koch que había llegado con el correo vespertino.

La reconciliación fue general. Cuando Maggie narró esa noche su época en el hospital, conquistó el corazón de Marie Granowski para siempre. Salió a la luz del día que, en su momento, el gran deseo insatisfecho de la señora Granowski había sido hacerse enfermera. Con una cara rebotante de felicidad que daba muestras de una dicha inmensa, escuchó los relatos de Maggie, e igual que a un niño al que se le cuenta un cuento de hadas, quería escuchar lo mismo una y otra vez.

Llegó el viernes en el que Maggie iba a ir con Emil a aquella asamblea que él había dicho que era importante. Cuando se despertó, Johann Granowski estaba delante de la cama de ella; miró en dirección a la pared y le dijo que se vistiera rápidamente porque iban a hacer una excursión. Maggie tenía pocas

ganas, pero Fritz Ritter, el nieto más mayor de los Granowski y la única persona a la que él amaba, entró y suplicó hasta que Maggie cedió. En la cocina, Marie preparó un montón de bocadillos; llenó de café aguado una botella extraña que tenía la forma de un pepino y que era un objeto bien cuidado de la herencia de los Granowski y se pusieron en marcha el anciano, Fritz Ritter y Maggie. El crepúsculo matutino se estaba abriendo cuando el pequeño grupo salió a la calle, y despuntaba un día radiante.

Granowski caminaba en silencio recorriendo las interminables calles de Berlín. Llevaba puesta una chaqueta verde que le venía demasiado grande, de modo que las mangas le llegaban hasta las uñas de los dedos y por la espalda le alcanzaba casi hasta las corvas de las rodillas. Además llevaba unos pantalones a rayas, lo cual intensificaba el efecto de sus piernas arqueadas. A pesar de todo, no tenía ninguna pinta ridícula, en absoluto, sino sería, incluso digna, por detrás un poco como un viejo gorila, pero por delante parecía un filósofo pobre.

Hacía ya rato que circulaban los primeros tranvías, pero ninguno de ellos pensó en utilizarlos; eso habría costado dinero. El sol estaba ya muy alto en el cielo cuando llegaron por fin a la meta de la caminata, el parque de Jungfernheide. Maggie estaba muerta de cansancio, pero el anciano estaba fresco y despierto.

—Presta atención—le dijo a su nieto, al que llevaba de la mano—, por allí está cantando un pinzón. ¡Vamos a ver dónde está posado! —Se aproximó de hurtadillas al árbol—. ¡Ahí! —dijo en voz baja al muchacho, que estiró el cuello y parecía él mismo un pajarito—, está posado ahí. ¿Lo ves? ¡Ahí arriba! ¡Míralo con atención!

El viejo Granowski caminaba por el prado.

—¡A la izquierda! —volvió a exclamar el anciano—. Ahí hay un pardillo. Son los únicos bichos a los que se puede aparear con los canarios. Todos los demás no lo hacen.

Incluso Maggie dirigió la vista al pardillo al que se puede aparear.

—Sí, sí, los pájaros —dijo el anciano—, hay que conocerlos a todos si se quiere ser una persona. ¿Qué pájaro es ese? —preguntó a su nieto poniéndolo a prueba.

—Un tordo —dijo Fritz, y el viejo se alegró porque era realmente un tordo.

Hacia mediodía se sentaron en la hierba y consumieron los bocadillos que habían traído consigo. Después de comer, Maggie se tumbó y se quedó dormida. Cuando despertó, estaba sola. A alguna distancia pasó una pareja de enamorados y volvió a desaparecer. Ahora no podía verse a ninguna persona más a todo lo largo y ancho de aquel lugar. Qué extraño era estar aquí sola, en el parque de Jungfernheide, tumbada sobre la hierba, tan lejos de todas las personas que conocía, sin noticias de sus padres, como una barca que se suelta del barco y es arrastrada lejos por el embate de las olas.

Maggie pensó en Koch, que seguía estando en la cárcel, y tuvo que dominarse para no llorar. La calma de un día de verano, que nosotros denominamos «silencioso», es tan solo un sonido de otro tipo que el ser humano, en general, no oye. Maggie despertó de sus sueños. Se incorporó y contempló aquella zona, que era monótona y aburrida. Al cabo de un cuarto de hora vio venir a Granowski con su nieto.

—Se la podría haber enterrado a usted viva —dijo Johann—; en toda mi vida he visto dormir a ningún humano de esa manera tan profunda.

Maggie se rio. En ese instante exclamó Fritz:

—¡Abuelo, por allí corre una liebre!

Granowski miró en la dirección señalada.

—No, eso era un conejo —dijo tan agitado como su nieto—. Se ha metido por allí... no, allí, en aquel cerro.

Maggie siguió a los dos, que se encaminaban al lugar por donde había desaparecido el animal, y oyó al anciano dar largas explicaciones sobre la técnica de los conejos en la construcción de sus madrigueras.

Finalmente se agachó y explicó que aquello no era ninguna madriguera sino tan solo un agujero de refugio. Este descubrimiento pareció alegrarlo y ordenó a Fritz que se pusiera con un palo delante del agujero.

—Si yo escarbo por aquí —dijo—, el animal tendrá que salir por donde estás tú. Entonces dará un salto tremendo.

El anciano metió un palo por la entrada, el conejo salió realmente por el otro lado, pero antes de que Fritz pudiera alzar también su palo, el animal ya estaba lejos de allí.

Todos rieron por la aventura mientras iban de camino a Spandau para tomar allí el tranvía y viajar hasta casa.

Cuando iban acercándose a la ciudad del Havel y el anciano relataba a su nieto los tesoros de la reparación por daños de la guerra contra Francia, tesoros que él creía guardados en la Torre Julius, un gallo y dos gallinas se cruzaron por el camino. Enseguida despertó el cazador furtivo que llevaba dentro Granowski y, con los movimientos torpes de un hombre con los músculos desgastados por la edad y el trabajo, corrió detrás de los animales. El gallo echó a volar, pero apresó a las dos gallinas y, tal como dijo Granowski, les puso la garganta mala, es decir, les retorció la cabeza. Así que el día no pasó del todo sin una ganancia.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Emil cuando se dirigía con Maggie a la asamblea.

—¿Sabes? —respondió Maggie—, he estado pensando en lo extraño que es todo. Nosotros, los burgueses, os tenemos a los obreros por personas malas y peligrosas que aparecen en los periódicos principalmente en la sección de «siniestros y delitos». Pero hoy, mientras contemplaba a tu padre, se me ocurrió que en realidad sois demasiado buenos, demasiado inofensivos, ¡demasiado decentes para este mundo!

—Ya nos volveremos malos —dijo Emil con un gruñido.

UNOS CINCUENTA HOMBRES y seis o siete mujeres estaban sentados en la trasera de una pequeña hostería de la calle Petersburg. Cuando Maggie entró con Emil en la sala, la asamblea ya había comenzado. Un hombre gordo, al que podía considerarse el presidente, había tomado la palabra, como tan acertadamente se dice en nuestro idioma. Al hablar tenía la mano derecha posada como una tapa sobre su jarra de cerveza, mientras que con la izquierda se desabrochaba el botón del cuello de la camisa. Cuando por fin lo consiguió, hizo una pausa, se enjugó el sudor de la calva con un enorme pañuelo y siguió hablando.

—Algunas interrupciones de ustedes —prosiguió— han construido el puente hacia lo que quiero decir ahora, si se me permite esa expresión. — («¿Qué puente?», pensó Maggie)—. La junta directiva, compañeros y compañeras, la junta directiva central está colmada de una seria preocupación, pero no quiero daros mis impresiones personales sino que os voy a leer lo que la junta directiva tiene que decir.

Se sacó un papel del bolsillo, se puso los quevedos y empezó a leer:

—Diferentes fenómenos en la vida del partido de los últimos tiempos han dado ocasión a la junta directiva central para redactar el siguiente comunicado: La junta directiva central de la Unión de las Asociaciones Socialdemócratas de las circunscripciones electorales de Berlín y alrededores no puede condescender con la conducta de aquellos miembros del partido que convocan reuniones especiales y emprenden acciones por su propia cuenta fuera del marco dado de la organización en cuestiones organizativas y tácticas. Esas reuniones esconden el peligro de socavar la unidad del partido. Cualquiera que sea la posición de los compañeros en su enjuiciamiento de las cuestiones del partido, no puede ni debe tolerarse que algunos miembros promuevan esfuerzos que solo son aptos para dificultar la comprensión mutua de los compañeros del partido.

—¿En qué idioma está hablando ese? —preguntó Maggie—. ¿Es japonés?

Emil, que estaba escuchando con mucha atención, se llevó el dedo índice a la boca.

—Sea lo que sea, eso no es alemán —susurró Maggie con porfía.

—La junta directiva central admite que es explicable ese impulso de insatisfacción de los compañeros, resultante de la presión de la guerra. Por este motivo, eleva de nuevo a la presidencia del partido y al grupo parlamentario en el Reichstag la petición de no dejar pasar ninguna ocasión sin tener en cuenta los deseos de esa parte del pueblo que apremia en favor de la paz y que está descontenta con el encarecimiento de los alimentos, así como la solicitud de una configuración más libre de las circunstancias políticas en los asuntos internos. La junta directiva central reclama cuidado ilimitado a los miembros del partido en Berlín para un despliegue lo más intenso posible de la vida de la asociación, para que a todos los compañeros se les dé la ocasión de defender sus puntos de vista dentro del marco de la organización del partido, repito, ¡dentro del marco! —dijo el orador—. Una nutrida presencia en las tardes de colecta de las cuotas, un vivo intercambio de opiniones, propaganda para el partido, etc.

Cuando el orador hubo acabado, los oyentes permanecieron en silencio en sus asientos.

—¿No vas a hablar? —preguntó Maggie.

—No merece la pena —respondió Emil, que estaba blanco de indignación.

—¿Quiere alguien hacer uso de la palabra? —preguntó el presidente clavando la mirada en Maggie y en Emil como un profesor. No levantó nadie la mano—. Así que nadie —dijo con satisfacción.

Entonces alzó Maggie la mano.

—¡Caramba! —dijo el presidente—, la cosa se anima. Tiene la palabra una compañera.

Maggie se levantó, rodeó la mesa y se colocó junto al presidente. Al mirar las caras de los oyentes, impenetrables pero atentas, su corazón se puso a latir con tal violencia que era incapaz de hablar. Tenía las manos mojadas de sudor. «Tengo que comenzar —pensó—, ya llevo diez minutos aquí». Pero no sabía qué decir. Un hombre mayor sentado en la primera fila se estaba pasando las dos manos por el pelo. ¿Por qué hacía eso? De repente se oyó hablar ella a sí

misma; el encantamiento se había roto.

—Todavía no llevo mucho tiempo en vuestro movimiento, pero pienso que mis oídos siguen estando frescos. Por este motivo me ha sorprendido mucho el decreto de la junta directiva, sí, voy a decir toda la verdad, me ha indignado.

—¡Vaya, vaya, vaya! —gritó alguien.

—Vosotros —exclamó Maggie, enardecida por esa interrupción burlona— ¿vais a actuar de la manera que se os ordena en ese decreto? La junta directiva nos aclara que no consentirá que nosotros, los miembros, emprendamos acciones por nuestra propia iniciativa. Yo hago una pregunta dirigida a mí misma y a vosotros: ¿es que no tenemos ya suficientes gobiernos en Alemania? ¡El gobierno del Reich! ¡El Mando Supremo del Ejército! ¡Los generales! ¡La censura! ¿Vamos a querer otro más ahora? ¿Qué se piensa realmente la junta directiva? ¿Es ella nuestra junta directiva o somos nosotros sus subordinados? Creo que la hemos elegido nosotros, y de ahí se sigue que tiene que hacer lo que queremos nosotros y no que tengamos que hacer nosotros lo que quiere ella.

—¡Bravo! —exclamó una mujer. Pero el presidente se levantó de su asiento.

—Esto va demasiado lejos —la interrumpió—. ¡No estamos aquí para dilucidar sobre los derechos y los deberes de una junta directiva!

—Un momento —exclamó Maggie.

—¿Quién es usted en realidad? —preguntó el gordo.

—¡La esposa de Koch!

—¿Quién es Koch? ¡Hay muchos Kochs!

No se rio nadie, y Emil, que se había puesto en pie, exclamó:

—¡Caspar Koch, a quien mantienen desde hace meses en prisión ilegalmente!

—¡Continúe hablando!

—No —prosiguió Maggie—, no deseamos que la junta directiva nos prohíba el habla, ¿o es que vamos a querer que nosotros, los precursores de la libertad y de la paz, no tengamos siquiera el derecho del buey que trilla en el campo? Sin embargo, además de rechazar esa prohibición, tampoco vamos a hacer ningún uso del bondadoso permiso que le ha seguido. La junta directiva nos permite benévolamente que hagamos propaganda en favor del partido. Se

lo agradecemos. El partido tiene suficiente dinero...

—¡No es verdad!

—¡Sí lo es! ¡Pero la voluntad del pueblo es que esta guerra se acabe rápidamente y de una manera sensata! La voluntad del pueblo es que necesitamos un gobierno del pueblo, y no, como prefiere expresarse la junta directiva, una configuración más libre de las circunstancias políticas en los asuntos internos...

—¡Cíñase al reglamento! —exclamó el gordo.

—Cuando yo termine, tendrá usted su reglamento —dijo Maggie—. La junta directiva no desea que hablemos con los trabajadores y las trabajadoras que piensan de una manera un poco distinta a la junta directiva. Yo os pregunto: ¿es que no tenemos ya suficiente dictadura? ¿Necesitamos además la de la junta directiva? Oh, cómo se alegrará el señor Ludendorff cuando oiga que nosotros, obedientes como niños de escuela, dejamos de conversar con esos trabajadores que piensan.

—¡Se acabó el debate! —exclamó el gordo.

—Pero si no ha hecho más que comenzar —dijo Maggie—. Creedme, queridos amigos, ¿cómo vamos a liberarnos si nos dejamos tiranizar así por nuestra propia gente? ¡Nos burlamos de los burgueses, pero no creáis que un burgués consentiría una cosa similar! ¿O tal vez creéis que los liberales Krupp y Stinnes, y como quiera que se llamen todos esos, se dejarían dominar de tal manera por la presidencia de su partido? ¡Esos controlan de cerca al que pagan, y el burgués más estúpido estallaría en carcajadas si la junta directiva de su partido tuviera la desfachatez de no hacer la política que se le ordena... una política como es debido! ¡Por ello solicito aquí rechazar el decreto de la junta directiva por desvergonzado!

El presidente se puso en pie de golpe.

—¡Aquí no se va a votar nada! —gritó—. Compañeros, se lo advierto. ¿Adónde iríamos a parar si cualquier mujerzuela estúpida tuviera el derecho a exigir una votación?

Un trabajador mayor se puso en pie.

—La expresión «mujerzuela» que el compañero Thiele ha utilizado para referirse a la esposa de un preso es insolente, pero lleva razón en lo que dice de que aquí no puede votarse nada...

—¿Por qué no? —preguntó Maggie.

—Porque no funciona. Así que vamos a concluir aquí, y agradecemos a la compañera sus interesantes declaraciones, sobre las que habrá que reflexionar. ¡Creo que este es el punto de vista de todos los presentes!

El punto de vista de los presentes era que ya se había hecho demasiado tarde, ya se había hablado lo suficiente, además esta vez había sido realmente una velada animada. Así que se pusieron en pie para irse a sus casas, mientras el presidente se volvía a sentar, aliviado, para terminar de beber su cerveza.

—Has estado muy bien —dijo Emil cuando estuvo con Maggie de nuevo en la avenida. Pero Maggie no lo oyó. Lo tomó del brazo y se puso a caminar calle abajo a buen paso para superar su agitación. En la esquina de la calle Blumenthal gritaba un chico: «¡Edición extra, edición extra!».

—¿Tienes dinero? —preguntó Maggie.

—Ni un céntimo —dijo Emil.

—Esto no puede seguir así —dijo Maggie—. Mañana tengo que buscarme un empleo. Una se viene abajo cuando no puede comprarse siquiera un periódico.

LA NOCHE SIGUIENTE, Emil se plantó en la habitación de Maggie y le dijo que si quería trabajar, podía comenzar ya porque había conseguido un empleo para ella en la fábrica. Maggie se lo quedó mirando con cara de susto y Emil se echó a reír.

—¿Eh? —dijo él—, al parecer no te hace mucha gracia convertirte en una verdadera currante, ¿verdad?

—Ni lo más mínimo —dijo Maggie, sentándose encima de la cama y apoyando la cabeza en las manos.

—Tus pequeños y finos deditos de araña van a llenarse de ampollas.

—¿Te pone contento eso?

—Contento no es la palabra correcta, pero nada puede perjudicaros que alguna vez os deis cuenta de lo mucho que cualquiera de los nuestros tiene que apenar para poder echarse algo al coleteo.

Maggie contempló al hombre que estaba sentado a la mesa.

—¡Preferiría que fueras tan listo como guapo, pero por desgracia eres un besugo!

—Koch no es el hombre correcto para ti —dijo Emil—. Tú tendrías que ser mi esposa. Un sábado por la tarde te llevaría a caminar a tope hasta que se te cayeran del pico todas esas frases tuyas. Maldita sea, se dice siempre que cualquiera de los nuestros tiene un hocico grosero, pero cuando te oigo hablar a ti, me imagino directamente que soy como un general.

—Bueno, bueno, es que eres un besugo —dijo Maggie.

Emil estaba ofendido. Maggie se dio cuenta, le pasó el brazo por el cuello y dijo:

—¿Sabes por qué eres un besugo?

Granowski se libró del abrazo y dijo brevemente:

—No.

—¡Porque quieres doblegarme a mí en lugar de hacerlo con el gobierno del

Reich!

—No entiendo —dijo Emil.

—Tú me tienes mucho cariño, y a pesar de todo no puedes dejar de vengarte en mí de lo que se te hace a ti y a tu clase. Si te analizas un poco, tendrás que admitir que te satisface humillarme.

—¿Es que tal vez quieres que trabaje para ti?

—¡De eso ni hablar, pero deberías dejar de una vez de desconfiar de mí!

—Eres una chica ingeniosa, pero no eres como nosotros y no lo serás nunca. ¡Las cosas son así!

—Tú tampoco eres como los demás. Nadie es como otra persona. Los seres humanos somos todos distintos.

Maggie, que fumaba mucho desde hacía algún tiempo, ofreció un cigarrillo a Emil y consintió que este le diera fuego. Emil la contempló. Lo que a él le irritaba cada vez que hablaba con Maggie era que ella hería su soberbia. Le habían enseñado que había modos de ver las cosas correctos y equivocados y que la manera de ver las cosas de su partido era la correcta y que las de todas las demás personas eran equivocadas.

Sin embargo, los maestros que transmitían esta doctrina a cientos de miles de trabajadores del tipo de Emil eran de un tipo concreto. Para poder llevar a cabo su extraña política, que no se correspondía con los propósitos ni con los intereses del pueblo, se andaban con mucho cuidado de no acostumbrar a los trabajadores a reaccionar sin más a todos los casos de arbitrariedad y de opresión, de violencia y de abuso de poder, sino que sobre todo encauzaban la conciencia de los trabajadores, incluso puede decirse que de una manera exclusiva, hacia la clase obrera. Con ello generaban en los trabajadores un estado de ánimo que los predisponía a sentirse como una especie de pueblo elegido. Este estado de ánimo quedaba respaldado por tratados teóricos que hacían creer a los obreros que el adversario era estúpido, corrupto, venido a menos, que se estaba pudriendo en vida, y que estaba llegando ese día especial en el que todo tendría un aspecto diferente.

De esta manera, la atención de los obreros quedaba desviada de dos asuntos: del adversario y de sus propios líderes, quienes, entretanto, hacían su propia política no controlada por nadie.

Un hombre como Emil era demasiado inteligente para no reconocer lo

extraño de algunas cosas que hacía la dirección del partido. Pero como le habían enseñado que la política era algo que puede aprenderse exclusivamente en los libros, y como la junta directiva (que a él, como ya se ha dicho, solía parecerle bastante extraña) se componía principalmente de obreros que parecían haber leído más que él, fue adoptando con el tiempo una actitud que tenía además la ventaja de ser muy cómoda: él se tenía a sí mismo por una persona insuficientemente ilustrada para entenderlo todo. Con ello aprobaba en la práctica lo que desaprobaba por completo en su sensibilidad y en su entendimiento: es decir, mantenía cerrada la boca y permitía que la dirección del partido tuviera la calma que deseaba tener.

En el mundo en el que la dirección del partido tenía encerrado a Emil había irrumpido Maggie, quien no tenía ni idea de estas cosas sino que actuaba frente a los sucesos como una persona natural. Sin embargo, Emil no podía sentir ni pensar otra cosa que considerar a Maggie como una representante de un mundo extraño, hostil, pero ella no era eso de ninguna de las maneras sino tan solo una persona no formada, incluso puede decirse que era una persona que todavía no había sido domesticada conforme al interés de la junta directiva. No obstante, este asunto tenía una cara muy práctica además de la teórica ya expuesta. Dar la razón a Maggie significaba para Emil criticar a la junta directiva; criticar a la junta directiva significaba ser excluido del partido; ser excluido del partido significaba perder a sus amigos, incluso llegar a ser calumniado, porque también se había inculcado por lo general que el ser humano no debe reflexionar sino que tiene que ser obediente.

Emil se puso a caminar de un lado a otro. Le había enfadado la respuesta de Maggie de que los seres humanos eran todos distintos. Maggie reflexionaba y fumaba. Los cigarrillos eran malos por aquel entonces; de pronto cayó la punta incandescente encima de la falda de Maggie y le hizo un agujero.

—Mi mejor falda —dijo enojada—. Date la vuelta un momento, por favor, voy a ponerme otra falda y a remendar ahora mismo el agujero.

Emil, quien todavía no había hallado ninguna respuesta que dar, se detuvo.

—¿Qué nueva bobada es esta? —dijo él temblando de ira—. ¿No puedes deshabituarte de tus finos modales burgueses? Esas cosas no se dan entre nosotros. Puedes creerme, de verdad, no eres la primera mujer a quien veo en bragas.

Maggie se levantó, dejó caer la falda al suelo, se puso otra y comenzó a remendar la primera.

—¿Lo pasaste mal? —preguntó Emil burlón.

—Yo no —respondió Maggie—, pero tú sí.

—¿Yo? —Granowski se echó a reír a carcajadas—. ¿Yo? Cada día las dices más gordas. ¿Te crees de verdad que me dan palpitaciones por la excitación? ¿Quieres comprobarlo? Toca aquí. ¿No...? ¿Vuelves a tenerme miedo?

—Estoy convencida de que no te palpita lo más mínimo el corazón. ¡Eso es lo malo!

—¿Quién lo entiende? —dijo Granowski, negando con la cabeza—. A veces podría llegar a creer que estás loca.

—Tú te crees, querido jovencito —dijo Maggie, sacando punta al hilo con la boca para enhebrarlo en la aguja—, que te liberas al endurecer tus sentidos. Cree a una antigua enfermera que lo que consigues así es embotar tus sensaciones.

Coser la estaba aburriendo. Se levantó y se echó por los hombros un chal amarillo que le quedaba muy bien. Emil percibió que le bailaba ante los ojos ese color luminoso.

—Ay, Marga —dijo—, no soy más que un pobre perro, y a veces creo que te burlas malamente de mí. ¿No es así? Me dices con esa frialdad que mis sentidos están embotados, sabiendo como sabes que me dejaría cortar mi mejor dedo si me consintieras en esa cama de ahí, una vez... una sola vez... ¡De verdad, la próxima vez haré como esos en el teatro y me arrodillaré ante ti como si fueras una princesa ridícula...!

Maggie se levantó y, colocándose enfrente de él, dijo:

—No lo digo con frialdad... no... eso no hace falta aquí... ¡pero jamás me entregaré a ti! ¡Jamás! Y te voy a decir el motivo. No puedo entender muchas cosas porque no está aquí Koch, a quien podría preguntárselas. Sin embargo, percibo y siento con mucha claridad, ¿y sabes lo que siento? Que tú me quieres la mitad y la otra mitad no me quieres. ¡Tú quieres tener mi cuerpo, pero no quieres mi cabeza! Quieres besarme en las piernas, pero lo que yo quiero es que me besen en la boca...

Emil iba a decir algo, pero Maggie le tapó la boca.

—Calla. Si me amaras, en lugar de desearme, hablarías conmigo y tratarías de convencerme. Eso es lo que hacen los hombres, y nosotras, las mujeres, adoramos también ser tuyas del todo, entregarnos por completo. Pero yo retrocedo ante ti porque quieres destruir algo dentro de mí que te es incómodo. Tú lo exiges todo de mí, pero eres demasiado cobarde para entregármeme absolutamente. Tú no me quieres tomar en tus brazos sino que me quieres doblegar. Tú no quieres regocijarte conmigo, sino que tu mayor alegría sería domarme, domesticarme, y si eso no funciona, destrozarme... No... no... no digas nada, te lo ruego, no digas nada ahora... piénsalo... Yo sé que es así... Tú eres una bella persona... no te faltarán chicas... tú no me amas porque todavía no sabes amar... Solo quieres estar por encima de mí. Tú te crees que estoy loca, pero yo te digo que te amo mil veces más de lo que me amas tú a mí.

Emil se dirigió a la puerta.

—¿Vamos mañana juntos a la fábrica? —preguntó Maggie alzando la voz.

—Yo salgo a las seis menos diez —dijo Emil, sin girarse, y salió del piso.

DESDE SU HUIDA de la habitación de Lilli y de la casa de sus padres, Ernst Chindler vivía en Widze, una aldea cercana a la frontera ruso-polaca. La revolución de febrero había puesto un punto final por el momento a los combates en su sector. A cambio se habían desencadenado otras batallas. Al igual que en Bélgica, también en la Polonia conquistada por las tropas alemanas se había establecido una administración civil, que ciertamente estaba subordinada a la militar, pero que poseía un departamento propio, la administración civil propiamente dicha, en la que actuaba con bastante autonomía. Esta autoridad mandaba construir carreteras, sanear bosques y campos, se ocupaba del estado de los barrios de chabolas en las grandes ciudades y, no en última instancia, de la enseñanza, que fue sometida a una reorganización a fondo por parte de una gran cantidad de profesores.

Esta clase de estrategia de guerra era sumamente extraña, pero se correspondía tanto con las ideas de por aquel entonces que tan solo unas pocas personas reflexionaban al respecto. ¿Acaso no era lo más natural del mundo, o incluso el simple deber del vencedor, llevar al menos unas dosis modestas de los adelantos, de las costumbres y del orden europeos a esos territorios que llevaban algunos siglos de retraso con respecto a la civilización occidental?

La población se permitía pensar de otra manera en este asunto. No solo la administración civil, sino más concretamente su actividad, costaba su dinero, y a los consejeros territoriales, a los consejeros forestales y a los inspectores de enseñanza que se establecieron allí les siguieron enseguida los funcionarios de Hacienda, que recaudaban el dinero que se necesitaba. Los polacos se daban cuenta de que bajo la administración rusa habían vivido ciertamente con menos cultura, pero sí con mayor libertad y con un coste de la vida más barato.

En la zona en la que se encontraba Ernst Chindler había además otro país que ya no quería seguir siendo polaco ni ruso, Lituania. Si bien los polacos se alegraban ahora de la ayuda de poderosos políticos y generales, aunque no

fueran precisamente de gran nivel, los lituanos tenían menos felicidad y menos suerte. En este país, que había perdido su independencia hacía siglos, las cosas eran complicadas en la medida en que los mayores bienes estaban, casi sin excepción, en manos de la nobleza polaca, y la burguesía pudiente de las ciudades era mitad polaca, mitad judía. Lituanos eran únicamente los campesinos y los intelectuales, que también tenían el liderazgo político. Para su desgracia, por aquel tiempo eran, además, demócratas.

Ernst Chindler se interesaba por aquella extraña mescolanza de pueblos: rusos, polacos, bielorrusos, judíos y lituanos que convivían en su zona, y especialmente por los lituanos. Había conocido a un profesor joven que hablaba impecablemente el alemán, pero hablaba igual de bien ruso, polaco y griego, y el amigo de Chindler, de apellido Mahritz, daba clases de griego.

Este hombre despertó el interés de Chindler por sus paisanos. Un día, este profesor le entregó un escrito que se oponía al folleto que un cierto número de nobles polacos había dirigido al gobierno alemán del Reich. Los polacos exigían una unificación de los Estados de Polonia y de Lituania, y los lituanos se oponían a tal proyecto haciendo hincapié en «el carácter agresivo del imperialismo neopolaco».

Chindler, a quien gustó mucho el estilo apasionado y ardiente de aquel llamamiento, entregó el escrito (que por cierto había sido enviado a Berlín por el conducto reglamentario) a un funcionario forestal que también parecía interesarse por las cuestiones de las minorías. Dos días después, regresaba del servicio (habían realizado cuatro horas de ejercicio de lanzamiento de granadas de mano) a su alojamiento cuando un general entró en la habitación a pedirle cuentas a Chindler de un modo extremadamente rudo. El alojamiento era el cuarto angosto y bajo de un leñador, que Chindler compartía con su amigo Mahritz y con un tercer oficial. Mahritz estaba tumbado encima de un colchón y leía a Eurípides, mientras que Chindler estaba sentado junto a la ventana y miraba el paisaje.

—¡Me veo obligado a expresar mi más vivo asombro —gritó el general todavía en el umbral— por el hecho de que entre mis oficiales se encuentren caballeros que no solo lean sino que difundan escritos difamadores!

Al decir estas últimas palabras, el general abanicó en el aire unas hojas mecanografiadas.

Chindler, que se había levantado de su asiento, estaba increíblemente sorprendido. Dijo que se permitía señalar que todo ese escrito no era ningún producto ilegal, de ningún modo, sino un documento expuesto a la opinión pública y enviado al gobierno de Berlín.

El general se puso entonces verdaderamente hecho una furia. Con la cara colorada, como un cangrejo hervido, vociferó:

—Tal vez usted sepa mejor que algunos de nosotros que el gobierno, o lo que se llama de esa manera, lamentablemente está obligado a posicionarse incluso ante los escritos incitadores y difamadores de los socialdemócratas. Pero yo no voy a suponer que usted extrae la conclusión de que, por tanto, esos escritos no son escritos incitadores y difamadores. Por lo menos es lo que pienso yo y también, gracias a Dios, *mis* parientes.

Chindler recibió como una bofetada la doble alusión velada que el general había hecho de Maggie. Cuando el general se hubo ido, él permaneció inmóvil. Mahritz se acercó a la mesa para trabajar y dijo finalmente:

—Ahora el tío ese se ha vuelto a llevar el escrito. Y a mí me habría gustado mucho leerlo.

Chindler no pudo menos que reírse, y Mahritz le animó a no tomarse en serio a ese búfalo estúpido (como llamaban al general porque siempre andaba queriendo disparar a los búfalos).

—Ayer —dijo Chindler— yo era el mayor adversario de mi ignorante hermana. Hoy comienzo a ser su aliado. Este terror es insoportable. Tenemos que conseguir que en un país grande puedan coexistir varios puntos de vista.

Tres días después, el «búfalo» sufrió un accidente mortal durante una cacería. Mahritz estaba contento, pues Chindler había jurado batallar con ese asunto hasta sus últimas consecuencias. Chindler se quedó deprimido. ¿Por qué todo era tan miserable?

Por la tarde, cuando Chindler regresaba del entierro del general, cansado y completamente calado por la lluvia, se encontró con el lituano, que iba de camino para visitar a Mahritz.

—Imagínese lo que ha sucedido ahora —dijo el joven, quien, por cierto, tenía una pinta aterradora de desnutrición—, ahora, la administración de ustedes ha enviado a la escuela a maestros alemanes que enseñan a nuestros hijos ¡en la lengua de ustedes!

Mahriz, que había visto llegar a los dos, les salió al encuentro y oyó la noticia del maestro. Cuando el lituano se calló, dijo él:

—Mi veneradísimo, ese dolor tiene sus límites. En nuestro idioma, por cierto, le ruego que no considere necesariamente productos alemanes las notificaciones oficiales, en nuestro idioma hay algunos libros muy bonitos y algunos muy buenos que no pueden serles perjudiciales a vuestros hijos si los leen y los conocen.

El lituano se quedó parado y levantó los brazos, como si quisiera abrazar a Mahriz. Comenzó a recitar «¿Dónde estás?»:

«¿Dónde estás? Ebria me alborea el alma
con todas tus delicias; pues justo ahora
he oído en unos tonos dorados,
de pleno, al encantador sol niño [...]».

—¿A quién se lo dice usted, señor barón? —prosiguió mientras sus ojos destellaban de entusiasmo—. ¿Puede alguien conocer y amar más que yo vuestros libros? Sin embargo, yo he aprendido a amarlos voluntariamente, y por eso me temo que vuestros profesores, que entran en nuestras escuelas protegidos por las bayonetas, provocarán en nuestros hijos repulsión, incluso hacia un poema como ese de Hölderlin que acabo de recitar.

Chindler asintió con la cabeza, mientras que Mahriz dijo al cabo de un rato:

—¡Prosigamos aprendiendo griego!

Ernst dejó que siguieran caminando los dos caballeros solos y se sentó al sol para que se le secase el uniforme. El bajito maestro de escuela caminaba a pasos cortos al lado del gigantesco Mahriz, que llevaba sujeto su monóculo por detrás, entre el pulgar y el dedo índice, y andaba a grandes zancadas. El azar había reunido de nuevo a Mahriz con Chindler, y la amistad de ambos, que se había originado tras la batalla en Champaña, había ahondado aún más en esos últimos meses.

Mahriz poseía dos fincas en el distrito de Uckermark y pertenecía a una familia prusiana de rancio abolengo. En el primer año de la guerra había caído su mejor amigo, el pintor Seckendorff, justo aquel cuyo autorretrato había admirado Theodor Chindler en la casa de Schlappert en Dahlem. En 1915

cayeron el único hermano de Mahritz y poco después su cuñado, el marido de su única hermana. Como sus padres habían fallecido antes de la guerra, ahora estaba solo en el mundo, y aunque su corazón guardaba una simpatía auténtica por Chindler, el afecto de Chindler hacia él era mucho mayor. Mahritz estaba profundamente afectado por las terribles pérdidas que había sufrido; ya no tenía la energía para acercarse de nuevo a una persona. Su vida estaba cerrada, le dijo una noche a Ernst Chindler, y ya solo esperaba encontrarse con la muerte y caer él también en el campo de batalla. A esto se añadía que su evolución no había sido la corriente entre los de su parentela. A través de Seckendorff había ido antes de la guerra a París, y allí había conocido y admirado a hombres como Gide y Picasso. Por aquel entonces también escribía versos y traducciones de poemas de Claudel, que publicaba en el *Neue Deutsche Rundschau* y que causaron sensación y fueron alabados por Rilke.

Entonces llegó la guerra.

Mahritz, que no hablaba mucho pero que poseía un conocimiento poco habitual de la naturaleza humana, observaba con nitidez y exactitud todo lo que sucedía alrededor de él. Por primera vez en su vida llegaba a primera línea (como miles de otros también, por cierto) con el pueblo al que pertenecía, con bávaros, hesianos y sajones, con obreros, campesinos, comerciantes y eruditos. Hasta entonces solo conocía a sus parientes, los trabajadores en sus fincas y a algunos franceses. Cuanto más se fue alargando la guerra, tanto más clara se le fue volviendo la contradicción terrible de nuestra nación entre su valentía sin par y su incultura política. Un escritor, Wilhelm von Schramm, formuló muchos años después lo que Mahritz sintió en aquel entonces, algo que lo vulneró de una manera más fatídica que las pérdidas personales que se vio obligado a afrontar.

«En Alemania quisieron incluir al pueblo en el ejército, pero a nuestro pueblo, a esos hombres sencillos, recién adultos, eficientes, jóvenes, se olvidaron de proporcionarles su orgullo natural, la seguridad en sí mismos, la asunción de responsabilidades. Se originó en el ejército alemán una dependencia del liderazgo, la cual se ha vuelto peligrosa en la guerra. El soldado alemán quedaba desvalido cuando los oficiales caían o fallaban. Nunca dominamos aquella móvil táctica individual, práctica, del verdadero

ejército nacional, como los franceses ya al comienzo de la guerra, que solían desbaratar los ataques dinámicos gracias a tiradores apostados en árboles y a las ametralladoras ocultas. Justamente esa desenfadada ligereza, semicivil, que a nosotros nos parecía tan deficiente en los ejércitos extranjeros se correspondía muy bien con el espíritu de este tiempo y con el posterior espíritu no heroico de la guerra. Se tenía la impresión de que desde siempre el hombre sencillo en el ejército francés podía arreglárselas por sí solo, en el campo de batalla era más hábil y en la guerra de trincheras era decididamente más activo que nosotros, mientras que a nosotros no nos quedaba otro remedio que lamentarnos, justamente en las trincheras, de la carencia de iniciativa individual de cada hombre. Sin embargo, ahora se vengaba ese espíritu rígido y la educación uniformada del viejo ejército. Se había promovido reiteradamente en lugar de una subordinación tan solo un servilismo impropio de soldados, pero se había quebrado el orgullo, el espíritu emprendedor, el sentido natural del hombre por la acción bélica».

Esa esclavitud que hace de cada teniente un vigilante, de cada capitán un supervisor y de cada general un vigilante de vigilantes atormentaba a Mahritz con tal intensidad que él, que no solo era una persona inteligentísima sino que poseía, además, la fría soberbia de un grande de Prusia, se dejaba llevar reiteradamente a declaraciones que perjudicaban su carrera militar. Su seguridad en sí mismo y su inteligencia lo convertían en sospechoso de pertenecer a esa camarilla que desde el primer día de la guerra y de una manera franca y cínica pensaba menos en ganar la guerra que en afirmar su posición social heredada. Cuando el tesorero Von O., en la época de la hambruna creciente, declaró que él dejaba sus terrenos en barbecho porque los precios le resultaban demasiado bajos, Mahritz le envió una demanda. No recibió nunca respuesta.

Le gustó la marcha de Maggie a Berlín, de la que le había hablado Ernst Chindler, pues era por completo un burgués de la oposición que veía con claridad todo lo falso y lo fatal, pero que también esperaba la salvación de cualquier actividad de cualesquiera otras personas. Él seguiría siendo lo que era, un oficial que obedecía y cumplía con su deber.

«¡Pero ve a Berlín, haz que te elijan en el parlamento y diles tu opinión a esos tipos!», le dijo Chindler una vez. Mahritz se rio. «¿No ves lo impotente

que es tu padre en la política? ¿Quieres que me convierta también en otro oyente del gobierno como él? Y además... hacer que me elijan... eres ingenuo, mi querido amigo... ¿te crees que en este país es el pueblo el que elige a los diputados? ¡Ojalá fuera así...! En nuestro país, los partidos eligen a los señores funcionarios del Reichstag, y los partidos son aparatos en los cuales los hombres o bien son aplastados, o bien son convertidos en empleados. Pregúntale a tu hermana... Ella te confirmará que tiene que cuadrarse ante su Ebert como yo ante mi Hindenburg. ¿Para qué cambiar los colores si todo es la misma mierda?

QUÉ A GUSTO se estaba al sol. Ernst Chindler se giró y no pudo menos que reír cuando vio al otro lado de la carretera a un carlino tumbado que se estaba estirando para volver a tumbarse a la sombra de una tapia. Pasó un ordenanza. Chindler se recogió el extremo de la manga de su brazo izquierdo. Eran las cuatro. A las seis estaba fijado su servicio. El «búfalo», que había pasado a mejor vida, a los terrenos de caza eternos, había llevado estrictamente el regimiento. Como los rusos no se movían, procuró movimiento a sus gentes. El ordenanza regresó. Ese hombre era jardinero de oficio, pero la suerte de haberse convertido ahora en una especie de funcionario lo había cambiado de tal modo que había adoptado a la perfección los movimientos de un valijero. Se detuvo delante de Chindler y le entregó el correo, una carta de su padre y una postal. Ernst leyó por encima la postal, que era de Lilli, y abrió la carta.

Al leer tuvo que acercarse varias veces el papel a los ojos; la letra del diputado era casi ilegible en algunos pasajes, y en la carta se notaba la gran agitación penosa en la que se encontraba su redactor. «Mi lucha contra esa inconcebible política de guerra submarina ha sido en vano, a pesar de que los acontecimientos me están dando la razón. Ahora nos han declarado la guerra los Estados Unidos de América, y se me ponen los pelos de punta cuando me toca escuchar por ahí la burla arrogante de nuestros ciudadanos tarugos que hablan de la inferioridad militar de ese país ¡que es todo un continente!». «Todavía no han desembarcado por aquí los estadounidenses», pensó Ernst. «¿Volveremos a vernos alguna vez? A veces me da todo lo mismo. Mi derrota en la cuestión de los submarinos casi me ha destrozado. No consigo superar ser tan cobarde como para seguir permaneciendo en el partido y en el grupo parlamentario. ¡Cuando esos siervos expidieron un cheque en blanco al gobierno, tendría que haber agarrado mi sombrero y haberme marchado! ¿Por qué me quedé callado? Te lo voy a decir. Cuando después de la guerra te preocupes por la política de tu patria, reconocerás que la política en nuestro

país no la hace el pueblo, sino que la hacen máquinas. La política es, por naturaleza, un elemento líquido, igual que son líquidas las relaciones de las personas, de las personas que caminan eternamente, que cambian constantemente junto con sus relaciones. En nuestro país se las ha convertido en algo rígido. Así pues, si yo abandonara hoy el aparato del Partido de Centro, solo me quedarían dos vías: o bien me adhiero a otro aparato, en cuyo caso tendría que abjurar de mi doctrina verdadera del Partido de Centro que he defendido hasta ahora, o, lo que es mucho peor, abrazar otra doctrina, de izquierdas o de derechas, socialista o nacionalista. Ya ves, nos hemos convertido en ruedas de carro, y si yo ya no puedo tirar del carro del Partido de Centro, tengo que uncir otras riendas a mi chepa. O bien tendría que irme a la nada. En otros países, en un caso semejante, puedes hacerte periodista o fundar un periódico. Se lee, se observa, se debate. En nuestro país, los periódicos son productos impotentes. Incluso si no tuviéramos esa miserable censura que le roba el entendimiento a nuestro pueblo y le impide pensar, los periódicos seguirían teniendo esa nula influencia que tienen ahora. En mi desesperación me he dejado convencer (¡en contra del consejo de vuestra inteligente madre!) de convocar en una pequeña asamblea a mis electores. Vinieron, me escucharon y estuvieron a punto de lapidarme. Para esos pobres diablos no está en lo cierto el argumento sino... el partido. Me prestaron atención, pero cuando se dieron cuenta de que defendía un punto de vista distinto al del partido en la cuestión de los submarinos, se intranquilizaron. En toda la sala no había una sola persona que estuviera dispuesta a reflexionar serena y objetivamente sobre la cuestión de la guerra submarina. Cada uno de ellos estaba más bien nervioso y se temía que yo deseaba dañar a su querido partido, y por este motivo era imposible ganarse ni siquiera a uno de ellos. Pase lo que pase, el partido del pueblo católico tiene que seguir existiendo, ¡ese era su grito de guerra! Ciertamente es una buena actitud católica, pero eso no es política; no obstante, esos hombres entienden que eso precisamente es política».

Ernst bostezó y dejó la carta a su lado sobre una piedra del campo. Lo que le escribía su padre era exactamente lo mismo que le había dicho Mahritz. ¡Pero qué agobiante era, qué deprimente! Precisamente porque se entregaba con gusto a pensamientos tan melancólicos, Ernst Chindler no podía soportar a

las personas que andaban lamentándose.

Pasó un automóvil. Un ocupante, al que Chindler no reconoció, le hizo señas con una mano; luego pasó el vehículo a toda velocidad. Se recostó y retomó la carta para leerla hasta el final. «Tu esposa nos ha escrito y nos ha pedido que le dejemos venir un tiempo a nuestra casa. Nosotros la hemos invitado, por supuesto. Hay que tener en cuenta nuestros tiempos, revueltos y confusos; por eso decimos que, suceda lo que suceda, ella será muy bienvenida en casa. De todas formas, estaría bien que tú, como marido, le escribieras para que haga el favor de evitar hablar de tu hermana. Tu madre comienza ahora a sosegar. En lo que a mí respecta, está liquidado ya ese lance que ha dañado muy gravemente el prestigio de nuestra familia».

En una posdata ponía: «¿Por qué seguís batallando en el frente oriental? ¿En Rusia hay revolución! ¿Que se haga la paz! Pero ya me veo venir que los terratenientes polacos de la nobleza moverán a los prusianos a que os metáis en nuevas batallas a favor de los intereses de los terratenientes de Podolia».

La decisión de Lilli de volver a Neustadt (sobre lo cual no había ninguna mención en la postal) sorprendió a Ernst. «Tengo que escribirle —pensó—, ¿pero qué? ¿Qué? ¿Qué?»». Desde su huida de la habitación de ella, no había podido decidirse a escribirle aquella carta que era necesaria.

Se levantó y miró hacia poniente. La aldea de Widze estaba formada por una docena de casas de madera. Estaban a derecha e izquierda de la carretera, que tenía la habitual anchura en forma de río y la falta de profundidad de las carreteras polacas. La tapia, a cuya sombra estaba tumbado el carlino, cercaba un cementerio. Una parte había quedado devastada durante las batallas del año anterior; otra había sido reconstruida. Allí yacían, enterrados juntos, los caídos alemanes y rusos. Al final de la población se levantaba una sinagoga de madera. Chindler siguió con la vista la carretera que pronto se perdía en el bosque por detrás de la aldea. Más allá de ese bosque había otras aldeas; detrás de esas aldeas había otros bosques; detrás de esos bosques estaba Alemania; a mil kilómetros de distancia. Nadie podía llegar tan lejos con la vista. «No se la ve —pensó—, está demasiado lejos, pero incluso estando uno allí, estando en Berlín, en la plaza Potsdam, no se la ve, ¡eso es lo extraño! Y no se la conoce».

Fue a su cuarto, se sentó a la mesa, mandó que le prepararan un café y

escribió a su esposa.

«Queridísima Lilli: Te agradezco que hayas entendido correctamente mis breves postales. Para escribirte la carta que estoy intentando redactar ahora necesito sosiego y concentración. Desde mi huida de tu habitación no he tenido ni lo primero ni lo segundo. Ciertamente solo has respondido a mis postales con postales, pero eso lo he entendido bien, es mío ahora el turno de dar explicaciones. Te amo igual que te he amado siempre...». El escribiente se detuvo; «es la verdad —pensó—, amo a esa mujer como es, o ella o ninguna...». Volvió a mojar la plumilla.

«Si te digo esto es porque sé muy bien que digo la verdad, y a la vez estoy sorprendido. ¿Cómo es que el asunto con H. que me contaste no ha matado mi amor? ¿Por qué siento tan poco odio contra H.? Ahora bien, tampoco le aconsejaría que se topara conmigo; sin embargo, cuando esta mañana temprano volví a pensar en pedirle cuentas, noté que ese pensamiento no surgía de un sentimiento imperioso. ¿Estoy cometiendo un error al darle tan poca importancia a ese asunto? ¿Me he vuelto una persona débil? ¿Me formulo esa pregunta y, tras reflexionar largo y tendido, respondo con un sí y con un no! Desde que algunos dieron comienzo a esta guerra y a nosotros nos encargaron que la prosiguiéramos, cada uno de nosotros está obligado al ofrecimiento de tanta energía en el oficio y en el cumplimiento de los deberes que apenas le quedan fuerzas para la vida propia. Si pudieras verme en primera línea (lo cual está prohibido de manera demasiado taxativa por este mal furor organizativo), te darías cuenta de que no soy una persona débil. Puedo decir que batallo proporcionalmente con sangre fría, si bien sin ningún brío especial, porque este tiroteo de ametralladoras y de artillería hace ya mucho que me aburre. Sin embargo, si me ves cuando estoy de permiso contigo, ves a un hombre que realmente está de permiso, es decir, a una persona que cuando está contigo no está allí donde es su sitio, sino allí donde no es su sitio. ¡Esto se tiene demasiado poco en cuenta en términos generales! Además ves a una persona que solo dispone de un *resto* de la energía que le queda para eso que denominamos la vida privada (o mejor dicho, para eso que en su día denominamos así). Así pues, expresado de una manera sencilla, podría decirse que soy un buen oficial (entre nosotros: ¡no deberíamos decir más “oficial” sino “funcionario de defensa y de ataque”!) pero un mal marido; y esta es la

verdad. En la propaganda oficial que es lanzada al pueblo esto no es así, pero si me miras a mí y a todos mis amigos, sí, a todos los hombres a los que tú sabes observar de manera más precisa, verás que sí es así como digo...

»Me interrumpieron. Entró Mahritz en la habitación, lleno de polvo, sucio, cansado y tan envejecido de ayer a hoy que no lo reconocí en absoluto en el primer momento. Se tumbó en nuestro “sofá”. Cuando iba a continuar escribiéndote, nos liamos en una conversación. Él decía que no había que escribir ninguna carta, que ya hablar era peligroso y que escribir tenía cada vez consecuencias más terribles. Debatimos a ese respecto. Ahora que vuelvo a estar solo, me parece que tiene razón. Si me pusiera a escribirte todo lo que se me pasa por la cabeza, probablemente te asustaría un poco. Pero al escribirte esto, cometo probablemente el error de representarme a tus ojos como alguien insidioso e insincero. Ya lo ves, las relaciones entre las personas son borrosas, confusas, desordenadas, supercomplicadas. La obediencia ha destrozado nuestra individualidad. Y lo peor es que no hay ninguna otra opción en absoluto, pues ciertamente los seres humanos somos obedientes, pero al mismo tiempo reconocemos que somos obedientes a las relaciones...

»Mahritz ha vuelto a interrumpirme. Regresó y me contó que nuestro suboficial, Oberholzer, cayó ayer por la noche. Mahritz había salido muy temprano, ya a las cuatro de la madrugada, para ir a buscarlo. Oberholzer, de Múnich por cierto, era un hombre que comparado con Egmont deja a este como una aburrida manopla para el baño (he encontrado la pieza teatral *Egmont* en la casa de un rabino de aquí y la he vuelto a leer). Sin embargo, la guerra, tal como ciertas personas han observado con certeza, es una selección de los mejores, y así, la vieja asesina ha seleccionado también a este hombre con clase para sus húmedas sepulturas.

»Pero ¿qué ando divagando? Esta época, que se llama a sí misma “grande”, nos obliga a no pensar más y a no sentir ya más. Quien quisiera reflexionar sería un necio inservible, ¿por qué tuvo que palmarla un hombre como Oberholzer? ¿Sería medio desertor quien se permitiera llorar por él! ¿Cómo endurece esto! ¿Como se empieza a decir, flemática y vilmente: un hombre es un hombre, una mujer es una mujer, haced lo que queráis! Soy tu marido, pero ¿soy tu poseedor? ¿La posesión... cómo me aburre eso si ni tan siquiera poseo

mi vida, porque la he dejado en alquiler! Para volver a ser el hombre que tú (tal vez) quieres tener, tendría que fugarme contigo a Suiza, pero me temo que ya me he convertido en un hombre tan extraño, que allí me moriría de aburrimiento. Basta ya de frases locas. Me gustaría recibir una carta tuya. Preferiría tenerte aquí, en esta sucia casa de madera que no es tan mala. Antes he estado mirando dos horas en dirección a Alemania. ¿Por qué todo allí es tan silencioso, tan aburrido? No oyes nada cuando te pones al acecho. ¿Os habéis quedado todos dormidos? Y en el caso de que no quedaran allí más hombres, ¿no podríais vosotras, las mujeres, alzar la voz un poquito, hacer ruido, y poner un poco de movimiento en esa imagen demasiado mansa, para la cual se ha inventado recientemente el sustantivo “terruño”? ¡Te abrazo! E.».

Dos días después, una granada le desgarraba el vientre.

NINGUNO DE LOS trabajadores sabía de quién era la fábrica en la que Maggie trabajaba desde hacía poco. Después de que Maggie preguntara en vano a varios colegas, se burlaban de ella.

—Chica, lo principal es que te den tu dinero —dijo un tornero—. ¿Te han dado tu sobrecito?

—Sí —dijo Maggie.

—¡Vale, entonces ya sabes todo lo que hay que saber!

Maggie acabó enterándose de que la Fábrica de Máquinas Spandau S.A. pertenecía en una cuarta parte al Berliner Bank y en tres cuartas partes a una tal familia Müller que vivía en dos haciendas en Westfalia. La empresa había ido mal hasta el comienzo de la guerra; desde 1915 se trabajaba día y noche en tres turnos.

Emil Granowski había preparado bien el terreno. A Maggie la ocuparon en la sección electrotécnica como almacenista, así que no tenía que trabajar en la máquina y enroscar granadas, cosa que ella había temido. El almacén se encontraba al fondo de la nave, detrás del taller de los montadores. Además de Maggie trabajaban allí otros dos hombres, un francés y un ruso, los dos prisioneros de guerra. Subida a la escalera y cargando los estantes, Maggie inició de inmediato una conversación con el francés. Se enteró de que se llamaba Jean Duval y que hasta la guerra había sido taxista en París. En Saint-Denis lo esperaban una esposa y dos hijos. El ruso, Sergei Potemkin, un obrero de Kiev, que no sabía hablar ni palabra de francés y que chapurreaba apenas diez palabras en alemán, escuchaba con una cara radiante, feliz de que por fin alguien conversara con él aunque no lo entendiera.

Había transcurrido una semana cuando vino al almacén el capataz (un hombre de cabello cano llamado Robert y amigo de Emil) y se llevó a Maggie a un apartado.

—Por mí —dijo él con cara muy seria— te puedes casar con el francés,

pero nada de cháchara. La dirección de la fábrica tiene espías en los talleres. ¡Si te enganchan, te llevarán ante un tribunal militar! ¡Me daría mucha pena por ti!

Maggie le dio las gracias y prosiguió sus conversaciones con el francés entre susurros. «¿No podría procurarme usted algún periódico?», le preguntó un día Duval entre dientes. Al día siguiente Maggie le trajo todos los periódicos que había podido reunir, *Matin, Gaulois, Temps, Humanité*. Con ayuda del ruso, que ya no volvió a dejar la expresión radiante en su rostro, Duval se escondió los periódicos debajo de la camisa y en el interior de su zurrón. «Prenez garde!», le dijo Maggie. Duval saludó a la manera militar, pero no actuó con prudencia. A la mañana siguiente, cuando Maggie iba por el patio de la fábrica, en donde los prisioneros formados en hileras esperaban la señal para comenzar a trabajar, se produjo un corrimiento en una hilera y, con una voz de general, alguien saludó a Maggie con un atronador «Bonjour, mademoiselle Maggie!». Maggie se puso colorada hasta detrás de las orejas. Los centinelas, dos milicianos, se quedaron sorprendidos ante aquella escena.

Por la noche, Emil Granowski habló con Maggie, a quien él estaba vigilando también a su manera.

—Se están torciendo las cosas, Marga —dijo él—. Todo el chiringuito ya habla de ti.

—Mejor es que se estén torciendo *las cosas* que no que me tuerza yo —dijo Maggie.

La almacenista ya no tenía que mantener únicamente en orden el almacén principal sino que debía completar también las existencias en los diferentes departamentos de la fábrica. Desde el almacén de tuercas y tornillos, que se hallaba en una galería a media altura de la gigantesca nave, Maggie tenía una vista panorámica de la fábrica. De pie sobre el engranaje, contemplaba aquel lío sensatamente organizado de correas de transmisión, varillajes de máquinas y ruedas. En cada metro cuadrado de suelo que no se necesitaba para las máquinas había tornos junto a los cuales chicas y mujeres, salpicadas de agua jabonosa y entre multitud de finas virutas de metal, enroscaban granadas. En escaleras elevadas había obreros que, desovillando interminables bobinas de seda, aislaban cuidadosamente los diferentes hilos metálicos separándolos de los cables. Maggie vio que sus movimientos se parecían asombrosamente a los

movimientos de las enfermeras que vendaban a los heridos. Sobre aquel engranaje de hombres, mujeres, chicas, máquinas, ruedas, cintas de piel y el estrépito que se tragaba las palabras, giraba una grúa pesada ocupada incesantemente en levantar bloques de hierro de un lugar para depositarlos de nuevo en otro.

Entre todos aquellos trabajadores, a quien más admiraba Maggie era al maquinista de la grúa por su trabajo rápido, preciso y prudente.

—La fábrica me gusta —le dijo a Emil. Granowski se rio—. Me había imaginado esto mucho más monótono, más aburrido —prosiguió—. Pero hay mucho movimiento, ves cosas, te mueves... solo el ruido es insoportable, y todavía no puedo imaginarme cómo voy a hacer para aguantar a la larga este estrépito horrible.

—Todavía no has estado donde la máquina —dijo Emil.

Maggie se calló. Emil tenía razón. La diferencia entre el trabajo de ella y el trabajo de las mujeres que estaban ocho horas (y más) junto a la máquina y realizaban ininterrumpidamente el mismo movimiento con las manos, esa diferencia debía de ser grande.

Duval trajo fotos de su esposa y de sus hijos y se las enseñó a Maggie.

—Cuando se acabe la guerra, tiene usted que venir a vernos. ¡Oh, si supiera usted lo que van a adorarla mis hijos!

Potemkin estaba presente, y Maggie vio que tenía lágrimas en los ojos. Igual que muchos de los prisioneros rusos, se fue volviendo cada vez más pálido y flaco. Aquella hambruna general la sufrían también los prisioneros, y entre ellos, a su vez, mayoritariamente los rusos, que hacía ya mucho tiempo que no recibían ningún paquete de sus allegados. En general se les prestaba menos atención, y en la fábrica les endilgaban el trabajo más pesado. Un día que estaba trabajando Maggie en la galería ella vio cómo un montador mandaba a Potemkin que levantara un motor pesado y lo transportara a otro sitio. Potemkin, que era un hombre enfermizo, se negó; ni siquiera dos Potemkins habrían sido capaces de levantar ese bloque de hierro, ni mucho menos de transportarlo. La negativa de Potemkin pareció poner hecho una furia al montador. Sin poder entender las frases que se decían, Maggie vio hablar al montador, luego a Potemkin, después otra vez al montador y de pronto vio cómo este, con la cara desencajada de la rabia, levantaba un taburete de

madera maciza con la intención de lanzárselo a la cabeza al ruso. Maggie, apoyada en la barandilla, dio un grito tan penetrante que su voz ahogó el ruido de la fábrica. En el último momento, un obrero acudió raudo y desplazó el taburete a un lado con una vara.

Al día siguiente no apareció Potemkin; probablemente lo habían castigado. En su lugar vinieron otros dos rusos que entendían algo de alemán. Al cabo de una semana le tomaron confianza a Maggie y le relataron algunas cosas increíbles que le causaron una honda impresión. «No sé —dijo uno de los dos una vez—, lo que voy a hacer después de la guerra. Se me han caído tantas cosas en las que creía que no puedo decir lo que haré. Aquí eres como un niño pequeño, haces lo que te ordenan. No debes pensar en nada, no puedes organizar nada con tus pensamientos... hago lo que hace el otro, y el otro hace lo que hacen todos... somos como una máquina». El otro contó: «Fue en Galitzia... Yo llamé con los nudillos al cristal de una ventana... una mujer abrió temblando de miedo y en silencio. Le pido pan. En la pared hay una alacena, ella saca de allí pan y queso y se pone a calentar vino en el hornillo. Yo me pongo a comer a dos carrillos haciendo sonar las mandíbulas. Por dentro pienso que no existe orden ninguna que pueda echarme de aquel lugar... entonces vuelven a oírse unos golpecitos en el cristal de la ventana. La mujer abre la puerta igual que a mí antes. Veo entrar a un austríaco en el cuarto. Nos miramos a la cara el uno al otro, el bocado se me queda detenido en la garganta... podría vomitarlo. No sabemos qué hacer. Él se sienta, agarra el pan y el queso. Devora con el mismo apetito que yo. La mujer trajo vino caliente y dos tazas. Comenzamos a beber como si fuéramos cuñados... Comimos y bebimos y nos tumbamos luego en el banco, cabeza con cabeza. Por la mañana cada uno se fue por su camino... No había nadie allí para darnos órdenes». El primero dijo: «Estoy sentado debajo de un árbol y espero. Entonces viene una chica, tiene el cabello largo y verde, huele a la hierba del prado. Se va, y el prado flota detrás de ella como la niebla. Sus ojos brillan a través de la niebla como estrellas...».

«Esa mujer —dijo el segundo negando con la cabeza—. La intenté persuadir durante mucho rato, pero no se me entregó. Entonces comencé a respetarla mucho porque salvaguardaba su honra. Entonces tomé la decisión de regresar allí, casarme con ella y llevármela con los hijos a mi tierra... por

respeto. Su marido está muerto... me casaré con ella... es una mujer fiel... pero ahora estoy aquí, prisionero».

El primero preguntó a Maggie cómo era de grande Berlín. Maggie se lo aclaró. «Sí —replicó él—, quien vive en la ciudad sabe lo que es la ciencia y cómo esta eleva a las personas. Tomemos por ejemplo una casa grande de la ciudad. Es grande como una montaña, bonita y grande como un cementerio, pero la han construido personas sencillas que no saben leer... Trepan por los andamios como las hormigas, juntan las piedras siguiendo las indicaciones de otros y no ven en absoluto la belleza ni la armonía de esa casa. Y cuando una de esas personas acaba con la construcción, se atiborra de puré, se va de esa casa y se pone a vomitar por detrás de su cabaña. Sin embargo, en esa casa viven personas instruidas...»¹.

Maggie decidió anotar los relatos de esos hombres sencillos.

—Son un gran pueblo —le dijo a Emil.

Granowski no era de esa opinión.

—Son grandes los franceses, los ingleses... porque tienen un movimiento obrero como nosotros... pero los rusos...

¹ Apuntes de la enfermera rusa Sofía Fedórchenko. B. B.

P EOR QUE EL hambre era la falta de carbón. Cuando Maggie volvía de la fábrica a casa, Granowski estaba sentado a veces en el rincón aullando; el frío que todo lo consume era insoportable. Un buen día había carbón allí. Nadie dijo una palabra al respecto, pero Maggie se sorprendió y se puso a investigar el asunto. Pronto descubrió que quien traía el carbón era Ella, la hija mayor de la señora Ritter, y persuadió a Emil de seguirle los dos juntos los pasos a la niña, a la cual le tenían mucho cariño ambos. Maggie se puso a vigilar, y cuando vio a Ella correr por el patio con un saco a cuestas, llamó a Emil y la siguieron. La niña, que tenía once años, fue caminando por la calle Simplon abajo hasta llegar a la estación de Stralau-Rummelsburg. Una vez en las instalaciones ferroviarias, la pequeña trepó por el terraplén y desapareció. Maggie la siguió mientras Emil miraba a todos lados para ver si había algún policía cerca. Cuando alcanzó a Maggie, vio de golpe de dónde procedía el carbón. En una vía muerta, algunos trabajadores estaban descargando a paladas un vagón. Ella estaba a alguna distancia de los hombres e iba metiendo en su saco los pedazos que le arrojaban. «Son majos esos tíos», pensó Emil. Pero enseguida dejó de pensar eso, pues ahora vio por qué esos hombres se mostraban tan generosos. Una vez guardados los trozos de carbón, la niña se levantó súbitamente la faldita y enseñó a los hombres su pequeño vientre desnudo. Los tipos, ennegrecidos, pararon de trabajar, se rieron y le arrojaron más pedazos de carbón. Maggie se puso hecha una furia. También Emil estaba turbado, pero aconsejó a Maggie que se contuviera, que su hermana tenía muy mala leche, que si necesitaba carbón era capaz de todo.

—Ya llegará el día de ajustar las cuentas —añadió—, ahora no toca eso.

Las relaciones de Maggie con Emil habían vuelto a mejorar. Emil había conocido a una chica guapa, y desde que estaba enamorado podía tener un trato desenvuelto y libre con Maggie, como al comienzo de conocerse. Maggie, que le iba tomando cada día más cariño, era feliz. Todo volvería a

irse al traste por un suceso irrelevante. Como hacía casi regularmente desde hacía algún tiempo, Granowski estaba con su novia esperando una tarde a Maggie a las puertas de la fábrica para ir juntos a casa. Era un atardecer bonito. Maggie propuso a los dos hacer una correría porque quería enseñarles una cosa. Emil estuvo de acuerdo, y Maggie rodeó el solar de la fábrica en dirección a los barracones de los prisioneros, que no quedaban muy lejos.

—¡Ya están cantando —exclamó ella—, venid, rápido, esto es lo que quiero que escuchéis!

Los prisioneros estaban tras la alambrada de espino, a la izquierda, en un grupo, los franceses; a la derecha, los rusos. Cuando vieron llegar a los tres, se apiñaron más cerca de las rejas. Los rusos acababan de cantar en ese momento, y entonces empezaron a hacerlo los franceses. Sus melodías eran rápidas, apresuradas, uno se imaginaba con ellas el galope de un caballo. Jean Duval estaba muy pegado al enrejado. Al reconocer a Maggie, se puso a mover los brazos como un director de orquesta y animó a sus compañeros a cantar aún más alto, aún más bonito. Cuando enmudecieron los franceses, se pusieron a cantar los rusos, en voz más baja, más despacio, con una cadencia más triste que los franceses, pero sus voces eran como el sonido de campanas afinadas y superpuestas; resultaba imposible olvidarlas.

De pronto se interrumpió el canto. Sonó un silbato estridente; era la hora de dar de comer a los prisioneros. Los franceses se dirigieron a los barracones, mientras que los rusos permanecieron allí de pie, parados. Emil ya se había dado la vuelta para marcharse de allí cuando Maggie lo agarró de la manga.

—Ahí va a pasar algo —susurró ella.

Dos rusos que tenían que hacer esa semana el servicio de camareros sacaron unos cestos en los que había pan y morcillas, es decir, una masa rojiza que parecía componerse principalmente de sangre coagulada, envuelta en papel de estraza. Los prisioneros se volvieron de espaldas cuando se aproximaron los hombres con los cestos. De pronto, uno agarró un pedazo de la mencionada morcilla y la arrojó por encima de la cerca trazando un arco elevado. Otros siguieron su ejemplo.

La reacción de los tres espectadores fue muy distinta. Granowski no entendió al principio en absoluto lo que estaba sucediendo. Friedl, su novia, negó con la cabeza con expresión de desaprobación. Maggie apenas podía

contenerse por la alegría que sentía.

—Eso es lo correcto —dijo con júbilo.

Entonces vio que Friedl se agachaba, alzaba un pedazo de la morcilla despreciada y la mordía.

—Sí que se puede comer... —dijo masticando y con acento berlinés—. Hombre, no es hígado fino de ternera, pero bueno... ¿Qué se han creído esos?

En ese instante aparecieron varios soldados y apremiaron a los prisioneros, que gruñían toscamente, a entrar en los barracones. Los tres espectadores se pusieron de camino a casa.

—¿Ves ahora —dijo Maggie en tono triunfal a Granowski— que los Ivanos son unos muchachos muy dotados, tal como dije?

—No —dijo Emil—, eso que han hecho es una tontería... Terror individual... ahora no les queda otra que irse a la cama hambrientos y así se irán debilitando...

—Han actuado como es debido y lo diré cien veces —dijo Maggie hablando con los puños—, y eso aunque esta noche estiren todos la pata...

—Eso podría conveniros a vosotros, que toda la clase obrera se mate por un orgullo tan burgués y estúpido.

Maggie se detuvo. Friedl caminaba del brazo de Emil. Sentía temor de esa persona desconocida, incomprensible para ella y que decía unas cosas que ella jamás había oído en la vida.

—Cuando te oigo hablar así —prosiguió Maggie—, se infla como con un gasómetro mi antigua rabia hacia ti. Si tuvieras una mínima idea de cómo se te han pegado en el cerebro tus teorías deslenguadas. Sueñas con una época que ha de venir, exactamente igual que mi madre católica sueña con el día del Juicio Final. No reaccionas de una manera política, como tú te crees, sino de manera pastoral, religiosa, descerebrada... Habría que lanzaros contra la pared para que despertéis...

Emil se detuvo. Esta vez le pareció que le habían ofendido de manera definitiva.

—No irás a tirarte al suelo como un niño de dos años —se burló Maggie—. Escúchame al menos... ¿Has oído por casualidad alguna vez en tu vida la expresión «dignidad humana»?

Granowski hizo un gesto de desprecio.

—Todo eso son disparates burgueses —dijo él—. ¡Vamos, Friedl!
Se giró y se marchó de allí con su chica sin despedirse de Maggie.

MAGGIE ESTUVO REFLEXIONANDO varios días sobre ese suceso. Sin embargo, cuanto más reflexionaba, tanto más desconcertada se iba sintiendo. En cada metro cuadrado de Berlín desfilaban personas, pero no le habría hecho ninguna falta escuchar sus canciones, que siempre trataban sobre el futuro; le bastaba con mirarlas a los ojos para reconocer que todas desfilaban a un lugar diferente que los cuarteles adonde, de hecho, eran conducidas.

Maggie se refugiaba en las cartas de Koch. Ella le escribió en su día sobre el incidente en la casquería y le contó lo mucho que se había asustado cuando el pelirrojo tartamudeó aquella frase sobre el futuro. «Tus informaciones son útiles —le había respondido Koch—, y ese hombre tenía razón. El futuro es lo mejor, pero en nuestros días, lo mejor ya no es enemigo de lo bueno (porque nada es bueno ni puede seguir siendo como es), en nuestros días lo mejor es amigo de lo malo.

A veces Maggie opinaba que el pueblo en su totalidad estaba poseído por una enfermedad. ¿No eran todos iguales a todos? Su padre, que aunque a regañadientes obedecía las órdenes de Roma, los mandatos de los obispos y de su partido por, bueno, ¿en favor de qué?, ¿del futuro del pueblo católico? Sus hermanos, los que habían ido a la guerra, para... ¿para luchar por una Alemania mejor! («A los generales les importa un pepino en favor de qué luchan tus hermanos —le había dicho una vez Koch—, ¡lo único que les importa es que luchen!»). ¿Y Emil, que en su lucha por un mundo mejor llevaba esperando una eternidad la señal de la junta directiva del partido?

Lo segundo que amargaba a Maggie era saber que el trabajo en la fábrica era como un narcótico. La actividad física cansaba de tal modo a una persona que por las noches dormía bien, y como no se cargaba con ninguna responsabilidad, habría sido absurdo pensar en un trabajo fuera de la fábrica. ¿En qué pensar? ¿En la política? Maggie seguía intentándolo ahora igual que antes, pero para su horror se dio cuenta de que le resultaba cada vez más

difícil. ¿Cuál era el motivo?

Una tarde Maggie se encontró en una chaqueta que hacía mucho tiempo que no se ponía un billete de veinte marcos. Como ella andaba deprimida como siempre en esa época y, además, sola, se mudó de ropa y salió a la calle. En la plaza Alexander tomó el metro y viajó en dirección a los barrios de poniente. Al bajarse en la calle Uhland y pisar la avenida Kurfürstendamm, se quedó sorprendida; no solo creyó estar en una ciudad diferente, sino en otro mundo. Al contrario de las farolas que apenas alumbraban en la calle y que eran como luciérnagas posadas en postes, la Kurfürstendamm estaba resplandeciente; la llenaban millares de personas, que deambulaban por ella conversando unas con otras, alegres y animadas. Tranvías de hasta seis, siete y ocho vagones enganchados, calesas y carruajes obstruían las calles laterales. Todos los locales estaban llenos. Maggie entró en un buen restaurante y miró a todos lados. Verdaderamente aquella era la clase dirigente, esa masa que cuchicheaba, ligaba, sorbía y comía voraz y ruidosamente, que llenaba todas las mesas y calentaba el aire con un excedente de energía. Un repartidor de periódicos entró por la puerta giratoria, le metió al inmóvil portero en el bolsillo del abrigo un diario vespertino, colgó su gorra en un gancho y se fue de mesa en mesa. Maggie compró el *Lokalanzeiger* y el *Berliner Tageblatt*, leyó por encima el parte del ejército y dejó los periódicos a un lado para leerlos luego en la vuelta a casa.

En la mesa contigua estaban discutiendo; Maggie oyó los apellidos Michaelis, Ludendorff, Bethmann, también Bélgica, Polonia... «Esto es —pensó ella—, esto es». ¿No era sencillamente inimaginable que a estas personas que comían aquí y que pertenecían a numerosos partidos y agrupaciones sus jefes les prohibieran debatir con los miembros de otro partido? ¿Solo los obreros se dejaban hacer eso, solo los trabajadores leían un único periódico en el que cualquier junta directiva les preparaba una política que convenía a esa junta directiva! «Son como los chinos —pensó Maggie—, que se tienen por animales de carga... Pero ¿por qué lo hacen? ¿Por qué? ¿Por qué?».

Maggie pagó y se levantó. Al tener que esperar un momento junto a la puerta giratoria, un hombre mayor se colocó a su lado y le dijo algo que ella no entendió.

Desconcertada y asustada, susurró varias veces:

—No, gracias; no, gracias —y salió apresuradamente.

En la calle vio que el hombre la seguía. Un autobús llegaba a la parada. Ella se subió, el autobús partió y el hombre regresó despacio al local. Por el camino recordó que había clavado los ojos en ese hombre durante un buen rato mientras esperaba la cena, pero estaba completamente sumida en sus pensamientos y sin mirarlo realmente a él, con los ojos vacíos, como le sucede a cualquiera que reflexiona sobre un asunto que no logra despachar.

¡Así que ahora se encontraba otra vez de vuelta al barrio de Lichtenberg! Cuando tuvo que hacer transbordo en la plaza Alexander, titubeó unos instantes. «¡Ah, qué cosas tienes! —pensó ella entonces—, es aquí donde tengo que esperar a Koch, y aquí voy a esperarlo!».

El día siguiente era día de pago. Con su paquete en el bolsillo, Maggie caminaba despacio en dirección a la estación mientras a su izquierda y a su derecha los colegas asaltaban con sus chicas los tranvías para pasar una tarde alegre. ¿Qué otra cosa podían hacer con el dinero cuando no había casi nada que comprar?

En la estación se sentó en un banco. Un tren efectuaba su entrada. «¿Viajará a la Alemania Meridional... a casa?», pensó Maggie. Pero por esa estación no circulaban los trenes de largo recorrido; por ella pasaban únicamente los trenes de cercanías que dan vueltas a Berlín como un tiovivo o como la grúa de la fábrica que levantaba bloques de hierro de un lugar para depositarlos en otro.

—¿Es que te han dado plantón? —dijo alguien.

Maggie levantó la vista y reconoció a Elsa, una de las chicas de la fábrica que también era del barrio de Lichtenberg.

—Vente con nosotros. Somos cuatro chicos y solamente tres chicas, porque Anna está con dolor de garganta. Vamos a bailar.

Maggie se levantó y se fue con ellos. Después de un largo trayecto con el tranvía, la pequeña caravana fue a parar al parque público de Hasenheide. Entraron en un local adornado con guirnaldas y farolillos. Los hombres pidieron ocho cervezas y cuatro aguardientes de trigo. Todos bebieron un sorbo y se dirigieron a la pista de baile. «Todavía me acuerdo de cómo se baila», pensó Maggie con alegría, y calculó que ya hacía tres años desde el

último baile que había echado. Su pareja la mantenía abrazada con tanta energía que se sentía como una granada en el tornillo de banco, pero de repente era tan feliz que la habría podido abrazar con una energía diez veces mayor.

Cuando terminó el baile, ella se quedó en medio de la pista y dirigió la vista a los músicos.

—Bueno, no es como usted cree —dijo su pareja de baile riéndose—. ¡Son unos vagos estos músicos!

Maggie se dio la vuelta.

—Puedes tutearme con toda tranquilidad —dijo Maggie, que se enfadaba con ese «usted» tan despectivo utilizado en los círculos del partido.

Su pareja de baile se dio un golpe en el muslo con la mano.

—Eso es hablar fino... ¿y qué va a decir Emil de esto?

—Emil no me importa nada —dijo Maggie.

Se agarró del brazo del hombre y regresó a su mesa. Las chicas se estaban corriendo para hacerle sitio a Maggie cuando comenzó a sonar una nueva pieza. Maggie se quedó de pie. Su pareja de baile, que ya se había sentado, se levantó y miró hacia una dirección de la pista a espaldas de Maggie, donde había dos chicas solas sentadas a una mesa. Maggie agarró con las dos manos el respaldo de su silla. Una rabia frenética se había apoderado de ella, e intentó levantar la silla, que, por suerte, era demasiado pesada. Mucho tiempo después recordaría que habría levantado la silla y habría golpeado con ella la cabeza del hombre si, como se ha dicho ya, no hubiera sido tan pesada y si el hombre no se hubiera dado la vuelta en ese preciso instante. Cuando Maggie vio sus ojos dirigidos de nuevo a ella, sonrió con una felicidad tal que el joven se ruborizó, cosa que no solía sucederle.

—Nos conocemos, por cierto —dijo Maggie mientras se dejaba conducir de nuevo a la pista de baile.

—Por supuesto —dijo el hombre—, pero voy a ser sincero, no sabía que fueras una mujer tan extraordinaria.

Los músicos estaban interpretando un vals.

—No tienes que estirar tanto el brazo —dijo Maggie, que dobló su brazo derecho y a su vez, por consiguiente, el brazo izquierdo de su pareja hacia la cara de ella. A continuación siguieron bailando en silencio.

No se hablaba mucho en los descansos entre bailes. Maggie contemplaba a su pareja de baile, a quien llamaban el «rojo» Richard porque siempre, incluso en los entierros, llevaba una corbata roja. Lo había visto dos o tres veces en compañía de Emil y sabía que era muy radical y que desde hacía algún tiempo trabajaba para la Liga Espartaquista. Emil lo apreciaba mucho.

Dos hombres se acercaron a la mesa, agacharon la cabeza sin inhibiciones hacia Richard y le susurraron algo al oído. Maggie se puso hecha una furia por segunda vez. Richard se levantó, y ya iba a seguir a los otros dos cuando de pronto se giró hacia Maggie y dijo:

—No te vayas, chica. Enseguida estaré de vuelta... ¡incluso aunque me endosen una orden de incorporación a filas!

Mientras se lo decía, le acarició la mano con su tremenda zarpa. Nada hace mayor bien que ser complaciente hacia una persona por la que sientes aprecio. Maggie se recostó satisfecha en el asiento. Su vecina ya había ido a parar encima del regazo de su pareja de baile. Maggie no quiso estorbar y se puso a mirar a la gente que bailaba. Se había volatilizado su depresión. Cuando volvió a dirigir la vista a su vecina, no pudo menos que echarse a reír; ¡la chica estaba sentada sobre las rodillas de su admirador con una mirada muy melancólica de amor y de cerveza! ¡Maggie habría podido ponerse a cantar de placer! Un hombre joven se acercó a la mesa y preguntó a Maggie si quería bailar con él. Maggie le dio las gracias, pero quería bailar esa noche únicamente con Richard. El jovencito, mitad por inseguridad y mitad por enojo, hizo un comentario ordinario y volvió a irse.

Aunque se asustó mucho, Maggie no se movió. Richard se había acercado a ella por detrás y le había pasado el brazo por los hombros.

—¿Te estás durmiendo? —preguntó él.

—Estoy pensando en vosotros.

—¿Y qué piensas?

—En lo tontas que son estas sillas... no me gusta nada que estemos sentados uno al lado del otro...

—Bueno, entonces voy a darme la vuelta —dijo Richard, y se sentó encima de la mesa frente a Maggie.

—Esto es divertido —rio Maggie.

—Bueno, ¿y qué pensabas?

—¡Me sorprende que no penséis!

—¿Y qué quieres que pensemos, dime?

—En... en mi tierra... quiero decir, allí de donde soy, los hombres piensan sobre las chicas con las que bailan: ¿qué oficio tendrá su padre? ¿Tendrá hermanos? ¿Tendrá dinero? ¿Cómo es su vestido? ¿Es guapa? ¿Más guapa que las demás...?

—Yo también veo que tienes un pecho hermoso...

Maggie se puso colorada.

—Tal vez lo hayas visto... pero...

—¿Qué saco yo con saber que el padre de una chica es capataz de la construcción o que el padre de otra trabaja en el ayuntamiento?

—¿Por qué te gusto?

Richard inclinó la cabeza sobre Maggie.

—Porque estoy loco por ti...

—¿Cómo es mi carácter?

Richard se echó hacia atrás de nuevo y apoyó la cara en ambas manos.

—Vaya preguntas que haces —dijo—, con ellas consigues que uno se ponga muy serio... ¿Cómo vas a ser? Pues como todas las mujeres, queriendo tener siempre la razón, celosas... no sé... distinta de las chicas que conozco, pero también es que tú eres de otro barrio. Pero me gustas mucho... Además he oído hablar bien de ti... ¿Seguimos bailando?

—No... todavía no... ¿qué cosas has oído?

—¡Dicen que le diste muy bien para el pelo a ese Thiele, el viejo pez gordo!

—¿Y eso te gustó?

—Si les desmontas a esos su chiringuito, claro que me río, por supuesto... para eso sois muy buenos... No tenéis disciplina ninguna...

—A los tuyos no podría darles para el pelo...

—Estarías por los aires antes de que te hubieras levantado...

—Vaya, ¿es que vosotros los miembros sois tan solo ganado para el voto?

Los músicos dieron un toque. El dueño se colocó en mitad de la pista y anunció que el cierre ese día, excepcionalmente, se prolongaba una hora más. De nuevo otro toque brioso por parte de los instrumentos de viento, pero apenas se escuchó por el ruido de los aplausos y del griterío en todas las

mesas.

—Vamos —exclamó Richard.

Maggie se levantó para seguirlo a la pista de baile. Su vaso estaba todavía lleno y bebió un trago de cerveza. Le encontró un gusto amargo. Maggie dio otro trago. De pronto vio los ojos de toda la mesa dirigidos a ella. Dejó de inmediato el vaso en la mesa de nuevo y tomó el de su vecina.

—Le habéis echado aguardiente —dijo. Las chicas se llevaron las manos a la boca y se rieron a carcajadas.

Maggie bebió del otro vaso y sabía igual.

—Vaya, vaya —dijo ella—, ¿hay aguardiente en todos los vasos?

Ahora fueron los hombres los que no pudieron mantenerse apenas en sus asientos por las risas. Sus carcajadas eran casi relinchos. Tan solo Richard contempló la escena sin reírse.

—Déjalos —dijo a Maggie, y se la llevó de allí. Fue con ella a la barra, pagó una cerveza fría, y cuando Maggie hubo bebido un poco, se bebió el resto de un trago. A continuación se pusieron a bailar.

—Maxe —dijo Richard a un músico—, llevas toda la semana con la misma cantinela, hoy podrías tocar algo fino, ¿no?

El músico se levantó y siguió a los dos al tiempo que le daba al violín con la mayor dulzura que sabía darle.

—Así está bien —susurró Richard.

Cuando el baile terminó, hizo girar la mano de Maggie por la muñeca con tal intensidad que Maggie giró como una peonza sobre sí misma y fue a caer a los brazos de él, que tenía extendidos. Toda la sala aplaudió.

—Eso ha estado muy bien —dijo Maggie riendo y poniéndose de nuevo derecha.

—¿Te gusta cuando aplaude la gente?

—¡Tonto! ¿No sabes lo que le gusta a una mujer?

—¿Tienes que tener siempre la última palabra?

—¡Tú no me dejas tener la primera!

—Vamos fuera —dijo Richard.

Maggie miró hacia la puerta que conducía al parque. «Ahora querrá besarme», pensó, y lo siguió. Bajo un árbol había una pareja enlazada como dos glicinias. Maggie llegó a ver la escena solo un instante, pues Richard la

atrajo hacia él, la apretó contra su cuerpo y la besó con una pasión tal que ella perdió el sentido. De pronto percibió la mano de él en su cuerpo. Se asustó y se enfadó.

—Aquí no... aquí no... —susurró ella.

—Sí...

«Es un burro —pensó ella—, se roba lo que podría tener regalado... qué tonto... pero cómo sabe besar... Qué hermosa es la música a pesar de llegar tan flojita a través de la puerta... y ese cielo amarillo de Berlín que una no contempla nunca... Qué bonito... qué increíblemente bonito...».

Una semana después, Maggie le estaba pasando a Duval dos periódicos franceses cuando de repente se colocó alguien detrás de ella. Se dio la vuelta y vio que un tornero, una persona pálida, de pocas palabras, que aparecía a menudo por el almacén, había entrado en la sala.

—¿Qué desea? —preguntó Maggie tapando un periódico que estaba encima de la mesa.

El espía de la empresa le dirigió una sonrisa.

—Bueno, bueno —dijo a continuación a Duval, que tenía la mirada desconfiada clavada en él—, ¿te has dejado hacer prisionero, franchute, para que la guerra se acabe para ti?

Duval no entendió y miró a Maggie.

—Dice... —dijo Maggie traduciendo lo que el espía le había preguntado. En la última frase se dio cuenta de que había cometido un error.

Duval la escuchó con calma. A continuación se giró hacia el espía y se quitó de la cabeza el viejo quepis descolorido. El hombre de treinta años tenía el cabello completamente cano.

—C'est la guerre —dijo señalando con el dedo a su cabeza. Pero el espía no le estaba prestando ya atención.

—¡Mira tú, todo lo que sabe usted! —dijo a Maggie—. ¡Es para quedarse mudo de asombro! —Y se marchó.

Dos horas más tarde detuvieron a Maggie. Dos funcionarios la maniataron y se la llevaron detenida a través de la nave de las máquinas. «Esta vez no habrá nadie que venga a verme —pensó Maggie—. Esta vez, la cosa es pero que muy grave».

Tenía miedo y sentía temor ante los policías, que la habían agarrado con

una brutalidad manifiesta.

HELMBERGER ESTABA ALMORZANDO en el restaurante El lechón negro cuando un redactor del *Berliner Tageblatt* se acercó a su mesa y le contó que por la mañana había sido condenada a tres meses de prisión la hija de su amigo del partido, la señorita Margarethe Chindler.

—Ah, ¿sabe usted? —dijo Helmberger—, eso, hoy en día, pasa en las mejores familias.

—Bueno —dijo el periodista—, los tiempos de las persecuciones a los cristianos ya pasaron... ¿Se ocupará su partido de este asunto?

—Querido amigo —respondió Helmberger dejando tenedor y cuchillo a un lado—, ¿qué cosas piensa usted? Eso no nos incumbe; además, creo saber que el señor Chindler ya no mantiene ningún tipo de relación con esa hija.

—Pero en cambio el Partido de Centro mantiene una coalición con los socialdemócratas...

—Entonces sabe usted más que yo... Por cierto, ¿estuvo en el juicio?

—No... pero puedo hacer que venga el señor Sal, que trabaja con nosotros y estuvo allí.

El periodista hizo una señal con la mano a una de las mesas vecinas y una persona bajita, de pelo negro, se acercó de inmediato a ellos. El redactor hizo las presentaciones, y el señor Sal saludó con una reverencia. Helmberger lo encontró simpático. Siempre le ponía contento que no le hicieran sentir que no se hallaba entre los pesos pesados de su partido. El hombre no tenía nada que contar porque el juicio se había desarrollado a puerta cerrada. Sin embargo hablaba como si le hubieran dado cuerda.

—Una chica guapa esa Chindler —dijo—, eso tengo que decirlo, estaba pálida como este salero cuando la condujeron por el pasillo... bueno, todo eso habría sido bastante nuevo para ella. Ojalá se la pudiera entrevistar... ¡Daría para un buen artículo en el suplemento cultural...! Una vez...

—¿Adónde la han llevado? —interrumpió Helmberger.

—Si la dejan en Berlín, estará en la prisión de mujeres de la calle Niederbarnim.

—¿Pondrán la noticia en grandes titulares?

—En absoluto —dijo el redactor.

—¡Muy amable por su parte! —dijo Helmberger.

—¿Quiere que encima le suministremos más leña a los de la Liga Pangermánica?

—¿Qué se dice entre ustedes sobre las perspectivas de nuestro nuevo canciller por la gracia de Dios, el señor Michaelis?

El redactor se acercó más a Helmberger. Era su viejo método, engatusar a los diputados con novedades para que le dieran noticias a cambio. El lechón negro era caro, pero salía a cuenta.

Ya en el mes de marzo de 1917 el Partido Socialdemócrata Independiente había presentado en el Reichstag una resolución en la que exigía una paz blanca, sin anexiones, y la introducción del sistema parlamentario, es decir, el derecho del pueblo no solo a morir, sino a poder gobernarse por sí mismo. Los ministros ya no deberían legislar sobre la panza del pueblo, de arriba abajo, sino ser responsables de los alemanes adultos. Esta moción no solo estaba respaldada por la mayoría socialdemócrata sino también (sorprendentemente) por los liberales. Por fin las circunstancias habían despertado a una parte de la burguesía. Esta constelación condujo a la caída del actual canciller del Reich, Von Bethmann Hollweg. Sin embargo, mientras que el parlamento celebraba con júbilo la caída de ese hombre liquidado por todos, intervenía el Mando Supremo del Ejército que en realidad había hecho caer al canciller. Antes de que alguien se diera cuenta en el Reichstag de lo que estaba sucediendo, el káiser, a propuesta de los generales, había nombrado a un nuevo canciller, a un tal Michaelis. Según sus propias palabras, este burgués de sesenta años de edad, hasta entonces «un simple lector de periódicos, había corrido junto al carro de la gran política».

El señor Michaelis no llevaba siquiera veinticuatro horas en el cargo cuando ofreció un espectáculo a los círculos iniciados que verdaderamente no tenía parangón. Con una de sus dos orejas deformes escuchaba a los representantes de la mayoría parlamentaria que le expusieron su deseo de paz; con la otra estaba al acecho de lo que decían los generales. «Tenemos que

hacer las paces —le explicó el portavoz de los partidos de la mayoría parlamentaria, el demócrata suabo Haußmann— mientras seamos todavía fuertes, pues las negociaciones llevarán mucho tiempo, y quien no sea militarmente fuerte antes de su conclusión estará perdido. Ahora somos todavía militarmente fuertes, pero eso durará a lo sumo un año. Por ello ha llegado el momento de sentarse a negociar».

Michaelis escuchó atentamente. A continuación vinieron los generales y declararon que cualquier perorata sobre la paz era inasumible. Michaelis asintió. De esta manera llegó el 19 de julio de 1917, día en que el nuevo canciller se pronunció en el Reichstag sobre la voluntad de paz del pueblo alemán con el apéndice: «tal como yo la interpreto».

—¿Qué opina usted? —preguntó Helmberger al redactor—. ¿Cuánto tiempo podrá durar algo como ese Michaelis?

—Mire usted —respondió el periodista—, este año desdichado nos ha traído dos nuevos adversarios: los estadounidenses y nuestro propio Mando Supremo del Ejército. El pueblo quiere la paz...

—Que Dios provea —dijo Helmberger.

—Pero los de la Liga Pangermánica y los generales quieren la «paz con victoria», es decir, una victoria que es imposible. Así que el generalato está obligado, en mitad de la guerra, a luchar además contra el propio pueblo. Y eso va a hacerlo con todas sus fuerzas, pues esos señores tienen mucho más que perder que esta guerra...

—¿El qué?

—¡Sus privilegios!

Cuando el redactor se hubo ido, Helmberger pidió que le trajeran los horarios de los trenes. Mientras se lavaba los dientes, encontró un tren y decidió regresar a Múnich vía Neustadt y hacer una visita a su viejo amigo Chindler.

EN EL ANDÉN de Neustadt lo estaba esperando Leopold Chindler, a quien su madre había encargado que fuera a recoger al señor Helmberger.

—¿Cómo están las cosas en casa? —preguntó Helmberger—. ¡Vaya estirón que ha dado usted!

Contempló de arriba abajo a aquel muchacho espigado que tenía un aspecto serio para su edad; tal vez lo hiciera mayor el feo color de su cara.

—Papá está muy enfermo —dijo Leopold.

—Entonces he llegado en el momento oportuno. ¿Le ha afectado mucho el asunto de su hermana?

—Tiene una intoxicación alimentaria... De Maggie no se habla para nada.

—¿Se encuentra bien su madre?

Leopold permaneció callado. En su opinión, ya no quedaba absolutamente nadie sano en su familia, y justo ayer le había escrito a su amiga, la hija de dieciséis años de un maestro, que él estaba creciendo en una residencia de ancianos y que eso no podía denominarse adolescencia. Desde que había perdido a su hija (tal como se expresaba ella), Elisabeth Chindler vivía tan solo de la llegada del correo, es decir, de las cartas de sus hijos en las que le informaban de que seguían con vida. Theodor Chindler estaba muy irritado y a menudo se pasaba el día entero sin hablar con nadie. Lilli ya no le escribía; Vierling estaba muerto; así que el muchacho estaba completamente solo y a veces casi no era capaz de arreglárselas en la vida.

—Tiene usted un aspecto condenadamente malo —dijo Helmberger cuando ya se estaban acercando a la casa—. ¿Es que no tienen suficiente para comer?

—Ay —dijo Leopold—, si no tienen ni idea de cómo salir adelante en casa... ¿cómo van a componérselas con el contrabando?

—Parece usted amargado, joven amigo, ¿es así?

—Mi generación solo conoce una cosa, la rabia —dijo Leopold. Luego se avergonzó y se puso a caminar con más rapidez para entregar enseguida en su

destino al forastero, uno del tipo de los que «no lo entienden a uno».

La propia Elisabeth Chindler abrió la puerta de casa.

—Lo estaba esperando a usted —dijo ella entre susurros—. Venga un momento conmigo.

En el salón suplicó a Helmberger que hablara lo menos posible sobre política con su marido.

—Se está muriendo —dijo ella—, lo sé, lo conozco muy bien, el asunto con nuestra hija le corroe... Distráigalo... Es una desgracia terrible la que esa chica inexperta ha volcado sobre sus padres.

Mientras Elisabeth hablaba, Helmberger contempló a la esposa de su amigo. ¡Cómo había cambiado! El cabello se le había vuelto gris, y la cara, que ya antes siempre le había parecido a Helmberger ciertamente un poco demasiado rígida pero intacta, ahora estaba desfigurada por arrugas profundas que le prolongaban la boca a derecha e izquierda.

—Vaya usted ahora con él, está en cama, seguro que le ha oído cuando ha llamado usted al timbre... ¡Él siempre está al acecho!

Mientras subía por la escalera, Helmberger se vio a sí mismo como un médico de cabecera que va a visitar a un paciente. «Son gente muy fina», pensó al pasar junto al bello armario antiguo que se encontraba en el rellano de la primera planta.

Theodor Chindler se había sentado en la cama y tenía encendida la lámpara de su mesita de noche porque por deseo suyo se habían bajado las persianas.

—Es un puro bálsamo que por fin entre un hombre en mi habitación —dijo—. Siéntate. ¡Puedes fumar tranquilamente! ¿Qué anda haciendo Michaelis?

Helmberger, que se había estado preparando para una conversación en torno al caso de Maggie, meditó una respuesta.

—¿Hay alguna posibilidad humana de que una cosa así siga siendo canciller por más tiempo? ¡A veces no puedo ni creerlo en absoluto! —dijo Chindler.

—Sigue invitando a tomar el té a los diputados de derecha y de izquierda, y a eso es a lo que llaman «parlamentarismo» en nuestro país —dijo Helmberger.

—¿Qué se dice en Berlín del hecho de que haya torpedeado la resolución de paz con la frase «tal como yo la interpreto»?

—¿Has oído hablar de su carta al príncipe heredero?

Chindler arrojó al suelo una almohada que le estaba apretando.

—Pero si estoy enfermo, tumbado en este agujero, ¿cómo quieres que oiga nada?

—Bien, ¡pues oye bien! —Helmberger se acercó más a la lámpara y extrajo una nota de su cartera—. Berlín, 25 de julio. ¡Su más excelsa Alteza, príncipe heredero de la corona! ¡Príncipe heredero de la corona y señor nuestro! Llevo diez días en el cargo...

—... caramba, lo rápido que ha aprendido a arrastrarse...

—... ya sabía hacerlo de antes... Sigo: y como es natural, todavía no puedo emitir un juicio concluyente ni tampoco informar definitivamente sobre el cese de la crisis...

—¿Qué crisis?

—... de la crisis por la existencia del peligro de que el pueblo pueda imponer su deseo de paz. La célebre resolución de paz fue aceptada en el Reichstag con 212 votos a favor y 126 en contra. Sin embargo, gracias a mi interpretación de la misma, le he arrebatado la mayor parte de su peligrosidad. Finalmente, con esa resolución puede hacerse la paz que uno quiera.

Chindler gimió.

—¡Vaya cartita! —dijo—. ¡Así interpreta el funcionario máximo del Reich su propio discurso!

—Ya ves, los señores no quieren ninguna paz.

—¿Qué tal es ese Hindenburg? He oído que se ha dignado a echaros una manita.

—Por fuera es aceptable. Cuando habla, sus rasgos son más finos, sus ojos más profundos y grandes que en la mayoría de las fotos.

—¿Y por lo demás?

—Igual que su programa.

—¿Cómo es eso?

—Se han construido cuarenta nuevos altos hornos, pero no se los puede poner en funcionamiento porque no hay suficientes ferrocarriles para proveerlos de hierro y minerales. Se encargaron 3.000 unidades mensuales de artillería de campaña y posteriormente se constató que apenas se necesitaba la cuarta parte. Sin embargo, los encargos siguen en pie y se genera tres veces

más de lo que se necesita.

—¿Y quién paga todo eso?

—La guerra está costando hasta el momento cuarenta mil millones.

—No entiendo eso —dijo Chindler—, ¡tales cifras no las entiendo!

—¿Posees empréstitos de guerra?

—¡Tres cuartas partes de mi fortuna! ¿Y tú?

—Me he comprado una granja.

—¡Siempre fuiste un perro calculador!

—Oh, no —dijo Helmberger—, incluso yo fui en su día un jovencito con el pelo rizado. Pero desde hace algún tiempo ya no juego más. Yo no puedo cambiar nuestras circunstancias, pero ello no implica que me vaya a dejar hundir a la vista de todo. Yo no quería esta guerra.

Chindler se encendió un cigarrillo y volvió a recostarse en las almohadas.

—¿Qué dices tú realmente acerca de mi hija?

—¿Te has puesto enfermo por ella?

—Ahí se ve a los amigos que uno tiene. No tienes ni idea de lo que me sucede. Me he estropeado el estómago.

—Algún día acabará esta guerra, y eso significa que alguna vez llegará el SPD al poder. De ello se deduce que tu hija está en lo cierto a pesar de que, por el momento, permanezca en un catre a la sombra...

—¿Opinas que llegará a ser ministra?

—Sigamos con los pies en la tierra. Quiero decir que vendrán tiempos en los que el padre de esta hija podría no tenerlo tan complicado como algún que otro hombre.

—No sabes lo que dices, Helmberger. Eres una de las pocas personas decentes que me he encontrado en mi vida, pero como por dentro reniegas igual que yo de nuestras circunstancias, no dices más que vulgaridades. Yo no estoy especulando con mi hija.

—Digo lo que pienso.

Chindler se bajó de la cama de un salto, se calzó las pantuflas y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación. Las piernas flacas con el vello negro y la barriga algo abombada, que el pijama destacaba aún más, no eran ninguna visión hermosa.

—¿Te pasa a ti también lo mismo que a mí? —dijo pasándose las manos

por el pelo erizado por haber estado acostado—. Siempre que estoy enfermo, especialmente cuando tengo fiebre, tengo momentos en los que soy mejor y... disculpa la expresión... me siento más grande que habitualmente. En estos días he reflexionado mucho acerca de Maggie. Lo del socialismo es horroroso, por supuesto... son todos unos ateos, y eso no va conmigo, pero el método... la valentía... ¿cómo te diría...? ¿Quién de nosotros va a la cárcel por ir contra el gobierno?

—¡Yo no!

—Yo, tampoco, pero eso, tal como somos, nos incapacita. Mis dos hijos llevan ya cuatro años combatiendo, mi hija está en la cárcel... ¿y yo...? ¡El pueblo no nos respeta... Helmberger! Vaya asunto este, el de nuestro pueblo, en general con las masas modernas... Las masas son cobardes, pero quieren ver valentía porque tienen un anhelo gigantesco de valor cívico... Ahora bien, ¿qué valentía les mostramos nosotros? ¿Quién, además de la junta directiva del partido, conoce nuestras acciones...? Ay, Helmberger, siempre has llevado una vida inmoral con tus eternas mujercitas. No puedes imaginarte cómo se ama a una hija única.

—¡Yo también tengo una hija!

—Ah... bueno, entonces ya lo sabes...

—Pero solo tiene catorce años...

—A esa edad son magníficas... Todavía son niñas y ya parecen mujeres. Se las puede admirar pero no tocar. ¡Después es al revés! Pero a lo que íbamos, Helmberger... ¿tú entiendes a mi esposa? ¿Por qué no viaja a Berlín? ¿Por qué no va a ver a su hija?

—Tú tampoco vas...

—Así es...

Chindler se puso la bata y se sentó en un sillón.

—No puedo ir... Si hoy me pongo del lado de mi hija, me echaréis del partido...

—Hm... Sí... Tus enemigos podrían vencer la resistencia de tus amigos con ese argumento...

—Eso es lo que me corroe. Ay, ojalá pudiera hacerte sentir cómo detesto todas esas ideologías de mierda que están destruyendo nuestros últimos sentimientos decentes. ¿Entiendes ahora mi manera de razonar...? Cuando un

hombre como yo se planta y habla en favor de la paz, y viene del frente un teniente de veinte años y dice que soy un cobarde, entonces le sacudo una en la cara, sí, pero tiene razón. Si soy canciller del Reich, puedo hacer política y llevar otra vida... Esto es así en el mundo, pero cuando uno está en la oposición, tiene que conciliar ambas cosas. Entre nosotros, los políticos, siempre ocurre que los unos están en el balcón y los otros piden en la calle derrocar por fin al gobierno.

—Yo soy una persona ignorante —dijo Helmberger—, solo leo periódicos... no sé nada ni quiero saber tampoco nada... y últimamente ha demostrado ser muy bueno para mi salud.

—Ahora ya me he pronunciado y me encuentro otra vez normal del todo —se dijo Chindler a sí mismo—. Lo peor es que todo es muy aburrido, de un aburrimiento insoportable.

—¡Hombre! —exclamó Helmberger con algo de simpleza—, pero si eso es lo único que no puede negársele a nuestro tiempo, que es grande e interesante...

—Decía que era aburrido vivir siempre con la misma mujer, siempre con la misma... y yacer siempre en la misma cama... y además vuestra guerra también es aburrida... ese estúpido tiroteo, absurdo, que ya nadie quiere... ¿y el señor Michaelis que escribe semejantes cartas? ¿Acaso es interesante? ¿Es un adversario? ¡Qué palabra para una criatura semejante! Ese es un guardia nocturno rodeado de escoltas armados... ¿Te parece interesante eso? ¿Grande?

Los dos hombres se miraron a la cara. «A veces —pensó Helmberger— dice cosas que podrían hacer de uno una persona diferente... ¿Pero qué saco yo? ¿De qué sirve todo esto?».

LA CONVERSACIÓN DE los dos caballeros en el dormitorio duraba ya dos horas. Elisabeth salió del salón y se dirigió a la cocina. Friederike estaba sentada junto al fogón y probaba a hacer una receta que debía hacer sabroso el nabo, pero ya el olor que despedía la comida le dio náuseas a Elisabeth y se fue a su habitación.

La observación de Helmberger era correcta. Elisabeth había cambiado mucho, en efecto. Cuando le trajeron la noticia de la condena de Maggie, ella entendió «ejecución» en lugar de «juicio»; era ya el cuarto año de la guerra y cayó desmayada. Tuvieron que llamar al médico, que la volvió en sí, pero cuando despertó estaba callada y cansada. Telegrafieron a Friederike para que acudiera, y Elisabeth le confesó que solo tenía un deseo, el de viajar a Berlín a ver a su hija. A Friederike le pareció comprensible y correcto, y se ofreció a acompañarla en ese viaje.

Pero esa noche, mientras Elisabeth estaba acostada, insomne, hizo un balance de su vida. Hasta el comienzo de la guerra había vivido su vida según principios simples, nunca puestos en duda, y no había conocido ninguna otra reflexión que la de llevar adelante a su familia, la vida hasta lo alto, las almas hasta el cielo. Ser más inteligentes que los demás, vivir con devoción y virtuosismo, trabajar duro y con denuedo, ahorrar y hacer dinero, labrarse una carrera, casarse con mujeres buenas pero pudientes (nada de chicas pobres, como lo había sido ella misma), destacar, estos eran los principios que ella enseñaba a sus hijos. La guerra había echado todo por tierra. ¡Cuántos esfuerzos fueron necesarios para que subieran la empinada escalera que conducía a los puestos dirigentes de regimientos distinguidos! Y ahora Karl escribía cartas cínicas en las que decía que cuando regresara de la guerra se iría de Europa para no volver jamás y que se haría labrador en Australia. Ernst escribía de una manera aún más confusa y citaba a Nietzsche y a otros filósofos ateos. Últimamente mencionaba también a su esposa, pero a

Elisabeth no le habrían hecho falta esas cartas para convencerse de que era una marioneta en las manos de Lilli, que pasaría, invencible, por encima de él y de su felicidad. ¿Y Maggie?

Elisabeth profirió un gemido al tener que reconocer sin duda que era ya una mujer mayor que no podía ayudar a nadie y cuya ayuda tampoco reclamaba ninguno de sus hijos. «No quieren nada de mí —pensó—, prefieren el veneno de sus enemigos al amor de su madre».

Ahora tan solo le quedaba Theodor, su marido, que estaba desmoronándose a ojos vista, roído por el pesimismo, la cólera y la desesperación. Iba de un lado a otro, como un lobo en una jaula, amargado y afligido entre los barrotes de su ideología, con la que ya no sabía qué hacer. Elisabeth lo veía bien claro. Hacía semanas que él no iba a la iglesia.

Decidió no viajar a Berlín. Su primerísimo deber era permanecer junto a su marido, ayudarlo y cuidarlo en cuerpo y alma. Maggie tenía que sacrificarse por ese deber.

La visita de Helmberger no le había gustado mucho. Theodor le contó una vez que Helmberger vivía amancebado en secreto. Desde entonces dejó de tenerle aprecio.

¿No se acababa de cerrar de golpe una puerta? Elisabeth se puso al acecho. A continuación no aguantó más y subió al dormitorio de su marido. El diputado estaba sentado en el sillón, a solas. Helmberger se había ido silenciosamente, sin despedirse de la señora Chindler.

—Te vas a resfriar, Theo —dijo Elisabeth al ver al catedrático en camisa sentado en el sillón—, tienes que meterte en la cama o vestirte.

—Yo no tengo que hacer nada.

«¿De qué habrá hablado con Helmberger?», pensó Elisabeth. A continuación dijo:

—¿No te vas a acostar para el almuerzo?

El diputado se levantó.

—¿Vas a viajar a Berlín a ver a Maggie? —preguntó él.

Elisabeth acababa de agarrar la vieja manta verde para tapar a Theodor; ahora se quedó como petrificada. ¿De qué se había hablado en esa habitación? Miró a su marido a la cara, pero este le devolvió la mirada. «Helmberger lo ha debilitado —pensó Elisabeth—, quiere que vaya a Berlín... está cediendo,

está renegando de su fe... es demasiado para él... todo está perdido... la familia entera está perdida... los hijos protestarán... el compromiso matrimonial de Karl... La disputa de Ernst con el general... ¡tengo que mantenerme fuerte!».

—Ya he hecho el sacrificio, Theodor —dijo ella con una calma tal que Chindler se quedó mirándola asustado—. No viajaré a Berlín.

—Dicen que Maggie estaba muy pálida cuando la llevaron a juicio —dijo él.

—La guerra está perdida, nuestra fortuna está probablemente perdida; si lo quiere Dios, puede arrebatarlos a dos hijos, lo único que nadie podrá arrebatarlos jamás es nuestro matrimonio y nuestra religión.

—¿Qué tiene que ver eso con ir a hacer una visita a Maggie?

—Es una atea, Theodor, me escribió que ya no era creyente... Tal vez su destino sea una prueba que se nos ha impuesto, a ella y a nosotros... Pero yo estoy en la verdad... es ella quien tiene que encontrar el camino de vuelta hacia mí, no tengo que ir yo a ella... Ella se ha precipitado en la noche de la falta de fe. Si me muevo de donde estoy, ella verá parpadear la última luz que brilla en sus tinieblas... e incluso aunque ya no regrese a mí... he creído durante cincuenta años y quiero morir con mi fe.

—Entonces viajaré yo...

—Soy una mujer débil... no puedo retenerte si lo que deseas es ir, pero te digo que es indigno de ti que te dejes convertir por una necia, una inmadura y una atea y también, como por desgracia me veo obligada a añadir, ¡por una inmoral!

—Exageras terriblemente... ¡Maggie no piensa ni siquiera en sueños hacer de mí un sociata!

—Tu visita reforzará su testarudez.

—Se pondrá contenta...

—No debe ponerse contenta estando como estamos nosotros sufriendo tanto.

—Tienes a todos tus hijos como una carga de conciencia... Si Maggie fuera la mitad de fanática que tú, no volveríamos a verla nunca más... Ya estoy harto de esta porquería, soy un hombre mayor, quiero tener calma, quiero tener a mis hijos, ya son lo suficientemente mayores... ¡que piensen lo que quieran!

—Bien, entonces hazte socialdemócrata...

—Eso es una imputación horrorosa. Si voy a ver a mi hija...

—El pueblo católico dirá: no ha superado la prueba. Yo no te abandonaré, pero lo que vendrá será terrible para ti... Tus amigos te dejarán, y a tu edad ya no se encuentra a ninguno... Estarás solo y sé que no soportarás la soledad...

La vieja amenaza dirigida a su existencia golpeaba a Chindler por segunda vez en mitad del corazón. Media hora antes, Helmberger le había dicho lo mismo.

—Bien, me quedo, pero si no quieres que vuelva a ver a mi hija, no quiero entonces ver a ninguna otra persona en absoluto. Así que voy a dormir solo a partir de hoy en esta habitación, y quien entre recibirá un martillazo en la cabeza.

—A tu edad ese es un derecho que puedes exigir, y un sacrificio que tengo que asumir en silencio... —dijo Elisabeth—, me mudaré al cuarto de los huéspedes.

Ese método de transigir cuando él hacía lo que se le ordenaba había enfurecido siempre a Chindler, y a la vez lo dejaba indefenso.

—Entonces sal y haz que me suban la comida. Ahora vivo aquí.

—Así se hará —dijo Elisabeth—, pero cuando estés sosegado otra vez, porque por el momento solo tenemos a una criada.

Elisabeth salió. Pisó el rellano iluminado después de haber estado en la habitación oscura y vio a Friederike subir la escalera.

—Oh, Lisita —dijo la solterona juntando las manos—, ¿estás enferma?

Elisabeth negó con la cabeza y se llevó el dedo índice a la boca.

—Ven —susurró Friederike. Mientras conducía a su cuñada con cuidado a la antigua habitación de Maggie, dirigió la mirada hacia la puerta del dormitorio del matrimonio y movió la cabeza en señal de desaprobación.

Por la tarde, Elisabeth fue a una sesión de la Asociación de Mujeres Católicas y aceptó la elección del cargo de presidenta primera que le habían ofrecido la semana anterior. Pronunció un discurso tan bonito sobre la corona de espinas que rodea a un corazón de madre que todas las mujeres lloraron y el prestigio de la familia Chindler aumentó tremendamente. «El sufrimiento da fuerzas —pensó mientras regresaba a casa—. Theodor nunca ha sufrido de verdad en su vida, por desgracia. Sus arrebatos de cólera lo han aliviado siempre en realidad».

EL 8 DE OCTUBRE Theodor Chindler viajó a Berlín y se dirigió directamente al Reichstag. En el orden del día figuraba una instancia del grupo socialdemócrata: interpelación Antrick y compañía, relativa a la propaganda a través de los mandos del ejército en favor de la política de la Liga Pangermánica. El diputado se detuvo junto a la puerta de acceso al restaurante, delante del cual trajinaban los periodistas sin descanso.

—Buenos días, caballeros —dijo Chindler—. ¿Quién está hablando en la sala?

—Dittmann, de los independientes.

«A ese lo voy a escuchar», pensó Chindler, y entró en la sala de sesiones. El diputado Dittmann estaba justamente a punto de acabar su discurso.

—Pregunto al señor secretario de Estado, Von Capelle: ¿es verdad que en la marina se han impuesto alrededor de doscientos años de prisión a marineros, y es también verdad que se han llevado a cabo varias penas de muerte, que a los marineros se les ha fusilado por manifestar sus convicciones políticas?

—Siempre ese sentimentalismo demagógico —dijo Chindler a quien tenía a su lado—. En todos los ejércitos hay castigos. ¿Qué tiene que ver eso con la política?

El canciller del Reich se levantó de su asiento y respondió que en lo que concernía a la intervención del señor Dittmann en particular, haría la réplica el secretario de Estado de la Marina, y que él solo quería expresar que su palabra tenía validez, puesto que estaba al frente de todos los partidos con completa objetividad, con la sola restricción de aquellos partidos que perseguían objetivos que amenazaban la seguridad del Estado, y el Partido de los Independientes estaba, según él, más allá de esa línea.

—¿En las trincheras también? —exclamó alguien.

A continuación se puso en pie el secretario de Estado Von Capelle.

—¡Consta en el acta —exclamó— que el agitador principal de los marineros rebeldes expuso aquí sus planes, en el parlamento, en la sala del grupo parlamentario de los Independientes, a los diputados Dittmann, Haase y Vogtherr!

A estas palabras siguió un tumulto tremendo que el secretario contempló con satisfacción. Todo el mundo clamaba por la presentación de pruebas, y por unos instantes la situación pintó muy mal para los independientes. Entonces, mediante interrupciones y respuestas apuradas de la bancada del gobierno, se puso de relieve que el secretario de Estado no estaba en condiciones de probar su afirmación. Entonces cambió repentinamente el ambiente.

—¡Compórtense, señores míos! —exclamó Chindler dirigiéndose a la bancada del gobierno—. Ya se constató hace cien años que Prusia no es un país que tiene un ejército, sino un ejército que tiene un país en el que solamente está acuartelado, por decirlo así. ¡A ese estado absurdo y contranatural ya siguió en su día un 1806!

Sin embargo, no solo se declararon en contra del ambiente de ley de excepción los socialdemócratas, por quienes habló el diputado Ebert, sino también el Partido Nacional Liberal, el Partido de Centro y el Partido Popular Progresista. Enojado, pero también algo temeroso, Von Capelle abandonó la tribuna de oradores. Al día siguiente se hizo público que Von Capelle se había sacado de la manga su afirmación difamatoria para perjudicar la imagen del partido que detestaba. La posición del gobierno quedaba quebrantada. Todo el mundo se hartó de ser gobernado con semejantes métodos. Dos semanas después Michaelis se vio obligado a renunciar a su cargo.

Al mediodía de ese día, Chindler fue al restaurante del hotel Kaiserhof para desayunar en compañía de Lilli, que lo había invitado. Cuando entró en la sala, vio a su nuera sentada en el sofá junto a Helmberger; a su derecha estaba sentado el banquero Schlappert. Alguien debía de haber contado algún chiste porque Lilli se estaba riendo de tal manera que casi tuvo que apoyarse en el hombro del banquero. Cuando Chindler estuvo ya cerca, ella se levantó y lo saludó.

—¿Sabes? —dijo ella—, tu amigo Helmberger cuenta cosas demasiado cómicas, estamos aquí enfermos de la risa.

—Yo me he limitado a hacerle recriminaciones a tu señora nuera —dijo

Helmberger—. ¿Adónde vamos a llegar si de año en año se va volviendo cada vez más bella?

Chindler saludó a Schlappert y se quedó mirando a Lilli. Estaba vestida con mucha elegancia, como siempre, pero por primera vez no la encontró tan guapa como antaño; en sus rasgos había algo de desgaste que la hacía parecer mayor.

—Pero tú —prosiguió Helmberger mirando a Chindler— vuelves a necesitar un buen medicamento. Te han subalimentado, mi mejorísimo, como dice el berlinés. Abrió su imponente cartera de documentos y sacó un salchichón de brillo rojizo.

—Cómete esto —dijo—. No es un sucedáneo de salchichón, sino pura carne de cerdo, con garantía bávara, mi querido amigo. ¿Conoce usted la bonita canción muniquesa, señora mía: «Oh, el cerdo pura sangre es expresión de admiración en jóvenes y viejos?».

Lilli no pudo menos que echarse a reír. Chindler pidió que le trajeran pan y probó el salchichón, que era excelente. A continuación preguntó a Helmberger por la situación. El banquero se acercó más a ellos. Conversaban en voz baja, pues casi todas las mesas de la sala estaban ocupadas.

—Antes estábamos hablando de eso —dijo Helmberger—. La situación está ladeada, quiero decir, está de lado, podría decirse también que anda mal, o como dicen los de Hesse: «está torcida y retorcida». Si no hubiera ninguna dama entre nosotros, diría incluso que está jo... vial la cosa. Esta guerra santa podría estar ya perdida.

—¿Se sigue aferrando Michaelis al poder?

—Ya están negociando sobre su pensión.

—Eso es lo que he oído yo también —dijo Chindler.

—¿Y quién será canciller? —preguntó el banquero.

—Si Dios oye a Erzberger, entonces lo será el príncipe Von Bülow; pero si no atiende a las súplicas de su vasallo que se aloja en el Hotel Adlon, lo será su representante en la tierra, el más hipócrita de entre los devotos, el caballero Georg von Hertling.

—Eso estaría bien —dijo el banquero.

—Hay que preguntarse para quién... —replicó Helmberger—. Además ya andan rezongando los protestantes que sería un regalo un tanto raro para la

inminente celebración del centenario de la Reforma si se nombrara canciller del Reich ahora a Von Hertling, católico y líder del Partido de Centro.

—En esta situación —dijo el banquero.

—Los católicos opinan que sería mejor dejar que fuera un protestante quien llevara las próximas negociaciones de paz.

—Todo esto es un absurdo —dijo Chindler—. Pero Hertling hace una eternidad que no está en el Reichstag. No se le conoce. ¡El parlamento lo acogerá con desconfianza y la consecuencia será que Hertling volverá a apoyarse en los generales!

EN LOS DÍAS de octubre del año 1917, todo aquel que tuviera ojos en la cara podía ver que una guerra moderna solo puede ganarse si, tal como dijo en su día el político ruso Lenin, la causa del pueblo era la causa de la nación.

De eso no se hablaba en Alemania. Guiada por un líder imperial y por un buen número de militares que cabalgaban al pueblo con espuelas y bocados, la nación había sido seducida para afrontar esa guerra que, cuanto más duraba, menos entendía. Ahora se estaba desmoronando el poder de ese liderazgo. Pero había otro nuevo. Ni la burguesía ni la clase obrera tenían la voluntad o la inteligencia para asumir por sí mismas ese liderazgo. La burguesía estaba atemorizada y se aferraba con tanta mayor intensidad a los generales cuanto más claro se iba perfilando el horror venidero de un horizonte negro. La clase obrera estaba cansada y deseaba interrumpir la guerra. Pero las cosas no funcionan así.

Desde la fundación del Reich, Michaelis era el primer canciller apoyado por el parlamento, y eso significaba, por el pueblo. Amargado, pero ya desalentado, el káiser se vio obligado a tomar la decisión de nombrar canciller a un hombre que poseyera la confianza del pueblo. Nombró a Hertling, de setenta y cuatro años de edad.

El parlamento se mostró conforme. Demasiado débil, demasiado inexperto en asuntos políticos y, sobre todas las cosas, demasiado cobarde para formar un gobierno desde su propio centro, se aceptó al presidente bávaro.

A finales de octubre una delegación se dirigió al anciano, que había llegado a Berlín, y le expuso las reclamaciones del parlamento. El conde recibió a los caballeros con cordialidad pero con distancia, y leyó con atención las reclamaciones. Exigían que presentara el proyecto de ley de derecho de voto que debía derogar el sistema de voto de las tres clases que continuaba vigente en Prusia y reclamaban mitigaciones en la aplicación del estado de sitio, una mayor comprensión por parte de la censura y otros asuntos igual de banales.

En el documento no constaba nada acerca de una modificación de la política interior ni, sobre todo, de la funesta política exterior.

El conde se declaró dispuesto.

La delegación estaba satisfecha. Cuando Chindler se encontró con Helmberger por la tarde, dijo en tono burlón:

—Somos unos necios, unos completos necios. Vamos a ver a un anciano y le presentamos reclamaciones. Él las acepta, pero no podrá cumplirlas nunca. Si ni siquiera puede cambiar mi hija como es, con sus veinte años, ¿cómo va a cambiar ese anciano que ha despreciado toda su vida al pueblo? ¡Qué inmoral es esto, qué estúpido! Como somos demasiado débiles para gobernar nosotros mismos, exigimos de un gobierno que sea como querríamos ser nosotros si fuéramos el gobierno!

Apenas el conde tomó posesión de su cargo cuando comenzaron a darse cuenta de algunas cosas en los círculos que le habían dado la bienvenida. Decidieron asegurarse y crearon a un segundo canciller, denominado vicecanciller, y acordaron que fuera Von Payer, del Partido Democrático Alemán. Este era un hombre del pueblo, un hombre mayor de 50 años también y una mosquita muerta conservadora, pero de todos modos...

Sin embargo, Hertling, que opinaba que ya había jugado bastante al parlamentarismo recibiendo a aquella delegación, no quiso. Cuando a comienzos de noviembre regresó a Berlín desde Potsdam, en donde había presentado al káiser algunos asuntos para que este estampara su firma, se supo que no había hablado con el káiser sobre el señor Payer. Entonces se enfadaron los partidos de izquierda. Ciertamente habían hecho canciller a un hombre que no era el suyo, pero exigían de ese hombre que fuera su hombre.

El Partido de Centro mostró su conformidad con los restantes partidos del bloque de la mayoría parlamentaria. Todo el mundo hablaba con indignación. Por la noche enviaron por segunda vez una delegación a la legación bávara, que debía exhortar al señor Von Hertling a que emplazara al káiser para el nombramiento del señor Payer. Esta vez el conde no recibió a los delegados. Irritado y enojado, mandó manifestar a través de su secretario que no pensaba ceder ni imponerse más compromisos, que él era el canciller y punto. Dijo además que se encontraba tan exhausto por las largas y agotadoras negociaciones que no se veía capaz, por motivos de salud, de hablar de nada

más.

La delegación se mantuvo firme y no dejó que la enviaran de vuelta a casa. Entonces apareció en el salón el anfitrión del canciller, el conde Lerchenfeld, legado bávaro.

—Señores míos —dijo con las manos en alto y dirigiéndose de uno en uno a los delegados—, hay que poner límites a las presiones ejercidas desde los partidos. Se equivocan ustedes si piensan que en nuestro país impera ahora un sistema parlamentario. Por el momento, gracias a Dios, no hemos llegado todavía a ese punto. ¡El nombramiento de ministros sigue siendo, ahora igual que antes, un derecho exclusivo de Su Majestad!

La delegación reiteró al legado lo que ya le había comunicado al secretario y se despidió. Cuando el Mando Supremo del Ejército se cercioró algunos días después de que había que gobernar con Hertling, autorizó el nombramiento de Payer, quien, acto seguido, fue hecho vicecanciller.

Una semana después, Chindler, a petición suya, fue recibido por Hertling. Entró en el antiguo y bello Palacio Radziwill, la Cancillería del Reich, situado en la calle Wilhelm, lo condujeron a la primera planta y tuvo que esperar mucho. Al cabo de una hora llegó un sirviente y lo acompañó hasta el despacho del canciller. Hertling se levantó por detrás de un gran escritorio.

Chindler se quedó sorprendido de lo claramente que se le notaba al anciano el orgullo por ese nuevo y elevado puesto. Después de que la conversación girara durante un rato en torno a cuestiones personales entre los dos hombres, que se conocían desde hacía mucho, dijo Hertling:

—Oiga usted, querido amigo, comprométase. Disipe usted esas ideas erróneas que uno pudiera hacerse acerca de mí. No me siento, de ninguna manera, como canciller de la actual mayoría en el Reichstag, compuesta por el Partido de Centro, los liberales y los socialdemócratas. Ya sabe que no considero las elecciones la voz del pueblo, ni tampoco soy de la opinión de que el pueblo sepa ver y reconocer con claridad las cosas. Y en lo que respecta a la denominada paz blanca, ¡la guerra es un asunto de los militares!

Chindler asintió con la cabeza.

No se había esperado otra cosa.

Era el hombre mayor que seguía siendo el mismo de siempre.

—En lo que respecta a los militares —dijo al cabo de unos instantes—,

estamos en el lugar adecuado para recordar a su predecesor Bismarck.

Hertling arrugó la frente. Bismarck, su viejo adversario del Kulturkampf, del combate cultural, no era que digamos alguien de quien él se acordara con agrado. De esa persona lo separaba una visión del mundo.

—Fue una actuación valiente e inteligente —dijo Chindler— cuando ese gran hombre, en el año 1866, atajó a algunos generales a quienes la guerra no parecía durarles lo suficiente ya, y actuó como un hombre de Estado cuando explicó que los pueblos no tienen que ejercer una justicia vengativa, sino que tienen que hacer política. Lea usted ese pasaje en sus memorias. Lo encuentro admirable... También a esta guerra hay que ponerle un punto final. Nuestra industria existía ya antes de la guerra, sin Bélgica ni Polonia; sabrá seguir existiendo después de la guerra también.

Hertling no le prestaba ya atención. No necesitaba que le dieran lecciones y, en concreto, no por parte de amigos del partido que no habían hecho carrera.

Chindler notó el rechazo disgustado hacia sus primeras amonestaciones, pero quiso hacer estallar una mina más.

—El pueblo católico comienza a dudar de nosotros —dijo alzando la mano—. ¡Considere que es usted el primer católico en este puesto! Las gentes corrientes se fijan en la industria y en su anexionismo, y dicen: «Esos están haciendo algo distinto a partir de nuestra guerra defensiva».

—Vaya, ¿qué dice? —dijo Hertling—. Me resulta incomprensible lo que dice mucha gente, y yo, al fin y al cabo, también hago mis comprobaciones, y creo que la fe se resentirá con la guerra. Si perdemos, que no lo quiera Dios, o si ganamos, pronto reconoceremos la necesidad de lo sucedido, y si no nosotros, sí nuestros hijos. Lo que en la actualidad parece oscuro e incomprensible se demostrará como la sabia providencia de Dios. Un pueblo, igual que una persona, requiere de depuración. Para mí es y sigue siendo la última conclusión de la verdad: *Tu nos fecisti ad te, et cor nostrum inquietum est, donec requiescat in te!*

El diputado se levantó.

Cuando entró en la habitación de su hotel, había un pequeño telegrama de color amarillo encima de la mesa en el que le comunicaban que su hijo había resultado herido de gravedad. Sintió su corazón latir irregularmente y se sentó despacio a la mesa. «Allí hacen filosofía —pensó acordándose de las

palabras del canciller—, allí se apoderan de las gargantas del pueblo y desean que se depuren los demás... Ahora está el chico con una granada en el vientre... no va a poder superarlo... tal vez ya haya muerto... estas noticias las van comunicando siempre a cuentagotas... ahora está depurado... señor canciller... ay, mi niño querido... y una persona tan bella... ay, Ernst... y pronto no habrá vivido nada... una vida en vano... nada... completamente en vano...

LILLI SE ENTERÓ de la noticia de la herida de su marido a través de su padre, que la llamó por teléfono desde Varsovia.

Se asustó en lo más profundo y sintió que solo tenía un deseo: ver de inmediato a Ernst. Mandó que le pusieran una conferencia en la centralita e intentó llamar a su padre. Pero al cabo de un rato la señorita le comunicó que por el momento no había manera de establecer una conexión telefónica con Varsovia desde Berlín. La resistencia de la distancia y de ese oscuro poder mecánico que la mantenía ya desde hacía mucho tiempo separada de su marido y que ahora, en el momento de los dolores de él y de la angustia de ella, tampoco le permitía hacer lo natural, apresurarse por ir donde estaba su marido, verlo, acariciarlo, ayudarlo, partía su dolor en dos y la destrozaba a la larga por completo.

Theodor Chindler llegó por la tarde. Cuando Lilli lo vio en el umbral, le vino a la memoria que se había olvidado por completo de él, y que su deber era consolar a ese hombre mayor que seguramente estaba sufriendo terriblemente.

—Tenemos que asumirlo —dijo el diputado, e intentó con un movimiento torpe acariciar sin apenas tocarlo el brazo de su nuera.

—Sí, papá —respondió Lilli—, creo que los médicos pueden hacer mucho hoy en día. Mi padre me ha dicho que Ernst está en un hospital militar bueno. Mañana temprano irá a verlo.

—Le escribiré para darle las gracias por su bondad —dijo el diputado. Se sentó en una silla frente a la ventana y se puso a cavilar para sus adentros. Su tren a Neustadt no partía hasta las ocho. Desde que había leído el telegrama no hacía otra cosa que esperar ese tren. Lo atormentaban la gran ciudad, la fría atmósfera artificial de las habitaciones de hotel, la terrible soledad que lo sobrecoge a uno cuando está en Berlín sin tener nada que hacer. También él, de manera similiar a Lilli, tenía la sensación de que no eran aquellos el lugar ni

el momento para mostrar tristeza. Él quería regresar a casa, a sus libros, a su habitación, a su cueva, donde lo esperaba el dolor sobre esa desgracia que le había tocado, que sería mejor que esta desesperación tosca, cargada de angustia, que lo mantenía atrapado aquí.

—¿Viajas a casa? —preguntó Lilli.

—A las ocho.

—Yo me quedo porque mi padre me va a llamar mañana aquí —dijo Lilli.

—Eso está bien decidido. Aquí estás más cerca de tu marido.

El banquero llamó por teléfono para transmitirle su cercanía.

—Es una buena persona —dijo Chindler.

—¿Sabes que tiene una finca cerca de Neustadt? —preguntó Lilli—. Quiere haceros una visita cuando vaya para allá este otoño.

—Mejor me voy a dar un paseo —dijo el diputado—. Un hombre mayor y triste seguro que no es ninguna visión sanadora para ti.

Cuando Lilli estuvo sola, sacó todas las fotografías que poseía de su marido y las contempló con mucha atención. Cuanto más tiempo miraba aquellas tomas banales, tanto peor fueron pareciéndole todas. «Si mañana no puedo ir a Varsovia... si no puedo ir a lo más tardar mañana a Varsovia...». Se puso en pie y encendió todas las luces de su habitación.

«Si no puedo ir a lo más tardar mañana a Varsovia —pensó ella por tercera vez, pero esta vez no consiguió interrumpir la frase como la vez precedente y reprimir su conclusión—, entonces seguiré olvidándolo aún más, como ya casi lo he olvidado a medias, pues... soy incapaz de sentir en la distancia —dijo en voz alta ahora—, no puedo, no soy capaz, no puedo cambiar». Lloró un poco. A continuación se mudó de ropa con calma y, tomándose mucho tiempo, bajó al gran comedor para estar entre personas y oír algo de música.

LIBRO SEXTO

CUANDO EL AUTOMÓVIL verde se detuvo ante la prisión, Maggie pensó durante unos instantes en saltar y escapar.

Tres meses de cárcel... eso no había quien lo aguantara. El miedo, el horror y el espanto tenían en ahogo a la muchacha. Pero ahora ya se había cerrado tras ella el pesado portón de hierro.

—Deposite todo lo que lleve consigo en esta mesa —dijo una guardiana robusta con el pelo rubio pajizo—, su bolso de mano, el dinero, el espejo y demás... Por cierto, voy a decirle ya ahora que su pelo en esta casa no debe colgar con tanto desorden en la cara... Grábese lo bien en la memoria cuando se vista mañana por la mañana temprano... ¿Me ha oído?

El uniforme penitenciario consistía en una camisa que llegaba hasta los pies y que era dura como una tabla, una combinación, chaqueta, falda, medias y pantuflas de fieltro. Todas las prendas eran de color gris, todas eran duras y todas de una talla demasiado grande. Después de la entrega del uniforme, Maggie tuvo que seguir a una guardiana, que abrió una celda al final de un pasillo largo y vacío.

—¿Está usted aquí por delito contra la moral? —preguntó la funcionaria cuando Maggie titubeó para entrar en la celda.

Maggie se quedó petrificada de la indignación.

—¿No prefiere mirar el documento primero antes de formular semejantes preguntas? —dijo ella. La guardiana leyó el papel sin entender.

—Condenada a tres meses de prisión por transgresión del parágrafo 37b de la ley sobre el estado de excepción. ¿No va a responderme mejor tal vez? —dijo guardándose la nota en su delantal.

—Le di periódicos franceses a un trabajador extranjero —dijo Maggie.

—¿Es usted trabajadora?

Maggie lo pensó unos instantes.

—Sí.

Luego se quedó sola. Por la tarde la guardiana llevó a una presa a la celda de Maggie. Traía papel y cola para pegar bolsas.

—Deje que le explique lo necesario —dijo la guardiana, y volvió a cerrar con llave.

La presa se presentó como Else y examinó a Maggie de arriba abajo.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó al cabo de un rato. Maggie, satisfecha, incluso feliz de tener a su lado de nuevo a una persona, a una persona de verdad que habla y escucha, le contó la historia con Duval. La chica echó hacia delante los labios y dijo que eso le parecía una bobada.

—¿Qué es lo que ha hecho usted? —preguntó Maggie algo desconcertada.

La presa, una prostituta de la plaza Alexander, tenía que cumplir una pena por complicidad en robo. Su novio la había hecho esperar en el automóvil parado en la calle mientras él mangaba en un almacén unas cuantas pacas de tela. Lo pillaron en la acción. Else contaba su mala suerte en tono aburrido y como si se tratara de una cuestión menor, sin importancia, para luego ponerse a charlar detalladamente sobre su oficio.

—Me robaron las botas —dijo ella después de ilustrar con pelos y señales sus éxitos rotundos con los hombres—, un trabajo a medida hasta por encima de las rodillas, una piel de cabrito de primera clase, pero no pudieron rebanarme las piernas... ni tampoco pueden hacerme mal... mira... Se bajó las medias y dejó ver a Maggie dos piernas de impecable esbeltez. Al mismo tiempo se sorprendió como siempre tanto con la visión de su propia belleza que se acarició con ambas manos las pantorrillas, en silencio y con alegría. Maggie miró a la chica. Su cara era mona aunque demasiado pequeña. Sin embargo, esa cabecita estaba encajada en una nuca inmensa, lo cual producía una impresión desagradable. «¿Esto es lo que les gusta tanto a los hombres? —pensó Maggie sorprendida—. ¿Besan a cambio de dinero?». Ella no era capaz de comprender tal cosa.

—¿Cómo son tus piernas? —preguntó la chica.

—No tan bonitas —dijo Maggie con sinceridad y un poco avergonzada.

—Enséñamelas a ver —dijo la chica.

Maggie, que estaba sentada en su catre, se alisó los faldones que le caían hasta los pies y se subió la tela por encima de las rodillas. Sin embargo, la chica se la subió más arriba y contempló, sin decir palabra, las piernas de

Maggie y los tobillos excesivamente pronunciados.

—Bueno, ahora tenemos que empezar a pegar, de lo contrario nos pondrán un castigo —dijo la chica.

—Ni pensarlo —dijo Maggie—, cuéntame algunas cosas más de ti.

La prostituta contempló a su compañera presa con asombro, pero no iba con ella persuadir o cambiar a otras personas, especialmente cuando eran lo suficientemente mayores.

—Como tú digas —dijo ella—, yo he mostrado mi buena voluntad, tú puedes confirmarlo.

Estaba a punto de comenzar a contar algo cuando volvió a abrirse la puerta y entró la guardiana.

—Bien —dijo ella a la prostituta—. Tú puedes irte.

La chica se levantó, dirigió a Maggie una mirada alentadora, sacó la lengua a espaldas de la guardiana y salió de la celda.

—Ahora ya sabe usted lo que tiene que hacer —dijo la guardiana—. Si es aplicada, podrá ganar hasta veinte céntimos al día.

—Ni pensarlo —respondió Maggie—. No voy a pegar una sola bolsa. Soy una presa política, y quiero pedirle que me traiga libros, papel y tinta.

—¿Que qué es usted? —preguntó la guardiana—. ¡En mi vida he oído esa denominación! Se lo advierto por las buenas, si no se somete usted a mis órdenes, hablaré con el inspector.

Maggie se encogió de hombros y se dio la vuelta. La guardiana se quedó mirando la celda. A continuación salió y volvió a cerrar con llave.

Cuando la guardiana vio al día siguiente que Maggie se negaba en efecto a pegar bolsas, salió de la celda sin decir palabra. Una hora más tarde regresaba en compañía del inspector. Maggie estaba sentada en el catre con los ojos clavados en la pared.

—¿No ha leído usted el reglamento interno? —preguntó la guardiana—. Cuando yo digo «atención», la presa tiene que levantarse, colocarse en la pared trasera de la celda, de cara a la puerta, y saludar.

—En mis círculos no es habitual —dijo Maggie en voz baja y con cortesía— que una dama se levante cuando entra en la habitación un caballero.

Cuando el inspector, una persona de cabello cano, delgado y miope, oyó que Maggie se describía como una «dama», se puso colorado de la ira. Ahora

bien, cuando acto seguido oyó que Maggie lo llamaba a él «caballero», se tranquilizó un poco. Se agachó y pasó el dedo índice lentamente por encima de la mesa que estaba debajo de la ventana para comprobar si se había limpiado el polvo. Maggie lo había limpiado por aburrimiento, y cuando el inspector miró el dedo pegado a sus gafas, no pudo descubrir ni una mota.

—Si la presa no ha pegado ninguna bolsa hasta mañana al mediodía —dijo a la vigilante—, se le impondrán tres días de arresto en oscuridad, a pan y agua. El castigo puede repetirse hasta que deje de infringirse el reglamento interno.

—Esto es indignante —dijo Maggie pegando un salto, pero el inspector se dio la vuelta y abandonó la celda sin decir nada más.

Al día siguiente dos guardianas fueron a buscar a Maggie, que seguía firme en su negativa, para el cumplimiento del castigo. El cuarto al que la llevaron era tan grande como la celda que acababa de dejar, pero en el centro estaba dividido por una gruesa reja de hierro que además estaba revestida de alambre, igual que el enrejado de la jaula de un animal depredador. El mobiliario de ese calabozo se componía de un cubo, una jarra de agua y un catre de madera. La diminuta ventana estaba tapada por una persiana tan gruesa que el espacio era tan oscuro como una tumba.

Cuando cerraron la puerta, Maggie se quedó sola en aquella espantosa oscuridad. Trató de dar vueltas por el calabozo, pero tan pronto chocaba contra la pared fría como contra la reja de hierro. Al cabo de un rato se tumbó en el catre de madera. Pensó en Koch... ¿estarían maltratándolo a él también de esta manera...?, en la fábrica, en Duval, en la guerra y, de pronto, en su madre. En aquella noche negra que la envolvía espesa y en silencio, donde ni siquiera podía verse las manos aunque se las pusiera ante los mismos ojos, sus manos blancas, largas, que iban palpando sus venas una y otra vez con los pulgares, con ese insoportable hilado de silencio y falta de luz en el que se iba enredando paulatinamente, además, un frío lento, Maggie recordó de pronto el viejo piano negro que estaba en la habitación de su madre, frente al cual estaba sentada esta, un poco torcida, como siempre se sentaba ante el teclado, y, como si estuviera sonando a su lado, oyó cantar a su madre la canción del postillón que tanto le gustaba a Leopold cuando era pequeño. «¿Ves los tres caballos uncidos al carro y a ese joven postillón...?». Ese recuerdo era dulce,

y Maggie suspiró cuando no quisieron venirle a la mente los versos siguientes.

Se levantó de golpe y se estremeció por el miedo a chocar con el enrejado de hierro invisible, asqueroso, grueso. «Tal vez ha pasado ya una hora — pensó—, tres por veinte son sesenta... tres por cuatro son doce... setenta y dos..., es decir, todavía quedan setenta y una horas... si no piensas como ellos te encierran así... no, no, no solo te encierran... se apartan de ti... te dejan completamente sola, completamente indefensa... con estos hierros enormes... Mil contra una... tengo que pensar... repasar francés... aquí te puedes volver loca si te dejas ir... ¡loca toda tu vida!».

Maggie se apercibió de la llegada de la noche en el mundo del que la habían excluido porque vino alguien y renovó el agua de su jarra. Quiso decir algo, pero demasiado orgullosa como para permitirles a esas marionetas amargadas, las guardianas, que no le respondieran, igual que a una niña maleducada, prefirió permanecer en silencio.

Debió de dormir tal vez. En cualquier caso, sintió como si se hubiera despertado. La oscuridad era impenetrable, no había cambiado ningún matiz, ni el más mínimo siquiera, inflexible, repugnante, implacable, insensible, estúpida, inhumana como esas guardianas. Lo único novedoso era el frío, un frío mordiente que parecía ir a peor a cada minuto que pasaba. «Esto no hay quien lo pueda aguantar —pensó Maggie—, esto no hay quien lo pueda aguantar», repitió, y se estremeció de tal modo con el sonido hueco, completamente transformado, de su voz que le comenzaron a castañetear los dientes. Sus nervios estaban al límite.

Se puso en pie de un salto y se arrojó con tal fuerza contra el enrejado invisible que oyó chocar la carne. Pero el metal era duro e insensible. Maggie se dio la vuelta, pateó contra la pared y gritó muy fuerte y muy largo pidiendo socorro hasta que el corazón le empezó a sonar desbocado. «Tal vez estalle», pensó, y siguió gritando, pero sus fuerzas iban cediendo hasta que tan solo resollaba y se contraía y, finalmente, acabó desmoronándose. La tremenda agitación había puesto anticipadamente en movimiento el ciclo de su organismo femenino.

Ella percibió su sangre manando; durante unos instantes sintió al menos algo de calor, algo vivo, pero luego se volvió también fría y Maggie perdió el conocimiento.

Una guardiana oyó los gritos y se acercó a la puerta. Cuando la alborotadora pareció haberse sosegado, abrió la celda, soltó las cintas que sujetaban la falda de la desmayada, se llevó la jarra por precaución y se fue de nuevo.

El segundo día, Maggie tenía hambre después de comerse de un bocado el pequeño pedazo de pan. El tercer día ya no sentía el hambre. El cuarto la sacaron de allí. Reunió todas sus fuerzas para no tener que apoyarse en la guardiana, pero apenas podía caminar. No la condujeron a su antigua celda, sino que la trasladaron al cuarto piso del centro penitenciario, a otra sección y con otra guardiana.

—¿Pero qué es lo que ha hecho? —preguntó esta mirando los ojos de la presa extrañamente abiertos de par en par.

Maggie, conmovida por el tono de la pregunta, contó despacio la historia con Duval y el incidente de las bolsas.

—¿Es usted socialista? —preguntó la vigilante—. Entonces conocerá seguramente a Rosa Luxemburg, ¿verdad?

—No la conozco porque también está presa —dijo Maggie—, pero mi pareja la conoce bien.

—La tuve en mi sección a mi cargo —dijo la guardiana—, una dama de verdad. Cuando yo tenía guardia nocturna, la veía que no descansaba hasta que no le retiraba su té y sus pastas, pues no toleraba la comida de aquí y recibía su alimento de fuera. Era tan tierna, tan delicada... Se le permitía tener la luz encendida más tiempo porque no podía dormir para nada. Sí, era toda una señora, una señora fina, todas la admirábamos en secreto... Lo entendía todo... bueno... Así que dice que su pareja la conoció... ¿está usted casada?

—Todavía no...

—Ah, eso no es de mi incumbencia —le interrumpió la guardiana—. En estos tiempos... no sé cómo decírselo... Oiga usted... sea razonable ahora... pegue diez bolsas al día... y de todo lo demás ya me ocupo yo... También le procuraré libros.

—¿Me dejaría un espejo un momento? —preguntó Maggie.

—No me está permitido —dijo la guardiana, y le tendió a Maggie un espejito que se sacó de las enaguas.

Maggie se contempló en él. Estaba pálida y tenía los labios abultados y

agrietados; al menos ese peinado nuevo, por llamarlo de algún modo, no le quedaba tan mal.

SIN EMBARGO, MAGGIE no solo había cambiado mucho por fuera sino también por dentro, y Caspar Koch se dio cuenta a primera vista.

Maggie fue puesta en libertad el 22 de enero de 1918. Como la habían ingresado en prisión a la una y media, no pudo salir hasta la una y media. Así que pegó algunas bolsas más y así se pasó la mañana. Se despidió de las presas que había conocido, especialmente de una trabajadora mayor que había sido condenada a cinco meses de cárcel por vender sus cartillas de racionamiento del pan para poder comprar un abrigo de invierno a su hija de cuatro años.

—Bueno, ahora es usted de nuevo una persona libre —dijo la guardiana—. Ahora puedo estrecharle la mano, siempre que usted quiera, claro.

—No la olvidaré nunca —dijo Maggie.

—Me olvidará —dijo la guardiana—. Pero no importa. Por eso le tengo a usted un verdadero cariño.

Cuando Maggie pisó la calle, Caspar Koch se encontraba bajo una farola. Ella lo vio enseguida, pero en ese mismo instante vio que a su lado había una chica con un gorro de piel y que Koch estaba agarrado de su brazo.

«Así que esto también se acabó —pensó Maggie, que se dio la vuelta para salir corriendo de allí. Pero no pudo dar ni un paso, las piernas no hacían más que temblar sin moverse.

—¿No nos has reconocido? —preguntó Koch, que había avanzado hacia ella. Tomó su cara con ambas manos y le dio un beso largo en la boca.

—Pero ¿por qué lloras, pajarito? —dijo él y la besó en los ojos—. ¿Te han maltratado tanto en ese viejo caserón?

—No, no —dijo Maggie, y se echó a reír. Mientras Koch la mantenía abrazada, ella reconoció a su acompañante. Era Gerda Riemer, la vendedora bajita de Neustadt. Con los besos de Koch se avergonzó de sus celos estúpidos, y mientras se enjugaba las lágrimas, le dio un beso también a Gerda

Riemer.

—Has cambiado mucho —dijo Koch—. Pareces una mujer... casi una madre... ¿Sabes a quién te pareces? A la Bavaria de Hildenbrandt. ¡De verdad, no te enfades conmigo, tienes el aspecto de una bella Furia!

—Al menos tus piropos siguen siendo los de siempre.

—A mí no me han hecho cambiar en absoluto los guardianes de la prisión.

Gerda Riemer había examinado a Maggie con atención. Retuvo la mano de Maggie en la suya y la acarició con los dedos.

Maggie percibió esa caricia.

—¿Sabéis por qué lloré antes? ¿Queréis que os lo diga? No reconocí a Gerda y me entró un terrible ataque de celos cuando os vi tomados del brazo. ¡Ya está... ya lo he dicho!

Gerda se asustó y retiró la mano, pero Maggie la retuvo. Koch llamó a una calesa que pasaba por allí, se subieron los tres y se pusieron en marcha.

A Koch lo pusieron en libertad el 12 de enero. El 24 de diciembre había fallecido su madre. La noticia le afectó profundamente, y después de reposar dos días en casa de Gerda Riemer, viajó a la finca en la que había vivido su madre. El conde no lo recibió, pero el cementerio estaba abierto a todo el mundo. Mientras contemplaba aquella mísera cruz que anunciaba el nombre de la difunta, «Amalie Koch, nacida el 14-12-1864; fallecida el 24-12-1917», llegó el párroco y entregó a Koch 3.000 marcos, la herencia de la difunta. Apoyado en un bastón grueso que adquirió en una tienda pequeña del pueblo, Koch viajó de vuelta a Berlín y se alojó en un hotel junto a la estación de Silesia.

MAGGIE IBA DE acá para allá intentando hacer habitable a medias las dos habitaciones contiguas del hotel en donde vivía ahora con Koch. Este estaba echado en un sofá marrón revestido de hule, como los que se ven en las salas de curas de médicos pobres del seguro.

—¿Tienes dolores? —preguntó Maggie—. Por cierto, tu boca también ha cambiado.

—Cuando quise ver la habitación de mi madre —dijo Koch colocando la mano derecha debajo de la cabeza—, el conde me mandó el recado de que no se permitía la entrada a presidiarios. Y eso es lo que me asombra: se sabe a la perfección que los métodos de lucha política de esa gente no son tanto luchar contra sus adversarios como difamarlos, no tratarnos como políticos sino como una chusma inconformista. A pesar de todo, y aunque eso se sabe a la perfección, consiguen herir. El entendimiento no es ninguna coraza.

—Esta noche —replicó Maggie— he reflexionado sobre esa misma cuestión. La oscuridad era terrible y solo Dios sabe si habría tenido fuerzas para aguantar esa tortura una segunda vez... No lo creo. Sin embargo, lo peor fue otra cosa. Lo peor fue que al tercer día la guardiana me dijo que la educación parecía fallar en mí. En ese instante habría podido clavarle un cuchillo en el cuello, tranquila y lentamente...

—No digas esas cosas...

—... tranquila y lentamente —repitió Maggie—. Sentía un odio tal contra la tabla del catre que me sentaba en el suelo pelado... Tengo que olvidar esos días, sí... olvidarlos rápidamente... Quería decir que si tienes a alguien delante, y solo porque su punto de vista es diferente del tuyo, te dice que tendrías que educarte... esa es una manifestación infame de una soberbia inhumana... es tan indecente olvidar que una persona tiene el derecho a pensar... Ay... no hablemos más de esto.

Llamaron a la puerta y entró Emil Granowski. Maggie se puso muy

contenta, y Emil vio que ella era capaz todavía de sonreír hermosamente con los ojos.

—¿Queréis que os haga la cena? —preguntó Maggie.

—Te he pedido ya tres veces —dijo Koch en un tono más irritado de lo que era necesario— que no juegues a ser la cocinera. Cuando tengamos hambre, nos vamos a una tasca. Eres mi mujer, no mi sirvienta.

—Los 3.000 marcos se acabarán pronto...

—Por supuesto, se acabarán... y entonces ya veremos qué hacemos. ¿Cómo están las cosas? —preguntó acto seguido a Granowski.

—Esta vez están bien —dijo el trabajador.

En diciembre habían comenzado en Brest-Litovsk las negociaciones de paz entre Alemania y Rusia. Por fin parecía abrirse una brecha en esa guerra absurda. Sin embargo, las negociaciones no avanzaban. Ambas partes se declaraban formalmente en contra de anexiones y en favor del derecho de autodeterminación de los pueblos, pero ambas interpretaban esas exigencias según su criterio. «Si el gobierno alemán —declaraba Trotski una y otra vez— quiere la paz y no alberga ninguna intención de conquista, tiene que demostrárselo al mundo retirándose de inmediato de los territorios rusos ocupados por sus tropas. Si no lo hace, eso significa que tiene segundas intenciones y planes de anexión». Enojado por ese argumento irrefutable, el representante del generalato alemán dio un puñetazo en la mesa y explicó a los rusos que hicieran el favor de tener en cuenta que Alemania era el país vencedor. De esta manera, Alemania renunciaba a la pose de la paz de común acuerdo. Ahora dependía de la mayoría en el Reichstag lo que debía suceder. ¿Abandonarían el Partido de Centro, el Partido Socialdemócrata y el Partido Popular Progresista la reivindicación, proclamada una y otra vez por ellos, de una paz de común acuerdo? Dejaron que las cosas siguieran su curso. La ilusión de haber vencido a Rusia los obnubiló, e hizo también lo suyo el eslogan de que no había que entregar de nuevo a los rusos los territorios de los polacos, los lituanos y los letonios, liberados por las tropas alemanas.

Fue entonces cuando se quebró por primera vez la paciencia de los trabajadores. El impresionante movimiento en Rusia los había entusiasmado. ¿No mostraba acaso cada frase de Trotski que el gobierno ruso estaba dispuesto a una paz blanca, sin anexiones ni indemnizaciones? ¿Y no mostraba

el comportamiento del general Hoffmann que el gobierno alemán estaba sabotando esa antigua reclamación del pueblo luchador y hambriento?

A mediados de enero llegaron noticias a Berlín de que en Viena y en Budapest había huelga general, el pueblo estaba harto de la guerra. Las empresas comenzaron a rebelarse, y las gentes de confianza de la oposición se reunieron en una sesión. Todavía estaban divididas las opiniones a favor o en contra de la huelga. Entonces tuvo lugar en Berlín, el 27 de enero, una asamblea de los torneros a la que todas las grandes empresas enviaron representantes. Como era habitual, en primer lugar se trataron algunas cuestiones relativas al reglamento y a continuación tomó la palabra Richard Müller, presidente de los presidentes revolucionarios de empresa. Mil quinientos hombres le prestaban atención cuando reclamó que al día siguiente, un lunes, se declarara la huelga. «Compañeros —dijo en el silencio inquietante de la asamblea—, lo que ha sucedido y sigue sucediendo en Brest no puede continuar de esa manera. Los rusos han mostrado al mundo que quieren la paz; nuestro gobierno ha sabotado esa oferta. Por eso digo que si ahora no se dan potentes manifestaciones de la voluntad de la población trabajadora, podría parecer que estamos de acuerdo con esa práctica, podría entenderse que las masas del pueblo alemán no están lo suficientemente hartas de la horrible miseria de la guerra. ¡No! Ahora ya no hay tiempo que perder. Solo puede salvarnos una paz sin anexiones ni contribuciones sobre el principio del derecho de autodeterminación de los pueblos. Ha llegado la hora, hombres del trabajo, de que alcéis vuestra voz en favor de una paz semejante. ¡Vosotros tenéis la palabra!»

Sin decir nada, los trabajadores abandonaron la sesión. Al día siguiente se declararon en huelga en Berlín 400.000 trabajadores y trabajadoras. Koch había ido con Maggie a la empresa en la que trabajaba Emil. Hacía frío y una densa niebla solo permitía reconocer algunos fragmentos de la calle.

—Esos de ahí trabajan —dijo Maggie señalando a una empresa, una fábrica pequeña que estaba al lado de la de Emil.

—Esos pequeños —replicó Koch— no saben progresar.

Cruzó la calle y se situó frente a la entrada de un mesón desde el que podía abarcar con la vista el patio de la fábrica de la empresa de Emil. Eran las nueve y no se movía nada allí.

De pronto se abrió el portón y salieron tres trabajadores a la calle, imperturbables, con el termo del café bajo el brazo. Cuando el portón quedó cerrado, se detuvieron y se encendieron sus cigarrillos.

—Bueno, tres al menos —dijo Koch.

Entonces vio a un grupo llegar por el patio y tras ese grupo a otro más. A continuación ya no se cortó la afluencia de gente. Cada vez más hombres y mujeres salían de la empresa, con calma, serenamente, algunos sonreían, otros conversaban. Koch cruzó la calle.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó a un trabajador.

—¡Vienen todos! —dijo el hombre—. ¡Todos!

—¿Qué están haciendo las demás empresas? —preguntó una trabajadora tirando de la manga a Koch.

—Todo el mundo va a la huelga —respondió Koch.

—Es para ponerse a gritar de alegría —dijo la mujer.

Por la tarde se reunieron en asamblea los representantes de los huelguistas en la sala grande de la casa sindical; eran 414 hombres. El presidente, Richard Müller, que dirigía la asamblea, expuso un informe sobre la situación y fundamentó las exigencias de los trabajadores, las cuales eran como constan a continuación: 1) Proclamación acelerada de la paz, sin anexiones ni indemnizaciones por reparaciones de guerra, sobre la base del derecho de autodeterminación de los pueblos, en correspondencia con las declaraciones formuladas por los comisionados rusos en Brest-Litovsk. 2) Presencia de representantes de los trabajadores de todos los países en las negociaciones de paz. 3) Un mayor abastecimiento de alimentos. 4) Anulación inmediata del estado de sitio. El derecho de asociación vuelve a entrar en vigor, así como el derecho de expresión libre de la opinión en la prensa y en las asambleas. Anular todas las intervenciones de la administración militar en la actividad sindical e impedir que se produzcan nuevas intervenciones. 5) Anular la militarización de las empresas. 6) Inmediata puesta en libertad de todos los condenados por actividades políticas. 7) Una radical democratización de todas las instituciones del Estado en Alemania, comenzando en primer lugar con la introducción del derecho de voto universal, igualitario, directo y secreto para todos los hombres y todas las mujeres en el parlamento de Prusia.

Koch estaba sentado en un rincón de la sala. Cuando vio que se aprobaban

esas reclamaciones, se levantó y abandonó el local. Emil salió tras él.

—¿Adónde vas?

—A pasear —respondió Koch—. ¡Vuestra huelga está perdida!

—¡Estás loco!

—Soy político.

—¡No puedes dejarnos ahora!

—Tengo el deber de reflexionar —dijo Koch, y continuó caminando.

En el centro de la ciudad imperaba la actividad cotidiana. Sin embargo, cuanto más se acercaba Koch a los distritos de la periferia, tanto más claramente vio cómo peligraba aquella situación. Allí donde solo debatían en la calle tres trabajadores, intervenía la policía y casi siempre con los sables desenvainados.

Al atardecer eran ya 500.000 los trabajadores en huelga. El gobierno se puso nervioso. Entonces se arrojó Ludendorff a la arena. El 31 de enero se decretó sobre Berlín un estado de sitio endurecido y se instituyeron tribunales extraordinarios de guerra. El órgano central de los socialdemócratas, el *Vorwärts*, fue prohibido, fueron disueltas todas las asambleas de los huelguistas y algunos oradores, como el diputado Dittmann, fueron detenidos y condenados de inmediato a cinco años de reclusión. El 1 de febrero el gobierno, al cual Ludendorff había prohibido estrictamente cualquier tipo de negociaciones con los trabajadores, mandó detener a millares de obreros. Por la tarde otros miles recibieron órdenes de incorporación a filas. Al anoecer el general al mando anunció que había puesto bajo dirección militar a siete grandes empresas berlinesas, entre ellas la AEG y la Borsig. Unos carteles exhortaban a los trabajadores de estas empresas a reincorporarse al trabajo a lo más tardar el 4 de febrero a las siete de la mañana o de lo contrario se expondrían a penas severas conforme al reglamento del estado de sitio. El 3 de febrero los presidentes revolucionarios interrumpieron la huelga.

Koch había recibido un sablazo en el muslo durante una asamblea en el parque municipal de Treptow y estaba echado en el sofá. Maggie lo cuidaba, lo cual no era fácil porque desde hacía dos días no decía ni una palabra.

Cuando una semana después pudo volver a caminar a duras penas, convocó a sus amigos a una asamblea en su domicilio.

Para su sorpresa, además de Emil y del rojo Richard, vinieron otros veinte

trabajadores más, de modo que la habitación del hotel se les quedó demasiado pequeña. Los hombres se separaron y se marcharon en pequeños grupos a una tasca que tenían a prueba de policía y de soplones.

—Tiene que haber orden —dijo Koch—. Yo recomiendo elegir a un presidente y propongo al rojo Richard, quien, al contrario de su tocayo Richard Müller, se ha distinguido en la última huelga.

—Acepto la elección —dijo Richard, y se sentó en el extremo de la mesa—. Y ya que estoy en posesión de la palabra —prosiguió—, quiero continuar hablando para decir que no entiendo ni consiento la actitud de nuestro amigo Koch, es decir, la entiendo si tengo en cuenta que Caspar, por dentro, sigue siendo un socialdemócrata. Pero tal vez ahora, como se dice en mi tierra, se le haya encendido el farol del establo, tal vez ha visto ahora que su partido también ha traicionado y reprimido esta huelga. Nosotros, los de la Liga Espartaquista, que queremos continuar en la lucha, le tendemos por última vez la mano amiga.

Algunos trabajadores aplaudieron. Koch se levantó.

—Esta huelga —dijo él— no la ha traicionado nadie, ni ha sido reprimida por ninguna persona. La habéis perdido vosotros porque todos juntos no entendéis nada de política y sois unos niños, todos juntos. De esto se desprende que todavía no habéis captado quién era vuestro adversario en esta huelga. ¿Lo era el gobierno con el que tratasteis de negociar en vano? No. Lo era el señor Ludendorff. Y eso no lo sabíais. Así que vosotros con vuestra huelga estabais perdidos en el momento en el que presentasteis aquellas siete reclamaciones descerebradas. Pues a ver, ¿qué reclamabais? Reclamabais comer más. Sí, eso es muy simpático de vuestra parte y también es comprensible, pero ya podéis reclamar lo que queráis donde no hay nada. Y es que estamos en guerra, queridos amigos míos, y la Entente mantiene el bloqueo. Reclamáis vuestras antiguas libertades de antes de la guerra, queríais tener de nuevo vuestros periódicos, pero ¿cómo se os ocurre tal cosa? ¿Sois alemanes o habitantes de la luna? Estamos en guerra, pero como no os gusta la guerra, creéis que no tenéis por qué preocuparos por ella. Esta huelga, y podéis escupirme lo que queráis, estaba perdida cuando os echasteis a las calles de Berlín y en lugar de tomar la dirección de la nación, lo cual esperaba todo el mundo de vosotros, planteasteis unas reclamaciones a la dirección de

la burguesía. Quinientos mil hombres eran vuestra fuerza y 50 millones os estaban mirando. Y entonces reclamáis el derecho de voto para mujeres y niños cuando habríais podido asumir todo el derecho de voto del planeta. ¿Qué reclamaciones podían plantearse? El señor Ludendorff, que os despachó en tres días, tiene un millón de soldados alemanes estacionados en el frente oriental. Mantiene ocupadas las provincias del Báltico. Envía tropas alemanas a Finlandia para proteger a los leñadores de allí contra los obreros rusos. Subyuga a los polacos para no dejar Varsovia en manos austríacas. Anda batiéndose en combate en Ucrania para amparar a los aristócratas cosacos. Y todo eso lo hace un hombre al que en Alemania tienen por un estratega mientras que en el frente occidental Francia, Inglaterra y los Estados Unidos de América asaltan nuestras trincheras. Por eso digo que vuestra primera reclamación habría tenido que ser la siguiente: Alemania necesita la paz en el frente oriental para ganar la guerra en el frente occidental. Si hubierais demostrado al pueblo con esa reclamación que el señor Ludendorff es un idiota, no habríais tenido que preocuparos más por el reparto de las cartillas del racionamiento. Entonces estaríais sentados en el gobierno y podríais repartir vosotros mismos según vuestro criterio. Bien, esto es lo que quería decir.

Los hombres habían escuchado en silencio.

Ninguno de ellos estaba de acuerdo con lo que había dicho Koch.

—Si quieres hacer la guerra —dijo finalmente un trabajador a Koch—, entonces hazte general. Nosotros no queremos eso. Nosotros queremos que se acabe.

—Para que se acabe son necesarios tres actores —exclamó Koch—: nuestro gobierno, la Entente y vosotros. Si no os hacéis con el poder, nunca se acabará, y si arrojáis las armas, ¡acabarán entrando en Berlín los franceses! ¿Llamáis «revolución» a eso?

—Cuando los franceses estén en Berlín, entonces se habrá acabado —dijo el trabajador.

—¡Qué asco! —dijo Koch.

—NO LOS HAS convencido, los has dejado boquiabiertos —dijo Maggie al regresar con Koch a sus habitaciones.

Koch no respondió. Se tumbó en el sofá y se quedó mirando fijamente el techo sucio que cerraba como una tapa aquella habitación de escasos dos metros de altura.

—Voy a irme de Berlín para viajar a Neustadt —dijo al cabo de un rato.

Maggie detuvo un momento el planchado y a continuación presionó aún más fuerte la plancha de hierro sobre la prenda.

—Pero tú tienes que quedarte aquí —dijo Koch.

—No —dijo Maggie—, en mi vida voy a separarme nunca más de ti.

Dobló la camisa que había planchado, puso en pie la plancha y se sentó junto a Koch en el extremo del sofá. Los dos se miraron. En la cárcel, Koch casi llegó a ponerse enfermo de nostalgia por Maggie. Soñaba todas las noches con ella, incluso de día oía a veces algunas palabras suyas, como si estuviera en su celda. Sin embargo, desde que Maggie se había mudado al hotel con él, le afligía la convivencia. Cuando ella estaba presente, él no podía reflexionar; cuando no estaba, él no hacía otra cosa que pensar en ella.

—Aquí no soy nada ni nadie —dijo él suspirando—, en Neustadt quizá pueda hacerme con la dirección del partido. Eso es lo fundamental.

—¿Y yo voy a ser una carga en esa tarea? —preguntó Maggie.

—Sí —respondió Koch distraído. Su mirada vagó por la cara de Maggie, permaneció un segundo en sus cejas y en el inicio de su hermoso pelo; entonces el yacente frunció las cejas y volvió a dirigir la vista al techo. Maggie detestaba esa mirada que le mostraba procesos en el alma de Koch de los cuales ella quedaba excluida. Siempre que se ensimismaba y la miraba sin ver, los pensamientos de él se demoraban por campos a los que ella no tenía ningún acceso.

—Estás harto de mí —dijo ella temblando—, lo sé, lo sentí ya la primera tarde del primer día, cuando llegamos a esta sucia cueva.

—No estoy harto de ti, Maggie, te amo demasiado.

—Qué palabras más estúpidas. O se ama o no se ama. Todo lo demás son excusas.

—Cuando te conocí, eras una persona independiente. Desde que vivimos aquí, te has convertido en una esposa. Has dejado de vivir y has comenzado a esperarme. Una mujer no puede cometer ningún error mayor que ese. Yo no soy ningún roble, y aunque lo fuera, no desearía que tú fueras una hiedra que se aferrara a mi alrededor.

—Debes de detestarme muchísimo, si me comparas con una hiedra, puaj, esa apestosa planta de la sombra. Te equivocas, yo también te puedo engañar cuando quiera... No tienes ni idea de cómo soy.

—Nuestros amigos no son muy discretos que digamos. Me contaron que te gustó mucho el rojo Richard.

Maggie se puso en pie de un salto y se agachó sobre el yacente.

—¿Por eso me apartas de ti?

Koch atrajo a Maggie, que se arrojó encima de él hecha un torrente de lágrimas, y cubrió de besos esa cara tan querida por él.

—Ay —dijo él—, te amo, y sé que en estos momentos no estoy en disposición de solucionar el problema del matrimonio. Yo te amo, y si tú me amaras, entonces me permitirías vivir como me viene bien a mí. Sin embargo, tú amas tu vida con la misma intensidad que a mí. Has sufrido demasiado, has abandonado demasiadas cosas. Ahora que lo has cambiado todo solo para tenerme, quieres retenerme. Es todo muy simple y mortal.

—¿Estoy obstaculizando tu camino de verdad?

—Sí, lo estás haciendo porque estás por completo en mi camino, porque has destruido el tuyo propio. Bueno, pero las cosas están así, e intentaré arreglarlo.

—No —dijo Maggie levantándose—, no, gracias, no seré ninguna carga para ti. Disculpa si lo he sido hasta ahora en contra de mi voluntad... me voy... yo... Ay, ¿por qué eres tan canalla como todos los demás...? Pero da igual... todo da igual... me voy...

—Ven —dijo Koch.

Maggie negó con la cabeza y se apartó.

—¿Quieres que me vaya ahora mismo o me espero a mañana por la mañana

temprano? —preguntó ella.

—Mañana por la mañana —dijo Koch—. Ven.

—No, me voy a dormir aquí al lado.

—Ven —dijo Koch—. No soy más que un viejo necio. Otra vez he vuelto a dar un mitin, de noche... cuando hay que besarse... ven... ¿No ves que te amo?

—Lo veo —dijo Maggie, todavía entre sollozos—, lo percibo, pero eso es justamente lo que te enfada, que me quieras... que tú...

—Sí, sí, eso es justamente lo que yo amo, que me hagas enfadar —dijo Koch.

—Primero tienes que retirar la palabra «hiedra».

«No quiere verse como es, bajo ningún concepto», pensó Koch.

—La retiro —dijo él en voz alta, y se echó a reír.

Maggie se dio la vuelta y volvió a sentarse al lado del yacente. Koch la abrazó y le quitó las lágrimas de los ojos a besos.

—En realidad tienes derecho a repudiarme —susurró Maggie, que encajó la cabeza todo lo que pudo en el hombro de él.

—No digas nada —dijo Koch—, no digas nada. Si eres una mujer que vuelve locos a los hombres, estoy perdido, completamente perdido... ¡Ah, qué lindo es ser amado... y este mundo, que no es en absoluto nada hermoso, qué hermoso es... qué hermoso! Cuando era jovencito, tenía miedo de entregarme y de pertenecer por entero a una persona. Para mí era lindo estar en los brazos de una mujer y pensar en otra mientras tanto. ¡Qué burro era yo por aquel entonces! ¿Eh? ¿Ya estás dormida? ¿No me oyes? ¿No podrías matarme un poco... o, por mí, ya del todo?

AESO DE LAS cuatro llamaron a la puerta. Maggie, que tenía un sueño ligero, se levantó, abrió y el rojo Richard entró.

—Tenéis que esconderme —dijo—. Han detenido a Emil y a mí me han enviado una orden de incorporación a filas. Pero yo no voy a ir. Chica —añadió, rodeando a Maggie con una mirada abochornada—, me sabe fatal molestaros, pero podéis encerrarme en ese armario amarillo de ahí.

Koch se despertó y pidió explicaciones.

—Está bien —dijo—, viajaremos juntos a Neustadt. Allí no te encontrará nadie.

—Que tenga yo que buscar refugio en casa de un maldito socialista del gobierno —dijo Richard riendo con los ojos.

—Sí, sí —dijo Koch—, he estado reflexionando un montón sobre vosotros, sobre la montaña de estupidez que sois. Richard, junta todo lo que te han dejado tus jefes de entendimiento en tu cerebro y dime: ¿qué es una revolución?

—¡Lo que haré cuando sea el momento!

—¿Ves como no tienes ni idea? Bien, te lo voy a decir yo: una revolución es la respuesta del pueblo a aquellos estados que se han vuelto insoportables. Tenemos que salvar a Alemania. Y quien salva a Alemania la posee. A ese le pertenece, puede conducir el carruaje si entiende de eso. Pero vosotros, señores míos, lo que queréis es tener más cartillas de racionamiento.

—Cierra el pico —dijo Richard—. Cuando uno tiene razón, se sabe sin necesidad de que se lo digan.

Tres días después Koch y Richard viajaban a Neustadt.

Richard llevaba por primera vez en su vida una corbata verde, tras rechazar una negra que Maggie le había traído. Había cambiado la cara dejándose barba y también su aspecto exterior, con un sombrero de fieltro; solo sus pequeños ojos orgullosos y maliciosos seguían brillando

indestructibles. Maggie estaba en el andén mirando arriba, hacia el vagón al que se habían subido los dos hombres. Koch supo convencerla de que todavía no era lo correcto para ella acompañarlos a Neustadt.

—Tienes que mantener los contactos de Berlín para nosotros —dijo él, y Maggie se quedó conforme. Mantener los contactos en orden, eso era una tarea y un deber.

—Cuando aparezca Emil (que se había sustraído a su detención y andaba con una orden de búsqueda y captura), nos lo envías. Gerda irá a buscarlo a la estación.

—Escríbeme al menos lo más a menudo que puedas —dijo Maggie—. Eso puedes prometérmelo, ¿de acuerdo?

—*Il n'est plus temps d'aimer, afin qu'il faut mourir!* —dijo Koch.

—Si hablas de la muerte, me tiro ahora mismo debajo de tu tren —dijo Maggie.

—No hablo de la muerte, hablo de Corneille —dijo Koch—. En tiempos como los nuestros hay que leer a buenos escritores. ¿Conoces a Corneille? ¿No? Cómprate ahora mismo todo lo que escribió y léelo. Aquí tienes veinte marcos más para libros.

Maggie quiso rechazar el billete, pero Koch dijo con tono serio:

—Esto no es dinero, son libros. Acéptalo. Y ahora vete. Sé valiente. Neustadt no está lejos. Hasta pronto, Maggie. ¡Te amo!

Cuando el tren llegó a la mañana siguiente sobre las seis a Neustadt, no pudo hacer su entrada en la estación. Los pasajeros de piel grisácea, mujeres, niños, turistas, quedaron atascados en los pasillos. Koch se bajó y caminó con Richard por las vías. La estación estaba cerrada debido a un convoy de transporte de heridos que estaba siendo descargado desde la medianoche. Koch se detuvo y contempló a dos hombres que yacían sobre las camillas bajo mantas finas. Algunos sanitarios entrados en años y una compañía de escolares llevaban a los heridos a los carros parados en el vestíbulo de la estación. «¿No es ese Leopold Chindler?», pensó Koch con la vista puesta en un chico que llevaba un traje de color azul oscuro y una gorra blanca de sanitario.

—¿Señor Chindler? —dijo acercándose al chico.

—¿Señor Koch? —respondió Leopold sorprendido—. ¿Está Maggie también con ustedes? Imagínese, justo estaba pensando ahora en ella.

—Se ha quedado en Berlín.

—Vaya, qué pena.

—¿Podría hacerme usted el favor de no contar en casa que me ha visto? —
dijo Koch.

—Así haré —dijo Leopold colocándose en un extremo de una camilla y
llevando la pesada carga a trompicones sobre las vías.

EL PADRE DE Lilli cumplió su palabra y logró enviar a su yerno Ernst Chindler a Varsovia, donde lo operaron dos veces y le salvaron la vida.

Al principio detectaron solamente el grave disparo en el vientre. Sin embargo, cuando Ernst Chindler cayó al suelo, alcanzado en los bosques de Vidze, una larga espina de una alambrada oxidada le penetró en la rodilla, y al amputarle también la pierna, con titubeos y demasiado tarde debido a la debilidad del herido, todo estaba ya supurado y no hubo manera de salvarle la articulación.

A Lilli le parecía estar en una jaula en el Kaiserhof. La distancia Berlín-Varsovia era demasiado grande para su imaginación; las cartas, escritas por una cuidadora, eran triviales y llegaban con irregularidad. Ese estado era inaguantable, y Lilli puso en movimiento a todos los contactos que tenía para poder viajar a Varsovia. No hubo manera. El sistema de Ludendorff estaba ahora tan hiperburocratizado que nadie podía desplazarse sin salvoconducto.

Finalmente viajó a Neustadt para hablar con su suegro. ¿Para qué era diputado si no?

Theodor Chindler, gracias a la influencia de su esposa, había superado su dolor por la herida.

—Con tal de que viva —dijo Elisabeth—, todo lo demás da lo mismo. Dios nos lo ha conservado. Tenemos que ser agradecidos.

—Su curación durará más que la guerra —respondió Chindler.

—Eso es lo que digo yo —opinó Elisabeth—. Ahora solo tenemos que seguir pensando en un hijo, solo en Karl.

Lilli encontró cambiada la casa de sus suegros.

—¿Habéis cambiado los muebles de sitio? —preguntó a Elisabeth cuando esta entró en el salón. Elisabeth negó con la cabeza, sorprendida.

—Entonces soy yo la que ha cambiado —dijo Lilli—. Lo único que reconocí fue la puerta en el cuarto de los huéspedes, por la que se escapó

Ernst de mí aquel día. Le tengo cariño a esa puerta. Me dijo algo que ninguna persona habría sabido decirme, pues me habló con una voz que hasta entonces había estado en silencio en mi interior. Cuanto más mayor me voy haciendo, tanto más claramente percibo que una persona necesita la ayuda de las cosas... más que la de las personas que no pueden ayudarla...

—Ahí has dicho la verdad, hija mía —respondió Elisabeth.

Lilli se enfadó por el tono y se calló. Pero al cabo de un rato volvió a hablar como si lo hiciera para sí misma.

—En el huerto de mi padre había un peral. Un día, estando yo detrás de la puerta, alguien dijo de una mujer que tenía los pechos en forma de pera. Fui al huerto y contemplé el árbol, y por la noche me contemplé a mí misma... desde entonces crecimos compitiendo... Ay, cuánto amé a ese árbol y ¿para qué... para qué lo amé? ¿Para qué se ama en general? ¿Por qué se es una mujer? ¿Por qué se es bella? Una mujer es aún más animal que un hombre.

Por la tarde habló con Theodor Chindler.

—Tienes que ayudarme —dijo Lilli al diputado—. O bien hay que traer a Ernst a Alemania o bien hay que conseguir que viaje hasta donde está.

Theodor Chindler se quedó sorprendido.

—Eso es del todo imposible, hija querida —dijo él—, ahí no te puede ayudar ni el mismo Dios. Pero la cosa ya no va a durar mucho más... Pronto lo trasladarán a su tierra y, además, la guerra ya se ha acabado para él, así que...

—Porque es un mutilado...

Esta conversación tenía lugar en la calle. Lilli acompañaba al diputado, que tenía que hacer una visita en el centro de la ciudad. Ambos habían dejado atrás el barrio de las mansiones y habían llegado a la calle Wilhelm, la calle principal, la calle de las tiendas.

—Mira qué feo es eso —dijo Chindler señalando con la punta del bastón unos grandes almacenes como los que suelen encontrarse en las provincias, una estructura baja de tres plantas, un compuesto de gótico, cristal y hierro.

—¿No adoras esta ciudad? —preguntó Lilli.

—No —dijo el diputado—. La he detestado siempre, desde el primer día, y la detestaré hasta el último.

—Yo también soy apátrida —dijo Lilli.

—Cuando acabe esta guerra —dijo Chindler—, me iré a vivir a Lugano.

Allí el catolicismo es libre y relajado, las personas caminan derechas y las iglesias son balcones sobre precipicios.

—Yo me mudaré a Berlín —dijo Lilli.

—Bueno —dijo el diputado—, ya os lo pensaréis bien. Tu marido necesitará calma y descanso.

Habían llegado al destino. Chindler se despidió y Lilli inició el regreso. El comentario de Chindler sobre Ernst le había alcanzado directamente el corazón. Se llevó la mano a la nuca mientras caminaba porque tuvo la sensación de que cargaba con su marido a sus espaldas. Cuando llegó de nuevo al barrio de las mansiones, se detuvo y contempló la casa de un rico fabricante que quedaba casi enfrente de la casa de los Chindler. Con sus ampliaciones y su tejado ondulante, tenía el aspecto de una jaula para canarios de gigantesco tamaño. ¿Es lo que quería tener ella? Por unos instantes pensó que sí, pero entonces se vio a sí misma entrar en esa casa, en una habitación en la que estaba sentado Ernst con una pierna tiesa extendida hacia delante, un oficial de baja, sin hacer nada, vegetando...

En casa se topó en la escalera con su cuñado Leopold, que la saludó de mala gana para desaparecer rápidamente en su habitación. También el chico había cambiado mucho. De día andaba de aquí para allá, pálido, de malas pulgas y con el carácter avinagrado, y por las noches se encerraba y leía en secreto los dramas de Unruh, las novelas de Leonhard Frank y de Barbusse. Como las clases en la escuela le resultaban fáciles, nadie se preocupaba por su educación, pero no había más que mirarlo un momento a la cara para darse cuenta de que estaba cargadito de preguntas y de problemas para los que él no conocía ninguna respuesta, y su joven cerebro tenía tanta necesidad de consejo y de ayuda como del pan de cada día el flaco armazón de su cuerpo. Como Ernst citaba continuamente a Nietzsche en sus últimas cartas, Lilli tomó prestado de la biblioteca de Leopold el *Zaratustra* e intentó entablar una conversación con él a través de las notas que Leopold había escrito con su letra estirada y un poco demasiado grande. Sin embargo, Leopold se echó para atrás, y Lilli lo dejó, enfadada y ofendida. Ella era todavía demasiado joven para reconocer que había vulnerado el alma de ese muchacho sensible, y por ello no olvidadizo, cuando en su día interrumpió la correspondencia con él por aburrimiento. Además, es difícil encontrar dos veces el acceso a una misma

persona.

Por la tarde apareció por sorpresa Karl Chindler y después de la cena contó la gran batalla de marzo que Ludendorff había organizado en el frente occidental. Las tropas alemanas habían arrollado las trincheras inglesas en un descomunal ataque y en pocos días habían avanzado más de sesenta kilómetros, haciendo que 90.000 ingleses cayeran prisioneros. Después, este avance fue neutralizado ante el muro de las inagotables tropas de reserva de la Entente.

—Así que, de nuevo, no se ha logrado nada —dijo el diputado.

—No puede decirse que no se haya logrado nada; hay que decir que no se ha logrado nada decisivo —dijo Karl—. Esta vez teníamos también enfrente a los portugueses —dijo Karl.

—¿También nos han declarado la guerra? —preguntó Elisabeth.

Nadie respondió y la conversación pasó a otros asuntos.

—Anoche estuve leyendo a Tácito —dijo Lilli—, qué libro más bobo. Afirma que los alemanes atribuían algo sagrado, visionario, a sus mujeres, no desdeñaban su consejo ni pasaban por alto sus avisos. No conocía ese pasaje y no pude menos que soltar una carcajada cuando lo leí. Todavía no he visto a ningún hombre al que se le hubiera ocurrido pedirnos un consejo a nosotras, las mujeres. Y desde que estalló esta guerra, todos los que no disparan son tan superfluos que lo mejor que podrían hacer es tirarse al río más próximo. Tengo la impresión de que el ser humano comienza a ser un objeto superfluo. ¿Para qué vivimos en realidad cuando este andar vegetando consiste en esperar lo que vendrá? Yo llevo esperando cuatro años... a mi marido, una victoria, una derrota, una pérdida de mi fortuna, mejores tiempos... y yo qué sé qué más...

—Está muy nerviosa —dijo Elisabeth cuando Lilli se fue del salón—. La herida de Ernst parece haberla conmocionado.

—Ella se refiere a algo más profundo —dijo Karl—, yo tampoco sé qué hacer con mi mujer. Eso lo perciben bien las mujeres.

Cuando Lilli, dos días después, regresaba a casa después de un paseo, le dieron el recado de que un tal señor Schlappert había llamado preguntando por ella para saludarla y había dicho que volvería a llamar. Lilli dedicó a la cocinera que le transmitió el recado una mirada tan penetrante que la criada se quedó asombrada en silencio. A continuación mandó que le pusieran de

inmediato una conferencia a Grünstein, la propiedad de Schlappert, y esa misma tarde se fue de viaje para allá. Elisabeth Chindler se quedó atónita cuando de repente vio que llevaban las maletas de Lilli escaleras abajo. Sin embargo, no dijo nada e incluso sosegó a su marido, que quería ponerle un veto.

—Déjala marchar, necesita una distracción que nosotros no podemos ofrecerle. ¡No puedes cambiarla... no tenemos ningún poder sobre ella!

GRÜNSTEIN QUEDA A hora y media de distancia de Neustadt en automóvil, pero apartada de la carretera general. El banquero Hermann Schlappert había comprado la finca varios años antes de la guerra y la había reformado de arriba abajo. La casa señorial era de una gran belleza. La puerta principal, enmarcada por dos altos ventanales alargados, estaba en el centro del edificio. A derecha e izquierda de este grupo central se extendían dos grupos de cuatro ventanas cada uno, adornadas con una parra cuidadosamente podada que circundaba todo el edificio. La planta superior y la planta baja de la casa, de tan solo dos plantas pero muy alargadas, estaban separadas por una cornisa lisa, rectangular; y de la misma manera que la planta baja cobraba vida con aquella preciosa puerta, la planta superior lo hacía gracias a un ventanal semicircular de generosa ondulación, situado por encima de la entrada principal, que sobresalía un tanto. Frente a la escalinata ampliada hasta la terraza comenzaba un paseo de cien metros bordeado de castaños que, cubierto de grava roja, dividía el parque en dos partes y conducía al portón de hierro ubicado al lado del garaje, los establos y la casa del portero.

El banquero no se alegró mucho de la rápida e inesperada visita de la joven señora Chindler. Quería estar a solas. Valiéndose de todo tipo de pretextos, había dejado en Berlín a su hija y a la antigua institutriz de esta, con quien Schlappert mantenía una relación desde el fallecimiento de su esposa. Ahora su insistencia por quedarse solo cobraba el aspecto de intención y de aventura. A eso de las siete de la tarde subió a su habitación en la primera planta para cambiar la vieja indumentaria de cazador que llevaba en Grünstein por un traje de etiqueta. Mientras buscaba un botón del cuello, oyó aparcar su automóvil, que él había mandado a buscar a Lilli, pero no se apresuró y no bajó al vestíbulo hasta un cuarto de hora después. Lilli había ido a su habitación. Schlappert se encendió una pipa y contempló el montón de cajas apiladas junto a la escalinata. Como consideraba que la guerra estaba perdida

y estaba convencido de que se iba a producir una revolución, había mandado que le enviaran de Berlín a Grünstein los mejores cuadros de su colección y su famosa biblioteca, y viajó después para colocar él mismo esas valiosas piezas.

Ataviada con un vestido blanco estampado de grandes flores verdes y rojas, Lilli recorrió el largo pasillo en el que se hallaban los cuartos de los huéspedes.

—¿Se muda usted o se instala aquí? —preguntó ella señalando las cajas.

Schlappert saludó a su invitada, cuyo vestido le pareció extraordinariamente hermoso, y dijo, al mismo tiempo que daba una calada a la pipa, que quería embellecer un poco Grünstein, que en Berlín ya había suficientes cuadros.

En el comedor ya había algunos cuadros desembalados arrimados a la pared. Mientras la anciana ama de llaves servía la cena despacio, Lilli apenas podía quedarse quieta en su sitio. Tan pronto como terminó la cena, se puso en pie a contemplar los cuadros. Era la primera vez en su vida que veía tan cerca obras maestras de la pintura, y no podía apartar la vista de los cuadros de Renoir, Manet y Cézanne, y especialmente de un autorretrato de Marées. El coleccionista, halagado, sonrió.

—¿Quiere usted ver más? —preguntó.

—Ay, sí —dijo Lilli—, sigamos desembalando.

Las pesadas cajas no se abrían con facilidad. Schlappert se quitó la chaqueta porque estaba sudando, pero no permitió que se acercara nadie a las cajas, sino que las fue abriendo él mismo una a una. De pronto Lilli profirió un grito de entusiasmo. Acababa de quitar el envoltorio de una buena copia contemporánea del cuadro *Alegoría sagrada* de Bellini, que estaba expuesto en Florencia. Schlappert, que llevaba en ese momento a su cuarto de trabajo una pila de libros, se detuvo y se inclinó levemente para que no se le cayeran los libros encima a Lilli, que estaba agachada.

—¡Ah! —dijo él—, ¿le gusta? Sí, es un cuadro hermoso... mire usted cómo queda enfocado el fondo... la sencillez con la que está colocado todo para que incluso los ojos de los mortales corrientes aprendan a ver... Ese es todo el mal de nuestra época, que no tiene pintores... No vemos nada porque ya no se nos muestra nada. Creo que en las trincheras solo disparan porque están ciegos.

Ojalá los seres humanos volvieran a mirar su mundo...

Se interrumpió. Lilli estaba sentada sobre los talones de sus zapatos azules, tenía las manos enlazadas a la espalda y contemplaba el lienzo. El cuadro muestra una terraza de mármol en la que hay una serie de personajes: a la derecha está Sebastián, atravesado por dos flechas. A su lado, de pie, un hombre mayor rezando. En el centro están jugando cuatro niños en torno a un arbolito que crece en una maceta ancha y ondulada. A la izquierda hay otros personajes, apóstoles y santos, y a la izquierda del todo, frente a la baranda de mármol, hay una mujer joven que mira a Sebastián con las manos juntas. Lilli contempló un buen rato a esa mujer y de pronto se le pasó por la cabeza que era casi el retrato de su cuñada Maggie. Schlappert había dejado en el suelo la pila de libros y miraba unas veces el cuadro, y otras a la mujer agachada. Le miró el cuello, la espalda, los pequeños pabellones de las orejas modelados en profusión de detalles, y de perfil, los ojos oscuros que reposaban en el cuadro. ¿Qué estaba sucediendo aquí en realidad? ¿Cómo es que estaba esa mujer en su casa y a sus pies? ¿Desde cuándo había dejado él de reflexionar? ¿Cómo había llegado a esa situación?

Se propuso esclarecer el asunto. A las once Lilli se puso en pie, le dio la mano, le deseó buenas noches y abandonó el vestíbulo. Una vez en su habitación, se arrojó vestida en la cama y meditó largamente sobre su vida. A medianoche se desvistió. Como no podía quedarse dormida, agarró un volumen de Pascal que le había dado Schlappert y comenzó a pasar las hojas del libro. Un lector anterior había dejado algunas notas entre las hojas. Lilli abrió una nota y leyó: «No hay nada justo o injusto que no cambie su naturaleza con el cambio de los puntos cardinales. Tres grados a la altura del polo derriban la gris jurisprudencia. Un meridiano decide sobre la verdad. A los pocos años de tomar posesión, cambian las leyes fundamentales. El Derecho tiene sus épocas. Una justicia bromista que delimita un río o una cordillera. La verdad, a este lado de los Pirineos; el error, al otro lado».

«¿Qué es la verdad? ¿Qué es el error, la justicia, la injusticia?», pensó Lilli. Luego se quedó dormida.

LOS DÍAS SIGUIENTES transcurrieron en apariencia con tanta indiferencia como el cielo azul nunca nublado que tenían por encima de ellos. Lilli iba por el huerto anotando en un cuadernillo los nombres de todas las plantas que no conocía. Una parte del parque lo habían transformado en tierras de cultivo de verduras a causa de la hambruna. Lilli iba de bancal en bancal y conversaba con las mujeres que trabajaban arrodilladas en tierra. Schlappert seguía ocupado en colgar sus cuadros. Subido a una escalera suntuosamente tallada, vio a través de la ventana a Lilli caminando por el huerto. Él se inclinó a un lado y corrió la cortina de tul para poder ver sin ser visto. ¡Con cuánta seguridad hablaba esa mujer con las personas de su finca! ¡Y lo bien que encajaba ella en la belleza de sus posesiones! Schlappert lo sentía así, pero de inmediato le asaltaban las dudas sobre sus sentimientos. «¿Qué es lo que quiere en realidad esa persona? —pensó—. ¿Habrá sucedido algo con su marido? ¿Cómo es que lo deja solo en el hospital militar y se viene aquí de paseo? Tengo que hablar con ella. Al fin y al cabo, esta es mi casa, no un hotel. Se bajó de la escalera e iba a salir de la sala cuando entró Lilli con un paquete de periódicos y de cartas en la mano:

—Mire usted esto —dijo ella—, ¿puede traducírmelo? Nunca logro entender las cartas que me envía mi banco. De lo único de lo que me doy cuenta es de que cada vez soy más pobre.

Schlappert agarró la carta, la leyó y preguntó a Lilli por los diferentes elementos de su fortuna. Lilli contestaba a cada pregunta de memoria y con tanta rapidez y claridad que Schlappert se quedó sorprendido.

—Dice usted que no entiende nada de operaciones bancarias y habla como un viejo apoderado —dijo él—. Yo la contrataría mañana a primera hora si no fuera usted tan bella.

—No entiendo absolutamente nada —dijo Lilli—, porque cada vez soy más pobre, y yo querría... tengo que volverme más rica por fuerza. Dentro de poco

voy a necesitar muchísimo dinero.

—Oh, señora mía —dijo Schlappert—, ha elegido usted una época equivocada. Toda Alemania está en bancarrota, y si me permite darle un consejo, escuche este: cómprese una pequeña hacienda, un trozo de tierra, quizá eso sea lo más seguro en estos tiempos.

—Eso es lo que pretendo —dijo Lilli—, pero ¿de qué voy a vivir si invierto mi dinerito en una casa y en un huerto?

—¿No gana dinero su marido? —preguntó Schlappert.

Lilli miró a Schlappert a los ojos.

—Mi marido —dijo al cabo de un rato—, mi marido... no, no puede ganar nada.

—Vaya —dijo Schlappert sonriendo—, voy a meditar sobre su caso...

—Ah, por favor, sí, medítelo bien —se apresuró a decir Lilli.

Schlappert se quedó sorprendido. «¿Querrá mi dinero? —pensó de repente—. ¿Es esta su meta? Bueno —siguió pensando—, entonces va a llevarse un buen chasco». Este pensamiento lo alegró de tal modo que se puso de muy buen humor.

Por la tarde, Lilli andaba desaparecida. Schlappert la buscó en la casa, en el jardín y en el bosque colindante y acabó regresando a casa enfadado e intranquilo. Mientras caminaba por el salón rojo, vio al fondo a Lilli sentada toda tiesa en una silla que había emplazado frente a la ventana y con la vista puesta en el campo abierto. Llevaba un vestido marrón y un collar de perlas finas. Schlappert se detuvo en el umbral. Lilli parecía no haber oído su llegada porque no se movió. Cuando era joven, Schlappert conquistó una vez a una mujer proponiéndole una apuesta; el premio consistía, en el caso de que él ganara, en poder darle tres besos donde él quisiera. Esa vieja experiencia le vino a la memoria, pero en ese mismo momento se dio cuenta de que era demasiado viejo para tales bromas, y de que la mujer sentada en la silla se hallaba muy lejos de intentos de ese tipo; era una personalidad de un tipo sublime que a él se le hacía incomprendible. Lilli se giró y sonrió.

—¿Me permite preguntarle —dijo Schlappert sentándose a su lado— qué le parece Grünstein? ¿Se siente a gusto aquí?

—Su casa es la más bonita que he visto nunca, pero...

—¿Pero?

—Me he dado cuenta —dijo Lilli entrecortadamente— de que ya no me gusta nada.

—No es ningún cumplido, tan solo hago honor a la verdad si le respondo que es usted demasiado joven para semejantes declaraciones.

—Si fuera mayor... mucho más mayor, seguramente me gustaría.

—Es mi invitada... ¿Sabe que esto dificulta mi posición frente a usted?

—¿Se refiere a que no se debe atacar a los invitados?

Schlappert pensó que el marido de esa mujer yacía en el hospital, herido de gravedad, y permaneció callado.

—Una mujer —prosiguió Lilli— es en estos tiempos un objeto superfluo si no quiere resignarse a ser un objeto.

—¿Es usted infeliz?

—No... pero sí estoy descontenta, ¡y eso es peor!

—¿Puedo ayudarla?

—¿Tiene usted algún libro en su biblioteca sobre alguna mujer que haya desempeñado algún papel en la historia de nuestro país?

—¿Es usted ambiciosa? —preguntó Schlappert sorprendido.

Lilli sonrió.

—Lo soy a mi manera. ¿Y usted? ¿Por qué no está en estos tiempos en Berlín?

A Schlappert lo dejó atónito la pregunta. Mientras buscaba una respuesta, se apercibió de que estaba pensando menos en la pregunta que en la persona que la había formulado.

—Una mujer hermosa —dijo finalmente— puede permitirse muchas cosas que a otros...

—¿Lo he ofendido a usted? —lo interrumpió Lilli.

—De ningún modo —dijo Schlappert—, pero para responder a su pregunta, que toca de lleno mi vida, yo tendría que saber quién es usted. Le confieso que me resulta usted enigmática.

El chófer entró en la sala y anunció que el coronel Von Hartlieb había aparcado su automóvil y que traía a otro caballero consigo.

—Es una pena por nuestra conversación —dijo el banquero—, pero vamos a tener a un invitado interesante esta tarde. Al menos eso es un consuelo.

Durante la cena se puso de manifiesto que el coronel conocía a Ernst

Chindler. Y así resultó que asaltó a Lilli con más preguntas sobre su marido de las que habría hecho en otra situación.

Lilli respondía con evasivas y al final solo lo hacía con monosílabos, de modo que Schlappert, que seguía la escena con sorpresa, inició otro tema.

—¿Está usted, discúlpeme por la pregunta, a malas con su marido? — preguntó a Lilli cuando estuvo casualmente a solas con ella por unos instantes después de cenar.

—Su pregunta —respondió Lilli— me resulta solo agradable, como en general me lo parecen todas las preguntas. Estoy a buenas con mi... con Chindler, pero no soy capaz de soportar que cierta gente la considere a una siempre un apéndice, parte componente de un matrimonio... Me gustaría hablar con usted al respecto, pero dígame ahora rápidamente quiénes son sus invitados.

—El coronel es un viejo amigo mío... no sé dónde está ahora activo, creo que en Berlín, en el Ministerio de la Guerra; el otro, el señor Weißling, es director general de una de nuestras más grandes fábricas de acero y vive en Bochum.

—Bueno —dijo Weißling cuando Schlappert pisó con Lilli la terraza, en donde se estaba sirviendo el café—, ¿se ha instalado usted bien cerquita de la frontera suiza!

—De aquí a Basilea —respondió Schlappert— hay todavía cinco horas de viaje en un tren expreso. De Bochum a Holanda me parece que no hay tanta distancia.

—Se lo voy a demostrar ahora mismo —dijo Weißling ofreciéndoles unos puros holandeses que eran excelentes.

A continuación hablaron de la situación en el país.

—La guerra, señores míos —dijo Schlappert después de escuchar un buen rato las explicaciones militares del coronel—, está perdida desde el 2 de mayo.

—¿Qué sucedió el 2 de mayo? —preguntó Weißling sorprendido.

—¿Creen ustedes, señores míos —dijo Schlappert—, que los hombres, que pronto van a pasar su quinto invierno en las trincheras, reconocen como representante suyo a un parlamento como el de Prusia cuando ese parlamento concede a los soldados ciertamente el derecho a morir pero rechaza el

derecho de voto después de haberse obtenido 253 votos a favor frente a 183 en contra?

—En nuestra tierra, en Bochum —dijo Weißling—, nadie se preocupa de lo que cotorrean esos en su chiringuito.

—Bochum debe de ser una ciudad rara —dijo el coronel.

—Que Dios provea —dijo Schlappert—. ¿Quiéren venir mañana conmigo temprano a dar una vuelta por nuestro pueblo y escuchar lo que la gente anda diciendo, eso de que se ha rechazado incluso la solicitud de darles al menos a quienes están participando en la guerra un poco de derecho de sufragio?

—No entiendo a esos señores —dijo Weißling—. Aquí estamos entre nosotros y podemos hablar con franqueza. ¿De qué sirve eso si ganamos la guerra y perdemos la paz?

—¿Qué quiere decir usted? —preguntó Lilli, que había estado escuchando hasta el momento en silencio.

—Voy a decírselo con exactitud, señora —dijo Weißling—. El sufragio universal, del que estos señores parecen esperar algunas cosas, no solo valdría para el parlamento prusiano, que a mí me importa bastante poco, sino también para la administración de nuestras ciudades. Eso significaría —prosiguió, poniéndose en pie con agitación— que en un futuro, o digámoslo con más claridad, que como resultado de esta guerra, en una ciudad como Bochum los diez o doce representantes que recibiríamos en el mejor de los casos tendrían enfrente a cien o incluso más socialistas en la administración de la ciudad. Así que hay que tener muy claro, señores míos, que nos serramos la rama en la que estamos posados en nuestras propias ciudades si ahora, para elevar provisionalmente el humor de los señores proletarios en las trincheras, jugamos a hacer la revolución francesa en mitad de la guerra.

Schlappert iba a decir algo, pero Lilli lo interrumpió.

—Supongamos —dijo ella— que mi marido pierde la pequeña fortuna que poseemos. Eso significa que durante la guerra él tenía ciertamente el derecho a aniquilar su existencia y su salud pero después de la guerra ya no posee ningún derecho más y tiene que quedarse mirando cómo hombres como usted producen los parlamentos que les van bien.

—Me habla usted con acritud, señora —dijo Weißling—, pero no me parece a mí que estemos aquí en una asamblea popular. Que el cielo nos

guarde de lo que acaba de ilustrarnos usted, pero ni siquiera hombres conscientes de su responsabilidad serían capaces de impedir excluir al denominado pueblo del gobierno de nuestra patria, de lo cual no entiende nada.

—Ese pueblo que sabe morir con tanta valentía...

—Todos hacemos nuestro deber... pero pienso que mejor es que cortemos este debate. Discutir es siempre dañino.

—Lo he entendido a usted —dijo Lilli—, a usted la guerra le da lo mismo, siempre y cuando nada cambie en Bochum.

—Me ha entendido usted correctamente —dijo Weißling haciendo una reverencia—, pero esta es mi última declaración en este asunto.

Schlappert quiso intervenir de nuevo, pero Lilli volvió a adelantársele por segunda vez.

—Usted no es especialmente amable ni especialmente valiente, señor director general —dijo ella.

—En mi tierra no es usual que alguien se permita en sociedad semejantes juicios sobre el carácter de los presentes —dijo Weißling.

Schlappert estaba lanzando miradas suplicantes al coronel.

—Pienso, mi querido Weißling —dijo el coronel—, que una dama, cuyo marido yace herido de gravedad en un hospital militar, posee muchos derechos en nuestra patria.

—Yo no pienso así —dijo Weißling—, pero me someto. Mi automóvil tuvo una avería. ¿Me permiten que vaya a ver si el chófer ha reparado el daño?

Se levantó, se movió nervioso girando la cabeza a derecha e izquierda, se colocó correctamente la corbata y abandonó la terraza. Schlappert lo siguió.

—Con esos hombres no hay que hablar sobre política —dijo el coronel mientras ofrecía fuego a Lilli para que se encendiera un cigarrillo—. Usted tiene sus preocupaciones, y el asunto con las administraciones municipales es ciertamente una mala historia. En lo que respecta a los parlamentos regionales, soy de su misma opinión, por entero.

—No sé lo que he dicho —dijo Lilli—. En todos los lugares a los que voy hay hombres sentados en todas partes cuyas caras parecen ser inteligentes, y se quedan agazapados. Ninguna persona está a favor del gobierno. Todos se susurran unos a otros que esto va a tener un final horrible. Sin embargo, todo

el mundo se calla. ¿Por qué son las cosas así?

Schlappert regresó a la terraza solo.

—¿Sigue enfadado nuestro amigo? —preguntó el coronel.

—Quería marcharse...

—Esos no son buenos modales —dijo el coronel—. Voy a ir a tranquilizarlo un poco.

—Me haría usted un buen favor —dijo Schlappert.

—¿Comprueba usted ahora que una mujer, en nuestro país, es un objeto superfluo? —dijo Lilli cuando se quedó a solas con el banquero.

Schlappert la miró en silencio. A continuación dijo:

—Ese hombre, o, digámoslo más correctamente, la empresa de ese hombre es una de mis mejores clientes.

—¿Le he ocasionado a usted algún perjuicio?

—Nos enteraremos ahora, cuando regrese el coronel.

—Lo siento.

—Yo no. Si yo estuviera en su lugar, diría exactamente lo mismo. Tal vez deberíamos hablar todos así.

Weißling regresó con el coronel por el jardín.

—¿Sabe usted, querido Schlappert? —exclamó Weißling ya desde lejos—, las casas viejas son en verdad magníficas. ¡Cómo realza este paseo la casa...! Es sencillamente colosal... de fábula, diría yo. Hoy en día puede darle usted un millón a un arquitecto y no obtiene esto. El cielo sabe por qué la gente ya no sabe hacer su oficio...

AESO DE LAS once todo el mundo se fue a dormir. Habían querido esperar a una tormenta que parecía levantarse, pero solo hubo relámpagos y pasó de largo. Lilli se sentó en una silla en su habitación, junto a la ventana abierta, y se puso a mirar el parque. Se había llevado una obra de Lichtenberg, pero como no sabía cuándo había vivido ese hombre y quién había sido en realidad, el libro solo le hablaba de una manera imprecisa.

Tampoco Schlappert podía dormir. El calor en su habitación se le hacía insoportable, se enfadó de que otra vez hubieran vuelto a olvidarse de cerrar a tiempo las persianas contra el sol y bajó al jardín. Como la arena y la gravilla crujían en las sendas bajo sus pies, pisó el césped y se puso a caminar de aquí para allá sin hacer ruido. La luna había salido e iluminaba el tejado de color castaño rojizo del palacio. Schlappert se detuvo y contempló su propiedad, con orgullo y ternura, como había hecho ya cientos de veces. De pronto vio a Lilli sentada junto al gran ventanal abierto de su habitación. «Todo lo que quieras —pensó Schlappert—, no soy ningún escolar, ni tampoco un jorobado... en el peor de los casos me llevaré unas calabazas... ¿Para qué estos estúpidos sentimientos de inferioridad en verdad...? Si no soy yo el hombre que puede permitirse a una mujer así, ¿quién entonces?».

Pero al mismo tiempo rondaban por su cabeza otros pensamientos, solo que una planta más baja. Aquellos tiempos eran malos y lo bastante agitados. La señorita Schröter era una amante muy comfortable, siempre y cuando no tuviera motivo para sentir celos, pero iniciar una relación con una mujer casada podía comportar las complicaciones más molestas...

Sin embargo, la ventana de Lilli lo atraía y estaba cada vez más cerca.

—¿Tampoco puede dormir usted? —dijo él en voz baja.

—Hace calor... y tampoco quiero... ¿Ha perdido usted a su cliente?

—¿La he ofendido a usted con mi comentario?

—No querría causarle ningún perjuicio... A quien menos, a usted.

Este pequeño añadido en el comentario de ella alcanzó por entero a Schlappert.

—Dígame, señora Lilli, ¿está usted jugando conmigo...?

—¿No se ha dado cuenta hasta ahora?

Schlappert examinó la altura del alféizar, realizó una flexión y saltó por encima. Lilli lo observó inmóvil. Esa inesperada exhibición gimnástica le gustó.

—¿Por qué juega conmigo? —preguntó Schlappert cuando estuvo al lado de Lilli.

—Porque me gusta usted, porque juego con todas las personas...

—Yo no...

—¿Quién fue ese Lichtenberg?

El banquero tomó el libro que le tendía Lilli y lo depositó con cuidado encima del alféizar.

—Ya le dije a usted que si no fuera mi invitada, todo sería diferente.

—¿Quiere que me vaya?

CUANDO SCHLAPPERT SE fue a su habitación al amanecer, estaba tan satisfecho y contento que tuvo que llevarse la mano a la boca en las escaleras para no ponerse a silbar o a cantar. En el baño dejó correr el agua fría en la bañera al tiempo que se contemplaba de lado en el espejo. Estuvo mirándose en el cristal un buen rato, unas veces con la cara bien cerca; otras, dando algunos pasos atrás. Se gustaba como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Después del baño se dio cuenta de que estaba cansado, se echó en su cama y durmió hasta el mediodía.

Lilli llevaba ya mucho rato en el salón rojo cuando entró él.

—Mira —dijo ella, y le dio una carta— lo que escribe mi marido, ¿puedes entender tú estas frases?

Schlappert se asustó del desenfadado tuteo y agarró la carta. El hecho de que entre las miles de cosas que serían posibles Lilli hubiera elegido ya la primera mañana hablar con él sobre su marido y que incluso le entregara de inmediato una carta de ese hombre lo aterrizó, pero él agarró la carta y se puso a leer.

—Solo los pasajes que he marcado en azul —dijo Lilli.

Schlappert los buscó y leyó: «Estoy leyendo a Nietzsche de día y de noche. “El ser humano es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho vosotros para superarlo? Lo que es grande en el ser humano es el hecho de ser un puente y no una meta: lo que puede amarse en el ser humano es el hecho de ser un paso por encima y un paso por debajo. Yo amo a aquellos que no saben vivir a no ser como los que pasan por debajo, porque ellos son los que pasan al otro lado. Amo a los grandes despreciadores porque son los grandes veneradores y las flechas de la nostalgia de la otra orilla”. Tales frases me animan y me enseñan al menos a vislumbrar muchas de las cosas que me son inconcebibles».

—Ah, ¿sabe usted? —dijo Schlappert—, ¿sabes? —se corrigió—, estas

frases las leímos todos en su momento, cuando éramos jóvenes.

—¿Me las puedes explicar? —preguntó Lilli.

—Hoy en día ya no me veo capaz —dijo Schlappert—. Ya ha pasado demasiado tiempo desde que me ocupaba de esos problemas, pero, si quieres, podemos leer por la tarde juntos un poco de Nietzsche.

—No —dijo Lilli—, no quiero entender a Nietzsche sino mi época. Querría saber cómo son los seres humanos con quienes convivo, lo que piensan, por qué actúan así, cómo actúan, por qué se hacen matar, por qué están todos tan insatisfechos y tan sumisos al mismo tiempo... Me gustaría saber muchas cosas de ti. ¿Cuál es, por ejemplo, tu posición en Berlín? ¿Qué poder tienes?

Schlappert llenó la pipa de tabaco con tres dedos, con cuidado para no perder nada. Se giró buscando un fósforo, más que nada por ocultarle la cara a Lilli, porque de nuevo se había apoderado de él la vieja desconfianza. ¿Qué le importaba a esa mujer su «poder», dejando completamente a un lado el hecho de que no era de recibo una expresión semejante?

—Yo también querría preguntarte algunas cosas —dijo él al cabo de un rato con cautela.

Para su sorpresa, Lilli le respondió de inmediato que solo tenía que preguntar.

—Ven —dijo ella—, hace calor, vamos a nadar y de paso hablamos. Estoy ansiosa por conversar contigo.

El lago en el que nadaba Schlappert todos los días se encontraba en un bosque, a un cuarto de hora de Grünstein.

—¿Qué querías preguntarme? —dijo Lilli de camino.

—¿Por qué —respondió Schlappert— me enseñas las cartas de un hombre con el que estás casada?

Lilli se puso colorada.

—Cometo errores —dijo ella despacio y mirando la senda por la que transitaban después de dejar la carretera—, cometo errores, pero tengo que cometer errores, solo quien no hace nada no comete ningún error... Yo llevo tanto tiempo sin hacer nada... solo he estado vegetando... ¿Te he herido? No podía entender esas frases incomprensibles... y a mi marido tampoco.

—¿Ya no amas a tu marido?

—Claro que sí...

—¿Y a mí?

—A ti también... de una manera diferente... más... ¿Qué pretendes con esa pregunta? ¿Estás celoso?

—Se dice que se podría amar a dos personas... está claro que una mujer puede ser amada por dos hombres, un hombre por dos mujeres, pero no está tan claro que alguien pueda amar a dos personas a la vez... no lo sé.

—¿Por qué —dijo Lilli mordiendo entre los dientes un tallo que acababa de arrancar— has venido esta noche a mi habitación?

«Ahora —pensó Schlappert—, no decir eso que llaman la verdad, bajo ningún concepto... ahora hay que decirle lo que quiere oír...», pero en ese mismo momento, para sorpresa de Lilli, dio un pisotón en el suelo y expulsó esos pensamientos de su mente.

—Yo, yo... —se detuvo y miró a Lilli, que también se detuvo después de dar tres pasos—, yo... —se acercó a Lilli, le agarró la mano y la besó—, soy un viejo perro seco, de verdad, es como te digo, te amo y al mismo tiempo deseo que pudiera amar... amarte a ti.

El resto del camino hasta el lago lo recorrieron ambos en silencio. Bajo los árboles que llegaban hasta el agua había una cabaña en la que Lilli se cambió. Cuando salió con su bañador azul al sol, vio a Schlappert tumbado en la hierba. Ella se acercó y se tumbó a su lado.

—Tú —dijo Schlappert y besó a Lilli en el hombro—, tú tienes razón, habría que hablar cuando se ama, pero yo nunca lo he hecho... solo he querido siempre estar tumbado, olvidar... soñar... no digas nada ahora... Eres bella por encima de toda medida, pero sé que eres mucho más que solo bella... no digas nada ahora, te lo pido.

Lilli se mantuvo en silencio y miró el cielo azul. «¿Son todos los hombres así —pensó—, que se echan a llorar cuando aman, que huyen cuando aman, estos caballeros bandidos son también sentimentales?». »

CASPAR KOCH SE había alojado en Neustadt en casa de Gerda Riemer y de su madre, fue a ver a viejos amigos e iba de fábrica en fábrica. La imagen que se le ofrecía a sus ojos era en todas partes igual de horrible. Todos los días se desmayaban hombres y mujeres en el trabajo por el agotamiento y la desnutrición. La hambruna estaba generalizada, los precios de los alimentos eran desorbitados. Al mismo tiempo, el ambiente era muy deprimente.

—¿Qué quieres que hagamos? —le dijo un tornero ya mayor, que antaño había sido líder de todos los descontentos—. Aún será peor cuando vengan los americanos con sus tanques. Tendremos que aguantar.

Por último, Koch se dirigió a la oficina del sindicato, en donde recibió una muy buena acogida. Como sucede en todas las oficinas adonde llega alguien que tiene algo que contar, en todas partes se abrieron las puertas, y viejos y calvos fueron a la sala en la que estaba Koch, con las gafas bien encajadas en las narices, los jóvenes detrás con el cigarrillo en la mano. Para sorpresa de Koch, imperaba el mejor de los ambientes.

—Esos no lo harán por mucho tiempo más —dijo Diel, el presidente, un cuarentón enérgico que se había abierto paso desde su trabajo como tipógrafo—. El próximo invierno los matará. Ya no hay nada para comer allí. ¿O tienen una pinta diferente las cosas en Berlín?

—¡No! —dijo Koch—. ¿Y qué hacéis vosotros?

—Estamos esperando —dijo Diel—. No se puede hacer nada más inteligente.

—Así que relevo y emancipación —dijo Koch.

—Eso es, relevo y emancipación —corearon en el círculo—. Cuando los de arriba estén fritos, los Ludendorff y compañía, nos llegará el turno a nosotros.

—¿Y qué dicen los trabajadores?

—Los tenemos detrás, como un solo hombre —dijo un joven—. Aquí no

hay independientes, aquí no hay espartaquistas, aquí solo estamos nosotros. En esta ciudad, las cosas funcionan de manera distinta que en Berlín.

Koch caminaba por la ciudad y prestaba atención a todo, y la sensación de que se estaban equivocando en los sindicatos fue afianzándose en sus pensamientos. Más de la mitad de la población era católica. ¿Iba a ocurrir en Neustadt el milagro de que los católicos marcharan tras las filas de los socialistas? Koch no podía apreciar ninguna señal de eso. De la misma manera que la leche cuaja cuando hace mucho calor y se vuelve espesa, así iban segregándose en la población cada vez con mayor claridad y con mayor virulencia los grupos unos más grandes y otros más pequeños.

Una tarde, Koch discutió con tres trabajadores que representaban cuatro puntos de vista; uno de ellos defendía y ponderaba dos opiniones contrapuestas. Cansado y deprimido, salió de la tasca. Bajaba meditabundo por la calle cuando divisó en una columna un anuncio que exhortaba a la visita de una asamblea política de la Alianza Católica de Mujeres. El acto comenzaba a las siete según se indicaba. Koch se sacó el reloj y vio que debía apresurarse para llegar a tiempo. Fue cojeando lo más rápido que podía, pero ya al cabo de algunos pasos tuvo que aminorar la marcha; la rodilla izquierda volvía a dolerle desde hacía algunos días con tal intensidad que a veces solo podía avanzar a duras penas.

La sala estaba a rebosar de gente. Para espanto suyo, Koch se apercibió de que casi solo había mujeres y chicas allí. «Me echarán», pensó, pero entonces vio en un rincón a algunos hombres mayores y se dirigió hacia ellos.

—¿No tenéis ningún asiento más para este hombre? —preguntó una chica—, se ve a las claras que es un herido de guerra.

—Muchas gracias, señorita —dijo Koch, que se sentó en la silla que le tendieron. A continuación se volvió a los hombres sentados a su alrededor.

—¿Empezarán puntualmente?

—No —dijo alguien—, aquí nadie tiene prisa.

—Ese de ahí enfrente —prosiguió Koch— tiene pinta de ser un agente de la brigada criminal.

—Como que lo es —respondió el vecino de Koch—. ¿Es usted de aquí?

—¡No!

—Bueno, entonces parece que tiene usted experiencia con esa especie,

pero ese no nos hace nada. Es una persona piadosa.

—¿Por qué han puesto la mesa del presidente sobre una tarima?

—¡Así se ve mejor al orador!

—Eso habría que abolirlo —dijo Koch—. ¡Allí donde el pueblo tiene que mirar hacia arriba, se vuelve obediente!

—¡Parece ser que usted es uno de esos en toda regla!

—¿De qué esos? —preguntó Koch riendo.

—Bueno, uno de esos que quiere cambiarlo todo.

—No todo, no, pero sí la mayor parte de las cosas —dijo Koch.

El presidente hizo sonar la campanilla.

Después de saludar a la asamblea, dio la palabra a la presidenta primera venerada por todos, tal como dijo él expresamente, la señora Elisabeth Chindler. «Estoy en casa, por así decir», pensó Koch, y examinó con atención a la señora Chindler, quien se puso en pie, saludó por su parte a la asamblea y, tras unas breves frases, dio la palabra al orador de esa velada, «a nuestro barquero y líder, el diputado Chindler». Chindler agarró un puñado de hojitas y se acercó rápidamente a la tribuna de oradores, en donde estiró el cuello para abarcar con la vista a la parroquia silenciosa.

—Queremos agradecer al gobierno —comenzó diciendo— que nos haya autorizado a celebrar esta asamblea. Claro que sí, queremos agradecerse al gobierno, pues en esos tiempos nuestros, distinguidos asistentes, bajo el nombre falso de «asamblea» se hace por todas partes algo que no puede llamarse una asamblea como es debido, propia y digna de seres humanos, sino que debería denominarse «alboroto». (Aplausos.) Ahora bien, ¿no tiene un gobierno, cualquier gobierno diría yo, el deber de protegerse frente a semejantes elementos? El pueblo católico opina así de todo corazón, pero este asunto tiene otra cara además. Estos tiempos son difíciles, incluso puede decirse que son serios, y cuando los tiempos son agitados, entonces a uno se le complica también el corazón, y cuando a uno se le complica el corazón, entonces lo que desea es pronunciarse. Por eso estamos aquí, para hablarnos los unos a los otros, con seriedad, con sosiego, con objetividad.

Koch miró a su alrededor. «Estos condenados profesores pedantes —pensó—, ¡queriendo enseñar siempre buenos modales, pero a los demás!». Sin embargo, la asamblea estaba allí en silencio y parecía halagada con las

palabras del orador.

Ahora comenzaba la parte principal del discurso, y Koch admitió que Chindler estaba mostrando un gran nivel en su intervención. Tal como suele decirse, dibujó a grandes pinceladas la situación de Alemania, que él definió como seria, pero no desesperada; se podía tener una absoluta confianza en la dirección militar, pero los generales no eran más que seres humanos, como es natural, si bien en el mundo había pocas personas tan excelentes como esos magníficos jefes. Sin embargo, las fuerzas humanas no eran todopoderosas, así fue como Dios lo instituyó en su día, y lo mismo sucedía con las naciones. Tal vez se cometieron errores en el pasado, pero podría decirse que nadie ha querido poner en la sombra a Alemania, aunque esta tuvo que reclamar su sitio bajo el sol. No obstante, ¿qué era una obra humana? ¿No se veía todos los días lo débil que se era? ¿No se veía también todos los días que el ser humano piensa y propone y que Dios dispone?

—Verdaderamente —exclamó el orador después de realizar una breve pausa— esta guerra es una prueba. Sin embargo, si nosotros, como creyentes, nos sometemos a esta prueba, ¿no tenemos que constatar que ya ha dado unos frutos insospechados? El pueblo católico ¿no está siendo respetado en la actualidad más que nunca? ¿No vamos a reconocer la mano de Dios en el hecho de que nos haya dado un canciller católico? ¿Quién, queridos amigos, habría pensado alguna vez ver al conde Hertling venerado por amigos y enemigos?

«¿Qué es lo que pretende ese hombre en realidad?», pensó Koch. Tampoco a la asamblea parecía incumbirle especialmente la importancia concreta de la cancillería de Hertling. El aplauso esperado por el orador no se produjo. Chindler pareció darse cuenta. Dejó sus notas a un lado, sobre la mesa de la presidencia, y comenzó a hablar libremente. Con voz atronadora dijo que en estos tiempos, como en todos los tiempos agitados, circulaban por ahí muchos enemigos malignos, pero que eran conocidos; estaba esa epidemia, la peste de los socialistas, que pretendían revolver las aguas para poder pescar mejor. Ahora, de pronto, andaban haciendo promesas a todo el pueblo, pero el pueblo católico estaba a salvo.

—Así como nuestros bravos uniformados de gris se emplean a fondo contra el enemigo exterior, así debemos batirnos nosotros contra el enemigo interior,

ese que quiere prender fuego a nuestras iglesias, ese que no tiene nada mejor que ofrecer que la burla del matrimonio, ese que quiere robar a nuestras esposas lo más sagrado que poseen, a sus hijos. No hemos hecho una guerra tan larga para entregarnos ahora a unos cualquiera. El pueblo católico permanecerá unido más estrechamente. Sabe distinguir el grano de la paja. Sabe que tiene sus pastores y sus líderes y que puede renunciar con agradecimiento a otros que se las dan de tales.

Muchas mujeres que habían estado escuchando en silencio aplaudieron tanto rato que el personal del servicio de orden tuvo que intervenir para que se calmaran. Chindler aguardó con satisfacción a que amainara la tormenta que había estallado.

—¿No han osado incluso sospechar del santo padre de Roma? —exclamó—. ¿No han osado afirmar que se abstiene de alzar la voz en favor de la paz? Día y noche está ese venerable hombre rezando y rogando a Dios la paz en el mundo; pero de esto, distinguidos presentes, de esto no saben nada esos señores que jamás han rezado en su vida. ¡No, de eso no saben nada, ni quieren saber nada! Son tan superinteligentes, esos señores, que sin duda no son el papa y que de la lengua latina no conocen ni una letra siquiera, pero qué cosa haya de hacer el papa, eso lo saben mejor ellos que el santo padre; se creen que pueden criticarlo todo, descaradas como son todas las personas presuntuosas.

El orador había acabado. Koch se levantó.

—¡Debate! —exclamó. También la asamblea se había puesto en pie. Algunos dirigieron la mirada hacia la voz que había exclamado; la mayoría se dirigía apresuradamente hacia las salidas—. ¡Debate! —exclamó Koch por segunda vez.

—¿Qué desea usted? —preguntó el presidente de la mesa.

—La palabra —exclamó Koch de vuelta— que nos ha prometido el orador.

—¿Quién es ese? —preguntó Chindler al presidente.

—No lo sé.

Elisabeth Chindler también se había levantado. Cuando Koch exclamó por segunda vez, ella lo reconoció.

—Es Koch —dijo con labios temblorosos a su marido.

—Ay —dijo Chindler ¿el tipito ese?

Hizo una señal al funcionario de la brigada criminal, que se acercó al instante, y le dijo algo al oído. Entretanto se había formado un grupito alrededor de Koch.

—¿Qué ganáis con discursos como ese? —preguntó Koch.

—¡Lo ganamos todo! —dijo una persona mayor en tono malicioso.

—¿No veis que oradores como ese os quieren llevar a la majada como ovejas?

—¿Ha dicho usted «ovejas»? —preguntó un hombre avanzando hacia Koch.

—Lo he dicho —respondió Koch—, y...

—¡Bien, entonces voy a enseñarle yo a usted quién es aquí una oveja!

—Deja a ese hombre en paz —gritó una mujer—, tiene una pierna anquilosada... Váyase, querido —dijo a Koch—, no alborote usted a la gente.

—¿No sabéis que son mentiras todo lo que ha dicho el orador sobre los socialistas y sobre el matrimonio?

—De mentira, nada —gritó la vieja solterona—, ¿cómo se le ocurre hablar aquí de mentiras? ¡Qué fresco es usted! ¡Sí, usted!

El funcionario de la brigada criminal se abrió paso entre los presentes y le dio unos golpecitos a Koch en el hombro.

—A ver, sus papeles —dijo.

—Primero voy a enseñarle este papel —dijo Koch extendiendo al aire su pierna anquilosada.

—Eso no es de nuestra incumbencia aquí —dijo el funcionario.

—Aquí tiene los restantes —dijo Koch, y entregó al funcionario su documento de identidad.

Una mujer joven se echó a llorar.

—No puedo ver —dijo sollozando— que se trate a ese hombre así...

—¿Quién está tratando así aquí a quién? —preguntó el funcionario en tono tajante.

—Es la verdad —dijo la mujer—, ya ha enseñado su pierna, hay que entender que una persona así esté agitada...

—Váyase ahora —dijo el funcionario a Koch—, pero a la voz de ya, aquí van a cerrar.

—Venga usted —dijo la mujer a Koch—, apóyese tranquilamente en mí si es que todavía no puede caminar bien...

—Se lo agradezco, querida —dijo Koch—, pero no he venido aquí a apoyarme en vosotros, sino a compartir mis experiencias con vosotros, hombres y mujeres, vuestras preocupaciones, vuestras...

—Se acabó ya —dijo el funcionario.

«No funciona así —pensó Koch mientras iba cojeando de vuelta a casa—, aquí tiene que intervenir una mujer». Dio un rodeo, entró en Correos y telegrafió a Maggie que hiciera el favor de telefonarle mañana por la mañana.

Luego se marchó a casa.

APENAS SE PODÍA oír a Maggie.

—Tienes que venir enseguida —vociferó Koch por el auricular.

—¿Qué te pasa? —respondió Maggie con un hilo de voz muy distante.

—¡Que vengas!

—No tengo dinero. ¿No recibiste mi carta?

—¿Qué respuestas son esas? Una mujer como tú podrá hacer un viaje en estos tiempos también sin dinero. Ve donde Hannes... ¿me oyes ahora mejor?

—Sí, te oigo...

—Ve donde Hannes y dile que su hermano le pide por favor que te lleve en la locomotora, saludos míos.

—Sí, pero primero lee mi carta.

—Te espero. Se acabó ya. Adiós. ¡Cuelga!

—¡No, cuelga tú!

—¡Vaya, la orgullosa chica ofendida!

—¡Con razón!

—Adiós. Ven enseguida.

Después de la conversación con Maggie, Koch fue a ver a Diel a la oficina del sindicato. «¿Estarán cambiando los tiempos?», pensó cuando Diel lo recibió de inmediato, él, que por principio, tal como decía en ocasiones, hacía esperar a todo el mundo.

—Tienes mal aspecto —dijo Koch, y se sentó al escritorio frente a Diel.

—Un hombre de mi posición tiene que vivir de las cartillas.

Koch asintió con la cabeza. Conocía a Karl Diel ya desde 1911. Por aquel entonces, Diel, tipógrafo de oficio, era redactor del *Neustädter Volksblatt*; dos años después, los sindicatos unidos de Neustadt y alrededores lo eligieron presidente.

—Creo que andáis un poco equivocados —comenzó a decir Koch— si creéis que los habitantes de Neustadt os secundan, a vosotros y vuestra

política. Ayer por la tarde estuve...

—Si andamos equivocados, como tienes a bien expresarte —lo interrumpió Diel— es ya una cuestión por sí misma; pero está bien que estés aquí. Tengo que hablar de algo contigo. Hace algún tiempo que viniste aquí desde Berlín y desde entonces andas vagabundeando por todas partes. No sabemos qué haces; en el partido tampoco lo saben. Creo que eso debería acabarse. Para un hombre de tus capacidades, esa no es una buena ocupación —añadió al cabo de unos instantes.

—Vuestro interés me honra —replicó Koch—. ¿Tenéis a lo mejor algún puesto para mí? O, mejor dicho, dos puestos... He telefoneado a mi mujer para que venga para acá; aquí hacen falta mujeres.

—¿De verdad? —dijo Diel dirigiendo una mirada escrutadora a Koch—. Por cierto, hay una carta aquí para ti.

—Sí, correcto, ya iba a preguntar por ella.

Diel hizo sonar una campanilla. Un recadero entró en el despacho y Diel le encargó que fuera a buscar la carta que había llegado para el camarada Koch. Un minuto más tarde, Kailab, otro funcionario, trajo la carta. Mientras Koch la leía, los dos hombres hablaban entre sí en voz baja. «Anoche —escribía Maggie—, estuve leyendo al viejo Fontane y encontré este pasaje: “El nuevo mundo de mayor calidad no comienza sino en el cuarto estamento. Lo que los trabajadores piensan, hablan, escriben, ha superado realmente el pensamiento de las antiguas clases dirigentes. ¡Los trabajadores abordan todo de un modo nuevo, no solo tienen metas nuevas sino incluso caminos nuevos!”. ¿Lo conocías? Me alegré al leerlo, a pesar de que está dicho con algo de optimismo. Me está preocupando la cuestión militar. El desvaído pacifismo que ha cultivado el movimiento conduce aquí a una antipatía hacia el uniforme, y esa antipatía es estúpida. En lugar de estar en contra de la política errónea, los trabajadores están en contra de los soldados, así, sin más, a pesar de que son de su carne y de su sangre, y se privan así del aliado más importante. Eso tendrá malas consecuencias pues la tropa, a pesar de estar tan exhausta por la guerra, tiene el sentimiento de todo lo que han dado de sí en sus incomparables acciones en todos los frentes. Uno de estos días me escribió un conocido que está combatiendo en Asia Menor, y me contaba que en el bolsillo de un soldado inglés caído se encontró una carta en la que ponía lo siguiente: “Pero

una excepción la conformaban las secciones alemanas; y aquí, por primera vez, me enorgullecí del enemigo que había matado a mis hermanos. Estaban a dos mil millas de distancia de su tierra, sin esperanza en una tierra extraña, desconocida, en una situación lo suficientemente desesperada como para que se quiebren incluso los nervios más temperados. No obstante, sus tropas se mantenían firmes, completamente ordenadas, y se manejaban por aquel mar de olas confusas de turcos y de árabes como buques acorazados, en silencio y con la cabeza alta. Cuando los atacaban, se detenían, adoptaban una posición de tiro y abrían fuego apuntando bien. Ahí no había ninguna precipitación, ningún grito, ninguna inseguridad. Eran espléndidos”. Te confieso que se me saltaron las lágrimas cuando leí esas frases, e incluso Emil, que al principio renegaba por supuesto (él lo denominó, con un extranjerismo que le es completamente incomprensible, socialchovinismo), acabó dándome la razón y opinó que debería imponerse otra actitud hacia los soldados e incluso hacia muchos oficiales...».

Koch levantó la cabeza y vio que los dos hombres lo contemplaban tensos. Había algo extraño allí. Volvió a mirar la carta, y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que las líneas del pasaje sobre las tropas estaban subrayadas en azul. Esa no era la costumbre de Maggie. Agarró el sobre y vio que la carta había sido abierta.

—¿Habéis —dijo con titubeos y tratando de ocultar en vano su agitación lo mejor que pudo—, habéis abierto la carta?

—No estaba bien cerrada y llegó abierta aquí —dijo Diel.

—Entonces, ¿la habéis leído?

—Yo no —dijo Diel—, pero no te voy a ocultar que me han contado lo que pone en ella.

—Hmm —dijo Koch.

—Sí, querido amigo —dijo Diel—, nuestra época es de cálculo y medida. No me importa de quién te enamores, y me falta tiempo para darte instrucciones en este terreno, pero comprenderás que esa dama que derrama lágrimas por eso que llaman «actos heroicos» no tiene nada que ver con nuestro movimiento y que es mejor que la dejes en Berlín. ¡En lo que a ti respecta, tú no has escrito esa carta, de acuerdo, aunque todos aquí opinan que ya dice bastante de una persona recibir semejantes cartas! Eso es mucho.

Kailab asintió con la cabeza.

—¿En qué mundo vivís en realidad? —preguntó Koch.

—En este —dijo Diel con frialdad señalando con un movimiento de la mano la habitación y su escritorio.

Koch miró a los ojos de Diel. Este le sostuvo la mirada unos instantes y luego sonrió. Koch no entendió esa sonrisa. ¿Era imaginable que hombres adultos y experimentados quisieran hacer semejante política con las tropas? ¡Sí, estaba claro que iban a practicar esa política! Los hombres que estaban sentados frente a él eran conscientes de su poder, y Koch percibió que no estaban dispuestos a que él les diera consejos.

—¿Y bien? —preguntó Diel al cabo de un rato.

—El asunto de la carta me ha mostrado a qué atenerme —dijo Koch—. Yo cumplí mi deber acudiendo a vosotros para comunicaros mis observaciones. Sin embargo, vosotros...

Diel arrojó encima de la mesa unas tijeras con las que había estado jugando.

—Te he dicho que tus cartas de amor me importan un rábano. Otra cosa es la impresión que has causado a otros compañeros, y eso es asunto tuyo. Pero la revolución con la que sueñas no se hará. Los señores, de quienes no tienes ni idea, están a punto del derrumbamiento. Estaremos todos completamente ocupados en mantener el orden cuando eso se produzca. Si quieres ayudarnos en silencio, modestamente y en el puesto que se te asignará, puedes quedarte. En caso contrario, nos separamos.

Koch se levantó.

—Está bien —dijo él—, entonces mantened bien el orden, pero yo me voy a crear desorden.

—Eh, tú —dijo Diel poniéndose en pie de un salto, y por primera vez no solo su cara sino también su calva se pusieron de un rojo encendido—, te doy un último consejo: ¡cuídate! Ya hay suficientes idiotas con ganas de destruir el partido.

—¡Ah, qué cosas dices! —dijo Koch—, siempre habláis del partido y solo os estáis refiriendo a la junta directiva. Eso no es lo mismo, querido Diel.

Un recadero entró en el despacho y anunció que estaba al teléfono la comandancia general.

—Anda —dijo Koch—, entonces me quedo un ratito más aquí en el despacho.

—No hagas tonterías —dijo Kailab, y agarró a Koch del brazo mientras Diel descolgaba el teléfono.

—Bueno, bueno —dijo Koch a Diel—, no has anunciado que tenías esta conversación, pero que la aceptes... ¿cómo era eso que dijiste antes? Sí, ¡eso es mucho! —Dicho esto, se fue.

En la calle fue arrastrando lentamente el paso. «El sentido entero de todo esto —pensó—, ¿es acaso que cuando ya no deseas obedecer a los unos tienes que obedecer por fuerza a los otros en su lugar?»

—**E**S UNA CUADRILLA infame —dijo el rojo Richard cuando Koch le contó su vivencia con Diel—, pero el asunto es también complicado. El cielo sabe si se lo inculcan a uno a machamartillo o si está en nuestra propia naturaleza... pero con toda franqueza te digo que cuando veo a un proletario con uniforme, me entra más rabia que ver a un general haciendo el fantasma. Sin embargo, tienes razón, y cuando tienes razón pues tienes razón... Esos chicos se han comportado magníficamente... pero te digo que cuando todo se ponga en marcha y agarre a un Diel de esos...

—Mejor mira de hacerte influyente —dijo Koch.

Esta conversación tenía lugar en la vivienda de la señora Riemer. Gerda estaba en cama con gripe desde hacía una semana, y la señora Riemer había salido para ver si encontraba algo de leche y de mantequilla para la enferma. Regresó a eso del mediodía.

—Esto es todo lo que me han dado —dijo arrojando una libra de mermelada encima de la mesa.

Richard miró aquello y movió la cabeza con gesto de reprobación. La señora Riemer se había desatado el pañuelo de la cabeza que llevaba siempre, y se disponía a dejar la habitación cuando súbitamente se dio la vuelta, regresó y se arrojó sobre la mesa llorando a voz en grito.

—No —gritó ella—, no, no voy a seguir más... ya no puedo... soy demasiado vieja, ay, soy muy vieja, sí, estoy muy cansada, idos todos, perros pulgosos, piratas, sois todos gentuza, todo el mundo es gentuza, nada más que gentuza...

—Pero señora Riemer —dijo Richard, agarrando del brazo a la señora, que sollozaba—. No llore así... saldré yo a ver y ya encontraré algo...

—¿Tú vas a encontrar algo? —gritó la señora Riemer, que se puso en pie de un salto—, tú, con tu cara de mono sin lavar... Mira mis sábanas, las que te di, mira cómo están de marranas... ¿Vas a encontrar algo tú después de haber

estado yo cinco horas dando vueltas y más vueltas para acabar pagando dos marcos por esa mierda asquerosa de ahí? Estás loco... Sois los más locos de todos los locos... Sí, ahora me miras boquiabierto, pero la verdad es que os deberían colgar, a vosotros los primeros de todos... Habéis revuelto al pueblo y ahora ya no funciona nada y hay una hambruna enorme... Ay, Dios mío, cuando pienso que gente así quiere hacer la revolución y gobernar... No, hombre, no, para eso mejor que los pobres se compren antes una soga... Ahora me toca ir al sótano y lavar tu ropa sin un pedazo de jabón... Pero a vosotros eso no os preocupa, y la niña ahí al lado, enferma en la cama, y tan pálida y delgadita... pronto pesará menos que cuando la traje al mundo...

—Un hombre, una palabra, señora Riemer —dijo Richard—, estamos en la quincena y cobro. Le traeré el dinero.

—¡Usted y el dinero! —dijo la mujer saliendo de la sala.

—Bueno, me largaré entonces de aquí —dijo Richard.

—Te vas a quedar —dijo Koch—, ahora tenemos otras preocupaciones que tu susceptibilidad.

—No —dijo Richard—, yo no me quedo en la casa de pequeñoburgueses que tienen opiniones como esas.

—El pueblo —dijo Koch— comienza a dudar. Costará un montón de trabajo hacer un llamamiento a la gente para luchar por un orden mejor. Ya no quieren luchar, en ninguna parte y por nada más, están cansados.

—Ah, qué dices —dijo Richard—. Estos bobos pequeñoburgueses que ayer estaban a favor de ese ultranacionalista de Lehmann lo siguen estando en la actualidad.

—¿Quieres tal vez que estén a favor de ese Diel?

—¡Quiero que estén a favor nuestro! —dijo Richard dándose un puñetazo en el pecho.

—Pero si nosotros somos Diel, él es el jefe...

—¡Mío, no!

—No vayas diciendo tonterías. ¿Cómo quieres que el pueblo se entere de que no estamos de acuerdo con los Diels cuando Diel tiene el poder y nosotros somos dos pobres diablos a los que próximamente van a echar del partido? El partido al que todos adoráis tiene también sus lados oscuros cuando deshábítua al pueblo a pensar y le retira la acción, y a cada uno por separado

le quita los ánimos a no ser que esté ahí y sepa negociar también... Ven, vamos ahora a ver si conseguimos algo de mantequilla para la chica griposa. No hay que discutir con las personas como la señora Riemer; a esa gente hay que ayudarla. Ella ya tiene suficientes preocupaciones con las que batallar, y luego están tus sábanas, además. ¡Vamos, ven!

LA VIVENCIA CON Lilli había transformado a Hermann Schlappert. Se sentía rejuvenecido y reanimado, y a veces incluso feliz. Por deseo de Lilli, Schlappert invitó a un joven docente de la cercana Universidad de Heidelberg, quien les pronunció algunas conferencias sobre Nietzsche, posteriormente también sobre Fichte y Kant y la filosofía clásica alemana. Schlappert se habría aburrido de no haber sido por las constantes preguntas de Lilli, con las que interrumpía y ponía en apuros al docente. Un día habló de Hegel y mencionó, de una manera algo seca propia de él, que en 1807 Hegel se mudó a la Baviera que por aquel entonces florecía intelectualmente.

—¿Por qué —preguntó Lilli— florecía Baviera por aquel entonces?

Comenzó un debate sobre Baviera y las circunstancias de entonces en Alemania, para el que fue necesario consultar muchos libros, pues el docente sabía ciertamente algunas cosas sobre los hombres de quienes hablaba, pero poco de las circunstancias en las que habían vivido.

A comienzos de septiembre, el señor Kahn, que así se llamaba el docente, contó que su hermano menor había regresado de Moscú, en donde había colaborado en la revolución, y que tenía muchas cosas interesantes que contar. Por deseo de Lilli lo invitaron y contó un montón de detalles que por aquel entonces eran desconocidos. A Schlappert no le pareció simpático ese hombre, y sus informes, difusos y poco interesantes, mientras que Lilli no se hartaba de escuchar. Schlappert se asustó.

—Niñita, niñita —dijo a Lilli—, esos tipos han encendido un fuego para quemar nuestro mundo, y tú te sientas junto a las llamas y las miras. ¿Cómo encaja eso con tu entendimiento?

—Las viejas bobadas con el káiser y demás ya están también muertas en este país —dijo Lilli—. Por ello hay que estudiar a tiempo las innovaciones.

—Las viejas bobadas son nuestras bobadas —dijo Schlappert suspirando.

—Haz el favor de no decir esas cosas —dijo Lilli—. ¿Qué te importa a ti

ese Guillermo que es cien veces más tonto que tú? ¡Tú sabrías gobernar mucho mejor!

Schlappert calló y encontró confirmada su antigua convicción de que con frecuencia las mujeres pueden volverse locas súbitamente. En conversaciones como esas, Lilli se le volvía inquietante. «Esto no debe durar más de un verano —pensó él—, después tendré que soltarme. ¿O me caso con ella? ¡No, por Dios, eso no! ¿Por qué no? ¡Si dejo a esa mujer seré un viejo desgastado que ha vivido su vida y la tiene detrás! Ah, de noche es magnífica, pero de día... de día no encajamos...».

A mediados de septiembre Schlappert tuvo que viajar a Berlín. Lilli quería viajar también, pero a Schlappert, que estaba deseándolo a medias, le entró el miedo cuando ya la separación era inminente y le pidió a Lilli que se quedara en Grünstein.

—No estaré fuera ni una semana —dijo él—. No me dejes todavía.

Cuando se dirigía a su automóvil, salió Lilli de la casa. Se había atado un pañuelo rojo a la cabeza que encajaba excelentemente con sus ojos oscuros y su pelo castaño. A Schlappert le habría gustado darle un beso, pero el chófer estaba ya al lado de la puerta del automóvil y Schlappert evitaba meticulosamente delatar al empleado sus relaciones con Lilli.

—No me olvides —dijo en voz baja.

—Eso —dijo Lilli en tono burlón— dependerá de lo que me traigas.

—Gracias a Dios que me lo recuerdas —dijo Schlappert—. ¿Qué quieres que te traiga? ¿Qué te pondría contenta?

—Cosas ya tengo suficientes —respondió Lilli—. Me refiero a lo que veas y oigas y me cuentes. —A continuación regresó a la casa.

Cuando Schlappert se hubo acomodado en su compartimento, pensó en esa frase ingeniosa de Lilli, y en la misma Lilli. Sin embargo, el tren se alejaba cada vez más y más de sur a norte, y mientras Berlín y la vida berlinesa iban ascendiendo ante él, Lilli descendía en su pensamiento, casi como se olvida una relación de hotel cuando se regresa de las vacaciones. En sí, todo el asunto con Lilli no estaba pensado con un final, y Schlappert lo sabía con más detalle de lo que él querría, pero ni en Grünstein, ni en el ferrocarril podía concentrarse nunca como es debido (esto era al menos lo que opinaba él) y en Berlín debía aclararse todo. Durante el desayuno en su casa de Dahlem le hizo

compañía su hija.

—Has escrito poco —dijo Anita—. Cuéntame algunas cosas de esa señora Chindler. ¿Sigue estando en Grünstein? ¿Es guapa? ¿Dónde está su marido?

Tantas preguntas de golpe no podían responderse de golpe, gracias a Dios, y Schlappert prometió dar todas las informaciones al mediodía porque ahora tenía que ir a su despacho.

—Por cierto, nuestra situación es espléndida —dijo la señorita Schlappert—. Hablé ayer con el secretario de Kühlmann, quien me dijo que los ingleses estaban definitivamente al final de sus fuerzas. Eso nos puso a todos especialmente contentos.

—Bueno... —dijo Schlappert—. ¿Dónde está la señorita Schröter?

—Está arriba, llorando.

—¿Y por qué llora?

—No la has saludado apenas —dijo la chica.

—Bueno, sí, es que —dijo Schlappert— ahora tengo que irme.

Una vez en su despacho, que estaba en la calle Behren esquina con la calle Kanonier, Schlappert mandó llamar a su procurador, que al cabo de un minuto entró sin hacer ruido, como siempre, por la puerta tapizada.

—Se ha recuperado usted bien —dijo el procurador, más clavando los ojos en Schlappert que mirándolo.

—Gracias —dijo Schlappert—, cuénteme usted un poco cómo están las cosas.

—Vaya... ya estará usted al corriente de lo que se dice en la calle, supongo, ¿sabe de nuestra derrota en Arrás...?

—No sé absolutamente nada.

—Ah, entonces son muchas las cosas por contar, sin duda. Vamos a ver, el... espere un momento, sí el 8 de agosto los ingleses rompieron por primera vez el frente occidental. Nosotros no construimos tanques, pero los ingleses, sí, y el 2 de septiembre, hoy hace justamente catorce días, avanzaron cerca de la localidad de Arrás por segunda vez y nos volvieron a derrotar. Dicen que el káiser está en las últimas y Ludendorff también, lo cual es mucho peor, por cierto. Aquí ya nadie cree en una victoria. ¿No lo sabía?

—Dígame, señor Müller —preguntó Schlappert—, ¿tiene usted hijos?

El procurador se sentó todo tieso en su silla, con cara de sorpresa.

—Pero si usted ya conoce a mis chicos, señor Schlappert —dijo él, que tuvo que concentrarse para no hacer un movimiento de reprobación con la cabeza.

Schlappert miró por encima del hombre hacia la puerta. Antes, al hablar Müller, o mejor dicho, cotorrear, le llamó la atención (y esto era obra de Lilli, tal como tuvo que admitir Schlappert por fuerza) la indiferencia con la que ese hombre había comunicado las noticias atroces. Sí, Lilli había observado muy bien que precisamente en la burguesía muchas personas hablaban sobre la catástrofe que amenazaba a Alemania como si fueran españoles o suecos, o como si estuvieran en el quinto pino, como había dicho Lilli, porque los disparos les quedaban muy lejos.

—Sí, querido Müller —dijo Schlappert al cabo de unos instantes—, si las cosas son como dice usted, pronto tendremos a los ingleses aquí, a la mesa.

—¿Lo cree usted de verdad? —preguntó Müller asustado.

—Si esa gente va sumando victoria tras victoria tal como me dice usted...

—Bueno —dijo Müller—, no es así. Nosotros tenemos que hacer la paz. Esto es lo que opina todo el mundo aquí.

¿Quién es «nosotros»? quiso preguntar Schlappert, pero la conversación le estaba aburriendo. No podía hacer otra cosa que pensar en Lilli, y cuanto más miraba en dirección a la puerta, tanto más intensamente deseaba que se abriera y que entrara Lilli, exactamente igual que como la había dejado, con el pañuelo en la cabeza por encima de su pelo hermoso y de sus oscuros ojos inmóviles...

EL SEÑOR MÜLLER estaba en el grupo de las personas bien informadas; lo que le había dicho a Schlappert era correcto. El káiser se vino abajo, en efecto, cuando le comunicaron la derrota del 2 de septiembre. Su esposa hizo venir a su casa al comandante Niemann, quien estuvo pintándole todo el tiempo la situación como todavía sostenible e incluso mejorable hasta que el enfermo volvió a recuperar los ánimos. Sin embargo, esto ya no era importante; el monarca hacía una eternidad que no pintaba nada. Todas las decisiones las tomaba el Mando Supremo del Ejército, los señores Hindenburg y Ludendorff, y Ludendorff fue el primero en reconocer que la guerra estaba perdida. El 12 de septiembre el general recibió la noticia de que Austria tenía la intención de firmar una paz por separado. Cuando por la tarde fue a verlo el comandante Niemann, encontró a Ludendorff tan agitado que resultó imposible iniciar una conversación objetiva sobre esta nueva situación. El comandante escribió en su diario: «Hoy tengo la angustiosa certeza de que los nervios del Infatigable están tensos hasta el extremo».

El día 26 alguien anunció que en el ejército francés se había declarado la peste neumónica.

—Esperemos que sea verdad eso —dijo Ludendorff a algunos oficiales, que lo estaban rodeando esperando con gesto temeroso el comunicado, como las vecinas en torno a una criatura recién nacida que no quiere respirar—, yo al menos me agarraría a esa noticia como alguien que se ahoga se agarra a un salvavidas.

Ese comunicado fue desmentido. El día 28 Ludendorff ya no veía ninguna otra salida y decidió ordenar al gobierno que mandara a los enemigos una oferta de alto el fuego. Al mismo tiempo decidió una modificación del gobierno; ordenó que el canciller del Reich acogiera en el gobierno a los católicos, a los socialdemócratas, a todos los que estaban en la oposición en el Reichstag, y que se gobernara como en un sistema parlamentario. Ahora,

cuatro años después, demasiado tarde ya, se iba a recurrir a la nación entera, al pueblo entero, para que se hiciera responsable de la derrota.

Cuando Von Hertling, el canciller del Reich, se enteró de que a partir de ahora lo obligaban a gobernar como en un sistema parlamentario, solicitó su cese inmediato.

El nuevo canciller fue el príncipe Maximiliano de Baden. Sin embargo, la formación del gabinete de gobierno tardó un tiempo. Ludendorff, que mandaba telefonar a Berlín cada dos horas, no tuvo más remedio que oír una y otra vez que las negociaciones no habían concluido todavía. Además se enteró de que el nuevo canciller se negaba a enviar la oferta exigida de alto el fuego. Y es que un grupo creciente de hombres opinaba que del hecho de que Ludendorff hubiese perdido los nervios no podía colegirse que también el ejército los hubiera perdido. Lo que había que hacer era dejar marchar a Ludendorff y, con un nuevo general y con la tropa que todavía estaba en disposición de luchar, iniciar los preparativos para unas negociaciones tranquilas y objetivas. Ahora bien, este mandó telegrafiar a Hindenburg para que fuera a Berlín. El 1 de octubre el representante del Mando Supremo del Ejército daba lectura al príncipe Maximiliano de Baden del siguiente texto de una llamada telefónica: «Gran Cuartel General, 1-10-1918. Si existe la seguridad de que hasta esta tarde, entre las siete y las ocho, el príncipe Maximiliano forme gobierno, estoy de acuerdo en prorrogar la oferta de alto el fuego hasta mañana por la mañana. Por contra, si la formación de gobierno resultara incierta, considero aconsejable realizar la emisión de la declaración a los gobiernos enemigos esta misma noche. Fdo. V. Hindenburg».

A pesar de todo, el príncipe se negó a mandar emitir esa oferta precipitada. En el frente reinaba de nuevo la calma. ¿Por qué declararse en bancarrota así, de repente?

Entonces Ludendorff se decidió por un manotazo sobre la mesa. El 2 de octubre su representante, el comandante V. d. Busche, reunió a los líderes de los diferentes partidos del Reichstag y les dio explicaciones sobre la situación. El orador habló brevemente, en tono militar y seco. El contenido de su discurso resultó de esta forma tanto más terrible. «Las tropas de reserva — dijo —, se han agotado, la guerra ya no se puede ganar. Por ese motivo, los mandos del ejército han decidido proponer al káiser que se envíe una

propuesta inmediata de alto el fuego a los adversarios. El káiser está de acuerdo en que ya no hay más tiempo que perder. Cada día puede empeorar decisivamente la situación».

Cuando el comandante hubo acabado su exposición, los diputados estaban sentados, atónitos y con una palidez cadavérica. ¡Todo estaba perdido! ¡Todo había acabado! Pero en realidad, ¿cómo es que de todo ello no había habido ni siquiera una frase en el parte de ese mismo día? ¡Así pues, los habían engañado y estafado! ¡Sí, no se le podía hacer nada ya! Al canciller del Reich no le quedaba otro remedio que ceder. En la noche del 3 al 4 de octubre se emitió la oferta de alto el fuego. Ludendorff había cosechado una última victoria, pero esta vez sobre su propio pueblo.

ESA NOCHE SCHLAPPERT durmió en un sofá de su despacho. Al atardecer había ido a verlo su colega Max Warburg, quien le habló de una conversación mantenida con el canciller del Reich.

—Sigo opinando lo mismo —dijo el amigo banquero—, si los militares contemplan la situación de esa manera, que vayan ellos mismos allá con la bandera blanca. Me parece una chifladura irles a gritar a los militares como civil: ¡sigan ustedes luchando! Sé que mi hijo único, que ya está recibiendo instrucción militar, estará dentro de cuatro semanas en las trincheras. A pesar de todo digo que no hay que perder ahora los nervios solo porque los haya perdido ya el señor Ludendorff.

Una vez solo, Schlappert estuvo dando vueltas por su despacho de un lado a otro, para volver a exudar el veneno que esa condenada Lilli le había inoculado, tal como se repetía de tanto en tanto cuando se detenía en sus idas y venidas. La charla con su procurador lo había agitado sobremanera. Ese tipo de personas, que presenciaban su propio naufragio desde un palco, por decirlo así, era realmente repugnante. Sin embargo, cuanto más reflexionaba Schlappert, tanto más claro se le fue haciendo que su misión no era cambiar a este pueblo que permitía que lo gobernaran generales y que no deseaba de ninguna de las maneras tomar en sus propias manos las riendas de su destino.

«No, no —volvió a decirse Schlappert en voz alta—, Lilli es una criatura, y una criatura ignorante, además, como en general lo son todos los idealistas que pretenden mejorar el mundo. Las cosas funcionan de manera diferente en este país. Aquí todo el mundo está pendiente por ver cómo salir del apuro. Yo no soy ministro, no pienso ni por asomo convertirme en ministro. Será espeluznante cuando pierdan la guerra, pero las cosas salen distintas a como se piensan. No puedo salvar a Alemania, pero si salvo a mi banco, salvaré para Alemania más que otros. Hay que ser asqueroso... ese Warburg está también loco. ¿Qué saca dejando que le maten a su hijo...? Ya no tiene ningún

sentido... Digo yo que los generales entenderán algo de esto; si dicen realmente que se acabó, pues se acabó y punto».

Después de realizar estas declaraciones sobre Alemania, Schlappert se tranquilizó y, sin dejar de caminar de un lado a otro, pasó a meditar sobre asuntos que se denominan «más cercanos». Decidió llevar a su hija y a la señorita Schröter a Grünstein y luego, dependiendo de la situación, regresar solo a Berlín o quedarse en Grünstein. Ahora bien, para este fin era necesario aclarar por completo su lío con Lilli. Cuando Schlappert se tumbó a eso de las cuatro de la madrugada para quedarse inmediatamente dormido, también tenía claras las cosas en este punto.

EL AUTOMÓVIL, QUE combado hacia atrás por el peso de las maletas atadas en la baca y con el radiador apuntando al cielo circulaba torcido como un perro que nada, se detuvo justo frente a la terraza. Lilli se levantó de la escalera. Schlappert saltó afuera y presentó a su hija Anita y a la señorita Schröter. Lilli miró a Anita, y las mujeres se contemplaron con una mirada despectiva el color del maquillaje, la forma de la cara, el tipo de peinado y el carácter de la oponente. Al volverse Lilli de nuevo hacia Schlappert, ella sintió que cuatro ojos la examinaban y desnudaban poco a poco. Después de la cena se sentaron los cuatro en el salón rojo. Todo el mundo estaba callado.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Lilli al cabo de un rato—. ¿Va a haber paz o no? Cuando se difundió en el pueblo la noticia de nuestra oferta de alto el fuego, los campesinos querían tocar las campanas, pero vinieron unos hombres y se lo impidieron.

—Eso es muy típico de estas gentes de Grünstein —dijo la señorita Schröter—, hacer sonar las campanas porque hemos perdido.

—Ay, por Dios —dijo Anita—, ¿no podemos hablar de otras cosas? Aquí estamos muy bien y muy tranquilos.

Lilli ponía en orden los cigarrillos en una caja que Schlappert había traído. A eso de las once se levantó todo el mundo para ir a dormir. Lilli no estaba cansada, se echó un abrigo por los hombros y agarró el espejo para peinarse. Entonces llamaron suavemente a la puerta; cuando Lilli se dio la vuelta, Schlappert ya estaba dentro de la habitación. La expresión de su cara era tan temerosa que Lilli no pudo menos que sonreír.

—¿Se podría cerrar la ventana? —preguntó él, y cerró las hojas con la misma suavidad que había empleado para cerrar la puerta—. Quería hablar un momento contigo —prosiguió, y se sentó en una silla.

—Eso es muy amable de tu parte —dijo Lilli—. Por cierto, tienes mal aspecto.

—¿Tienes noticias de tu marido...? Lo digo únicamente por la situación... por como piensa la gente que... está en las proximidades del frente... entre la tropa.

—Me telegrafió ayer que lo evacuarán la semana que viene hacia Neustadt. Sobre la situación que se vive en el país no escribe nada.

Schlappert se llevó la mano a la frente. Ese telegrama era un regalo de los cielos.

—¿Te irás entonces? —preguntó él.

—No lo sé... Quería hablar contigo sobre eso.

Schlappert se acercó con la silla al lado de Lilli.

—Tenemos que tomar algunas decisiones —dijo él.

Lilli miró el cepillo en sus manos y lo dejó frente al espejo.

—Como has visto —dijo Schlappert—, tuve que traerme conmigo a mi hija. No podía dejarla sola en Berlín en estos tiempos tan agitados. —Se calló y buscó los ojos de Lilli; pero Lilli estaba mirando las manos que había juntado sobre la rodilla—. Así que ella está aquí —prosiguió Schlappert—, y ahora nosotros dos tenemos que decidirnos. Además, en estos días horribles en Berlín he estado pensando mucho sobre ti y sobre mí, sí, sobre mí también. Esto tengo que contártelo en otro momento, en detalle. Hablemos ahora sobre nuestra situación. La chica está ahora aquí en la casa, tú eres la esposa de otro, y además de un... de un herido, sí, y eso no arregla nada las cosas.

Schlappert volvió a interrumpirse. Mientras lo escuchaba con atención, Lilli se había girado, de modo que ahora él le veía la cara de frente y al mismo tiempo su perfil en el espejo.

—Ya me quedó claro durante la cena que tengo que irme... —dijo Lilli—, pero me gustaría saber lo que harás tú, ahora que sabemos lo que voy a hacer yo.

—Yo... bueno... sí, ¿qué voy a hacer? Volveré a recaer en mi antigua vida... Soy un perro cobarde, Lilli. Has amado a una persona a la que no has conocido nunca... Querría arrodillarme ante ti y besar tus pies... por todo lo que me has dado, pero no puedo continuar... te dije que soy un tipo cobarde... no puedo cambiar... Tú has visto con tus hermosos ojos dentro de mí algunos rasgos en mi carácter que él no tiene... Querías hacer de mí una persona vivaz, pero yo no soy eso, o tal vez ya no lo soy... soy un hombre rico... y tal vez eso

también lo fui y ahora ya no... pero soy un hombre reseco... Quiero salvar mi banco, pero no quiero hacer nada más, excepto comer un poco bien y dormir lo más tranquilamente que se pueda... y casar a mi hija. Ahora llegan unos tiempos espantosos para Alemania, para toda Europa..... unos tiempos de espanto, santo cielo bendito, es una atrocidad esto que hago, decirle a un mujer como tú que haga el favor... que debe... —Schlappert se tragó la última frase y prosiguió a toda prisa—: Esto merecería que alguien me pegara un tiro... Me desgarraría la camisa si tú me dispararas ahora, pero...

—Estás en un error. Yo no me he equivocado contigo.

—¿Cómo dices?

—Nunca te he silenciado que tú me amas más de lo que yo te amo a ti...

—Esto lo dices ahora... —Schlappert se calló. El comentario de Lilli lo había ofendido—. Pero tal vez tengas razón al verlo ahora así —dijo al cabo de unos instantes.

—Más de una vez te he dicho lo que hago —dijo Lilli—. Estoy probando lo que una mujer como yo puede hacer en estos tiempos en los que estoy viviendo. No tengo ningún talento para permanecer sentada y esperar; por eso no lo intenté al principio, o no lo intenté por lo menos durante un determinado tiempo, cuando mi marido se fue un buen día a eso que llaman «la guerra» y me dejó sola. Tampoco tengo ningún talento para ser cuidadora. Por eso no lo he cuidado. Pero es que, encima, no habría podido hacerlo pues no me permitieron viajar al hospital militar en el que estaba él. He visto, sí, he visto muy bien que eres una persona dividida en dos. Te he dado todo lo que tengo...

—Sí, lo has hecho... —gimió Schlappert.

—... y yo pensé que si esa parte de ti que es tan inteligente y tan activa, tan receptiva para muchas cosas que son bellas, y también un poco ambiciosa, creí que si esa parte de ti se topaba con una mujer, yo hago lo que debo, lo que la naturaleza quiere y lo que es conforme a mi naturaleza... pero probablemente hay que ser más inteligente de lo que soy yo, o tener la cabeza mejor amueblada, y probablemente más rica, sí, seguramente más rica para poder atreverse a eso. Así actué, pero nunca se sabe lo que hay que hacer, no está escrito en ninguna parte y decirlo no lo dice absolutamente nadie. Probablemente nadie sabe ya cómo hay que actuar... ¡tú seguro que no lo sabes!

—Calla, te lo suplico, calla...

—De acuerdo con las ideas corrientes he actuado mal, pero aquellos que viven y actúan según esas ideas tampoco son personas mejores. Todos andan desalentados, tiosos por la vida, como tiosos en los que cae la lluvia y la nieve, y se mojan y se enfrían, se congelan y descongelan de nuevo, brilla el sol, todo llega y todo pasa... yo no quería eso... yo no quiero vivir así.

Lilli se calló. Separó las manos entrelazadas y se las llevó varias veces por encima de los ojos y por el pelo.

—Lilli —dijo Schlappert, arrodillándose con algo de torpeza frente a ella —, sé mi mujer, quédate conmigo, intentaré vivir para ti, y aprenderé...

—Mi mayor error fue venir aquí —dijo Lilli acariciando el pelo de Schlappert—. Tendría que haberte hecho venir a mi casa, pero jamás debí venir a la tuya...

—Yo fui quien vino a ti, te asalté...

—Vete ahora a tu habitación... Tampoco tienes la culpa. He actuado mal y estúpidamente... muy mal, muy estúpidamente... hay que... ¿cómo es esa palabra que siempre olvido?... aguantar... No hay que vivir en absoluto, ni hacer nada en absoluto... vete ahora... no se trata para nada de amor... se trata de nuevo de placer, y ese lo has tenido ya.

—Soy demasiado estúpido para ti —dijo Schlappert.

—Vete ahora. Probablemente seguiré estando mañana a primera hora aquí.

A LA MAÑANA SIGUIENTE Schlappert estaba sentado al escritorio cuando entró Lilli.

—Ahora se ha vuelto loco también ese Rathenau —dijo él arrojando un periódico encima de la mesa. A continuación se levantó, salió al encuentro de Lilli, le dio un beso en la mano y la condujo a la mesa. Lilli agarró el periódico y leyó aquel famoso artículo del gran escritor que comenzaba con estas palabras: «El paso de la dirección del ejército fue precipitado. Todos queremos la paz. Nosotros, los menos, ya lo advertimos y avisamos cuando ningún gobierno pensaba en mirar a los ojos a la verdad. Ahora se han dejado llevar, en el momento inmaduro, en la decisión inmadura. No hay que comenzar las negociaciones en blando, sino que primero hay que reforzar el frente. El adversario tiene que ver que la nueva mente del pueblo también fortalece la mente y la voluntad de los combatientes. Hemos retrocedido, pero no nos han vencido...».

Lilli leyó dos veces la conclusión del artículo: «¿De qué nos sirven hoy las expediciones y las ocupaciones en Rusia? En una situación difícil está en estos momentos más de la mitad de nuestras tropas en el frente occidental. A un frente renovado se le ofrecen otras condiciones que a uno fatigado. No queremos guerra sino paz, pero no una paz de la sumisión».

—¿Qué es lo que te ha cambiado tanto —preguntó Lilli con un movimiento negativo de la cabeza— para ver una «locura» en este magnífico llamamiento?

Schlappert, que la noche pasada había fumado demasiados puros, se levantó de repente.

—¿Que qué me ha cambiado tanto? Voy a decírtelo exactamente. Tenemos que comprender por fin que hemos pecado. Tenemos que ofrecer el sacrificio de someternos. Nuestra fanfarronería nos ha echado encima esta guerra, y ahora tiene que ponerse un punto final a esa fanfarronería. Cada cual tiene que comenzar por sí mismo. La Entente destruirá Alemania. Ahora solo queda el

individuo. Venderé mis cuadros y, si no hay otro remedio, abriré un banco nuevo en Grünstein. También se pondrá a la venta esta casa... ¿Para qué necesita un banquero un palacio? Todo eso fueron disparates... ahora ha llegado la hora de pasar cuentas y debe encontrarnos preparados...

«Estos millonarios asustados —pensó Lilli, y miró a Schlappert—, no ofrecen ninguna visión heroica que digamos».

—Nos afecta también a nosotros —continuó Schlappert—. A ti y a mí, pero estoy dispuesto a someterme, sí, te lo digo francamente, estoy decidido a ir a la iglesia y decir: he cometido muchos pecados, o como tenga que decirse eso... Me has dicho que soy un hombre dividido. Tenías razón, lo soy, pero quiero reencontrarme. Vente conmigo... te digo que los tiempos que se inician ahora serán espantosos.

—Estás temblando —dijo Lilli en tono despectivo—. Vamos, cálmate, lee tu correo, quizá contenga alguna buena noticia.

Schlappert abrió una carta.

—No contiene ninguna —dijo él—, y tampoco debe contener ninguna. Ahora tienen que ponerse muy mal las cosas, necesitamos eso... ¡lo necesitamos todos!

Encendió un cigarrillo y siguió leyendo. Lilli se levantó y salió del salón. Se detuvo un instante en el rellano, y entonces dio la vuelta y salió de la casa. La terraza estaba vacía. En la ancha avenida, los guijarros rojos crujían bajo sus pies. Lilli pisó el césped y anduvo a lo largo de los castaños en dirección al portón del patio. Un jardinero la saludó y corrió hacia atrás el pesado portón, que se abrió sin hacer ruido. En el pueblo de Grünstein se bifurcaba el camino. Sin hacer caso del letrero indicador, Lilli siguió caminando siempre recto. Hacia el mediodía la alcanzó un leñador que transportaba tres gruesos troncos de árbol con dos caballos. Como estaba cansada, preguntó si se podía montar en la carga.

—Pero es muy duro —dijo el hombre—, espere, le daré a usted esto. Se quitó la chaqueta, la dobló y la puso en el segundo tronco, de modo que Lilli pudo utilizar el tercero, que estaba más arriba, como respaldo. La carretera atravesaba el bosque.

El transporte se movía más lento que un peatón. Lilli contempló los troncos altos de las hayas y se puso a meditar adónde ir. Esta aldea de Grünstein y

todo lo que había tenido lugar allí había sido sucio, no había otro término para designarlo, había que admitirlo, sí, había sido sucio, y estúpido... Las cosas no funcionaban así, amar sin amor... pero ya había terminado eso, ya pasó, se acabó, borrón y cuenta nueva... Pero la guerra había terminado también; ahora tenía que llegar algo nuevo, algo completamente nuevo, diferente del todo... ¿Estaría Schlappert verdaderamente en bancarrota como había dicho? ¿Pobre? ¿Arruinado? ¡Entonces ya no era nada, absolutamente nada! «¡Entonces — pensó Lilli—, ha perdido mucho al perderme a mí!». Sin embargo, la mezcla de odio y de rabia que había dentro de ella no la sosegaba. «Tengo un marido —siguió pensando—. Él regresa y yo regreso; vamos a encontrarnos el uno al otro... ¿gritará cuando se entere de lo que ha ocurrido en Grünstein? ¿Quién quieres que se lo diga? ¿Quién se lo va a revelar? —Lilli tensó su pañuelo de bolsillo hasta que se desgarró—. ¡Estos pensamientos son los de una colegiala! Si él me vuelve a gritar, entonces me voy... pero ¿adónde, Lilli? Adónde? ¡No sé adónde ir! ¡Quizá las cosas sean mejores ahora que se ha acabado la guerra! Yo también estoy acabada. Que me tomen ellos como soy, pero ¿también los tomaré yo como ellos son?... Pascal... ¡Que una persona pueda pensar con tanta serenidad y claridad como ese francés!».

—¿Es usted de aquí? —preguntó de repente el trabajador.

—De Baviera —respondió Lilli.

—En Baviera va a haber algo pronto —dijo el hombre—. Los bávaros no se dejan embromar como los de por aquí.

—¿Qué va a haber?

—Revolución —dijo el hombre, y se echó a reír.

Cuando Lilli no apareció a la hora de comer, Schlappert supo que se había marchado de Grünstein. Fue a la habitación de ella y vio que no se había llevado nada consigo. Las maletas estaban encima del armario. Schlappert las bajó y se dispuso a llamar a la criada. Sin embargo, se lo pensó mejor y llenó las maletas él mismo. De aquellas prendas finas, ligeras, ascendía el aroma que tan bien conocía él. «Lo que estoy haciendo aquí ahora es casi como si estuviera muerta», pensó Schlappert. Pero Lilli no estaba muerta, solo se había ido, era un grato recuerdo que no había quedado empañado siquiera por una despedida. Schlappert se dio cuenta de que le sentaba bien el trabajo físico de hacer las maletas. Al meter un libro en la maleta, se acordó de repente de una

biografía de Goethe que había leído durante el viaje. Se levantó y se acercó a la ventana. Así que también él había experimentado que las mujeres son vivencias que enriquecen y hacen más profundo a uno, siempre y cuando se tenga la energía de superarlo todo (de superar a los demás), como aquel biógrafo había escrito tan bien.

EN OTROS TIEMPOS y en otras circunstancias el repentino regreso de Lilli a la casa de los Chindler habría causado mucha expectación. Sin embargo, en esos días todo el mundo andaba demasiado ocupado con la catástrofe inminente. El 10 de octubre, justo un día antes de que regresara Lilli, se habían originado alborotos en Neustadt. La policía dispersó las concentraciones, pero durante la noche se formaron nuevos grupos que penetraron en el barrio de las mansiones y arrojaron piedras a los cristales; en la casa de los Chindler quedaron rotas todas las ventanas de la planta baja. Theodor Chindler había salido esa mañana temprano de casa para dar una vuelta por la ciudad y comprobar la certeza de los rumores terribles que circulaban por todas partes. Cuando regresó al mediodía, los cristaleros ya estaban trabajando colocando las lunas nuevas. En la explanada, varios jóvenes estaban sentados en torno a una mesa que se había sacado de la cocina. Chindler no sabía qué significaba aquel alojamiento en la casa y preguntó por el motivo de la visita. Uno de los jóvenes se puso en pie y respondió que el pueblo católico no tolerará que al señor catedrático le suceda nada, que allí estaban de guardia para él y para su casa. Chindler se quedó conmovido.

—¿Saben, señores míos? —dijo—. Todavía sé apuntar y acertar muy bien en el blanco. ¡Si esos elementos vuelven a tirar piedras, yo también les tiraré algo, pero será un pimpampum!

Los hombres rieron, y Chindler ordenó que se sacara cerveza. A continuación subió a la primera planta, a la habitación de su esposa.

Elisabeth estaba radiante.

—Han venido por sí mismos, sin que se lo pidiera nadie —dijo ella—. ¿Ves ahora que mi trabajo con las mujeres no ha sido en vano? El pueblo no nos abandonará.

El optimismo de Elisabeth alborotó a Chindler.

—Ese club de jugadores de bolos de ahí abajo no nos salvará —dijo él.

Sin embargo, Elisabeth no cambió de opinión, y Chindler, en el fondo del corazón, también estaba contento.

Una semana después llegó Ernst Chindler. Como todavía no podía caminar, despejaron para él el salón de la planta baja y lo acondicionaron como dormitorio. Con la ayuda de Lilli y de las dos criadas, Elisabeth sacó a rastras de la habitación los pesados muebles cuando de pronto se le ocurrió algo. Se fue de prisa, como siempre que le ardía alguna idea en la mente, subió arriba y entró en la habitación de Leopold.

—Me parece increíble de tu parte —dijo ella deteniéndose en el umbral—. Tu hermano, que también ha resultado gravemente herido por ti, viene a la casa de sus padres y tú estás aquí sentado leyendo estúpidos libros modernos en lugar de ayudarnos a nosotras, débiles mujeres.

—Por favor, ya os ayudo con gusto —dijo Leopold, y siguió a su madre.

Elisabeth se sentó en una silla y se puso a dirigir a la pequeña tropa en los cambios de muebles.

—Bien —dijo ella al cabo de un rato—, el resto pueden hacerlo las criadas solas. Querría hablar contigo, Leopold.

Leopold siguió a su madre a la habitación para hombres.

—Sin duda nos has ayudado —comenzó diciendo Elisabeth—, pero la expresión de tu cara era tan huraña que me he sentido ofendida. Estoy decidida a no tolerar más esa cara tuya.

—Estoy un poco deprimido, mamá.

—No tienes ningún motivo para ello. Toma ejemplo de esos hombres valientes que han venido espontáneamente a proteger a tu padre.

—Eso es justo lo que me tiene afligido. Entiéndeme bien. Por supuesto que estoy feliz de que se proteja la vida de papá, pero el modo en que esos hombres juegan a soldados me aflige.

—¿Preferirías acaso que asaltaran la casa y que nos hicieran a tu padre y a mí sabe Dios qué?

—No tergiverses las palabras que digo, mamá...

—Nos resultas un desconocido, eres diferente a tus hermanos... El regreso de tu hermano a casa ¿no es ningún motivo de alegría para ti?

—Ay, esa alegría se empaña cuando miro a Lilli y su extraña conducta...

—Lilli no te concierne en absoluto. Eres demasiado joven para juzgar a los

adultos. Primero sé una persona que alegra a sus padres.

—No puedo cerrar los ojos, y aunque los cerrara, mis pensamientos seguirían su curso.

—Eres la más fría de todas las personas que conozco. Si tuvieras un poquito de corazón, te esforzarías el doble por mitigar el dolor de tu madre por su hija pródiga.

—¿Sabes que Maggie está en Neustadt? —dijo Leopold.

—¿Dónde? —preguntó Elisabeth asustada.

—En la ciudad.

—Lo que faltaba —dijo Elisabeth Chindler—. Bueno, quizá fue ella la persona desvergonzada que tiró las piedras contra nuestras ventanas. Cuando uno se hunde una vez, ya no puede parar de hundirse.

—Dices unas cosas terribles cuando estas agitada, mamá.

Elisabeth miró al chico.

—No estoy sola —dijo ella—. Cuando me dejen todos mis hijos, vendrá el pueblo piadoso a mi casa, como esos hombres magníficos de ahí afuera.

Leopold salió del salón. Cuando atravesó el pasillo en el que estaba la guardia, no miró a los hombres. «Que se los lleve el diablo porque no saben siquiera lo que hacen», pensó.

—Ese parece ser un patrono arrogante —dijo uno de los hombres en voz baja a los demás cuando Leopold hubo subido la escalera—. Por él no me quedaría aquí.

—¿VUELVES A TENER dolores? —preguntó Lilli a su marido.

—Los dolores me dan lo mismo —dijo Ernst Chindler—, o casi lo mismo —y señaló con la mano a su pierna—; pero esto de aquí, la cabeza, la frente, los pensamientos, todo eso me vuelve loco. Todo va a desmoronarse, y para esto hemos estado luchando. Si al menos pudiera correr por ahí.

Como todavía no podía caminar, lo habían transportado a la casa en una camilla. Desde entonces se pasaba el día tumbado en el sofá, y por la noche lo llevaban hasta la cama. Tenía las manos amarillentas y finas, y ya no llevaba ningún anillo. Al principio Lilli se encargaba de los cuidados, pero se reveló tan poco habilidosa que Ernst se ponía aún más nervioso de lo que ya estaba.

—No quiero que me cuides —le dijo a ella—, ve a pasear, vístete y ponte guapa, ve a la ciudad y vuelve a casa para contarme cosas. Si estás por aquí sentada sin hacer nada, me imagino que soy igual que un acusado. La pequeña burguesía se pondrá enseguida manos a la obra. Como lisiado, me enviarán al diablo, la Entente se quedará con tu dinero... ¿Para eso hemos estado cuatro años...? Sí, ¿qué hemos hecho? Ojalá supiera para qué he estado cuatro años tumbado en el lodo o durmiendo con piojos.

—¿Qué te habías esperado? —preguntó Lilli.

—No hables con ese cinismo —dijo el herido—. Lo habíamos esperado todo, todo... una victoria... qué sé yo... o por lo menos una humanidad nueva... una humanidad diferente...

Elisabeth Chindler entró en la habitación, puso el té y dos tazas encima de una mesa y se agachó sobre su hijo.

—Hoy tienes mucho mejor aspecto, ¿no te parece, Lilli? Si no pierde la paciencia, lo volveremos a encarrilar.

—Yo también lo encuentro hoy más fresco —dijo Lilli.

—¿Tienes todavía las cartas que os escribí en los primeros años desde el frente? —preguntó Ernst a su madre.

Elisabeth había guardado todas las cartas y con ellas había hecho pequeños fajos por año que, atados con una cinta azul, estaban en un cajón de su escritorio. Por deseo de Ernst, ella le llevó los paquetitos, y el herido leyó frase por frase lo que le había escrito a su madre. Lilli estaba sentada a su lado. En alguna de las cartas, Ernst titubeaba antes de tendérsela a su esposa.

—¿Por qué —preguntó Lilli— no me escribiste nunca todos estos pensamientos de tu corazón?

—¿A qué pasaje te refieres? —preguntó Ernst.

Lilli leyó en voz alta: «10-10-1915. Estamos luchando por nuestro pueblo y derramamos nuestra sangre con la esperanza de que los que sobrevivan sean dignos de nuestro sacrificio. Para mí la guerra es la lucha por una idea, el espejismo de una Alemania pura, fiel, honrada, sin maldad ni engaño. Si naufragamos con esa esperanza en el corazón, eso será mejor que haber alcanzado la victoria y comprobar que solo se trató de una victoria exterior, sin haber mejorado el interior de las personas...».

—¿Cuándo escribí eso?

—El 10 de octubre del 15 —dijo Lilli.

Ernst lo recordó. Esos pensamientos los tuvo después de la batalla Champaña.

—¿A mí —repitió Lilli— nunca me escribiste eso!

Ernst permaneció en silencio. ¿Cómo explicarle a Lilli que solo había tenido en escasos momentos muy puntuales el valor de hacerla aparecer en su alma? Ante su madre sentía menos timidez, especialmente estando lejos de ella al escribirle. Pero ante Lilli solía avergonzarse, y rompió alguna que otra carta que ya le había escrito. Ante ella, él quiso siempre causar una impresión de fortaleza, quería ser escueto, breve y comedido, virtudes que él consideraba masculinas. ¿Había albergado de esta manera sentimientos de culpa?

Ambos cónyuges reflexionaban el uno sobre el otro. «¿Habría tenido que tratar a Lilli —pensó Ernst—, de otra manera? ¿No habría sucedido entonces ese lance con Hey que no soy capaz de olvidar?». Lilli cavilaba sobre la frase que había escrito Ernst. No le gustaba. (Así que Ernst había acertado al seguir sus propios sentimientos y no escribirle a Lilli tales pensamientos y sensaciones; pero hay que añadir que había estado acertado solo a medias, pues no hacer una cosa no significa haber hecho algo.) Lilli no podía

comprender a las personas que deseaban cambiar ellas mismas en lugar de cambiar sus circunstancias. Sin embargo, el destino había dispuesto que tenía que vivir entre individuos que o bien no podían actuar, o bien no querían hacerlo. Su padre era de aquellos oficiales de alto rango del ejército que veían muchas cosas y callaban otras tantas. Aunque a veces estuviera profundamente deprimido, no se permitía pronunciar jamás una frase crítica hacia su entorno. Su suegro era lo contrario. Se entristecía y decía a todo el mundo lo mal que estaban las cosas en Alemania. Pero ¿qué hacía él? ¿Y Ernst? Lo que le desagradaba a Lilli de Ernst (o, mejor dicho, lo que la aburría) era que él solo pensaba en sí mismo a no ser que pensara en su futuro, ya fuera con esperanza o con desesperación, o que cavilara sobre el sacrificio que él y los suyos hacían por Alemania. «¿Habría tenido que poner un punto final cuando se enteró del lío con Hey? —siguió pensando Ernst—. ¿Habría sido eso mejor? ¿Debía de poner el punto final ahora? ¿Había algún remedio para sacarse esa espina de la carne de su corazón? Pero ¿iba a perder también a su esposa después de todo el desmembramiento que le había proporcionado esta guerra...? ¿Dejar a esa belleza y...? ¿Quién se casaría con un mutilado como él? Sin embargo, a por Lilli vendrían doscientos hombres y se echarían a temblar por tener a Lilli... y Lilli se marcharía...»

Lilli siguió leyendo las cartas antiguas.

—¿Qué significa esto? —preguntó al cabo de un rato, y mostró a Ernst una carta señalando un pasaje con el dedo índice. Ernst le quitó la carta de la mano y leyó: «En un ejemplar de los poemas de Hölderlin que me prestó Mahritz, me escribió el siguiente verso con su letra diminuta: *Te spectem suprema mihi cum venerit hora, te teneam moriens deficiente manu*. Es decir —tradujo Ernst—: A ti quiero verte cuando me llegue la hora; muriendo quiero retenerte cuando ya se venza mi mano».

Lilli no dijo nada. Los versos la habían estremecido.

—Por cierto —dijo Ernst—, Mahritz me escribió ayer. Pregunta si tendríamos ganas de ir a verlo a su hacienda. No va a quedarse en el ejército. ¿Te gustaría ir?

—¿Dónde queda la hacienda?

—A dos horas de Berlín.

Lilli se quedó mirando a su esposo, pero no lo veía a él, veía una casa

llena de habitaciones, un patio, árboles, bosques, flores y muy cerca de todo eso, la gran ciudad de Berlín. Mientras veía esas imágenes le pareció como despertar de un sueño agobiante a la claridad de la mañana.

Se malinterpretaría a esta mujer, como la había malinterpretado Schlappert, si se quisiera creer que no había encontrado lo suficiente en sus relaciones exteriores. Pese a algunas pérdidas, seguía teniendo suficiente fortuna (y de ello era inconscientemente consciente). No, no se trataba de eso. Lilli no quería vivir mejor, sino que quería vivir, y su naturaleza le exigía relaciones que pudieran formarla a ella y a las que ella pudiera dar forma. El ser humano, cuando es apasionado, se precipita sobre aquello que lo impulsa, y no ve por sí mismo la desgracia que ocasiona cuando lo precisa. Lilli ansiaba ver a la persona que había escrito aquella frase con letra diminuta en un libro. Ya había oído algunas cosas sobre Mahritz sin haber pensado nunca en él. De pronto, eso había cambiado. De pronto volvía a estar la vida ahí.

—¿Sabes qué? —dijo ella—. Vamos ahora mismo allí. Mañana a primera hora. La estancia aquí no nos hace bien a ninguno de los dos. La vida en el campo es profunda y magnífica.

Ernst se quedó sorprendido por el entusiasmo repentino de su esposa. Sin embargo, ese cambio en el carácter de ella lo cambiaba también a él. La desesperación no se contaba entre los rasgos del carácter de él, era tan solo la reacción a la incertidumbre o, como él mismo decía, al absurdo de la situación que lo afligía. Lilli se sentó en el sofá a su lado y comenzó a contar cosas acerca de Grünstein. Describió la casa, los cuadros, la biblioteca, habló de Weißling, el docente, y del curso de Filosofía que había impartido. Solo a Schlappert no lo mencionó para nada. Ernst escuchaba con atención las frases de vivos colores de ella. Hacía mucho tiempo que no hablaba con él con tanta vivacidad. De pronto Lilli se calló. En mitad de su relato le vino a la memoria el final de su estancia en Grünstein, y (como si viera a una persona desconocida) se vio a sí misma caminando con su vestido verde por la carretera del pueblo. ¿Acabaría otra vez así su próxima estancia? No, había que olvidar a ese S. (ni siquiera nombraba el apellido en sus pensamientos), el que la había humillado sin llegar a destruirla, el que la había doblegado profundamente sin llegar a quebrarla. Se apartó los cabellos de la frente para expulsar ese recuerdo. ¿Qué importaba una persona? ¿Qué importaban la

guerra y la revolución? El mundo era grande y estaba lleno de personas, y estas le llegaban a uno como esa extraña carta que era como una llamada a gritos y que ella había leído por casualidad (¿o no se trataba de una casualidad?).

Ernst se incorporó. Lilli le sonrió. Él le gustaba porque tenía un amigo así, y siguió contando cosas. «No puede dudarse —pensó Ernst—, de que apenas siento las heridas cuando ella me cuenta cosas». Agarró una botella de coñac que estaba junto a su cama, se llenó hasta casi la mitad de su taza de té, se lo bebió de un trago y dijo súbitamente:

—¡Sí, nos vamos de viaje cuando podamos, lo más pronto posible, si eso te hace feliz!

MAGGIE ESTABA ZURCIENDO unas medias y escuchaba a su hermano Leopold, que estaba sentado en una butaca al lado de la ventana.

—¿Recuerdas —dijo Leopold— cómo se comportó nuestro padre cuando estalló la guerra?

—Se encerró en la habitación y se hizo el loco, como dicen en Berlín.

—Tengo que ir algún día a Berlín. La gente allí tiene expresiones magníficas... Pues ahora está igual que entonces. Por lo menos antes estaba enamorado de Lilli, últimamente ya no le gusta. Creo que sabe algunas cosas sobre las extrañas vacaciones que se tomó Lilli.

—¿Y mamá?

—Mamá se ha venido muy arriba. A ti te ha borrado de la lista.

Se abrió la puerta y Koch entró en la habitación cojeando.

—Ah, el señor Chindler en persona —dijo él—. Quédese sentado y no se moleste.

—¿Crees de verdad que mamá me ha olvidado? —preguntó Maggie.

—¿De quién se habla? —preguntó Koch.

—De mi madre —dijo Maggie.

Leopold vio en los ojos de su hermana que él la había herido con su comentario. No la entendía.

—No puedo entender que todavía tengas afecto por esa mujer —dijo él.

—Estás en esa edad en la que uno se rebela contra sus padres; yo ya estoy más allá de eso y los vuelvo a querer, a los dos... ¿Qué dice mamá de Lilli?

—Está que da trinos de satisfacción porque en casa vuelve a reinar el orden y la compostura. Karl está en Rumanía, donde dicen que la situación no es peligrosa. Ernst está en casa, Lilli también, yo también, la guerra se ha ido al traste y a vosotros no os ha ocurrido nada más. En lo que concierne a Lilli, mamá se comporta como un guarda forestal que pretende adiestrar a un perro salchicha; mientras hay vida, hay esperanza.

—Para una madre —dijo Koch— eso es un punto de vista razonable.

Leopold se enfadó.

—Usted no conoce a mi madre, ni a mi cuñada, señor Koch —dijo él—, de lo contrario hablaría de otra manera.

—Los conozco un poco a los dos, por eso hablo así —dijo Koch en tono gruñón.

—Lilli es una mala bicha. Es a quien mejor conozco de toda la familia... (Maggie sonrió por ese juicio convencido, pero Leopold no se dio cuenta.) ¿No es acaso una vergüenza que esa persona se pase todo el verano Dios sabe dónde mientras su marido se batía entre la vida y la muerte? Aparece de repente. ¡Y cómo apareció! De noche, sin equipaje, las maletas llegaron media semana después, y con la cara desfigurada, completamente loca, ¡creo que debió de vivir una experiencia intensa! Mamá no dice ni una palabra al respecto, pero de Maggie no se debe hablar. No, esa hipocresía me resulta demasiado basta, quizá sea necesario un poco de eso cuando uno es devoto, pero hasta ese punto... No, ese no es ningún punto de vista razonable, señor Koch. Se lo digo con franqueza, a veces me maravilla que usted haga declaraciones como esas siendo socialista.

—Un idealista —dijo Koch a Maggie—, un Parsifal. —Y señaló con el dedo a Leopold.

—Hablo de la hipocresía de mi madre, que nos incumbe a mi hermana y a mí. ¿Qué tiene que ver eso con Alemania?

—Yo hablaba de su cuñada, de Lilli, quien, después de todo lo que oído hablar de ella, me gusta cada vez más. Permítame —prosiguió Koch al ver que Leopold se disponía a interrumpirlo—, anoche leí un libro sobre Catalina la Grande de Rusia. ¿Cree usted que la pequeña de Pomerania se habría vuelto en Stettin tan grande como lo llegó a ser en Rusia? Es una condenada cosa lo que ocurre con las mujeres en Alemania. Son como ciertos árboles que no pueden desarrollarse correctamente en nuestro suelo. Eso lo veo también en la hermana de usted. En otro país, con su carácter y su inhabitual porción de sentido común, ella podría gobernar un Estado...

Maggie se dio la vuelta y le tapó la boca a Koch.

—Qué cosas dices cuando te pones a hablar —dijo ella riendo—. ¡Otros países tienen otros errores!

Koch se liberó.

—Pero en el nuestro, ninguna mujer puede llegar a ser algo ni siquiera en un partido de la oposición, siempre y cuando no quiera dejar de seguir siendo una mujer... ¿Qué hace en realidad su padre? —preguntó al cabo de un rato al ver que Leopold callaba.

—No soy espía —dijo Leopold.

Koch frunció el ceño y se sentó en un rincón. Maggie continuó zurciendo. Leopold se encendió un cigarrillo. De pronto se abrió la puerta de golpe y Gerda Riemer entró en la habitación. Seguía todavía muy pálida desde su enfermedad, y estar de pie detrás del mostrador le resultaba tan pesado que solo podía trabajar a media jornada.

—¿Sabéis que han detenido a Richard? —dijo rompiendo a llorar en ese mismo instante, erguida, demasiado emocionada, tal vez también demasiado desesperada para llevarse las manos a la cara.

—Lo sabemos —dijo Koch desde el rincón.

—¿Quién? ¿A quién? —preguntó Maggie—. ¿Qué ha sucedido?

—Este mediodía han detenido a Richard —dijo Koch.

Leopold se levantó y ofreció una silla a la llorosa Gerda. Maggie, que se sentía más triste que molesta por la disputa entre Koch y su hermano, se lo agradeció acariciándolo con uno de sus movimientos tímidos y veloces. A continuación rodeó la mesa y se sentó frente a Gerda.

—¿Sabéis lo que me parece esta detención? Un disparate. Esos tipos han arruinado a todo el país, han perdido la guerra, han empujado a la miseria y a la desesperación a batallones enteros de personas, pero siguen adelante con sus detenciones. De verdad, eso es lo único que saben hacer, encerrar a su propia gente. Deja de llorar, Gerda. Alguien tendrá que ser el último, pero te prometo que Richard será el último a quien vayan a buscar, y el primero al que iremos a buscar nosotros.

Leopold tenía que irse a casa. Le resultaba embarazoso salir de aquella habitación sin haber arreglado antes las cosas con Koch mediante una nueva conversación, pero tenía que estar puntualmente a la hora de cenar en casa. Cuando se hubo ido, dijo Koch:

—Aunque no es ningún muchacho desequilibrado, Leopold es el que menos me gusta de todos tus parientes.

—Tu pregunta por mi padre fue estúpida —dijo Maggie.

—De acuerdo —dijo Koch—, pero ese joven es algo voluble. ¿Por qué critica a Lilli con tanta acritud burguesa? La vi ayer en la calle. Se había despedido de tu madre y caminaba sola. Justo alguien tan descontento como tu hermanito tendría que ver que esa mujer es demasiado bella y demasiado inteligente para su entorno. Es un destino endemoniado poseer esa buena apariencia y tener que vivir en un mundo de depredadores y pequeñoburgueses.

—No la conoces de nada —dijo Maggie con ese leve tono de burla en la voz que solía poner cuando quería reconvenir a Koch sin contradecirle directamente.

—La conozco mejor que todos vosotros —dijo Koch—, porque no tengo esas pequeñas debilidades humanas que soléis cultivar vosotros. A ti se te contagian fácilmente. Cuando está aquí tu hermano, hablas durante tres horas con su voz e incluso con sus palabras.

Maggie arrojó de vuelta al cesto una camisa que acababa de poner encima de la mesa.

—Para que yo te gustara por fin alguna vez, tendría que desmontar mis partes componentes y volver a montarlas de nuevo —dijo con ira—. Pero eso no se puede.

—Discúlpame —dijo Koch—. Has de saber que jamás pretendo ofenderte.

—A veces me ofendes...

—Es tan difícil estarse callado. Eres mejor de lo que eres...

—No entiendo eso.

—Eres grande, pero cuando te pones servil, das la impresión de ser muy pequeña... Ven ahora, tengo que dictarte un artículo.

Agarró de la mano a Maggie y esta le dio un beso.

SI SE VIERTE gasolina sobre un montón de leña, ramas y hojas, y se arroja ahí un fósforo, prende todo con un suave chasquido y comienza a arder en llamas. Así fue como prendió la revolución del 9 de noviembre. En la noche del 8 al 9 se agolparon las noticias incluso en Neustadt. Theodor Chindler estaba sentado junto a su hijo Ernst. Había mandado que cerraran las persianas y que desenroscaran todas las bombillas con excepción de una. En el rincón de la habitación, envuelto por completo en sombras, estaba el secretario Sißmaier, preocupado por su esposa, que lo esperaba en casa. En Baviera se decía que el rey había emprendido la huida. Al parecer también en las zonas costeras estaba todo el poder en manos de los marineros. Solo de Berlín no había manera de enterarse de lo que estaba sucediendo allí. Algunos afirmaban poseer noticias fehacientes de tremendos enfrentamientos callejeros; otros aseguraban que en la capital del Reich reinaba la calma. A eso de la medianoche, el diputado despidió al secretario, que se había quedado dormido, y se fue a la cama. Ya no podían cambiarse los acontecimientos. La guerra estaba perdida; se había derrumbado uno de los gobiernos más poderosos del mundo.

Cuando en la mañana del 9 de noviembre bajó a la planta baja, Chindler vio que la guardia estaba a punto de dejar su casa.

—¿Van a tomarse un descanso los caballeros? —preguntó.

El jefe de la guardia, un carpintero de cuarenta años, se rascó la cabeza con timidez, mientras su gente se escabullía rápidamente por la puerta.

—No es que lo tenga muy claro yo —dijo el hombre—, pero acaba de estar aquí una chica y nos ha dicho que había revolución.

—Bien, márchese —dijo Chindler—, no vaya a llegar demasiado tarde.

—Luego vuelvo —dijo el carpintero, y se fue.

El diputado estuvo reflexionando un rato, luego agarró el sombrero, se lo caló firmemente en la frente, buscó un bastón robusto en el armario ropero y

salió también de casa. Dio dos vueltas a la cerradura de la puerta y se guardó la llave en el bolsillo del pantalón. Hacía frío, era un día lluvioso, y la calle estaba en silencio y vacía. Chindler se subió el cuello del abrigo y se encaminó al centro de la ciudad. Hacía dos días que su estómago volvía a darle molestias, y las manos no se le calentaban a pesar de golpearse con ellas los hombros, tal como había visto hacer a los cocheros. En la plaza de la Victoria había un montón de gente parada.

Chindler pisó el soportal de la tienda de harinas Werner y se puso a contemplar a la muchedumbre de los trabajadores en huelga.

Iban llegando cada vez más grupos en desfile haciendo ondear banderas rojas, y lo que a Chindler le llamó especialmente la atención fueron los numerosos soldados que o bien participaban en los grupos de manifestantes, algunos vestidos con los abrigos grises del uniforme y con los fusiles colgados, o bien desfilaban al lado de los grupos. Algunos soldados habían tirado las gorras y se habían puesto sombreros.

En todas las caras se dibujaba una alegría como hacía años que no se veía. De todas las casas salían mujeres a la calle, vitoreaban a los revolucionarios, levantaban en alto a sus hijos o hacían señas con manos y pañuelos. ¡Había acabado la guerra! ¡El pueblo ya no aguantaba más! ¡La miseria parecía estar vencida! ¡Abría sus puertas una época nueva, mejor!

Chindler estuvo un rato en el soportal cuando de pronto divisó a su lado a un hombre que le resultaba conocido a pesar de la increíble gorra de apache que llevaba. Chindler se inclinó hacia delante para verle la cara y reconoció al señor Pfeiffer, el secretario del Partido de Centro local. Mientras se saludaban, los dos hombres se contemplaron el uno al otro sus respectivos bastones, sus respectivos tocados.

—Se acabó la guerra —dijo Chindler.

—Oh, por Dios —respondió Pfeiffer—. Se han acabado muchas más cosas.

Chindler estaba contento de haberse encontrado con un conocido y propuso ir a una pastelería que estaba al lado de Correos. La pastelería estaba vacía y Schindler se sentó junto al escaparate de cristal, que ofrecía una buena vista sobre la plaza.

—¿Cómo está ahora la situación? Cuénteme —dijo Chindler.

Pfeiffer tomó un sorbo de su té y se puso a contar. Durante la noche se

había constituido en el cuartel un consejo de soldados y obreros que había elegido como presidente a Koch (Pfeiffer tosió al pronunciar este apellido). Hacía una hora, ese Koch había movilizad a la huelga a las últimas fábricas que seguían trabajando, posteriormente ocupó la estación y desarmó y encerró al jefe de estación. Desde allí había regresado de nuevo con su tropa al cuartel. Pfeiffer no sabía nada más.

Chindler contempló con atención la plaza. Así que ahora era el pueblo quien tenía el poder. Entre la multitud se veía a muchos personajes llamativos, hombres fuertes, rostros serios y filosóficos, pero en cada grupo que desfilaba había mutilados que avanzaban encorvados y cojeando. Chindler se quedó sorprendido.

—¿Desde cuándo hay tantos lisiados en nuestro país? —preguntó—. ¿Sabía usted que había tantos mutilados?

Pfeiffer, que era hijo de un contramaestre, miró por la ventana.

—Son las fábricas —dijo—. Las máquinas hacen sus destrozos. Por eso digo yo que hay que ser justos. Las cosas no podían seguir así por más tiempo.

Chindler no replicó. Así que esa maldita y remaldita economía dictatorial había provocado que ahora gobernara la plebe. La letra con sangre entra; así pues, lo que los avisados no quisieron aceptar como lectura ahora van a sentirlo los avisadores en sus propias carnes.

KARL DIEL DURMIÓ plácidamente en su cama la noche del 8 al 9. De camino a su despacho se encontró con los primeros grupos de huelguistas que salían como torrentes de las fábricas. Algunos trabajadores lo reconocieron y le hicieron señas entre risas y exclamaciones. Diel les devolvió los gestos y se puso a caminar con más rapidez. Estaba muy preocupado. Apenas había llegado a su despacho, llamó por teléfono el alcalde de la ciudad, un antiguo conservador que había sido elegido el año anterior; le pidió a Diel con nervios que le hiciera una visita. Diel decidió hacerlo esperar primeramente, e intentó contactar por teléfono con la dirección regional de su partido. No hubo manera de contactar. A continuación se dirigió al ayuntamiento a eso de las nueve, acompañado por Kailab. El alcalde estaba pálido y temblaba.

—Mis funcionarios exigen que les transfiera el poder y las oficinas —dijo—. Como se ha izado la bandera roja, no puedo quedarme por más tiempo en este edificio. Sin embargo, la ciudad está muy endeudada —añadió al permanecer Diel en silencio—, se la puede llevar con suma facilidad a la quiebra... No lo tendrá usted fácil.

—Está bien —dijo Diel—, permanezca en su puesto por el momento como comisionado nuestro.

El alcalde asintió, y Diel mandó que le pusieran con el jefe superior de la policía, quien también puso su cargo a disposición de la autoridad.

—Su sucesor —dijo Diel despacio y mesurado a través del auricular— se llama Kailab. Irá a verlo a usted hacia mediodía y asumirá todas las funciones.

—Para entonces tendrá usted por escrito mi carta de dimisión —dijo el jefe superior de la policía.

—Se lo agradezco —dijo Diel, y colgó. Todo estaba saliendo a pedir de boca—. Estos señores —dijo al alcalde— parecen estar mejor preparados para la revolución que nosotros mismos.

—¡Esto no es una revolución —dijo el alcalde llevándose las manos a la

cara—, es el fin de Alemania!

—Nosotros no queríamos esa guerra —dijo Diel.

—Nosotros tampoco —dijo el alcalde—. Que el rey de Inglaterra responda ante Dios por lo que ha hecho.

—¿Por qué estará ese tan enfadado con el rey de Inglaterra? —preguntó Kailab cuando abandonó el ayuntamiento en compañía de Diel.

Diel se dirigió en silencio hacia la comandancia general. El general al mando estaba en Berlín. Su oficial adjunto de caballería recibió con cortesía a los sindicalistas. Diel, que conocía al oficial de caballería por haber participado en una comisión en la que estuvo sentado a su lado, se dejó caer en un sillón y exigió el reonomiento inmediato del consejo de los obreros y de los soldados.

—No disponemos de ninguna orden al respecto, señores míos —dijo el oficial—, y entenderán ustedes que, como soldados, solo podemos obedecer órdenes.

Diel vio que Kailab asentía con la cabeza en señal aprobatoria, y en ese mismo instante divisó una ligera sonrisa en los labios del oficial.

—No tengo ni el derecho ni la intención de esperar —dijo Diel—, pero no voy a ser ningún monstruo. Le doy de tiempo hasta esta tarde a las seis para que se lo piense.

El oficial tomó apuntes. Un ordenanza entró y anunció que un tal Müller, representante del consejo de los soldados, deseaba hablar con el señor oficial de caballería. Diel se levantó, se acercó a la ventana y vio parados en la calle a Koch con aproximadamente doscientos soldados y obreros.

—¿Me permite un comentario breve antes de que recibamos al señor Müller? —preguntó el oficial cuando Diel se hubo retirado de la ventana.

Diel asintió y el oficial mandó al ordenanza que dijera al señor Müller que hiciera el favor de esperar.

—A ese señor Müller —dijo luego dirigiéndose a Diel— lo conozco bien, y no únicamente yo. Esa persona ha pasado más días en arresto que en el patio de armas del cuartel. Ustedes, señores, que seguramente disponen de una amplia experiencia en asuntos de la administración, ¿van a poner el mando supremo sobre las tropas en Neustadt en manos de un... señor semejante? No querría decir nada más.

«Ese maldito Koch», pensó Diel.

—Le agradezco su información —dijo al oficial—. Tomo nota sin comentarios. Por lo demás, quedamos en mantener nuestra cita. A las seis esperamos su respuesta.

Como Koch seguía con su gente en la calle, Diel salió de la comandancia general por una puerta trasera y se dirigió de inmediato a su despacho. Allí dio la orden de buscar a Koch y de enviárselo a él sin demora. A continuación dictó un llamamiento a la población de la ciudad en el que comunicaba en primer lugar los sucesos que ya todo el mundo conocía y en segundo lugar promulgaba una prohibición estricta de llevar armas. Este llamamiento fue impreso de inmediato y fue pegado en las columnas de anuncios de la ciudad con la tinta todavía húmeda.

LA PROPIETARIA DE la pastelería era la vicepresidenta de la Asociación Católica Protectora de Chicas y una fiel seguidora de Elisabeth Chindler. Después de saludar al diputado, a quien conocía de vista, se sentó a su mesa.

—Los hombres como usted, señor catedrático —dijo la mujer—, no son culpables de la catástrofe de ahí afuera. Pero hay que decir que se han excedido con el pueblo.

Chindler asintió.

—Ya me había imaginado que usted lo diría también —opinó la mujer—. Pero ¿qué va a ser de nosotros ahora? ¿Cree usted que los rojos nos lo quitarán todo?

—Quién sabe —respondió Chindler.

—Oh, Dios mío —dijo la mujer—. Oh, Dios mío.

Algunos trabajadores habían montado en la calle, con entusiasta celeridad, una tribuna de oradores que se llenó de hombres y de mujeres. Chindler salió afuera para escuchar a un orador que había comenzado a hablar.

También clamaban por Diel. Las masas que llenaban la plaza y las calles adyacentes pedían a gritos que interviniera él. Diel miró su escritorio, sobre el que se acumulaban las actas, y salió de su despacho. Mientras estaba en la tribuna oyendo a Kailab con su famosa voz, contempló las caras de las masas que escuchaban con atención. El entusiasmo de la multitud que vitoreaba a Kailab le llegó al corazón, y él se enderezó todo ufano y con una sensación de orgullo que jamás había sentido en la vida. Se había alcanzado el objetivo por el que había luchado durante tantos años. Ahora estaban en el poder. En ese instante vio a Koch en la esquina izquierda de la plaza. Le hizo señas con ambas manos, pero Koch estaba inmerso en una conversación y no miraba hacia la tribuna. Diel murmuró un impropio, se bajó de la tribuna y se abrió paso entre las masas.

—Bueno, Karl —le dijo un trabajador—, ¿qué opinas? ¿Dónde colocamos

el cadalso?

Diel dio unos golpecitos en el hombro del hombre y siguió abriéndose paso.

—Ya estáis otra vez haciendo tonterías —dijo después de llevarse a Koch al portal de una casa—. Mientras yo ando en medio de unas negociaciones decisivas con los militares, me encumbras a una persona con un expediente lleno de antecedentes penales.

—Nada de arrebatos —dijo Koch—. Las penas de ese hombre son las facturas de una época quebrada por las innumerables protestas de una persona valiente contra los ataques de jefes disparatados. ¡Pienso que no podíamos haber encontrado a ningún otro hombre mejor!

—A gente así se la puede integrar más adelante, pero no ahora —dijo Diel.

—O mejor ahora que más tarde. Además, a ese hombre no lo elegí yo, sino todo el consejo. Así que tendrás que dirigirte a la tropa.

Las objeciones que se basan en el Derecho formal, tal como denominaba Diel al Derecho, ponían furioso a Diel desde siempre.

—Si eres el presidente, tu tarea es impedir semejantes votaciones —dijo él—. ¡De lo contrario no eres ningún jefe!

—No soy ningún Ebert —respondió Koch—, y conmigo no existe la dictadura sobre mi propia gente.

—Entonces haz el favor de comunicar a tu gente que estoy llevando yo las negociaciones con los militares.

—Eso no puede permitirlo el consejo de los soldados —dijo Koch.

—Ya lo veremos —dijo Diel.

Varias personas que estaban al lado de Koch y de Diel y escuchaban atentamente las palabras de Kailab, gritaron: «¡Más alto! ¡Más alto! ¡Aquí no hemos oído nada! ¿Qué ha hecho ese Scheidemann?». Kailab se inclinó ampliamente sobre la barandilla y exclamó despacio y con la mayor claridad que pudo que acababa de llegar de Berlín la noticia de que Scheidemann había proclamado la república.

—¡Eso está bien! —dijo Diel.

—¿Qué república? —preguntó Koch.

Un mozalbete que llevaba puesta la chaqueta blanca del gremio de los panaderos comenzó a cantar desde lo alto de una farola:

¿A quién birlaron el trono?
A Guillermo el Bobo,
al jefe de los golfos,
le birlaron el trono.

Los presentes se quedaron mirando perplejos al cantante.

—Cantad, tristonos —exclamó el panadero—. ¿O tal vez estáis tristes porque ahora os toca pensar por vosotros mismos?

—Esa canción no es conocida por estos pagos —exclamó alguien.

—¡Bah, cantad conmigo!

¿Quién le birló el trono?
Ebert, el veloz,
con una coz
le birló el trono.

—¡Tío, vaya cancioncitas! —exclamó alguien.

Sin embargo, el canto produjo un efecto contagioso. Kailab hizo ondear una bandera roja y pronunció un triple brindis por la joven república. La multitud respondió con la International, cuya melancólica melodía sonó con potencia en la plaza.

—Sigán cantando —exclamó el panadero cuando se extinguió la tercera estrofa.

¿Quién quiere prohibirnos beber?
Los polis, los caballeros
del plateado plumero
son quienes quieren prohibirnos beber.

—¡Ya basta! —exclamó una mujer.

Un nuevo orador había comenzado a hablar.

—Me estáis resultando buenos demócratas —dijo el panadero, y se bajó de la farola deslizándose por ella—. ¿Qué sacáis en claro de toda esa palabrería? Yo me voy a casa a arrearle una buena a mi jefe.

Pfeiffer se quitó la gorra y la llevó en la mano mientras acompañaba a casa

a Theodor Chindler.

—Qué pacíficos, qué amantes de la paz son estos obreros —dijo Chindler.

—Nadie les hace nada —dijo Pfeiffer—. ¿Por qué iban ellos a hacerle nada a nadie?

—Podrían tener memoria —dijo Chindler—. Al fin y al cabo —añadió unos instantes después— la semana pasada estuve en Stuttgart, en el Hotel Marquardt. ¿Lo conoce usted?

—No —dijo Pfeiffer inclinándose hacia delante al caminar.

—En el vestíbulo estaba sentado un hombre vestido de uniforme, con todo el pecho lleno de medallas. Yo le habría tenido por un capitán del cuerpo de bomberos esperando audiencia, pero era el rey de Wurtemberg. Tal vez no sea posible odiar algo así.

Pfeiffer se despidió delante de la puerta, y Chindler entró en su casa. En la calle le habían ido bien las cosas; la revolución parecía discurrir de una manera más pacífica de lo que se habían temido. Sin embargo, cuando hubo cerrado la puerta de su casa y vio en semipenumbra los viejos, silenciosos y familiares muebles, el espejo con el marco de oro en el rellano, el buen cuadro de su abuelo por encima de la calefacción y el abrigo de su hijo en el perchero, al diputado le sobrecogió el miedo. Ahora parecía aún pacífico el pueblo en la calle, pero ¿seguiría siéndolo? ¿Qué iba a ser de él y de sus hijos? El miedo al futuro, el peor miedo que Chindler conocía, lo agarró por el cuello. El marco valía todavía ochenta céntimos suizos en Zúrich. Eso significaba que un pensionista como él había perdido una tercera parte de su fortuna. ¿Adónde iba a conducir todo aquello?

Elisabeth salió al rellano. Cuando vio a Theodor, exclamó hacia el interior de la habitación:

—¡Ha llegado! —Luego dijo a su marido—: Te están esperando. ¿Dónde has estado?

—Parece que estés de fiesta —dijo Chindler sorprendido, y entró en su habitación. De un sillón se levantó su compañero de partido, el Dr. Widuwilt, que era abogado y notario en la cercana capital de la pequeña región.

—Widuwilt, ¿qué le trae a usted por aquí? —preguntó Chindler.

—El bien del país —dijo Widuwilt, a quien placía expresarse con solemnidad. A continuación llevó a Chindler a un rincón y le transmitió entre

susurros la petición del partido regional de que Chindler hiciera el favor de aceptar un puesto de ministro en un gabinete que tenía que formarse a lo más tardar a la mañana siguiente. A la pregunta de Chindler sobre quién más iba a sentarse en aquel gabinete, Widuwilt enumeró: «Dos del Partido de Centro, dos demócratas y cuatro socialdemócratas.

—¿Y qué dicen al respecto los obreros que a diez minutos de aquí bailan ondeando banderas rojas? —preguntó Chindler sorprendido.

—Neustadt es un nido de fábricas —respondió Widuwilt—. En mi ciudad, las cosas son diferentes. Allí es precisamente el pueblo quien nos exige calma y orden. Además es un deseo expreso de los socialdemócratas que entre justamente usted en el gabinete de gobierno.

—¿Y por qué no usted, querido Widuwilt? Usted, como jefe regional del partido y persona arraigada en esta ciudad.

El abogado dirigió la vista hacia el rincón de la habitación en el que Elisabeth leía en apariencia un periódico aunque en realidad estaba escuchando todas y cada una de las palabras. Él había rechazado la petición de ser ministro, y había asumido a cambio la misión de persuadir a Chindler. Un automóvil lo había llevado con este fin hasta Neustadt, acompañado de dos soldados.

—Yo no sé gobernar —dijo al cabo de un buen rato, después de que no se le acabara ocurriendo ninguna excusa convincente—. Soy un hombre sencillo, no se me ocurre nada así ni en sueños. No puedo. Además soy monárquico.

—Yo también —dijo Chindler.

—Sí, claro, claro —dijo Widuwilt—. Los hombres como nosotros no podemos prender fuego de la noche a la mañana a lo que hemos adorado durante tanto tiempo.

—«Adorar» es una palabra fuerte —dijo Chindler.

—También opino eso yo —replicó Widuwilt—. Tenemos que ser plenamente conscientes de que los viejos tiempos se han ido al traste, por difícil que le resulte a uno o por muy insoportable que parezca. Ahora solo puede hacerse una cosa: salvar lo que pueda salvarse. Sin embargo, y que quede entre nosotros, eso solo puede hacerlo usted.

—Así que de repente opináis que puedo hacer algo yo —dijo Chindler en tono amargo—. Pero sigo sin entenderlo del todo. ¿Por qué no se hace ministro

usted?

Widuwilt comenzó una larga explicación. Adujo que Chindler se había hecho muy popular entre el pueblo llano por su valiente y constante oposición, pero especialmente por su lucha contra la guerra submarina, y había que sacar provecho ahora de esa popularidad. Chindler escuchaba en silencio. ¿Era realmente popular? Las luchas agotadoras de los últimos años, ¿no iban a haber sido en vano? Ese pensamiento le sentó bien.

—Tengo que regresar dentro de media hora —concluyó Widuwilt—. ¡Deme la mano! ¡Usted es el hombre que puede salvar muchas cosas, diga que sí!

—Con dos condiciones —dijo Chindler—. Primero quiero saber toda la verdad sobre por qué no acepta usted ese puesto...

Widuwilt se quedó mirando a Chindler con sus ojos de niño, azules y sinceros.

—Ya le he dicho que yo no sé gobernar, y... y... mi esposa tampoco encaja en un puesto como ese.

Se sonó la nariz con gran estruendo y se calló.

Chindler miró al abogado y percibió que había dicho la verdad. Ese cándido burgués seguía considerando la gobernanza una actividad reservada a las personas superiores. Ese Widuwilt era el súbdito nato al que Chindler había detestado durante toda la vida.

—Dejémoslo. Al fin y al cabo no me incumbe lo que haga o deje de hacer usted —dijo Chindler—. Pero mi segunda condición es que vengan aquí los socialdemócratas y me ofrezcan el puesto ellos.

Widuwilt se quedó aliviado y prometió que lo intentaría todo en función de sus posibilidades.

—Sabemos —dijo dirigiéndose a Elisabeth y estrechando firmemente su mano entre las suyas—, sabemos lo que su esposo está a punto de hacer por nosotros, ¡y se lo agradecemos!

Acto seguido se fue.

Elisabeth se acercó a su marido:

—Ahora te toca alabarme de una vez —dijo ella—. Mi trabajo entre las mujeres católicas no ha sido en vano.

Chindler la besó en la mejilla. Esa noticia completamente inesperada lo había hecho muy feliz. Sintió que poseía todavía todo un montón de energía, y

no estaba atemorizado.

Durante la cena, la familia mantuvo la mirada en el jefe de la casa. Lilli fue la primera en felicitar a su suegro. Ciertamente, ella se había imaginado la revolución de otra manera, pero se había abierto paso en ella la antigua simpatía por el apasionado catedrático, y se alegró por ese hombre que estaba sentado ahí, en silencio, pero que no podía ocultar un cierto orgullo...

También Ernst felicitó a su padre. «El ejército —pensó él después de que Elisabeth se lo contara todo al detalle—, ya se ha ido al traste. Su posición puede serme de utilidad entonces».

Solo Leopold se quedó asombrado y se fue de hurtadillas a caminar y a meditar. No se había imaginado nunca que la revolución, que también andaban esperando en su escuela desde hacía semanas, convertiría en ministro a su padre (ese «viejo jesuita», como decía Beck, su nuevo amigo). Se habría asombrado mucho menos si lo hubieran nombrado ellos.

DURANTE LA NOCHE hubo numerosos tiroteos. Chindler se despertó y se acercó a la ventana, pero no podía verse nada a dos metros. La calle estaba negra y vacía. El tiroteo iba intensificándose cada vez más.

—Cierra la boca con esa perorata del ministro —dijo a su esposa—. Esos caballeros han vuelto a equivocarse. Todavía puede pasar de todo.

Luego volvió a acostarse y estuvo atento a los disparos de armas de fuego que escuchaba por primera vez en su vida.

Por la mañana la ciudad estaba tranquila. Se dijo que habían disparado a saqueadores, pero nadie sabía dónde se había saqueado ni quién había sido. Chindler estaba sentado en su habitación a la espera. Intentó leer un libro, pero estaba demasiado agitado como para concentrarse. A las doce un automóvil aparcó delante de la casa. El diputado se incorporó en su silla y vio bajar de él a Diel, de los sindicatos, y a Jakob Grauert, jefe regional del Partido Socialdemócrata.

—¿Fuman los señores? —preguntó cuando se hubieron sentado los dos hombres.

Diel dio las gracias, pero Grauert tomó un puro y lo encendió ceremoniosamente. La conversación duró dos horas. Chindler, que se había preparado para una batalla dura, no pudo ocultar apenas su asombro. Le concedieron sin problemas todas las demandas que expuso. Solo hubo debate en las cuestiones personales. Diel fue implacable cuando Chindler opuso resistencia al nombramiento de Kailab como jefe superior de la policía de Neustadt. Finalmente se pusieron de acuerdo en la fórmula de «jefe provisional». A cambio Chindler cosechó a manos llenas privilegios especiales para los católicos. Debían suprimirse todas las leyes contra monasterios y órdenes religiosas; había que nombrar a un número de funcionarios católicos que se correspondiera con la cifra de católicos en la región, y más cosas por el estilo. No se habló para nada de las medidas

socialistas, contra las cuales Chindler tenía preparadas todo tipo de objeciones. Para sorpresa y enojo suyos, Chindler se enteró casualmente de que Widuwilt y los hombres del Partido de Centro de la capital se habían pronunciado a favor de la nacionalización de las grandes empresas que estaban maduras y apropiadas para tal fin. Él protestó de inmediato, pero no era necesario en absoluto. No se tenía ningún propósito de ese tipo, sino que se dejaba la iniciativa en ese asunto al gobierno del Reich. Por último se sentaron los tres hombres alrededor de la mesa redonda de Chindler para redactar el llamamiento que el nuevo gobierno iba a hacer imprimir y exponer. El llamamiento decía: «Hacemos público que hoy se ha formado un gobierno provisional que ha asumido el poder. Este nuevo gobierno hará que una asamblea decida sobre la forma política, o bien monarquía o bien república, que será determinante para nuestro territorio. Independientemente de la decisión que se adopte, nuestro territorio seguirá siendo parte del Reich alemán en el futuro. Exhortamos a todo el pueblo a obedecer las disposiciones del nuevo gobierno y a mantener el orden. Los funcionarios permanecerán en sus puestos y tendrán que cumplir su deber con fidelidad. A los soldados se les exhorta a regresar a los cuarteles y obedecer las órdenes del servicio en tanto no se les requiera para el consejo de los soldados. Solo si se cumple este llamamiento será posible llevar a cabo el orden, la calma y una buena manutención».

El llamamiento llevaba la fecha del 10 de noviembre de 1918 y debía ser firmado por el presidente del consejo de los soldados y por todos los ministros.

Chindler firmó y soltó la pluma. A continuación contempló a los dos hombres. Diel era una persona pálida, entrada en carnes, cuyos ojos y frente elevada delataban una inteligencia no cotidiana. Grauert tenía una cara arrugada y un aspecto más bonachón que su colega. Ambos hombres a la vez algo franco y astuto en su carácter, igual que las gentes que llevan largo tiempo activos en asociaciones. En ellas lo importante es siempre mantener unidos a los miembros desavenidos, y se necesita una buena mezcla de astucia, indiferencia y brutalidad para llevar a cabo esa operación.

También Grauert había estado contemplando a Chindler, a quien conocía de vista, y lo encontró razonable. Se puso en pie. Chindler se levantó también de

su asiento y recibió una especie de apretón de manos del nuevo colega. Ese gesto parecía querer expresar: «Vamos, viejo, ya has visto que no somos tan malos como quizá pensabas».

«¿Por qué —pensó Chindler—, se congradaban conmigo estos hombres cuando tienen el poder, todo el poder que podría desearse? ¿Era el pueblo católico realmente tan poderoso como parecía? Eso no era creíble. Pero ¿por qué deseaban entonces tan vivamente esos hombres compartir su poder? ¿Eran lo suficientemente listos para hacerlo, o no eran lo suficientemente listos para poder dejarlo?». Chindler no encontró ninguna respuesta a sus preguntas y, algo distraído, ayudó a ponerse el abrigo a Grauert, quien rechazó con cortesía el ofrecimiento; el abrigo, por cierto, era poco grueso y estaba raído. De pronto sonó el timbre de la puerta y un hombre entró en la casa. Miró con timidez a su alrededor y pidió hablar a solas con Grauert. Diez minutos después regresó Grauert donde estaban esperándolo Chindler y Diel y explicó que el consejo de los soldados de Neustadt había organizado un golpe contra el nuevo gobierno y que las salidas de la ciudad estaban cerradas. Por el momento se encontraban prisioneros en su ciudad.

—¿Qué harán esos caballeros? —preguntó Chindler.

—Eso volverá a estar en orden —dijo Diel.

Chindler ofreció alojamiento en su casa, pero Diel se lo agradeció con nervios y ausente, agarró a Grauert del brazo y salió con él a toda prisa de la casa, que el diputado cerró con llave, preocupado y perplejo.

CASPAR KOCH HABÍA visto venir el desarrollo de los acontecimientos paso por paso. El abandono sin oposición de todos los puestos por parte de los, hasta entonces, poderes dominantes fue una gran desgracia para la revolución. El partido de la mayoría y los sindicatos pudieron ocupar los puestos desalojados sin resistencia, incluso sin ningún esfuerzo, y los obreros despilfarraban su amargura por haber sido el triunfo tan generalizado, fácil y carente de peligros. Los soldados se veían a sí mismos superfluos y deseaban cada vez con mayor ímpetu poder regresar a casa con sus allegados. No en vano la guerra ya se había acabado.

Cuando se demostró que era cierto el rumor que circulaba por la ciudad de que en la capital se había formado ya un gobierno nuevo, integrado por un gran número de ministros de partidos burgueses, las masas que seguían llenando las calles se quedaron primeramente sorprendidas. ¿Iban ahora a volver a ser gobernadas, en lugar de gobernar por sí mismas? A continuación se dividieron en grupos separados que manifestaban sus diferentes puntos de vista. Los católicos estaban entusiasmados con la candidatura de Chindler, y en concreto el carpintero que había capitaneado la guardia en la casa de los Chindler no podía dejar de hablar calle arriba y calle abajo sobre el talante verdaderamente democrático y popular de Chindler.

Los socialistas permanecían divididos. Los independientes, que celebraban sus sesiones en la fábrica de cervezas Müller, y la gente de la Liga Espartaquista, que se reunía en las salas de fiesta Rudolf, se echaban mutuamente la culpa. Finalmente, los independientes proclamaron la República de los Consejos de Baviera y se manifestaron en su favor en un desfile al que se unieron también muchos trabajadores que no estaban afiliados a ningún partido. Sin embargo, la masa de la población era incapaz de imaginarse nada con aquel rótulo novísimo. Se comenzó a discutir, y por primera vez se les dijo a los trabajadores, a quienes hasta la fecha se les

vitoreaba con profusión y generosidad, que no se deseaba que gobernaran ellos solos, que también había más gente ahí que exigía compartir el gobierno.

Koch convocó una asamblea de sus partidarios más fiables entre los trabajadores y los soldados.

—Desfiláis —exclamó con un apasionamiento desesperado—, desfiláis por el camino equivocado si rechazáis al pueblo en estas horas decisivas. ¡En nuestra tierra hay campesinos y empleados y católicos y protestantes y yo qué sé qué más, gente pobre, y esos pobres son vuestros aliados naturales! Sin embargo, el collar de la guerra, que hemos tenido que llevar cuatro largos años, nos ha desollado con heridas que supuran.

—Nosotros hemos pasado hambre mientras que los campesinos han comido lo que han querido. ¡Es nuestro turno ahora! —exclamó un trabajador—. Si eres un perro traidor igual que ese Diel que negocia con abogados sebosos y con jesuitas, entonces vete al diablo.

—Mostrad al pueblo que es vuestro turno, dejad que los consejos gobiernen, asumid el liderazgo —exclamó Koch—. Pero si tenéis por jesuita a una chica costurera y si renegáis de vuestra propia carne y de vuestra propia sangre...

—¡Basta! —gritaron.

Koch se sentó. El rojo Richard se puso en pie.

—Los sindicatos han reclamado —dijo— que los consejos de soldados utilizan de manera ilícita los automóviles de la comandancia militar. ¡Hay que poner un punto final a ese disparate! —Sin dignarse a dirigir una mirada a Koch, exhortó a la asamblea a cortar por lo sano y ocupar la ciudad en primer lugar—. Hay tres carreteras de salida —dijo—. Van a ser ocupadas y entonces esta ciudad empezará a ser nuestra. Luego ya veremos.

—Votemos —exclamó alguien. Enseguida se alzaron todos los brazos. Richard se giró a un lado con gesto burlón para comunicar el resultado a Koch, pero Koch también alzó su brazo.

—Aceptado por unanimidad —dijo Richard, y saltó abajo desde la mesa—. Ahora hay que actuar.

Sí, Koch había alzado también el brazo. ¿Qué otra cosa podía hacer? La revolución no había fusionado los grupos mayores y menores en los que estaba dividida la clase obrera. Ese no habría sido en sí ningún error pues nunca van

derechas las cosas cuando las grandes masas están en completo acuerdo. Sin embargo, sí era malo que justamente las secciones de los obreros que intervenían en la política no supieran distinguir entre aquello que los separaba y lo que los unía. Todos veían únicamente lo que los separaba, aunque todos tenían solo un único adversario.

—¿Por qué has votado a favor de esa propuesta absurda? —preguntó Maggie cuando Koch entró en la sala contigua en la que ella estaba esperándolo.

—Solo tengo ese grupo —dijo Koch yendo de un lado a otro— y no puedo dejarlos porque se van a echar a perder.

—Hay otros miles que te seguirán —dijo Maggie.

Koch cerró las manos.

—No me van a seguir ni cuatro gatos —dijo él—, nadie. Cuando le hablas a un trabajador en la calle, no te escucha sino que te pregunta si eres de su partido, y si dices que no, se tapa los oídos y se larga. Considera que sus creencias son lo único que posee, y las tiene muy dentro de su pecho, no deja que nadie se las quite, son su única posesión. No quiere reflexionar sobre lo que está sucediendo. Sus creencias le dicen que su partido tiene razón, solo el partido al que pertenece, y al que ha estado pagando durante tantos años la cuota de socio.

Cuando se propagó la noticia de que los soldados y un grupo de trabajadores revolucionarios habían ocupado las salidas de la ciudad para apoyar al gobierno Grauert-Chindler, los precios de los alimentos se dispararon a pesar de ser ya muy caros, escalaron a lo alto como monos asustados. El consejo de los soldados envió a tres hombres a los sindicatos y exigió que se obligase a los comerciantes a abandonar su sabotaje. «Dejad libre la ciudad y entonces recibiréis vuestros alimentos», mandó responder Kailab.

DIEL NO TITUBEÓ. Los sublevados mantenían ocupada la oficina de Correos, pero todavía había bicicletas en la ciudad, y por la noche pedalearon dos chicos por un camino vecinal e informaron a la comandancia militar de la ciudad más próxima. A medianoche Koch, en compañía de Richard, fue a pasar revista a los soldados de guardia. Los centinelas estaban entusiasmados, y no faltaba ningún hombre en su puesto. Se contaban unos a otros lo que harían cuando hubieran vencido.

—Si en la votación hubieras dejado el brazo abajo —le dijo Richard a Koch de camino—, te habría pegado un tiro.

Koch permaneció en silencio. Dos días después, a las seis de la madrugada, se enteró de que había militares movilizándose hacia la ciudad. Él acababa de acostarse y se levantó de inmediato.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Maggie, que estaba medio loca de rabia y de desesperación.

—Solo hay una posibilidad —respondió Koch—. Hay que dirigirse a las tropas y tratar de separarlas de sus oficiales.

Maggie se dio la vuelta y se apretó los puños contra la boca.

—Te van a matar —dijo ella temblando—. Pero yo no voy a dejar que vayas. Te voy a retener. Sabes que vas a la muerte. Solo porque los Diel y compañía hagan una tontería, ¿tenéis que hacer otra vosotros? ¿Os habéis vuelto todos locos?

—Si hay tiros —dijo Koch—, dispararemos nosotros primero.

—Eso no es cierto —gritó Maggie—. ¡Ellos tienen cañones, y vosotros no tenéis siquiera ametralladoras! ¿Con qué vais a disparar?

—Cállate, ya te he dicho que solo conozco esa vía. ¿Quieres que vaya donde Diel y me someta? ¿Quieres que traicione a esos ardientes muchachos de ahí afuera?

—¡Esto que haces no es política!

—Es política alemana —dijo Koch—. ¡Ya no actuamos razonablemente, sino por convicción! ¡Pero es una tontería también esto que acabo de decir! Si consigo convencer a las tropas, podemos obligar a Diel a derrocar al gobierno Theodor Chindler. Tal vez podamos hacer entonces un gabinete Maggie Chindler —añadió con una sonrisa. Pero acto seguido volvió a ponerse serio—. Tenemos que lograr convencer a las tropas. La revolución está prendiendo en toda Alemania. ¡No dispararán contra nosotros! ¡No se atreverán!

El rojo Richard no estaba a favor de salir al encuentro de las tropas. Él quería levantar barricadas en los barrios obreros. Pero esta vez fue Koch quien dio el manotazo sobre la mesa.

—Mil contra cien están aproximándose hacia acá —dijo él—. Así no hay forma de luchar. Saldremos al encuentro de esas gentes y les diremos que ya pasaron los tiempos en los que se disparaba contra los propios hermanos. Esa es la única vía que tenemos para la victoria.

Maggie se devanaba los sesos intentando buscar una solución, pero el nuevo gobierno ya hablaba igual que el antiguo. Este exigía el sometimiento incondicional de todo el consejo de los soldados, el desarme de todos los trabajadores, y ni siquiera se comprometía a iniciar negociaciones.

Maggie vio subirse a un camión primero a Koch, luego a Richard y por último a un trabajador joven. El camión lo conducía un soldado con la barba cana. Cuando el vehículo arrancó, oyó vitorear a los que se quedaban atrás:

—¡Si no os quieren oír —exclamó una mujer—, lo sentiremos en nuestras propias carnes. La ciudad es nuestra.

Koch mandó detener el camión en el último puesto de guardia en la carretera. Esperaron. Los tres hombres se hablaron escasas frases entre sí. Cada cual estaba preparando su discurso. A las ocho divisaron a las tropas del gobierno aproximándose, un regimiento de infantería. Detrás de la primera compañía marchaba, completamente solo, un capitán. Koch observó a los que venían. Aquí, extramuros, no podía pensarse en ninguna resistencia, eso lo tenía él claro, y también Richard era consciente de tal cosa. La guardia se componía tan solo de cuarenta hombres y completamente desprotegida. Paralelo a la carretera discurría un río. «Hemos cometido un error —pensó Koch—, tendríamos que habernos apostado más atrás, junto al puente».

—¿Qué hacemos —preguntó Richard— si los soldados se echan a reír en

lugar de escucharnos?

—Yo me quedo aquí y hablaré y negociaré. Si ves que no tengo éxito, retírate donde la guardia...

—¿Y qué sucederá contigo?

—En el peor de los casos, me detendrán y me encerrarán... Entretanto tendréis tiempo de llegar hasta la ciudad.

Los dos hombres callaron. De nuevo andaba cada cual inmerso en sus pensamientos. Koch pensó en la carta de Maggie sobre las tropas y en la rabia de Diel sobre esa carta. Ahora era ese mismo Diel quien hacía desfilar a las tropas imperiales. Qué disparate era todo, qué miserable, enmarañado, qué inextricable.

Las tropas se detuvieron. Koch se subió a la capota por encima del asiento del conductor para hacerse visible a todos los soldados.

—Camaradas —exclamó—. ¿Conocéis realmente los planes que tienen con vosotros?

Los soldados e incluso el coronel dirigieron la vista a Koch con perplejidad. Se esperaban balas, no un discurso. Koch se dio cuenta, y en ese momento se sintió con el ánimo libre, insensatamente despreocupado.

—Camaradas —prosiguió—, en nuestra ciudad, como en todas las ciudades de nuestra patria, el consejo de los obreros y de los soldados ha asumido el poder y el gobierno. ¡Nosotros, en calidad de presidentes electos de esas autoridades, os exhortamos a que nos enviéis a vuestro consejo de soldados elegido por vosotros para negociar!

Silencio.

—Os han proporcionado noticias falsas sobre nuestra ciudad, lo sabemos, pero hemos venido aquí para explicároslo y deciros la verdad.

Desde el río llegó una racha de viento que echó hacia atrás el cabello de Koch. Un soldado joven, que escuchaba boquiabierto al orador, se salió de las filas por la agitación. A Koch le pareció como una aparición, y se dijo a sí mismo que en su vida había visto a una persona tan bella. Koch se interrumpió unos instantes y esperó. Luego continuó hablando.

El coronel había estado analizando el terreno. De pronto vio que las palabras de Koch parecían obrar efecto en la tropa. Había que ponerle un final rápido a esa cháchara. Golpeó a su caballo en el cuello, rodeó a la primera

compañía y se detuvo directamente al lado de Koch, que estaba de pie sobre la capota elevada del vehículo.

—El nuevo gobierno, sin la aprobación...

—Tú, desgraciado —exclamó el coronel—. ¿No vas a saludarme ahora mismo?

Koch señaló con el dedo índice de la mano izquierda al oficial sin mirarlo.

—... sin la aprobación de las autoridades legítimas... —prosiguió.

—... te vamos a partir el culo hasta el cuello de la camisa —vociferó el coronel.

Esa vulgaridad hizo reír a los soldados.

—¡Camaradas! —exclamó Koch.

En ese instante el coronel le golpeó con tanta violencia en la pierna que Koch se despeñó desde la capota. Lo siguiente sucedió en pocos segundos. Koch se disponía a ponerse en pie cuando el coronel le golpeó con el sable en la cabeza. A continuación agarraron al hombre bañado en sangre dos, cuatro, seis puños. En grupos de dos fueron dando vueltas al semiinconsciente hacia abajo hasta que los últimos, ya en la orilla del río, lanzaron al moribundo al agua, en donde se hundió. Durante un segundo Koch percibió en sus oídos el estampido de un trueno, Maggie exclamaba algo que él no entendió, su madre reía... Luego se le paró el corazón.

Richard saltó del coche y se fue corriendo hasta el puesto de guardia.

—¡Fuego! —ordenó él. Pero los hombres, viejos soldados de oficio, no abrieron fuego. Cuarenta contra mil, eso no tenía ningún sentido. El regimiento avanzó y desarmó a la mitad de la guardia mientras la otra mitad se retiraba a la ciudad. Richard no se entregó. Le quitó de la mano el fusil a un soldado y golpeó con él en la cabeza a quien tenía más cerca. Era el capitán que marchaba al frente de la primera compañía. Richard recibió una bala en la frente y se desplomó.

Los combates en la ciudad duraron seis horas y fueron sangrientos. Por la tarde resultó victorioso el nuevo gobierno.

Cuando el oficial adjunto del coronel se dirigía a su alojamiento en el ayuntamiento, vio que estaban pegando un cartel. Se detuvo y leyó los nombres de los nuevos ministros. «Theodor Chindler», leyó Konrad Hey, y se quedó sorprendido. A una persona así le había dado él la mano. Escupió.

EL ENTIERRO DE Koch y del rojo Richard, quien ahora, por primera vez después de muchos años, volvía a llamarse Richard Rebner, fue grandioso. Media ciudad siguió los féretros. Todo el mundo hablaba de la valentía y de la convicción por las que se había sacrificado Koch, y ahora que estaban los soldados en la ciudad como si estuvieran en tierras enemigas, y volvían a dominar como si la revolución hubiera sido tan solo un sueño, muchos se dieron cuenta de que habían actuado equivocadamente al no apoyar a los combatientes. Habían peleado por un puñado de patatas y habían dado caza a comerciantes tímidos en lugar de velar por lo suyo.

En una calesa cerrada, Maggie y Gerda Riemer, que durante catorce días había sido la esposa de Richard, seguían los féretros. De pronto la comitiva fúnebre dobló por la calle Ludwig. Maggie se recostó profundamente en su asiento para no tener que ver la casa con el número 100.

El nuevo jefe superior de la policía dirigió en persona el acordonamiento del cementerio. Solo se permitió a unos pocos acercarse a las dos sepulturas. Pero Maggie estaba tan aturdida que no vio nada. Había perdido mucho más que a su compañero. ¿Qué iba a ser de ella? ¿Qué había sucedido? ¿Qué iba a suceder más si eso era tan solo el principio? Sin embargo, ella estaba en pie y vio cómo echaban tierra sobre el ataúd marrón. Allí abajo yacía ahora el hombre que le había enseñado todo, a amar, a vivir, a pensar, esa persona joven, fuerte, a la que no era posible doblegar, que había amado tanto, que había vivido tanto, que había pensado con tanta intensidad y que ahora estaba apagado, pisoteado y ahogado, enmudecido para siempre, eternamente.

Theodor Chindler había viajado a la cercana capital a la misma hora en la que las tropas entraban en la ciudad. Prestó juramento, y, tras una primera sesión breve del gabinete de gobierno, regresó a Neustadt. En el tren pensó en su hija. El éxito que había encumbrado repentinamente su vida lo había convertido en una persona templada y sosegada por dentro, como hacía años

que no se había sentido. Le informaron de la crueldad con la que habían acabado con Koch, y aunque no se le pasaba por la cabeza considerar a Koch la pareja de su hija (¡no estaban casados!), sí tenía una idea de lo que estaba sufriendo Maggie. Decidió hacer venir a Maggie a casa, y la decisión de hablar con ella lo predispuso ya a la alegría. Sí, el deseo de volver a ver a su hija y de hablar con ella, de preguntarle y de que ella le preguntara a él era tan intenso que le pareció que el tren circulaba con demasiada lentitud.

Se propuso hablar con Maggie en un tono de camaradería y con cariño. Tal vez trabajaría ella con él en política, como era costumbre en Inglaterra. Ay, siempre había sido muy inteligente, y era su única hija. De pronto era incapaz de comprender por qué había actuado con tanta dureza contra ella. En este punto había que trabajar mucho para enmendar y restablecer las cosas. La esperanza de poder hacer muchas cosas en este sentido lo volvía especialmente feliz, y lo primero que quería pedirle a Maggie era que viniera a casa a departir con él y a ayudarlo.

Cuando se bajó en Neustadt, y el hombre de la gorra roja se le cuadró para saludarlo, se le pasó por la cabeza que no sabía en absoluto dónde vivía Maggie. Era posible averiguar la dirección, pero esa demora en el reencuentro le hizo daño físicamente en el corazón. Entonces se acordó de que Leopold mantenía el contacto con su hermana y se dirigió a buen paso hacia su casa. Pero las cosas iban a suceder de otra manera.

La forma maliciosa con la que el nuevo jefe superior de la policía había mantenido alejadas en el cementerio a las masas, lejos de la tumba y del entierro de los dos muertos, ahora amados y famosos (fueron los viejos policías de todos conocidos los que habían hecho retroceder a las masas), había vuelto a irritar a la clase obrera. Cuando el cortejo fúnebre se disolvió al atardecer de aquel día gris de noviembre, se formaron algunos grupos que se trasladaron hasta la jefatura de la policía y con gritos emocionados e insultos exigieron que saliera el camarada Kailab. Un nuevo movimiento, el viejo odio, volvía a echar llamaradas en la ciudad. Kailab no se dejó ver. Estaba en su habitación, caminando de un lado a otro, y echaba espuma por la rabia de que ese maldito Koch le tocara las narices incluso muerto.

—Esa mujerzuela —dijo a su secretario a la mañana siguiente— está volviendo loca a la gente. ¡Solo esa mujerzuela! Pero ya estoy harto de esas

bobadas y voy a restablecer el orden. Vamos a encerrar a esa persona y a tranquilizarla el tiempo que sea necesario hasta que impere de nuevo la calma. Luego podrá irse adonde quiera. A ella no va a sucederle nada —añadió cuando vio la expresión de asombro en la cara del funcionario del gobierno que estaba de pie a su lado—. A ella no le pasará nada porque nosotros no somos monstruos.

Se sentó a su escritorio, mandó que le dieran un formulario y firmó la primera orden de detención de su vida.

MAGGIE ESTABA DE pie frente a un espejo de tres hojas mientras Gerda Riemer permanecía arrodillada en el suelo haciendo un respunte al vestido negro de luto de su pálida amiga. Leopold estaba sentado en un taburete y miraba a su hermana.

—¿Dices que papá es feliz? —preguntó Maggie.

—Nunca lo he visto tan contento.

—¿Y mamá?

—Al principio también ella era feliz. Ahora tiene miedo.

—Yo no sabría... —dijo Maggie. Se interrumpió y dirigió la vista abajo, hacia Gerda Riemer, que estaba enhebrando un hilo en la aguja de coser—. No te enfades conmigo, querida Gerda. ¿Puedo sentarme? No puedo estar más rato de pie. ¡Tengo un dolor de cabeza muy fuerte!

Leopold vio que su hermana contraía la frente y los ojos. Le acercó una silla, y Maggie se sentó.

—Yo no sabría —dijo ella— de quién tendría que temer nada. Ya nos han matado.

—Nuestro padre —dijo Leopold— sabe que estoy contigo. Antes de que viajara a su sesión, le dije que iba a ir a verte. Él me miró y no replicó nada, pero creo que se alegró y que estaba de acuerdo conmigo.

—Para —dijo Maggie—, no puedo oír esas cosas. ¡Habla de otras personas!

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Leopold—. ¿Adónde vas a ir? Me gustaría quedarme a vivir contigo.

Maggie calló. Koch estaba presente en cada rincón de la habitación. Cuando se miraba en el espejo, le parecía ver su cara en el cristal, borrosa, temblorosa. Incluso la voz de él andaba siempre en su mente, así como el tono de su lenguaje persistía en sus oídos.

—¿Me permites decir algo más? —preguntó Leopold.

Maggie le tomó la mano y vio que llevaba un anillo. No pudo menos que sonreír sobre ese pequeño detalle vanidoso.

—Tienes permiso para decir todo lo que quieras.

—Papá está confuso por dentro, créeme. Es demasiado listo para no saber que no puede hacer católico a todo el país, así de repente. Pero decididamente no sabe qué hacer en realidad. Escuché una conversación que mantuvo con Ernst y con Lilli. Quiere combatir a los socialdemócratas, pero eso es absurdo cuando está en el mismo barco que esa gente. Necesita ayuda.

—¿De qué se habla en la ciudad? ¿Qué dicen tus compañeros de clase sobre estos sucesos? —preguntó Maggie, que movía la punta del pie como si escarbara en el suelo.

Después de reflexionar unos instantes, Leopold respondió:

—Eso no puedo decírtelo.

—A mí... a nosotras se nos puede decir todo, ¿no es verdad, Gerda? Todo... todo. No sabría cómo una persona podría hacernos de palabra más de lo que se nos ha hecho de obra.

Leopold permaneció en silencio.

—Pero habla de una vez —dijo Maggie con ímpetu.

—Se burlan del entierro.

Maggie se puso en pie de un salto. También Gerda se dio la vuelta y dirigió a Leopold una mirada tan cargada de odio que el chico no sabía dónde poner las manos. A la joven no le parecía nada bien que, después de todo lo que había sucedido, viniera uno de esos ricos a su habitación, y si no hubiera sido el hermano de Maggie, le habría negado el permiso incluso a su amiga Maggie.

—Algunos estuvieron también en la comitiva fúnebre, por cierto —dijo Leopold.

—¿Por qué se burlan los demás?

—Te lo digo con franqueza, para mí fue también un golpe bajo —dijo Leopold—. Cuando luchabais, no había nadie ahí...

—Eso no es cierto.

—... pero cuando enterraron a vuestros compañeros, de pronto todo el pueblo se colocó detrás y desfilaba con las caras tristes.

Maggie sollozó con tanta intensidad que se puso a temblar. Sí, había sido así. Cuando estuvo junto a la amplia tumba, al lado del montón de terrones

marrones (ay, qué horrible fue que esos terrones estuvieran tan húmedos), y se dio la vuelta y vio las caras de la multitud que llenaba, triste y leal, los caminos del cementerio, custodiada por las mismas tropas a las que se acababa de combatir, su desesperación se trocó en amargura contra esas personas que nunca sabían lo que hacían y que siempre hacían lo equivocado, y que solo sabían cantar, cantar bien y con mucho sentimiento. Pero los muertos son poderosos (mientras no se les olvida), y Koch se había levantado de su tumba y se había colocado ante ella, la había mirado con burla y seriedad, como hacía siempre que le explicaba el orden de las cosas, y Maggie había vuelto a repetirse a sí misma eso que le resultaba tremendamente difícil de aceptar, que uno tiene que buscar la culpa dentro de sí mismo, que llegará el día que... ¿Qué día? ¿Qué día es ese? Ahora llevaba Koch tantas horas bajo tierra que ya no se las podía contar sin volverse una loca de dolor, muerto, irrevocablemente apagado, y todavía no había ido nadie a su casa, ninguna persona excepto algunas mujeres mayores. ¿Qué día había de llegar?

La puerta del pasillo se abrió y Leopold oyó hablar a un hombre. De pronto se abrió con suavidad la puerta trasera de la habitación y entró la señora Riemer. Tenía el dedo índice en los labios y, con los ojos abiertos de par en par llenos de terror, susurró:

—Ya empieza el baile. Tienes que marcharte ahora mismo, Marga, están ahí afuera y vienen a por ti. Escóndete debajo de la cama —prosiguió y agarró a Maggie del brazo—. Yo me sentaré encima. Ay, pronto ya no habrá quien lo aguante.

Entonces se abrió la puerta que daba al pasillo y entraron dos hombres en la habitación.

—¿Es usted la señorita Margarethe Chindler? —preguntó uno.

—Ese es mi nombre —dijo Maggie sin levantarse de la silla.

—Queda usted detenida.

Leopold se levantó. ¿Debía defender a Maggie y saltarle a la yugular a ese tipo o debía irse corriendo a ver a su padre?

Maggie contempló al funcionario. ¿Debía ir de nuevo a la cárcel? ¿A la cárcel de los asesinos de Koch? Apenas se le había pasado por la cabeza ese pensamiento cuando ya estaba decidida a no hacerlo bajo ningún concepto. Al tiempo que mantenía sujeto el vestido con una mano por encima del pecho y se

enjugaba con la otra la huella de las lágrimas con un pañuelo estrujado, avanzó hacia el funcionario.

—¿Pretende usted contar un chiste malo? —preguntó ella.

El funcionario se quedó mirando a Maggie.

—No irá usted a ofrecer resistencia, ¿verdad? —dijo él con sorpresa.

—Dame el periódico —dijo Maggie a Leopold, y le tendió al funcionario el diario—. ¿En qué época vive usted? —preguntó ella—. ¿No ha leído usted que ahora somos una república, que ahora estamos en el poder? ¿Quieren ustedes detener a la hija de su ministro? ¿Se han vuelto locos?

—¿Cómo dice? ¿Ministro? —preguntó el funcionario asustado—. Usted no es ningún ministro, ¿no?

—Mi padre es ministro, y aquí está un hermano mío, su hijo. Se lo voy a notificar de inmediato, y le aseguro a usted que esta broma de mal gusto le va a costar muy cara.

El funcionario miró la orden de detención. Sobre el papel figuraba «Margarethe Chindler». Pero también sabía que ese Chindler de la calle Ludwig se había convertido en ministro. ¿Qué estaba pasando allí, por todos los diablos? ¿Se había equivocado el nuevo jefe superior de la policía? Con esos principiantes no cualificados podía esperarse de todo. Santo cielo bendito. Esa era una historia que solo podía pasarle a un antiguo funcionario como él en estos tiempos de locos.

—Pero usted se llama Margarethe Chindler —dijo él.

—Sí, así me llamo.

—Bueno, tal vez... yo tampoco sé muy bien... y dice que usted es la hija...

Leopold dijo:

—Voy a ir ahora mismo a hablar con nuestro padre.

El funcionario miró a Leopold y se fijó en el traje bueno que llevaba puesto.

—Esto parece tratarse realmente de un malentendido —dijo.

—Y tiene que aclararse —dijo Maggie.

—Tranquilícese, señorita —dijo el segundo funcionario—. Tenemos que hacer lo que se nos dice.

—Entonces deténganme. Y tú te vas ahora mismo a hablar con nuestro padre —dijo Maggie a Leopold.

—No —dijo el primer funcionario—. Podría ser que hubiera dos personas con su nombre y apellido. ¿Vive usted aquí?

—Sí —dijo Maggie.

—Entonces quédese en casa. Nosotros haremos algunas comprobaciones.

Los funcionarios se marcharon. Leopold estaba fuera de sí, pero Maggie se sentó en una silla y se echó a reír.

—Tal vez es esto lo que hay que hacer siempre —dijo en tono burlón, pero Leopold se dio cuenta de que estaba temblando—. Ahora fuera de aquí, muy lejos —prosiguió al cabo de unos instantes—, lejos de esta espantosa ciudad, me voy ahora mismo.

Gerda le preparó una maleta pequeña mientras Maggie la interrumpía una y otra vez para darle un beso y otro más.

—Marga —dijo la señora Riemer en el umbral—, no disponemos de mucho aquí, ya lo sabes, pero a mi casa puedes venir siempre que quieras. ¡Que esto no sea ninguna preocupación para ti!

—¿Te vas ahora a Berlín? —preguntó Leopold de camino.

—A Berlín, sí —dijo Maggie.

Leopold buscaba una frase que pudiera mover a su hermana a ir con él a casa. No encontraba ninguna. Estaba vacío, triste y amargado, y caminaba agarrado fuertemente del brazo de Maggie. Por las calles se veía a poca gente. Los soldados, apostados en los puntos más estratégicos de la ciudad junto a pequeñas ametralladoras, habían acobardado a los habitantes para que se quedaran en sus casas. Maggie decidió subirse a un tranvía que conducía a una estación de una pequeña localidad de las afueras. La parada más próxima estaba sobre el puente. Leopold dejó la maleta de Maggie en el suelo y Maggie le besó con fuerza en cada una de las mejillas.

—Te escribiré —dijo ella, y posó el brazo por encima del hombro de su hermano. Qué pálido estaba el buen camarada, su mejor camarada entre todas las personas de esa ciudad—. Cuando seas mayor, comprenderás por qué huyo de esta ciudad. ¡No nos han vencido, nos han asesinado! Aquí ha quedado todo profanado.

Leopold permaneció callado y con la vista puesta, más allá del pretil, en el agua. Maggie siguió la trayectoria de la mirada de su hermano. El río se arremolinaba en los pilares del puente. De pronto recordó Maggie que fueron

esas aguas, las olas que conducían hasta allí, las que en su inocente precipitación y en su voracidad un tanto distraída habían consumado la obra de las manos de aquellos soldados crueles y habían matado a Koch. ¡Qué parecido tenían esas olas con los soldados! Y qué terrible era tener que decirse que las personas, cuando son demasiadas, se seguían asemejando a las olas en su precipitación y en su avidez irreflexivas. Entonces llegó el tranvía, y Maggie partió.

¿Quién no ha sufrido alguna vez esa sensación que pretende movernos a correr detrás de un tren en marcha para subirnos a él y viajar? Pero mientras estás ahí de pie y deseas echar a correr, sientes a la vez rígidas las piernas. Pronto ese tren es tan solo un puntito en la distancia. A continuación sigues caminando. En ese estado se hallaba Leopold cuando desapareció por la esquina el tranvía azul al que se había subido su hermana. Maggie le daba una pena inmensa, sin medida, y él la amaba mucho, pero su huida hacia delante no lo convencía. No veía ningún objetivo hacia el que ella pudiera dirigirse. Ahora bien, ¿hacia qué objetivos se encaminaba él mismo?

En la esquina de las calles Kaiser y Ludwig, en el arco del soportal de la tienda de la señorita Lexa, donde Leopold compraba sus cuadernos escolares, había un centinela. Leopold, que bajaba meditabundo por la calle, se detuvo para ver por primera vez de cerca cómo era una ametralladora.

—Siga caminando, por favor —dijo el centinela.

Leopold levantó la vista. El soldado, un jovencito de apenas veinte años, llevaba un casco de acero que le quedaba demasiado grande y que tapaba la mitad de su cara alargada. Qué ridícula había sonado esa voz rechinante de mando en una persona tan joven. Leopold no pudo menos que echarse a reír.

Entonces el soldado se lanzó hacia delante y habría golpeado a Leopold en la cara si este no se hubiera echado velozmente hacia atrás.

—Venga, sigue para delante —vociferó el soldado.

Leopold siguió caminando. Cuando hubo dado diez pasos, rechinó los dientes por su cobardía. Tendría que haberle replicado a ese tío piojoso: «¡Venga, siga para delante usted o compórtese de una manera lo más decente posible frente a un ciudadano de esta localidad!».

Pero él no dio esa réplica.

*Como ya no existe una sociedad burguesa, ésta
no puede ser representada*

Un epílogo al panorama familiar y de guerra
mundial de Bernard von Brentano

Por SVEN HANUSCHEK

AL POCO TIEMPO de aparecer publicada en 1936 la novela *Theodor Chindler*, Bertolt Brecht preguntó a Walter Benjamin si había leído el libro: «Pienso que está mejor escrita que las novelas de los Glaeser, Reger, Roth, Kesten y compañía», si bien, vista desde una perspectiva política, «no va mucho más allá de la vieja lamentación de que con la democracia, en forma de dominio partidista, no es posible llevar a cabo la revolución burguesa. Pues bien, Hitler trabaja sin partidos...».¹

Por mucho que se anuncie aquí ya el disenso político entre Brentano y Brecht, éste no parece dudar de las decisiones estéticas de su colega de oficio. También Thomas Mann, como representante de la literatura «burguesa» y antípoda creciente de Brecht en el exilio, elogió la novela de Brentano; en sus diarios de 1936 le pareció que esa «novela política de familia» era «sencilla y buena»; «estoy leyendo la novela de Brentano y me está gustando mucho».² Con toda seguridad no habrá habido muchos ejemplos de novelas, más allá de Kafka, que hayan agradado por igual a Brecht y a Mann; así pues, está justificado preguntarse por qué «coincidieron» ambos en su juicio sobre esta novela de Brentano: ¿Qué autor es éste? ¿Qué obra es ésta? Y es que después de aquella fase del redescubrimiento del autor y de su obra alrededor de 1980, cuando la editorial Suhrkamp/Insel (de resultas de la adaptación cinematográfica de *Theodor Chindler* en 1979 en ocho capítulos para la televisión, debida a Hans W. Geißendörfer) reeditó una gran parte de su obra narrativa y publicó por primera vez en 1981 un tomo de sus colaboraciones periodísticas de Berlín para el diario *Frankfurter Zeitung*, después de esa fase del redescubrimiento, decíamos, tanto el autor como su obra han vuelto a caer en cierto modo en el olvido, si hacemos abstracción de algún que otro ensayo científico ocasional.³ Con este volumen de ahora el lector tiene en sus

manos de nuevo una de las novelas canónicas en lengua alemana de la primera mitad del siglo XX.

2

Bernard von Brentano, nacido en Offenbach el 15 de octubre de 1901, procede de una familia famosa con amplias ramificaciones; por la parte de la madre está emparentado con los hermanos del Romanticismo, Clemens Brentano y Bettine von Arnim. Su padre, Otto von Brentano di Tremezzo, fue diputado del Partido de Centro (*Zentrum*) en el Parlamento de la República de Weimar y, desde 1918 hasta su muerte en 1927, fue ministro de Justicia y durante cierto tiempo también ministro del Interior de Hesse. El hecho de que *Theodor Chindler* es una novela que bebe de fuentes autobiográficas sólo resulta evidente en el personaje del título. En su autobiografía, Brentano atribuye también a su madre «accesos de fervor religioso»⁴ frente a sus hijos y cuenta que con los años «ella se recluyó cada vez más profundamente en el castillo, en la fortaleza de su fe».⁵ Los hermanos de Bernard von Brentano eran políticos; el mayor, Clemens, trabajó en el servicio diplomático que lo llevó a ser el primer embajador de la República Federal en Italia; el hermano menor, Heinrich von Brentano, fue líder del grupo parlamentario de la CDU en el Bundestag y durante seis años fue ministro de Asuntos Exteriores en el gabinete de Adenauer, pero seguramente al público lector de hoy en día le resultará más conocido por su increíble comparación de la lírica de Brecht con la de Horst Wessel.⁶ Georg von Hertling, el penúltimo canciller del Imperio alemán, era tío de los tres hermanos Brentano. Sólo de estas constelaciones familiares resulta comprensible la siguiente aclaración de Brentano: «Un escritor tiene que utilizar sin duda a una familia así. En ella se localiza el extenso retrato de toda una época».⁷ También es evidente que no se trata de una novela en clave; la cancillería de Hertling queda en verdad narrada, pero los hermanos Ernst y Karl Chindler de la novela no tienen nada que ver con los hermanos reales de Brentano, el material autobiográfico es utilizado una y otra vez, pero nunca reproducido con una equivalencia perfecta.

El repertorio literario de Brentano es considerable. Después de su carrera universitaria en Friburgo, Múnich, Fráncfort y Berlín, entre 1925 y 1930 trabajó de periodista en el suplemento cultural del *Frankfurter Zeitung*, como amigo de Joseph Roth y del sucesor de éste. Sus primeras publicaciones fueron libros de poesía y la obra de teatro *Geld* [Dinero] (1924); siguió una serie de volúmenes periodísticos: un análisis de las cartas desde el frente de soldados muertos en la Primera Guerra Mundial (*Über den Ernst des Lebens* [Sobre la seriedad de la vida], 1929), una colección de ensayos de crítica literaria extraídos del diario *Frankfurter Zeitung* (*Kapitalismus und Schöne Literatur* [Capitalismo y bellas letras], 1930), y finalmente el reportaje social *Der Beginn der Barbarei in Deutschland* [El comienzo de la barbarie en Alemania] (1932), que habían precedido a sus reportajes sobre viajes (entre otros, sobre Polonia y Moscú). En esos años, la relación de Brentano con Bertolt Brecht era estrecha, empleaba de forma creciente el vocabulario de los izquierdistas radicales, si bien hasta la fecha no ha podido demostrarse si fue o no miembro del KPD (Partido Comunista de Alemania). La familiaridad con la que se habla en su correspondencia con Brecht sobre la «asociación» o la «empresa», y también los amigos y conocidos asociados de Brecht, entre los que figuraban además de funcionarios del Partido, hace más que probable su pertenencia a éste.⁸ Junto con Brecht, Benjamin y Herbert Ihering, Brentano quiso fundar la revista *Krisis und Kritik* [Crisis y crítica] proyecto que no vio nunca la luz.⁹

Brentano emigró en 1933 a Zúrich a causa de sus afiliaciones políticas y de la condición de «semijudía» de su esposa; fue confiscado su libro sobre el *Beginn der Barbarei* [Comienzo de la barbarie], y ya no vio ninguna otra posibilidad de poder acabar y publicar la novela familiar que había comenzado en Alemania. Su mudanza a la cercana localidad de Küsnacht lo llevó a la vecindad directa de Thomas Mann hasta que éste emigró en 1938 a los Estados Unidos. Durante los años del exilio surgieron las obras narrativas más importantes de Brentano. Después de los *Berliner Novellen* [Relatos berlineses] (1934) vino *Theodor Chindler* (1936), su primera novela y la que sería a la postre la más importante; a ésta le siguió la novela en forma de parábola *Prozeß ohne Richter* [Juicio sin juez] (1937), así como las novelas *Die ewigen Gefühle* [Los sentimientos eternos] (1939) y *Die Schwestern*

Usedom [Las hermanas Usedom] (1948), que tematizan en mayor o menor medida las complicadas relaciones amorosas. *Franziska Scheler* (1945) es la continuación de la novela familiar *Theodor Chindler*.

Habría que volver a hablar sobre la evolución política de Brentano en el exilio; ésta tuvo como consecuencia su creciente aislamiento y en 1947 derivaría finalmente en la retirada de su permiso de residencia en Suiza. Según un miembro del gobierno cantonal de Zúrich, su estatus de refugiado político ya no era válido; en la toma de esta decisión no se tuvo en cuenta en absoluto que los dos hijos de Bernard y Margot von Brentano habían nacido y crecido en Suiza.¹⁰ Debido a una grave enfermedad de Brentano, la emigración a Wiesbaden se prorrogaría hasta bien entrado el año 1949. Continuó siendo un autor controvertido, pero fue elegido para ocupar un puesto en la Academia Alemana de la Lengua y de la Poesía con sede en Darmstadt y pudo reeditar algunas de sus primeras novelas. Su segunda obra de teatro *Phädra* [Fedra] (1948) fue estrenada en Darmstadt; la autobiografía *Du Land der Liebe. Bericht von Abschied und Heimkehr eines Deutschen* [Tú, tierra del amor. Informe de la despedida y del regreso de un alemán] (1952) debería justificar también sus giros políticos. Desde los últimos años en el exilio, otras creaciones artísticas pasarían a ocupar el primer plano: Brentano publicó una serie de trabajos ensayísticos sobre historia de la literatura, como por ejemplo una biografía sobre August Wilhelm Schlegel (1943/49), libros sobre el amor del *Diván* de Goethe, Marianne von Willemer (1945/61), y sobre *Sophie Charlotte y Danckelmann* (1949), la esposa del primer rey de Prusia Friedrich I; a esta serie pertenecen también *Drei Prälaten* [Los tres prelados] (1974) editado póstumamente por Konrad Feilchenfeldt. Además, desde los años cuarenta Brentano publicó diarios de lecturas que contenían algunas veces apuntes breves y, en otras, ensayos elaborados (*Tagebuch mit Büchern*, [Diario con libros] 1943; *Streifzüge*, [Panoramas] 1947; *Schöne Literatur und öffentliche Meinung*, [Bellas letras y opinión pública] 1962). Brentano murió en Wiesbaden el 29 de diciembre de 1964.

El hecho de que Bernard von Brentano no sólo tuviera buena prensa sino que incluso la investigación académica fuera reservada con él en comparación con otros autores, tiene que ver con algunos elementos problemáticos en su biografía; su obra, más allá de *Theodor Chindler*, no cayó bajo los focos de la germanística sino de manera excepcional. Si perteneció o no al KPD queda como un escenario secundario; lo que es seguro es que perteneció a la Asociación de Escritores Proletario-Revolucionarios,¹¹ y el intercambio de impresiones con Brecht acerca del personal inadecuado en el seno del Partido y en sus medios de comunicación puede rastrearse en la correspondencia de ambos. Mucho más controvertido es su comportamiento en el exilio; junto con Ernst Glaeser es el único escritor huido de la dictadura nacionalsocialista que quiso regresar a Alemania en plena guerra y a quien además se le atribuyen rasgos nacionalistas y antisemitas.

Carl Zuckmayer, que había emigrado en 1939 a Estados Unidos y que se había encontrado en 1938 con Brentano en Zúrich, redactó entre 1943 y 1944 un informe para los servicios secretos estadounidenses en el extranjero de por aquel entonces. En el breve texto que escribió sobre Brentano puede leerse lo que uno podía saber desde la distancia: «sólo rumores». Zuckmayer había sido informado de que tanto Brentano como Glaeser habían regresado a Alemania durante la guerra, pero esos rumores tampoco podían ser ciertos, por supuesto. Sin embargo, al caracterizar a Brentano, Zuckmayer no expresó reserva alguna pues estaba seguro de que «Brentano es un carácter seco, didáctico y tiende mental y literariamente al racionalismo dogmático». Estuvo cerca, en el ámbito científico, de los doctrinarios marxistas, y en el campo literario, estuvo próximo a la radicalidad más viva del círculo de Bert Brecht, pero de igual modo podría haberse decantado también por algún tipo de escolástica neocatólica [...]. Antes de Hitler pertenecía a la élite de los autores jóvenes del *Frankfurter Zeitung*, en quienes dominaba una fuerte tendencia a superar el «liberalismo» mediante una voluntad especial en la forma. Al redactor de este informe le resulta inconcebible cómo habría podido digerir las doctrinas nacionalsocialistas y de qué manera enrevesada y retorcida podría haberse adaptado a ellas. En el caso de Brentano no puede haberse tratado apenas de puro oportunismo, su carácter se corresponde más bien con una sofística complicadamente sutil en la que él mismo cree sin poder acaso convencer de

tal cosa a nadie más». ¹²

Brentano no regresó a Alemania durante la guerra; sin embargo, los rumores que habían llegado a oídos de Zuckmayer no andaban tan desacertados. En 1940, Brentano pudo emprender un viaje a Alemania para visitar a su madre en Darmstadt y encontrarse con amigos en Berlín y en Múnich. Y de hecho presentó una solicitud de repatriación que su hijo Michael considera, sin embargo, un ardid. En esa solicitud asegura que los tiempos en los que había estado muy a la izquierda ya quedaban muy atrás en el tiempo: «Además de la observación atenta de la política introducida y realizada por el fñhrer, tanto en los asuntos de política interior como exterior, las experiencias que como alemán he podido hacer en el extranjero, en Suiza y en viajes a Francia, han enterrado completamente mis antiguas opiniones sobre política interior. Creo poder decir que siempre fui un patriota; aquí, en el extranjero, me he convertido con pasión en un alemán. [...] Por ello ruego la autorización para poder volver a trabajar, escribir y publicar en mi patria». ¹³ Las autoridades berlinesas no tenían nada que objetar ciertamente al retorno de Brentano, pero no podían prometerle nada en lo relativo a escribir y publicar. Por esta razón (y probablemente también por los ulteriores desarrollos militares de la guerra), el escritor renunció a cambiar de domicilio. ¹⁴ Sin duda, Brentano siguió siendo para las autoridades alemanas alguien en quien no se podía confiar; para él, a su vez, continuaron siendo impenetrables los procedimientos en el seno de la burocracia fascista. Cualquiera que sea la interpretación que pueda hacerse de la «solicitud de repatriación», una cosa es segura: Brentano no regresó por aquel entonces a Alemania. Sin embargo, y a pesar de que desde 1933 no podía editarse ni venderse ninguno de sus libros en Alemania, él consiguió que apareciera en 1943, en Stuttgart, en la editorial Cotta, su biografía del traductor de Shakespeare, August Wilhelm Schlegel. Al lado del protagonista principal ilustra con detalle a la escritora Germaine de Staël, una adversaria enconada del emperador Napoleón I, quien había desterrado de Francia a la famosa hija de un antiguo ministro de Hacienda francés. Brentano quería que los lectores alemanes conocieran esa oposición política. La Gestapo no se dio cuenta de este detalle hasta después de haber sido impreso el libro; la edición fue confiscada a los pocos días y no pudo llegar al comercio. ¹⁵ Una parte se había exportado ya a Suiza. Otro motivo

para la confiscación podría haber sido el hecho de citar en la bibliografía las ediciones de los Schlegel debidas a Josef Körner, tal como Brentano sugiere en su autobiografía¹⁶. Körner era de ascendencia judía y había descubierto y publicado la extensa correspondencia de Schlegel en el Castillo de Coppet, que fue durante un tiempo la residencia de Madame de Staël; esa edición fue la base esencial del libro de Brentano.

Es difícil precisar y todavía resulta necesario investigar más en qué medida se identificó Brentano con los ideogramas nacionalsocialistas; de todos modos, en *Du Land der Liebe* [Tú, tierra del amor] da a entender abiertamente que él se sentía «demócrata y republicano», «pero nunca como antifascista».¹⁷ Manuel Gasser (que había sido amigo de Brentano y había publicado con él conjuntamente en 1938 una antología de poemas de Gottfried Keller), publicó en el semanario suizo *Weltwoche* una crítica difamatoria a una recensión elogiosa de *Franziska Scheler* aparecida en otro diario. En ella describía a Brentano como un furibundo antisemita, «un abogado entusiasta del nacionalsocialismo» y «un oportunista coyuntural»,¹⁸ lo cual fue contradicho por los amigos de Brentano del llamado *Zürcher Freitagssrunde* [El círculo de los viernes de Zúrich]. Brentano se querelló contra Gasser y ganó el juicio incluso después de que el demandado consiguiera su traslado ante un tribunal de jurados con el que se ensañaron también los grandes periódicos de Zúrich.¹⁹

Lo consistente de la posición de Brentano en el transcurso de los años treinta debe permanecer de momento en tela de juicio, pues los recuerdos de sus contemporáneos y las anotaciones de por aquel entonces coinciden en que se trataba de una persona colérica; posiblemente, la anotación de Brentano sobre Joseph Görres, en la que se pregunta si el periodista católico de la era napoleónica fue un gran hombre o un cascarrabias, sea también un comentario sobre sí mismo: «Su temperamento anegaba su entendimiento, y un río con una gran crecida es un elemento nocivo, una fuerza bruta, sí, pero fuerte».²⁰ Las anotaciones del diario de Thomas Mann muestran a un vecino extravagante, chiflado, en ocasiones colérico, con el que uno discute a gusto «en animada conversación»,²¹ pero sin tomarse del todo en serio sus opiniones. «B. clamaba contra la dictadura de Stalin»,²² se dice en ellas, «una discusión agitada, suavizada por la comicidad, sobre Rusia y Hitler», y Mann mantiene

una «conversación tragicómica, espoleada por la pasión anticatólica de Brentano, sobre el desconcierto alemán».²³ «Paseos con Brentano, el testarudo», «un hombre divertido», «un despistado gracioso de quien puedo reírme con frecuencia», «la graciosa testarudez de Brentano volvió a darme de nuevo muchos motivos para reír»²⁴. Todo esto suena como si Mann no percibiera del todo a su interlocutor como a una persona capaz de dar cumplida satisfacción y se corresponde con el informe de Carl Zuckmayer, quien había descrito la «sofística complicadamente sutil» de Brentano, «con la que no podía convencer a nadie más que a sí mismo». Brentano fue sin duda un hombre de conversación, un polemista oral, a quien gustaba desarrollar sus ideas y sus textos en el discurso oral (y desestimarlas de nuevo); la situación del exilio redujo fuertemente la posibilidad de hablar con amigos y también con el público propio, si bien en Zúrich el problema del idioma diferente sólo pueda aducirse como insignificante.

De una manera creciente se va deslizando algún que otro comentario irritado en las anotaciones del diario de Thomas Mann: «Dicen que ese muchacho raro admira en el fondo el discurso de Hitler, con lo cual no es sincero conmigo».²⁵ O: «Golo vino de la casa de Brentano, quien defendió la opinión de que no había que desear al país ninguna derrota en materia de política exterior, sin importar el régimen que haya. Los adversarios dentro de la república piensan de otra manera».²⁶ La última mención detallada termina con un resumen amargo: «Unas conversaciones casi frenéticas con ese tipo raro y loco que se pasa un montón con sus opiniones acerca de la emigración, de los judíos, de Alemania, etc. [...] Lo mejor sería que ese joven se fuera a Alemania».²⁷ Thomas Mann ya no pudo seguir de cerca la evolución de Brentano porque emigró a Estados Unidos, pero alargando esa línea esbozada aquí no sorprende que Golo Mann comunicara en 1939 que «la estrella de Brentano está menguando tremendamente».²⁸

Queda claro aquí que no podrá mantenerse sin más el balance que hace Ulrike Hessler en los años ochenta al afirmar que del antisemitismo de Brentano «no se encuentra sin embargo una sola línea en toda su obra».²⁹ También con respecto a este tema se encuentran algunas anotaciones en Thomas Mann: «Salí a pasear una hora y media al mediodía con *Brentano*, quien expuso su divertido discurso sobre la insoportable hegemonía que según

él ejercían los judíos en Alemania antes de Hitler».³⁰ En la correspondencia entre Hermann Kesten y Franz Schoenberner se dice que Glaeser y Brentano formaban parte de un círculo de «refinado antisemitismo literario de cuño korrodiano». Korrodi fue durante décadas el jefe del suplemento cultural del diario *NZZ* y en calidad de adversario de los emigrantes llegó a mantener un debate público con Thomas Mann».³¹ Las novelas de Brentano, sobre todo *Theodor Chindler*, están en efecto exentas de antisemitismo; los escasos personajes judíos que aparecen en su obra narrativa se mueven en el paradigma realista y se describe a estos personajes precisamente como parte del panorama social del momento; tampoco se denuncia en absoluto la acción de la prostituta judía en *Theodor Chindler*, que seduce a Leopold.³² Algo diferente sucede con la autobiografía *Du Land der Liebe* [Tú, tierra del amor] (1952), que debería ser precisamente un alegato contra los reproches de antisemitismo y de nacionalismo y que debería documentar lo mucho que Brentano «detestó la persecución de nuestros conciudadanos judíos por parte del gobierno del Tercer Reich».³³ Lo consigue en algunos pasajes, pero hay también deslices que delatan intensamente la mentalidad de los primeros tiempos de la República Federal de Alemania y las estrategias de procesado en este escritor tan especial. Así, por ejemplo, a Brentano le irrita de Thomas y de Heinrich Mann que adoptaran la nacionalidad checa en lugar de mantener la alemana incluso en el exilio; un «emigrante político» incluso en la lucha contra «el gobierno de su país no puede distinguir con el cuidado suficiente entre ese gobierno y su patria». Sin embargo, «un judío podía actuar de otro modo. A nuestros conciudadanos judíos se les insultó, se les ofendió y se les echó del país, como en su momento se echó a los hugonotes de Francia, y cuando a un judío se le ofrecía la posibilidad de adquirir la nacionalidad de otro país, entonces sabe Dios que llevaba razón. Ahora bien, para nosotros, los alemanes, las cosas eran distintas [...]».³⁴ En esta confrontación entre «el judío», «el otro» y «nosotros, los alemanes» se muestra justamente el antisemitismo de la época, que Brentano acogió a pesar de tener amigos judíos. Y Brentano acogió estos estereotipos implícitos a comienzos de los años cincuenta, al parecer sin percatarse de que «los conciudadanos judíos» eran también alemanes. De tanto en tanto aparecen en la autobiografía algunas formulaciones envenenadas como la que dice que «Alemania había cargado en

el otoño de 1939 con el odio del agresor», casi como si fuera un país mártir y no el agresor propiamente dicho.³⁵

Una y otra vez bosqueja o sugiere comparaciones históricas, procedentes sobre todo del siglo XIX; sin nombrar prudentemente los Procesos de Núremberg, en los que sus lectores tenían que acabar pensando por fuerza, le parece «inteligente y comedido»³⁶ que Bismarck no llevara a juicio a Napoleón III y a sus ministros. Constantemente menciona a Víctor Hugo y a Madame de Staël como los huidos de Francia por algún tiempo, escribe citas que eran importantes para él, compara la dictadura alemana con el dominio de Napoleón I y de Napoleón III, con la expulsión de los hugonotes y con el régimen de terror de Cromwell en Inglaterra. El patriota Brentano se distancia de los nacionalsocialistas porque «no eran patriotas sino nacionalistas»,³⁷ y de hecho esa diferencia redundaba en favor de Brentano: su espacio de comparación es Europa, él expone incesantemente desarrollos y testigos principales sobre todo franceses, pero también italianos, polacos, británicos; en ningún pasaje habla de situar a su país por encima de esos vecinos europeos, sino siempre junto a ellos. Así pues, pese a toda la racionalización ulterior y pese a todas las formulaciones inoportunas, en esa justificación «patriótica» hay también algo importante; en concreto, las comparaciones históricas no significan otra cosa que el hecho de que Brentano se negó a ver en la dictadura nacionalsocialista una potenciación de anteriores formas autoritarias de dominio y de control, de ahí que se halle siempre presente la formulación del «gobierno» al que hay que combatir. Y las comparaciones significan finalmente también que él no quiso reconocer la singularidad del Holocausto. También en este caso no está solo en los primeros tiempos de la República Federal —lo cual no es ninguna disculpa, sino una constatación histórica de la mentalidad reinante—, cuando escribe que «todos los pueblos se vuelven locos de tanto en tanto, y entonces matan a los judíos o a los hugonotes o a los kulaks, o a quien elijan en su momento». En todas las épocas «sólo ha habido unos pocos hombres que hayan entablado una lucha en favor de la razón y en contra de la sinrazón [...] fue siempre la lucha del ser humano con el ser humano la que siempre me interesó como narrador, y Theodor Chindler es un luchador de esa clase».³⁸ Brentano continúa siendo un personaje contradictorio en lo que se refiere a sus transformaciones en el

transcurso de los últimos años de su exilio; sin embargo, esto no cambia un ápice la excelente calidad de su primera novela.

4

Theodor Chindler. Novela de una familia alemana es una opera prima, si bien el autor lo era todo menos un principiante cuando empezó a escribirla; le precedió un pequeño tomo de relatos largos y de índole cercana al naturalismo, titulado *Berliner Novellen* [Relatos berlineses] (1934). Los relatos habían aparecido en parte ya antes de la emigración en el periódico *Frankfurter Zeitung*, escritos por un periodista y redactor con experiencia. Los contemporáneos de Brentano ya habían elogiado esta novela por su estilo, «un estilo desacostumbrado», escribió Oskar Jancke en la reedición del año 1951, «menos musical que el de Fontane, pero en cambio mucho más variable: conciso y duro, sobrio y correcto, delicado y misterioso, pero siempre comedido y no exento de agudezas, ironías y melancolías».³⁹ Ese libro posee un estatus excepcional en la obra de Brentano: es la única novela que bosqueja un gran panorama histórico y que entreteje tanto una historia familiar como política. La novela estaba planeada ciertamente como primera parte de un ciclo siguiendo el modelo de novelistas franceses como Honoré de Balzac y Émile Zola; el segundo volumen, *Franziska Scheler* (1945) retoma también algunos de los personajes de esta novela para la época de la acción, en 1929, pero sigue otros principios estéticos.

El modelo del ciclo *Rougon-Macquart* de Zola es evidente; tanto aquí como allí se representan todos los niveles sociales⁴⁰, los Chindler, padres religiosos y burgueses, criados, proletarios, militares de todos los rangos jerárquicos, nobles, así como líderes políticos y diputados sin cargo específico ni en el gobierno ni en la oposición. Brentano debía el conocimiento de Heinrich Mann a una ponencia (inérita) sobre Émile Zola en el P.E.N., quien había publicado un extenso homenaje sobre este autor en *Macht und Mensch* [El poder y el ser humano] (1919), y también la cooptación al club de los escritores.⁴¹ Igual de importantes como Zola fueron para el joven Brentano Gustave Flaubert y los hermanos Goncourt, que

prepararon el camino al naturalismo de Zola; al personaje de Theodor Chindler se le asignan las lecturas de *Madame Bovary* y de *Germinie Lacerteux* en su adolescencia, junto «a su adorado Görres» (23). Bernard von Brentano di Tremezzo, tal como prueba el apellido, es un autor socializado también en la cultura en lenguas románicas, la gran literatura francesa será siempre para él el punto de referencia más importante junto al Romanticismo alemán. Incluso su inclinación al ensayo como género y al ensayismo en las novelas procede de la tradición francesa, los ensayos biográficos contienen pasajes novelescos; en las novelas, los personajes debaten de una manera ensayística, por decirlo así, sobre las cuestiones que los ocupan.⁴²

Igual de evidente es el influjo de la literatura contemporánea desde el cambio de siglo, en la que Brentano se mueve dentro de su novela de una manera absolutamente independiente. La novela de Heinrich Mann *La pequeña ciudad* (1909) había creado escuela con la variedad de personajes y con la multitud de voces y de registros en los que hablaban unos con otros; Mann pretendía aquí bosquejar una democracia deseable, «una comunidad de personas del montón», que también pueden estar en favor del «humanitarismo, la herencia siempre creciente de Europa».⁴³ También en *Theodor Chindler* se cuentan más de 70 personajes.⁴⁴ Brentano trabajó con Alfred Döblin en la «desfabulación» de la novela,⁴⁵ su obra pone a disposición la acción de motivación psicológica en torno a un personaje central. En el folleto *Kapitalismus und Schöne Literatur* [Capitalismo y bellas letras], Brentano había generado polémica al decir que «la época psicológica» había «arruinado al arte»,⁴⁶ que el ser humano no podía explicarse solamente a partir del ser humano. Eso iba dirigido contra la literatura psicológica del cambio de siglo, cuyo representante típico era Arthur Schnitzler (y en los márgenes, Thomas Mann), una polémica que aún se halla presente en la novela de signo psicológico *Franziska Scheler*⁴⁷ y que no impidió a Brentano retomar la célebre serie de puntitos de la novela de Schnitzler, *Reigen* [La danza en corro] (1903), para la caracterización del acto carnal (262). Según Brentano, el escritor, en lugar de dedicarse a asuntos psicológicos, debería escribir sobre aquello en lo que posee conocimientos; así pues, expresado en plata, él, en *Theodor Chindler*, tendría que haber escrito sobre todo acerca de la política, de las relaciones familiares y de la literatura. El hecho de que su

novela se titule por el nombre de un único personaje, no significa que esté del lado de la novela psicológica con protagonista, sino del lado de un personaje que puede valer para la interconexión de todos esos ámbitos.

«Pues no son las personas quienes actúan, sino las cosas»,⁴⁸ se dice en el temprano volumen de ensayos de Brentano. Y, en efecto, sólo unos pocos personajes se desarrollan en su novela, los más tempranos son los personajes femeninos de Lilli y Maggie. Los demás apenas cambian, las circunstancias temporales («las cosas») actúan en ellas, por decirlo así. Lilli, la nuera de Chindler, dice en una ocasión: «una persona necesita la ayuda de las cosas... más que la de las personas que no pueden ayudarla...» (497). La imagen que Brentano tiene de los seres humanos parece ser la de que el ser humano adulto está en cierto modo «acabado» y que, sobre todo, no debería intentar cambiar a los demás. Maggie, la única hija de los Chindler, reflexiona tras su marcha definitiva de la casa de sus padres que «el ser humano tiene ciertamente el deber de educar a los hijos, pero no el derecho a cambiar a las personas adultas; ¡no hay nadie que tenga el derecho a decirle a otra persona, oye deja de ser como eres y sé de otra manera, es decir, sé de la manera que yo quiero que seas!» (372).

Al menos en los años veinte y comienzos de los años treinta, Brentano veía la sociedad en un proceso de desintegración, con consecuencias para la estética de la novela: «Como ya no existe una sociedad burguesa, ésta ya no puede ser representada».⁴⁹ Los ciudadanos en *Theodor Chindler* son, con muy pocas excepciones, personajes típicos sin desarrollo ni éxito. Las simpatías del novelista, como las de sus lectores, están por completo del lado de Lilli Chindler, a pesar de que al comienzo ésta actúa todavía con inseguridad, casi incluso con limitaciones y entregada al típico rol de la mujer en esa época; este personaje va de por libre, se rebela contra el rol social que se le ha asignado, y en el círculo de la familia manifiesta su simpatía por la decisión rebelde de Maggie de cambiar de estrato social. De ella proceden las frases más duras sobre la familia Chindler, se pregunta «en qué época vivían las personas que habitaban esta sala» (342), y afirma que son personas «calculadoras» (343), inertes. Ella «no quería vivir mejor, sino que quería vivir» (562); Lilli es un personaje de la esperanza frente a la rigidez de los Chindler y así fue como se la interpretó; dos de las ediciones más tempranas

muestran retratos de mujeres en las cubiertas y que pretenden ser referencias a ella.⁵⁰ Al menos en el espacio privado parece que Lilli logra imponer su idea de la vida, se impone frente a su marido igual que frente a la familia de éste. En lo relativo a la imagen de la mujer, en esta novela queda expuesto con insistencia el cambio radical que ha tenido lugar entre Elisabeth Chindler, representante de la autoridad fijada por el catolicismo, y la siguiente generación representada por la hija de ésta, Maggie, y por Lilli, su nuera, incluso en la exposición de las necesidades sexuales de esas jóvenes mujeres que ya no desean ser un «objeto superfluo» (512). Sin duda, la naturalidad de Lilli puede leerse también como comentario de la vida en una dictadura, es decir, como comentario al año 1936 en el que fue publicada la novela: «En todos los lugares a los que voy, hay hombres sentados en todas partes cuyas caras parecen ser inteligentes, y se quedan agazapados. Ninguna persona está a favor del gobierno. Todos se susurran unos a otros que esto va a tener un final horrible. Sin embargo, todo el mundo se calla. ¿Por qué son las cosas así?» (511 y s.) Theodor Chindler sólo puede animarse a una radicalidad similar como la de esas dos mujeres jóvenes en un arrebatado pasajero, en la enfermedad y en las peleas con su esposa («ya estoy harto de esta porquería, soy un hombre mayor, quiero tener mi calma, quiero tener a mis hijos, ya son lo suficientemente mayores... ¡que piensen lo que quieran!, 451), pero en él su arrebatado no tiene consecuencia alguna.

Un cierto papel especial lo posee también el penúltimo hijo de los Chindler, Leopold (pues el menor de todos, Hans, desaparece después de las primeras páginas de la novela y ya no desempeña ningún otro papel más). En esta novela, en la que casi todos sus personajes leen, él lleva a cabo un amplio programa de formación literaria; lee a Leonhard Frank, a Barbusse, los dramas de Unruh, a Nietzsche (499), y lee los *Buddenbrooks* (252), la novela que ha sido comparada en diversas ocasiones con *Theodor Chindler*. Supera más mal que bien que Vierling, su compañero homosexual, lo embelese y se suicide después de que la madre de Leopold prohíba el trato entre ambos (280 y s.). Al principio no entiende en absoluto la homosexualidad; se entusiasma con Lilli sin encontrar atención, a la larga, por parte de ésta; y es el único de la familia, además de Lilli, que simpatiza con Maggie y que se halla en compañía de su hermana antes de partir ésta a Berlín, y que, por tanto, probablemente

evolucionará políticamente en una dirección similar a ella. De una manera completamente diferente al Brentano posterior, esta novela refleja también una y otra vez lo que representa ser alemán, sin que las respuestas aquí resulten muy positivas; la guerra eleva algunas de esas cuestiones a la superficie y en la medida en que esta novela trata sobre la Primera Guerra Mundial, es también una novela bélica. Los horrores de la guerra aparecen con las vivencias de Ernst Chindler en el frente, pero son un fragmento del panorama global. Leopold ofrece una de las respuestas a lo que significa ser alemán cuando dice: «Nosotros, los alemanes no solemos tener el don de expresar lo que sentimos», y precisa acto seguido: «En concreto, nosotros, los Chindler, sólo sabemos formular nuestras antipatías [...] Creo que eso se debe a que no se puede hablar con nuestra madre» (263 y s.). Aquí, en el espacio más íntimo se define a la familia Chindler como demostración, como metáfora de lo que significa «ser alemán». Como protagonista de *Franziska Scheler*, la novela que sigue a *Theodor Chindler*, Leopold parece haber salido bien parado de la atmósfera familiar de los Chindler.

Cuando Brentano hace hincapié en los «conocimientos» de que debe disponer un escritor, está queriendo decir que tiene que saber «lo que está en juego»,⁵¹ y si eso está oculto para él, tiene que experimentarlo antes de comenzar a escribir. Para ello tiene que investigar, preguntar, escuchar; «la auténtica literatura sólo puede presentarse como discurso y como respuesta, como una exposición pública del desafío».⁵² Un escritor no existe «para los lectores», sino «por los lectores».⁵³ Para una concepción semejante de la literatura, su propia situación en el exilio tiene consecuencias graves. Después de que *Theodor Chindler* fuera comenzada ya en Berlín, podemos suponer que la novela podía corresponder en gran parte a esa estética primera, si bien tenía que quedar por fuerza al margen la conversación ininterrumpida, la exposición ante el público al que se pretendía llegar originariamente. A través de su historia familiar concreta, Brentano disponía además de conocimientos que le posibilitaban ilustrar de un modo convincente a toda una serie de personalidades históricas, y a algunas incluso desde muy cerca, por decirlo así. Los cancilleres von Hertling y Bethmann Hollweg, el nuncio Aversa, el general von Falkenhayn, el mariscal Joffre, Walther Rathenau, los secretarios de Estado Helfferich y von Capelle, los políticos Erzberger, Scheidemann,

Liebknecht, Dittmann son todos auténticos.⁵⁴ También Rosa Luxemburg aparece como lectora de la tesis doctoral de Caspar Koch (271 y s.), ella lo lleva hasta Franz Mehring y al movimiento obrero. A una mayor distancia se menciona también a Lenin, Hindenburg y Ludendorff. Algunas de estas personas son tan conocidas, que uno acepta sin trabas la autenticidad de la familia Chindler junto a la de esas otras personas; Theodor Chindler tiene un trato natural con obispos y cancilleres; por su posición en el ejército, Ernst Chindler conoce por ejemplo al comandante en jefe Falkenhayn y puede describirlo de cerca. Brentano se sirvió también de material documental; así, por ejemplo, la muerte de Caspar Koch y del «rojo Richard» (597) fue estimulada por una fuente histórica.⁵⁵ De todas formas, ese material no es caracterizado como tal en la novela sino que se trata de un montaje amalgamador como el que se emplea también en las novelas de Thomas Mann, de manera diferente por ejemplo a lo que hace Alfred Döblin en *Berlin Alexanderplatz* (1929), que en ocasiones deja abiertos los pasajes del montaje, los patrones. En Brentano se encuentra este procedimiento sólo de manera excepcional en el informe de una enfermera rusa (423).

Ya sólo por las personas históricas citadas, *Theodor Chindler* se presenta como una novela política. La mirada a la Alemania de la época de la Primera Guerra Mundial podía entenderse directamente como un comentario a la dictadura actual de los años treinta; Brentano no posee casi nunca una mirada reestructuradora como la del historiador (aunque sus descripciones no entren nunca en contradicción con los sucesos históricos). De esta manera, Theodor Chindler ve el Imperio alemán como un «Estado con un gobierno semiautoritario» (301), en el que el pueblo «ha sido educado de una manera militar (y no política)» (302), un país en el que «se escribe ciertamente poco, pero se fija todo por escrito» (302). Después de formarse una idea de la campaña de Tirpitz en favor de la guerra submarina, se burla de esa «democracia de generales», de ese Estado «en el que los políticos obedecen en silencio como los soldados, mientras que los oficiales [...] presentan su dimisión como los ministros en el parlamento» (304 y s.). Su hijo Ernst echa de menos el trato adecuado con los sentimientos de cada cual dentro del ejército –en el duelo por los amigos muertos, por ejemplo–; uno de sus amigos critica especialmente en el ejército alemán que se descuidara de proporcionar

a los hombres jóvenes «la seguridad en sí mismos, la asunción de responsabilidades», porque les faltaba «esa desenfadada ligereza, semicivil, que [...] se correspondía muy bien con el espíritu de este tiempo y con el posterior espíritu no heroico de la guerra» (408 y s.). «La obediencia ha destrozado nuestra individualidad» (416), escribe Ernst a su esposa Lilli, y Chindler, diputado del Partido de Centro le dice a su hijo Ernst: «la política en nuestro país [...] no la hace el pueblo, sino que la hacen máquinas», no es un elemento líquido sino que «se la ha convertido en algo rígido en Alemania» (412). De paso se comunica también que al final de la guerra se cambió una vez más el gobierno, y que por decisión de Ludendorff, tras años de dominio autoritario de los generales, los partidos de la oposición iban a entrar de repente «en el gobierno» y se iba a representar la comedia de un gobierno parlamentario: «Ahora, cuatro años después, demasiado tarde ya, se iba a recurrir a la nación entera, al pueblo entero, para que se hiciera responsable de la derrota». (542) En esas líneas se argumenta indirectamente contra el «mito de la puñalada traperera» y se muestra cómo fue posible en los últimos días de la guerra que los generales forzaran al gobierno y al Parlamento a enviar a los aliados la oferta de alto el fuego: «Ludendorff había cosechado una última victoria, pero esta vez sobre su propio pueblo» (543). También la reprimenda del banquero Schlappert en 1918 es un aviso ante la nueva política después de 1933: «Nuestra fanfarronería nos ha echado encima esta guerra, ahora tiene que ponerse un punto final a esa fanfarronería». (552)

Theodor Chindler es una novela política, pero no es una novela comunista; por muy cerca que Brentano hubiera estado del KPD, por mucho que se señale terminológicamente el pequeño tomo titulado *Kapitalismus* y la obra *Beginn der Barbarei* [El comienzo de la barbarie], esa familiaridad se muestra como máximo en planteamientos dentro de la descripción del entorno político de los trabajadores en los que se mueven Maggie y su «marido» Caspar Koch. De ahí que resultara sorprendentemente crítica la recepción de la novela por ejemplo en la revista *Weltbühne* en el exilio, en la que F. C. Weiskopf se quejaba de que Koch, «el único que parece saber lo que quiere», fuera condenado a muerte por el autor, y sin embargo «los confusos, los resignados, los amargados siguen viviendo [...] ¡Qué triunfo de la confusión y de la inconsistencia!»⁵⁶. La novela esboza más bien una imagen terrible de las

ideologías (religiones incluidas), sean del tipo que sean. Theodor Chindler es capaz de admitir en privado y cuando está enfermo que admira a su hija que va a la cárcel por protestar contra el gobierno, y da a entender a su amigo: «cómo detesto todas esas ideologías de mierda que están destruyendo nuestros últimos sentimientos decentes» (446). El final de la novela queda abierto; no hay ningún triunfo, ninguno de los personajes de la familia es conducido a la sepultura entre tonos melodramáticos a pesar de que la novela levanta sospechas de muerte para el personaje que da nombre a la obra (17). Theodor Chindler se ha vuelto más bien un ministro en un gabinete con coalicionistas de quienes desconfía; Maggie irá a Berlín sin la promesa de una revolución; Leopold acabará la escuela, tal vez prosigan Lilli y Ernst su matrimonio, todo tirará adelante de una u otra manera, más bien de una incierta manera tanto en las novelas planeadas como continuación como en la vida misma. El militarismo criticado, el sistema educativo autoritario y la alienación de las relaciones económicas han permanecido idénticos, el resurgimiento de ese mes de agosto de 1914 que se muestra en el primer capítulo de la novela ha conducido a la negatividad pura. Las lectoras y los lectores de aquel momento tenían que relacionar por fuerza esa perspectiva con el nuevo resurgimiento alemán de 1933.

Los conflictos son determinantes para la estructura de *Theodor Chindler*. Se trata de una obra marcadamente dialogística y combativa, lo cual casa también a la perfección con los rasgos que los contemporáneos de Brentano han transmitido a su favor.⁵⁷ La novela comienza ya con una disputa matrimonial fulminante entre Theodor y Elisabeth Chindler, pero que al parecer sólo se agrava porque el diputado está agitado por las noticias de la declaración de guerra y da rienda suelta a su cólera sin moderación, hasta llegar a comentar incluso la vida sexual dentro del matrimonio. Aquí, ya de entrada, el gran suceso político queda enlazado con el conflicto privado, y los conflictos se hallan en todas partes en la novela: Theodor, Maggie, Ernst tienen conflictos con su propia clase social⁵⁸; en el seno de la familia, sus miembros pasan de una disputa a la siguiente, todos los hijos discuten con la madre, Maggie con el padre («En mi casa no se defiende ningún socialismo», 337), Ernst con Lilli, Lilli con el resto de la familia. La disputa como suceso de alto contenido emocional desarrolla un apego fuerte en el lector, enseguida

nos situamos al lado de los personajes sin necesidad de que se les introduzca con largas descripciones, si bien nos vamos enterando cada vez más de sus vidas pasadas, y con el máximo de detalle en el caso de Theodor Chindler (18-22), especialmente porque Brentano suele emplear la perspectiva narrativa personal y, por tanto, los lectores pueden alternar entre las visiones internas de los personajes y la superior instancia omnisciente de un organizador. Los conflictos familiares se entrelazan con los conflictos políticos, aquí otra vez también con muchísima claridad en el personaje de Theodor Chindler, quien parece ser el más disgustado de todos los miembros de la familia con respecto a la declaración de guerra; él es también quien posteriormente se opondrá combativamente contra los militares y contra su guerra submarina y quien verá el principio del fin en la entrada de los Estados Unidos de América en la guerra. A pesar de todas las ambigüedades y de todas las restricciones externas a través de la esposa, de la familia y de la disciplina de partido, adopta un papel marginal en el discurso político de su época, pero que debido a la posición de lejanía en el tiempo de los lectores (tanto de los años treinta como los de la actualidad) aparece justificado aunque no llegue a alcanzar nada en el plano de la acción. Chindler tiene «razón», por decirlo así, en sus actuaciones políticas y por ello puede entenderse también como un llamamiento a no arrendarse en el presente político de los años treinta frente a planteamientos igualmente raros. En esa propagación de un papel marginal se muestra de nuevo el temperamento original y colérico típico de Bernard von Brentano, que sin duda no podía funcionar de ninguna manera en su presente político con la infabilidad de una novela histórica escrita desde la distancia temporal de más de quince años.

¿Cómo es que el exilio no repercutió en los planteamientos políticos de Brentano sino en su obra narrativa? La respuesta a esta pregunta sólo pretende ser una alusión: muchas de las máximas estéticas que él mantuvo en *Theodor Chindler*, sobre todo la fuerte tendencia antipsicológica, su decisión por una novela de situación y de panorama, las abandonó en la continuación, en la novela *Franziska Scheler* (1945). Se vino a habitar precisamente el espacio

de los autores psicológicos; en el exilio, su mirada fue reduciéndose desde el amplio espectro político a la historia de amor concentrada, sin renunciar por ello al estilo ensayístico. ¿Cómo repercutieron las calumnias que combatió exitosamente frente a un tribunal en 1947 en la nueva versión del texto? Estas preguntas pueden responderse con la versión de última mano que fue hallada en el legado privado de sus hijos. Y es así porque el escritor se hizo encuadernar un ejemplar de esta novela y la corrigió de arriba abajo. Prácticamente no hay una sola página sin correcciones. Esa versión se publicó por primera vez en el año 2015; demuestra las exigencias estilísticas de Brentano con su propia obra, confirmadas en *Theodor Chindler* y que Bertolt Brecht puso de relieve en la novela *Prozeß ohne Richter* [Juicio sin juez] (1938): «Estoy leyendo este último libro con el mayor interés (...) Está escrito como sin esfuerzo y con mucha elegancia, cosa que no suele conseguir nadie; si tuviese algo que pudiera desagradarme, sería que es demasiado breve».⁵⁹

¹ De Brecht a Benjamin, abril de 1936. En: Bertolt Brecht: *Werke. Große kommentierte Berliner und Frankfurter Ausgabe*. [Obras. Gran edición de Berlín y de Fráncfort, comentada]. Tomo 28: *Briefe I*. [Cartas 1.] Revisión de Günter Glaeser con la colaboración de Wolfgang Jeske y Paul-Gerhard Wenzlaff. Fráncfort del Meno, Berlín y Weimar 1998, pág. 551.

² Thomas Mann: *Tagebücher 1935-1936* [Diarios 1935-1936]. Edición de Peter de Mendelssohn. Fráncfort del Meno 1978. Anotaciones del 26-1-1936, pág. 248, y del 8-3-1936, pág. 269.

³ Sigue siendo fundamental el estudio de Ulrike Hessler: *Bernard von Brentano – Ein deutscher Schriftsteller ohne Deutschland*. [Bernard von Brentano: Un escritor alemán sin Alemania]. Fráncfort del Meno, 1984.

⁴ Bernard von Brentano: *Du Land der Liebe. Bericht von Abschied und Heimkehr eines Deutschen*. [Tú, tierra del amor. Reportaje de la despedida y del regreso a casa de un alemán]. Tubinga y Stuttgart, 1952, pág. 259.

⁵ *Ibid.*, pág. 216.

⁶ Uwe Johnson reflejó este asunto detalladamente en sus *Frankfurter Poetikvorlesungen* [Lecciones de Fráncfort sobre poética]; cf. U. J.: *Begleitumstände. Frankfurter Vorlesungen*. [Circunstancias concomitantes. Lecciones de Fráncfort], Fráncfort del Meno 1980, págs. 194-205.

⁷ Bernard von Brentano, cita tomada de: *So eine Familie*. [Una familia así]. En: *Der Spiegel*, 27-3-1951, N° 13, pág. 28.

⁸ Gerhard Müller ha revisado a fondo y en detalle la correspondencia entre Brecht y Brentano. Véase

Gerhard Müller: «Warum schreiben Sie eigentlich nicht?» Bernard von Brentano in seiner Korrespondenz mit Bertolt Brecht (1933-1940). [«En realidad ¿por qué no escribe usted?»]. Bernard von Brentano en su correspondencia con Bertolt Brecht (1933-1940)]. En: Exil. Forschung, Erkenntnisse, Ergebnisse, 2 (1989) [Exilio. Investigación, conocimientos, resultados], pág. 42-53 (parte 1) y 1 (1990), pág. 53-64 (parte 2); posteriormente y tras una serie de desacuerdos en el exilio 1934/35, esa relación se fue relajando, con interrupciones de años, y con un último encuentro en 1948 en Zúrich.

[9](#) Cf. Brecht a Brentano, finales de octubre de 1930. En: Brecht: *Werke* [Obras] vol. 28, *Briefe* 1 [Cartas 1] (*vid.* nota 1), pág. 332 y s., y comentario.

[10](#) Hessler: Brentano (*vid.* nota 3), pág. 71 y s.

[11](#) Müller: «Warum schreiben Sie nicht» (*vid.* nota 8), Tl. 1, pág. 43.

[12](#) Carl Zuckmayer: *Geheimreport*. [Informe secreto]. Edición de Gunther Nickel y Johanna Schrön. Gotinga 2002, pág. 79 y s.

[13](#) La solicitud se encuentra en el Archivo Político del Ministerio de Asuntos Exteriores, citado por Hans-Christian Oeser: «Die Dunkelkammer der Despotie». Bernard von Brentanos *Prozeß ohne Richter* im Zwielficht. [«El laboratorio del despotismo. *Prozeß ohne Richter* de Bernard von Brentano entre dos luces]. En: Exilforschung. Ein Internationales Jahrbuch 7 [Investigación del exilio. Un anuario internacional 7] (1989), págs. 226-247, aquí pág. 238 y s.

[14](#) Cf. con detalle en Oeser: *Dunkelkammer* (*vid.* nota 13), pág. 240 y s.

[15](#) Sobre esta obra véase Konrad Feilchenfeldt: *Bernard von Brentanos August Wilhelm Schlegel-Biographie*. [La biografía de August Wilhelm Schlegel debida a Bernard von Brentano]. En: *Der Europäer August Wilhelm Schlegel. Romantischer Kulturtransfer – romantische Wissenswelten* [El europeo August Wilhelm Schlegel. Transferencia cultural romántica, mundos románticos del conocimiento], edición de York-Gothart Mix y Jochen Strobel. Berlín, Nueva York 2010, págs. 295-307.

[16](#) Brentano: *Land der Liebe* [Tú, tierra del amor] (*vid.* nota 4), pág. 132 y s.

[17](#) *Ibid.*, pág. 32.

[18](#) El artículo de Gasser está publicado por completo como anexo al informe secreto de Zuckmayer (véase nota 12), pág. 265 y s.

[19](#) Thomas S. Hansen: *Bernard von Brentanos „Doppelter Salto Mortale“ im Exil* [«Doble salto mortal» de Bernard von Brentano en el exilio]. En: *Das Exilerlebnis* [La experiencia del exilio], edición de Donald G. Daviau y Ludwig M. Fischer. Columbia, South Carolina 1981, págs. 253-264, aquí pág. 262.

[20](#) Konrad Feilchenfeldt cita este pasaje inédito del *Diario de libros*, del legado que él pudo examinar en casa de la viuda, Margot von Brentano; véase K. F.: *Nachwort* [Epílogo]. En: Bernard von Brentano: *Drei Prälaten. Essays*. [Tres prelados. Ensayos]. Wiesbaden 1974, págs. 133-180. Del todo comparable es también una entrada del diario de Klaus Mann (del 10-4-1937) sobre Brentano, en: K. M.: *Tagebücher 1936-1937* [Diarios 1936-1937]. Edición de Joachim Heimannsberg, Peter Laemmle y Wilfried F. Schoeller. Reinbek (Hamburgo) 1995, pág. 123, y el comentario al respecto en la pág. 236.

[21](#) Mann: *Tagebücher* [Diarios] (*vid.* nota 2), 7-5-1935, pág. 96.

[22](#) *Íbid.*, 7-9-1935, pág. 170.

[23](#) *Íbid.*, 30-7-1936, pág. 341; 11-9-1935, pág. 172.

[24](#) *Íbid.*, por orden: 5-11-1935, pág. 201; 26-12-1935, pág. 228; 2-3-1936, pág. 265; 4-5-1936, pág. 298.

[25](#) *Íbid.*, 11-3-1936, pág. 272.

[26](#) *Íbid.*, 8-4-1936, pág. 288.

[27](#) *Íbid.*, 25-5-1936, pág. 306.

[28](#) Golo Mann a Erich von Kahler, 22-10-1939, en: G. M.: *Briefe 1932-1992* [Cartas 1932-1992]. Edición de Tilman Lahme y Kathrin Lüssi. Gotinga 2006, pág. 43.

[29](#) Hessler: Brentano (*vid.* nota 3), pág. 65.

[30](#) Mann: *Tagebücher* [Diarios] (*vid.* nota 2), 19-3-1936, pág. 276.

[31](#) Hermann Kesten a Franz Schoenberner, 25-4-1936. En: F. S. / H. K.: *Briefwechsel im Exil 1933-1945* [F. S. / H. K.: Correspondencia en el exilio 1933-1945]. Edición de Frank Berninger. Con un prólogo de Gerhard Schoenberner. Gotinga 2008, pág. 114; sobre Korrodi, *íbid.*, pág. 266.

[32](#) Cf. pág. 265 y s. de esta edición; el número de las páginas con las citas extraídas de *Theodor Chindler* aparecerá de ahora en adelante entre paréntesis.

[33](#) Brentano: *Land der Liebe* [Tierra del amor] (*vid.* nota 4), pág. 45.

[34](#) *Íbid.*, pág. 26.

[35](#) Brentano: *Land der Liebe* [Tierra del amor] (*vid.* nota 4), pág. 40, véase también la página 87.

[36](#) *Íbid.*, pág. 284.

[37](#) *Íbid.*, pág. 30.

[38](#) *Íbid.*, pág. 45; véase también para este aspecto Hessler: Brentano (*vid.* nota 3), pág. 69.

[39](#) Oskar Jancke: *Über das Werk Bernard von Brentanos* [Sobre la obra de Bernard von Brentano]. En: *Das literarische Deutschland*, [La Alemania Literaria] Año 2, N° 10, 20-5-1951, pág. 4.

[40](#) Originariamente, la novela estaba pensada únicamente como la historia de una familia de trabajadores. Cf. Müller: *Warum schreiben Sie nicht* (*vid.* nota 8), Tl. 2, pág. 57.

[41](#) Brentano: *Land der Liebe* [Tierra del amor] (*vid.* nota 4), pág. 10.

[42](#) Cf. Feilchenfeldt: *Nachwort* [Epílogo] (*vid.* nota 20), pág. 138 y s., y Hessler: *Brentano* (*vid.* nota 3), pág. 62 y s.

[43](#) Heinrich Mann: *Autobiographie* [Autobiografía] (1911), citado según H. M.: *Die kleine Stadt. Roman. Studienausgabe in Einzelbänden* [La pequeña ciudad. Novela]. Edición de Peter-Paul

Schneider. Fráncfort del Meno 1986, pág. 481.

[44](#) Hessler: *Brentano* (vid. nota 3), pág. 117.

[45](#) Cf. Hessler: *Brentano* (vid. nota 3), pág. 103.

[46](#) Bernard von Brentano: *Kapitalismus und Schöne Literatur* [Capitalismo y bellas letras]. Berlín 1930, pág. 25.

[47](#) Bernard von Brentano: *Franziska Scheler*. Novela. Zúrich 1945, pág. 37.

[48](#) Brentano: *Kapitalismus* (vid. nota 46), pág. 73.

[49](#) *Íbid.*, pág. 66.

[50](#) Las ediciones de las editoriales Limes (1951) y Rowohlt (1953); las ediciones más modernas en la editorial Insel (1979) y Deutscher Bücherbund muestran fotografías en blanco y negro de Hans Christian Blech en el papel del Theodor Chindler de la adaptación cinematográfica de Geißendörfer.

[51](#) Brentano: *Kapitalismus* (vid. nota 46), pág. 11.

[52](#) *Íbid.*, pág. 49.

[53](#) *Íbid.*, pág. 11.

[54](#) Véase la enumeración en Hessler: *Brentano* (vid. nota 3), pág. 131.

[55](#) En la página 190, hay además una lista de los libros que utilizó Brentano durante su documentación.

[56](#) F. C. Weiskopf: *Antworten* [Respuestas]. En: *Die neue Weltbühne*. Reimpresión de la edición original Praga / París 1933-1939. Con un prólogo de Thomas A. Eckert. Múnich 1992, tomo 7 (1936), N° 1-26, pág. 825.

[57](#) El «Círculo de los viernes de Zúrich» tuvo su continuación también en Wiesbaden. Véase Bernd Goldmann: *Bernard von Brentano – ein unbequemer Beobachter seiner Zeit* [Bernard von Brentano: un observador incómodo de su tiempo]. En: *Bernard von Brentano. Texte und Bibliographie* [Bernard von Brentano. Textos y bibliografía]. Edición de B. G. Maguncia 1992, págs. 7-24, aquí pág. 10.

[58](#) Hessler: *Brentano* (vid. nota 3), pág. 118.

[59](#) De Brecht a Brentano, marzo de 1937. En: Bertolt Brecht: *Werke. Große kommentierte Berliner und Frankfurter Ausgabe*. [Obras. Gran edición de Berlín y de Fráncfort, comentada]. Tomo 29: *Briefe 2* [Cartas 2]. Revisión de Günter Glaeser con la colaboración de Wolfgang Jeske y Paul-Gerhard Wenzlaff. Fráncfort del Meno, Berlín y Weimar 1998, pág. 26.

Título original: *Theodor Chindler*



La traducción de esta obra se ha subvencionado
con una ayuda del Goethe-Institut.

Edición en formato digital: 2018

THEODOR CHINDLER de Bernard von Brentano, con epílogo de Sven Hanuschek

© Schöffling & Co. Verlagsbuchhandlung GmbH, Frankfurt am Main 2014

© de la traducción: Jorge Seca Gil, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-055-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es